

# Ethos y gobernabilidad

La construcción de la imagen de sí del  
presidente Néstor Kirchner en sus  
discursos públicos durante su primer año  
de gestión (2003-2004)

Autor:

Dagatti, Mariano J.

Tutor:

Vitale, Alejandra

2010

Tesis presentada con el fin de cumplimentar con los requisitos finales para la obtención del título Magister de la Universidad de Buenos Aires en Análisis del Discurso.

Posgrado

Tesis 16-8-25

Tesis  
16.8.25

FACULTAD de FILOSOFIA Y LETRAS  
Nº 864097 MESA  
13 OCT 2010 DE  
AGL. ENTRADAS

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES  
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS  
MAESTRÍA EN ANÁLISIS DEL DISCURSO

*ETHOS Y GOVERNABILIDAD*

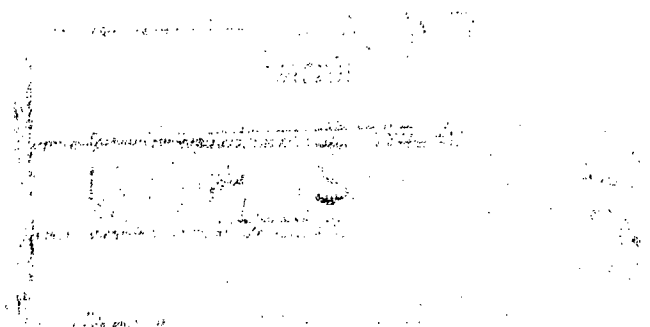
LA CONSTRUCCIÓN DE LA IMAGEN DE SÍ  
DEL PRESIDENTE NÉSTOR KIRCHNER  
EN SUS DISCURSOS PÚBLICOS DURANTE  
SU PRIMER AÑO DE GESTIÓN (2003 - 2004)

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES  
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS  
Dirección de Bibliotecas

MAESTRANDO:  
LIC. MARIANO J. DAGATTI  
DIRECTORA:  
DRA. ALEJANDRA VITALE

DIRECCIÓN DE BIBLIOTECAS  
S. TOPOL

SEPTIEMBRE DE 2010



## ***ETHOS Y GOBERNABILIDAD***

**LA CONSTRUCCIÓN DE LA IMAGEN DE SÍ DEL  
PRESIDENTE NÉSTOR KIRCHNER EN SUS DISCURSOS  
PÚBLICOS DURANTE SU PRIMER AÑO DE GESTIÓN  
(2003 -2004)**

*A Julia*

“La Argentina, país en tiempo pretérito”

*La intemperie*, Gabriela Massuh

# ÍNDICE

<b>0. Introducción</b>	<b>pág. 9</b>
0.1 Objetivos e hipótesis	pág. 11
0.2 La Argentina post-crisis y la gobernabilidad	pág. 13
0.2.1 En torno a la gobernabilidad	pág. 16
0.3 Estado actual de conocimiento sobre el fenómeno kirchnerista y aportes de la tesis	pág. 19
0.4 Organización de la tesis	pág. 26
<b>1. Marco teórico-metodológico:</b>	
<b>La noción de ethos y el estudio de la dimensión córporo-gestual</b>	<b>pág. 31</b>
1. 1 Introducción	pág. 31
1. 2 El discurso político	pág. 31
1. 3 Ethos: De la retórica al análisis del discurso	pág. 35
1. 3. 1 El ethos en la antigüedad	pág. 35
1. 3. 1. A) El ethos aristotélico	pág. 35
1. 3. 1. B) La tradición ética latina	pág. 37
1. 3. 2. A) El Tratado de la Argumentación	pág. 37
1. 3. 2. B) El ethos barthesiano	pág. 40
1. 3. 2. C) Erving Goffman y los ritos de interacción	pág. 41
1. 3. 3 Pragmática y análisis del discurso	pág. 42
1.4 La eficacia enunciativa según D. Maingueneau	pág. 46
1.5 El estatuto del <i>ethos</i>	pág. 48
1.6 La paradoja enunciativa	pág. 50
1.7 La instancia subjetiva: de la estrategia a la incorporación	pág. 51
1.8 La dimensión córporo-gestual de la incorporación ética	pág. 52
1.9 Hacia una semiología de la política	pág. 54
1.10 Antecedentes para un estudio de la córporo-gestualidad en la enunciación política	pág. 55
1.11 Metodología de análisis y operativización de categorías	pág. 58

## **2. Las únicas verdades son la realidad**

### **Ethé, escenografías y dispositivo enunciativo en los discursos públicos de Néstor Kirchner**

	pág. 65
2.1 Ethos, identificación y refundación	pág. 67
2.2 El hombre común, la comunidad del trabajo	pág. 68
2.3 El sur del mundo. Modelo de llegada y excepcionalidad política	pág. 80
2.4 Los escalones del infierno. Instrucciones para una Argentina "gerundia"	pág. 86
2.5 Las únicas verdades son la realidad	pág. 92
2.6 La polémica desterrada: acuerdos, desideologización y vaciamiento de la dimensión polémica	pág. 97
2.7 La recreación del <i>ballotage</i>	pág. 103
2.8 La condición humana	pág. 106
2.9 Razón y realismo, la exaltación de lo existente	pág. 109
2.10 La tautología de lo humano. Derechos humanos y calidad institucional	pág. 116
2.11 La vanguardia de las víctimas, modelo para amar un militante	pág. 121
2.12 La imagen humana, la fauna política	pág. 125
2.13 La contradestinación: indeterminación y malestar	pág. 132
2.14 Persíganme, no los voy a defraudar	pág. 136
2.15 Dinámicas de la identificación: liderazgo, postergación y memoria	pág. 142
2.16 El pueblo unido...	pág. 145
2.17 ...jamás será	pág. 149
2.18 Cuestión de actitud. Perfil de un Estado promotor	pág. 153
2.19 Inmediación, realismo y contactibilidad	pág. 162

## **3. Indicios de un cuerpo presidenciable**

### **Ethé y corporalidad en los discursos públicos de Néstor Kirchner**

	pág. 166
3.1 Técnica, método y tipología de análisis gestual	pág. 167
3.2 El hombre, la realidad: imágenes para una «Argentina en serio»	pág. 170
3.3 El hombre, su virtud: ethos de honestidad	pág. 184
3.4 Horizontalidad e intermediación: el ethos humano kirchnerista	pág. 193
3.5 El hombre y su madurez: ethos de moderado	pág. 201
3.6 Días de furia. Ethos de litigante	pág. 215
3.7 El hombre, su pueblo: (en)sayos de líder	pág. 221
3.8 Esa nación. Memorias córporeo-gestuales e identificación	pág. 226

<b>4. La refundación</b>	
<b>El mundo ético del kirchnerismo: bienestar y gobernabilidad</b>	<b>pág. 237</b>
4.1 Introducción	pág. 237
4.2 La crisis, el enigma, la identidad nacional	pág. 239
4.3 Una de las dos Argentinas ha de helarte el corazón...	pág. 240
4.4 Los sueños, el bienestar	pág. 245
4.5 Kirchner evita la Patria socialista	pág. 254
4.6 La fundación, la Patria peronista: definiciones sobre la identidad nacional	pág. 267
4.7 Erótica del partidismo. Peronismo y transversalidad	pág. 272
4.8 Hacia una lógica realista del consenso	pág. 277
4.9 Memoria del bienestar, gobernabilidad y concepción del Estado	pág. 279
4.10 El «capitalismo en serio»: neoliberalismo no es capitalismo	pág. 291
4.10.1 La viabilidad. Realidad y límite de los sueños	pág. 295
4.10.2 La cultura del trabajo. Autoestima, dignidad y derrotismo	pág. 302
4.10.3 La gestión del bienestar: sustentabilidad y calidad institucional	pág. 305
4.10.4 Los sueños nacionales, los fantasmas de la experiencia	pág. 308
<b>5. Conclusiones</b>	<b>pág. 313</b>
<b>6. Bibliografía</b>	<b>pág. 324</b>
<b>7. Anexo</b>	<b>pág. 336</b>



## INTRODUCCIÓN

## 0. INTRODUCCIÓN

“Cada pueblo tiene los gobernantes que se merece” es un viejo adagio que no por su halo de fatalidad deja de tener alguna pertinencia para quienes estudiamos discursos políticos. Sería difícil encontrar un líder que no posea características comunes con la población a la que lidera e, incluso, podríamos decir que la aprobación social de un líder depende en gran medida de la exhibición de ciertos rasgos que comparte con aquellos a quienes debe representar. Así como para Lacan (en Žižek 2008:8) el cuerpo *real* del otro en el acto sexual sólo sirve como sostén para nuestras proyecciones fantasmáticas y, por lo tanto, “no existen relaciones sexuales”, también hay niveles de funcionamiento de los procesos políticos en los que la imagen del líder no hace más que poner de manifiesto la estructura fantasmal que subyace en la lógica de formación de las identidades colectivas.

El origen de esta tesis tiene su motivación en dos fenómenos estrechamente ligados que caracterizaron la vida política nacional durante el primer tramo de gobierno del ex presidente Néstor Kirchner: principalmente, la eficacia del kirchnerismo para re-legitimar la esfera política y, en particular, la figura presidencial, en un contexto de disolución de los lazos políticos y de fuerte desconfianza en las instituciones y la clase dirigente; y en segundo lugar, la capacidad del proyecto kirchnerista para conciliar en sus entrañas personas, acciones y discursos de la más variada pertenencia ideológica, sin perder autoridad, sino al contrario, haciéndose más fuerte. Debíamos rastrear en estos fenómenos una serie de interrogantes que ponían en una situación incómoda a quienes percibíamos en el kirchnerismo la convivencia contradictoria de causas de izquierda con continuidades socio-económicas neoliberales, que al tiempo que barrían con el arco progresista eran del gusto de los más encumbrados sectores del bloque dominante nacional e internacional. De allí que nos preguntáramos cómo había acrecentado Kirchner su poder en tan poco tiempo habiendo partido de un escaso consenso, cómo se había pasado de un escenario de abierta condena por parte de la ciudadanía a la generalidad de los políticos a una situación de extendido apoyo a un gobierno nacido de esa propia clase política, con una imagen positiva que rondaba la asombrosa cifra de los noventa puntos<sup>1</sup>, cómo había sido posible que un presidente que había asumido el mando con la quinta parte del electorado nacional a su favor hubiera convencido a propios y extraños de su legitimidad; más aún, cómo

---

<sup>1</sup> Guarismos de esta índole son proporcionados por encuestas como las de las consultoras Zuleta Puceiro y Equis, publicadas en los principales diarios del país. Para mayores detalles, véase la nota 6 en esta misma introducción.

había sido posible que el “Chirrolita de Duhalde”<sup>2</sup> haya logrado lo que el propio Duhalde, con el aparato peronista a sus espaldas, no había podido conseguir. Nos interrogamos, específicamente, qué imagen de sí construyó Kirchner en sus discursos no sólo en la dimensión verbal sino también cóporo-gestual, cuya consideración permitiera comprender, aunque sea en parte, dichos logros.

Quienes gustaban de ver en el gobierno de Kirchner una recuperación de las causas setentistas y una ruptura absoluta con las políticas neoliberales enfatizaban la coherencia entre sus enérgicos discursos y sus logros en las diferentes carteras del Gabinete nacional: el desarrollo económico, con una fuerte presencia del Estado, el aumento de salarios y jubilaciones, la creación de puestos de trabajo, la inversión en obras públicas, la reestatización de empresas de servicios públicos, la reactivación del mercado interno, la posición soberana en la relación con los organismos internacionales; su política de derechos humanos, con la anulación de las leyes de Obediencia Debida y Punto Final, la remoción de las cúpulas del Ejército y la Policía Federal, la creación del Museo de la Memoria en la ESMA; los gestos de integración latinoamericana y su abstención en el voto condenatorio a Cuba, la renovación de la Corte Suprema de Justicia, los planes de educación, salud y seguridad; el carácter pluralista de su gestión, con la incorporación de figuras externas al riñón partidario en puestos claves del Ejecutivo, como el caso de Graciela Ocaña en el PAMI o el apoyo electoral a Aníbal Ibarra en la ciudad de Buenos Aires.

Paralelamente, figuras opositoras del más variado espectro político elevaron por entonces sus voces para criticar la gestión del gobierno. Para los liberales conservadores, las políticas estatales del kirchnerismo recuperaban la peor tradición del populismo latinoamericano y acentuaban la clientelar injerencia del aparato peronista en la administración del Tesoro Nacional. Hablaban de desmesura y vulgaridad, y se rasgaban las vestiduras por la baja imagen del gobierno en el exterior. Referentes del arco progresista, en cambio, habían abonado la tesis del doble discurso, bajo una narrativa de la impostura en la que el gobierno aparecía como un grupo con oscuros intereses, que para ser realizados habrían de requerir una máscara ideológica. Para Maristella Svampa (2007), el kirchnerismo ostentaba una “fuerte retórica antineoliberal”, cuyo tono virulento lindaba con “la sobreactuación”. Atilio Borón (2005, 2008)

---

<sup>2</sup> La expresión fue recurrente en los primeros meses de gobierno, en referencia tanto al apoyo del bonaerense como al hecho de que Kirchner heredara de éste su compañero de fórmula, Daniel Scioli, y cuatro miembros claves de su Gabinete de ministros: Roberto Lavagna (Economía), Aníbal Fernández (Interior), José Pampuro (Defensa) y Ginés González García (Salud). Véase al respecto Levy Yeyati & Valenzuela (2007).

marcaba la hipocresía de “encendidos discursos”, que parecían “brotar del Foro Social Mundial de Porto Alegre”, mientras se continuaba “amparando y realimentando el modelo neoliberal”. Criticaba la “esquizofrenia” de un líder que se había limitado a “adoptar muy pocas iniciativas heterodoxas en el terreno económico y a cultivar, al mismo tiempo, una ácida retórica condenatoria del neoliberalismo y el Consenso de Washington”. El doble discurso representa – para Alberto Bonnet (2007)– “la novedad de la administración kirchnerista”: la aplicación de medidas de ajuste típicamente neoliberales, rodeadas de “un aura de virtuosa austeridad republicana, acorde con la recuperación del Estado como instrumento de un pretendido proyecto nacional y popular”. Para Christian Castillo (2003), todo el discurso kirchnerista consiste en un “parloteo sobre el ‘capitalismo nacional’”, una “mera retórica”, que encubre “un salto en la transnacionalización de la economía y en un mayor dominio directo de la economía nacional por parte del capital multinacional”.

El diagnóstico común de distintos sectores de la esfera nacional acerca del discurso progresista del gobierno, fuera entendido como reflejo de convicciones profundas, ejercicio ramplón de populismo o disfraz ideológico, nos ha conducido a preocuparnos por la enunciación kirchnerista, ya no en términos de correspondencia con los hechos sino de aquello que se vuelve enunciable y visible en una situación histórica determinada. No se trata de analizar cuánto de los hechos están en las palabras y viceversa, sino de comprender cómo un discurso político hace verosímil esta relación, construyendo su verdad política.

## **0. 1 OBJETIVOS E HIPÓTESIS**

Nuestra investigación tiene por objeto el análisis de la construcción del *ethos* del ex presidente argentino Néstor Kirchner, teniendo en cuenta sus discursos públicos durante el primer año de su mandato. Por un lado, intentaremos reflexionar acerca de esa construcción juzgada como efecto de prácticas sociales históricamente acontecidas; por el otro, nos interesa estudiar los modos en que la imagen de sí tiende a generar legitimidad en un contexto socio-histórico de post-crisis. Pensamos que el *ethos* que el mandatario elabora, a partir de la articulación discursiva de imágenes verbales y cóporo-gestuales, permite explicar en alguna de sus dimensiones el éxito en la gobernabilidad, entendiendo por ésta, *a prima facie*, el grado de eficacia que las instituciones de gobierno poseen para actuar dentro del espacio público de un modo considerado válido por los ciudadanos.

Los objetivos generales de nuestro trabajo son: a) caracterizar la eficacia discursiva de la construcción de la imagen de sí de un líder político en relación con la gobernabilidad en un contexto de post-crisis económico e institucional; b) describir la dinámica de procesos que tienden a la identificación entre representantes y representados al interior de los discursos políticos a partir de las dimensiones verbal y córporo-gestual del *ethos* del orador; c) identificar los modos de construcción de representaciones éticas en el discurso político en sociedades democráticas, caracterizadas por un alto grado de mediatización y por pluralismo de partidos; d) aportar a una definición del *ethos* como una categoría conceptual que pueda operar teóricamente y que resulte productiva para el análisis de la relación entre la comunicación verbal y la comunicación córporo-gestual.

Teniendo en cuenta estos objetivos, nos interesa particularmente: a) caracterizar las variantes e invariantes en la construcción verbal y córporo-gestual del *ethos* discursivo del ex presidente Kirchner en sus discursos públicos, desde su asunción al cargo, el 25 de mayo de 2003, hasta su primer aniversario, el 25 de mayo de 2004; b) describir el *ethos* kirchnerista en función de su búsqueda de legitimidad y eficacia en la reorganización de la vida política e institucional; c) identificar los refuerzos y mitigaciones entre las dimensiones verbal y córporo-gestual en la construcción de los *ethé* presidenciales.

Las hipótesis que hemos planteado en función de estos objetivos y que intentaremos demostrar en esta tesis son:

a) El *ethos* kirchnerista emplea dos funcionamientos escenográficos recurrentes, la escenografía de un «hombre común» en un «país en serio» y la escenografía de un *líder-víctima* o *militante* en un «país más justo», que le permiten al enunciador ejercer su liderazgo como el garante de un mundo ético determinado.

b) Las imágenes de sí del enunciador garantizan el verosímil del mundo ético de la refundación que el discurso presidencial propone, articulando hegemonícamente interdiscursos del bienestar y la gobernabilidad, cuyo resultado es la construcción de una narración identitaria, capaz de organizar retrospectivamente y prospectivamente el tiempo histórico.

c) La dimensión córporo-gestual de los discursos públicos de Kirchner refuerza o restringe los *ethé* identificados en la dimensión verbal, regulando los grados de manifestación del litigio y el consenso, y recuperando una cierta simbología política previamente codificada.

## 0. 2 LA ARGENTINA POST-CRISIS Y LA GOBERNABILIDAD

El 25 de mayo de 2003, con un porcentaje apenas superior al 22% del sufragio y como resultado de la renuncia de Carlos Menem a participar de la segunda vuelta, Néstor Kirchner asume la presidencia de la República Argentina. Con la sombra reciente del estallido social de diciembre de 2001, la renuncia del entonces presidente Fernando De la Rúa, la asunción y renuncia sucesiva de cuatro presidentes en una semana y la posterior asunción sin elecciones de Eduardo Duhalde, Kirchner toma el cargo con la consigna de revertir las principales consecuencias políticas, económicas y culturales del modelo conservador neoliberal, a saber: destrucción de la estructura productiva, exclusión, concentración y centralización de riqueza, fuga de capitales, privatizaciones, corrupción, impunidad, desempleo masivo y pobreza generalizada<sup>3</sup>.

El alto grado de movilización e insatisfacción social en la Argentina de comienzos de siglo dejaba presagiar un quiebre definitivo en los modos de representación y en la concepción de la democracia como gobierno delegativo. La crisis de 2001 fue –según Pablo Gerchunoff y Lucas Llach (citado en Botana 2006:191)– “la retracción productiva más prolongada y profunda de la Argentina desde que existen registros”<sup>4</sup>. Pudo apreciarse, como resultado, la confluencia de demandas insatisfechas de todo tipo y sector: había cacerolazos en Barrio Norte, manifestaciones de piqueteros en el microcentro, marchas y asambleas estudiantiles multitudinarias, protestas rurales, manifestaciones en las principales rutas del país, saqueos masivos en los mayores centros urbanos. El “espectáculo de las furias” (Botana 2006) resultó para muchos argentinos una necrológica anunciada: había muerto el neoliberalismo, había

---

<sup>3</sup> Algunos datos muestran el grado de seriedad de la situación social del país: el desempleo abierto supera, en 2002, el 20% de la población activa, el PBI ha declinado en una tasa anual de 16,3% durante el primer trimestre de 2002. Los salarios reales bajaron 18% durante el transcurso de ese año. Las tasas de pobreza y de indigencia llegaron a niveles nunca antes vistos: los datos del gobierno indican que el 53% de los argentinos vivía debajo de la línea de pobreza, siendo el 25% de la población indigente. Entre 1998 y 2002, se elevó la pobreza extrema en 223% en la Argentina. Un hecho único en un espacio de tiempo tan reducido. En 2001, la participación de los trabajadores en el PBI cayó a su nivel más bajo de la historia argentina (cf. Vadell 2006:202).

<sup>4</sup> Para demostrarlo comparan la última crisis con las crisis anteriores: “En la crisis de 1890, la caída duró dos años (1889-1891) y el producto acumuló una baja de 15%. En la Primera Guerra Mundial –el precedente más aproximado desde un punto de vista cuantitativo– hubo tres años de retracción, aunque no consecutivos (1914, 1916 y 1917) y el retroceso total del producto fue del 19,5% en un período de cuatro años (1913-1917). La crisis del '30 es el único antecedente en el que el producto se redujo ininterrumpidamente durante tres años, pero en el acumulado perdió un 10%. Llamativamente, en los tres casos la producción se ubicó alrededor del pico anterior transcurridos apenas dos años de recuperación” (citado en Botana 2006:247). Mientras tanto, en los años precedentes a la última crisis comenzó una recesión acumulativa del -2,9% en 1999, -3,7% en 2000 y -1,4% en 2001, que culminó con la caída en picada de -23,1% en 2002 (citado en Botana 2006:191 y ss.).

muerto la «clase política». La posibilidad de una democracia directa animaba el espíritu de cientos de miles de ciudadanos: asambleas barriales, cooperativas, movimientos sociales. “¡Qué se vayan todos!” era la consigna más escuchada. La cólera parecía instalada perdurablemente en el corazón de los argentinos, como la súbita condensación de insuficiencias acumuladas: institucionales, económicas, gubernamentales.

La vorágine del 19 y 20 de diciembre hacía difícil prever que el 27 de abril de 2003 se desarrollarían elecciones presidenciales con una alta tasa de participación y con un porcentaje de votos en blanco y anulados en su nivel más bajo en veinte años. Un ánimo restaurador parecía surgir de entre los escombros, vislumbrando un horizonte de paz social. El “¡Qué se vayan todos!” había sido –al decir de Beatriz Sarlo (en Natanson 2004:51)– “un síntoma, no un programa”: la falta de un proyecto común terminaba por hacer de la agresividad inicial una fuerza dispersa. A pesar de la vitalidad de las asambleas populares, el movimiento de desocupados y las fábricas ocupadas, y los amplios sectores nucleados a su alrededor, las redes comunitarias no alcanzaron a convertirse –como lo explica Castillo (2003:2)– en una real alternativa de poder, permitiendo a las fuerzas dominantes, en particular al peronismo bonaerense, contener el desafío y emprender la reestructuración del sistema político.

El resultado del sufragio nacional ilustró en gran medida las mutaciones de la representación política y del funcionamiento interno de los partidos: ninguno de los candidatos superó el 25% del total de electores y, sin embargo, entre los tres candidatos justicialistas superaban el 50% del sufragio. Fueron las elecciones presidenciales “signadas por la mayor dispersión del voto de la historia” (Bonnet 2007).

La primera vuelta derivó en un *ballotage* entre los dos candidatos con mayor cantidad de votos, el ex presidente justicialista Carlos Menem y el ex gobernador justicialista de la provincia de Santa Cruz, Néstor Kirchner, quien había llegado a esa instancia con la inestimable ayuda del presidente saliente, Eduardo Duhalde. La campaña electoral no había logrado atribuir al santacruceño un fuerte liderazgo; sin embargo, existía la percepción de que una abrumadora mayoría deseaba “infligir una derrota definitiva al menemismo” (Borón 2005:46). Más allá de la fragmentación en torno a liderazgos de popularidad que, en algunos casos, capitalizaron fragmentos de las estructuras partidarias en crisis y, en otros, expresaron un vínculo con franjas de la ciudadanía con pocas mediaciones, una divisoria de aguas persistente como preferencia negativa –afirma Cheresky (2008:22)– dominaba la escena

electoral: la disposición mayoritaria del electorado a votar contra Menem, quien encarnaba bajo el rótulo de “los años noventa” frustraciones variadas e incluso contradictorias de los ciudadanos<sup>5</sup>.

El inusual corolario de este espíritu electoral fue la renuncia del riojano al *ballotage*, resultando automáticamente electo el candidato oficialista, quien había salido segundo con un porcentaje apenas superior a las tercera y cuarta fuerzas en disputa, encabezadas por Adolfo Rodríguez Súa y Elisa Carrió, respectivamente. Kirchner asume la presidencia de la República con el respaldo de “un electorado que iba a votarlo más que a elegirlo” (D’Adamo et. al. 2003:150). Su principal capital simbólico era, de hecho, la continuidad en su cargo del Ministro de Economía de Duhalde, Roberto Lavagna, quien representaba para gran parte del electorado previsibilidad y seguridad macroeconómica de cara a los compromisos futuros.

La escasa legitimidad de su gobierno, sumada a la situación de post-crisis, situaba al presidente electo en la encrucijada de la gobernabilidad, en la necesidad imperiosa de lograr un “consenso *a posteriori*” (Cheresky 2003). Menos de un año después, a principios de 2004, su figura pública superaba el 70% de imagen positiva<sup>6</sup>. ¿Qué había sucedido?, ¿cómo había sido posible

---

<sup>5</sup> En su libro *La contrademocracia*, Pierre Rosanvallon (2007:176) afirma que los gobernantes “ya no son aquellos en quienes se deposita la confianza de los electores, sino sólo aquellos que se han beneficiado mecánicamente con la desconfianza de la que se hace objeto a sus competidores o sus predecesores”.

<sup>6</sup> Un estudio de la consultora Zuleta Puciero mostraba que después de la primera semana de gobierno Kirchner registró una imagen positiva inédita para un presidente: el 92 por ciento de las personas lo evaluó como bien o muy bien y nadie –cero por ciento– lo calificó con un mal o muy mal (*Página/12*, 01/06/03). La consultora Equis, de Artemio López, publicó otra encuesta en la que tres de cada cuatro argentinos consideraba positiva la gestión del gobierno y apenas cuatro de cada cien personas tenían una mala imagen (*Página/12*, 15/06/03). Una nueva consulta de Equis, a poco más de dos meses de haber arribado al gobierno arrojó que Kirchner mantenía una imagen positiva de niveles ostensiblemente altos, al llegar a medir 90,9 por ciento. Mientras que a nivel de gestión, el respaldo alcanzó el 71,4 por ciento (*Página/12*, 13/06/03). Prácticamente un año más tarde, el matutino *La Nación* publicó una encuesta de la consultora Ipsos-Mora y Araujo que indicaba que las opiniones favorables sobre Kirchner se mantenían en un nivel alto –un 63 por ciento– y que tan solo el 11% de los encuestados lo calificaba en forma negativa, es decir, es uno de los niveles de rechazo más bajos de los últimos 20 años en la Argentina (*La Nación*, 16/07/04). El diario *Clarín* también mostraba altos índices de aceptación popular de la gestión kirchnerista, especialmente del presidente. Reproducimos algunos extractos: “La gestión global sigue bien” (Sección Política, 30 de noviembre de 2003): “Según la misma encuesta de la consultora Equis, la gestión de Néstor Kirchner tiene una imagen positiva del 70,2 por ciento. (...) Al comparar a Kirchner con los gobiernos anteriores, la gente sostiene que es mejor que el de Duhalde (70%), el de De la Rúa (95%), las dos presidencias de Menem (60,9 y 86,8%) y la gestión de Alfonsín (60,9%). (...) Según la encuesta, si se repitiera la elección presidencial con los mismos candidatos, Kirchner sacaría el 61,1 por ciento de los votos y no el 22 por ciento que obtuvo en abril”; “Los Kirchner, al tope de las preferencias de la gente” (Sección El País, 1 de diciembre de 2003); “Lo que dicen las encuestas” (Sección El País, 8 de diciembre de 2003): “Al cabo de seis meses en el poder, Néstor Kirchner conserva un elevado índice de imagen positiva y aventaja a sus antecesores desde la vuelta de la democracia, en 1983. Según datos del Centro de Estudios Nueva Mayoría, Kirchner tiene el visto bueno del 70% de la población. En igual período de gestión, y siempre según esta consultora, a Raúl Alfonsín lo apoyaba el 69%, a Carlos Menem el 65% y a Fernando de la Rúa el 61%. (...) La consultora Equis le adjudica la mayor imagen positiva a Kirchner: 82,5%. Y señala que para el 70 por ciento su primer trimestre fue mejor que el de Duhalde”; “El poder con el que Kirchner inicia su mandato constitucional” (Sección El País, 8 de diciembre de 2003): “A seis



construir una imagen positiva tan alta en tan poco tiempo con el fantasma de una legitimidad electoral más bien escasa?, ¿cómo había logrado convertirse en la esperanza efectiva de la mayoría de los argentinos? Están quienes argumentan que estas expectativas se fundan en “la estabilidad macroeconómica, el crecimiento económico y el superávit fiscal” (cf. Hugo Quiroga, en Cheresky 2007:83), otros afirman que el porcentaje electoral no reprodujo fielmente la valoración que la opinión pública tenía de su persona y que su porcentaje de imagen positiva, en realidad, resultó estable durante todo el primer año de su gestión (cf. Borón 2005)<sup>7</sup>; no pocos consideran que su impronta setentista le ha deparado más de un rédito político (cf. Montero 2009).

El elevado grado de imagen positiva, la alta estima en que fue posicionado por importantes y diversos actores sociales, así como el aura progresista que rodeó su figura son fenómenos que deben analizarse –para nosotros– en su especificidad discursiva. Debería el análisis del *ethos* kirchnerista en sus discursos públicos permitirnos extraer algunas conclusiones que contribuyan a comprender el crecimiento favorable de su figura pública, la interpelación de amplios y heterogéneos sectores y las sensaciones muchas veces encontradas que despertó en gran parte de los argentinos.

### 0. 2.1 EN TORNO A LA GOBERNABILIDAD

Entendemos por gobernabilidad, gobernancia o *governance* un tipo de discurso hegemónico en las democracias liberales contemporáneas, cuyo acento está puesto en el grado de eficacia y legitimidad que las instituciones de gobierno poseen para actuar dentro del espacio público de un modo considerado válido por los ciudadanos. Lograr gobernabilidad aparece como condición *sine qua non* de los gobiernos democráticos para desarrollar un programa político nacional, tomando como dato natural e inexorable el sistema capitalista global.

El discurso de la gobernabilidad tiene su origen en un informe de la Comisión Trilateral sobre la crisis de la democracia liberal, realizado por Michel Crozier, Samuel Huntington y Joji Watanuki en 1975. Corrían los años de la crisis del petróleo, del desmoronamiento del *Welfare State*, de las movilizaciones contraculturales, de la lucha contra la intervención militar

---

meses de asumir, el miércoles arranca el período que debería haber sucedido al de De la Rúa. Goza de un alto índice de popularidad. Tiene algunos gobernadores leales y armó un bloque propio en Diputados. Juega a su favor una oposición desdibujada”.

<sup>7</sup> Una encuesta de la consultora *Opinión Pública. Servicios y Marketing* de Enrique Zuleta Puceiro, publicada pocos días antes de que asumiera el nuevo gobierno, arrojó que casi seis de cada diez argentinos tenían una buena o muy buena opinión del gabinete que había anunciado Kirchner (*Página/12*, 22/05/03).

estadounidense en Vietnam. Un modelo de prosperidad que había durado más de treinta años alcanzaba su límite y no daba abasto para responder con mediano éxito a las demandas crecientes de la sociedad civil: redistribución equitativa de las riquezas, igualdad social y diferencia civil, finalización de la Guerra Fría. La investigación fue elaborada a pedido de los gobiernos de Japón, Estados Unidos y Francia, y tenía por objetivo hacer un diagnóstico de los problemas centrales para el desempeño eficaz del gobierno y de la economía capitalista en las sociedades occidentales postindustriales con regímenes políticos democráticos.

La gobernabilidad sería la forma de resolver “el desbalance entre las demandas ciudadanas y la capacidad de respuesta del Estado” (Crozier; Huntington & Watanubi 1975). Aparece a los ojos de estos investigadores como el reemplazo exitoso y definitivo de la política por la administración, evitando cualquier punto de ruptura en la sociedad. Una especie de redefinición hegemónica del capitalismo, entendiendo por tal, en la matriz gramsciana del término, “la pretensión de un determinado grupo político de hacer que sus ideas u orientaciones políticas se transformen en un sentido común de la sociedad” (Mocca 2005:55). La hegemonía es aquel proceso que nos permitiría explicar por qué los oprimidos *desean* la propia relación que los oprime, en una interrelación entre posiciones dominantes y subalternas. Por esta articulación, los intereses ajenos del bloque dominante son anhelados por el explotado como si fueran propios. “Que me vengan a decir los demás lo que yo quiero que se haga”, graficaba Juan Perón. La hegemonía opera como el mantenimiento vivo y activo de las pulsiones del oprimido en beneficio del opresor. No se trata solamente de que el oprimido desea aquello que lo oprime, sino de que ese deseo alimenta la fuerza del opresor. Las masas mismas solicitan y sostienen el poder que las domina (cf. Rozitchner 2000). La gobernabilidad debería ser entendida, en este sentido, como un discurso que intenta encarnar y aglutinar diversas demandas que circulan en el espacio social, de modo tal que éstas puedan ser articuladas hegemónicamente dentro de la economía política del goce del capitalismo: el verdadero secreto del capitalismo residiría –para Jorge Alemán (2009)– en que la operación fantasmática a través de la cual los sujetos sociales conquistan su realidad y su consistencia en el capitalismo “toma su punto de partida en ese plus de gozar que funciona incluso en condiciones de miseria extrema”.

Diferentes politólogos e investigadores, por otra parte, han definido qué debe entenderse por gobernabilidad. Xavier Arbós y Salvador Giner, en *La gobernabilidad. Ciudadanía y Democracia en la encrucijada mundial*, afirman

que “la gobernabilidad es la cualidad propia de una comunidad política según la cual sus instituciones de gobierno actúan eficazmente dentro de su espacio de un modo considerado legítimo por la ciudadanía, permitiendo así el libre ejercicio de la voluntad política del poder ejecutivo mediante la obediencia del pueblo”. De acuerdo con los autores, la eficacia, entendida como el cumplimiento de los objetivos del gobierno, y la legitimidad, como la aceptación de los ciudadanos de la dominación del gobierno, son dos variables centrales de la noción. Para Dante Caputo, la gobernabilidad es “la capacidad que el propio sistema político posea para dar respuestas a las demandas que se generan dentro del mismo” (en Brunelle 2008:13-4). Señala, además, que son dos las concepciones diferenciadas que el pensamiento político ha desarrollado sobre esta noción, atravesadas invariablemente por la idea de estabilidad: una que tiene por vector la noción de justicia y centra su atención en la calidad de la acción gubernamental, y otra que se vincula a la eficacia, entendida como la capacidad de la dirigencia para alcanzar sus objetivos dentro del marco de un sistema político dado. José Vargas Hernández (en Molina Blandón 2008:73) define la gobernabilidad como la forma de hacer gobernable la democracia mediante procesos e instituciones que favorecen la pluralidad de intereses en un marco de respeto de derechos y garantías individuales y sociales”. Para Yalina Molina Blandón (2008:63), debemos concebir por gobernabilidad el resultado de un proceso complejo y amplio que depende de la capacidad de todos los actores implicados que se sujetan a determinadas reglas establecidas en forma consensual.

El discurso de la gobernabilidad está estructurado en la eficacia y la legitimidad de un gobierno para llevar adelante sus programas de acción. Sus principales significantes giran en torno a estos ejes y definen una relación consensual entre la dirigencia y la ciudadanía que toma al capitalismo por territorio natural y neutral. Los indicadores de una correcta gobernabilidad serían la *accountability* o rendición de cuentas, la calidad institucional, en especial en materia de derechos humanos; el control de la inestabilidad y la conflictividad o violencia social, la eficiencia gubernamental, entendida en términos de calidad de prestación de servicios; el índice de credibilidad del gobierno, la calidad del marco regulatorio, la seguridad jurídica, el control de la corrupción (cf. Molina Blandón 2008).

El discurso de la gobernabilidad alcanza su apogeo en la Argentina a mediados de los noventa, aunque esta designación podría extenderse a la mayoría de los países de América Latina, asociado al interés y la preocupación de los inversionistas y las instituciones internacionales, en particular de los

organismos financieros, para condicionar su cooperación financiera a la calidad de los mencionados indicadores. Las diversas proposiciones en materia de gobernabilidad no son solamente un conjunto de recomendaciones sobre la manera más eficaz de administrar el Estado, sino que además son proposiciones específicas sobre la organización de las relaciones entre el mercado y la democracia. Debemos recordar que la gobernabilidad surge como una propuesta para enfrentar lo que los propios miembros de la Comisión Trilateral dieron en llamar “exceso de democracia”, es decir, el modo en que la diversificación y expansión de las demandas sociales propias de una dinámica democrática liberal ponían en jaque al sistema.

El discurso de la gobernabilidad, entendido en estos términos, resulta funcional a una recomposición de la articulación hegemónica entre democracia y mercado en la Argentina de post-crisis. Nuestro interés está fundado en la importancia de la *governance* para comprender cómo un gobierno inicialmente débil logra en una situación de crisis capitalista encarnar la reorganización hegemónica de la democracia liberal, que considera como natural y a-histórica la relación entre el gobierno del *demos* y el goce del capital.

### **0. 3 ESTADO ACTUAL DE CONOCIMIENTO SOBRE EL FENÓMENO KIRCHNERISTA Y APORTES DE LA TESIS**

Nuestra pesquisa tiene importantes líneas de cruce con investigaciones que –en el marco de otras disciplinas o con objetivos diferentes– han abordado la emergencia y consolidación del kirchnerismo como fenómeno político. La abundante bibliografía consultada presenta cuatro referencias centrales: *Kirchner: el devenir de una revolución ‘desde arriba’* (2006), de Julio Godio; *Poder y Hegemonía. El régimen político después de la crisis* (2006), de Natalio Botana, las diferentes investigaciones de Isidoro Cheresky (2004, 2006, 2008) y la compilación de entrevistas a investigadores e intelectuales argentinos realizada por José Natanson, *El presidente inesperado* (2004).

Godio trabaja sobre los primeros años del kirchnerismo, a la luz de la categoría gramsciana de revolución ‘desde arriba’. Debemos entender por tal un diseño del poder que no acepta las presiones de fuerzas externas al grupo político emergente, dominante en el Estado. El autor realiza un estudio sociológico integral, en cierta forma reivindicatorio de la política kirchnerista, en el que indaga diversas temáticas que hacen a las cuestiones de Estado. Para analizar la conformación del nuevo poder, Godio concentra su atención en dos aspectos: la construcción de hegemonía política y la regulación de las políticas macroeconómicas. En cuanto al primero, describe con detalle las tensiones

hacia el interior de la fuerza como resultado de su filiación peronista y de su programa transversal, y se detiene en las relaciones de Kirchner con los distintos actores sociales: los industriales, los empresarios, los sectores rurales, el sindicalismo, las organizaciones piqueteras, la Iglesia, las Fuerzas Armadas. En cuanto al segundo aspecto, indaga en la política económica y analiza su implementación desde una concepción neo-keynesiana del Estado, tomando en cuenta sobre todo el mercado laboral.

El ensayo de Botana enfoca su interés en el régimen político nacional después de la crisis. Se ocupa de analizar la construcción de poder y hegemonía en el kirchnerismo, y considera el fenómeno a la luz de la insuficiencia institucional y los riesgos populistas. Para ello, se detiene en el análisis de los aparatos políticos y la fractura del sistema de partidos, así como en las raíces provinciales de la hegemonía, con especial interés en el 'transformismo justicialista', es decir, la heterogeneidad de fuerzas que ha caracterizado al filón peronista. Importante para nuestro estudio, Botana dedica algunas páginas a analizar "la dialéctica de la enemistad" del kirchnerismo y su estilo confrontativo de hacer política, y evalúa la disyuntiva de la oposición entre la decadencia del sistema de partidos, el proyecto transversal del kirchnerismo y las tareas que le competen en su rol legislativo.

Las investigaciones sobre las formas políticas post-partidarias y los liderazgos de popularidad realizadas por Isidoro Cheresky han resultado asimismo de gran interés. Cheresky analiza detenidamente la recomposición política en la Argentina en una época de crisis de los partidos políticos y desarrolla la categoría de "liderazgos de popularidad" para explicar las características fragmentarias y transversales en la conformación de las nuevas fuerzas políticas.

En *El presidente inesperado* de Natanson pudimos encontrar diferentes hipótesis sobre el estilo presidencial, la forma de construir poder, la reivindicación de los espacios de derechos humanos y las organizaciones piqueteras y, principalmente, un conjunto de opiniones sobre las continuidades y rupturas entre el kirchnerismo, el peronismo y el neoliberalismo.

Dentro de los diferentes estudios sobre el kirchnerismo, dos han sido los principales ejes de trabajo: las perspectivas macroeconómicas y las mutaciones en el sistema de partidos. Nuestra principal referencia en la problemática económica ha sido la investigación desarrollada por Eduardo Levy Yeyati y Diego Valenzuela, publicada bajo el título *La resurrección. Historia de la poscrisis argentina* (2007). Los autores analizan las medidas económicas del duhaldismo, sobre todo la pesificación, y describen los principales factores

internos y externos de la reactivación económica, enfocándose en la relación entre Estado y mercado en el kirchnerismo. Otros estudios relevantes en lo referente a la economía han sido los artículos de Javier Vadell (2006), sobre la coyuntura económica y la política internacional en la Argentina de la post-crisis, y de Alejandro Bonvecchi y Agustina Giraudy (2008), quienes analizan las tensiones en el esquema macroeconómico derivadas de la presencia activa del Estado en la expansión del mercado interno. Por el lado de la vida política, la mutabilidad del sistema de partidos y la reorganización de las estructuras partidarias han ocupado el interés de diversos investigadores. El trabajo más importante sobre la transversalidad y el peronismo ha sido realizado por Daniel Arzadun en *El peronismo. Kirchner y la conquista del reino* (2008). Su hipótesis central es que el proyecto transversal del kirchnerismo fue una demostración de liderazgo para disciplinar desde afuera al peronismo. A lo largo de su investigación, Arzadun analiza la crisis de representación de los partidos políticos y concentra su interés en la crisis y atomización interna del peronismo, heredadas de la etapa post-menemista. Como conclusión, afirma las dificultades de cualquier líder político en la Argentina de la post-crisis para lograr gobernabilidad, dejando fuera al peronismo. Las contradicciones en el kirchnerismo entre la transversalidad y el Partido Justicialista resultan, sin dudas, el tema central de la gobernabilidad kirchnerista. Juan Carlos Torre (2005), Edgardo Mocca (2005) y Ana Dinerstein (2004), cada uno desde diferentes perspectivas teóricas, se preguntan por el futuro de los partidos políticos argentinos, entre el cimbronazo de la crisis, el proyecto transversal del ex presidente y la fragmentación y atomización del arco opositor.

Nuestra investigación, interesada en la palabra política y persuasiva, nos lleva a considerar la especificidad discursiva del kirchnerismo. Varios autores han caracterizado el discurso de Kirchner como discurso populista (Laclau 2009, Aboy Carlés y Semán 2006, Barros 2006, Biglieri 2008). Se trataría –según estos autores– de un discurso que reúne dos características propias de todo discurso populista: un afán binario y polarizante, que plantea un antagonismo fundamental en el campo político, estableciendo una frontera que excluye a los adversarios; y la emergencia de un líder, que encarna una pluralidad de demandas y valores de la esfera pública. Importa desde esta perspectiva la polarización del escenario político, la construcción del pueblo y el ejercicio del liderazgo como fenómeno de identificación. Desde otra perspectiva, Víctor Armony (2005, 2006) ha realizado un análisis sociológico-lingüístico del discurso kirchnerista, comparándolo con discursos presidenciales argentinos anteriores, y destacando la importancia de significantes como

'Patria', 'Argentina' o 'argentinos', en el intento por afirmar una identidad nacional, fundamento de reconstrucción del tejido social. Daniela Slipak (2005, 2007), por su parte, se ha ocupado en diferentes trabajos de indagar las tensiones en el discurso kirchnerista como resultado de su ruptura con el imaginario menemista y la recuperación del discurso peronista clásico, examinando su eficacia interpelante en el campo de la comunicación política de post-crisis. Por último, debemos mencionar los trabajos sobre el *ethos* militante y la memoria juvenil peronista en los discursos del ex presidente, desarrollados por Ana Montero (2007, 2008, 2009). Según la autora, la especificidad político-ideológica del kirchnerismo reside en su impronta setentista y la reivindicación, desde la posición de enunciación presidencial, de la práctica política e ideológica de los activistas y militantes de la generación setentista.

En consideración de los trabajos sobre el kirchnerismo en el campo de las ciencias sociales en general y en el discurso político en especial, esta investigación procuró desarrollar una línea de investigación novedosa, que generara aportes para comprender la especificidad del fenómeno kirchnerista. En líneas generales, intentamos contribuir al análisis de la relevancia política del engarzamiento de aspectos verbales y córporo-gestuales en el *ethos* público del ex presidente Kirchner, en razón de su eficiencia en la formación de un nuevo espacio de gobernabilidad y de reorganización de un Estado nacional en un contexto de post-crisis. Buscamos, asimismo, generar nuevos conocimientos en lo que respecta a la relación entre el *ethos* kirchnerista, el conjunto de valores de su mundo ético y los interdiscursos que su palabra política recupera. Avanzamos, en tercer lugar, en el estudio de la injerencia del *ethos* en la garantía del gesto fundacional kirchnerista y en la redefinición de una idea de lo nacional. Nos encaminamos, por último, en la comprensión del modo en que las imágenes de sí de Kirchner (y del Estado que representa) regulan las tensiones hacia el interior de su discurso entre la filiación justicialista y las tendencias transversales, y más en general entre las fluctuaciones verticalizantes y horizontalizantes del sistema democrático representativo en una etapa nacional de excepcionalidad político-institucional.

Específicamente, entendemos que nuestro análisis de los *ethos* de «hombre común» y de *líder-víctima* contribuye, dado el estado actual de la cuestión, a comprender el modo en que Kirchner ha articulado en su imagen pública una forma vertical de hacer política, heredada de su filiación partidaria y de su posición institucional, con una tendencia horizontalista, fruto de la herencia asamblearia de la (post) crisis que inauguró el nuevo siglo, así como también diferentes imaginarios nacionales (la fundación, el peronismo clásico,

la militancia) y corrientes disímiles de pensamiento (socialistas, peronistas, liberales), cuya coexistencia intradiscursiva, aunque coherente, está lejos de ser apacible. Así, por ejemplo, demostramos cómo, en el plano de lo dicho, el enunciador se autodefine como un hombre común que integra un gobierno afín a las acciones y al trabajo cotidiano, mientras que, en el plano de lo mostrado, se equipara, por los imaginarios que convoca, los significantes que articula y los gestos a los que apela, con un líder de la envergadura de Juan Perón; o cómo, en el plano de lo dicho, el enunciador remite a una épica de los sueños y las esperanzas, con la garantía de un *ethos* militante, mientras, por otro lado, enarbola una política realista, cuya moderación garantiza.

No se ha destacado lo suficiente –y, creemos, es una de las contribuciones principales de esta tesis– la importancia de la construcción de un *ethos* de hombre racional en los discursos públicos de Kirchner, quien llega a proponer, en la reformulación de un slogan clásico de la militancia, un gobierno «nacional y racional» (01/03/04). Asimismo, observamos en lo extenso del corpus analizado la existencia de un realismo kirchnerista, que regula (o mitiga) la profundidad y radicalidad del cambio que la «refundación» gubernamental plantea. Demostramos en los capítulos que siguen que este realismo encuentra su fundamento en el aparente orden natural de la dinámica social (para Kirchner, el consumo, por ejemplo, forma parte de la naturaleza humana) y funciona a la manera de un gozne entre aquello que es del orden de lo real, cuya verdad pertenece al kirchnerismo, y aquello que pertenece al terreno de lo ideológico, la tergiversación o la fantasía.

Considerado de manera habitual como una figura intransigente y beligerante, y caracterizado las más de las veces por su estilo enérgico y avasallante, el estudio de sus *ethos* presidenciales, en relación con la dimensión realista de sus discursos, el “modelo de la llegada” (Sigal & Verón 2004) y los acuerdos argumentativos en torno al consumo y los derechos humanos, nos permite afirmar, sin embargo, que existe en Kirchner una tendencia a anular la dimensión polémica del campo político, que nosotros hemos denominado *vaciamiento de la dimensión polémica*, basado en una paradesinación transversal y en una contradestinación indeterminada (v. g. el uso del significante «pasado» como agente colectivo singular, la indeterminación de los contradestinatarios como agentes sociales concretos e individualizados, mediante el uso de nominalizaciones, sujetos tácitos plurales, impersonales o pasivas cuasirreflejas) que dividen la esfera de lo político en dos cronotopografías, la «vieja Argentina» y la «nueva Argentina», *a priori* inconciliables.



Considerar los *ethos* de «hombre común» y *líder-víctima*, por otro lado, ayuda en la comprensión del funcionamiento “humanista” del ejercicio gubernamental del kirchnerismo y aporta al análisis de sus mecanismos de identificación discursivos en la praxis política. Mediante estos universos éticos, el enunciador engarza su posición dentro del campo popular, dentro de esa población afectada por las consecuencias de la implantación del modelo neoliberal, y construye liderazgo interpelando a ese conjunto como una miríada de seres vencidos. La relevancia de este mundo ético humanista puede evaluarse en su real dimensión al momento de reflexionar sobre los efectos de horizontalidad y *contactibilidad* con sus destinatarios positivos. Figuras como las del sentimiento, la intimidad o el humor<sup>8</sup> (v. g. el *ethos* de pingüino, en el capítulo 2) contribuyen en este despliegue de humanidad y ponen en escena un líder que construye su imagen política en una relación singular con su pueblo, sin mediaciones, sin aparatos publicitarios, a partir de las alternativas de una experiencia personal que se constituyen en la cifra de una experiencia colectiva.

Los resultados de nuestra investigación nos permiten señalar que durante su primer año de gestión el kirchnerismo puede ser explicado a partir del modo en que Kirchner intenta conciliar la verticalidad de un cargo (el presidencial) y una tradición partidaria (la peronista) con la demanda de representación directa y horizontal derivada de la crisis, que exige generar una política táctil de gobierno, para la cual el contacto entre el líder (y el Estado que su cuerpo representa) y los argentinos aparece como requisito de gobernabilidad.

Sin dejar de reconocer la importancia de una imagen firme y resolutiva de Kirchner en muchos de sus discursos públicos, esta investigación destaca que valores como la honestidad, la seriedad, la humildad, la simpleza, el esfuerzo son rasgos éticos que modulan las condiciones de sinceridad, *performance* y eficacia que Kirchner precisa para brindarse a sus destinatarios como digno de crédito, mientras que su condición de víctima, su militancia y su humanización forman parte, más bien, de un proceso de legitimación social afectivo y mayormente irracional.

Entre las contribuciones de esta investigación, un amplio repertorio está relacionado con la dimensión córpore-gestual de las *performance* públicas de Néstor Kirchner. En primer lugar, intentamos aportar a una semiótica de la política, demostrando que la dinámica gestual del cuerpo presidencial refuerza o restringe los *ethé* identificados en la dimensión verbal. Así, por ejemplo, el

---

<sup>8</sup> Estas figuras fueron tomadas de Charaudeau (2006) y desarrolladas, centralmente, en los capítulos 2 y 3.

aro, el **bol derecho**, la **mano extendida** y el **índice derecho**<sup>9</sup> tienden a redundar en la construcción de un perfil serio del líder, articulándose con componentes verbales didácticos y prescriptivos, mientras que tipos gestuales como la expresividad facial (**as de espada** y **ceño fruncido**), el **encogimiento de hombros** y la utilización del **puño** y la **garra** colaboran en el diseño de un *ethos* de humanidad, ligado en el kirchnerismo al mundo ético del *líder-víctima*, generando una idea de indefección o afección que subraya la cercanía pática entre el líder y sus destinatarios positivos. En segundo lugar, el estudio del cuerpo presidencial nos permitió aportar a una comprensión más cabal de la figura de Kirchner, demostrando de qué manera coexisten *coherentemente* en el cuerpo presidencial dos dinámicas verbo-gestuales que a primera vista podrían parecer contrarias: una lógica del consenso, fundada en la transversalidad, que cobra importancia como estrategia de gestión política, y una lógica de la intransigencia, fundada en el litigio permanente, que guarda relevancia como proceso corporal de polarización y de conformación de identidad política. Una tercera contribución que se debita de esta semiótica de la política debe atribuirse al estudio del *ethos* de liderazgo y a la construcción de un espacio corporal de la nación, en el que Kirchner intenta oficiar el vínculo con su pueblo. Existe para nosotros un espacio de interacción que el cuerpo presidencial delimita y que se apoya tanto en variantes corporales inclusivas, como la **apertura de brazos**, las **manos hacia delante** o la **señal hacia el frente**, que permiten inferir un liderazgo fundado en la interpelación directa del auditorio, o exclusivas, como el **índice derecho** o el **señalamiento hacia la derecha**, definiendo un perímetro gestual de incorporación en el que el líder desenvuelve su *performance* pública. Por último, una cuarta aportación al estado de la cuestión puede estimarse en la idea de una memoria discursiva cóporo-gestual, que en el caso de Kirchner hace referencia a la **apertura de brazos** como un símbolo corporal de la iconografía política peronista, que resulta central para co-verbalizar ciertos colectivos o metacolectivos de identificación.

A la luz de nuestro interés inicial por explicar, aunque sea provisoria o parcialmente, cierta dinámica del discurso kirchnerista que parecía oscilar entre un progresismo intransigente y un liberalismo moderado, generando en muchos críticos la idea de un “doble discurso” o de una “máscara ideológica”, consideramos que una de las contribuciones apreciables de la tesis al estado de conocimientos sobre el kirchnerismo es el de poner en evidencia la legitimidad ambivalente que nace de su *sincretismo fundador*: los interdiscursos

---

<sup>9</sup> Para una caracterización estricta de los gestos nombrados, ver el capítulo 3.

de la organización nacional decimonónica y del bienestar funcionan como discursos fundadores del discurso kirchnerista, confiriéndole al enunciador, en su calidad de memorias discursivas, un verosímil ético de la refundación anunciada, que tiene por modelo realista la Patria Peronista, encarnación de los sueños de la fundación mítica y límite *viabile* de los sueños de la Patria Socialista.

Acordamos, finalmente, con Montero en su propuesta del *ethos* militante; sin embargo, diferimos en las consecuencias de esa inscripción ética kirchnerista. A modo de contribución, sostenemos que Kirchner en sus discursos públicos recupera una memoria de la militancia juvenil, axiológica y transpartidaria, que implica una reformulación de sus principales demandas generacionales y una articulación de éstas en sintonía con el proyecto de gobernabilidad democrática del capitalismo global. El discurso kirchnerista participa, desde nuestra óptica, en una dinámica ambivalente que, de un lado, redundando en provecho de la renovación de la imagen de los políticos, mientras que del otro redefine sus núcleos semánticos con demandas sociales heredadas de la crisis de 2001 y con significantes propios del capitalismo contemporáneo, en el que convergen la lucha por la pluralidad con el proyecto de transversalidad, la demanda de un sistema distinto al capitalismo con el respeto por un «capitalismo nacional». En este sentido, decimos que el *ethos* militante, que nosotros definimos más bien como *ethos* de *líder-víctima*, representa en el discurso kirchnerista la metáfora de una lucha pero también la metáfora de una derrota, cuya máxima prueba es la superposición del carácter luchador y litigante del militante con la imagen realista y moderada del líder, por medio de la cual los sueños, las convicciones y la intransigencia se adecuan a la excepcionalidad de la situación, habilitando al enunciador para establecer una crítica de y ruptura con el modelo neoliberal y, paralelamente, inscribirse en continuidad con el sistema capitalista global.

#### **0. 4 ORGANIZACIÓN DE LA TESIS**

Nuestra investigación comprende cuatro capítulos y una conclusión. En el primero de ellos, nos ocupamos de definir operativamente la noción de *ethos* e intentamos justificar su importancia para el estudio de los discursos políticos en general y para esta investigación en particular. Con ese horizonte, bosquejamos su desarrollo histórico y realizamos una exposición de sus principales aspectos teóricos y epistemológicos, prestando especial atención a los trabajos de Dominique Maingueneau (1987, 2002, 2008, entre otros). Dedicamos asimismo un importante espacio a la definición de un marco teórico

propicio para el análisis de las dimensiones verbal y cóporo-gestual del *ethos* político, enfocados en estudiar la relevancia de su complementación. En último lugar, tratamos de describir con la mayor precisión posible los fundamentos y procedimientos metodológicos del trabajo: los criterios de confección del corpus, el desglose operativo de las categorías, las formas de trabajar con los materiales recolectados.

En los capítulos segundo y tercero desarrollamos el análisis del *ethos* kirchnerista, tomando como variables sus dinámicas verbales y cóporo-gestuales. Contemplamos estos procesos teniendo en cuenta los aportes de Eliseo Verón (1987b), Patrick Charaudeau (2006, 2009), Geneviève Calbris (2003), Adrián Gimete-Welsh y María Rayo Sankey García (2005) y Dominique Maingueneau (2002, 2008).

El segundo capítulo es el más extenso, y está dedicado centralmente a desarrollar las dos escenografías recurrentes del discurso kirchnerista, la del «hombre común» y la del *líder-víctima*, garantes de un mundo ético en el que el realismo, la honestidad, el trabajo y la humanidad se presentan como valores centrales para construir un liderazgo legítimo. En un principio, trabajamos sobre el *ethos* de hombre común, la axiología en la que funda su imagen y las tensiones entre esta dimensión y el *ethos* de liderazgo, teniendo en cuenta la articulación de una forma vertical de hacer política, heredada de su filiación partidaria y de su posición institucional, con una tendencia horizontalista, eco del espíritu asambleario de 2001. Nos concentramos, en un segundo momento, en el “modelo de la llegada” que define la asunción de Kirchner, coherente con su gesto fundacional, y analizamos el modo en que el enunciador regula por medio de su realismo la profundidad y radicalidad del cambio. Nos detenemos luego a analizar la construcción de la destinación y la contradestinación en el discurso kirchnerista, interesados en las propuestas de consenso y realismo del enunciador, pilares capitales –desde nuestra perspectiva– de su gobernabilidad. Complementario del *ethos* de hombre común, nos ocupamos en detalle, hacia el final del capítulo, del *ethos* de *líder-víctima*, de su efecto de “humanización” en la relación entre Kirchner y el pueblo, y de la “antropomorfización” del Estado; fenómenos que guardan relevancia al momento de pensar los procesos de identificación en torno a un ejercicio horizontal de gobierno. Considerando estos procesos, nos centramos, a modo de corolario, en la figura del Estado y de las distintas imágenes con que Kirchner intenta avalar su legitimidad institucional.

El tercer capítulo considera la dimensión cóporo-gestual del *ethos* kirchnerista, y nos lleva a indagar desde una semiología de la política los

diferentes mundos éticos que el cuerpo presidencial despliega en su espacio gestual de interacción y el modo en que la palabra política se encarna en un cuerpo político. Inicialmente, exponemos la tipología de análisis utilizada, diseñada a partir del marco teórico-metodológico expuesto en el primer capítulo. Luego, a partir de esta tipología, establecemos un análisis complementario que articula las dinámicas gestuales con las temáticas y componentes del plano verbal. Así, pasamos revista a diferentes *ethé* del enunciador que refuerzan las dos escenografías planteadas en el segundo capítulo, tomando en especial consideración lo que hemos trabajado bajo el nombre de *inmediación*. Procuramos, además, establecer una distinción de las dinámicas cóporo-gestuales que nos permite explicitar con mayor claridad las tensiones éticas entre imágenes públicas del litigio y la moderación. Dedicamos las páginas finales al estudio del *ethos* de liderazgo y a la construcción de un espacio corporal de la nación, cuya gestión oficia un vínculo entre el ejercicio del liderazgo y la interpelación social.

El cuarto capítulo tiene por objetivo estudiar la regulación interdiscursiva del proyecto de la refundación kirchnerista, habida cuenta de los mundos éticos analizados en los capítulos 2 y 3. Se inicia con una consideración acerca de la sobrevivencia de la identidad nacional en la crisis de 2001 y avanza en un análisis de la refundación, a la luz de las memorias discursivas en las que el discurso kirchnerista articula su *ética*. El interés particular de este capítulo reside en analizar el modo en que el ex presidente intenta, por medio de una idea de «refundación», conciliar la contradicción entre una memoria del bienestar, en la que reposa fuertemente su capacidad de legitimación, y un discurso de la gobernabilidad, en el que se apoya para lograr una reorganización capitalista. Buscamos demostrar cómo las imágenes públicas que Kirchner resultan garantes de los interdiscursos que recupera. Partimos de la frontera política que la «refundación» representa y analizamos una doble dinámica: la oposición ética entre dos Argentinas y la recuperación de una «Argentina de los sueños», anclada en los interdiscursos de la organización nacional, la patria peronista y la memoria generacional. En función de ello, tratamos de reflexionar acerca de las características con que estas presencias interdiscursivas eran recuperadas y legitimadas en la palabra kirchnerista, atendiendo en diferentes apartados la especificidad de cada una. En los tramos finales del capítulo, nos detenemos en la transversalidad como fenómeno político específico de la post-crisis y analizamos la importancia del realismo en la encrucijada entre peronismo y gobernabilidad. Las últimas páginas están dedicadas al análisis del papel del Estado kirchnerista como

garante institucional de la refundación, y de algunas nociones centrales para ello, como la viabilidad, la sustentabilidad interna y la calidad institucional.

Las conclusiones incluyen una síntesis argumentativa de la investigación. Resumimos en ellas los principales hallazgos de acuerdo a las preguntas iniciales, los objetivos y las hipótesis, y exponemos los avances de nuestro estudio respecto del estado de la cuestión, haciendo hincapié en los aportes de nuestra tesis al campo de las ciencias sociales. Indicamos asimismo los límites de estos avances y planteamos posibles líneas de investigación para el futuro. Por cierre, ofrecemos una reflexión sobre el kirchnerismo, a igual distancia de las invectivas que lo minimizan al ridículo como de las loas que, subestimando o renegando de cualquier objeción, ubican a toda palabra crítica como “ánimo destituyente”, deseosos de olvidar el lapsus histórico que marca que el único «capitalismo en serio» ha sido el capitalismo en serie y que una única letra basta para traducir el estatista léxico del bienestar al salvaje léxico del capital.



## CAPÍTULO 1

### MARCO TEÓRICO-METODOLÓGICO: LA NOCIÓN DE ETHOS Y EL ESTUDIO DE LA DIMENSIÓN CÓRPORO-GESTUAL

#### 1. 1 INTRODUCCIÓN

El análisis de la noción de *ethos* reviste un gran interés para los estudios del discurso político. La imagen de sí de un *homo politicus* resulta decisiva para la construcción de un consenso en torno a su figura y para la adhesión de los ciudadanos al universo de valores que la definen. “No existe un acto de lenguaje que no pase por la construcción de una imagen de sí”, afirma Patrick Charaudeau en *O discurso político*. La eficacia persuasiva de la palabra política está atada en gran medida a la imagen pública del orador: su credibilidad, su virtuosismo, su fortaleza.

El presente capítulo tiene tres objetivos generales: en primer lugar, proponer un devenir histórico de la noción de *ethos*, desde la retórica clásica hasta nuestros días, concentrándonos en los estudios recientes de Dominique Maingueneau; en segundo lugar, definir un marco teórico para el análisis de las dimensiones verbal y córporo-gestual del *ethos* político; en tercer lugar, describir los fundamentos de la metodología de investigación.

Inicialmente, trazaremos un recorrido histórico de la noción en el campo de los estudios del lenguaje, tomando en consideración las tradiciones griega y latina, la renovación de la retórica en la segunda mitad del siglo XX y las investigaciones contemporáneas de Ruth Amossy, Patrick Charaudeau y Dominique Maingueneau. Luego, avanzaremos en las perspectivas teórico-metodológicas de las dimensiones verbal y córporo-gestual de la noción de *ethos*, considerando el discurso político como una comunicación compleja, cuya eficacia depende no sólo de las palabras sino además de los gestos. Finalmente, precisaremos los criterios para el armado del *corpus*, el detalle de las actividades realizadas y la operativización de las categorías analíticas.

#### 1. 2 EL DISCURSO POLÍTICO

Nuestro interés por el discurso político como tipo discursivo se debe a que éste permite explicar en alguna de sus dimensiones constitutivas el funcionamiento de un sistema político, cualquiera sea su origen, su institucionalidad y su eficacia gubernamental. Los discursos políticos involucran procesos identificatorios que dan cuenta de las prácticas e imaginarios sociales



de una comunidad determinada: su sentido histórico, sus valores, sus movilizaciones en función de objetivos e ideales, su identidad como pueblo, sus modos de representación y delegación, el modo habitual de articular eficazmente sus demandas.

El fenómeno político sería, en este sentido, el resultado de varios componentes: políticos, sociales, jurídicos, morales y psíquicos. La pregunta por qué es un discurso político o una *palabra política* tiene una variedad de respuestas posibles y, sin lugar a dudas, está ligada al modo en que interactúan estos componentes en una coyuntura histórica. Al decir de Elvira Arnoux (2008:90), “en los discursos políticos las subjetividades que se construyen habilitan los procesos identificatorios que dan forma al cuerpo social y lo movilizan en torno a objetivos, propuestas o consignas. De allí el interés que presenta tanto el análisis de estas instancias mediadoras de las prácticas políticas como la indagación acerca de sus vínculos con los procesos sociales en marcha que les asignan su sentido histórico”. Habría una palabra que es política en tanto es producida en el terreno de la política: un discurso proselitista en un encuentro partidario, un debate público entre candidatos a un cargo, el discurso de un presidente ante la Asamblea Legislativa. Habría una palabra que es política porque posee una heterogeneidad irreducible que permite definir su especificidad por oposición a discursos científico, artístico, económico. Habría, asimismo, una palabra que es política porque es dicha por un político. En este caso, no importaría lo dicho sino quién lo dice: un discurso público en campaña y una confesión de infidelidad devienen discursos políticos en la medida en que intervienen en la circulación de la imagen pública de un candidato o un funcionario público.

El modo en que los discursos políticos se imbrican con el funcionamiento de la esfera política en una comunidad y en un espacio-tiempo determinados está definido por la instancia de mediación que se establece entre la búsqueda de identificación que los discursos proponen y la eficacia que éstos logran en recepción. El análisis de los discursos políticos adquiere central relevancia en el intento por describir y comprender las dinámicas y los procedimientos discursivos que operan en el proceso de establecimiento de un contrato – siempre coyuntural, siempre precario– entre las instancias política y ciudadana. Interesado en lograr la adhesión de la mayor cantidad de ciudadanos posible a su proyecto político, cualquiera que éste fuere, el sujeto político en una democracia parlamentaria debe inscribirse en un dispositivo enunciativo en el que la construcción de imágenes de sí –de manera que se haga creíble y

atractivo, y la movilización de sentimientos y valores, de manera que el ciudadano adhiera a ellos con entusiasmo— reviste un alto grado de provecho.

El discurso político ha sido tradicionalmente un objeto privilegiado dentro de los estudios del discurso<sup>1</sup>. Dentro de ese vasto universo, nos interesan especialmente las definiciones de Silvia Sigal y Eliseo Verón en *Perón o Muerte* (2004) y de Patrick Charaudeau en *O discurso político* (2006).

Enunciar una palabra política —de acuerdo con Sigal y Verón (2004:23)— consiste en situarse a sí mismo y en situar tres tipos de destinatarios diferentes, por medio de constataciones, explicaciones, prescripciones y promesas, respecto de las entidades del imaginario: por un lado respecto de aquellas entidades con las cuales el enunciador busca construir una relación — los metacolectivos— y por otro respecto de la entidad que funda la legitimidad de la toma de palabra, el colectivo de identificación. Según los autores, el campo discursivo de lo político implica genéricamente una dimensión polémica, caracterizada por relaciones de enfrentamiento entre enunciadores. La enunciación política resultaría inseparable de la construcción de un adversario y, en correlato con ello, supondría en sí misma la construcción de una imagen de sí y de una imagen del otro, al mismo tiempo que la apelación a destinatarios terceros que arbitrarían a favor, en contra o desde la indecisión más absoluta (Sigal & Verón 2004:18). Estamos en presencia de un discurso cuya economía discursiva estaría signada por tres funciones: una función de refuerzo respecto de un prodestinatario, una función de polémica respecto de un contradestinatario y una función de persuasión en lo que concierne el paradestinatario<sup>2</sup>.

---

<sup>1</sup> Según Jean-Jacques Courtine (2006:51): “Si consideramos, en efecto, la totalidad de los trabajos en análisis del discurso efectuados durante los años 1960-70, el peso de las descripciones de *corpora* políticos es considerable y sobrepasa ampliamente los análisis sobre el discurso pedagógico, científico y sobre los diversos *corpora* tratados por los historiadores. En este punto, la situación francesa es singular: mientras en los Estados Unidos se describían textos científicos, aplicando los procedimientos definidos por Harris en *Discourse Analysis*; mientras en Alemania se elaboraban gramáticas del texto, y mientras en diversos países se desarrollaban diferentes tipos de pragmáticas textuales, en Francia nos dedicamos durante mucho tiempo a describir el mismo género de objeto (el discurso político), valiéndonos de un mismo tipo de método (una combinación entre el análisis distribucional y las identificaciones enunciativas)”. Eliseo Verón (1987b:13) coincide en este diagnóstico: “Por razones históricas, el discurso político ha sido uno de los primeros objetos de estudio abordados por quienes buscaban abrir el camino del análisis del discurso, en particular en Francia. Desde entonces, cierto número de trabajos han sido publicados; globalmente, el análisis lexicológico aparece como la orientación metodológica dominante”. Cuando a inicios de los setenta el análisis del discurso excede los márgenes de la lingüística, “el discurso político se volvió muy rápidamente el principal, quiero decir, el único objeto del análisis del discurso que súbitamente se desarrolló en Francia” (Courtine 2006:60).

<sup>2</sup> Este funcionamiento es propio de cualquier discurso argumentativo, si entendemos como tal *todo discurso producido en un contexto de debate orientado por un problema* (Plantin 2001:39). Siguiendo esta perspectiva, una determinada situación de lenguaje empieza a ser argumentativa cuando se manifiesta en ella una oposición discursiva; es decir, cuando plantea un problema en forma de Pregunta-Cuestión y se distinguen claramente los tres papeles actanciales: el de Proponente (P), el de Oponente (O) y el de dudar, que corresponde a Terceros (T) (Plantin 1998:25). Patrick Charaudeau, por su parte, afirma que a

Para Charaudeau, en tanto, hablar en la actualidad de discurso político significa “intentar definir una forma de organización del lenguaje en su uso y sus efectos psicológicos y sociales, en el interior de determinado campo de prácticas” (Charaudeau 2006:32). Su objetivo no es abordar un discurso particular –de derecha, de izquierda, fascista, democrático– para definir su especificidad, sino “definir el dominio de la práctica social en el cual se mueve el discurso político, de poner en evidencia cuáles son las condiciones generales de emergencia y las estrategias que se ofrecen a todo actor político, cualesquiera que sean las ideas y las posiciones que defiende” (Charaudeau 2006:8-9). Sus preocupaciones centrales pasan por la naturaleza y el funcionamiento de la *palabra política*, en la medida en que ella se inscribe en una práctica social específica, circula en cierto espacio público y está vinculada con las relaciones de poder que allí se instauran. Su hipótesis es que “el discurso político, aun cuando siga siendo una combinación de esos tres componentes (*logos, pathos, ethos*), progresivamente se ha desplazado del lugar del *logos* hacia el del *ethos* y el del *pathos*, del lugar del sistema de los argumentos hacia el de su escenificación” (Charaudeau 2006:46). Esta escenificación significa para Charaudeau que el discurso político se dedica a construir imágenes de los actores y a usar estrategias de persuasión y de seducción, empleando diversos procedimientos retóricos. Considerando que “cualquier enunciado, por más inocente que sea, puede tener un sentido político a partir del momento en que la situación así lo autoriza” (Charaudeau 2006:39), un discurso es político no por su contenido o por su dinámica de funcionamiento sino por la situación de comunicación en la que es enunciado.

Tomando en consideración estas posturas, estaríamos en condiciones de afirmar que el análisis del discurso político consistiría principalmente en reflexionar sobre el proceso de adhesión de los sujetos a cierta posición discursiva y, por consiguiente, sobre la búsqueda de dinámicas de identificación entre las imágenes que el enunciador construye de sí y de sus destinatarios. Ahora bien, del cruce de las reflexiones de Sigal y Verón y Charaudeau también sería posible establecer características irreducibles del discurso político como tipo discursivo: en primer lugar, la polémica como dimensión constitutiva; en segundo lugar, su economía discursiva trifuncional (refuerzo, polémica y persuasión); en tercer lugar, la preeminencia ética y pática –acentuada quizás por la mediatización creciente de la esfera pública–

---

la hora de reflexionar sobre la *palabra política* en el seno de lo social es preciso distinguir tres principios básicos del acto lingüístico: el principio de alteridad (la existencia de Otro), el principio de influencia (la dimensión persuasiva de la palabra) y el principio de regulación (la gestión de la relación *nosotros-ellos*) (Charaudeau 2006:16).

en detrimento del *logos*; en cuarto lugar y derivado del tercero, la posibilidad de concebir el dispositivo enunciativo como un proceso de escenificación, en el que la construcción de imágenes de sí y del otro es decisiva en la consecución de una identidad política hegemónica.

### **1. 3 ETHOS: DE LA RETÓRICA AL ANÁLISIS DEL DISCURSO**

La reflexión sobre los procesos de adhesión de los sujetos a una palabra política y las dinámicas de identificación en ella propuestos no puede estar exenta de la pregunta acerca de la construcción de *ethé* discursivos como dimensión inherente a las lógicas sociales de identificación política. No existe identificación posible en el discurso político que no esté ligada a la construcción de una imagen de sí del locutor. Diversas disciplinas y abordajes teóricos se han ocupado de la noción de *ethos* al momento de investigar la construcción de esta imagen. Nos parece pertinente, por esa razón, proponer en este capítulo un devenir histórico de la noción de *ethos* y realizar una exposición de sus principales características y dimensiones epistemológicas según los trabajos actuales de Dominique Maingueneau, en función de su aptitud operativa para analizar el alto grado de imagen positiva logrado por el ex presidente Néstor Kirchner durante su primer año de gobierno, de enorme relevancia –creemos– para desarrollar una gobernabilidad eficaz.

#### **1. 3. 1 El ethos en la antigüedad**

##### **1. 3. 1. A) El ethos aristotélico**

En *El arte de la retórica* Aristóteles afirma que el fin de la retórica es “encontrar en cada caso aquello que puede ser apto para persuadir” (2005:17) y postula una lógica adaptada al sentido común: las proposiciones no deben ser necesariamente verdaderas sino verosímiles (2005:95). Se trata de contar lo que el público cree posible aunque sea imposible científicamente, antes que relatar lo que es posible realmente, si ese posible es rechazado por la censura colectiva de la opinión corriente.

Según su tratado el arte retórico comprende tres operaciones principales: *inventio*, *dispositio* y *elocutio*. Lugar de la invención o del descubrimiento, dentro de la *inventio* pueden distinguirse a su vez dos grandes vías probatorias: las pruebas técnicas y las pruebas extratécnicas. Son técnicas aquellas compuestas metódicamente por el orador; son extratécnicas aquellas que existen independientemente del arte del orador: por ejemplo, los testigos, las confesiones, los documentos. Al enumerar las pruebas técnicas, Aristóteles (2005:44) distingue tres tipos:

“Las pruebas obtenidas por medio del discurso son de tres clases: las primeras están en el carácter moral del orador; las segundas, en disponer de alguna manera al oyente, y las últimas se refieren al discurso mismo, a saber, que demuestre, o parezca que demuestra”.

Estas tres clases han sido denominadas, respectivamente, *ethos*, *pathos* y *logos*. El *ethos* es abordado en el Libro primero, que se ocupa mayormente de la concepción de los argumentos en la medida en que la retórica depende del orador, de su adaptación al público y de su adaptación genérica. Los *ethé* son aquellos atributos que el orador *muestra* en sus discursos, independientemente de su sinceridad, y que lo hacen digno de crédito para su auditorio. Según Aristóteles, el carácter moral posee casi la mayor fuerza probatoria y su eficacia es eminentemente discursiva:

“Se persuade por medio del carácter moral cuando se pronuncia el discurso de tal manera, que haga al orador digno de ser creído, porque a las personas buenas les creemos más y con mayor rapidez, en general, en todos los asuntos, pero principalmente en aquello en que no hay evidencia, sino una opinión dudosa. Pero conviene también que esto suceda por medio del discurso y no porque la opinión haya anticipado este juicio respecto del orador” (2005:44 y ss.).

El mismo Aristóteles precisa cuáles son las causas que informan a la credibilidad del orador, es decir, al conjunto de atributos que hace a su legitimidad. Dice al comienzo del libro segundo:

Tres son las causas de que los oradores sean dignos de fe, pues otros tantos son, fuera de las demostraciones, los motivos por los cuales creemos, a saber, la *prudencia*, la *virtud* y la *benevolencia*. Porque los oradores engañan en lo que dicen o aconsejan, bien por falta de todas estas cosas, bien por falta de alguna de ellas; pues, o no opinan correctamente por su imprudencia, o aunque opinen con exactitud, no dicen por maldad lo que les parece; o son ciertamente prudentes y honestos, pero no son benévolos; por lo cual ocurre que no aconsejan lo mejor aunque lo conozcan. Fuera de estos motivos no existen otros (2005:45 y ss.).

El *ethos* se refiere, en esta tradición, a aquella prueba técnica que le permite al orador mostrarse creíble y buscar establecer con su auditorio un pacto de confianza. No alcanza con plantear un tema, encontrar un ejemplo o razonar adecuadamente: lo que haría falta sería generar confianza en el auditorio. *Prudencia*, *virtud* y *benevolencia* son tres posiciones que el enunciador asume ante los destinatarios y desde las cuales los interpela: siganme, créanme o ámenme. Estas características muestran, a una escala general, diferentes modos de interpelar al otro: un presidente como Kirchner puede mostrarse auténtico y proclamar que dice todo lo que piensa y siente, puede presentarse en posesión de la verdad o puede generar confianza

rompiendo los protocolos y mostrándose cercano y compañero con su auditorio. Estas *mostraciones* implican posiciones diferenciales, que pueden articularse de modo más o menos complementario. Lo central, no obstante, es que en todos los casos se trata de pruebas o *posiciones* discursivas, producidas antes en el interior de los discursos que en las representaciones preexistentes.

### **1. 3. 1. B) La tradición ética latina**

El *ethos*, entendido como producción de una imagen de sí del orador, es pasible de ser caracterizado en la tradición latina por su carácter mayormente previo o prediscursivo. *Vir boni dicendi peritus*: así define Cicerón al orador perfecto. Si la noción de *ethos* es entendida en Aristóteles como categoría discursiva y, por esa razón, definida en tanto prueba técnica, tanto Cicerón como Quintiliano, quien afirmaba que «un hombre de bien es el único que puede hablar bien» (en Amossy 2000:63), consideran la imagen pública del orador como un argumento previo con mayor peso que los que provienen del mismo discurso<sup>3</sup>. La *tejné* oratoria es subordinada a la virtud ciudadana: no puede hablar bien quien obra mal, como no puede hablar mal quien tiene una buena reputación. La destreza oratoria es, por consecuencia, la expresión *necesaria* de una vida virtuosa.

### **1. 3. 2. A) El Tratado de la Argumentación**

El corpus doctrinal de la Retórica clásica, herencia de las tradiciones griega y latina, fue seguido por lo que Gérard Gennete ha denominado la «Retórica restringida»: una retórica limitada a los recursos de exornación elocutiva (Albaladejo 1989:37). Si el período de la Retórica latina posterior a Quintiliano se caracteriza por el afianzamiento de su armazón teórico en las aportaciones de los llamados retóricos latinos menores, en la Edad Media lo más sustantivo para el sistema retórico “es la consolidación de la construcción textual en su estructura profunda y en sus aspectos de la estructura de superficie, así como la aproximación de la Retórica a la Poética” (Albaladejo 1989:32). Esta consolidación deja paso a una progresiva reducción de la retórica a una disciplina de los tropos; estatuto que se consolida en el siglo XVI con el interés de los humanistas por el aprendizaje directo de la elocuencia en

---

<sup>3</sup> Según Ruth Amossy (2000:62) la preeminencia argumentativa del *ethos* previo está planteada en el mundo griego por Isócrates (436-338 a.C.). El ateniense, contemporáneo de Aristóteles, se pregunta en su *Antidosis*: “¿Quién puede ignorar, en efecto, que el discurso de un hombre bien considerado inspira más confianza que el de un hombre desprestigiado y que las pruebas de sinceridad que resultan de toda la conducta de un orador tienen más peso que las que provienen del discurso?”.

los discursos y que se implanta definitivamente en el siglo XVII con el Clasicismo francés. Es allí cuando la Retórica se orienta exclusivamente hacia el ámbito de la ornamentación verbal y pasa a ser una mera teoría de la *elocutio* (Albaladejo 1989:35-7).

Desde el siglo XV hasta la segunda mitad del siglo XX, la «Retórica restringida» será la posición retórica consolidada y la que se impondrá como representación dominante de la retórica. A partir de la década del cincuenta, tres tendencias caracterizarían los nuevos estudios retóricos o lo que Pozuelo Yvancos ha designado con el nombre de «Neorretórica»: la Retórica de la argumentación, la Retórica de base estructuralista y la Retórica general de carácter textual (Cfr. Albaladejo 1989).

De las tres líneas de investigación, es la teoría de la argumentación desarrollada por Chaïm Perelman la que posee mayores implicancias en relación con nuestra investigación, ya que si bien su retórica no recupera la categoría de *ethos* anuncia las grandes orientaciones contemporáneas tomadas por las ciencias del lenguaje<sup>4</sup>. En su *Tratado de la argumentación*, escrito en colaboración con Lucie Olbrechts-Tyteca, la argumentación es definida como el conjunto de “técnicas discursivas que permiten provocar o aumentar la adhesión de las personas a las tesis presentadas para su consentimiento” (1989:34). Ahora bien, la eficacia discursiva para lograr esta *adhesión* se juega en gran medida en la adecuación entre la imagen de sí mismo que ofrece el orador y lo que el auditorio espera de él. Dado que todo discurso está orientado hacia un auditorio, Perelman propone:

El único consejo de orden general que una teoría de la argumentación puede dar en este caso es el de exigir al orador que se adapte a su auditorio (1997:34).

El orador debe modelar su imagen en función de una serie de valores y creencias positivas que le adjudica a su auditorio y, al mismo tiempo, dicho modelo *ético* depende de lo que el locutor considere que es un locutor *legítimo* de la interacción para sus alocutarios:

Cada medio (social) podría caracterizarse por sus opiniones dominantes, por sus convicciones no discutidas, por las premisas que admite sin vacilar: estas concepciones forman parte de su cultura y a todo orador que quiera persuadir a un auditorio particular no le queda otro remedio

---

<sup>4</sup> Ruth Amossy propone un análisis sobre los vínculos entre la retórica post-Perelman y la lingüística del discurso en su artículo “Nouvelle Rhétorique et linguistique du discours”. En KOREN, R. y AMOSSY, R. (2002): *Après Perelman. Quelles politiques pour les nouvelles rhétoriques? L’argumentation dans les sciences du langage*. París: L’Harmattan, pp. 153-172.

que adaptarse a él. También la cultura propia de cada auditorio se transparenta a través de los discursos que le destinan (1989:57)

Por otra parte, Perelman sostiene:

En la argumentación, lo importante no está en saber lo que el mismo orador considera verdadero o convincente, sino cuál es la opinión de aquellos a quienes va dirigida la argumentación (1997:63).

La *doxa*, su *cultura propia* en la que se inscribe la búsqueda de legitimidad del orador, resulta condición *sine qua non* de la interacción y, por ende, es inherente a la construcción de un *mundo ético* eficaz. La construcción discursiva de la persona del orador se inscribe tanto en factores discursivos como sociales. La imagen que de él emana, su figura pública, funciona como el elemento contextual privilegiado para determinar la adjudicación de sentido a su discurso por parte del auditorio y, por tanto, para dotarlo de fuerza persuasiva. Al operar como contexto, la imagen pública del orador condiciona la eficacia persuasiva de la palabra: “El orador, en efecto, ha de inspirar confianza: sin ella, el discurso no merece crédito” (Perelman & Olbrechts-Tyteca 1989:489). Como sucede con los argumentos, el éxito de esta *fiducia* se sostiene sobre un conjunto de representaciones colectivas indispensables para el intercambio: ¿qué es la honestidad, qué es la justicia, qué es la seriedad?, pero también ¿qué debe *envolver* a alguien digno de ser honesto, qué caracterizaría a una persona seria, qué significa ser un hombre justo? La importancia de la solidaridad entre el orador y su auditorio –“un contacto de los espíritus entre el orador y su auditorio”, dirá Perelman (1997:31-2)– es tal que funciona como el rasgo que termina por definir el territorio de lo argumentativo frente a lo demostrativo<sup>5</sup>:

En efecto, el fin de la argumentación no es como el de la demostración, probar la verdad de la conclusión partiendo de la verdad de las premisas, sino transferir a las conclusiones la *adhesión* concedida a las premisas (1997:43)

La capacidad de transferir a las conclusiones la adhesión concedida a estas premisas hechas a imagen y semejanza del auditorio se basa en gran

---

<sup>5</sup> Ante la pregunta por qué es lo que distingue a la argumentación de una demostración formalmente correcta, Perelman responde (1997:29): “En primer lugar, el hecho de que en una demostración los signos utilizados deben estar desprovistos de toda ambigüedad, contrario a lo que sucede en la argumentación que se desarrolla en una lengua natural, en la que la ambigüedad no está excluida por anticipado. En segundo lugar, porque la demostración correcta es una demostración conforme a reglas que son explicitadas en los sistemas formalizados. También –y este es un punto en el que insistiremos– porque el *status* de los axiomas, de los principios de los que se parte, es diferente en la demostración y en la argumentación”.



parte en la eficacia ilocucionaria del *ethos*, es decir, en la fuerza performativa de esa imagen para desplegar un universo sensible en el que el auditorio se vea *envuelto* por lo que el orador dice y muestra de sí. En este sentido, la capacidad de transferencia argumentativa sería proporcional al éxito del enunciador para erigirse en garante del mundo ético que argumentativamente desenvuelve. Poco importa la imagen del locutor cuando se trata de deducciones formales instrumentadas a través de un lenguaje unívoco; se vuelve, en cambio, primordial cuando el uso retórico vuelve ambiguo al discurso y el contexto y los fines se vuelven importantes.

### 1. 3. 2. B) El *ethos* barthesiano

Aun cuando tengamos por cierto que la retórica de Perelman permite entrever a grandes rasgos líneas de estudio actuales en el área del análisis de los discursos, el rescate de una retórica *inventiva* en relación con teorías del lenguaje no se produjo exclusivamente por su labor. La reivindicación de la retórica mucho le debe a la obra de Roland Barthes. La antigua *tejné rhetoriké* es, según Barthes (1982:12), un metalenguaje que puede ser pensado como una máquina destinada a producir discurso. Así como la *elocutio* o la *dispositio*, la *inventio* es para Barthes una operación relevante dentro del artefacto retórico. Siguiendo las reflexiones de Aristóteles, Barthes ubica los atributos del orador (los *ethé*) dentro de la *inventio*; sin embargo, ofrece de ellos una definición que actualiza el programa aristotélico en clave *connotativa*:

Para Aristóteles hay tres *aires*, cuyo conjunto constituye la autoridad personal del orador: 1) *phrónesis*: es la cualidad del que delibera bien, del que sopesa el pro y el contra: es una sabiduría objetiva, un buen sentido que el orador exhibe; 2) *areté*: es la ostentación de una franqueza que no teme sus consecuencias y se expresa con la ayuda de expresiones directas, marcadas por una lealtad teatral; 3) *éunoia*: se trata de no chocar, de no provocar, de ser simpático, de entrar en una complicidad complaciente con el auditorio. En conclusión: mientras habla y desarrolla el protocolo de las pruebas lógicas, el orador debe también decir incesantemente: seguidme (*phrónesis*); estimadme (*areté*) y amadme (*éunoia*) (Barthes 1997:143).

Los atributos que el orador propone de sí mismo no son para Barthes una imagen construida en el discurso exclusivamente en el plano de la denotación, de lo dicho, sino sobre todo en el plano de la connotación, de lo mostrado. *Son sus aires*: los rasgos de carácter que el orador *muestra* al auditorio, con independencia de su sinceridad, para causar una impresión favorable. El orador enuncia una información y *al mismo tiempo* dice: *yo soy*

éste, yo no soy aquél (Barthes 1997:143)<sup>6</sup>. Proceso bifronte, el *ethos* implica dos órdenes, el imaginario y el discursivo: imaginario, porque pertenece al servicio de la dimensión psicológico-emotiva de la retórica aun cuando se trate de una psicología proyectada, es decir, no de lo que realmente se tiene en mente, sino de lo que se cree que el otro tiene en mente; discursivo, porque los atributos que componen la imagen que el orador le ofrece al auditorio, *lo que quiere ser para el otro*, se generan a través del discurso, menos por lo que informa que por lo que *muestra*.

### 1.3.2. C) Erving Goffman y los ritos de interacción

Erving Goffman ha estudiado la presentación de sí mismo y los ritos de interacción en el análisis de las conversaciones desde obras tan tempranas como *La presentación de la persona en la vida cotidiana* (1959) hasta *Formas de hablar*, publicado en 1981. Según el autor, decir que los interlocutores interactúan es suponer que la imagen de sí mismo construida en y por el discurso participa de la influencia mutua que ellos ejercen el uno sobre el otro. Esta presentación de sí es tributaria de los roles sociales y de los datos situacionales y, en la medida en que es inherente a todo intercambio social y sumisa a una regulación sociocultural, sobrepasa ampliamente la intencionalidad del sujeto hablante y actuante.

Circunscrita a la interacción conversacional, la construcción de una imagen de sí es una preocupación que recorre toda la obra de Goffman. Nociones como *representación*, *rutina*, *faz*, *figuración* son categorías sociológicas cuya operatividad responde en algún grado a esta preocupación. La *representación*, por ejemplo, es “la totalidad de la actividad de una persona dada, en una ocasión dada, para influenciar de una cierta manera a alguno de los participantes” (en Amossy 2008:12). Esta actividad está inscrita en general dentro de un *rol* o *rutina*, es decir, modelos de acción preestablecidos que el locutor desarrolla durante una *representación* y que puede presentar o utilizar en otras ocasiones. Tales rutinas constituyen los modelos de comportamiento preestablecidos que utiliza un director en una reunión con sus empleados, un juez en una sesión del tribunal, un enfermero en sus relaciones con un enfermo, un padre en el transcurso de una comida familiar, un político durante un discurso público. La categoría de *faz*, desarrollada ulteriormente, articula

---

<sup>6</sup> En su ensayo sobre la fotogenia electoral en *Mitologías*, Barthes afirmaba que la fotografía de un candidato “tiende a escamotear la <política> (es decir un cuerpo de problemas y soluciones) en provecho de una <manera de ser>, de una situación sociomoral. La efigie de un candidato, su imagen cóporo-visual, da a leer una ideología (2005:165 y ss.). Se trata en definitiva de proponer un carácter moral antes que un programa: de *mostrar* antes que *informar*.”

estas nociones con el proceso de presentación de sí, tomando en cuenta los datos previos que lo definen y sobredeterminan. Definida como el valor social positivo que una persona reivindica efectivamente a través de la línea de acción que los otros suponen que ella ha adoptado a lo largo de un contacto particular, la *faz* marca la tensión entre la cristalización paulatina de una imagen *dóxica* y la reivindicación o la redefinición de esa figura en la situación de interacción actual. Lo esencial es aquí lo que Goffman denomina el *face-work* o *figuración*, a saber: todo lo que intenta una persona para que sus acciones no pongan en ridículo a nadie, incluida ella misma (en Amossy 2008:13).

Las indagaciones micro-sociológicas en los ritos de interacción acercan a Goffman a problemáticas afines con los estudios discursivos contemporáneos sobre la noción de *ethos*. La *representación* como intento de lograr la adhesión del otro al programa narrativo propio, la inscripción de todo locutor en modelos de comportamiento preestablecidos que parecerían indicar la recurrencia de determinadas escenas enunciativas asociadas a prácticas y géneros específicos (v.g. la reunión empresarial, el juicio, la comida familiar, el discurso político); la relevancia de los datos previos en una situación de enunciación y la negociación ética de todo discurso entre la imagen que un locutor posee en la *doxa* de un auditorio y la imagen que intenta *mostrar* en la comunicación que está desarrollando. Estas 'vecindades conceptuales' hacen de la micro-sociología de Goffman un campo fecundo en el marco más general de las convenciones y las identidades sociales. Esa es la razón por la que investigadoras como Catherine Kerbrat-Orecchioni y Ruth Amossy consideren sus aportes. La primera, por ejemplo, recupera el principio de *cuidado de la faz* para mostrar cómo rigen en la lengua los hechos estructurales y las formas convencionales y cuáles serían las ligazones a desarrollar entre fenómenos estrictamente lingüísticos y situaciones de interacción, mientras que Amossy coloca a Goffman entre las aportaciones fundamentales para comprender la importancia del *ethos* incluso en los intercambios verbales más cotidianos y más personales.

### **1. 3. 3 Prágmática y análisis del discurso**

La pragmática y el análisis del discurso se apropiaron tardíamente del concepto de *ethos*. Las observaciones iniciales de Michel Le Guern en "L'*ethos* dans la rhétorique française de l'âge classique" en su libro *Stratégies discursives* (1978) fueron retomadas por Oswald Ducrot en sus esbozos para una teoría polifónica de la enunciación, al promediar la década de los ochenta,

y por Dominique Maingueneau en varios de sus trabajos, desde *Génesis du discours* (1984) hasta colaboraciones recientes en libros como *Imagens de si no discurso. A construção do ethos* (2008) y *Ethos discursivo* (2008).

La pragmática semántica de Ducrot se interesa en la instancia discursiva de locución, tomando por objeto “aquello que, según el enunciado, el habla hace” (1986:178). Su objetivo es impugnar la unicidad del sujeto hablante; idea que, según el propio autor, ha caracterizado los dos últimos siglos de investigaciones sobre el lenguaje. Para ello, aborda el problema del sujeto de la enunciación tal como aparece en el interior del sentido del enunciado. Según el lingüista, “el sujeto hablante que por medio de su enunciado comunica que su enunciación es tal o cual, no podría representar la enunciación como independiente del enunciado que la caracteriza” (1986:192). Es dentro de este horizonte de preocupaciones donde Ducrot integra la noción clásica de *ethos* con el propósito de ilustrar su distinción entre locutores L y  $\lambda$ , es decir, entre el *sujeto hablante* (locutor L) y el *ser en el mundo* (locutor  $\lambda$ , elemento de la experiencia):

Acudiendo a mi terminología, diré que el *ethos* es atribuido a L, el locutor como tal: por ser fuente de la enunciación se ve ataviado con ciertos caracteres que, por contragolpe, tornan aceptable o rechazable esa enunciación. Lo que el orador podría decir de sí mismo en cuanto objeto de la enunciación, concierne en cambio a  $\lambda$ , el ser en el mundo, y no es éste quien está en juego en la parte de la retórica a que me refiero (1986:205).

La enunciación en Ducrot adquiere centralidad en la elaboración de una imagen de sí, dado que las modalidades de su decir permiten conocer al locutor mejor que cuanto pueda afirmar él sobre sí mismo. Existe, en este sentido, una marcada diferencia, a la hora de seducir al auditorio y captar su benevolencia, entre la imagen de sí que brinda un orador que parece ser el dueño de sus palabras y decidir firmemente sobre la información que ofrece, y la imagen de un locutor cuyas palabras parecen brotarle por sorpresa por la propia situación en la que se haya posicionado.

Dar de sí mismo una imagen favorable —en la perspectiva de Ducrot— no depende tanto de lo que el orador dice de sí mismo como de la manera en que ejerce su actividad oratoria. Se trata de la manera en que el sujeto hablante representa su propia enunciación. Esa es la razón por la que afirma: “No se trata de las afirmaciones jactanciosas que [el locutor] puede emitir sobre su propia persona dentro del contenido de su discurso, afirmaciones que por el contrario arriesgan chocar al oyente, sino de la apariencia que le confieren la

cadencia, la calidez o severidad de la entonación, la elección de las palabras, de los argumentos” (1986:205).

Dominique Maingueneau, por su parte, entiende el *ethos* menos como medio de persuasión o argumentación que como dimensión constitutiva de toda instancia de enunciación. El *ethos*, de acuerdo con él, es indisociable de la situación de enunciación del discurso. Así, en *Analyser des textes de la communication*, afirma:

Cette prise en compte de l'éthos permet à nouveau de prendre ses distances à l'égard d'une conception du discours selon laquelle les « contenus » des énoncés seraient indépendants de la scène d'énonciation qui les prend en charge. En fait, *on ne peut dissocier l'organisation des contenus et la légitimation de la scène de parole* (1998:81)

Cuando plantea que el *ethos* permite asociar la organización de los contenidos y la legitimación de la escena de habla, Maingueneau enfatiza el hecho de que la enunciación adviene en un espacio *instituido*, definido por el género de discurso, y también en la dimensión *constructiva* de este discurso, que se *pone en escena* e instaura su propio espacio de enunciación. El *ethos* operaría como la figura de una convocatoria, por la cual el destinatario sería convocado a un lugar, inscripto en la instancia de enunciación que el propio discurso implica. Esta *escena de enunciación*, tal el término exacto, se caracteriza por permitir el despliegue por parte del enunciador de una *corporalidad* y un *carácter* específicos e independientes del cuerpo del hablante. Se trata de una doble figura del enunciador<sup>7</sup> a la cual se vincula el *tono*<sup>8</sup> presente en todo texto (Maingueneau 1984:100). Así, en *Nouvelles tendances en Analyse du discours*, Maingueneau afirma:

Le ton est nécessairement associé à un *caractère* et une *corporalité*. Le « caractère » correspond à ce faisceau de traits « psychologiques » que le lecteur-auditeur attribue spontanément à la figure de l'énonciateur d'après sa manière de dire. [...] On devra en dire autant de la « corporalité », qui renvoie à une représentation du corps de l'énonciateur de la formation discursive (1987:32-33)<sup>9</sup>.

<sup>7</sup> Según Amossy (2000:4-5), estos dos elementos derivan de las representaciones sociales de ciertos tipos de carácter en el sentido psicológico del término y de una 'manera de habitar el espacio social' ligada a las posiciones y a las formas de vestirse.

<sup>8</sup> Maingueneau adopta la noción de *tono*, que prefiere a la de 'voz', pues remite de manera sincrética tanto a la oralidad como a la escritura.

<sup>9</sup> Las primeras reflexiones de Maingueneau sobre el *ethos* aparecen marcadas por la relación entre este concepto y la formación discursiva en la que el enunciador se inscribe. A poco de adentrarse en este terreno, sin embargo, el propio Maingueneau opta por abandonar la noción de formación discursiva –cuya plasticidad, debida en parte a su doble origen (foucaulteano y pêcheuxteano), ha redundado por lo general en ineptitud operativa (cfr. “Unidades tópicas e não-tópicas” (en 2008a) y la entrada “Formación discursiva” (en Charaudeau & Maingueneau 2005)– y articular el *ethos* con la noción de *escena de enunciación*. En “Unidades tópicas e não-tópicas”, Maingueneau (2008a:16) llega a decir que cuando se

Figura y cuerpo del enunciador, ese enunciador encarnado cumple el papel de *garante*, fuente legitimadora que certifica lo que es dicho:

Le garant, dont le lecteur doit construire la figure à partir d'indices textuels de divers ordres, se voit ainsi affecter un **caractère** et une **corporalité**, dont le degré de précision varie selon les textes (1998 :80).

Interesa adoptar una perspectiva que recubra no solamente la dimensión verbal sino también el conjunto de determinaciones físicas y psíquicas adjudicadas al *garante* por la *doxa*. Así pues, la corporalidad y el carácter del *garante* son tributarios de un vasto imaginario de representaciones colectivas, que implican la identificación de y con un acervo poco preciso de estereotipos asociados a ciertos comportamientos.

La figura del *garante* implica un *mundo ético*, un mundo que subsume un cierto número de situaciones estereotípicas asociadas a comportamientos, al cual el *garante* convoca y da acceso (cfr. Maingueneau 2002:55-67; 2008). El *ethos* reenvía en efecto a la figura de ese *garante*, quien a través de su palabra se otorga una identidad a la medida del mundo que él procura hacer surgir en su enunciado. Ocurre por medio de la garantía que el propio enunciador ofrece del mundo ético que despliega y al cual invita a adherirse que el destinatario se inscribe en la escena de enunciación que el discurso recrea. Esta instancia enunciativa, de acuerdo con Maingueneau (1993; 1996; 2002), puede analizarse en tres escenas: *escena englobante*, *escena genérica* y *escenografía*<sup>10</sup>. La *escena englobante* da su estatuto pragmático al discurso, lo integra en un tipo: publicitario, filosófico, político, etc. La *escena genérica*, por su parte, es la del contrato ligado a un género o a un sub-género del discurso. Dentro del tipo político, por ejemplo, el discurso público desde el púlpito, la conferencia de prensa, el mensaje por cadena nacional. En cuanto a la *escenografía*, no es impuesta por el género, sino construida por el texto mismo: el discurso de un líder político puede ser enunciado a través de una escenografía de hombre común, de una escenografía profética o de una escenografía de un profesor dándole clases a sus alumnos como acostumbraba a hacer Valéry Giscard D'Estaing en la década del setenta. La

---

encargó de la entrada "Formación discursiva" en el *Diccionario de análisis del discurso*, que co-dirigió con Patrick Charaudeau, él mismo substituyó *formación discursiva* por *posicionamiento*, debido a la incapacidad en que se encontraba para atribuirle un estatuto preciso.

<sup>10</sup> Esto supone que la inscripción del sujeto en el discurso no se efectúa solamente a través de los embragues y de los trazos de la subjetividad en el lenguaje (sean estos modalizadores, deícticos, subjetivemas o ideologemas), sino que se hace también por la activación de un tipo y un género discursivos en los cuales el locutor ocupa una posición definida desde el principio y por el despliegue de un escenario familiar que modela progresivamente la relación con el alocutario.

escenografía no es un marco, un decorado, como si el discurso sobreviniera en el interior de un espacio ya construido e independiente de él. La escenografía es lo que la enunciación instauro progresivamente como su propio dispositivo de habla. El discurso *muestra* su escenografía y su *ethos*, pero también *dice* que éstos son legítimos<sup>11</sup>.

La escenografía se legitima en función de tres términos: la figura del enunciador (el garante de la enunciación) y una figura correlativa del destinatario, una cronografía (un momento) y una topografía (un lugar) de donde *pretende* surgir el discurso. Estas tres dimensiones son indisolubles: la determinación de la identidad de los coparticipes de la enunciación va de la mano con la definición de un conjunto de lugares y de ciertos momentos que instauran las condiciones por las cuales el discurso pretende fundar su derecho a la palabra<sup>12</sup>.

#### 1.4 LA EFICACIA ENUNCIATIVA SEGÚN D. MAINGUENEAU

La eficacia retórica del *ethos* se basa en el hecho de que de cierto modo envuelve a la enunciación sin estar explicitado en el enunciado (Maingueneau 1996:78). Esta *envoltura*, que el propio Maingueneau prefiere definir en términos de *dispositivo enunciativo* (1996:80), se despliega simultáneamente en los registros de lo *mostrado* y de lo *dicho*, movilizándolo todo aquello que contribuye a emitir una imagen del orador. Su tono de voz, su facilidad de palabra, su elección de las palabras y de los argumentos, sus gestos, su mirada, su postura son todos *signos éticos*.

Bajo la denominación de signos éticos, la noción de *ethos* de Maingueneau recupera la distinción entre *ethos mostrado* y *ethos dicho* sugerida por Roland Barthes y Oswald Ducrot, entre otros, para proponer un *ethos efectivo* en el que confluyen ambas dimensiones con el *ethos pre-discursivo*. Para Barthes, el *ethos dicho* formaría parte de la denotación de una

---

<sup>11</sup> Según Maingueneau (1996:80), el término *escenografía* presenta una doble ventaja en relación con la noción de *escena*: añade a la dimensión teatral de la escena aquella de la *-grafía*, de la inscripción. En ese sentido, la *grafía* permite a su vez entender la escenografía como marco y como proceso. Desde su emergencia, la palabra es transportada por un cierto *ethos* que, de hecho, se valida progresivamente a través de esa misma enunciación.

<sup>12</sup> La triple dimensión escenográfica está asociada a la *deixis discursiva*. Esta *deixis* –según Maingueneau (1987)– tiene la misma función que la *deixis enunciativa* aunque a un nivel distinto, aquel del universo de sentido que construye una formación discursiva por su enunciación. Por esta razón, la *deixis discursiva* está ligada a la *deixis fundacional*, de la cual obtiene buena parte de su legitimidad: “La *deixis discursiva* n’est que le premier volet de la scénographie d’une formation discursive, qui en comprend un second, la *deixis fondatrice*. Par là il faut entendre la ou les situations d’énonciation antérieures dont la *deixis* actuelle se donne pour la répétition et dont elle tire une bonne part de sa légitimité. On distinguera ainsi la *locution fondatrice*, la *chronographie* et la *topographie fondatrices*. Une formation discursive, en effect, ne peut énoncer de manière valide que si, en un sens, elle peut inscrire son propos dans les traces d’une autre *deixis*, dont elle institue ou « capte » la légende à son profit (Maingueneau 1987:29).

imagen de sí y el *ethos mostrado* sería, en cambio, del orden de la connotación (*sus aires*). Maingueneau, por su parte, no distingue cuáles serían los indicios operativos para analizar cada una de las dimensiones, pero deja claro, no obstante, que el *ethos efectivo* de un discurso resulta de la interacción de diversos factores, entre los cuales el *ethos mostrado* o *ethos discursivo* y el *ethos dicho*, “los fragmentos del texto en los cuales el enunciador evoca su propia enunciación” (2008b:18), no son secundarios<sup>13</sup>.

La prueba *ética* se construye efectivamente a través del discurso, aun cuando existan datos preexistentes: no es una imagen del locutor exterior a la situación de enunciación. Es, en este sentido, una dimensión de la fuerza ilocucionaria de un discurso. Independientemente de la presentación frontal o la autodefinición que un locutor pueda realizar de sí mismo, el *ethos* no se instala en el primer plano, sino de manera lateral, e implica una experiencia sensible del discurso, que moviliza la afectividad del destinatario, en una interacción dinámica (Maingueneau 2002:2). Se trata de un proceso interactivo de influencia sobre el otro, que no puede ser percibido fuera de una situación de comunicación precisa, integrada ella misma en una determinada coyuntura socio-histórica.

El enunciador –según Maingueneau (2008c)– no opera como un punto de origen estable que se «expresaría» de tal o cual manera, sino que está tomado en un marco fundamentalmente interactivo, en una institución discursiva inscrita en cierta configuración cultural y que implica roles, lugares y momentos de enunciación legítimos, un soporte material y un modo de circulación para el enunciado. En este sentido, tampoco la situación de enunciación opera como «cuadro pre-establecido»:

La situation à l'intérieur de laquelle s'énonce l'oeuvre n'est pas un cadre préétabli et fixe : elle se trouve aussi bien en aval de l'oeuvre qu'en amont puisqu'elle doit être validée par l'énoncé même qu'elle permet de déployer. Ce que dit le texte présuppose une scène de parole déterminée qu'il lui faut valider à travers son énonciation (Maingueneau 1993:122)

La eficacia persuasiva (o la eficacia en la *incorporación*) de un discurso proviene del hecho de que lleva al lector-oyente a identificarse con la puesta en movimiento de un cuerpo dotado de valores históricamente especificados. No consiste en un enunciado destinado a ser contemplado: es la enunciación tendida hacia un co-enunciador o destinatario que hace falta movilizar para hacerlo adherir físicamente a cierto universo de sentido.

---

<sup>13</sup> Para Maingueneau (2008b) la distinción entre el plano de lo *dicho* y el plano de lo *mostrado* se inscribe en los extremos de una línea continua, en la que resulta imposible definir una frontera nítida entre lo dicho sugerido y lo puramente mostrado por la enunciación.



## 1.5 EL ESTATUTO DEL *ETHOS*

Más allá de la persuasión de los argumentos, más allá del programa en juego, la noción de *ethos* planteada por Maingueneau permite reflexionar sobre el proceso general de *adhesión* de los sujetos a un mundo *ético* común. Dicho esto, conviene reparar en que el buen funcionamiento del intercambio comunicacional depende también de las representaciones de la figura del enunciador que el público construye antes incluso de que éste hable. En este sentido, la noción de *ethos* que nos interesa abrevia en las herencias epistemológicas de las tradiciones griega y latina: si a la definición de Aristóteles, corresponde una imagen de sí *eminente* discursiva; a la tradición latina, corresponde una preocupación primordial por la imagen de sí anterior a la situación de enunciación<sup>14</sup>. La imagen elaborada por el locutor se estructura en elementos preexistentes, como la autoridad, la posición institucional, la «buena o mala fama», el estatus, etc. Según la definición de Amossy, el *ethos* pre-discursivo o previo se construye principalmente sobre la posición social del orador y sobre la *doxa* que prolifera en torno a esta posición o a este orador:

Llamaremos entonces *ethos* o imagen previa, por oposición al *ethos* oratorio, que es plenamente discursivo, a la imagen que el auditorio puede formarse del locutor antes de que tome la palabra. Esta representación, necesariamente esquemática, es modulada diferentemente por el discurso. El *ethos* previo se elabora sobre la base del rol que cumple el orador en el espacio social (sus funciones institucionales, su estatus y su poder) pero también sobre la base de la representación colectiva del estereotipo que circula sobre su persona. Precede a la toma de la palabra y la condiciona parcialmente. Al mismo tiempo, deja en el discurso trazos tangibles que se pueden señalar tanto a través de

---

<sup>14</sup> Según Maingueneau (2008a:60), la distinción entre los *ethé* previo o pre-discursivo y discursivo se puede poner en duda. El argumento que esgrime es que si bien cada discurso se desenvuelve en el tiempo (un hombre que habló al comienzo de una reunión y que retoma la palabra ya adquirió cierta reputación que la secuencia de su habla puede confirmar o no), parece más razonable pensar que la distinción pre-discursivo / discursivo debe tener en cuenta la diversidad de los géneros de discurso, es decir, que no es pertinente de forma absoluta. En términos más generales, podría plantearse incluso la pregunta sobre el estatuto de lo *pre-discursivo*: ¿de qué se trata?, ¿de un fenómeno temporal, ontológico, fenomenológico? ¿En qué momento existe una instancia anterior al discurso? Si se trata, como parece, de una cuestión de linealidad temporal, lo *pre-discursivo* como discriminación conceptual no tendría más validez que en una epistemología estrictamente retórica, es decir, en una estrategia del sujeto enunciante. Dentro de una teoría de los discursos, lo *pre-discursivo* a nuestro entender no tendría más estatuto que el de la cristalización de discursos anteriores y, por consiguiente, un *ethos* pre-discursivo no sería otra cosa que la sedimentación semántico-pragmática de un *ethos* discursivo anterior, que operaría como determinante de la construcción *ética* actual. La distinción conceptual propone una discontinuidad operativa que difícilmente tiene asidero en las prácticas discursivas. A ojos vista, la gran cuestión epistemológica sobre el *ethos* es la noción de tiempo: ¿cómo pensar el presente de la enunciación a partir de la proposición que asevera que el discurso presupone la escena de habla de la cual se vale para poder ser enunciado, al tiempo que debe validarla con su enunciación misma?

marcas lingüísticas como en la situación de la enunciación que está en el fundamento del intercambio (2000:7)

El *ethos* es diferente de los atributos *reales* del locutor, tanto en lo que respecta a las figuras discursivas como a las figuras previas o prediscursivas. La dinámica discursiva del enunciador está inscrita en un juego bifásico reversible: el discurso posee una dimensión social y una dimensión lingüística, ambas profundamente ligadas<sup>15</sup>. La discriminación conceptual entre *ethos previo* y *ethos discursivo* tiene por objeto poner el foco en que el *ethos* efectivo está condicionado no solamente por la construcción de una imagen de sí en la propia situación enunciativa (*ethos dicho* y *ethos mostrado*), sino además por la autoridad institucional y el imaginario social en los cuales el enunciador se inscribe y de los cuales es tributario. El conjunto de representaciones que dan lugar al *ethos* prediscursivo involucra al estatus del locutor y a la pregunta acerca de su legitimidad<sup>16</sup> y se nutre de los estereotipos de su época, basándose necesariamente en modelos culturales.

El *ethos* es constitutivo de la interacción verbal y determina, en gran parte, la capacidad del locutor para interpelar a sus alocutarios (Amossy 2008:137). Su construcción discursiva forma parte de una relación especular. El locutor construye su propia imagen en función de la imagen que crea de su auditorio, es decir, de las representaciones de orador confiable y competente que, cree, son las del público (Amossy 2008:124). La posición de un locutor en un campo dado y la legitimidad que esa posición le confiere para expresarse (en su dominio de especialización o en otro) se articula con la inscripción ética en un imaginario social histórico. La eficacia del intercambio depende de la autoridad que goza el locutor y de los procesos de identificación asociados a las representaciones compartidas y los modelos culturales de una población.

El *ethos* pre-discursivo puede ser confirmado o modificado en cada situación de enunciación. En el interior de una escena genérica determinada, el locutor construye una imagen de sí que está en sintonía y dialoga con la distribución de los papeles preexistentes y se funda en los lugares comunes del auditorio. La legitimidad enunciativa proviene tanto del estatuto exterior del enunciador y de las modalidades de intercambio simbólico de las cuales

---

<sup>15</sup> La institución discursiva –para Maingueneau (1987:39)– presenta dos caras: una social y otra asociada al lenguaje. Es la categoría de práctica discursiva la que permite designar, según el autor, la reversibilidad esencial entre las dos caras del discurso. De hecho, existe una relación de complementariedad y no de exclusión entre ambos factores, ya que actúan de modo simultáneo e implicándose mutuamente para cimentar la eficacia de la identificación discursiva.

<sup>16</sup> La noción de *ethos* puesta en juego por el análisis del discurso atraviesa –según Maingueneau (1984, 1987)– la sociología de campos, privilegiando «el intrincamiento entre un discurso y una institución». Cada acto de lenguaje es inseparable de una institución, que el propio acto presupone por el sólo hecho de ser realizado.

participa, como de su producción discursiva. Por ese motivo, hay que tener en cuenta la imagen que se vincula en el momento preciso de la enunciación con la persona del locutor o la categoría en la que participa; hay que tener acceso a un stock de imágenes de una sociedad dada o, al menos, conocer la imagen pública de una personalidad política o mediática. Es importante considerar la imagen que un público se forma de la categoría social, profesional, étnica, nacional del locutor; la imagen singular que circula en el momento del intercambio argumentativo; la posibilidad de imágenes distintas, visiones antagónicas, del mismo locutor según el auditorio enfocado.

### 1.6 LA PARADOJA ENUNCIATIVA

La construcción de un mundo *ético* en el intercambio comunicativo se apoya en escenas enunciativas validadas, ya instituidas en la memoria colectiva, ya sea a título de ejemplo negativo o de modelo valorizado. La distinción entre instancias discursivas y prediscursivas expone la paradoja *ética* al nivel de la construcción de una imagen de sí en relación con los planos del imaginario y la posición institucional. La misma paradoja ocurre en el nivel escenográfico: la escena validada es a *la vez exterior e interior* al discurso que la invoca. Es *exterior* en el sentido de que le preexiste, pero es igualmente *interior* en la medida en que ésta es también un producto del discurso, el cual la configura en función de su propio universo (Maingueneau 1996:83)<sup>17</sup>.

El *ethos* se constituye en un articulador de gran polivalencia: recusa todo corte entre el texto y el cuerpo, entre el mundo representado y la enunciación que lo representa. La paradoja de todo mundo *ético* es que el garante de la enunciación debe legitimar su manera de decir por su propio enunciado (Maingueneau 1993:143). La escenografía, con el *ethos* del que participa, implica un proceso circular: desde su emergencia la palabra es transportada por un cierto *aire* que se valida progresivamente a través de esa misma enunciación. Estamos en presencia aquí de lo que podría denominarse *bucle enunciativo*: a través de lo que dice, del mundo que despliega, el garante precisa justificar tácitamente la escenografía que performa y en la cual se inscribe. Según Maingueneau,

La scénographie implique ainsi un processus *en boucle paradoxale*. Dès son émergence, la parole suppose une certaine situation d'énonciation, laquelle, en fait, se valide progressivement à travers cette énonciation-même. La scénographie est ainsi *à la fois ce dont vient le discours et ce qu'engendre ce discours*; elle légitime un énoncé qui, en retour, doit la légitimer, doit établir que cette scénographie dont vient la parole est

<sup>17</sup> Por «escenas validadas» deben entenderse –de acuerdo con la propuesta de Maingueneau (1996:83)– aquellas representaciones arquetípicas popularizadas por la iconografía.

précisément la scénographie requise pour énoncer comme il convient, selon le cas, la politique, la philosophie, la science, ou pour promouvoir telle marchandise (1998:71).

La escenografía es a la vez condición y producto de la situación de enunciación y está a la vez dentro y fuera de la situación de enunciación. Todo discurso, por su mismo despliegue, pretende convencer instituyendo la escena de enunciación que lo legitima (Maingueneau 1987; 1993; 1998). Dicho de otra manera, un acto de enunciación tiene lugar porque se dan determinadas condiciones de producción, pero, al mismo tiempo, ese acto convoca *performativamente* las condiciones de producción que lo validan. Es en gran medida por su propia enunciación que el acto discursivo se propone como pertinente. Lo que está en juego es el carácter bifásico de la instancia de subjetividad enunciativa: el sujeto de la enunciación en tanto que está enunciando es paralelamente el sujeto y el objeto de su discurso. Si por un lado esta instancia somete al enunciador a sus reglas, por el otro lo legitima de acuerdo a la autoridad asociada institucionalmente a ese lugar enunciativo.

### **1.7 LA INSTANCIA SUBJETIVA: DE LA ESTRATEGIA A LA INCORPORACIÓN**

El carácter bifásico de la subjetividad enunciativa se opone de suyo a toda concepción retórica del discurso, en el sentido en que, para el análisis del discurso, el *ethos* no implica actitudes, procedimientos o estrategias. Por decirlo así, no es posible definir ninguna exterioridad entre los sujetos y sus discursos. Bajo ninguna circunstancia los contenidos operan independientemente de la escena de enunciación que los toma a su cargo.

La consideración operativa de la noción de *ethos* supone para el análisis del discurso un «doble desplazamiento»: en primer lugar, se debe renegar de toda concepción psicologista o voluntarista, según la cual el enunciador jugaría el rol de su elección en función de los efectos que busca producir en su auditorio; en segundo lugar, se debe renegar de la imagen de un discurso que vehicularía las ideas gracias a diversos procedimientos o estrategias. Es importante comprender que la eficacia del *ethos* no reside en aspectos procedimentales; se trata, en cambio, de una implicación corporal que Maingueneau (2008c) designa con el nombre de *incorporación*. Por *incorporación* se entiende el modo por el cual el destinatario se relaciona con el *ethos* de un discurso. Este proceso se despliega en tres registros inseparables: en primer lugar, la enunciación del texto confiere corporeidad al garante; en segundo lugar, el co-enunciador asimila un conjunto de esquemas habitando su propio cuerpo en relación con el mundo y, por último, estos registros iniciales

permiten la constitución de una comunidad imaginaria integrada por todos aquellos que adhieren al mismo discurso.

La categoría de *incorporación* deja en claro la concepción *encarnada* de *ethos* con la que trabaja Maingueneau: la noción no implica sólo una dimensión verbal, sino también un conjunto de determinaciones físicas y psíquicas ligadas al *garante* por las representaciones colectivas estereotípicas. El auditorio identifica en el discurso que se le ofrece la disciplina corporal del enunciador, que se apoya en un conjunto difuso de representaciones sociales. Según Maingueneau,

Um posicionamento não implica apenas a definição de uma situação de enunciação e certa relação com a linguagem: devemos igualmente levar em conta o investimento imaginário do corpo, a adesão 'física' a certo universo do sentido. As 'idéias' são apresentadas através de uma maneira de *dizer* que é também uma maneira de *ser*, associada a representações e normas de disciplina do corpo (2008a:53).

Dentro de la propuesta de Maingueneau, la noción de *ethos* permite articular cuerpo y discurso. La instancia subjetiva que se manifiesta en el discurso funciona como *tono* indisociable de un cuerpo enunciante históricamente especificado. El universo del discurso toma cuerpo en la puesta en escena de un discurso que debe encarnar su verdad a través de su enunciación, la que sólo puede producir un acontecimiento y persuadir si permite una *incorporación*, esto es, si logra captar el imaginario del destinatario y asignarle una identidad a través de una escena de habla valorizada. Atraído por un *tono* ético, el destinatario no sólo alcanza a descifrar los contenidos sino que queda *físicamente* implicado y participa del mundo representado que el enunciador garantiza.

La eficacia del *ethos*, su poder de incorporación, está necesariamente ligada a la dimensión ideológica del dispositivo enunciativo: la búsqueda de la correspondencia entre el *ethos* del garante y los cuerpos plausibles de ser incorporados. La cuestión del *ethos* aparece, pues, relacionada en última instancia a la construcción de identidades (Maingueneau 2002), ya que la consideración acerca de la eficacia de una imagen de sí no es independiente de las identificaciones que se *encarnan* en el mundo *ético* propuesto y presupuesto.

### 1.8 LA DIMENSIÓN CÓRPORO-GESTUAL DE LA INCORPORACIÓN ÉTHICA

El *ethos* articula invariablemente –en palabras de Maingueneau (2008b:16)– una dimensión verbal y no verbal, provocando en los destinatarios efectos multisensoriales. Implica una manera de moverse en el espacio social,

una disciplina tácita del cuerpo aprehendida a través del comportamiento. Hay siempre elementos contingentes en un acto de comunicación, en relación a los cuales es difícil decir si forman o no parte del discurso, pero que influyen decididamente la eficacia de aquellas variables que provocan efectos en el destinatario. En la elaboración del *ethos*, intervienen fenómenos de orden muy diverso, que van desde la elección del registro de la lengua y de las palabras hasta la estrategia textual, pasando por la modulación, la posición corporal y la gestualidad.

Nuestra decisión teórica es integrar la dimensión córporo-gestual del discurso kirchnerista al análisis del material propiamente verbal, teniendo en cuenta que los gestos son signos *éticos* que definen la imagen del locutor. Las dinámicas corporales de un orador son una dimensión inherente a la emisión oral de una palabra. La comunicación oral es múltiple y acontece por la complementación de diversos segmentos corporales y verbales. La significación de una mano elevada en signo de exclamación deviene positiva o negativa según la mímica del rostro. Son los movimientos de la mirada o de la boca aquellos que determinan la acepción particular del movimiento de la cabeza, ya sea como indicación de lugar, como actitud de bienvenida o como signo de restricción. La co-ocurrencia de movimientos y también su encadenamiento son importantes para determinar la sintaxis gestual, y la interpretación del gesto se hace en función del contexto kinésico, simultáneo y sucesivo.

Los *ethé* de un enunciador no pueden ser pensados por fuera del cuerpo como materia significativa. La implicancia corporal en su decir de un locutor político es una necesidad enunciativa. En sus discursos públicos, el político enuncia propuestas, polemiza con sus adversarios, intenta establecer un vínculo con sus destinatarios, y para que sea creído, seguido e incluso comprendido, es preciso que su convicción, su firmeza, su seriedad, su sinceridad sean visibles. En el dominio de la política –tal como afirma Geneviève Calbris (2003)– el mejor texto no es suficiente. Los giros humorísticos, las refutaciones, las ironías, las denigraciones, las sonrisas, las irritaciones, todo aquello que es del orden de la espontaneidad irrumpe en la dimensión córporo-gestual, produciendo un suplemento semiótico. La comunicación pasa del orador al público cuando la voz y el cuerpo mismo devienen actores discursivos.

## 1.9 HACIA UNA SEMIOLOGÍA DE LA POLÍTICA

La construcción de imágenes de sí de un orador supone, además de una puesta en escena verbal, un *enjeu* gestual, que nos pone en la situación de investigar la dimensión còrporo-gestual en las dinámicas éthicas de Kirchner como enunciador político.

El objetivo es avanzar en la dirección de una semiología de la política, tal como lo han sugerido en diversos trabajos Eliseo Verón y Jean-Jacques Courtine. El semiólogo argentino, en su ya clásico texto "La palabra adversativa", menciona a modo de conclusión parcial que la principal limitación de su esquema de análisis "reside en el hecho de que trata el discurso político como si éste fuera sólo un fenómeno de lenguaje, un ente de palabra" (1987b:24). Por esa razón, dedica sus páginas finales al análisis del cuerpo enunciante entendido como materia significante. Tras un extenso período de investigación dedicada al modo de construcción de los cuerpos presidenciables, tanto en la Argentina de Perón como en la Francia de Mitterrand y Giscard d'Estaing, Verón apunta en *Efectos de agenda* (1999:101): "El verbo es carnal y siempre es de un cuerpo que surge la palabra".

Ciertamente, no existe palabra política que sea ajena al propio cuerpo que la enuncia. Por lo tanto, los procesos de identificación, las memorias discursivas, los modos de construcción de credibilidad están ligados en algunos de sus aspectos al cuerpo que, al tiempo que vibra con la palabra política, resulta también, en su modo de presentación mismo, político: "Si el cuerpo presidencial es digno, es porque ha sido podado" (Verón 1999:87). Todo cuerpo socializado, y el cuerpo presidencial más que ningún otro, está construido –según Verón– con prohibiciones, tallado a través de anulación de actos, neutralización de ciertas trayectorias, censura de gestos y de posturas; es un cuerpo edificado por sustracción y no por adición.

En *Metamorfoses do discurso político. Derivas da fala pública*, Courtine llama asimismo la atención sobre el poco interés concedido en el discurso político a aquello que excede los *corpora* escritos: "Se han, por lo tanto, concentrado en *corpora* escritos, analizados en la perspectiva de la producción del discurso. Y no se han interesado ni por el funcionamiento oral, común, ordinario del enunciado político ni por los efectos de la recepción de los discursos de la máquina" (Courtine 2006:82). Según el propio Courtine, el problema de este modo de estudio consiste en la incapacidad o el desinterés de los analistas por concentrar su atención en las variaciones que la enunciación política ha tenido como resultado del dominio del aparato audiovisual de información. Las grandes disertaciones políticas sucumben ante

el marketing y el discurso publicitario, las formas didácticas de la retórica de una política clásica son substituidas por nuevas formas de la performatividad audiovisual, la seducción prima por sobre la explicación y el reino argumentativo. El mensaje político ya no es únicamente lingüístico, sino que se ha vuelto *collage* de imágenes y performatividad discursiva (Courtine 2006:84-5). Estamos –según el autor– ante el pasaje de una gramática de la política a una *pragmática de la política*.

La eficacia del discurso político no debe medirse meramente por la capacidad oratoria del locutor, sino por el modo en que el locutor compromete su cuerpo con la palabra, organizando una puesta en escena que regula y prescribe *in toto* los efectos de su discurso. Nuestra cognición –dice Calbris (2003:195)– está encarnada. El destinatario, atraído por la puesta en escena de un *ethos* envolvente e invisible, no sólo alcanza a descifrar los contenidos sino que resulta *físicamente* implicado. El habla política debe ser considerada, pues, como la imbricación de diferentes dimensiones enunciativas que encuadran las palabras, agencian los gestos, regulan los comportamientos, prevén las circunstancias, producen en suma una *mise en scène* que es indisociable de la toma de palabra.

#### **1.10 ANTECEDENTES PARA UN ESTUDIO DE LA CÓRPORO-GESTUALIDAD EN LA ENUNCIACIÓN POLÍTICA**

El estudio de la dimensión gestual o corporal tiene una importante tradición en la época contemporánea. Las investigaciones en este campo han seguido históricamente –según Jacques Cosnier (en Calbris 2003)– dos grandes líneas. La primera es aquella de la utilización del gesto: el gesto indica un propósito. Es el gesto oratorio, el gesto del Cicerón de *De oratore*. La segunda línea es la del gesto como expresión personal. El gesto revela la personalidad, permite adivinar al prójimo, descubrir sus intenciones, evaluar su carácter y sus competencias.

Durante el siglo XX, estas dos tradiciones fueron diversificándose, ampliando sus labores de investigación y desarrollando diferentes tipologías a modo de abordaje del fenómeno córporo-gestual<sup>18</sup>. El auge de las investigaciones de la dimensión gestual de la comunicación puede identificarse a fines de los sesenta y comienzos de los setenta con publicaciones como la de

---

<sup>18</sup> A los aportes del estructuralismo, desarrollados sobre todo por un autor como Birdwhistell y su modelo de la doble articulación verbal, basado en «kinemas» y en «kinomorfemas», deben agregarse el desarrollo teórico de lo gestual en los estudios sobre las interacciones conversacionales en la microsociología de Erving Goffman y otras corrientes de investigación, tales como la pragmática sistémica de la escuela de Palo Alto, la etnometodología de Garfinkel y la etnografía de la comunicación con D. Hymes.



Paul Ekman y Wallace Friesen "The repertoire of non-verbal behaviour: categories, origins, usage and coding" (1969), la de Paul Bouissac *La mesure des gestes: Prolégomènes à la sémiotique gestuelle* (1973) y la de Mónica Rector *Comunicação não verbal: a gestualidade brasileira* (1973). Obras más recientes, tales como las de David McNeill *Hand and Mind: What Gestures Reveal about Thought* (1992) y *Language and Gesture* (2000), el *Dictionary of World Wide Gestures* de Betty y Franz Baum (1997) y la compilación *Los gestos. Sentidos y prácticas* (2003), realizada por Lucrecia Escudero Chauvel, constituyen en conjunto un panorama actual de la cuestión.

A pesar del rigor y la relevancia de estos trabajos, el análisis cóporo-gestual ha sido mayormente dejado de lado en el estudio del discurso político. Recientemente, el estudio de Geneviève Calbris (2003) ha venido a saldar en parte esa deuda. Su libro versa sobre la expresión gestual del pensamiento político de Lionel Jospin y da cuenta de cómo un hombre político de izquierda desdobra su cuerpo en el proceso gestual, utilizando la mano derecha para evocar su vida privada y la izquierda para referir a su vida social. En América Latina, un breve artículo realizado por Adrián Gimete-Welsh y María Rayo Sankey García, titulado "La gestualidad en el discurso político" (2005), propone un estudio de la gestualidad de seis presidentes mexicanos en la contienda electoral de 2000, tomando al cuerpo como "un continuo de múltiples posibilidades de expresión que se encuentran social y culturalmente determinadas".

Los trabajos de Calbris y de Gimete-Welsh y Sankey García son deudores de los desarrollos teóricos llevados adelante por David McNeill en las últimas dos décadas, desde su clásico *Hand and Mind: What Gestures Reveal about Thought*. McNeill fue el primero en conjugar las dos líneas tradicionales de la teoría de la gestualidad y formular una nueva propuesta de investigación, basándose en la relación común que, a su entender, las cadenas verbal y gestual tenían con los procesos cognitivos. Según McNeill, es necesario considerar el gesto y el habla como diferentes canales de expresión de un mismo proceso mental subyacente. Constituyen, por la manifestación simultánea de su sincronía temporal y su coherencia semántica, un sistema de comunicación unificado.

Calbris retoma estas premisas y, dentro de una teoría semiológica de la gestualidad, elabora una exhaustiva tipología gestual, que articula con la determinación significativa de la simetría corporal. Los ejes de su trabajo procuran responder a los interrogantes acerca de cómo funcionan los gestos significativos y de qué modo expresan el pensamiento en una situación de

comunicación cara-a-cara con el interlocutor. Para ello construye como *corpus* una serie de entrevistas televisivas realizadas al ex Primer Ministro francés. Su objetivo no es ni el Jospin-persona ni el discurso político sino los mecanismos fundamentales de expresión gestual del pensamiento político.

Su investigación revela que el funcionario está obligado a expresarse simultáneamente como individuo y como responsable de un gobierno de izquierda, y que esta dicotomía se advierte corporalmente en una bipolaridad hemisférica. La categoría de análisis que utiliza es la de gesto coverbal, es decir, la de aquel gesto que resulta paralelo a la palabra que se enuncia. Partiendo de la idea de que el análisis semántico del gesto coverbal muestra que el lazo entre los datos físicos y semánticos del signo gestual es natural, la hipótesis de su pesquisa es que el lazo natural analógico depende de nuestra experiencia perceptivo-motriz. Por esa razón, Calbris subsume las diversas funciones del gesto y se centra sobre los principios de su funcionamiento simbólico a partir de los elementos físicos que lo constituyen: un mismo gesto puede cambiar de función y acumular muchas funciones o, dentro de la función referencial, por ejemplo, puede cambiar de referente o tener muchos referentes al mismo tiempo.

Su propuesta semiótica es que, en lugar de proceder a una clasificación de funciones, se investigue la significación del gesto y la motivación del signo gestual común a las diversas funciones. El gesto coverbal aparece como “un signo eminentemente contextual, *convencional*, *motivado* y *polisémico*. *Convencional*, porque es un signo propio de un grupo que comparte la misma cultura y la misma lengua; *motivado*, porque presenta un lazo analógico, de contigüidad o semejanza, entre su dimensión física y su significación; *polisémico*, porque puede expresar nociones diferentes según los contextos situacional, verbal, vocal y prosódico, y kinésico” (Calbris 2003:17). La conclusión a la que arriba es que los gestos coverbales simbolizan en cada situación frecuentemente nociones abstractas tales como el esfuerzo, los objetivos, la decisión, el rigor, el equilibrio, el realismo. Los conceptos serían seguidos de operaciones mentales basadas sobre líneas de semejanza y/o contigüidad, derivadas de esquemas imaginarios, ellos mismos extraídos de nuestras experiencias perceptivas. El gesto, por ende, expresaría un estado del proceso mental no consciente de acceso a lo abstracto a partir de nuestras diversas experiencias perceptivas.

Gimate-Welsh y Sankey García establecen, por su parte, una tipología gestual de acuerdo a lo que definen como diferentes ‘mapas cognitivos’ de la democracia. Proponen tres tipos de gesticulación: una gesticulación de

«carácter interaccional», que apunta a una construcción de imágenes de sí y se caracteriza por gestos batuta y gestos indiciales; una gesticulación de «carácter virtual intelectual», caracterizada por una gestualidad icónica y metafórica, y una gesticulación «paternalista», cuyo tipo gestual no tiene patrones definidos *a priori*<sup>19</sup>. Hipotéticamente, estos tres tipos de gesticulación se ligarían con tres concepciones de democracia: a) una democracia incluyente; b) una democracia del poder institucional, caracterizada por un alto grado de egocentrismo y distancia interaccional; y c) una democracia en construcción, referida por una gesticulación que desciende de lo alto hacia el centro.

Las dos investigaciones sientan para nosotros antecedentes valiosos para el análisis de la dimensión córporo-gestual de Néstor Kirchner en sus discursos públicos. De Calbris nos interesa su definición de los gestos coverbales y la ligazón que establece entre la dimensión gestual de la enunciación de un político y la construcción eficaz de diferentes *ethé*: Jospin el socialista, Jospin el pedagogo, Jospin el Primer Ministro en funciones. Sin embargo, la autora se preocupa por los aspectos de co-ocurrencia de las expresiones verbal y gestual del pensamiento político y deja mayormente de lado la eficacia sociopolítica de esta encarnación. Inversamente, menos estrictos y rigurosos en el diseño de una clasificación de los variantes gestuales, Gimete-Welsh y Sankey García tienen la virtud de concentrar su atención en la dimensión pragmática de las gesticulaciones, esto es, intentan avanzar en el desarrollo de una tipología 'performativa' de la gestualidad y, por lo tanto, ligar la dimensión córporo-gestual del discurso político con una pragmática de sus efectos socio-políticos.

### 1.11 METODOLOGÍA DE ANÁLISIS Y OPERATIVIZACIÓN DE CATEGORÍAS

Nuestra investigación, en función del objeto de estudio, el marco teórico precedente y los objetivos propuestos, toma por criterio metodológico el análisis de las dinámicas de producción de sentido de las dimensiones verbal y

---

<sup>19</sup> Con el único fin de aclarar esta tipología, conviene recuperar las definiciones específicas. Los gestos icónicos exhiben una relación formal cercana al contenido semántico del habla; emergen en el contexto de un acontecimiento concreto, de un objeto o de una acción manifiesta por el discurso. Los gestos indiciales, por ejemplo los déicticos, seleccionan sus referentes a partir de que comparten una proximidad espacio temporal. Estos dos tipos podrían resumirse en lo que, desde otra perspectiva, Ekman y Friesen han denominado ilustradores, es decir, movimientos directamente vinculados con el habla, que sirven para ilustrar lo que se dice verbalmente. Los gestos metafóricos son imaginativos, como los icónicos, sin embargo, apuntan a una imagen abstracta. Sería lo que Ekman y Friesen han denominado emblemas, aquellos actos no verbales que tienen una traducción verbal directa, o una definición de diccionario, compuesta habitualmente por una o más palabras o quizás una frase (v.g. el dedo pulgar hacia arriba que indica el éxito de una acción o los dedos en "v" de los movimientos hippies a modo de deseo de paz). Son gestos referenciales en la medida en que seleccionan sus referentes con base en la proximidad espacio-temporal compartida con ellos. Por último, los gestos batuta son movimientos rápidos de marcación o énfasis.

cóporo-gestual del ethos discursivo del ex presidente Néstor Kirchner en sus discursos públicos durante el primer año de su Jefatura de Estado.

El eje de la pesquisa estuvo centrado en el primer año del gobierno del ex presidente, desde el día de su asunción al cargo, el 25 de mayo de 2003, hasta el 24 de mayo de 2004, aunque tuvimos en consideración también información de los períodos anterior y posterior hasta la finalización de la investigación. Nos hemos valido para ello principalmente de fuentes secundarias, así como de abundante información producida por investigadores de las diferentes disciplinas sociales y humanas<sup>20</sup>.

El archivo incluye materiales verbales y audiovisuales de los discursos públicos de Kirchner durante aquel período. Estos materiales han sido seleccionados entre aquellos conservados por mecanismos institucionales-mediáticos que los constituyen en documentos. Entre los materiales verbales, hemos tomado como referencia los discursos cargados en el sitio oficial de la Presidencia; entre los audiovisuales, hemos considerado las filmaciones proporcionadas por la Vocería del Poder Ejecutivo Nacional (PEN). El criterio que ha primado a la hora de determinar un lapso temporal de acarreo de archivo y constitución de *corpus* ha sido el alto grado de imagen positiva del presidente en la opinión pública, tomando como guía las encuestas y sondeos publicados durante su primer año de gestión y, principalmente, la encuesta exclusiva que realiza el Centro de Estudios de Opinión Pública (CEOP) para *Clarín* el día 25 de mayo de 2004 haciendo un balance anual de la gestión. Ocho de cada diez argentinos, según esta encuesta, tenían para la fecha al presidente en alta valoración, elevando en más de veinticinco puntos las expectativas respecto del inicio de su gestión.

La investigación estuvo basada, a la luz de los criterios teóricos y metodológicos subyacentes, en el análisis verbal y cóporo-gestual del ethos discursivo kirchnerista. Nuestra pretensión ha sido realizar un análisis de la matriz ética del kirchnerismo, que se mantiene más allá de las audiencias involucradas, la importancia de los agentes sociales presentes y las contingencias de cada situación de comunicación. En vista de ello, nos apoyamos en líneas generales en el análisis de los planos del decir, considerando las imágenes de sí mismo que el locutor propone, y del mostrar, con especial foco en la injerencia de las dinámicas gestuales del cuerpo político. Prescindimos mayormente del ethos pre-discursivo, teniendo en

---

<sup>20</sup> La lectura de la producción periodística ha sido también continua. Además de la literatura política, hemos realizado un intenso seguimiento de los medios de prensa, recurriendo a los principales diarios nacionales: *La Nación*, *Clarín* y *Página/12*, así como al matutino *Crítica de la Argentina*, actualmente en crisis.

cuenta la *ilusión* de llegada que el enunciador propone, aun cuando no dejemos de observar las tensiones éticas que debe resolver a causa de su singular estilo personal. Nos ocupamos además del modo en que su imagen pública pretende obrar como garante del proceso refundacional y de la forma en que ésta adquiere central interés como reguladora del interdiscurso.

El *corpus* verbal consiste en la totalidad de discursos oficiales pronunciados públicamente durante su primer año de gestión por el ex presidente Kirchner en su rol de Jefe de Estado y excluye las entrevistas y las apariciones extra-oficiales. Estos discursos se llevaban a cabo de modo regular en ámbitos restringidos y delimitados: en el Congreso nacional, en la Casa de Gobierno, en actos públicos producidos en diversas localidades del país, y en sucesos internacionales. Seleccionamos del total, a guisa de ilustración, ciertos fragmentos que nos permitieran dar cuenta, mediante su análisis, del funcionamiento del dispositivo enunciativo kirchnerista. Sin embargo, dado que describimos fenómenos de gran regularidad, existen entre los materiales numerosos ejemplos suplementarios que corroboran nuestro análisis.

Las categorías operativas que utilizamos para el estudio de la dimensión verbal del ethos kirchnerista provienen, dado nuestro interés en trazar un *recorrido* (Maingueneau 2008a:23-4) por la matriz ética kirchnerista, de diferentes dinámicas discursivas: la relación del enunciador con los colectivos de identificación, los metacolectivos singulares y la construcción de los destinatarios (Verón 1987b), el vínculo entre los *ethé* y los componentes del discurso político (Verón 1987b), las posiciones enunciativas del locutor (Verón 1987b, García Negroni 1988), la presencia de *lexemas* y *deixis* que marcan la filiación de la enunciación kirchnerista con diferentes discursos fundadores (Orlandi 1993, Zoppi Fontana 1993), los tipos de garante (Maingueneau 2002, 2008), la recurrencia de ciertos acuerdos universales y campos entimemáticos en relación con determinadas tópicas (Perelman & Olbrechts-Tyteca 1989, Perelman 1997). Indagamos asimismo, en el plano verbal, el mundo ético de la refundación que el ethos kirchnerista busca garantizar, teniendo en cuenta aquellas categorías de análisis que permiten investigar la presencia del interdiscurso y la configuración de memorias discursivas (Courtine 1981, Orlandi 1993, Ducrot 1986).

La confección del *corpus* cóporo-gestual estuvo orientada por el recorrido interpretativo de la dimensión verbal. La presunción del carácter coverbal de todo gesto nos hubiera impedido obrar de otra manera: la especificidad de los *ethé* discursivos en la enunciación política está dada en gran medida por la materialidad de lo dicho. Teniendo en cuenta el conjunto de

los discursos oficiales, las *performance* públicas analizadas han sido el resultado del cruce de dos variables: la relevancia de esos discursos y el material puesto a disposición por la Vocería del PEN. Inicialmente, el criterio para la selección fue la relevancia de cada discurso, ya sea por su difusión mediática (mensaje por cadena nacional, nota de tapa de los principales matutinos nacionales), por su importancia institucional o, lisa y llanamente, por su extensión y riqueza argumentativa. Esta discriminación primera reducía el total del material a considerar a cuarenta discursos, de entre los más de doscientos realizados por el ex presidente durante los primeros doce meses. Una vez hecho esto, efectuamos el pedido de las grabaciones audiovisuales a diferentes órganos del PEN<sup>21</sup>. Los discursos puestos a disposición por la Vocería fueron los diez que a continuación detallamos, según constan en la web del PEN:

1. Discurso del Sr. Presidente de la Nación, Dr. Néstor Kirchner, ante la Honorable Asamblea Legislativa (25 de mayo de 2003)
2. Palabras del Presidente Néstor Kirchner en la ciudad de San Nicolás, Provincia de Buenos Aires (10 de febrero de 2004)
3. Palabras del Presidente Néstor Kirchner en la ciudad de Rafaela, Provincia de Santa Fe (20 de febrero de 2004)
4. Palabras del Presidente Néstor Kirchner en el Encuentro de la Militancia (11 de marzo de 2004)
5. Palabras del Presidente Néstor Kirchner, en el 19no. Festival Internacional de Cine, en la ciudad de Mar del Plata (13 de marzo de 2004)
6. Palabras del Presidente Néstor Kirchner, en la ciudad de San Juan (25 de marzo de 2004)
7. Palabras del Presidente Néstor Kirchner en el Homenaje a los Caídos en Malvinas en la ciudad de Ushuaia (2 de abril de 2004)
8. Palabras del Presidente Néstor Kirchner en el acto realizado en el Auditorio Ángel Bustelo, en Mendoza (29 de abril de 2004)

---

<sup>21</sup> Realizamos el pedido de las grabaciones audiovisuales seleccionadas a la Secretaría de Comunicaciones, a la Jefatura de Gabinete y, finalmente, a la Vocería del PEN. Las sucesivas negativas y derivaciones condujeron el pedido al canal estatal, Canal 7. Presentamos por nota un primer pedido que fue rechazado por la cantidad de material solicitado; hicimos, en consecuencia, una segunda nota con una reducción del material solicitado que pasaba de cuarenta discursos a un número de veinte. Esta nota fue aceptada pero Canal 7 previno por vía telefónica que cada minuto de grabación tendría un costo de U\$S 1800, por lo que la suma total ascendería a un monto superior a U\$S 100.000. Siendo inviable este camino, remitimos una nueva carta a la Vocería del PEN, en la que se informaban las vicisitudes acontecidas y se solicitaba “material imprescindible para la realización de una investigación que el propio Estado financia con una beca de la Universidad de Buenos Aires”. Finalmente, y por la propia gestión del investigador, Vocería solicitó el material a la empresa La Corte S.A., propietaria privada del registro de la imagen pública del ex presidente y de la actual presidenta.

9. Palabras del Presidente de la Nación, Dr. Néstor Kirchner, en el acto de celebración del “Día de la Armada” (17 de mayo de 2004)

10. Palabras del Presidente Néstor Kirchner en el acto realizado en la Casa de Gobierno de Córdoba (18 de mayo de 2004).

El análisis córporo-gestual de estas alocuciones públicas alcanza un alto grado de fecundidad en algunos casos y carece de relevancia en otros<sup>22</sup>. La razón de esta diferencia radica en que las *performance* del locutor están determinadas en parte por su relación con la palabra escrita. Esta variable no altera en lo sustancial el recorrido analítico, pero debe, sin embargo, ser aclarada. En algunos de los registros observados, Kirchner lee sus discursos; en otros, usa notas que hilan sus argumentos, mientras que en la mayoría de los casos deja fluir su oralidad al ritmo de sus sensaciones, de las modulaciones que riman sus palabras y de las pasiones que las impulsan. Estas formas de alocución relativamente estabilizadas funcionan como matrices córporo-gestuales que, aun cuando no definan las dinámicas físicas del orador, las regulan en algún punto. Por eso, no debe llamar la atención que algunos discursos, como los números 2 y 4, sean referidos en incontables oportunidades en nuestra tesis, mientras que otros, como los números 5 y 7, apenas sean mencionados.

Los procedimientos utilizados para analizar la dimensión córporo-gestual del *ethos* kirchnerista consisten en la elaboración de una tipología de gestos, basada sobre todo en la propuesta de Calbris (2003), que funciona a modo de grilla de observación para clasificar las dinámicas sintáctica o semánticamente relevantes; en la identificación de determinadas recurrencias gestuales paradigmáticas y sintagmáticas (manuales, faciales, torsales); en la relación de estas recurrencias con la materialidad lingüística del discurso kirchnerista, especialmente con el léxico y los componentes del discurso político (Verón 1987b); y en el papel que éstas cumplen en la construcción del *ethos* presidencial, en la relación del cuerpo presidencial con su audiencia, regulando

---

<sup>22</sup> Respecto del análisis de corpus, conviene realizar dos salvedades. En primer lugar, este estudio empírico se atiene únicamente a la expresión córporo-gestual del locutor, dejando de lado el tipo de soporte utilizado, en este caso el documento audiovisual, entendido como lenguaje en sí mismo. No resultan de interés para la construcción del objeto de investigación ni los puntos de vista, ni los tipos de plano, ni los montajes con que se organiza la materialidad filmica, aun cuando favorezca o dificulte la percepción de los movimientos del locutor. En segundo lugar, las filmaciones proporcionadas por el PEN no ofrecen en la mayoría de los casos la posibilidad de observar la mitad inferior del cuerpo, haciendo, en algunos, incluso difícil visualizar la parte superior. De todas maneras, y pese a estos problemas, fue posible seguir la dinámica de brazos, manos y cabeza, que son –según Gimarte-Welsh & Rayo Sankey (2005:2)– “las partes del cuerpo que exhiben mayor marcación gestual”.

el espacio gestual de interacción, y en la axiología que el mundo ético del enunciador despliega, funcional a la eficacia de la incorporación.

Adjuntamos a la presente tesis el siguiente material: 2 (dos) DVDs con el *corpus* audiovisual<sup>23</sup>; y 1 (uno) DVD con la totalidad del *corpus* verbal y *frames* capturados de la tipología gestual, ilustrada en el cuerpo de la investigación a fines prácticos.

---

<sup>23</sup> En el DVD 1, fueron grabados los siguientes audiovisuales, en el orden que se detalla: 1) Palabras del Presidente Néstor Kirchner en la ciudad de Rafaela, Provincia de Santa Fe (20 de febrero de 2004); 2) Palabras del Presidente Néstor Kirchner en la ciudad de San Nicolás, Provincia de Buenos Aires (10 de febrero de 2004); 3) Discurso del Sr. Presidente de la Nación, Dr. Néstor Kirchner, ante la Honorable Asamblea Legislativa (25 de mayo de 2003); y 4) Palabras del Presidente de la Nación, Dr. Néstor Kirchner, en el acto de celebración del “Día de la Armada” (17 de mayo de 2004). En el DVD 2, fueron grabados los siguientes: 1) Palabras del Presidente Néstor Kirchner en el acto realizado en el Auditorio Ángel Bustelo, en Mendoza (29 de abril de 2004); 2) Palabras del Presidente Néstor Kirchner en el Homenaje a los Caídos en Malvinas en la ciudad de Ushuaia (2 de abril de 2004); 3) Palabras del Presidente Néstor Kirchner, en la ciudad de San Juan (25 de marzo de 2004); 4) Palabras del Presidente Néstor Kirchner, en el 19no. Festival Internacional de Cine, en la ciudad de Mar del Plata (13 de marzo de 2004); 5) Palabras del Presidente Néstor Kirchner en el acto realizado en la Casa de Gobierno de Córdoba (18 de mayo de 2004); y 6) Palabras del Presidente Néstor Kirchner en el Encuentro de la Militancia (11 de marzo de 2004).





## CAPÍTULO 2

### LAS ÚNICAS VERDADES SON LA REALIDAD

ETHÉ, ESCENOGRAFÍAS Y DISPOSITIVO ENUNCIATIVO EN LOS DISCURSOS PÚBLICOS DE NÉSTOR KIRCHNER

“Que Kirchner se quede con el 22% de los votos, que yo me quedo con el pueblo” fue la salomónica frase adjudicada a Carlos Menem para justificar su renuncia a participar en el *ballotage* que hubiera definido las elecciones presidenciales de 2003. Como consecuencia de esta decisión paradójicamente unilateral, Néstor Kirchner asumiría el cargo del Poder Ejecutivo Nacional con 4.312.517 votos, el total más bajo de la historia argentina para un presidente electo. Mientras en el imaginario electoral flotaba la sensación de que Kirchner hubiera triunfado por un porcentaje superior al 70%, el real electoral marcaba que la cifra obtenida no superaba una quinta parte del padrón. ¿Cómo fue posible, entonces, que apenas un par de meses después de asumir sus funciones Kirchner detentara una imagen positiva superior al 80 por ciento? Para decirlo en los términos del riojano: ¿cómo fue posible que Kirchner se quedara con el 22% de los votos y con el pueblo?

La reflexión sobre este hecho exige tener en cuenta, sin duda, muchos factores de índoles política y económica: en primer lugar, el peso del resultado virtual del *ballotage* en el escenario político post-electoral (Cheresky 2008:55); en segundo lugar, el crecimiento de la economía argentina, ligada a una coyuntura internacional favorable, cuyos primeros indicios podían percibirse durante el interinato duhaldista; en tercer lugar, el nuevo escenario regional latinoamericano, caracterizado por lo que se ha llamado, quizás apresuradamente, el «giro a la izquierda» de los gobiernos latinoamericanos, al cual el gobierno kirchnerista rápidamente asoció su imagen, participando a líderes como Lula Da Silva, Hugo Chávez y Fidel Castro de la ceremonia de asunción; en cuarto lugar, la productividad política del peronismo, cuya matriz viraba dentro del contexto latinoamericano hacia el otro extremo del arco ideológico que había caracterizado al menemismo, nutriéndose de raíces centroizquierdistas y mostrando una voluntad de corte respecto del rumbo neoliberal anterior (Arzadun 2008:95); en quinto lugar, el mayor margen de maniobra post 2001 para aquellos países no implicados directamente en ese eufemismo denominado «guerra contra el terro-

rismo», iniciado por el gobierno de los Estados Unidos después de los atentados contra las Torres Gemelas.

Ninguno de estos factores, sin embargo, puede dar por sí solo o en su sumatoria una definición acabada de lo que ha significado el kirchnerismo como fenómeno político y Néstor Kirchner como líder. De allí que creemos que el éxito de gobernabilidad de su gestión está relacionado también y en gran medida a la imagen de sí que ha construido en sus apariciones públicas.

Son varios los especialistas que han destacado la importancia del estilo personal del ex presidente no sólo en la construcción de una imagen positiva de sí mismo delante de la opinión pública sino en la obtención efectiva de significativos logros como la intervención del PAMI, la depuración de la cúpula del Ejército, el impulso de renovación de la Corte Suprema, la promoción de la investigación del terrorismo de Estado durante la última dictadura militar, la negociación con organismos internacionales de crédito y las empresas de servicios privatizadas. Según Edgardo Mocca (2005:55), Kirchner adoptó en sus primeros días como presidente “un estilo enérgico de decisiones y construyó una agenda política que fortaleció el apoyo de los ciudadanos a su gestión”. Este *estilo personal de gobernar* ha sido –para Atilio Borón– una de las fuentes de su popularidad: su estilo “radicalmente plebeyo, desenfadado y alejado de todos los convencionalismos (...) no puede sino generar una fuerte corriente de simpatías hacia su persona” (2005:47). Luis Alberto Quevedo definió el estilo de Kirchner como una ruptura con “ese pasado [el menemista] basado en la apariencia, las imágenes o la construcción publicitaria” y como una conexión “con otra cultura política y con otra historia” (en Natanson 2004:14). Los mocasines gastados, el traje cruzado siempre abierto, la lapicera Bic azul, la ruptura del protocolo en el día de su asunción; “todo se convertía –para Eduardo Levy Yeyati y Diego Valenzuela– en una novedad política”, de la cual Kirchner sacaba provecho “haciendo marketing de su estilo inmediato, desprolijo y desacartonado” (2007:251).

Sea cual fuere la razón de este estilo, se trate de marketing político, sincera voluntad de transformación o auténtico *zeitgeist*, lo cierto es que la imagen que Kirchner ofrece de sí mismo durante ese primer año de gobierno dice mucho acerca de lo visible y lo enunciable políticos en un momento determinado de la historia argentina. De allí que nuestra finalidad sea avanzar en una reflexión acerca de las imágenes de sí que Kirchner despliega como dimensiones constitutivas del fenómeno de gobernabilidad de su gestión. Con ese horizonte, los

objetivos de este primer capítulo son investigar las variantes y las invariantes del dispositivo enunciativo kirchnerista, como así también indagar en las posiciones en las que el enunciador se inscribe de acuerdo a las escenografías que despliega, los mundos éticos que en ellas valida y el carácter perlocutivo de esas grafías.

## 2.1 ETHOS, IDENTIFICACIÓN Y REFUNDACIÓN

La asunción de Néstor Kirchner a la presidencia de la Nación está signada durante su primer año de gobierno por la idea de «refundación»; refundación entendida como ruptura definitiva con el neoliberalismo post-dictadura y como recuperación de la tradición militante de la izquierda peronista anterior al autodenominado 'Proceso de Reorganización Nacional'. Bajo el lema del «cambio», el proyecto kirchnerista se caracteriza por postular un «capitalismo nacional» o «capitalismo en serio» centrado en la recuperación de la «dignidad» de los argentinos, cuya pérdida el kirchnerismo habría de atribuir medularmente a las consecuencias de la aplicación de políticas neoliberales; capitalismo que tendría por meta la creación de trabajo y por motor el papel activo del otrora vilipendiado Estado nacional.

Entendemos que la imagen de sí que Kirchner ofrece en sus discursos públicos es central para convertirse en un plausible garante del universo de identificación que propone y, por ende, para lograr un verosímil discursivo que le permita mostrarse digno de crédito ante su pueblo. Dueño de un estilo enérgico y resolutivo, a la vez que desprolijo y desenfadado, Kirchner pone en juego su legitimidad desde sus primeros discursos mediante dos funcionamientos escenográficos recurrentes, que –como veremos más adelante– se articulan estrechamente con su reivindicación del papel promotor del Estado: por un lado, la escenografía de un «hombre común» en un «país en serio»; por el otro, la escenografía de un *líder-víctima* o *militante* en un «país más justo». Como veremos en lo extenso de este capítulo, ambas escenografías están estrechamente relacionadas: el «hombre común» que hay en el *líder-víctima* hace del enunciador un líder honesto, humilde, realista; el *líder-víctima* que hay en el «hombre común» hace del enunciador un hombre firme, intransigente pero también un ser cargado de sensibilidad y piedad, perseguido por «intereses oscuros» que lo acosan desde las sombras. Son estas imágenes de sí –creemos– las que le permitirán a Néstor Kirchner convertirse en garante de un mundo ético en el que la seriedad, la firmeza y la intransigencia pero también la sensibilidad, la

humildad y la derrota operarían como elementos centrales para construir un liderazgo profundamente aceptable.

## 2.2 EL HOMBRE COMÚN, LA COMUNIDAD DEL TRABAJO

¿Qué es un «hombre común» dentro del dispositivo enunciativo kirchnerista? El «hombre común» es, por definición, un argentino medio, «un argentino como ustedes»:

**Soy un argentino como ustedes**, nací allá en la Patagonia y pienso, igual que todos los que me acompañan, que aquellos que vota el pueblo después se creen los grandes señores; **nosotros somos hombres comunes trabajando por una Argentina distinta**, muchachos. (03 de julio de 2003)<sup>1</sup>

En unas semanas intensas en las que Kirchner ofrecería una imagen de sí caracterizada por su firmeza y su intransigencia para relevar las cúpula militar y policial, renegociar contratos con las empresas de servicios públicos privatizados, iniciar la renegociación de la deuda con el Fondo Monetario Internacional (FMI), intervenir el PAMI manejado por el sindicalista gastronómico Luis Barrionuevo y anunciar un plan contra la evasión fiscal, el presidente brinda un discurso ante los trabajadores de la fábrica Peugeot, definiéndose a sí mismo como un hombre «como ustedes», común y trabajador. Son palabras dirigidas especialmente a los obreros de la fábrica, con el énfasis puesto en que su visita tenía por objeto cumplir su deseo de «estar a junto a ustedes, los trabajadores argentinos».

Desde sus primeras apariciones públicas, el enunciador se posiciona en el plano de lo dicho en situación de igualdad con un auditorio integrado casi íntegramente por trabajadores; lo que se expresa recurrentemente en el uso del nosotros inclusivo. Este modo de inscripción oficialaría de manera reiterada como oposición a la imagen de los «líderes predestinados», «los grandes señores», «los mesiánicos»:

Por eso, **hermanos y hermanas de Chubut, no les vengo a pedir que me sigan**, ya vimos lo que nos pasó. (...) **somos simplemente hombres comunes con responsabilidades importantes**. Porque es cierto también que nos ha pasado a los dirigentes políticos, que cuando juramos, al otro día nos entramos a poner serios, cerramos la puerta del despacho y **creemos que somos estadistas elegidos por mano y obra del espíritu divino que nos ha puesto en ese lugar**. Y nos olvidamos que **somos iguales que todos nuestros hermanos, lo único es que tenemos un trabajo distinto**

---

<sup>1</sup> Con respecto a los fragmentos que se citarán a lo largo de esta tesis, conviene dejar en claro dos cuestiones: i) cuando ha sido necesario para mantener cercana la referencia, los fragmentos extractados fueron repetidos; ii) en todos los casos, salvo indicación, las negritas son nuestras.

por un período de tiempo y que tenemos que responder muy bien porque si no evidentemente no se van a acordar con mucho agrado de nosotros en el futuro. (27 de junio de 2003)

No se trata de que Kirchner reniegue de la condición institucional de su liderazgo ni tampoco de la omisión de su pertenencia de una dirigencia. De hecho, el enunciador se incluye dentro de un *nosotros, los dirigentes políticos* que muestra la distancia entre él como representante y sus «hermanos y hermanas de Chubut». Sin embargo, esta inclusión preludia una necesaria escisión temporal entre lo que ciertamente les ha pasado como dirigentes, *crear ser diferentes o crear ser elegidos*, y lo que ahora les sucede, saber que son iguales, *saber ser iguales*. Por medio de esta distinción, Kirchner no sólo construye la imagen de su anti-garante, el dirigente como elegido, sino que afirma, en el plano del ethos dicho, sus condiciones de igual y de trabajador y despliega, en el plano de lo mostrado, una imagen de sí de hombre sincero («porque es cierto también que nos ha pasado») y de hombre sabio o realista (porque detenta un saber que ha adquirido como fruto de su experiencia como dirigente y porque es consciente de lo sucederá si obra en sentido contrario a lo esta experiencia le indica).

La imagen de un hombre común que les habla a sus «iguales» y la imagen de un simple trabajador con un «trabajo distinto» operan constantemente en el plano del ethos dicho del discurso kirchnerista. La oposición recurrente entre hombres comunes y «estadistas elegidos por mano y obra del espíritu divino» indica una diferencia en el modo de construcción de la relación entre el líder y los liderados. Si el «mesianismo» suponía una relación vertical entre el gobernante y los gobernados, el «hombre común» construye, en principio, una relación horizontal. Es uno más, un hermano entre «hermanas y hermanos».

El hermano Kirchner, sin embargo, no sólo es hermano sino líder y, por ello, debe hacer todo lo posible para equilibrar esta tensión entre posiciones enunciativas diferentes: una posición en relación vertical (la de líder) y una posición en relación horizontal (la de hermano)<sup>2</sup>. Lo que está en juego es el modo

---

<sup>2</sup> Las dimensiones horizontal y vertical en la construcción de un liderazgo han sido objeto de recurrentes debates en las ciencias políticas. En nuestro caso, observamos con particular interés las posiciones divergentes de Ernesto Laclau y León Rozitchner respecto del liderazgo peronista, que tienen por suelo común la noción de identificación desarrollada por Freud. En *La razón populista*, en un apartado sobre los grados de distancia entre el yo y el yo ideal en la identificación freudiana, Laclau explica que un líder sólo será aceptado si presenta, de un modo particularmente marcado, los rasgos que comparte con aquellos que se supone debe liderar (*primus inter pares*). Coherentemente, Laclau deriva de allí algunas conclusiones capitales: en primer lugar, ‘eso’ en común entre el líder y los miembros del grupo “no puede consistir exclusivamente en el amor por el líder, sino en algún rasgo positivo compartido por el líder y los liderados” (2005b:83); en segundo lugar, es posible cierta identificación con el líder, más allá de la identificación entre pares; en tercer lugar, “si

de construir legitimidad horizontalmente. Sin identificación y sin credibilidad no hay liderazgo que se sostenga. Por ello, el enunciador debe hacer del líder un «hombre común» y fomentar la inmediatez del vínculo, esto es, acortar las distancias materiales y simbólicas entre el representante y los representados, y, simultáneamente, debe mantener una distancia representativa, es decir, hacer del «hombre común» un líder, que no puede ser otro que él: 'yo soy como usted' y no 'yo soy usted'<sup>3</sup>. En un apartado siguiente, "Modelo para armar un militante", trabajaremos este segundo aspecto. En cuanto al primero, imagen de «hombre común» significa dentro del dispositivo kirchnerista la garantía de una nueva Argentina donde la honestidad, la sencillez, la humildad y la seriedad sean valores dominantes. Veamos algunos fragmentos sobre el primero de estos rasgos, la honestidad:

**Honestamente**, con los brazos abiertos, con el corazón abierto, pero con la decisión y con el claro rumbo que tenemos que tomar, los invito a que construyamos una Argentina donde sí tengamos que hacer un esfuerzo, pero un esfuerzo para estar mejor; donde sí tengamos que ser solidarios, pero solidarios para ir avanzando todos los días un poco a partir de esta Argentina que hoy está 10 kilómetros bajo tierra, de este subsuelo. (11 de agosto de 2003)

Venir **-honestamente se los digo, con absoluta franqueza-** para profundizar la Argentina que nos han dejado, bajo ningún aspecto fue mi intención cuando iniciamos este largo maratón, esta larga lucha y esta larga epepeya por conducir la Argentina. (11 de agosto de 2003)

---

el líder lidera [es] porque presenta de un modo particularmente marcado rasgos que son comunes a todos los miembros del grupo" (2005b:84), y, por lo tanto, ya no puede ser, en su pureza, el dirigente despótico. Según Laclau, el líder "es el padre, pero también uno de los hermanos" (2005b:84). Para Rozitchner, en cambio, la orientación argumentativa sería diferente: el líder es uno de los hermanos, pero también el padre. Si para el primero, la razón populista está vinculada a un exceso peligroso, que cuestiona los moldes claros de una comunidad racional; para el segundo, el populismo es un modo burgués de eludir el exceso 'democrático' y construir afectivamente un lazo social. Atentos a esta inversión, la identificación debe analizarse para Rozitchner como un proceso de lucha antes que como un resultado, porque la satisfacción de la masa que esta identificación produce se realiza por interpósita persona y, por lo tanto, es el líder quien goza mientras el pueblo se vuelve un colectivo alienado: "La forma de la masa espontánea, semejante en su estructura interna a la del populismo, realiza la satisfacción, pero por interpósita persona: sus adeptos sólo reciben y se complacen con las migajas del festín y la satisfacción, otra vez ilusoria, del deseo. Porque la satisfacción está situada en otra parte: es él, el supremo, quien realizó por nosotros lo que cada uno de nosotros, en lo colectivo alienado, no se atreve a perseguir para sí. Porque, y esto es lo esencial, los valores del amo no son compatibles ni universalizables: sólo él los puede gozar y sólo a través de él podemos alcanzar a colmar, en la fantasía, nuestra inesencialidad" (Rozitchner 1998:74).

<sup>3</sup> Una ambigüedad similar destaca Emilio De Ípola (1983:125) en relación al mítico discurso del Gral. Perón del 17 de octubre de 1945. Para De Ípola el liderazgo de Perón se ejercitaba en un doble papel: era parte del pueblo y estaba al mismo tiempo fuera de él. Si por un lado Perón reducía la distancia entre su posición y la del pueblo, mostrando su discurso como 'transparente' y 'conforme a lo real'; por el otro, debía lograr ser visto a la vez como 'distinto' y dotado de alguna cualidad especial.

Yo que he sido un militante político toda la vida, que siempre estuve comprometido; **honestamente** sería una falta de respeto a mis amigos radicales y justicialistas, compañeros de toda la vida, que yo, que me han votado para gobernar el país, venga a tratar de estar con la vieja costumbre de la dirigencia nacional, tradicional, de la "dedocracia". Toda la vida luché desde Santa Cruz contra la "dedocracia" y todo lo demás. (27 de junio de 2003)

La honestidad funciona de diferentes maneras dentro del discurso kirchnerista. En el primer fragmento, la honestidad aparece ligada a una dimensión sentimental del contacto, a un cuerpo fático de brazos abiertos y corazón abierto que invita abiertamente a una comunión entre argentinos para construir una nueva Argentina. Esta dimensión pasional viene a complementar la dimensión racional de la invitación, marcada en el fragmento por la decisión y el claro rumbo, que permiten inferir un enunciador que no sólo es honesto sino también resolutivo y realista, es decir, un enunciador que no sólo construye un colectivo de identificación, *nosotros, los argentinos*, basándose en una política del contacto y en la ruptura de toda intermediación, sino además en su garantía de realismo e intransigencia. A este colectivo para crear futuro, Kirchner opone, como se puede apreciar en el segundo fragmento, «la Argentina que nos han dejado». Quiénes han sido los responsables de esta 'entrega' no están definidos, lo que sí se puede percibir con claridad es la mostración de una imagen heroica, que se inscribe en el relato de su ascenso al poder bajo las alegorías de una «larga lucha» y una «larga epopeya». La vida política de Kirchner se nos aparece así como una vida de lucha, ligada a su militancia y compromiso políticos. Esto resulta evidente en el tercer fragmento. En éste la honestidad se engarza a una trayectoria política coherente y se vuelve de esta manera una puesta en escena de pluralidad democrática.

Signo de calidad institucional, la honestidad conforma una dimensión de la imagen pública de Kirchner. Ciertamente, no se puede exigir calidad institucional si el enunciador no se presenta a sí mismo como honesto y, por lo tanto, como garantía de esa calidad a la que, como veremos, alude en repetidas situaciones. La honestidad aparece como una modalidad enunciativa del enunciador, por medio de la cual da cuenta de su condición de honesto en tanto un modo de decir honesto. En esta perspectiva, la imagen de honesto de Kirchner funciona a modo de exposición o apertura ante los auditorios, de exteriorización de procesos internos como sus pensamientos y su compromiso. La honestidad actúa como proceso de explicitación de los sentimientos y pensamientos internos de Kirchner.



Es, por decirlo así, un canal de veridicción que opera en un doble registro pasional y racional, por el cual un «hombre común» expresa lo que siente y lo que piensa. En pocas palabras, ofrece su conciencia como verdad política.

El ethos de humildad o modestia, en cambio, se asocia al «realismo» de Kirchner antes que a su interioridad. Si la honestidad significa la puesta en juego de la conciencia de un individuo como garantía de verdad política, la humildad garantiza esta verdad política como consecuencia de una relación privilegiada con la realidad como experiencia colectiva. Ser humilde es atenerse a los dictados de la realidad; es saber adecuarse a los índices de lo real, pero, al mismo tiempo, es saber que esa adecuación siempre tiene fallas: fallas que no se deben como en el «pasado» a «jugadas mágicas» sino a las modestas posibilidades concretas de un «hombre común». Un «elegido» funda su saber y su legitimidad en una relación privilegiada con el «espíritu divino» que lo puso en el cargo; un «hombre común», en cambio, hace todo lo que está a su alcance para cambiar la realidad: se esfuerza, trabaja, pero es consciente de que a veces no alcanza. La humildad sería el resultado de un saber acerca de las reales posibilidades de cambio. Por eso el enunciador debe escuchar, debe corregir, debe mejorar, conocedor de sus propias limitaciones:

Por eso, **les agradezco con mucha humildad**. Yo y quienes me acompañan **seremos sus servidores**, trabajaremos con mucho esfuerzo y, para terminar, les quiero decir qué es lo que sentimos que somos: hombres comunes con responsabilidades muy importantes. (25 de mayo de 2003)

Por eso, **soy solamente un hombre común**, un argentino como ustedes, que tiene responsabilidades importantes y que le toca trabajar temporariamente de presidente. **Me van a ver siempre igual, tratando de escuchar y corregir los errores**. (20 de junio de 2003)

Rasgo definitorio de los hombres comunes, Kirchner no elabora una imagen pública de humildad o modestia meramente en el plano de lo dicho («Me van a ver siempre igual, tratando de escuchar y corregir los errores»), sino sobre todo mediante la solicitud de la mirada del otro, que debe actuar como crítica, corrección, ayuda. En este sentido, la humildad funcionaría como la anulación de la lógica del liderazgo: Kirchner no pide que lo sigan, como podría hacerlo un *elegido* o un *caudillo* o inclusive una agrupación política setentista en su afán de ser vanguardia popular; Kirchner se posiciona en una situación de asimetría invertida por la cual el líder solicita al pueblo que lo ayude, que lo critique, que lo

mejore. La humildad es, por lo tanto, a la vez imagen de sí, establecimiento de vínculo y construcción de un tercero discursivo:

Honestamente les digo que trato de que **con todos mis aciertos, virtudes y errores, como tenemos todos los seres humanos**, poder hacer un punto de inflexión para construir una Argentina absolutamente diferente, más allá de cualquier condicionamiento partidario. (11 de diciembre de 2003b)

Por eso les vengo a pedir a todos los hermanos de todas las ideas que están aquí, **humildemente, que me ayuden, que me corrijan, que me critiquen constructivamente** para hacer un país distinto. (17 de febrero de 2004)

Queridos amigos y queridas amigas: yo les puedo asegurar que me siento feliz de estar acá y que los vengo a convocar al trabajo por esta nueva Argentina. **No les vengo a pedir que me sigan**, ya vimos lo que nos pasó por seguir, seguir y seguir. **Les vengo a pedir humildemente que ayuden a este argentino como ustedes, que me ayuden.** (03 de marzo de 2004)

En primer lugar, la imagen de sí de humilde de Kirchner se basa en la erección de una imagen de alguien que sabe reconocer sus «aciertos, virtudes y errores», de alguien que solicita ayuda, de alguien tan común como el resto de los argentinos; en definitiva, una imagen de humanidad definida por la falibilidad, la imperfección, la modestia. En segundo lugar, el ethos de humildad tiende a construir un lazo horizontal con los argentinos: Kirchner convoca desde el pedido de ayuda, por lo tanto busca generar identificación como *líder-víctima*. En tercer lugar, esta imagen permite definir un otro opositor apelando al imaginario político de los noventa: un «hombre común» no pide que lo sigan, no construye un lazo vertical, no se considera un elegido<sup>4</sup>. El «hombre común» busca establecer un vínculo horizontal: los argentinos no están frente a un mero líder sino frente a un líder que es como ellos y que, lo más importante, tiene las mismas aptitudes que ellos.

La búsqueda de horizontalización del vínculo entre Kirchner y el pueblo parecería estar en sintonía con lo que Jacques Rancière ha denominado el *Estado modesto*. Dentro de esta perspectiva, esta *modestización* del líder sería la condición necesaria para garantizar no sólo (y no tanto) la anulación de la distancia entre el representante y los representados, sino también la consagración de un mundo ético en el que el Estado hace de la demostración de su impotencia para lidiar con el mercado una virtud. Esa virtud tendría dentro del discurso kirchnerista el nombre de «realismo» y consistiría en la “*mímesis* estatal de la

---

<sup>4</sup> No hace falta recordar que el slogan de la primera campaña presidencial de Carlos Menem fue “Síganme, no los voy a defraudar”.

práctica política del litigio” (Rancière 1996:138). El *Estado modesto* garantizado por este líder modesto fundaría su autoridad –según el propio Rancière (1996:143)– en “el ‘casi nada’ de lo posible de donde dependen la prosperidad de cada uno y el mantenimiento del lazo comunitario”. Esta *modestia* es la que le permite a Kirchner, como veremos más adelante, “gerundizar” su gestión y crear un plafón de viabilidad en el que “La gestión de la abundancia se vuelve así idéntica a la gestión de la crisis. Es la gestión de lo necesario y único posible que, día tras día, debe ser incesantemente previsto, acompañado, dispuesto, diferido” (Rancière 1996:143). Devolviéndole entidad a lo jurídico y a lo social (¿y qué otra cosa son los derechos humanos y la capacidad de consumo?), el Estado modesto –dice Rancière (1996:138)– “ejerce esta modestia menos con respecto a sí mismo que con respecto a la política. Lo que tiende a hacer desaparecer a través de esa evolución hacia la modestia es, sin duda, menos su aparato que el escenario político de exposición y tratamiento del litigio, el escenario de comunidad que unía los mundos separados”.

Humildad de la política y humildad del político, la imagen de modestia desplegada por Kirchner garantiza ese Estado modesto y realista que su proyecto político propugna y, simultáneamente, busca generar una relación horizontal entre el líder y los argentinos, en el que uno y otros sean «iguales». En relación con esto último, la dinámica escenográfica del ethos de humilde funciona a su modo en la elaboración de una imagen de sencillez o simpleza, otra de las dimensiones del «hombre común»:

La historia se escribe también con sueños y sentimientos **de hombres sencillos, como nosotros**. Nuestras responsabilidades son temporales, en la historia de los pueblos el lapso de una presidencia en términos históricos constituye un breve periodo. (16 de octubre de 2003b)

Al amigo, a quien lleva la fábrica adelante, que viene de una familia de pioneros y trabajadores, **me pongo a su disposición con simpleza**, que en lo que necesite vamos a trabajar juntos. **No necesitamos hacer ampulosas declaraciones**, en todo lo que vaya a necesitar para que la fábrica se consolide tiene que estar la mano del Gobierno de la Nación. (21 de agosto de 2003c)

En el plano del ethos dicho, Kirchner se define como un hombre sencillo, modesto hasta el exceso («el lapso de una presidencia en términos históricos constituye un breve período»), puesto al servicio y a disposición de los obreros de Jáuregui y de sus familias, en la inauguración del Parque Industrial de Villa Flandria (21/08/03c). La sencillez del enunciador garantiza un mundo simple, de

hombres comunes, opuesto a todo aquello que sea del orden de las formas: «ampulosas declaraciones», «protocolos acartonados» (21/08/03c), «palabras difíciles» (02/09/03c). Estas formas pueden ser protocolares y, en este sentido, apuntan a la regulación de la distancia entre el líder y el pueblo, o pueden ser retóricas, en el sentido peyorativo del término, como «hablar difícil» y engañoso.

La simpleza, dentro del discurso kirchnerista, aparece asociada a una semántica de lo popular:

Muchas gracias Intendente, amigos y compañeros, muchas gracias Eduardo por todo. Muchas gracias a ustedes, sigamos solidariamente, trabajando siempre juntos, avanzando, **queriéndonos, amándonos con la simpleza del pueblo.** (22 de agosto de 2003b)

La relación entre Kirchner y el pueblo se construye en el discurso kirchnerista por la búsqueda de una igualdad o caracterización homologable entre ambas posiciones enunciativas, es decir, por el intento del enunciador de crear una imagen de sí consustancial al pueblo: él es común como el pueblo, honesto como el pueblo, humilde como el pueblo, simple como el pueblo. No se trata de un dato menor: el modo en que Kirchner imagine a su pueblo será la imagen que él intentará ofrecer a su pueblo de sí mismo. Esta definición de la entidad *pueblo* se engarza en el dispositivo enunciativo kirchnerista respecto de una imagen positiva de Kirchner pero también respecto de una imagen negativa de sus adversarios políticos:

Como si emergieran de pronto a la vida pública, sin historias y sin responsabilidades, vemos que algunos economistas y periodistas insisten en reclamar, bajo el pretexto de que los inversores externos esperan eso para venir, que se explicita un plan económico a la vieja usanza. Pareciera ser que **quieren jugar con las esperanzas y las expectativas de un pueblo que aprendió a temerle a los grandes enunciados, llenos de frases altisonantes y palabras difíciles, dichas con el propósito de disimular los temas que enuncia.** Estos minúsculos sectores de hablar difícil, cuando reclaman un plan económico **están en verdad** pidiendo medidas concretas que respondan a un plan hecho **a la medida de los intereses de sus mandantes.** (02 de septiembre de 2003c)

Los «economistas y periodistas» a los que Kirchner alude representan la anti-garantía del mundo ético kirchnerista: hablan difícil, son mandados, disimulan, mienten, son responsables del descalabro argentino. Es el universo contrario al contrato con el pueblo que Kirchner pretende instituir. Semejante contrato enunciativo se legitima en una experiencia popular del pasado, que se

constituye en memoria («aprendió a temerle a...») para lograr el cambio y entablar una identificación. La simpleza se convierte de esta forma en un contrato pasional («queriéndonos», «amándonos») del mundo kirchnerista, contrario a los disimulos y engaños de sectores, por si fuera poco, «minúsculos». Por medio de la imagen de sus anti-garantes, que son, además, defensores de «un plan económico a la vieja usanza», Kirchner se define a sí mismo implícitamente como un líder firme, intransigente y honesto, a quien nadie manda («algunos sectores se ponen nerviosos porque se dan cuenta que hoy no tienen de empleado al presidente», afirmará en una firma de convenios en la localidad de Junín (01/09/03)), con un decir verdadero, despojado de toda retórica y con un hablar fácil, que es el lenguaje del pueblo, y al cual él pertenece porque habla como ellos:

Hay que **dar vuelta a la taba**, hay que **ordenar definitivamente la cosa** para que pueda funcionar. (27 de junio de 2003)

(...) me parece un paso realmente muy importante tomar la determinación, **tomar el toro por las astas [...]**” (01 de julio de 2003)

La semana que viene empezamos a firmar los convenios y **le damos hacia delante**. Así les vamos a poder demostrar a muchos que hay muchas formas, aún en los momentos más difíciles de encontrar soluciones. (20 de agosto de 2003c)

Leía recién y leo acá cerca -a pesar de que algunos dicen que no veo bien, que se me desvía la vista, puede ser; **lo que nunca se me desvió es la mano hacia la lata**, de eso que se queden tranquilos- (16 de septiembre de 2003)

Sé que están los escépticos que dicen que no lo vamos a poder hacer funcionar. **¡Minga!** ¡Lo vamos a hacer funcionar! (30 de septiembre de 2003)

Si hasta aquí habíamos definido la imagen de hombre simple en el plano de lo dicho, el lecto usado por Kirchner en muchos de sus discursos permite inferir esta imagen también en el plano de lo mostrado. La variedad de expresiones populares que usa garantiza que es un hombre común y a su vez connota un registro informal de situaciones de cercanía entre locutor y alocutario<sup>5</sup>. A partir de estos giros Kirchner construye una imagen pública de simpleza, basada en un decir verdadero y un habla fácil, que se vincula, por un lado, con un contrato

---

<sup>5</sup> Tal variedad de expresiones populares formaría parte para Charaudeau (2009:271) de un discurso populista: “Desde el punto de vista de lo que se denomina el *registro de la lengua*, el populista utiliza a menudo un vocabulario familiar, a veces vulgar, incluso escatológico o insultante respecto de los adversarios, a veces aguerrido, que se permite, como se ha visto, exabruptos, juegos de palabras, reflexiones irónicas que actúan como flechas envenenadas”.

sentimental con su pueblo, enfatizando la cercanía mostrada, y, por otro, con una interlocución privilegiada de la realidad, que hace innecesaria toda habla difícil, que no puede ser otra cosa, por consiguiente, que una mentira.

Ser simple significa, pues, ser auténtico. El lenguaje se convierte en el vagón de carga de la verdad política que emana de la conciencia individual del locutor. La simpleza completa en este sentido el *trivium* ético del «realismo» kirchnerista: si la honestidad significaba la exteriorización de la conciencia individual como verdad política colectiva, si la humildad garantizaba dicha verdad política como consecuencia de una relación privilegiada del enunciador con la realidad, la simpleza implica hacer del lenguaje un ejercicio de transparencia, es decir, un mero transmisor, un vagón de carga de los hechos. De aquí se deduce la razón por la cual Kirchner puede construir una imagen de hombre simple: sus palabras son jirones de realidad, sus definiciones fragmentos de verdad revelada. Quien tiene una relación privilegiada con la realidad, puede decir de manera simple lo que otros necesitan decir de manera complicada. La simpleza no es más que la consecuencia necesaria de un lenguaje cuya única función es hacer visible lo que él ve, que no puede ser otra cosa que lo que ve el pueblo:

**Por eso, de nosotros no esperen anuncios rutilantes; día tras día trabajando como ustedes lo hacen en sus trabajos**, porque el Presidente o el ministro o el gobernador definitivamente no son de una casta diferente, somos hombres comunes que, en el caso mío, **hoy me toca trabajar de Presidente**, pero bajo ningún aspecto voy a instrumentar o voy a llevar adelante discursos o acciones que generen nuevos fracasos en la fe y en la credibilidad del pueblo argentino. **La acción, el hecho que se pueda palpar o se pueda tocar...** (03 de junio de 2003)

Dentro del discurso de Kirchner, el habla fácil es del orden de la verdad y el habla difícil es del orden de la mentira. Mientras la palabra dé cuenta de los hechos su condición será la sencillez, la facilidad y la simpleza, su condición será la del pueblo y la del líder que habla como el pueblo; cuando la palabra sea difícil, rutilante o ampulosa será porque está al servicio de intereses ocultos, de proyectos inconfesables o de planes «a la vieja usanza» que buscan atentar contra el líder y contra el pueblo.

Habla fácil, hechos y trabajo forman parte de un mismo universo para el discurso kirchnerista: el universo del pueblo, el universo de los trabajadores. Son los trabajadores quienes hablan fácil porque de ellos es el reino de los hechos, son los trabajadores quienes producen hechos porque de ellos es el reino del trabajo. Son estos hechos palpables, tocables los que configuran el universo

kirchnerista, como otrora habían configurado el universo peronista. En el kirchnerismo, como en el peronismo clásico, definido irónicamente por Tomás Abraham como “platonismo peronista”<sup>6</sup>, es decir, un peronismo aparentemente ideal (bello, verdadero, bueno), la relación espejada entre el líder y su pueblo está mediada por la figura del trabajo. Para el kirchnerismo un hombre común – honesto, humilde, simple– es por definición un trabajador. Para qué perderse en nimiedades retóricas si «todo es trabajo»:

Me siento con unas ganas bárbaras, con pasión, con fuerza pero **no soy ni mandraque ni un mago. Todo es trabajo, todo es esfuerzo**, buscando construir un país honesto, cristalino, **vivir construyendo escaloncito tras escaloncito**. Se puede hacer, les puedo asegurar que se puede hacer, pero nos va a llevar un tiempo importante de nuestras vidas levantar esta Argentina de vuelta. (02 de septiembre de 2003)

El trabajo media entre el deseo de Kirchner y su saber sobre las posibilidades reales de concreción. Estamos ante un enunciador que hace del trabajo la cifra entre su *sentir* y su *poder*, pero sobre todo entre su *sentir* y su *saber*, entre la pasión y la razón que lo liga con la realidad y con su pueblo. No es difícil observar que en ese doble registro la razón prima sobre la pasión, del mismo modo que la realidad prima sobre el deseo o la voluntad. Entre la pasión y la razón, entre lo posible y lo real, Kirchner se presenta como un albañil en una obra en construcción dispuesto a construir la Argentina «escaloncito tras escaloncito». El esfuerzo del albañil antes que el embeleso del mago, la sucesión de pequeños escalones antes que el conejo de la galera, la acción cristalina antes que el doble fondo, «el hecho que se pueda palpar» antes que la ilusión; la garantía de este mundo de pequeños logros y énfasis modestos es un enunciador que se define a sí mismo como un trabajador:

Porque aparte, que se vayan acostumbrando algunos que dicen “el Presidente anda de campaña electoral”. Estos opinadores que se callaban la boca mientras se entregaba la Argentina, estos opinadores que decían que todo estaba bien cada vez que había un ajuste que tenía que soportar el pueblo argentino, repito, que se vayan acostumbrando: **“yo soy un trabajador; voy a caminar los cuatro años todos los pueblos de la Argentina en forma permanente”**. (01 de septiembre de 2003)

---

<sup>6</sup> Remitimos a la nota de opinión titulada “Reflexiones sobre la elección de mañana”, publicada por Abraham el 27 de junio de 2009 en el periódico *Perfil*. En palabras textuales, dice el filósofo: “Hay un platonismo peronista. Evoca una Idea que nunca se hizo realidad por la supuesta traición de todos los gobiernos. En su alegoría, un sol llamado Perón brilla fuera de la Caverna de Platón en la que vivimos nosotros confundidos por las sombras neoliberales”.

Presentarse como un trabajador le permite a Kirchner inscribirse dentro de la historia de los trabajadores en la Argentina y definir su posición respecto de esta historia. El trabajador es la figura por antonomasia del hombre común en el discurso kirchnerista y esto se explica en relación al poder de la masa obrera en el último siglo. Si hasta la década del treinta el modelo agroexportador y las elites terratenientes habían dominado el panorama político nacional, el pasaje de un 'modelo hacia fuera' a un modelo industrial de sustitución de importaciones permitió el crecimiento exponencial de las fuerzas políticas obreras, cuyo corolario fue el peronismo y cuyo símbolo es el 17 de octubre de 1945. Peronismo fue el nombre que adquirió en la Argentina la interpelación desde el Estado de los trabajadores como sujeto político y el puntapié inicial de lo que Luis Alberto Romero llamaría el 'empate social', es decir el equilibrio de fuerzas entre las oligarquías tradicionales, la pujante burguesía industrial y las fuerzas proletarias, que duraría con mayor o menor precariedad hasta la última dictadura militar. La herencia neoliberal de la Junta Militar ha sido no sólo la muerte y el vilipendio de miles de desaparecidos y exiliados sino la instalación hasta ahora definitiva de un modelo que es capaz de destruir progresivamente un número cada vez mayor de puestos de trabajos y de generar un número cada vez mayor de expoliados. Si la Argentina peronista ha sido históricamente la Argentina del *pleno empleo*, la Argentina donde el líder se decía a sí mismo "el primer trabajador", la Argentina neoliberal es la Argentina del desempleo y su máximo exponente un líder como Menem que se muestra públicamente como "ganador", "exitoso" y "famoso". De allí que la articulación entre liderazgo y trabajo tenga un fuerte anclaje en el imaginario nacional: en un sentido general, forma parte de una doxa para la cual quien trabaja es honesto, es simple, es modesto, es realista; en un sentido restricto, la imagen del trabajador funciona como garante *par excellence* del imaginario peronista.

El mundo ético de hombres comunes trabajadores, al cual Kirchner convoca ofreciéndose como garantía, adquiere, pues, una doble filiación: por un lado, una filiación con la cultura argentina del trabajo, según la cual el trabajo posee de suyo un conjunto de rasgos positivos como la honestidad, la humildad, el esfuerzo; por el otro, una adhesión al componente doctrinario del peronismo, que podría resumirse en máximas como "El trabajo dignifica" o "De la casa al trabajo, del trabajo a la casa". La reivindicación del trabajador como figura ética del proyecto nacional kirchnerista recupera para su provecho esta doble filiación y, al



mismo tiempo, se enfrenta el discurso dominante de las últimas décadas, según el cual los que especulaban eran «vivos» y los que trabajaban eran «bobos»<sup>7</sup>.

La imagen de «hombre común» de Kirchner sería, en consecuencia, un intento por conciliar dos universos *a prima facie* contradictorios de legitimación: la recuperación del dispositivo de identificación peronista (“soy un trabajador”) y la herencia *horizontalista* del 2001 (“soy un trabajador como ustedes”). Si Perón era “el primer trabajador” y, por lo tanto, el líder ejemplar en una relación vertical, Kirchner sería en cambio un trabajador más y, por lo tanto, un hombre común en una relación horizontal con otros hombres comunes. En este sentido, Kirchner es hijo del gran trastocamiento de la escena política que tuvo lugar entre diciembre de 2001 y el final de la presidencia de Duhalde en 2003 –como plantea Eduardo Rinesi (en Natanson 2004:19)–, pero también es heredero de la tradición peronista en lo que ella posee de lumpen y proletaria. La verosimilitud del discurso kirchnerista radica en gran medida en su capacidad para articular el eco insurreccional de 2001 con las memorias de centro-izquierda del peronismo.

### 2.3 EL SUR DEL MUNDO. MODELO DE LLEGADA Y EXCEPCIONALIDAD POLÍTICA

Los primeros meses del gobierno de Néstor Kirchner estarían marcados por la imagen de un presidente enérgico y activo que parecía haber tenido un plan incluso antes que una posibilidad de gobierno. El estilo “K” asombraba a los argentinos por su soltura, su bufonería, su forma de vestir, pero también por su firmeza, su austeridad y su capacidad de estadista<sup>8</sup>. La pregunta, empero, rondaba por los aires: ¿quién era en verdad Néstor Kirchner? Era cierto que no había demasiada información sobre sus logros y méritos personales. Se sabía que había iniciado su carrera política en la década de los ochenta, que un par de veces había sido intendente de la ciudad de Río Gallegos, una de los principales centros urbanos de Santa Cruz, y que luego había logrado la reelección como gobernador de la provincia. No obstante, como apunta Isidoro Cheresky (en Natanson 2004:24), “Si uno mira los índices de conocimiento de Kirchner antes de las

---

<sup>7</sup> Como ejemplo de esta oposición entre «vivos» y «bobos», citamos dos fragmentos ilustrativos: “Por eso tenemos que volver a premiar el trabajo, por eso se terminó el tiempo donde **el más vivo era el que más rápido hacía plata**; es hora de premiar al que trabaja, al que estudia, al que produce, al que le da riqueza a la Argentina” (12 de enero de 2004) y “**El que estudiaba, investigaba, trabajaba**, ése no, ése era un iluso, un bobo y un estúpido. Tenemos que cambiar estos valores, pero los tenemos que cambiar fuertemente desde abajo” (04 de noviembre de 2003b).

<sup>8</sup> Como botón de muestra, el 26 de junio de 2003 Clarín publica una nota titulada: “El estilo ‘K’ también seduce en Internet: el Presidente arrasa en las encuestas online”, en la que describe el apoyo mayoritario de los argentinos a la gestión de Kirchner.

elecciones puede darse cuenta en qué medida es [un presidente] accidental. Eran pocos los que conocían su programa y aún su persona". Entre esos pocos, estaban quienes decían que era un títere del presidente saliente Duhalde y que su escasa fama y bajo perfil le garantizarían un tiempo de gracia al frente del Ejecutivo Nacional. Asimismo no faltaban quienes asociaban su figura a la década menemista y sacaban a la luz grabaciones de actos políticos compartidos con Menem. Quienes decían tener mayores conocimientos sobre su gestión gustaban de afirmar que era un anti-menemista confeso y que no pocas veces había disentido públicamente con el ex presidente. Sin embargo, ninguna de estas versiones dejaba de tener ese estatuto tan precario de los rumores y lograba imponerse como versión oficial. Es posible que fuera esta indecibilidad sobre su pasado, esta "inverosímil imagen del *outsider*" (Borón 2005:47), y el carácter resolutivo y progresista de sus apariciones públicas los que acabaran por convertir a Kirchner en un hombre sin pasado y con una imagen más cercana a la militancia setentista que a la gestión peronista.

Estas condiciones de posibilidad, aun cuando no den una descripción acabada de la opinión pública respecto de Kirchner, parecerían ser suficientes para entender por qué lo primero que se advierte en los discursos iniciales del presidente Kirchner es una suerte de «modelo de llegada», comparable en algunos aspectos al modelo que describieran Sigal y Verón en relación con el dispositivo de enunciación peronista<sup>9</sup>. No se trata como en el caso de Perón del pasaje del cuartel al Estado sino en la entrada desde una lejanía austral, la provincia de Santa Cruz, el «Sur del mundo»:

**Venimos desde el Sur del mundo y queremos fijar, junto a ustedes, los argentinos,** prioridades nacionales y construir políticas de Estado a largo plazo para de esa manera crear futuro y generar tranquilidad. Sabemos adonde vamos y sabemos adonde no queremos ir o volver. (25 de mayo de 2003)

A mí me toca ser presidente en este tiempo de la historia por esas circunstancias de la sociedad, de la gente y de esta gran crisis que vive el país. **Vengo de un lugar muy lejano,** pero les puedo asegurar que donde uno toca, salta pus, en la mayoría de los lados, arriba, abajo y en el medio. (04 de noviembre de 2003b)

---

<sup>9</sup> Por «modelo de llegada» los autores entienden un modelo en el que el enunciador se coloca "en una posición peculiar que consiste en construir una *distancia* explícita entre sí mismo y sus destinatarios" (Sigal & Verón 2004:30). Este posicionamiento implica que "la verdad y la realidad no son consustanciales al campo político, sino que son introducidas en el universo del discurso del Estado por el propio enunciador" (2004:63).

Este «modelo de llegada» busca producir un efecto de exterioridad con la situación. Marca una distancia explícita entre el enunciador («nosotros, el gobierno»; «yo, el presidente») y sus destinatarios («ustedes, los argentinos»). Se trata de la llegada de un gobierno o un gobernante a una situación precedente y exterior, la de los argentinos. Este *ingreso*, como veremos, le permitirá al enunciador sentar las bases de un doble juego: por un lado, una absoluta distancia con el origen de la situación a la que arriba («venimos», «vengo»); por otro lado, una interlocución de privilegio con esta situación, aparentemente desprendida de intereses particulares o pasiones, como si se tratara de un médico ante un enfermo al que cuando se lo toca «salta pus» y cuyos «diagnósticos» no «bastarán ni serán suficientes» (25/05/03). Según la exposición de Kirchner, su arribo coincide con un estado de situación crítico que exige tomar cartas en el asunto. Su llegada aparece, de esta manera, condicionada en primer lugar por la percepción de una demanda histórica, popular y política:

Por mandato popular, por comprensión histórica y por decisión política, ésta es la oportunidad de la transformación, del cambio cultural y moral que demanda la hora. Cambio es el nombre del futuro. (25 de mayo de 2003)

Esta triple causalidad del cambio coincide en el dispositivo kirchnerista con una triple destinación desarrollada por los principales medios de comunicación en la Argentina. El *outsider* total, cuya legitimidad estaba por demostrarse en los hechos, aparecía ante los ojos de la opinión pública como la persona indicada en el momento indicado. El «modelo de llegada» era funcional, en esta perspectiva, a la idea de recuperación de un proyecto nacional, postergado por la instalación del modelo neoliberal, pero también a una suerte de epopeya histórica que cobraba forma en el cuerpo de Kirchner. Si el «modelo de llegada» podía aplicarse respecto de una generación *exiliada* por la dictadura o respecto de un plan nacional y popular truncado durante los setenta, lo cierto es que éste se presentaría eficaz para generar articulaciones de las más variadas. Por ejemplo, en el matutino Clarín, la asunción del presidente adquiere el estatuto de una triple destinación de la *Historia*, ligando la llegada de Kirchner con un proyecto peronista, democrático y latinoamericanista. Del peronismo, el sujeto recibiría el don de la gobernabilidad y su perfil movimientista: *saber-gobernar* y *poder-hacer*; del sistema democrático, el poder y la gracia que el pueblo otorga al presidente electo como parte del contrato social; de la *causa latinoamericana*, el *giro a la izquierda* y la tradición libertaria, parapetando la gestión kirchnerista en la imagen

progresista de gobiernos como el de Lula da Silva en Brasil, Hugo Chávez en Venezuela, Fidel Castro en Cuba y Ricardo Lagos en Chile. De este modo, el «modelo de llegada» se convierte en la cifra de la «oportunidad histórica». Sin legitimidad *ex ante*, Kirchner asumiría su cargo, en suma, como heredero de la Historia.

Es la Historia la que parece depositar a Kirchner ante la situación crítica del país. Esta situación es el resultado –según podremos advertir en los discursos de Kirchner– de dos atentados sistemáticos contra la condición humana de los argentinos, derechos humanos y poder de consumo, provocados por el terrorismo de Estado y por la aplicación irresponsable de «recetas» neoliberales (01/03/04). Semejantes atentados habilitan al enunciador no sólo a establecer las causas de la situación crítica a la que arriba, sino además a definir dos tipos de destinatarios: quienes sufrieron en carne propia estos atentados y quienes los perpetraron. Entre los primeros, el pueblo y, como parte del pueblo, la generación en la que el enunciador se inscribe; entre los segundos, los genocidas y los corruptos. El estado actual de la Argentina debe ser entendido –según esta lógica argumentativa– como un legado del pasado que determina en última instancia el programa de la gestión. Será la situación la que indique, demande, proponga, aconseje, y funcionará a modo de prescripción con respecto al proyecto nacional:

Trataremos de aprovechar esta instancia institucional para reflexionar, junto a los señores legisladores, representativos de todas las ideas políticas, respecto del punto en donde nos encontramos, las probables líneas de acción y las expectativas de resultados **que la situación nos plantea**. (01 de marzo de 2004)

Es la oportunidad que la vida institucional brinda para que nos detengamos a mirar nuestros problemas en toda su gravedad, para poder **asumir los caminos de solución que la situación aconseja según nuestra perspectiva**, que de ningún modo intenta negar otros puntos de vista. (01 de marzo de 2004)

El componente fuertemente prescriptivo (Verón 1987b) de los discursos públicos del enunciador opera como plano constitutivo de su matriz discursiva, como si se tratara de un espectro que condiciona en su posibilidad misma todo decir. Los demás componentes –incluso el componente programático en su primer discurso ante la Asamblea (25/05/03), que era su discurso de asunción, o el componente descriptivo en su segundo discurso ante la Asamblea, en el que debe realizar un balance de gestión (01/03/04)– aparecen subordinados al carácter

prescriptivo de la situación. Todo programa o balance debe ser entendido en virtud de la crisis; todo poder-hacer en virtud de un deber:

...creo que es necesario poder compartir con ustedes algunas reflexiones expresando los objetivos de Gobierno y los ejes directrices de gestión para que el conjunto de la sociedad argentina sepa hacia donde vamos y cada uno pueda, a su vez, aportar su colaboración para la obtención de **los fines que los argentinos deberemos imponernos por encima de cualquier divisa partidaria**. (25 de mayo de 2003)

La apelación constante a la capacidad prescriptiva de la situación se engarza en el devenir de su balance histórico; es decir, no se trata meramente de que, en tanto enunciador, Kirchner es interlocutor privilegiado de las demandas y consejos de la situación, sino que las situaciones, históricamente y, por consiguiente, por definición, han demandado y aconsejado soluciones<sup>10</sup>. Según cuál haya sido «la medida del éxito», cada etapa histórica ha tenido sus propias exigencias:

**A comienzos de los 80**, se puso el acento en el mantenimiento de las reglas de la democracia y los objetivos planteados no iban más allá del aseguramiento de la subordinación real de las Fuerzas Armadas al poder político. **La medida del éxito de aquella etapa histórica, no exigía ir más allá de la preservación del Estado de derecho, las continuidades de las autoridades elegidas por el pueblo**. Así se destacaba como avance significativo y prueba de mayor eficacia la simple alternancia de distintos partidos en el poder. (25 de mayo de 2003)

**En la década de los 90**, la exigencia sumó la necesidad de la obtención de avances en materia económica, en particular, en materia de control de la inflación. (25 de mayo de 2003)

El enunciador inscribe su posición enunciativa en una cronografía histórica a partir del contraste entre los diferentes momentos históricos de la etapa post-dictadura y la respuesta en gestión de la dirigencia. En los ochenta la situación no exigía ir más allá del mantenimiento del Estado de derecho, mientras que en los noventa exigía avances en materia económica; de lo que se trata entonces es de evaluar esas gestiones a la luz de la crisis nacional contemporánea:

**Se intentó reducir** la política a la sola obtención de resultados electorales; el Gobierno, a la mera administración de las decisiones de los núcleos de poder económico con amplio eco mediático... (25 de mayo de 2003)

---

<sup>10</sup> Es propio del enunciador político construirse a sí mismo como fuente privilegiada de la inteligibilidad de la descripción. Es la definición misma de «efecto ideológico», según la cual un discurso verdadero mantiene una relación frontal con su objeto; relación que, por otra parte, es la única posible (Verón 1987a:132).

**Concluye en la Argentina una forma de hacer política y un modo de [gestionar] al Estado. Colapsó el ciclo de anuncios grandilocuentes, grandes planes seguidos de la frustración por la ausencia de resultados y sus consecuencias: la desilusión constante, la desesperanza permanente.**  
(25 de mayo de 2003)

El informe histórico de Kirchner parecería limitarse a una suma de procesos nominalizados objetivos («obtención», «administración») y subjetivos («frustración», «desilusión», «desesperanza»)<sup>11</sup>. La situación heredada aparece como una secuela de procesos administrativos desagentivados («se intentó», «colapsó»), que hace imprecisa toda referencia a agentes específicos. La clave para Kirchner es intentar evidenciar que la crisis que afecta a los argentinos es el corolario de una incompatibilidad entre las demandas de la situación histórica y los proyectos de las sucesivas dirigencias nacionales. Si las exigencias históricas eran evidentes, ¿qué ha ocurrido?, ¿por qué se ha terminado en el mismísimo «infierno» (p.e. 04/12/03)? Según se deduce de la descripción del enunciador, el problema ha sido la inadecuación entre el estado real de situación y el programa propuesto. Más aún, esa inadecuación no ha sido fruto de la ingenuidad: los sucesivos gobiernos atendieron los intereses de algunos sectores en vez de acatar lo que la situación prescribía. El error ha sido no atender la situación. Hubo una inversión de la lógica más racional: la dirigencia ha querido adecuar la realidad a su programa o a sus intereses, cuando toda dirigencia debe –se trata de una verdad universal e indiscutible para Kirchner– adecuarse a la realidad. La dirigencia propone, pero la situación dispone... Por eso mismo,

Lo que tardó en destruirse muchos años, explotando en las manos de una dirigencia que **no estuvo a la altura de las circunstancias**, no se podrá reconstruir ni en uno ni en pocos años de gestión ordenada y prudente con un rumbo correcto. (01 de marzo de 2004)

La «gestión ordenada y prudente» aparece como la forma de hacer política contraria a la de una dirigencia que «no estuvo a la altura de las circunstancias». Estas «circunstancias» operan como procesos autónomos respecto de las dirigencias y de ello resulta que las dirigencias tenga que supeditar su papel a aquéllas: son las dirigencias las deben estar a la altura de las circunstancias y son

---

<sup>11</sup> Según Ducrot (1986:237) “lo propio de la nominalización es hacer que aparezca un enunciador, con el que el locutor no se homologa pero que se homologa con una voz colectiva, con un SE. En cuanto a la inclusión del locutor en este SE, el fenómeno sintáctico de la nominalización nada dice de ello, ni positiva ni negativamente”.

las dirigencias las que deben saber escuchar lo que la situación plantea y aconseja. Esto plantea claramente un límite al poder de todo gobierno y ese límite es la realidad. La altura de las «circunstancias» eximiría a Kirchner de resultados inmediatos. El esquema del enunciador antepone, de esta manera, la situación al programa, lo que en una instancia de crisis se constituye en una gobernabilidad de la excepción: la fuerza del programa es agenciada en la excepcionalidad de la situación. Cuanto más graves resultan las circunstancias, mayor es la legitimidad del gobierno que llega, dado que éste se presenta en relación de exterioridad con esa realidad crítica. Si la situación ha explotado en las manos de la dirigencia es porque la dirigencia no ha estado a su altura; por el contrario, si la situación es exterior al gobierno que arriba, su legitimidad, entendida como tiempo de gracia, aparece como indiscutible. En este sentido, una de las funciones esenciales del «modelo de la llegada» consiste en situar el tiempo del kirchnerismo dentro del relato histórico de la construcción definitiva de una Nación. Como Perón en 1945, Kirchner localiza su proyecto en el nivel de los ‘momentos fuertes’ de la Argentina desde su entrada misma en la escena política nacional. Dicha entrada, bautizada bajo el lema del «cambio», permite al recién llegado generar un tiempo de gracia para adaptar su proyecto a las «circunstancias»; circunstancias cuya altura, vale decirlo, era sumamente baja. No obstante, sea cual fuere esa altura, esta preponderancia –quizás convenga decir precedencia– del mundo de las cosas con respecto a los programas de gestión redundaría en el corto plazo en un beneficio innegable que, sin embargo, daría por horizonte mediato un techo muy bajo.

La distancia entre «circunstancias» y adecuación dirigencial, cuyo colofón era para el enunciador la crisis actual, se convertiría durante esos primeros meses de gestión en un eje de los discursos de Kirchner. De acuerdo a su dispositivo enunciativo, si la política consiste en adecuar una gestión a las exigencias de la situación, en la Argentina se ha querido mágicamente adecuar la situación a un modo de hacer política. La cuestión, entonces, pasa por adecuarse a «la cruda realidad», el punto de partida es reconocer el «infierno»:

El punto de partida de esa construcción no puede ser otro que el reconocimiento del **punto exacto donde nos encontramos**. Hemos dicho que estamos en el peor de los mundos, **en el propio infierno**, y que la mejora que percibimos es sólo el ascenso del primer escalón. (01 de marzo de 2004)

## 2.4 LOS ESCALONES DEL INFIERNO. INSTRUCCIONES PARA UNA ARGENTINA “GERUNDIA”

Menos de un año después de su asunción, Kirchner brinda su discurso anual ante la Asamblea Legislativa. Si en su primer discurso en el Congreso, el día mismo de su asunción, Kirchner había trazado una genealogía de la crisis tomando por aspecto central la distancia entre realidad («las circunstancias») y gestión política, en esta ocasión el locutor recupera la idea para definir el «punto exacto» en el que se encuentra el país y para consensuar, al mismo tiempo, la palmaria «mejora» que todos los argentinos perciben. Entre la acuciante realidad de «las circunstancias» y la «mejora» que ofrece como marco de su discurso, Kirchner elabora lo que podríamos denominar una *gerundización* de su gestión<sup>12</sup>, determinada por la excepcionalidad política de la situación argentina. Según Isidoro Cheresky (2008:53), este rasgo signaría no sólo los primeros años sino todo el mandato kirchnerista, dándole al kirchnerismo “márgenes de libertad inusuales”. Durante los dos primeros años, Kirchner podía justificar dicha excepcionalidad “por la carencia de un bloque oficialista que fuera realmente afín a sus proyectos, y en general por el quebranto de las regulaciones, lo que según su parecer requería de él y de sus funcionarios una extraordinaria latitud en la adopción de decisiones” (en Cheresky 2006:32)<sup>13</sup>.

El fenómeno de la excepcionalidad se liga estrechamente con el «realismo» kirchnerista, que veremos más adelante. Por lo pronto, *gerundización* es el nombre que elegimos para designar discursos cuyo tono está dado por la acción permanente, por la palabra acallada en provecho del ruido de las obras, por «la sumatoria de hechos cotidianos»:

Un cambio que pueda consolidarse necesitará de la sumatoria de hechos cotidianos que en su persistencia derroten cualquier inmovilismo (...) (25 de mayo de 2003)

---

<sup>12</sup> Ciertamente, la Argentina había comenzado a tener desde 2002 indicios favorables en elementos económicos macro-estructurales como la balanza comercial y el Producto Bruto Interno (PBI). Los precios de productos primarios (*commodities*) como la soja, la carne, el trigo, el maíz y el petróleo experimentaron en esos meses un considerable aumento, mientras que el PBI, que había caído 20% entre 1999 y 2002, creció 8,7% en 2003 y 9% en 2004. Pese a estos datos positivos, el desempleo todavía superaba el 10% y las tasas de pobreza, que habían descendido casi un 20% en tres años, alcanzaban al 40,2% de la población en 2005 (cfr. Vadell 2006:208).

<sup>13</sup> Esta *gerundización* estará sustentada históricamente en las peculiaridades de la vida democrática argentina en la post-crisis. En diciembre de 2003, cuando Kirchner estaba atravesando su séptimo mes de gestión, el ex presidente Fernando De la Rúa hubiera culminado el período de gobierno para el cual había sido electo en octubre de 1999. Como se mencionó anteriormente, De la Rúa renunció poco después de cumplir su segundo año de mandato; hecho que le permitiría a Kirchner hacer referencia en repetidas ocasiones a la excepcionalidad de su gobierno y al tiempo de gracia necesario para revertir las principales consecuencias de la crisis. Durante el segundo semestre de su gobierno, las referencias al hecho de que su gestión recién debería haber comenzado en diciembre acentúan este singular proceso discursivo.



Entre la Argentina de la crisis y la Argentina de los «sueños», el discurso de Kirchner recrea un universo de la acción permanente, del hecho cotidiano, en el que el enunciador intenta ofrecer una imagen activa, enérgica, volitiva. *Gerundización* es la forma realista del «cambio»: el modo en que Kirchner puede garantizar un país deseado en base a indicadores críticos y crear un espacio legítimo de esperanza que medie entre la percepción de la grave situación social y la expectativa de un porvenir mejor. De allí que deba procurar presentar ese «cambio» antes como proceso que como instante, como gerundio que como *facto*. *Gerundizar* el tiempo del gobierno habilita al enunciador a *abrir* la noción de «cambio»<sup>14</sup>:

La Argentina **va mejorando** paulatinamente en sus números en cuanto al consumo, al crecimiento económico; **siempre estando** bajo tierra, es decir, donde estamos, **de donde estamos partiendo**, a donde nos llevaron, a donde nos dejaron. (01 de octubre de 2003)

Los argentinos venimos de una muy negra noche; estábamos en el subsuelo, estábamos kilómetros bajo tierra y **seguimos estando**. Es nuestra responsabilidad aunar esfuerzos para **seguir trepando** la cuesta. (18 de noviembre de 2003)

Al expresar una dimensión realista del «cambio», la *gerundización* crea las posibilidades enunciativas para que el enunciador pueda construir una imagen de sí de serio o realista, que se engarza con la construcción del colectivo de identificación político más amplio posible: *nosotros, los argentinos*. Esta construcción colectiva se basará insistentemente en la memoria de una experiencia nacional compartida, que abarcará desde la formación del Estado / Nación hasta la debacle de 2001. Dicha memoria –como veremos en detalle en el cuarto capítulo– le permitirá a Kirchner anclar su proyecto dentro de uno de los tópicos centrales del imaginario nacional: el destino de grandeza, fundado en la potencia inagotable de los recursos argentinos y en la cultura del trabajo heredada de los pioneros e inmigrantes. A caballo entre semejante destino y tamaño presente, Kirchner buscará ejercer su liderazgo a partir de un universo colectivo realista que hace del cambio un proceso durativo y que recupera de la tradición peronista su afinidad a la evidencia de la acción cotidiana:

---

<sup>14</sup> Según el Diccionario de la Real Academia Española, el gerundio es una forma invariable no personal del verbo, que suele denotar acción o estado durativos.

Creo que lo que vale es la realidad, como decía **un gran líder argentino**, “que es la única verdad” que nos **va marcando** la acción cotidiana de todos los días. (06 de octubre de 2003)

La *gerundización* pone en primer plano nuevamente la confluencia en el discurso de Kirchner de la experiencia peronista y de la experiencia política post-crisis. Si en el caso del liderazgo, esta confluencia parecía traducirse en un choque entre la tradición verticalista del peronismo y el espíritu horizontalista post-2001, en el caso de la *gerundización* la realidad se convierte en el significativo medular de una memoria colectiva. Por un lado, la *gerundización* es el *summum* de la prescripción de la realidad sobre un proyecto político: la «Argentina que merecemos» debe adecuarse a la Argentina que «nos dejaron». El «cambio» sólo puede lograrse «trepando la cuesta», es decir, como resultado del esfuerzo continuo y no del destino. Es la realidad la que marca, es la realidad la que vale. Es la realidad la que permite decir que «se está amaneciendo»:

(...) en la Argentina la situación de emergencia, la situación de crisis institucional, la situación de que por allí habíamos comenzado a gobernar **segundo a segundo** ha mejorado y hoy gobernamos **minuto a minuto**, pero lo queremos hacer con los oídos bien abiertos, con una clara concepción de escuchar y de buscar nuevas síntesis que nos permitan dar las respuestas que la Argentina necesita. Y **no caigamos** en este tema de que la emergencia se terminó, que aquí rápidamente renace el amanecer; **se está amaneciendo**, pero hay muchísimas nubes y tormentas que vencer **entre todos los argentinos**. (13 de noviembre de 2003b)

*Gerundizar* permite al enunciador afirmar acciones, brindar estadísticas favorables, ofrecer consejos, pedir atención, desgajar *a piacere* el tiempo del «cambio»: «segundo a segundo», «minuto a minuto», escalón a escalón, sin dejar de mostrarse realista ni por un momento con respecto a lo que falta y, al mismo tiempo, sin dejar de exigir «realismo» a aduladores y detractores. Kirchner parecería más realista que la realidad. A quienes le dicen cuánto falta, les indica cuál ha sido el punto de partida; a quienes auguran que «renace el amanecer», les recuerda cuánto falta<sup>15</sup>:

---

<sup>15</sup> La *gerundización* de la gestión kirchnerista podría estar determinada por la escasa legitimidad electoral antes mencionada. Ciertamente, el hecho de que de modo habitual “los motivos de legitimación caen en el olvido, mientras que el estado de legitimidad permanece” (Charaudeau 2006:77), hace del proceso de construcción de legitimidad de Kirchner un factor a tener en cuenta. Siguiendo la distinción de Dorval Brunelle (2008:39), “en democracia se presume la legitimidad *ex ante*, es decir que allí donde el gobierno tiene su origen en elecciones libres, éste se beneficia de una presunción favorable para actuar como lo hace. En cambio, es diferente cuando se trata de legitimidad *ex post*, la cual no es necesariamente adquirida ni acordada y que debe ser, si no defendida, por lo menos argumentada. Así, el gobierno está siempre obligado a

**Obviamente** que no se puede arreglar una Argentina que llegó adonde llegó y adonde está de un día para otro. **Obviamente** que un proceso de recuperación de un país, **lo podemos mirar en cualquier país del mundo**, es en forma paulatina, gradual, **aquellos que digan** que se pueden solucionar los problemas de un país totalmente de un día para otro faltan absolutamente a la verdad, **pero hoy los argentinos tenemos una nueva posibilidad**. (07 de octubre de 2003)

(...) **escuchaba a algún legislador decir** que la Argentina ya no está en emergencia, que la Argentina ya había recuperado plenamente su normalidad. Yo pensaba que **este legislador olvidaba**, creo que involuntariamente, que quien hoy circunstancial y temporalmente es presidente de los argentinos –quien les está hablando– está terminando el mandato de otro presidente (13 de noviembre de 2003b)

Pero también **los argentinos hemos aprendido que no hay recuperaciones milagrosas**, que el **inmediatismo** siempre es señal de una debacle mayor y que la Argentina va a tener sus años para recuperarse y recobrar el tiempo perdido y poder potenciarse **para ser un país como el que deseamos todos los argentinos**, con justicia, con equidad, con inclusión social, que es la lucha que todos nosotros tenemos que llevar adelante. (23 de diciembre de 2003)

A partir de estos fragmentos pueden extraerse varias pistas del dispositivo enunciativo kirchnerista. Resulta evidente, en primer lugar, que la imagen de sí de realista de Kirchner, agavillada a la *gerundización* del «cambio», opera en el plano de lo mostrado a partir del control de la palabra ajena. Es la heterogeneidad mostrada de su discurso (Authier 1980) la que le permite a Kirchner edificar la imagen de un hombre que conoce al detalle no sólo la realidad sino la pugna por definir un estado de realidad, y que se ubica respecto de ésta en un 'justo medio' entre la crítica exacerbada y el optimismo temerario.

La posición de Kirchner es la de quien posee un *saber* privilegiado sobre la realidad nacional y sobre el lugar relativo de nuestro país respecto de otras democracias. Adverbios como "obviamente", comparaciones entre la recuperación argentina y la recuperación en otros países, la capacidad del enunciadore para establecer relaciones de causalidad en fenómenos como «el inmediatismo», la exhaustividad de su recuerdo, suficiente para salvar los 'olvidos' de otros funcionarios, connotan la imagen de un hombre capaz de juzgar la realidad y la palabra de los demás y de evaluar el ajuste entre esa palabra y la realidad a la

---

justificar su acción y a defender ante la opinión pública las iniciativas que ha tomado". Dada la suspensión del *ballotage*, podría pensarse que la *gerundización* responde a la necesidad del kirchnerismo de legitimar *ex post* lo que democráticamente se supone legitimado *ex ante*.

que ésta refiere. Es esta imagen, además, la que se convierte en garante de un nosotros inclusivo en el que se conjugan, reforzándose, la memoria colectiva de un aprendizaje («los argentinos hemos aprendido...») y la posibilidad cierta de un futuro deseado («los argentinos tenemos una nueva posibilidad», «para ser un país como el que deseamos todos los argentinos»).

La *gerundización* le confiere a la noción de «cambio» una dimensión palpable. Le otorga su dosis de *tomismo* exagerado: al «inmediatismo» opone la gradualidad; a las «recuperaciones milagrosas», las «acciones cotidianas»; al «amanecer», «nubes y tormentas». Tal «realismo» hace de Kirchner un sujeto serio y realista, ajeno a toda mácula afectiva, que evalúa racionalmente el estado de la nación. Esto, ciertamente, no le impide presuponer una voz colectiva, un estado de opinión, para el cual la «mejora» y el «proceso de recuperación» son evidentes. No se trata de ser optimista o pesimista, adulador o detractor, se trata de atenerse a la realidad. Desde su llegada, el enunciador se posiciona por fuera de la realidad, como un relator objetivo de las «circunstancias»; «circunstancias» que, a poco de arribar, se ven favorablemente modificadas. Su relato adquiere entonces el tono de una marcha, de una esforzada subida, de un ascenso:

Si ustedes me preguntan –para terminar– cuál considera usted que es la situación de Argentina en este momento, siempre digo: **todavía estamos en el infierno** porque **no me gusta ser ni eufórico desmedido ni depresivo, sino absolutamente racional**. Estamos en el segundo escalón. Y si me preguntan: “Hemos subido al segundo escalón, ¿qué espera para el final de su mandato?”. Dios quiera que estemos en la puerta del purgatorio para que Argentina definitivamente en su estabilidad pueda consolidarse como **el país que merece ser**. (06 de mayo de 2004)<sup>16</sup>

La *gerundización* parecería cobrar la forma del relato gradual y paulatino de un ascenso nacional, que tiene por piso y presente la realidad post-crisis y por techo y futuro su destino de grandeza, «el país que merece ser». La garantía de este ascenso *dantesco* es la racionalidad del enunciador, quien «ni eufórico desmedido ni depresivo» se define a sí mismo como un sujeto «absolutamente racional». En medio de esos dos extremos con los que dialoga y de los cuales se distancia, Kirchner erige no sólo una imagen de realista sino además una imagen de líder arraigada en el realismo. Aun cuando pareciera limitarse a mitigar la idea

<sup>16</sup> La continuidad o clausura de la excepcionalidad política, es decir, esta suerte de cronotopografía *infern*al que plantea el kirchnerismo como situación enunciativa, ha sido destacada por politólogos como Isidoro Cheresky (2007:34) para quien la referencia constante al ‘infierno’ marca, por un lado, la invocación de un camino hacia la normalidad que aún no ha sido recorrido totalmente, y sienta, por otro, las condiciones de posibilidad para los sucesivos reclamos de delegación de poderes.

de «cambio» dadas las «circunstancias» excepcionales, lo cierto es que la racionalidad del enunciador es también (y principalmente) un modo de construir liderazgo. No es casual que a lo largo de estos fragmentos Kirchner se inscriba enunciativamente en el colectivo de identificación más grande posible: *nosotros, los argentinos*. Su autoimagen de realista intenta establecer las condiciones de garantía necesarias para la incorporación de sus alocutarios a un mundo racional que guarda en su discurso una tácita filiación con el realismo peronista, epigramáticamente definido en la frase “La única verdad es la realidad”. Esto conviene dejarlo en claro: el «realismo» kirchnerista no es meramente el nombre de una correspondencia entre discurso y realidad sino una búsqueda de homologación entre el liderazgo de Kirchner y el liderazgo de Perón. Homologar su liderazgo con el de Perón representa para Kirchner una doble ganancia en virtud de su lectura de la coyuntura política nacional: por un lado, refuerza la ambigüedad de su interpelación a los argentinos, ya que su inclusión recurrente dentro de *nosotros, los argentinos* está marcada por una tensión entre su imagen de hombre común y trabajador (“soy igual que ustedes”) y su imagen de líder (“soy igual que ustedes pero gobierno de manera realista y racional como Perón”); por el otro, inscribe su figura y su acción bajo el paraguas de Perón, sin mencionar al líder, intentando de esta forma lograr legitimidad para su proyecto transversal ante un auditorio heterogéneo.

## 2.5 LAS ÚNICAS VERDADES SON LA REALIDAD

La consubstanciación entre realidad y verdad del proyecto nacional kirchnerista parecería dificultar una concepción transversal y heterogénea del debate político. Después de todo, si la “realidad es la única verdad” (06/10/03) y el enunciador es quien se adjudica la interlocución privilegiada de esa realidad, ¿qué posibilidad existe de un intercambio abierto y plural con quienes tengan *otra* verdad?, ¿cuál sería la chance efectiva de una integración? Pese a esta paradoja, que parecería constitutiva de su discurso, repetidas son las ocasiones en las que Kirchner realiza una convocatoria a un espacio común de «verdades relativas»:

Poniendo en una bisagra la historia, **con mis verdades relativas**, en las que creo profundamente pero que **sé que se deben integrar con las de ustedes** para producir frutos genuinos, espero la ayuda de vuestro aporte.  
(25 de mayo de 2003)

Queremos abordar estos temas despojados de hipocresía, **queremos asumirlos desde la humildad de nuestra visión relativa y desde la**

**fortaleza de nuestras convicciones**, dirigiéndonos, a través de sus representantes, al pueblo todo de la Nación Argentina. (01 de marzo de 2004)

**Sé que no soy el dueño de la verdad ni tengo la verdad revelada**, pero creo en mi verdad relativa, en lo que son mis verdades y mis convicciones. (01 de marzo de 2004)

El sintagma «verdades relativas» recorre los discursos del primer año de Kirchner y colabora en la construcción de un ethos de humildad del enunciador. Es el signo de un equilibrio entre la verdad política de un individuo y la búsqueda de consenso para gobernar. Este equilibrio es, nuevamente, el resultado de un *saber* («sé que se deben integrar con las [verdades relativas] de ustedes»; «Sé que no soy el dueño...») y la puesta en escena de dos imágenes éticas complementarias: la de un hombre sincero, que expone públicamente sus convicciones, y la de un hombre humilde, que hace de esa exposición una invitación a la integración. Como hombre sincero, Kirchner convoca a un universo en el que su verdad relativa pueda adquirir el estatuto de verdad política; como hombre humilde, realiza esa convocatoria de una forma horizontal, de modo que cada actor se vea llamado a articular su verdad en una verdad general. Esta verdad final, que podríamos denominar *horizontal*, quedaría garantizada en el discurso kirchnerista por la imagen de un líder sincero y humilde, opuesto en todo a los posibles garantes de una verdad *vertical* («no soy el dueño de la verdad ni tengo la verdad revelada»).

La verdad horizontal sería pues el sedimento de una práctica democrática pluralista e integradora, en la cual los gobernantes y los gobernados construyen la verdad como un puzzle de convicciones. Ahora bien, ¿cómo es que pueden estas convicciones o verdades relativas encontrarse en un espacio común?, ¿qué sucede con aquellas verdades que tengan por fundamento una *realidad* diferente? En pocas palabras, ¿cómo convive lo relativo de cada verdad con «el punto exacto» de la realidad? La respuesta es para Kirchner una «verdad superadora».

Dios quiera que en la solidaridad, en la amplitud, sin la visión sectaria de que la historia se termina allí hasta donde yo quiero que se termine, sino por el contrario en un **absoluto marco de nuestra verdad relativa, en la verdad relativa de cada uno que integra nuestra sociedad**, nuestra comunidad educativa, con la verdad relativa del otro podremos **construir la verdad superadora que nos contenga a todos**. (24 de junio de 2003)

(...) vamos a empezar a solucionar, avanzar en serio sobre la temática educativa, desde la diversidad, la pluralidad, desde entender **que cada sector puede tener la verdad relativa y que esa verdad relativa de unos**

y otros de la comunidad educativa y de la sociedad en general, **nos podrá dar una verdad superadora que nos contenga a todos.** Creo que las verdades absolutas siempre nos llevaron a puertos equivocados y errados. (01 de julio de 2003)

Esta «verdad superadora» funcionaría como una verdad por consenso. Una suerte de epistemología solidaria del fundamento democrático, que Kirchner opone a las «verdades absolutas»<sup>17</sup>. Una verdad más otra verdad más otra verdad. De lo se trata es de entender por qué una «verdad superadora» nos debería contener a todos<sup>18</sup>. La invocación de las «verdades relativas», la invocación de la «pluralidad», tiene en Kirchner una oposición clara al «discurso único del neoliberalismo», «la ortodoxia neoliberal»:

...tenemos dos caminos hermanas y hermanos sanjuaninos, o bajar los brazos definitivamente o **rendirnos a los planes de la ortodoxia neoliberal, o reconstruir un país plural para todos los argentinos.** Yo quiero optar por este espacio, un país con pluralidad que pueda contener a todos los argentinos y argentinas. (03 de junio de 2003)

La reconstrucción de un «país plural» se constituye para Kirchner en la única opción al neoliberalismo. Estamos en la encrucijada de una epopeya de derrotados. Como veremos en el último capítulo, o la derrota definitiva o la vuelta al bienestar, esas son las opciones del kirchnerismo. La pluralidad, claro está, es dentro del discurso kirchnerista un lexema de legitimidad. En este sentido, debería ser entendido como una forma de construir legitimidad ante un auditorio heterogéneo y no peronista. Según Ana Montero (2009:330), “La *pluralidad* remite más a la necesidad de legitimar el propio punto de vista presidencial –netamente asimilado al intolerado, reprimido y anulado ‘pluralismo’ de la generación de jóvenes setentistas– que a la incorporación de puntos de vista heterogéneos”. Un «país con pluralidad que pueda contener a todos los argentinos y argentinas» será su modo de definir un proyecto transversal, alejado tanto de la prédica neoliberal como del autoritarismo del pasado. Según la distinción enunciativa de Kirchner,

---

<sup>17</sup> Nada dice Kirchner sobre una democracia fundada en el conflicto. La reducción de la democracia a un política del consenso formaría parte de lo que Eduardo Grüner (2005:142) denomina «la ilusión de la democracia», es decir, una primacía de las teorías (liberales o no) basadas en el *consenso*, en detrimento de las teorías (marxistas o no) basadas en el *conflicto*.

<sup>18</sup> En su obra *La comunidad organizada, Conducción política*, Perón afirmaba: “En el gobierno, para que uno pueda hacer el cincuenta por ciento de lo que quiere, ha de permitir que los demás hagan el otro cincuenta por ciento de lo que ellos quieren. Hay que tener la habilidad para que el cincuenta por ciento que le toque a uno sea lo fundamental” (en Rozitcher 2000:181). El fragmento resulta un ejemplo cabal de la producción de una semántica del consenso como fundamento de gobernabilidad.

existen en la democracia verdades relativas e intereses. La cualidad de las verdades es su diversidad; la cualidad de los intereses es su calidad:

Para levantar esta Argentina **que no queremos postrada** lo primero que debemos reclamarnos es sinceridad, racionalidad y verdad. Así podremos encontrar el modo y el lugar en que **conjugando las diversas verdades relativas y atendiendo los mejores intereses**, los argentinos nos sintamos parte de un mismo colectivo, de un mismo proyecto, de un mismo país. (01 de marzo de 2004)

La imagen de la Argentina dentro del discurso de Kirchner es la imagen de una nación *debilitada* y, ante ella, la tarea del enunciador es conjugar verdades e intereses para levantarla. Ahora bien, si las verdades pueden ser diversas y relativas, los intereses no. A su *horizontalización* de las verdades, el enunciador contrapone una jerarquía de intereses: los hay mejores y los hay peores. Se trataría de dos niveles de veridicción diferentes y, por ende, de dos ejercicios de valoración autónomos: la pluralidad ante las verdades relativas nada dice del valor de los intereses. La legitimidad de las diversas verdades no tiene por correlato la legitimidad de los intereses que esas verdades velan:

Es la oportunidad que la vida institucional brinda para que nos detengamos a mirar nuestros problemas en toda su gravedad, para poder asumir los caminos de solución que la situación aconseja según nuestra perspectiva, que de ningún modo intenta negar otros puntos de vista. Pero también resulta insoslayable señalar que **los distintos puntos de vista no son neutros en materia de elegir los intereses que cada uno persigue defender**. (01 de marzo de 2004)

No descalificamos entonces ninguno de los otros puntos de vista; les pedimos que, si[n] subterfugios ni dobleces, **expresen** con la claridad que el momento exige **los intereses especiales que sus puntos de vista defienden**, para que el debate sea lo rico, plural y diverso que necesitamos. (01 de marzo de 2004)

La pluralidad y la diversidad que el enunciador garantiza se vuelven una regulación de la visibilidad, una reivindicación de la «claridad» que la situación prescribe. Este es el modo en que la pluralidad convive con la realidad en un discurso eminentemente realista: subordinándose a una escisión entre la relatividad de los puntos de vista y su neutralidad. Que sean relativos no significa que sean neutros. El problema de los puntos de vista o verdades relativas son los intereses que enmascaran:



Estos minúsculos sectores de hablar difícil, cuando reclaman un plan económico, están en verdad pidiendo medidas concretas que respondan a **un plan hecho a la medida de los intereses de sus mandantes**. Cualquier otra cosa que se les conteste, no les satisface; sólo reclaman que se haga lo que necesitan para que unos pocos, cada vez puedan seguir ganando más y más fácilmente. Si no se hace lo que ellos aconsejan, dicen que no hay plan. (02 de septiembre de 2003d)

La pluralidad del enunciador se contrapone a la intransigencia de sus adversarios y esta contraposición despliega un doble fondo en el terreno de lo visible. Lo que sucede a la vista oculta intereses particulares que únicamente Kirchner parece en condiciones de elucidar. Así las verdades se descubren como superficies visibles y *engañosas* de intereses ocultos. No se trata de aceptar verdades sino de defender intereses y, al respecto, el enunciador ha sido muy claro:

Nuestra convicción nos impone tratar de **servir al interés del conjunto por sobre los intereses sectoriales o de partido, poner el bien común por sobre los intereses individuales** y trabajar para la solución de los males que padecemos no desde una visión de coyuntura sino asumiendo que debemos en esta generación y en este momento asumir las responsabilidades de la hora con ánimo de enfrentar y resolver los problemas. (01 de marzo de 2004)

Dado que el enunciador es quien defiende los intereses del conjunto; dado que, a su vez, los intereses del conjunto deben sobreponerse a los intereses particulares, sean éstos sectoriales, partidarios, individuales, egoístas, o mismo los «intereses financieros más recalcitrantes e insaciables» (01/03/04), queda por demás claro qué verdades relativas o puntos de vista deben defenderse: los del enunciador. Los únicos intereses legítimos son los del conjunto y, teniendo en cuenta la inscripción enunciativa, los intereses del conjunto los representa el enunciador<sup>19</sup>. El dispositivo enunciativo kirchnerista, por lo tanto, despliega el manto de la sospecha en una Argentina que presenta dos rostros: el rostro de los derrotados, «rostros angustiados, de argentinos que no dan más» (27/06/03), el

---

<sup>19</sup> Si nos atenemos en sentido estricto a la modalidad veridictoria de la estructura elemental del sentido desarrollada por Algirdas J. Greimas, la coexistencia de diversidad de verdades no necesariamente implica un amplio espacio democrático. La proliferación de verdades relativas se debe a la anulación de la falsedad: nada de lo que sea es falso; por lo tanto, todos los puntos de vista pueden ser verdaderos. En cambio, algo de lo que parece puede no ser, y eso opera en el plano de la mentira. Según la propuesta greimasiana, la verdad es aquello que es y parece, mientras que la falsedad es aquello que no es ni parece. Le cabe a la mentira el orden de aquello que parece pero no es, en tanto el secreto es aquello del orden de lo que es pero no parece. Véase al respecto A. J. Greimas & J. Courtés (1991).

rostro del «sufriente pueblo argentino» (11/03/04b), y el rostro de los ganadores, los «genocidas, ladrones y corruptos» (01/03/04). De este modo, el enunciador dice legitimar los diferentes puntos de vista como verdades relativas en un espacio democrático, pero apuesta a elevar sobre todos aquellos que no sean el suyo («el interés del conjunto», «el bien común») la marca de la sospecha, un juicio *avant la lettre* cuya presunción es la culpabilidad.

## 2.6 LA POLÉMICA DESTERRADA: ACUERDOS, DESIDEOLOGIZACIÓN Y VACIAMIENTO DE LA DIMENSIÓN POLÉMICA

Abordar el problema del liderazgo político desde el punto de vista del dispositivo de la enunciación permite –según Sigal y Verón (2004:52)– comprender que un líder político no es jamás un personaje cristalizado, una imagen estática, sino “un *operador*, extremadamente complejo, por el que pasan los mecanismos de construcción de una serie de *relaciones* fundamentales: del enunciador con sus destinatarios, del enunciador con sus adversarios, del enunciador con sus entidades imaginarias que configuran el espacio propio al discurso político”. La imagen de hombre común, la gestión de la verticalidad y la horizontalidad en la construcción de un liderazgo transversal, el modelo de la llegada, el carácter prescriptivo de la situación y la interlocución privilegiada del enunciador, el realismo y la erección en garante de los intereses colectivos de la nación, permiten delinear un andamiaje discursivo que procura, progresivamente, el despliegue de escenografías y mundos *éthicos a prima facie* diferentes pero profundamente articulados.

Este despliegue enunciativo ensaya su parapeto dentro del discurso kirchnerista en un doble acuerdo sobre los hechos<sup>20</sup>: un acuerdo en la esfera de la economía y un acuerdo en la esfera de la justicia. Este parapeto –como veremos en lo extenso de este capítulo– tiende hacia lo que podríamos denominar el *vaciamiento de la dimensión polémica del campo político*<sup>21</sup>. Conviene, para

<sup>20</sup> Dado que el fin de la argumentación consiste –según Perelman– en transferir a las conclusiones la adhesión concedida a las premisas, la adaptación de un orador al auditorio supone ante todo escoger como premisas de la argumentación tesis admitidas por éste último. Dentro de este marco, los acuerdos sobre hechos son un tipo de acuerdo sobre *lo real*, cuyo alcance se presenta como búsqueda de una validez universal y no controvertida (Perelman 1997:43-5). Para el individuo, la aceptación del hecho sólo será una reacción subjetiva ante algo que se impone a todos. El hecho como premisa es un hecho no controvertido (Perelman & Olbrechts-Tyteca 1989:122 y ss).

<sup>21</sup> La idea de *vaciamiento* recupera algunos aspectos de la operación de “vaciamiento del campo político” que Sigal y Verón analizan en relación con el discurso de Perón. Para los autores, el vaciamiento es “esa operación por la cual el enunciador se coloca en el mismo plano que los colectivos singulares, y los absorbe: Perón se presenta como enunciador situado en la verdad y enunciando la realidad, y la expresión misma de

adentrarnos progresivamente en estos aspectos, citar tres fragmentos axiales a modo de disparadores:

El capitalismo como sistema de ideas ha prevalecido entre otras cosas porque **el consumir y vivir mejor no es una buena teoría sino un aspecto sustancial de la condición humana.** (01 de marzo de 2004)

**No se trata de ideologías**, no se trata de capricho, temeridad, verborragia, inflexibilidad o como quieran llamarlo. Se trata de una fría y racional lectura de los números y de la economía. **Se trata de asumir con realismo lo que la situación indica.** (01 de marzo de 2004)

Un país con memoria, verdad y justicia tiene que comprometerse profundamente con la defensa de los derechos del hombre. Este concepto debe integrarse al ideario de todos los partidos políticos. No puede reducirse a un concepto de derechas o izquierdas. **Desde un punto al otro del espectro ideológico** la defensa de los derechos humanos debe constituir un compromiso nacional y racional<sup>22</sup>. (01 de marzo de 2004)

Los tres fragmentos podrían caracterizarse por el *borramiento* del sujeto enunciador, que desaparece detrás de enunciados que adquieren el estatuto de mandamientos («la defensa de los derechos humanos *debe* constituir un compromiso nacional y racional») o máximas didácticas («consumir y vivir mejor *no* es una buena teoría *sino* un aspecto sustancial de la condición humana», «Se trata de...»). La voluntad del sujeto se disuelve en lo que «la situación indica»; la ideología es negada en provecho de una percepción objetiva de la realidad. Tal como es descrita por Kirchner, «la situación», o sea la crisis, se presenta como la consecuencia de un legado, el legado del pasado, que se inicia en 1976 y culmina en 2001. Éste es definido, por decirlo en términos laxos, por la violación sistemática de dos derechos inalienables de la dignidad del ser humano: los

---

este privilegio es el hecho de que no representa una ideología ni persigue un *interés* político” (Sigal & Verón 2004:128). En nuestra tesis la idea de vaciamiento se asocia no tanto al campo político como a la dimensión polémica constitutiva de todo discurso político y se articula –como desarrollaremos durante este capítulo– con la conjunción de la universalidad de los acuerdos propuestos, el realismo, el modelo de la llegada y el destierro enunciativo de los enemigos. No se trata de que no exista la polémica como dimensión discursiva, ya que en ese caso no existiría el discurso político tal como lo entendemos. Se trata, más bien, de que el enunciador anula cualquier posibilidad de diálogo polémico, ya por la construcción de sus adversarios como enemigos, ya por el destierro de éstos a otra Argentina, ya por la desideologización de los acuerdos propuestos.

<sup>22</sup> «Nacional y racional» hace pensar en el cliché «nacional y popular», consigna de la generación setentista. La sustitución de ‘popular’ por ‘racional’ parecería reformular *neoliberalmente* este interdiscurso y traicionar su cuño. El énfasis puesto en la racionalidad es típico de los discursos de la gobernabilidad, que trabajaremos en el capítulo 4. Es una característica constitutiva de los discursos de Kirchner el frágil equilibrio entre significantes propios de los discursos de tradición liberal y los discursos peronistas y de la militancia setentista.

«derechos humanos»<sup>23</sup> y el «consumo»<sup>24</sup>. Dentro de este horizonte argumentativo, los crímenes de lesa humanidad y la exclusión social, por ejemplo, formarían parte de un mismo origen, «el pasado», cuyo corolario sería el «infierno», «el peor de los mundos» (01/03/04)<sup>25</sup>. Propiedades inalienables del ser humano, estos derechos son para Kirchner dos cuestiones a reparo de toda polémica. Más allá de la convocatoria plural de «verdades relativas» del proyecto de Kirchner, el consumo y los derechos humanos preceden cualquier lucha de intereses, cualquier ideología. El *deber-ser* y el *deber-hacer* de la democracia están, respecto de ellas, por encima de divisas partidarias o sectores de interés.

La desideologización<sup>26</sup> del «consumo» y los «derechos humanos» se vuelve en el discurso de Kirchner la base de todo proyecto nacional posible y deseable, ya que dichos sintagmas operan como acuerdos universales en el campo del ser, es decir, en el campo de la sustancia inalterable: el consumo «no es buena teoría sino un aspecto sustancial de la condición humana» (01/03/04), la violación de los derechos humanos exige justicia porque «la justicia es la justicia sea en el tiempo que sea» (11/03/04). Tal desideologización resulta una de las condiciones de posibilidad del *realismo* kirchnerista y, por consiguiente, de la inscripción ética de Kirchner como hombre serio o realista. La substanciación del consumo y los derechos humanos está marcada por definiciones copulativas y tautologías que se mueven en el plano de las proposiciones existenciales. Dado el carácter obvio y definitivo de estas verdades políticas para el kirchnerismo, de lo

---

<sup>23</sup> «Derechos humanos» está utilizado aquí en un sentido estricto; es una mención directa del terrorismo de Estado y los crímenes de lesa humanidad. En sentido lato, los derechos humanos son entendidos no sólo en relación con el terrorismo de Estado sino además en relación con las necesidades básicas insatisfechas: pobreza, indigencia, etc. Es importante esta distinción porque dentro del dispositivo enunciativo de Kirchner violar los derechos humanos hace referencia en sentido amplio a las consecuencias de la aplicación del modelo neoliberal en la Argentina, en dictadura pero también en democracia.

<sup>24</sup> Estos acuerdos funcionan eficazmente de modo complementario. José Nun, secretario de Cultura de la Nación durante el gobierno de Kirchner, afirmaba en una nota a *Clarín* que el apetito de renovación cuajó en el Gobierno “con dos campañas muy fuertes: la campaña de defensa de los derechos humanos y la campaña por la reestructuración de la deuda externa” (en Botana 2006:240).

<sup>25</sup> A modo de anécdota ilustrativa, la ligazón del genocidio del terrorismo de Estado con la exclusión social tuvo un capítulo destacado en la reescritura del Prólogo del *Nunca más* para la nueva edición publicada en 2006. El propósito era eliminar una de las partes de la explicación contenida en el primer Prólogo del *Nunca más* y reemplazarla por el sintagma ‘las injusticias sociales’. Citamos, siguiendo la referencia de Natalio Botana (2006), el fragmento en cuestión con la modificación realizada: “El *NUNCA MÁS* del Estado y de la sociedad argentina debe dirigirse tanto a los crímenes del terrorismo de Estado –la desaparición forzada, la apropiación de niños, los asesinatos y la tortura– como a las injusticias sociales que son una afrenta a la dignidad humana”.

<sup>26</sup> Con la noción de *desideologización* hacemos referencia al *efecto ideológico* por el cual un discurso establece la suya como la única relación posible con un objeto. Es utilizada de manera descriptiva para indicar aquellos acuerdos que constituyen como ‘siendo objetivos’ determinados fenómenos, considerando inválida (e innecesaria) toda descripción alternativa de los mismos.

que se trata es de volverlas fundamento de la gobernabilidad: el «hombre común» que hay en el *líder-víctima* hace de Kirchner un líder creíble, honesto, realista; el *líder-víctima* que hay en el «hombre común» hace de él un ser humilde, simple, humano, perseguido y acosado por «aquellos que siguen amenazando desde las sombras» (13/02/04).

Los discursos de Kirchner hacen del enunciador el garante del proyecto kirchnerista. La fuerte carga deontológica de la situación, definida por el enunciador como el mismísimo «infierno», sobredetermina cualquier punto de vista. El programa de acción está fijado por la crisis; proviene del exterior del discurso político: la realidad aparece como objetivamente constatable y prescribe<sup>27</sup>. «Crear futuro» (25/05/03) significa para Kirchner gestionar con un alto grado de eficiencia y legitimidad *lo real existente*, la «cruda realidad». Las imágenes de sí que el enunciador despliega garantizan este universo *realista*, en el que el programa de gobierno aparece prescripto por la realidad, a partir de la imbricación escenográfica entre un «hombre común» que ha sido víctima del pasado como militante y trabajador y un *líder-víctima* o «militante» que no es otra cosa que un trabajador y un hombre común.

A partir de la inscripción enunciativa de Kirchner en la validez pretendidamente universal de los acuerdos acerca de la situación crítica, la dimensión polémica del campo político es paulatinamente reducida y éste último se define como un «amplio espacio común» (25/05/03), signado por un *querer consensual* dentro de un marco de pensamientos diferentes y «verdades relativas»: «marco que sin negar las diferencias permita construir consensos inmersos en un aporte de legitimidad social, con pluralidad y al servicio de una política de Estado que ponga un rumbo definido a los constantes esfuerzos» (08/08/03). Ese común objeto del deseo, ese rumbo a definir sería, según el enunciador, el de «crear futuro y generar tranquilidad» (25/05/03), el de crear un proyecto con «certezas y previsibilidades» (25/06/03), es decir, el de generar un modelo que tenga por valores supremos la estabilidad económica y la previsibilidad política que la Argentina “no pudo alcanzar durante gran parte del

---

<sup>27</sup> En este sentido, la verdad política del discurso kirchnerista recupera con eficacia la matriz realista del discurso de Perón: un saber verdadero sobre la realidad, desprendido de “extrañas singularidades ideológicas” (Perón dixit), que el enunciador sustancia como entidad objetiva. Frases de Perón del tipo: “Yo creo, señores, que los hombres conscientes de la realidad, deben prescindir de estas extrañas singularidades ideológicas – comunismo y capitalismo– para concretarse a ver la realidad de las cosas y tomar de esa evolución lo único verdadero” o “la verdad no tiene sistemas ni ideologías particulares” (en Rozitchner 1998) ponen en escena un líder que hace de su mirada de la realidad, entendida como única realidad, el fundamento sustancial de su palabra. amplio espacio común de un proyecto nacional

siglo XX y que, una vez recuperada la institucionalidad democrática en 1983, se vio recurrentemente abalada por el vendaval de la crisis” (Mocca 2005:50). «Cambio es el nombre del futuro» funcionará a guisa de lema como colofón explicativo del modelo de la llegada. La idea de cambio no explica ni describe qué debemos entender por futuro sino que define ante todo qué es aquello que el futuro no es: «el pasado». Bajo el abrigo del cambio, el «futuro» deviene en el discurso de Kirchner bastión de gobernabilidad y cronotopografía de identificación. «Crear futuro» debería entenderse, pues, como el intento de generación de un espacio y un tiempo en el que se ha de «refundar la patria» (25/05/03). La fábula del «futuro» adquiere toda su potencia cuando se la contrasta con la historia del pasado:

No es necesario hacer un detallado repaso de nuestros males para saber que **nuestro pasado** está pleno de fracasos, dolor, enfrentamientos, energías mal gastadas en luchas estériles, al punto de enfrentar seriamente a los dirigentes con sus representados, al punto de enfrentar seriamente a los argentinos entre sí. (25 de mayo de 2003)

El pasado aparece en el kirchnerismo como el ejercicio mnemotécnico de una experiencia nacional traumática, que crea un lazo de identificación colectiva entre los argentinos y el enunciador («nuestro pasado»). Fracasos, dolor, enfrentamientos, lo pasado se vuelve una memoria común y evidente («[n]o es necesario hacer un detallado repaso [...] para saber...») acerca de hechos negativos de la realidad («nuestros males»). Mediante el nosotros inclusivo, el enunciador se inscribe en un escenario común y desenvuelve sucesivas imágenes de sí e imágenes de lo otro que apuntan a lograr la «unidad nacional» (18/11/03) en pos de construir una nueva Argentina. El «modelo de la llegada», precisamente, permite identificar la oposición entre ambas cronotopografías:

Venimos desde el Sur del mundo y queremos fijar, junto a ustedes, los argentinos, prioridades nacionales y construir políticas de Estado a largo plazo para de esa manera crear futuro y generar tranquilidad. Sabemos **adonde vamos y sabemos adonde no queremos ir o volver**. (25 de mayo de 2003)

Dicha oposición es el resultado de un saber y, más precisamente, de un saber que pertenece con exclusividad al gobierno, a quienes llegan. El modelo de llegada faculta al enunciador para asociar al futuro con su voluntad política («queremos fijar» y «construir») y, al mismo tiempo, para inscribir su posición de

llegada en un tiempo fuerte de la historia argentina en el que se avizoran dos caminos posibles: la «ortodoxia neoliberal» o el «país plural» (03/06/03), «el de los consensos sin anular las diversidades» (18/11/03). La opción enfrenta un camino desconocido o impreciso con otro que ya ha sido implícitamente definido y al cual el enunciador no quiere «volver»:

Los que aplicaron esas políticas nefastas se expresan cultural, política y periodísticamente, sin decoro y sin autocrítica, sin pudor, con total descaro, y **defienden ese pasado al que no debemos volver.** (11 de diciembre de 2003b)

Ese pasado es un área de disputa entre la fuerza de «cambio» del gobierno actual y los argentinos (articulados por el nosotros inclusivo) y su defensa por parte de agentes indeterminados («Los que aplicaron esas políticas nefastas se expresan...») que aparecen caracterizados por expresiones «con total descaro». Para Kirchner el pasado es el camino a evitar. En su recurrencia, no obstante, el lexema funciona con un alto grado de ambivalencia. Si por un lado aparece como un espacio o tiempo (*allí adonde no se quiere volver*); por otro, el pasado adquiere la dimensión de un colectivo singular y masivo, del tipo 'la derecha', 'la oposición' (Verón 1987b):

No somos el gobierno del default. No queremos repetir los viejos errores ni eludir la responsabilidad histórica. No queremos persistir en el default, pero la más fría racionalidad indica que **las recetas del pasado no pueden aplicarse.** (01 de marzo de 2004)

Queremos a nuestras Fuerzas Armadas altamente profesionalizadas, prestigiadas por el cumplimiento del rol que la Constitución les confiere y por sobre todas las cosas, **comprometidas con el futuro y no con el pasado.** (25 de mayo de 2003)

Por cada uno de los problemas con que el **pasado se empeña en levantarse ante nosotros**, generamos acciones y tareas que persiguen el objetivo de constituirse en soluciones para impedir retrocesos. (01 de marzo de 2004)

Además de ser una opción posible como meta, el pasado tiene «recetas», exige «compromisos» y «se empeña en levantarse» contra el proyecto del gobierno. Tal ambivalencia resulta eficaz —creemos— en la tendencia del kirchnerismo al vaciamiento de la dimensión polémica del discurso político, ya que los adversarios son inscriptos en una cronotopografía radicalmente ajena al espacio actual del proyecto nacional kirchnerista. La división marcada en el nivel

enunciativo entre los espacio-tiempos de lo pasado y lo porvenir redundante no sólo en la exigencia del «cambio» sino principalmente en el destierro temporal de los enemigos: Kirchner conmina a las fuerzas adversarias al pasado. Dentro de este escenario lo polémico se vuelve ridículo; sería como discutir con un álbum de fotos. El «pasado» cobra la forma de un fantasma que acosa el destino merecido de la nación. Cualquier polemista –sea un grupo, un individuo, un partido o un sector– se verá encorsetado con la camisa de fuerza de ese pasado y su condición no podrá ser pensada más que como la voz de intereses egoístas o particulares, tan propios del pasado, contra los intereses colectivos que el enunciador –como expusimos– afirma representar, «una Argentina con todos y para todos» (25/05/03). El devenir del gobierno, evidenciado en el modelo mismo de la llegada, permite plantear el presente histórico de la gestión como una tensión entre el programa futuro y la resistencia de lo pasado. Quienes atentaron contra «la condición humana» intentan ahora retrotraer desde el pasado –escenario por antonomasia de la mentira– «el avance decidido hacia lo nuevo» (25/05/03).

La herencia del pasado es para Kirchner el mismísimo «infierno» que con tanto énfasis y morosidad ha descrito. Rastrear las huellas del pasado significa en el discurso del gobierno sentar acuerdos de validez universal respecto de la fuerza prescriptiva de la realidad en lo concerniente al potencial transformador de su proyecto. Es esta fuerza, justamente, la que prescribe la desideologización de los acuerdos sobre la necesidad de respetar el consumo y los derechos humanos. Según el enunciador, no hay espacios para ideologías ni puntos de vista cuando se trata de atender contra estos derechos básicos del hombre. El campo político es reducido así a su mínima expresión: la de la verdad como principio indemostrado de gestión; la de lo evidente como compromiso perceptivo democrático.

## **2.7 LA RECREACIÓN DEL *BALLOTAGE***

El vaciamiento de la dimensión polémica del campo político en el discurso kirchnerista puede explicarse por la presencia de fenómenos enunciativos como los acuerdos universales, el realismo, el modelo de la llegada y la creación de una Argentina paralela, «la vieja Argentina», «la Argentina que agoniza» (11/12/03b), que es presentada como un metacolectivo singular que substituye con un alto poder metaforizante el variado universo de opositores al kirchnerismo. Isidoro Cheresky alcanza por vías diferentes una conclusión similar, que denomina “escena política unipolar”. Para el politólogo, el período presidencial signado por el



modelo de salida de la crisis “se caracterizó por una escena política unipolar en la que los líderes y partidos opositores se hallaron relegados a un rol marginal” (2008:243). Dicha escena fue para Cheresky el resultado de una “dinámica exitosa en lo económico-social y una política inesperada y también exitosa en el tratamiento de los crímenes políticos de la pasada dictadura militar, junto con un esbozo significativo de mejora institucional con la renovación de la Corte Suprema y su afirmación como un poder autónomo” (2008:243). Son la unipolaridad del escenario político y la certeza casi unánime del éxito en las órbitas económico-social e institucional, cuyos significantes centrales serían la «sustentabilidad interna» y la «calidad institucional», las que pondrían al kirchnerismo en una posición privilegiada para comenzar a construir hegemonía, a dos años de la mayor crisis de la democracia nacional. Pese a sus similitudes con el dispositivo enunciativo de Perón, que acabadamente analizaran Sigal y Verón en la ya citada obra<sup>28</sup>, Kirchner vacía lo político de una manera acaso novedosa: la expulsión de los enemigos del colectivo más amplio posible, *los argentinos*, y del metacolectivo singular trans-político, *la Argentina*, tiene por suplemento la construcción de un metacolectivo singular *opositor*, «la vieja Argentina», que cobra valor en oposición a «la nueva Argentina» (11/12/03b) que la refundación kirchnerista afirma representar. Si la antinomia ‘peronistas-antiperonistas’ era la operación de Perón para “despojar a sus enemigos de toda substancia” (Sigal & Verón 2004), la antinomia kirchnerista entre la vieja y la nueva Argentinas resulta pertinente en el afán del enunciador por lograr la identificación de su audiencia respecto de su proyecto y –como afirma la politóloga Paula Biglieri (2008:121)– la delimitación del campo de acción de sus enemigos. Por decirlo de manera epigramática: crea discursivamente el escenario de una guerra de secesión entre dos Argentinas; o sea, traslada al interior de la Argentina que enuncia lo que en el peronismo clásico era una lucha contra fuerzas foráneas. “La vieja Argentina o la nueva Argentina”, “la Argentina que agoniza o la Argentina que nace”, “el pasado o el futuro” serían

---

<sup>28</sup> El modelo de la llegada, la concepción de las banderías políticas como actores funestos, el nivel de los ‘momentos fuertes’, la construcción del liderazgo (‘soy hermano y soy padre’), el vaciamiento de una dimensión de lo político, el realismo (“Yo creo, señores, que los hombres conscientes de la realidad, deben prescindir de estas extrañas singularidades ideológicas –comunismo y capitalismo– para concretarse a ver la realidad de las cosas y tomar de esa evolución lo único verdadero” [Perón dixit, fragmento extraído de Sigal & Verón 2004]), los acuerdos universales (“la verdad no tiene sistemas ni ideologías particulares” [Perón dixit, ídem]), la apelación a la unidad nacional y la relación privilegiada del enunciador con el colectivo ‘los argentinos’, la racionalidad como control del exceso energético (la dimensión pasional puede ser un recurso movilizador para la convocatoria, pero nunca la base de un proyecto nacional, constituyendo de este modo una racionalidad que opera como propedéutica de la combustión para evitar la destrucción inútil de valores y energías).

las versiones kirchneristas de las opciones típicas del peronismo como “Dependencia o Liberación” y “Braden o Perón”. Los enemigos kirchneristas no son simplemente *expulsados*, son *relocalizados*, y esa ‘relocalización’ es espacial y temporal: «la vieja Argentina» se resuelve así como la cronotopografía del adversario.

El vaciamiento del campo político en el discurso de Perón, cuya consecuencia era para Sigal y Verón el descentramiento del adversario, reducido a una suerte de ‘residuo’ (2004:244), se limitaba a definir al adversario con un valor negativo (la anti-patria), mientras que el vaciamiento de la dimensión polémica del campo político del discurso de Kirchner permite concretar una definición que es positiva y diferencial: no se trata de la anti-patria, se trata de nuestra patria como otra, de una polémica vaciada en tanto es polémica con una voz vieja que agoniza y que, por lo tanto, está condenada a desaparecer.

Estamos en presencia, pues, de una polémica que es, antes que lucha por la hegemonía, extrema unción y clemencia. La dimensión polémica adquiere así el tono de un piadoso ante un proceso terminal. Semejante proceso aparece como la contrapartida complementaria de la gerundización. Un proceso terminal, después de todo, es antes que nada un proceso, y por lo tanto un fenómeno que se despliega en el tiempo y que exige paciencia. Este despliegue temporal funciona dentro del discurso kirchnerista como el tiempo de una lucha de secesión, un tiempo que es tiempo de decisión entre dos bandos y, por consiguiente, de recreación discursiva del *ballotage* trunco<sup>29</sup>. Esto es, la solución discursiva para marcar la legitimidad *ex post*. Kirchner no es Perón. Aun cuando pueda ejercer un tipo particular de liderazgo durante sus primeros meses a partir de una imagen positiva y eminentemente mediática, no están dadas las condiciones para que pueda convertirse en un enunciador abstracto, dotado de un colectivo plural. En *Perón o muerte*, Sigal y Verón afirman que Perón se sitúa en el mismo plano que los colectivos singulares y, como éstos, posee un colectivo plural que le corresponde: los peronistas. Para los autores, “*En el momento en que el*

---

<sup>29</sup> Según Cheresky (2007:35), “El presidente Kirchner ha construido su imagen pública como líder popular alejado del populismo tradicional pero también de la función presidencial tradicional, y ha reiterado con su acción y sus palabras que ése es su compromiso, tomando como antagonistas a la política neoliberal de los años noventa encarnada por Carlos Menem, pero más en general a los políticos y aun dirigentes corporativos o institucionales del pasado respecto de los cuales él se identifica como precursor de la renovación política”. En este sentido, conviene marcar –como lo hace Pierre Rosanvallon en *La Contrademocracia* (2007:176)– que actualmente los gobernantes “ya no son aquellos en quienes se deposita la confianza de los electores, sino sólo aquellos que se han beneficiado mecánicamente con la desconfianza de la que se hace objeto a sus competidores o sus predecesores”.

*dispositivo de enunciación de Perón adquiere su forma definitiva, el enunciador Perón se convierte en un enunciador abstracto*" (2004:81) y comienza a funcionar en el mismo registro que entidades como el Pueblo, la Patria o la Nación. Lejos estaba Kirchner en su primer año de gobierno de generar un proceso de abstracción semejante. No obstante, su incapacidad enunciativa de abstracción sería compensada por la fuerza performativa de su ficción sucesiva de refundación: la división del país en dos naciones enfrentadas en la cual ganador y perdedor aparecen –como en el *ballotage*– definidos de antemano autoriza al enunciador a posicionarse como líder indiscutible de lo por venir. La recreación del *ballotage* como una pugna discursiva entre dos cronotopografías nacionales, la vieja y la nueva, hace efectivo, en el imperativo de optar por uno de los bandos, el compromiso imaginario de una mayoría de argentinos que alentaba el diseño de un proyecto nacional definitivamente opuesto al neoliberalismo post-dictadura<sup>30</sup>.

## 2.8 LA CONDICIÓN HUMANA

El gran desafío del primer año de gobierno de Néstor Kirchner es acrecentar el consenso social interno –y también, aunque en menor medida, el externo– en torno a su legitimidad para conducir los designios de la Patria. El universo ético que su imagen garantiza y las imágenes de sus enemigos que en contrapartida construye aparecen como fenómenos centrales para intentar comprender la dinámica pública que dicha búsqueda de consenso adquirió. Como afirma Daniel Arzadun en su libro *El peronismo. Kirchner y la conquista del reino* "El ejercicio duro del mando y la elección de enemigos para combatir, con bajo costo político y alto consenso social interno, edificaron la ecuación original desde la cual Kirchner buscó recuperar el vínculo con los sectores populares descreídos

---

<sup>30</sup> Esta recreación podría ligarse en parte con la idea defendida por numerosos analistas de un estilo presidencial 'de campaña permanente'; esto es, la idea de que Kirchner actúa como si aún no hubiera sido elegido y estuviera en período de campaña electoral. No deja de ser cierto, sin embargo, que su alto índice de imagen positiva y su necesidad de armar una estructura propia para lograr eficacia en su proyecto actual y afianzar sus perspectivas electorales futuras coincidieron con el hecho de que muchos candidatos peronistas apelaran a su figura como carta electoral. Tal es así que apenas tres meses después de asumir, Kirchner aparece públicamente brindándole su apoyo al candidato peronista Felipe Solá para la gobernación de la provincia de Buenos Aires, al ex-frepasista Aníbal Ibarra para la Jefatura de Gobierno en la ciudad de Buenos Aires, a Carlos Rovira para la gobernación en Misiones, a Jorge Obeid para la gobernación de Santa Fe. Isidoro Cheresky explica esta necesidad de lograr estructura por las características propias de los liderazgos que él llama *liderazgos de popularidad* (2008:37): "Los líderes de popularidad tienen, entonces, más libertad, en la medida en que no están restringidos por compromisos corporativos o por el control de instancias dirigentes, a las que tengan que dar cuenta de sus actos. Tienen capacidad para instituir o redefinir la identidad política que pretenden liderar. No obstante, y por la misma razón, aun siendo exitosos, no disponen de un capital político seguro. El lazo de representación es contingente y se halla sometido a una permanente recreación".

de la política y sus representantes” (2008:93). La imagen de un hombre más afín a los hechos que a las palabras y la compleja elaboración de una *polémica relocizante* vaciada de terreno común con sus antagonistas permitieron a Kirchner construir un dispositivo enunciativo que podríamos caracterizar por la secesión que produce entre el espacio-tiempo de su convocatoria transversal y el espacio-tiempo de sus adversarios, que permite generar discursivamente dos cronotopografías simultáneas que, sin embargo, no permiten ningún punto de intersección. En el universo kirchnerista, los enemigos no tienen posibilidad alguna de disputarle a Kirchner el auditorio total que éste construye, porque están confinados en un escenario diferente, en otro espacio y en otro tiempo, carentes de un canal de contacto. Así es como presenta la polémica el kirchnerismo y por eso hablamos del vaciamiento de la dimensión polémica del campo político: no hay polémica porque no hay suelo común en el cual la voz del adversario tenga posibilidad de cobrar cuerpo y generar escenarios de incorporación. Esto conduciría a una suerte de bipolaridad del enunciador que le permitiría construir paralela y complementariamente dos imágenes que de otra forma podrían resultar inconciliables: la imagen de un encendido polemista, diestro en el violento oficio de la palabra, y la imagen de un hombre de acción, incapaz de desperdiciar un minuto de su tiempo en algo que no sea la construcción de una nueva Argentina.

Las batallas emprendidas contra las principales instituciones y contra los múltiples poderes que parecieron constreñir la vida de los anteriores funcionarios en la post-dictadura, desde Raúl Alfonsín hasta el paradigmático caso de De la Rúa, parecen marcar los primeros meses de la gestión kirchnerista. Los militares, el FMI, los tenedores de bonos (*bondholders*), los grandes capitalistas foráneos y nacionales; todos parecen recibir el escarmiento de Kirchner por sus acciones pasadas en «la vieja Argentina». La impericia, la negligencia o la corrupción de los gobiernos anteriores para contener las demandas de la población parecen encontrar su contracara en un líder que, aun con sus imperfecciones, estaría dispuesto a luchar por la satisfacción de su pueblo a cualquier precio.

Después de la crisis de 2001, signada por un cúmulo creciente de demandas insatisfechas, que Ignacio Lewkowicz identificó con el nombre de ‘defondamiento’ (*overflow*, en inglés), es decir, después de una crisis signada por la incapacidad de las instituciones democráticas nacionales para mantener el statu quo, volviendo insignificantes e impotentes muchas de las prácticas que definían su historia (cfr. Frajman & Grimblat 2004:189), la actitud luchadora de Kirchner tenía consecuencias políticas manifiestas: los argentinos reparaban en un

gobierno que parecía tener respuesta para cada demanda pública y, consecuentemente, el apoyo popular para Kirchner, el optimismo sobre el futuro y el apoyo a la democracia; todos crecieron considerablemente (cfr. Levitsky & Murillo 2008:22). Según Ricardo Sidicaro (en Natanson 2004:40), “La gran novedad de Kirchner es que ha conseguido hacer una política de la época de los individuos. Oferta cuestiones que tienen que ver con valores distintos: a unos les oferta justicia, a otros planes de ayuda, a otros ciertas ideas sobre un futuro progreso”. En este sentido, la política de Kirchner sería una política adaptada a una sociedad mucho más fragmentada y construida en términos de individuos.

La tendencia al vaciamiento de la dimensión polémica implica –dijimos– dentro del dispositivo enunciativo del kirchnerismo una reducción del campo político a dos acuerdos de validez argumentativamente universal, ajenos a toda controversia: el consumo y los derechos humanos, que son definidos como aspectos sustanciales de la condición humana. Durante los últimos treinta años estos aspectos, que aparecen ligados a situaciones económicas e institucionales de enorme peso en el imaginario nacional, han sido violados y vilipendiados por dirigentes que privilegiaban intereses personales y egoístas en contra de lo que la situación aconsejaba. Por ese camino, el de «lo irracional» (01/03/04), se ha descendido al «infierno» y se vive ahora una crisis excepcional. Palabras más o menos, esta es la sinopsis que el propio gobierno de Kirchner hace de la situación a la que arriba en 2003. Los descabezamientos de las cúpulas militar y policial, la remoción de la ‘mayoría automática’ de la Corte Suprema de Justicia, la renegociación con las empresas concesionarias de servicios públicos privatizados, que incluyó el congelamiento de las tarifas pese a la devaluación, la firma de un acuerdo ‘en mejores condiciones’ con el Fondo Monetario Internacional, la intervención del PAMI, el diseño de un plan contra la evasión, lanzado a mediados de junio a menos de un mes de haber asumido, la recuperación del consumo, la caída de la desocupación, la pobreza y la indigencia, la derogación de las leyes de Obediencia Debida y Punto Final, darían en conjunto una respuesta parcial pero concreta a lo que estos acuerdos universales delimitaban como problemas medulares de la herencia neoliberal del capitalismo vernáculo.

Diferentes especialistas coinciden en fijar estos problemas que plantea el kirchnerismo como definitorios de la experiencia argentina post-dictadura. Alejandro Grimson (en Pascual 2005:5) considera que el genocidio y la hiperinflación han sido desde hace al menos una década los fantasmas de la experiencia argentina. En una entrevista reciente para *Página/12*, Ernesto Laclau

(2009) menciona las dictaduras militares y la virtual destrucción de las economías por el neoliberalismo como dos experiencias traumáticas e interrelacionadas heredadas por los países latinoamericanos. La importancia de esta experiencia común permite comprender la centralidad que la memoria como significante tiene dentro del discurso de Kirchner, ya que se constituye no sólo en un puzzle mnemónico en el que la formación del Estado / Nación a fines del siglo XIX, el peronismo, la militancia setentista y el neoliberalismo se encastran como experiencia compartida de una identidad nacional (la de 'nosotros, los argentinos'), sino además en un factor de legitimidad enunciativo, al que la recuperación de la historia siempre aparece asociado (cfr. Sigal & Verón 2004:196). La expansión del mercado interno que garantice el consumo y con éste la sustentabilidad interna, y la mejora de la calidad institucional que garantice un «país más justo» (25/05/03) se convierten, en vista de lo anterior, en objetivos inmediatos del gobierno. La premisa de que estos objetivos representan acuerdos universales de los argentinos le confiere a su posible consecución la unanimidad cómplice por adelantado. Están por encima de los partidos, de las ideas, de las personas y de las visiones. Son, por así decirlo, los bastiones de la transversalidad y, por ende, los significantes rectores de toda gobernabilidad posible.

## 2.9 RAZÓN Y REALISMO, LA EXALTACIÓN DE LO EXISTENTE

La premisa del consumo como uno de los derechos inalienables del ser humano le permite a Kirchner justificar una adecuación de lo político, que es decir una reducción, al funcionamiento económico del mercado:

No se trata de ideologías, no se trata de capricho, temeridad, verborragia, inflexibilidad o como quieran llamarlo. **Se trata de una fría y racional lectura de los números y de la economía. Se trata de asumir con realismo lo que la situación indica.** (01 de marzo de 2004)

El «realismo» kirchnerista, cuya validez el enunciador garantiza –como vimos en apartados anteriores– ofreciendo de sí mismo una imagen de hombre serio y realista, se propone operar como un gozne entre aquello que es del orden de la realidad y aquello que pertenece al terreno de la fantasía y entre aquellos que adscriben al primero y aquellos que optan interesadamente por lo segundo, dejando delimitados dos campos semánticos enfrentados: la «solución racional» (01/03/04) contra las «fórmulas mágicas de solución» (01/03/04), el proyecto de «crear futuro» (25/05/03) contra «las recetas del pasado» (01/03/04). Entendido como la subordinación del componente programático a la imposición de los datos

económicos, el realismo K no hace otra cosa que fundar su verdad en el aparente orden natural de la dinámica social:

No nos molesta que representen y defiendan sus intereses de sector, **ello es natural y propio de la dinámica social**. Tampoco nos incomoda que otros sigan creyendo en la "teoría del derrame" y en las políticas económicas del Consenso de Washington, pero por favor, un **poco de decoro y de humildad**. Y por sobre todas las cosas, **realismo**. (02 de septiembre de 2003c)

La «valentía de la pluralidad» (02/09/03c) de la que Kirchner hace gala habitual en sus discursos remite –como precisa Ana Montero (2009:330)– más a la necesidad de legitimar el propio punto de vista presidencial, asociado a un ethos generacional, que a la incorporación de puntos de vista heterogéneos. Positivismo *après la lettre*, Kirchner deja correr por cuenta de la natural dinámica social la existencia de otras creencias y otros intereses pero reduce su potencial validez a la prueba de la realidad, y al hacerlo deslegitima esos puntos de vistas por la inadecuación que da por sobreentendida entre éstos y aquélla. El pedido de decoro y humildad es la forma de denunciar esta distancia y, al mismo tiempo, la de separar la paja del trigo, es decir, la de marcar la oposición entre el universo de humildad y seriedad que el hombre común que es Kirchner garantiza y el universo de soberbia e impudor de un anti-garante más cercano a las formas del exceso. El discurso kirchnerista plantea de esta forma una sutil aporía: la pluralidad es tan natural como la realidad, pero la realidad es una y la pluralidad es muchas. Sujetos al dispositivo enunciativo del presidente, pueden existir tantas verdades como puntos de vista, pero sólo una verdad como la realidad, y es aquí donde la igualdad formal de la democracia encuentra su incompatibilidad con la dinámica real de la economía:

Nos hacemos cargo de la defensa de los intereses de todos los argentinos y de su futuro. **No se trata de otra cosa que de una discusión sobre dinero, pero tampoco nada menos que de eso**. No valen altisonancias ni silencios impuestos. **Se trata nada más ni nada menos que de una discusión de intereses** y así habremos de encararla en defensa de los intereses nacionales. (01 de marzo de 2004)

La discusión entre pluralidad de voces formalmente legítimas encuentra su límite en el dinero. Cómo dominar el capital es la pregunta que atraviesa de principio a fin el kirchnerismo. La democracia puede ser plural y, en principio, toda palabra está en igualdad de condiciones para expresar su verdad; sin embargo, la economía es objetiva y, al final, el confidente de la realidad es el enunciador. Las

verdades relativas, el «país plural» (13/08/03) encuentran un límite para su «verdad superadora» (cfr. 01, 08 y 10/07/03) y ese límite es el realismo. La realidad es un hueso demasiado duro de roer para la relatividad de los puntos de vistas. Digan lo que digan, defiendan lo que defiendan, el umbral es la realidad, y desde el momento en que la realidad prescribe, la verdad política es propiedad del kirchnerismo.

La construcción de esta verdad, sin embargo, comporta un modo específico de definir la política: hechos, hechos y hechos.

(...) nadie piense que las cosas cambiarán de un día para otro sólo porque se **declamen**. Un cambio que pueda consolidarse necesitará de **la sumatoria de hechos cotidianos** que en su persistencia derroten cualquier inmovilismo y un compromiso activo de la sociedad en ese cambio. (25 de mayo de 2003)

En esta nueva lógica, que no sólo es funcional sino también conceptual, **la gestión se construye día a día en el trabajo diario, en la acción cotidiana** que nos permitirá ir mensurando los niveles de avance. Un gobierno no debe distinguirse por los discursos de sus funcionarios, sino **por las acciones de su[s] equipos**. (25 de mayo de 2003)

El cambio, que es dentro del discurso de Kirchner «el nombre del futuro» (25/05/03), implica una disyuntiva entre la palabra y la acción, entre los discursos y los hechos. Ciertamente, el realismo exige una semántica de la acción desde el momento mismo en que las palabras no tienen más valor que el de nombrar lo existente. Un cambio en nombre del realismo plantea el despliegue enunciativo de una oposición entre el plano de la declamación, que pertenece a los adversarios, y el plano de la acción, que corresponde al enunciador. La acción permite avanzar, la declamación conduce al inmovilismo, y el cambio es por definición el resultado de un movimiento. La tensión entre el inmovilismo de la situación heredada y el movimiento inherente a todo cambio se resuelve por la acción cotidiana y permanente. El garante de este universo de trabajos diarios y hechos cotidianos debe ser un hombre de acción, racional pero optimista, dotado de sueños y convicciones pero realista, es decir, un hombre capaz de conjugar la fuerza para avanzar y la racionalidad para atender la realidad. Kirchner logra conciliar estos aspectos, inscribiéndose en la matriz discursiva peronista y posicionándose como un líder a lo Perón, con el grado de inteligencia suficiente para advertir el carácter perentorio de la situación y aquellos deberes y necesidades que ésta impone a un gobierno para consolidar un cambio. En el plano de lo dicho, el enunciador se autodefine como parte de un gobierno afín a las acciones y al trabajo cotidiano; en el plano de



lo mostrado, se equipara con un líder de la envergadura del General, recuperando intertextualmente su célebre frase: "Mejor que decir, es hacer; mejor que prometer, es realizar". La estructura elemental de la acción como isotopía discursiva lo habilita a Kirchner, a su vez, para estrechar los grados de proximidad de su dispositivo enunciativo con la verdad de la situación: la acción cotidiana propia de una «solución racional» envuelve decisión, coraje, compromiso, persistencia; los discursos propios de las «fórmulas mágicas de solución» no pasan de «pases mágicos» (05/06/03), «jugadas salvadoras» (05/06/03), «anuncios grandilocuentes» (25/05/03), «grandes planes seguidos de la frustración» (25/05/03), «genialidades aisladas» (25/05/03), «mesianismo» (17/12/03). Así por ejemplo,

Plan Brady, Canje de deuda, Blindaje, Megacanje, fueron nombres que se incorporaron a la crónica diaria, al lenguaje político y a nuestras realidades como **fórmulas mágicas de solución** para ganar tiempo sin enfrentar los problemas que padecíamos. (01 de marzo de 2004)

Acción significa para Kirchner enfrentar los problemas. A las fórmulas mágicas, el enunciador contrapone su «solución racional», apoyada en la mensura de los hechos. Se trata invariablemente de atender a los índices que la situación aconseja, en un deber tan aséptico como fuera posible: la mayor de las exterioridades.

**La más pura racionalidad indica** que los argentinos deberemos afrontar grandes esfuerzos para salir del default y **marca** también que el camino de las viejas recetas está condenado al fracaso porque los recursos que somos capaces de generar hoy no pueden conformar a todos. (01 de marzo de 2004)

La propuesta a los acreedores explicitada en Dubai **parte de la más absoluta racionalidad** y se cimenta en el primer postulado que debe presidir una relación de buena fe: no se ha prometido ni se comprometerá nada que no resulte posible cumplir. (01 de marzo de 2004)

Estos fragmentos ponen en evidencia otra dimensión recurrente del realismo en el discurso kirchnerista que es el de posicionar al enunciador no sólo como interlocutor y portavoz de la realidad sino además como interlocutor y portavoz de la racionalidad. Si por un lado el enunciador puede interpretar lo que la racionalidad indica y marca, como lo hace con la realidad; por el otro, realiza propuestas en su nombre, mostrando una ligazón desprendida de toda pasión o injerencia subjetiva. Reformular la noción de «racionalidad» es todo un desafío

para el presidente, en vistas de la estabilización de su significado durante la década de los noventa como sinónimo del achicamiento del Estado y la reducción de las políticas públicas en beneficio de la especulación financiera. Para Kirchner la única racionalidad viable es «trabajar con responsabilidad, seriedad» (11/03/04), y dejar de lado «el sentido de que racionalidad era ajuste, era cirugía sin anestesia, era corrupción, eran concentración económica y distribución injusta del ingreso» (23/12/03). Sin embargo, pese al núcleo en disputa, la reformulación kirchnerista deja en pie el corazón noventista de la racionalidad, esto es, la idea de que la racionalidad pertenece al orden de «cuestiones económicas» (03/09/03), sean éstas productivas o financieras. No ha de extrañar, en virtud de lo antedicho, que la calificación de «racionalidad» resulte funcional en su articulación con el vaciamiento de la dimensión polémica del campo político a manos del realismo mercantil kirchnerista. Para el enunciador «la racionalidad» resulta tan absoluta, pura (01/03/04) y fría como los números de la economía; mejor dicho, Kirchner establece con la racionalidad una relación homologable a la que sostiene con los índices económicos, esto es, el vínculo del enunciador con la racionalidad es similar a su vínculo con la economía. Se trata en ambos casos de procesos aparentemente desubjetivados, lejos de toda pasión o sentimiento, y así como la imagen de un hombre serio y activo garantiza el universo realista que su discurso construye, la racionalidad queda asegurada por la imagen de un hombre trabajador que puede seguir a pie juntillas los indicios de la razón.

La imagen de un hombre racional que certifica un mundo de racionalidad basado en el trabajo serio y responsable y la imagen de un hombre de acción que legitima un mundo realista son propuestas éticas cuya eficacia puede entenderse mejor a la luz de las experiencias gubernamentales del menemismo y la Alianza. El mundo ético del kirchnerismo reniega tanto del *primermundismo* menemista como de la abulia delarruista. A una racionalidad neoliberal que atenta con el trabajo, una racionalidad apoyada en el trabajo; a la parálisis aliancista (Levitsky & Murillo 2008), la acción permanente, el hecho cotidiano que derrote cualquier «inmovilismo».

Los mundos éticos de racionalidad y realismo confluyen dentro del discurso kirchnerista en la idea de «buena administración» (v.g. 25/05/03), a la cual se asocian fuertemente las nociones de «criterio fiscal» (27/04/04) y el «círculo virtuoso del ahorro» (10/07/03). La transversalidad y la recaudación son, desde esta perspectiva, fenómenos de acumulación en ámbitos diferentes. La reactivación del consumo, vital para el proyecto de Kirchner, requiere recaudar

para poder destinar mayores partidas de gasto público. Fue Walter Curia, en su libro *El último peronista. La cara oculta de Kirchner*, el primero que propuso como análisis del fenómeno kirchnerista la tesis de que el principio organizador de la política para el santacruceño era el dinero. La gestión del capital ha sido desde su asunción misma un problema crucial para el presidente, ya que el consumo dependía en gran medida del éxito en las políticas fiscales. Ciertamente, la coyuntura económica favorable y el margen de maniobra política inusual después del atentado contra las Torres Gemelas en el ámbito internacional (cfr. Vadell 2006:195) y la recuperación económica inevitable tras la crisis de 2001, ya visualizada desde 2002 en la gestión de Duhalde, en el plano nacional, colocaron al kirchnerismo en una posición favorable de cara al futuro inmediato<sup>31</sup>. La percepción general de la dinámica económica de principios de 2003 identificaba dos motores fundamentales para el proyecto de la «refundación»: el primero provenía de la capacidad no utilizada del aparato productivo, que venía de caer del 20% acumulado desde el inicio de la recesión allá por fines de 1998; el segundo motor era el ‘banco colchón’: los ahorros y los activos en el exterior (Levy Yeyati & Valenzuela 2007:283). La decisión del gobierno, a sabiendas de esos indicadores, fue –según Alejandro Bonvecchi y Agustina Giraudy (2008:36)– continuar creciendo bajo el esquema macroeconómico de tipo de cambio elevado y superávit fiscal primario y comercial, vigente desde la llegada de Roberto Lavagna a la cantera de Economía y Producción en 2002.

El consumir como «aspecto sustancial de la condición humana» y el realismo, que entendemos aquí como “apología de lo existente” (Portinaro 2007:9), marcan un aspecto central del discurso kirchnerista, que es la continuidad de la colonización del discurso político por parte del discurso económico, desarrollada centralmente durante el menemismo<sup>32</sup>. La idea misma de gobierno

---

<sup>31</sup> En el campo de la economía, se produjo en la Argentina lo que los especialistas llaman el ‘rebote del gato muerto’ (*dead cat bounce*), esto es, la mejora general de la economía por el alza del precio de las acciones de la bolsa, habitual en una situación de post-crisis. Según Marco Novaro (2007:2), “Pasamos así de una década de los ochenta en que era difícil imaginar una política económica que pudiera funcionar para estos países [los latinoamericanos], a una década del dos mil en que pareciera [que] cualquier política económica puede ser exitosa”. Este ‘rebote’ podría concebirse tanto en términos económicos como políticos. Para un analista como Isidoro Cheresky (2008:53), la debacle de 2001 generó “no sólo un descontento ciudadano sino un amplio rechazo a las experiencias precedentes y a los dirigentes políticos, lo que ha ofrecido un terreno propicio para la innovación, como lo había sido la hiperinflación que posibilitó el cambio de rumbo impulsado por Menem en 1989. En la relación con el mundo, el *default* y la consecuencias inmediatas de la *pesificación* ya habían conducido al país a un punto muy bajo de actividad económica y de expectativas, lo que en cierto sentido daba también al gobierno márgenes de libertad inusuales”.

<sup>32</sup> La colonización del discurso político a manos del discurso económico es trabajada por Norman Fairclough desde la perspectiva del Análisis Crítico del Discurso (ACD). En su artículo “El análisis crítico del discurso

como «buena administración» marca el pulso de esta tendencia<sup>33</sup>. Aun cuando diferentes analistas coincidan en señalar la recuperación del sentido volitivo de la política durante los primeros años de la gestión de Kirchner (cfr. Cheresky 2008), que marcaría una ruptura con el discurso-administración de la década anterior, creemos que el discurso kirchnerista mantiene inalterable la *economización* del discurso político en la Argentina, de la cual la racionalidad y el realismo son dos de los principales indicadores. Como lo expone con lucidez Fairclough, discursivamente el voluntarismo no se opone de suyo a la idea del capitalismo como sistema social inevitable e irreversible; por el contrario, la dota de una cierta épica que no sería otra cosa que una *épica del fracaso*: esto es, la supeditación de un programa o un proyecto (una voluntad, en suma) a lo existente, a lo 'real', a lo que marca la economía; voluntad política cuyo éxito y límite se reducirá a la ventura o desventura económicas<sup>34</sup>. De hecho, el realismo y la racionalidad del

---

como método para la investigación en ciencias sociales” (en R. Wodak & M. Meyer 2003), Fairclough se pregunta por “las particulares características de aparición del lenguaje en el nuevo capitalismo” y propone como tesis la existencia de “una reestructuración de las relaciones entre los campos económicos y no económicos, lo cual implica una extensa colonización de lo segundo por lo primero”. Expresiones como «mercado libre», «transparencia», «flexibilidad», «calidad», que se difunden internacionalmente y que son impuestas por organizaciones como el Fondo Monetario Internacional o la Organización Mundial del Comercio, y ciertas características lingüísticas predecibles tales como el hecho de que los procesos de la nueva economía aparezcan representados sin agentes sociales responsables, en un presente atemporal y ahistórico, enunciadas como verdades desmodalizadas (universales, independiente de los lugares) que se expresan con gran autoridad, permiten observar un movimiento que va de este «ser» de la economía al «deber ser» de lo político —o de lo que «es» de forma categórica, a lo que «nosotros» debemos hacer para darle respuesta. ya que a la ausencia de agentes sociales responsables del cambio económico, se opone astutamente un vocabulario que incluye palabras que resaltan la voluntad y la energía que habrán de poner los agentes en las acciones proyectadas («construir», «crear», «promover», «forjar», «fomentar», «aprovechar»), y lo mismo hacen las palabras que representan estados afectivos («preparados para», «comprometidos con») (Cfr. 2003:179-203). Por si hiciera falta decirlo, estas características están presentes de manera recurrente en el discurso kirchnerista y son las que intentamos exponer a lo largo de este capítulo y en lo extenso de la presente tesis.

<sup>33</sup> Pierre Rosanvallon comenta que la idea de mercado ha tenido desde su elaboración inicial por Adam Smith la pretensión de ser un modelo político y no tan sólo una categoría económica. Esa idea de mercado como fórmula política pretende que la necesidad y el interés regulan por sí mismos las relaciones entre los hombres. ‘La consecuencia esencial de tal concepción consiste en el rechazo global de lo político’” (en Cheresky 2008:51). Vale aclarar, sin embargo, que acordamos con Eduardo Grüner cuando afirma (2005:332): “No es cierto, como se dice vulgarmente, que la economía ha ‘reemplazado’ a la política: esto es un truco ideológico destinado a disfrazar el hecho de que *esta* economía (porque hay otras, que asumen de frente su componente político y social) es una cierta *política*”.

<sup>34</sup> Esta tensión señalada por Fairclough, que podemos reconocer también en el discurso kirchnerista, puede explicarse por el hecho de que los Estados nacionales (la Argentina, por caso) se han vuelto en las últimas décadas el escenario de lucha entre el capital transnacional y las demandas insatisfechas de la sociedad. La idea es de la politóloga Ana Dinerstein, quien afirma que “las salidas democráticas de los regímenes autoritarios, particularmente en el Cono Sur, no coadyuvaban al crecimiento económico con equidad social ni fortalecieron la democracia, sino que profundizaron las desigualdades sociales y la desilusión con la política. Los Estados nacionales se convirtieron en el *terreno* donde se desplegó la lucha entre las necesidades del capital transnacional, por un lado, y las sociedades civiles de cada país de la región, por el otro” (2004:241).

discurso kirchnerista encontrarían durante el inicio de gestión un aliado invaluable en el funcionamiento de lo real, o sea, en el felino rebote de la economía. A partir de estos fenómenos de raigambre conservadora (¿qué otra cosa es, si no, una apología de lo existente?), Kirchner haría del crecimiento económico y del consumo a éste asociado un paroxismo de la desideología<sup>35</sup>. La expansión del consumo, atada a la recaudación y a la creación más o menos estable de puestos de trabajo, fue la medida del avance durante 2003 y gran parte de 2004. Así, la garantía de un mundo racional y realista legitimada en la imagen pública de un líder racional, realista y trabajador que sabe cuál es el punto de partida y cuáles son las metas a corto, mediano y largo plazo se engarza durante el primer período del kirchnerismo con indicios favorables del universo económico, desconociendo la precaria diferencia entre el ágil salto de un gato y el rebote torpe de un cuerpo muerto.

## 2.10 LA TAUTOLOGÍA DE LO HUMANO. DERECHOS HUMANOS Y CALIDAD INSTITUCIONAL

La percepción inmediata de la situación del país por parte del gobierno, «el reconocimiento del punto exacto donde nos encontramos» (01/03/04), «el propio infierno» (01/03/04), es presentado por el discurso kirchnerista como un campo desideologizado, basado en acuerdos universales sobre la necesidad de expansión del consumo y de reivindicación de los derechos humanos. Así como el consumo hace a la sustancia de lo humano y por ello no comporta ideología alguna, los «derechos humanos» no son «una cuestión de izquierda», ni pueden constituirse en «banderas de derechas ni de izquierdas»:

(...) cuando hablamos de justicia también hablamos de justicia hoy, no queremos impunidad hoy, no queremos violaciones a los derechos humanos hoy. **Que terminen con esta historia de que los derechos humanos son una cuestión de izquierda, son derechos humanos, todo ser humano que**

---

<sup>35</sup> Este paroxismo de la desideología fundado en el realismo tiene para Rozitchner una larga tradición dentro del movimiento peronista. Según el filósofo, el pacto imaginario con la realidad en la que funda el realismo peronista supone como fundamento el pacto *freudeano* que nos introdujo al principio oficial de la realidad: la ley del padre. Para Rozitchner “Rendirse a la realidad es ya el resultado de ese combate primero donde la ley del padre decía lo mismo que nos sigue diciendo Perón: que ‘la única verdad es la realidad’” (2000:138). Para ganar –afirma (2000:155)– “Perón hace en la política lo que el complejo de Edipo hizo en el ‘aparato psíquico’ con nosotros. Utiliza nuestras propias fuerzas para dominarnos, desviar nuestras energías y conquistar así el último reducto donde la rebeldía resiste al invasor: haciéndose amar el dominador. Ocupando ese lugar que, en la distancia interior, nos separa en nosotros mismos de nosotros mismos: el lugar de la represión infantil”.

habita en el mundo, en la tierra argentina tiene derecho al pleno respeto a los derechos humanos y a la justicia [...] (12 de marzo de 2004)

El pleno respeto de los derechos humanos y la correlativa lucha contra la impunidad y la corrupción **no pueden constituirse en banderas de derechas ni de izquierdas, ni ser divisa portada sólo por el gobierno.** Debemos comprometernos desde toda actividad y especialmente desde el nivel estatal que monopoliza la fuerza pública, **que la vigencia de los Derechos del Hombre es la base de toda calidad institucional que se precie.** (11 de diciembre de 2003b)

Los derechos humanos «son derechos humanos», y esa inmutabilidad esencial exaltada por la tautología pone al sintagma por fuera del tiempo y del espacio. Los derechos humanos son tales, sea en el tiempo y en el lugar que fuera, así como «la justicia es la justicia sea en el tiempo que sea» (11/03/04). Si la unanimidad acerca de los avances del kirchnerismo respecto del primero de estos puntos quedaba asegurada por el inevitable *dead cat bounce* y por las políticas macroeconómicas tendientes al incremento del consumo (superávit fiscal y superávit comercial, incremento de partidas presupuestarias en obras públicas, más la creación de puestos de trabajo y aumentos salariales y jubilatorios), la política gubernamental acerca de los derechos humanos combinaría el poder persuasivo de los hechos (el relevo de la cúpula de las Fuerzas Armadas, la derogación de las leyes de Obediencia Debida y Punto Final, la apertura de procesos judiciales contra los represores de la última dictadura militar, la inauguración del Museo de la Memoria en la Escuela Mecánica de la Armada) con la coreografía simbólica de los gestos (la crítica reiterada en sus discursos a las Fuerzas Armadas, el perdón en nombre del Estado Argentino por el genocidio, el trabajo conjunto con organizaciones de Derechos Humanos como Madres y Abuelas de Plaza de Mayo, el 'descuelgue' de cuadros de los jefes de la Junta Militar durante el Proceso).

Ahora bien, como puede notarse en el segundo extracto, «la vigencia de los Derechos del Hombre es la base de toda calidad institucional que se precie» y existe, en este sentido, una correlación entre «el pleno respeto de los derechos humanos» y la «lucha contra la impunidad y la corrupción». El sintagma «calidad institucional» permite conjugar dentro del discurso kirchnerista lo que Ana Montero (2007a:9) ha definido como el "carácter 'equivalencial' del adversario", es decir, la definición del adversario a partir del establecimiento de una continuidad asociativa que abarca desde el genocidio de la última dictadura hasta la impunidad y la corrupción que caracterizaron fuertemente los gobiernos de Menem y la Alianza.

De la misma manera que la genealogía de los atentados contra el consumo (y como veremos, contra «la sustentabilidad interna») encontraba su origen en las políticas implantadas por el gobierno de facto de las Juntas Militares, su cenit en el 'menemato' y su ocaso en la eclosión de 2001, la genealogía de los atentados contra la piedra basal de la calidad institucional que son los derechos humanos tenía por principio el genocidio de la dictadura, por paroxismo la década de los noventa y por culminación la Ley Banelco.

La violación sistemática de los Derechos del Hombre en la actualidad, esto es, el ataque repetido contra derechos inalienables de todos los argentinos como «la paz social, el respeto a la ley, a la defensa de la vida y la dignidad» (25/05/03), es «el fruto de la impunidad de ayer»:

(...) tenemos que seguir avanzando en consolidar los derechos humanos, terminando con la impunidad de ayer y la impunidad de hoy, porque la impunidad de hoy es fruto de la impunidad de ayer. Quienes se animaron a hacer las cosas que hicieron el 20 de diciembre las hicieron porque hubo impunidad ayer, si hubiera habido justicia ayer no se hubieran animado a hacer las cosas que hicieron, a moverse con esa impunidad y a ejercer la represión como la ejercieron. (13 de febrero de 2004)

La defensa de los derechos humanos, que «deviene de principios previos a la formulación del derecho positivo que reconoce sus orígenes desde el comienzo de la historia de la humanidad» (25/09/03), aparece reiteradamente en el discurso kirchnerista ligada a un «ferviente combate contra la impunidad y la corrupción» (13/01/04)<sup>36</sup>:

Ya para finalizar queremos dejar planteada la necesidad de adoptar firmes políticas de defensa de los derechos humanos, de la dignidad del hombre, a **la par de un ferviente combate contra la impunidad y la corrupción**, como el sendero más seguro que propicie la continuidad y mejora de nuestras democracias. (13 de enero de 2004)

La semántica guerrera en torno a la calidad institucional (la «defensa», el «ferviente combate», la «lucha») se articula con la lucha cronotopográfica entre la «vieja Argentina» y la «nueva Argentina» que el discurso kirchnerista construye

---

<sup>36</sup> Ejemplos de esta correlación pueden encontrarse en los discursos del 10 de febrero y el 1 y el 3 de marzo de 2004. Así, “vamos a poner todos nuestros esfuerzos por recuperar la dignidad del país, por tener una Justicia independiente, por respetar los derechos humanos, dignificarlos y terminar con la impunidad, por castigar la corrupción con la firmeza que corresponda [...]” (10/02/04); “Defensa irrestricta de los derechos humanos y la dignidad del hombre, incremento efectivo de la calidad institucional y mejoras en la legislación, constituyen parte del nuevo escenario nacional y promueven y efectivizan la lucha contra la impunidad y la corrupción” (01/03/04); y “También comprometido fuertemente en la lucha por los derechos humanos, contra la impunidad y en la lucha contra la corrupción” (03/03/04).

como épica de su «refundación». La memoria funciona como bisagra entre dos mundos, y así como los mundos éticos que el kirchnerismo ha desplegado como espacios de incorporación y las imágenes de sí que Kirchner como garante ha desarrollado acreditan la posibilidad de un futuro cimentado en el realismo, la honestidad y la humildad, también permiten vislumbrar un liderazgo a futuro erigido bajo los escombros del pasado:

Que el mundo sepa que los argentinos, que hemos sido víctimas y protagonistas de las más crueles violaciones a los derechos humanos producidas que se conozcan, estamos encaminados a su más firme defensa. Y aquí no caben discursos. Nuestra acción cotidiana tiene que estar cargada de ese respeto y nuestro futuro sólo puede tener ese matiz. (01 de marzo de 2004)

La relación de causalidad entre la «impunidad de hoy» y la «impunidad de ayer» genera las condiciones de posibilidad para que el enunciador pueda establecer una frontera interna entre la cadena 'equivalencial' de adversarios, por más indefinidos que éstos resulten<sup>37</sup>, y el espacio de incorporación del kirchnerismo como proceso de identificación: tanto las víctimas como los responsables de las violaciones a los derechos humanos han sido argentinos, de lo cual se infiere que la Argentina del pasado era un espacio en disputa. En la actualidad, esta disputa no existe como tal, ya que los argentinos en su totalidad –según argumenta Kirchner– están «encaminados a su más firme defensa». Esto no quiere decir que no existan adversarios, sino –como dijimos anteriormente– que estos adversarios han sido desterrados, conjugados en pasado. La cronotopografía humanista a la cual Kirchner dice pertenecer y a la cual convoca a todos los argentinos a incorporarse es un espacio y un tiempo de necesaria defensa de los «Derechos del Hombre». La garantía de este mundo humanista es un enunciador que ha sido víctima de esas violaciones, un enunciador que forma parte del colectivo de víctimas («hemos sido víctimas y protagonistas») que el anterior modelo ha dejado como saldo. Víctima y humanista, el enunciador avala además esta perspectiva por su condición de hombre de acción, en un escenario en el que «no caben discursos» y el futuro sólo puede tener el matiz de la «acción cotidiana». La defensa de los derechos humanos y el castigo de los culpables se vuelven así dos caras de un mismo «compromiso»:

---

<sup>37</sup> La indefinición de los adversarios es constante: si en el extracto del 13 de febrero de 2004, los agentes son «Quienes se animaron a hacer las cosas que hicieron el 20 de diciembre», en el párrafo del 1 de marzo la proposición «las más crueles violaciones a los derechos humanos producidas que se conozcan» da por tierra en su nominalización con todo intento de recuperar los agentes productores.



Si bien es cierto que aquel compromiso [la defensa de los derechos humanos] en nuestro país obliga a la búsqueda del esclarecimiento total del pasado para acceder a la verdad y castigar a los culpables de la más cruel violación de los derechos humanos de que se tenga registro en estas latitudes, la cuestión no tiene por qué reducirse a ello. El respeto de los derechos humanos nos debe también comprometer con la actualidad y con el futuro, con el país que queremos construir, con el país que nos merecemos. (01 de marzo de 2004)

De la misma forma que la defensa del consumo permitía distinguir en el discurso kirchnerista entre una vieja y una nueva Argentina, «el respeto de los derechos humanos» y la garantía de «calidad institucional» se convierte en un compromiso menos con la verdad acerca del pasado que con la construcción de un país a futuro. Si la verdad económica de la situación exigía frialdad, pureza, racionalidad, una dosis de «realismo», y, por lo tanto, un enunciador capaz de garantizarlos, la defensa de los «derechos humanos» como verdad institucional de la situación obliga, exige respeto y compromiso, es condición de posibilidad de lo futuro. «Crear futuro» exige en todas sus formas rendir cuentas con «el pasado», entendido menos como momento histórico describable que como espacio de destierro de la palabra adversaria; lo ya dicho: estamos ante la lucha de una «nueva Argentina» contra una «vieja Argentina»:

Cambio profundo significará dejar atrás la Argentina que cobijó en impunidad a genocidas, ladrones y corruptos mientras condenaba a la miseria y a la marginalidad a millones de nuestros compatriotas. (01 de marzo de 2004)

«El pasado» es para el enunciador el país de la impunidad: el país de las leyes de Obediencia Debida e Indulto Final, el país de los evasores, «una Argentina que por momentos aparece ante el mundo como un lugar donde la violación de las leyes no tiene castigo legal ni social» (25/05/03):

Hay una Argentina residual, destruida por las huellas de lo que nos pasó, la que queremos superar. Y está la Argentina de nuestros sueños, la que queremos construir, la que estamos construyendo. (01 de marzo de 2004)

Los atentados a la «condición humana» basados en la restricción del consumo y en la violación de los derechos humanos ha sido el *modus operandi* de quienes son inscriptos como voces en esa «Argentina residual». La palabra adversaria es desterrada: la polémica carece de estatuto porque esa palabra opositora está inscripta en otra cronotopografía, está descalificada. El adversario

más que un adversario es un enemigo con el que no se negocia, no se discute, no se busca coincidencia. Núcleo del dispositivo enunciativo kirchnerista, no existen condiciones de posibilidad para la polémica porque el enunciador y sus adversarios no comparten un suelo común<sup>38</sup>. El «proyecto nacional» se despliega como un «amplio espacio común» (25/05/03) en el que, sin embargo, la palabra adversaria queda reducida a su mínima expresión: nadie puede inscribirse como opositor en el campo político porque éste ha sido definido desde la pluralidad, la concertación o la transversalidad. Quien se opone a la verdad política de un tal proyecto –ha sido dicho– aparece como representante de «acuerdos oscuros» (05/06/03). La transversalidad, en esta perspectiva, aparece como el complemento discursivo del vaciamiento de la dimensión polémica: al vacío de ésta, se engarza la totalidad pluralista formal de aquélla. El *catch at all* del kirchnerismo, al menos durante su primer año de gestión, se nutre de la imposibilidad formal de polemizar con el enunciador sin caer, paradójicamente, en la presuposición ontológica de la anti-democracia.

### 2.11 LA VANGUARDIA DE LAS VÍCTIMAS, MODELO PARA ARMAR UN MILITANTE

Complementaria del ethos de «hombre común», la construcción de una imagen de sí de *líder-víctima* permite al enunciador otorgarle a su inscripción un doble semblante: por un lado, como militante popular y argentino, puede engarzar su posición enunciativa dentro del sector poblacional afectado por las consecuencias de la implantación del modelo neoliberal; por otro, como líder político a cargo de la presidencia, puede generar un discurso de justificación, convirtiendo toda oposición en resabio de persecución. En lo concerniente al primero de estos semblantes, el modelo neoliberal representa para el enunciador

---

<sup>38</sup> El adversario kirchnerista aparece como una figura difusa cuya palabra viene de una tierra ajena, la «vieja Argentina». La necesidad de un suelo común, condición *sine qua non* de la polémica, ha sido marcada por teóricos del discurso como Marc Angenot y Dominique Maingueneau. Para Angenot (1982:35), el discurso polémico supone un terreno común entre los polemistas. Éste ofrece dos isotopías contrarias subsumidas por una tópica común, cuyos recursos son empleados para hacer triunfar la tesis defendida. Si el discurso adversario apareciera como irreducible al discurso actual, ninguna refutación sería posible. Si la polémica adviene, es porque el enunciador supone, sea cual fuere la diferencia que separa las tesis encontradas, que el discurso adversario –incorrecto, lagunar, mal deducido– puede justificarse tomando en cuenta las premisas comunes a partir de las cuales éste puede ser refutado. Se trata de un “campo cerrado donde se enfrentan el héroe y el impostor” (1982:38). Maingueneau, por su parte, en el capítulo “La polémica como interincomprensión” de su libro *Genèses du discours* (1984), afirma que “Polemizar en el interior de cierto campo es presentarse implícitamente como si se aceptaran los presupuestos que están implícitamente unidos a él” y agrega: “En la polémica, contrariamente a lo que se piensa espontáneamente, la convergencia arrastra la divergencia, el desacuerdo supone un acuerdo sobre ‘un conjunto ideológico común’ sobre las leyes del campo discursivo compartido. La polémica se sostiene en la convicción de que existe un código que trasciende a los discursos antagonistas, reconocido por ellos, que permitiría separar lo justo de lo injusto”.

el modelo del «genocidio»<sup>39</sup>: genocidio del terrorismo de Estado, genocidio por la exclusión y la condena a la pobreza a millones de argentinos, genocidio por la falta de empleo generalizada, genocidio por la destrucción de la infraestructura industrial. La construcción 'equivalencial' del adversario en el discurso kirchnerista habilita al enunciador a ofrecer un mundo ético de identificación que va mucho más allá de su «generación diezmada» (cfr. 25/05/03; 11/03/04b) y de la violación de los derechos humanos y pretende incorporar a millones de argentinos empobrecidos, desocupados, olvidados, tan al margen como ese «Sur», ese «patio trasero» (27/06/03) del cual Kirchner llega a la presidencia, olvidado por años de concentración y centralización política, económica y social. Respecto del otro rostro de la inscripción, la imagen de *líder-víctima* aparece ligada en el kirchnerismo a una situación de justificación<sup>40</sup>: el enunciador aparentemente debe justificar ante los demás sus actos o la distancia entre sus actos y sus palabras; por decirlo así, debe justificar cuán realista es su gestión o, al menos, cuán coherentes son sus palabras con las decisiones que toma y las acciones que realiza. Estaríamos en presencia de una palabra ajena que critica el gobierno de Kirchner según su grado de realismo, es decir, que acusa al kirchnerismo con los parámetros mismos que éste ha impuesto en la escena política post-crisis. Podría hablarse de un efecto *boomerang* dentro del propio discurso del presidente: si Kirchner ha criticado los modelos de gobierno anteriores por su falta de adecuación con la realidad, aquí se trataría de un adversario que culpa a Kirchner por ese mismo motivo y lo coloca en la necesidad de justificar su falta. Así, el enunciador construye una escenografía de juicio en la que se posiciona enunciativamente como acusado, para convertir la debilidad que le adjudican (aunque en definitiva se trata siempre de una autoadjudicación) en fortaleza:

Entiéndanlo, no me va a hacer retroceder en mi pensamiento ningún tipo de presión pública, ningún tipo de lobby **ni el tratar de culparme. Si me**

---

<sup>39</sup> El significante «genocidio» es utilizado por Kirchner en diferentes discursos y con referentes más o menos precisos. Por ejemplo, “Sabemos que cuando se habla de los ferrocarriles se habla de la desinversión y de uno de los genocidios más grandes que haya podido sufrir la Argentina, entre tantos que hemos tenido” (01 de septiembre de 2003); “también digo que si se paga más se va a pagar como en la década del 90, con el hambre del pueblo, y será un nuevo genocidio sobre las espaldas del pueblo argentino que nosotros no podemos volver a permitir” (10 de febrero de 2004) y “En cuanto a la impunidad de ayer esperemos que funcione a pleno nuestra Justicia, que se aceleren los trámites para todos los que violaron los derechos humanos en la Argentina, para todos los responsables del genocidio y que la gente de nuestra generación pueda ver que la justicia se aplica” (13 de febrero de 2004).

<sup>40</sup> Según Charaudeau (2006:132), “El discurso de justificación en nombre del realismo –al contrario de aquel en nombre de los principios– es un discurso restrictivo al cual es preciso dar la nobleza de la *verdad verdadera*, la que no es ni nebulosa, ni utópica”.

quieren echar la culpa de todo a mí, échenmela, todos ustedes saben de dónde viene la crisis, todos saben que este gobierno prácticamente no tiene responsabilidades, más que haber confiado por allí un poco más de la cuenta, y yo honestamente, con absoluta responsabilidad y seriedad les digo que acá en la Argentina nunca más tenemos que volver a hablar en estos términos de esta situación; definitivamente debemos tener una proyección clara (11 de mayo de 2004)

Quien se justifica reconoce la presencia de voces críticas o querellantes hacia el interior de su propio discurso, pero esta presencia *controlada* no mella la eficacia ética del gesto: al *mostrarse* como un acusado, el enunciador crea las condiciones propicias para ofrecerle al tribunal (los argentinos) un fresco de sus virtudes como defensa: firmeza («no va a hacerme retroceder... ningún tipo de presión pública»), honestidad («... ningún tipo de lobby», «honestamente»), ingenuidad («...haber confiado por allí un poco más de la cuenta»: más cercana a la imagen del confanzudo que a la del corrupto y, en este sentido, humana), responsabilidad, seriedad; por último, capacidad de liderazgo («...nunca más tenemos que... »); «definitivamente debemos tener una proyección clara»). La defensa, además, se funda principalmente en la memoria, reservorio colectivo y aglutinante de experiencias pasadas; de allí, claro está, la recurrencia de verbos que tienen un sentido evidencial y confirmatorio sustentado en elementos preconstruidos: «todos ustedes saben...», «todos saben que este gobierno...». Lo que todos *saben*, suerte de complicidad gnoseológica entre el locutor y el auditorio, es que el origen de la crisis (lo pasado que altera el presente) y la proyección del gobierno (lo porvenir en lucha en el presente) forman parte de dos países distintos: uno viejo y agonizante, otro joven y emergente<sup>41</sup>.

---

<sup>41</sup> El semblante justificativo de la imagen de líder-víctima —que permanece en mayor medida latente durante los primeros meses de la gestión— comienza a cobrar mayor relevancia cuando el furor por el ‘estilo K’ y el tiempo de gracia por la excepcionalidad política dejan paso a los primeros contratiempos de la administración por la «crisis energética». Basta cotejar la presencia creciente de argumentos asociados a la culpabilidad durante el segundo semestre del período analizado para reforzar esta idea. Por ejemplo, los siguientes fragmentos: “Pensar que un gobierno que está 10 u 11 meses es culpable de la crisis energética es un acto de reduccionismo político e institucional tremendo y una falta de sinceridad (22 de abril de 2004); “Yo me pregunto qué tenemos que ver nosotros cuando había que haber exigido inversiones a partir de 1995, que cada día se fueron haciendo menores en la Argentina porque en vez de pensar un país industrial se fue pensando un país basado meramente en los servicios (29 de abril de 2004); o “La verdad es una sola: el Estado Nacional no maneja ni la producción ni maneja la distribución del gas en la Argentina, está en manos de privadas y evidentemente si creyeron que la Argentina iba a crecer menos o si generaron o trataron de exportar por allí todo lo que no podían exportar, la verdad que no es culpa nuestra porque cuando uno se compromete a exportar tiene que exportar lo que corresponde y es responsabilidad de las empresas, pero primero también tiene que abastecer el mercado interno como corresponde. Que hagan todos los negocios que quieran pero cumpliendo con responsabilidad (11 de mayo de 2004).

La *astucia* del acusado es hacer ingresar la palabra ajena en su discurso para volverla a su favor y en contra de sus adversarios:

Nos decían cuando nos tocó empezar a gobernar: "diez días y se cae, quince días y se cae", rogaban que nos cayéramos y que no pudiéramos funcionar. Ahora dicen que nos vamos a caer a fines del 2004 o del 2005, y mañana no sé cuándo dirán. Yo digo por qué, si el éxito de la Argentina va a ayudar a cobijarnos a todos los argentinos. (11 de marzo de 2004)

La palabra ajena que el discurso kirchnerista muestra es una palabra predictiva, un horóscopo de la ingobernabilidad nacional, que expresa menos un pronóstico que un ruego del adversario. El locutor opone de esta suerte un discurso agorero, expresión ansiosa del enemigo, y un discurso, el suyo, fundado en la realidad: el deseo contra la evidencia, la «profecía autocumplida» (29/10/03b) contra los hechos cotidianos, los intereses sectoriales contra «el éxito de la Argentina». La justificación de Kirchner hace de la palabra ajena una palabra *inadecuada* a la situación real, una palabra *incierta*. Amparado en el realismo, el enunciador presenta la acusación como infundada y, por consiguiente, convierte al acusador en perseguidor y al acusado en perseguido. Es la brecha entre el uso de la acusación y su abuso la que hace del acusado una víctima.

A pocas horas de empezar el gobierno **nos decían** que estábamos abriendo muchos frentes, **pero nosotros dijimos** "venimos a construir una Justicia independiente en la Argentina". **Cuando empezamos a construir** una Justicia independiente, y está probado en la Corte Suprema que se está constituyendo en nuestro país, aparecieron aquellos que no querían cambiar nada y **entraron a mostrar su verdadera cara. Ustedes los vieron, decían** "están haciendo procedimientos que no corresponden", **cuando nos movimos dentro del marco de la ley.** (11 de marzo de 2004)

La triangulación entre la defensa del gobierno, la crítica de los adversarios y la sentencia del tribunal-auditorio plantea la lucha por la evidencia, y lo que el discurso kirchnerista ofrece como elemento probatorio es, precisamente, su realismo: hechos («la Corte Suprema que se está constituyendo») que prueban la coherencia entre la dirección anunciada («nosotros dijimos...») y la dirección emprendida («Cuando empezamos a construir...»). En este punto, el discurso realista y el discurso judicial coinciden: las partes en disputa necesitan apropiarse de la prueba de lo real. Es esta prueba la que para Kirchner queda reflejada («está probado») en la construcción de la Corte Suprema y funciona argumentativamente como evidencia de su verdad y como factor decisivo en la persuasión del auditorio:

«Ustedes los vieron...». Esto debe quedar claro: la victimización de Kirchner no es el resultado de una acusación sino de la persecución que el propio acto de habla pone en escena por la fuerza del realismo judicial: el enunciador no es víctima porque sea acusado, es víctima porque es perseguido, y el pasaje cualitativo de una figura a otra se realiza en el marco de la ley, forma de regulación del verosímil político. Se advierte de esta manera la variación de las posiciones al interior del propio acto de habla y se comprende, además, dónde podría hallarse la eficacia en la incorporación del paradesinatario: «Ustedes los vieron...» convierte al tribunal en testigo de la persecución y, por lo tanto, da por presupuesta su identificación con el locutor, quien se transfigura simultáneamente en víctima. De esta manera, la acusación, en tanto palabra ajena, es reducida al absurdo: el enunciador, que era acusado, acusa; su defensa se cubre con un manto de verdad política. En nombre del gobierno, la pregunta del presidente es clara: «qué tenemos que ver nosotros» (29/04/04). Como el realismo, la justificación se basa en la evidencia de lo real, y la realidad absuelve al enunciador: lo exime de tener que justificarse.

## 2.12 LA IMAGEN HUMANA, LA FAUNA POLÍTICA

El análisis de la imagen kirchnerista de *líder-víctima* se vincula con la construcción de un cierto ethos humanitario en la figura pública del presidente, que tiende a funcionar como garantía de identificación social. En su libro *O discurso político*, Charaudeau elabora una tipología de *ethé* en la que distingue entre imágenes de credibilidad e imágenes de identificación. La credibilidad –para el autor– no es una cualidad ligada a la identidad social del sujeto, sino el resultado de la construcción de una identidad discursiva por el sujeto hablante, realizada de tal modo que los otros sean conducidos a juzgarlo *digno de crédito* (2006:119). Los *ethé* de identificación, en cambio, son imágenes extraídas del afecto social: “el ciudadano, mediante un proceso de identificación irracional, funda su legitimidad en la del político” (2006:137). Siguiendo esta clasificación, la honestidad, el realismo, la humildad, la simpleza, el esfuerzo serían trazos *éthicos* que generarían las condiciones de sinceridad, *performance* y eficacia que Kirchner precisa para ofrecerse a sus destinatarios como digno de crédito, mientras que su condición de víctima, su militancia y su humanización formarían parte de un proceso de legitimación social afectivo y mayormente irracional. No ha de llamar la atención, pues, que las imágenes ‘humanas’ abundan en los discursos que Kirchner ofrece ante sectores populares, militantes o no corporativos. Si múltiples

signos de credibilidad forman parte de la totalidad de sus discursos públicos, ante audiencias corporativas o no corporativas, ante mandatarios de otros países o en simposios internacionales, el semblante humano de Kirchner suele cobrar expresión ante las masas populares. No existen al respecto restricciones formales, pero resulta obvio que el mostrarse serio, realista y honesto es un ejercicio necesario de cara a cualquier auditorio: sea un militante social o a un empresario, un obrero o un estudiante, o la burguesía industrial y los acreedores externos. La misma lógica permite suponer que un bonista italiano o el presidente de la Sociedad Rural tendrán menos interés en los rasgos humanitarios del presidente Kirchner que un docente sanjuanino, un yerbatero misionero o un obrero del conurbano bonaerense.

La imagen de humanidad –según Charaudeau (2006:148)– puede verificarse en la capacidad de un político para demostrar sentimientos o compasión hacia aquellos que sufren, como así también en su capacidad para confesar flaquezas o manifestar sus gustos, incluso los más íntimos. Figuras como la del sentimiento o la intimidad intervienen en la construcción de una imagen tal y tienden a generar una empatía con los destinatarios. Así, por ejemplo, en un discurso ante el pueblo de Concordia, en Entre Ríos, Kirchner expresa:

En cada mano de ustedes que toco, en cada beso que nos damos, en cada abrazo que nos dimos al llegar aquí a Concordia y a cada lugar del país, me transmiten energía y la fuerza para hacer un país distinto. Yo les aseguro que quiero estar aquí, no me gusta que me rodeen, no quiero alcahuetes, quiero la gente que me acompaña para hacer una patria distinta. (04 de febrero de 2004).

El líder y la gente se tocan, se besan, se abrazan, y ese contacto es a la vez fortaleza potencial del líder por la transmisión de fuerza y energía de la masa («me transmiten energía y fuerza») y también diálogo sin intermediarios, contacto directo («no me gusta que me rodeen, no quiero alcahuetes»). Es un encuentro horizontal, basado en el cariño y la compañía; un espacio de *sinceramiento*, exposición de una interioridad que se ofrece a su gente. Al contacto directo que el enunciador pone en escena, le sigue, ergo, la total transparencia, la publicidad de una historia privada:

Les voy a contar una historia que pocos conocen. Tengo la suerte de que el vicegobernador de esta provincia es un amigo y un compañero de más de 30 años; estuvimos allá en La Plata, fuimos perseguidos por defender nuestras ideas y hoy estamos compartiendo la conducción de la nueva Argentina con una generación en la que muchos no están, pero estamos nosotros para llevar la bandera al lugar que corresponde. (04 de febrero de 2004)

La extroversión de la intimidad crea las condiciones de sinceridad del enunciador («Les voy a contar una historia que pocos conocen») y, al mismo tiempo, otorga verosimilitud a la construcción de una imagen de militante, *ethos* generacional, que se articula con la imagen general de un líder que es líder y víctima a la vez («hoy estamos compartiendo la conducción de la nueva Argentina», aunque «fuimos perseguidos...»), símbolo de una lucha entre el pasado y el futuro y epifanía de una victoria postergada («una generación en la que muchos no están, pero estamos nosotros para llevar la bandera...»).

Las figuras de sentimiento e intimidad que contribuyen en el despliegue de una imagen de humanidad se reiteran en los discursos de Kirchner ante «la gente»<sup>42</sup> y ponen en escena un líder que construye su *yo* político en una relación singular con su pueblo, sin mediaciones, sin aparatos publicitarios, a partir de los avatares de una experiencia personal que se constituyen en la cifra de una experiencia colectiva<sup>43</sup>. El énfasis en el contacto, la solicitud de ayuda, el relato de lo que le sucede cada mañana cuando se levanta, la confesión de las charlas en privado con sus funcionarios, Kirchner realiza toda una gimnasia de la transparencia que tiende a garantizar un espacio de contacto íntimo y afectivo, en el que «la gente» perciba su sinceridad y con ella aquellos rasgos que lo definen como un hombre común: honesto, trabajador, humilde, simple, realista, pero también cariñoso, preocupado y gracioso.

El *ethos* de humanidad en Kirchner resulta de importancia para comprender el tono horizontalista con que el presidente intenta teñir a su gestión. Crear una imagen de hombre común implica mostrarse como un ser común pero también como un ser humano. El humor y la caricatura han sido –quizás como ninguna otra figura– centrales en esta configuración humanista del presidente. En este sentido, el *ethos* de «pingüino» es una de las particularidades de la enunciación kirchnerista. Desde los tiempos de la campaña electoral de 2003, el mote de «pingüino» circulaba a escala nacional –y mucha era la injerencia de los medios de comunicación masiva– como modo de referirse al presidente. Rápidamente,

---

<sup>42</sup> Véanse también los discursos del 03 de junio de 2003, ante los docentes sanjuaninos; el 03 de marzo de 2004, durante una firma de convenios en la ciudad de Esperanza (Prov. Santa Fe); el 11 de marzo de 2004, durante el Encuentro de la Militancia en Parque Norte, entre otros.

<sup>43</sup> En su obra *La guerra de los sueños* (1998), el antropólogo Marc Augé subraya la importancia gregaria de lo imaginario y la memoria colectivos en la afirmación de un grupo: “lo imaginario y la memoria colectivos (IMC) constituyen una totalidad simbólica por referencia a la cual se define un grupo y en virtud de la cual ese grupo se reproduce en el universo imaginario generación tras generación. El complejo (IMC) ciertamente da forma a los mundos imaginarios y a las memorias individuales” (1998:76).



Kirchner tomó el término y comenzó a utilizarlo a modo de autorreferencia en sus discursos públicos, especialmente en aquellos que realizaba en ciudades o pueblos del interior del país y también en el conurbano bonaerense:

Voy a seguir viniendo a Córdoba, a Río Cuarto, a todas las localidades y a la capital cordobesa, a trabajar con el Gobernador y sus intendentes, con ganas, fuerza y solidaridad. Les agradezco profundamente todo el cariño y véanme como me ven, soy así. Algunos dicen "ahí va el pingüino"; sí, soy de la tierra del pingüino. ¡Qué va a ser! (16 de septiembre de 2003)

Si "Dicen que soy aburrido" había sido un antecedente poco afortunado de la asunción enunciativa de un significante del imaginario mediático-social por parte de un primer mandatario, «pingüino» pronto se convirtió en un *sello* del estilo K. Más allá de las semejanzas físicas del cuerpo de Kirchner con los rasgos de un pingüino, que parecieran reforzar el efecto humorístico del apelativo, el ethos de «pingüino» cuajó en el dispositivo enunciativo de Kirchner, en primer lugar, habilitando al enunciador para operar, al igual que en la escenografía del acusado en un juicio, como víctima de descalificaciones:

...los mismos que nos llevaron a la situación que estaba, muchas veces **me descalifican diciendo que soy un pingüino**. Soy un pingüino. Soy patagónico y pingüino, y hoy me tienen con 40 grados acá casi..., pero no me van a poner knock out. (12 de enero de 2004)

Sin embargo, estas descalificaciones, a diferencia del caso anterior, no son reducidas a la voz de la realidad; por el contrario, son asumidas y resignificadas. Si «pingüino» significaba para sus detractores torpeza, incapacidad intelectual, fealdad, Kirchner hace de su imagen de «pingüino» una reivindicación del sur como espacio nacional:

Muchas gracias, Florencio Varela, mucha fuerza, les dejo mi corazón patagónico y sureño; como dicen, pingüino, sí pingüino, soy parte de la Patria, soy parte de esta Argentina. (05 de agosto de 2003).

Ser «pingüino» significa para el presidente ser «parte de la Patria». Que un «pingüino» sea parte de «esta Argentina» se resuelve, por lo tanto, como una reparación histórica y una novedad política. Además de su dimensión humorística, central en la construcción de una imagen de humanidad, la reivindicación del significante «pingüino» envuelve dentro de la lógica kirchnerista la escenificación de dicotomías nacionales históricas como centro / periferia, incluidos / excluidos y centralismo / federalismo. El «Sur» aparece como territorio de una geopolítica de

la postergación y, por ello mismo, como un espacio de exilio interno que hace del enunciador un extraño, un extranjero, un animal raro de su propia Patria. Esta *extrañeza* hace a la verosimilitud misma del modelo de la llegada y de los diagnósticos realistas que Kirchner realiza acerca de «la situación». Habrá, pues, que decir que el «Sur» también *significa* y que se vuelve la condición de habla del «pingüino»: llegar desde el «Sur» no funciona tan sólo como indicación de una procedencia sino como semántica de la pureza y la incontaminación:

...vienen aires fuertes del Sur, vientos del Sur para limpiar lo que haya que limpiar. (12 de junio de 2003)

La llegada desde el «Sur» se presenta como la entrada de una fuerza purificadora, y esta entrada distingue enunciativamente al «Sur» y a «la Argentina», erigiéndolas en topografías diferenciales:

[S]aben lo que nos ha costado a todos nosotros durante muchísimos años que la dirigencia más importante del país entienda lo que significaba la Patagonia y que nos entiendan a los patagónicos, que siempre nos sentimos el patio trasero de la Argentina, siempre nos sentimos como si fuéramos una anexión y no fuéramos la parte viva de este querido país [...] (27 de junio de 2003).

En el discurso kirchnerista, el «Sur» define incluso un nosotros de pertenencia: *nosotros, los patagónicos*. Así se percibe en el discurso que el presidente brinda ante el pueblo de Rawson, en Chubut. La imagen de «pingüino» hace de Kirchner un ejemplo de la escenografía sureña y, al mismo tiempo, un extranjero de su país. El *nosotros, los patagónicos* marca también la tensión entre una figura que ostenta un liderazgo de larga data en su provincia y que, simultáneamente, es un perfecto *outsider* para los argentinos. En relación al modelo de la llegada, *pingüino* marca el pasaje del liderazgo kirchnerista del gobierno de Santa Cruz a la Casa Rosada. El que llega es un líder postergado, no el 'Chirólita' de Duhalde. Para decirlo de otra manera, el *outsider* total es, no obstante, capaz de nombrar un nosotros, y al hacerlo coloca en la agenda nacional la evidencia de un largo sometimiento y el ascenso de un líder popular postergado.

Durante «muchísimos años», el «Sur» y el pueblo que ese territorio representa (*nosotros, los patagónicos*) han sido para Kirchner abandonados a su

suerte. Que ahora un «pingüino», a la vez uno de ellos y líder de ellos, sea presidente es un símbolo y una promesa de federalismo:

Yo vengo de una provincia mucho más chica, inclusive, que la de ustedes y al mismo tiempo alejada y por eso sé que cuando alguno –como siempre lo digo y molesta–, le dice por allí al hombre que pertenece al interior de la patria y al que le ha tocado gobernar esta Argentina, “ahí está el pingüino”, ¡qué problema hay! Me alegro de serlo, me alegro de corazón, porque es parte activa de la Argentina y de la patria federal. (15 de octubre de 2003)

...soy un hombre que se siente orgulloso de ser de tierra adentro, de ser del sur, de ser del interior de la Argentina, porque sé lo que les pasa a millones de provincianos en esta querida tierra, que muchas veces se sienten olvidados por el poder central, al que le cuesta entender el reclamo de una Argentina mucho más equilibrada y más justa. (10 de octubre de 2003)

Ser «pingüino» define para Kirchner la pertenencia a un territorio y también la pericia de un cierto tipo de liderazgo, ejercido a la luz de una experiencia colectiva de postergación, la de los sureños, la de los provincianos. La resignificación de la figura del «pingüino», entendida como «hombre que pertenece al interior de la patria», coadyuva en el efecto de horizontalización que el discurso kirchnerista genera, pero de igual forma enfatiza la verticalidad de su liderazgo, fundado en el conocimiento racional y sentimental de una experiencia colectiva de postergación, la de los sureños, la de los provincianos («Yo vengo... y por eso sé que...»; «soy un hombre que... porque sé lo que les pasa a millones de provincianos en esta querida tierra»). Para decirlo claramente, la figura del «pingüino» es al «Sur» lo que la figura del «hombre común» es a la Argentina, y la tarea de Kirchner es la de oficial de traductor entre el código sureño y el código nacional:

Algunos por ahí empiezan a hacer teorías de construcción de poder. Tal vez **no conocen cómo somos los hombres y las mujeres del sur**, pero yo no estoy en ningún tipo de especulación de esa calidad bajo ningún aspecto. **Nosotros somos así**: medios crudos, sinceros, hoscos por el viento, por el frío, por la soledad que nos ha tocado vivir, y sabemos que cada vez que tenemos que arreglar un problema tenemos que ir al frente y tenemos que buscar muchas veces -en la soledad que nos ha tocado vivir- la solución de nuestra propia imaginación y nuestra propia creatividad. (27 de junio de 2003).

El modelo de la llegada avala esta analogía porque la asunción presidencial de Kirchner es representada como la llegada al «poder central» de un líder de «tierra adentro». La figura humorística enfatiza el doble juego relacional

kirchnerista: es un «pingüino» como cualquier sureño, al tiempo que es su condición de «pingüino» la que marca su filiación y trayectoria de gestión, su capacidad probada. La figura del «pingüino» hace del líder un *hombre común del sur* y de su experiencia sureña una muestra de liderazgo en condiciones difíciles.

Adversidad, horizontalidad y verticalidad, el *pingüinato* se vuelve así una dimensión humana del «hombre común» y del líder-víctima, recreando como garantía de gestión una comparación de condiciones y ejercicio de liderazgo entre el universo sureño en el que gobernó y el universo nacional al que arriba. Su torpeza, su hosquedad, todo aquello que lo hacía víctima de la burla y el escarnio es reformulado por el enunciador como rasgos de un hombre de confianza: el «pingüino» es un hombre común del «Sur» y todo aquello que lo califica despectiva o burlescamente en las voces de sus adversarios o comentaristas es lo que debería volverlo estimable para su pueblo. Ante el abandono de los «poderes centrales», Kirchner nos dice que no tenía otra opción que «ir al frente». Si la analogía es efectiva, los argentinos no pueden hacer otra cosa que imaginar la potencia de su líder *en* el poder central. Nunca habrá «piedras» suficientes para detenerlo:

Todos los días nos van poniendo piedras en el camino, pero no nos conocen. Tengo la fuerza de los luchadores, de los hombres del sur, que no bajamos los brazos ni ante el viento ni ante el frío ni el olvido. (21 de agosto de 2003c)

Digno del crédito popular por su realismo, su honestidad, su simpleza, Kirchner reformula la definición de «pingüino» con un triple resultado: en primer lugar, logra generar un ethos de «pingüino» en el marco de una imagen pública de humanidad, afín a su búsqueda de procesos de identificación social; en segundo lugar, logra vincular al «Sur» con la idea de una «patria federal» y con la idea de territorio «limpio», ajeno a la «Argentina residual»; por último, logra hacer de su ethos de «pingüino» una imagen de «cambio» con respecto al «pasado»:

Despectivamente, porque vengo del Sur, me dicen el “pingüino”. Lo decía ayer en Rosario, me dicen el “pingüino” y a mí me honra que me llamen así. Pero aparte, hermanos míos, prefiero ser –como me dicen– un pingüino, que formar parte de esa logia de los vampiros que saquearon al pueblo argentino. (07 de julio de 2004)

La variedad de especies le permite a Kirchner encontrar una oposición lo suficientemente fuerte como para capitalizar en su favor la semántica de la fauna

política. El uso de metáforas, en este caso animales, desde la perspectiva del análisis semántico, hace que se trasladen algunos rasgos sémicos del significado literal de la especie al sujeto designado (cfr. Di Stefano 2006). Comparar una persona con un pingüino supone adjudicarle rasgos como la torpeza, la tosquedad, el hecho de que sea llamado 'pájaro bobo' por su forma de caminar y por su incapacidad de volar, pero también deja latentes semas positivos que pueden actualizarse en el imaginario social, como la simpatía, la ternura, la ingenuidad o el afecto. Después de todo, tiene la pedestre condena de ser el único pájaro que no vuela. La comparación de un grupo de personas con una «logia de vampiros» podríamos decir que traslada al grupo aludido un cúmulo de rasgos negativos y difícilmente rebatibles: la oscuridad, el terror, el hecho de alimentarse de (la energía de) otros seres vivos, el mote de 'chupa-sangre', un operar «desde las sombras» (13/02/04), un cierto campo de lo oculto y lo maléfico.

La distinción zoológica opera en el discurso kirchnerista trazando una frontera histórica, que no es otra que la de la refundación: la lucha entre el «pingüino» y los «vampiros» se articula en la lucha más general entre la «nueva Argentina» y la «vieja Argentina» y el antagonismo animal reproduce la misma lógica de construcción de poder del kirchnerismo: ante los indeterminados «vampiros que saquearon al pueblo argentino», un «pingüino» convoca a sus hermanos, «hermanos míos», para «la aventura de un nuevo amanecer» (21/08/03b).

### **2.13 LA CONTRADESTINACIÓN: INDETERMINACIÓN Y MALESTAR**

La distinción entre la hermandad del «pingüino» y la «logia de vampiros» nos permite adentrarnos en la problemática de la contradestinyación en el discurso de Kirchner. Se sabe que todo proceso identitario se define respecto de una otredad y que todo discurso político supone en su multidestryación la construcción de un destinatario negativo, cuyo lazo con el enunciador queda definido por una inversión de la creencia y por una *lectura destructiva* de sus actos enunciativos (Verón 1987b:17). En el kirchnerismo, la problemática de la contradestinyación presenta dos fenómenos a tener en cuenta: la indeterminación de los agentes opositores y el mencionado uso del signifiante «pasado» como agente colectivo singular. Estos fenómenos –que parecerían en principio completamente ajenos– están relacionados con la dinámica que adquiere la dicotomización de la comunidad política en el discurso kirchnerista, ya que tanto la indeterminación agentiva como la agentivización del pasado ayudan a dar cuerpo al universo

semiótico de la «vieja Argentina», en franca contraposición con el mundo de valores de la «nueva Argentina»<sup>44</sup>. En lo que concierne al primero de estos fenómenos, se trata de la indeterminación de los contradestinatarios como agentes sociales concretos e individualizados:

**Estamos entre una Argentina que nace y una Argentina que agoniza. Debemos sepultar definitivamente un modelo político y económico que degradó la calidad institucional, que facilitó el abuso, la corrupción, la concentración excesiva de la riqueza; que tornó ausente u hostil al Estado respecto de la sociedad; que multiplicó exponencialmente la exclusión social; que nos sumió en la pobreza, destruyó la producción y el trabajo, y cerró los caminos hacia la dignidad del hombre. (11 de diciembre de 2003)**

**Siempre nos quieren hacer creer que no podemos, siempre nos quieren hacer creer que las únicas recetas que tenemos son las que nos han castigado durante estos últimos 10 años, esta última década... (12 de junio de 2003)**

Hemos puesto proa a la solución estructural de los problemas allí donde los problemas están, justicia y verdad con memoria donde no la hubo, presencia allí donde el Estado **se había ausentado**, inversiones allí donde **siempre se pretextaba** imposibilidades, transparencia allí donde **se practicaba** el oscurantismo interesado, contención y asistencia allí donde el mercado excluía y el Estado ajustaba, dignidad y defensa de lo nuestro allí **donde se cedía desvergonzadamente. (11 de diciembre de 2003)**

Los agentes inanimados «la Argentina», «el mercado» y «las únicas recetas», la nominalización «el modelo», el sujeto tácito plural en «siempre nos quieren hacer creer», la pasiva cuasirrefleja impersonal con se («se pretextaba») y la impersonal («se cedía») en el último fragmento le permiten al discurso de Kirchner describir a sus adversarios de manera vaga, sin identificar a los

---

<sup>44</sup> Ana Montero plantea la existencia de tres tipos de contradestinatarios en los discursos de Kirchner durante la totalidad de su gobierno (2003-2007): encubierto, indirecto y directo. Los contradestinatarios *encubierto e indirecto* permiten “dar cuenta de estrategias de borramiento del destinatario en el discurso político”. “[Q]uedan, en virtud de su estatus de ‘terceros discursivos’, excluidos del colectivo de identificación del locutor y por ello carecen de toda posibilidad de respuesta” (2009:333). El contradestinatario *directo* sería la novedad analítica de Montero y definiría una especificidad del discurso kirchnerista respecto de otros discursos políticos. Según la investigadora, “el recurrente empleo de la contradestinatación directa da cuenta de un tipo particular de relación enunciativa entre el locutor, responsable del enunciado, y los adversarios políticos, a quienes se interpela directamente y con tono desafiante, desencadenando un marcado efecto confrontativo” (2009:337). Se trata de una “destrucción discursiva del adversario” (2009:337) y se realiza habitualmente en forma voseante, lo que resalta el efecto ‘menorizante’ o peyorativo de figuras públicas con alto estatus o jerarquía. El ya célebre “¿Qué te pasa, Clarín, estás nervioso?” sería un ejemplo del tipo. Pese a la validez de la clasificación, constatamos que este último tipo de contradestinatación no es tan habitual durante su primer año de gobierno y que las contradestinataciones encubiertas o indirectas son, en cambio, recurrentes. Como ejemplo más claro, podemos citar el Mensaje al país del presidente, realizado el 5 de junio de 2003, con motivo de unas declaraciones opositoras del entonces presidente de la Corte Suprema de Justicia, Dr. Julio Nazareno. En éste, Kirchner elude toda interpelación directa al funcionario y, tal como veremos con detalle más adelante, asocia su figura a las fuerzas del pasado.

responsables o directamente ocultándolos. Fue el «modelo» el que degradó la calidad institucional y tornó ausente el Estado; fueron las «recetas» las que han castigado a los argentinos; fue «la Argentina» la que cobijó en impunidad a unos y condenó a la miseria y la marginalidad a otros<sup>45</sup>. Esta falta de identificación es funcional con la construcción de una cronotopografía alternativa que Kirchner opone a la de su gestión. Es el presente enunciativo de una transición y una lucha entre un adversario que evoca la irreversibilidad de un modelo («siempre nos quieren hacer creer que las únicas recetas que tenemos son...») y la correlativa impotencia de los argentinos («siempre nos quieren hacer creer que no podemos»), y un líder que conoce el sentir («queremos superar») y el deber («debemos superar») colectivos de una época, pero también que, como parte de un gobierno, actúa a favor de ellos («hemos puesto proa a la solución estructural»). Para Kirchner, los argentinos «Estamos entre una Argentina que nace y una Argentina que agoniza» y nuestro deber es dar a luz una sepultura. La Argentina que muere, «la vieja Argentina», es la Argentina donde habitan los adversarios del discurso kirchnerista. La contradestinyación, en estos términos, cobra la forma de una extrema unción o de una despedida. En el kirchnerismo, la polémica es la ficción de un entierro y la oposición, un muerto vivo, un zombi, un entuerto:

Allí se levanta queriendo regresar la vieja Argentina que queremos superar, que debemos dejar atrás. La Argentina de la violación de los derechos humanos, la de la justicia en la medida del poderoso, la de la destrucción de las fuentes productivas y el cierre de las fábricas, de la corrupción estructural, la del empobrecimiento constante de nuestros sectores medios, la de la exclusión social, la de la concentración económica y el endeudamiento eterno. Todavía está allí y tiene sus defensores. (18 de noviembre de 2003)

Por medio de una serie de nominalizaciones («violación», «destrucción», «empobrecimiento», «exclusión», «concentración», «endeudamiento»), el enunciador elide los agentes responsables de violar, destruir, endeudar, excluir, y deja en su lugar una suerte de fresco, un paisaje que los argentinos «debemos dejar atrás». No se trata ni de políticos, ni de grupos, ni de sistema social, el factor propiciatorio de todos los males es la cronotopografía de un país: la «vieja

---

<sup>45</sup> Según Charaudeau (2009:266), esta imprecisión acerca del enemigo, así como la construcción de un enemigo monstruoso y oculto, es propia de los discursos populistas: “Ya sea este enemigo interno o externo, el discurso populista lo describe de manera vaga, como si estuviera oculto, como una bestia acurrucada en la sombra lista para atacar”.

Argentina», la «Argentina que agoniza». Al dejar atrás esa Argentina que «todavía está allí», que existe en un tiempo y espacio presentes, en la misma configuración espacio-temporal que la «Argentina que nace», el enunciador se saca de encima «sus defensores», deja a sus «críticos» formando parte de un «paisaje»:

Sabemos que no a todos conforma o le gusta nuestro estilo, que si enfrentamos muchos problemas, que si le dedicamos mucho tiempo a la búsqueda de soluciones y si no tenemos la sumisión debida a los poderosos, que si esto, que si aquello. Nuestros críticos no nos perdonan ni una. Pero allá ellos, quedarán formando parte del paisaje de esa Argentina que buscamos dejar atrás. (18 de noviembre de 2003)

Sus «críticos» se convierten en una imagen. Como si se tratara del «paisaje» en la ventanilla de un tren, el enunciador deja atrás no sólo el espacio-tiempo de un agente (la «vieja Argentina»), sino además a los adversarios que ese agente como entidad resume y cuya indeterminación resulta entonces tan lógica como la de los rostros en un «paisaje» en movimiento. La contradestinción consume el exilio del enemigo por la indeterminación de los agentes opositores y por la determinación de agentes inanimados como colectivos singulares de acción. Darles nombres, definir sus rostros significaría identificar a los adversarios, y esta identificación supondría un territorio común de polémica y, por lo tanto, una indefensión ante las palabras ajenas. La vaguedad de la contradestinción favorece el efecto de vaciamiento de la dimensión polémica y exilia de la Argentina kirchnerista la potencia agonística de la palabra enemiga. En un proyecto «transversal» (25/05/03), toda oposición aparece como injustificada y bajo la forma de una amenaza: o se trata de un perseguidor o se trata de fuerzas desde las sombras.

El funcionamiento expulsivo o destructivo de la contradestinción permite explicar, por ejemplo, el *affaire* Nazareno. Julio Nazareno era el presidente de la Corte Suprema de Justicia cuando Kirchner asume la presidencia, habiendo formado parte de la llamada 'Corte adicta y mayoría automática' durante el menemismo. Pocas semanas después de la asunción presidencial, el juez critica públicamente los principales lineamientos de la nueva gestión en reportajes por medios de comunicación masiva. Como respuesta Kirchner dirige un mensaje por cadena nacional solicitando la destitución de Nazareno y la constitución de una «Justicia independiente» (05/06/03). En su discurso, el santacruceño se refiere a Nazareno en los siguientes términos:



**Es el pasado que se resiste a conjugar el verbo cambiar que el futuro demanda**, acostumbrado como está a un constante toma y daca para subsistir y lograr sus objetivos a costa de la calidad institucional. (05 de junio de 2003)

El aporte a la calidad institucional que pedimos como ayuda es la instrumentación urgente de **los remedios al mal que enfrentamos**. (05 de junio de 2003)

Las palabras de una figura como Nazareno –y la propia figura del juez– son interpretadas dentro del ‘cerco semántico’ del discurso kirchnerista como indicios del «pasado» y del «mal», como vestigios de la «vieja Argentina». El mensaje presidencial viene a poner en foco una demanda social de la post-crisis y, ciertamente, aprovecha un clima de sospecha alrededor del principal órgano del Poder Judicial. Después de todo, la denuncia de los miembros de la Corte Suprema y el pedido de su enjuiciamiento se canalizaban en una concentración los jueves al mediodía ante los Tribunales desde principios de 2002 (Cheresky 2008:140). En el discurso kirchnerista, Nazareno resulta menos un contradestinatario directo que un índice del pasado, un agente inanimado cuya existencia solamente puede cobrar cuerpo en la «vieja Argentina». Coherente con su amenaza a sus «críticos», Kirchner convierte a Nazareno en parte del «paisaje» que hay que dejar atrás, y esto resalta un aspecto significativo de sus discursos durante ese primer año de gobierno: sus adversarios no logran encarnarse; son imágenes, espectros, «vampiros», fuerzas indeterminadas «que siguen amenazando desde las sombras» (13/02/04). El discurso kirchnerista confina a sus adversarios a una configuración temporo-espacial que el propio kirchnerismo crea, para de esa forma controlar lo que Michel Foucault llamaba “los efectos indeseables del silencio”. Kirchner crea la ‘jaula de oro’ para que sus contradestinatarios se expresen y de esa manera intenta controlar la heterogeneidad que lo constituye. Sus enemigos sólo pueden adquirir entidad en la «vieja Argentina», como signos de una experiencia nacional de malestar.

#### **2.14 PERSÍGANME, NO LOS VOY A DEFRAUDAR**

El ethos kirchnerista de *líder-víctima* se funda en la memoria de una experiencia nacional colectiva, y autoriza al enunciador para articular su memoria e imaginarios individuales con una memoria e imaginarios colectivos. La persecución y la postergación, el pingüinismo y la militancia son experiencias individuales del locutor que se ligan con la memoria colectiva de los argentinos.

Cada una de estas imágenes a las que el discurso kirchnerista apela y por medio de las cuales procura generar identificación presentan la ambivalencia del liderazgo y la victimización. Dicha ambivalencia se funda en los modos en que los mundos éticos que el enunciador despliega se engarzan con las memorias que recupera y en las cuales se apoya para lograr la incorporación de sus prodestinatarios. La imagen del hombre común, la imagen del pingüino, la imagen del militante son imágenes que trabajan en un doble carril: por un lado, son figuras de un cierto tipo de liderazgo; por el otro, son figuras de una postergación. En la Argentina de la post-dictadura y la post-crisis, la virtuosa comunidad del hombre común, la simpática figura humana del pingüino, la adopción de la 'camiseta peronista' de la militancia setentista enfatizan la búsqueda de un liderazgo horizontal, humano, en permanente contacto con el pueblo. Pero actualizan también las marcas de un tipo de liderazgo que llega al poder intentando cerrar una etapa de postergaciones: la del «consumir y vivir mejor», la de los «derechos humanos», la del «federalismo», la del «bienestar».

Las imágenes de sí que Kirchner construye en sus discursos durante su primer año de gobierno ponen en foco las tensiones entre la potencia de un líder y la indefensión de una víctima, obteniendo rédito público del conjunto al dotar de fuerza al hombre común (postergado, perseguido, olvidado) y de humanidad al líder. Un líder con la suficiente energía para luchar contra una «vieja Argentina» y una víctima con la debilidad suficiente para garantizar el verosímil de su pedido de ayuda:

Van a poner muchas dificultades en el camino, hay muchos que quieren seguir viviendo en la vieja Argentina, hay muchos que quieren seguir con los viejos privilegios, pero **ayudémonos, ayúdenme y acompañémonos** que seguro que vamos a hacer un país distint[o], una Argentina distinta donde la justicia y la equidad social vuelvan a estar. (20 de agosto de 2003c)

Si ustedes me lo permiten, **yo solamente les quiero pedir que nos ayuden, que me ayuden. Sé que si el pueblo argentino nos ayuda lo lograremos**; acá no hay hombres fundamentalistas o nihilistas, nadie puede salvar al pueblo por sí solo, necesita la colaboración del conjunto de la sociedad, el sentirse ayudado y solidario. **Yo con humildad les pido que me ayuden, porque saben** que hay muchos también que quieren parar los cambios, hay muchos que quieren que la sociedad permanezca en un statu quo; a algunos les molestan los cambios porque por allí se les termina la historia del poder político, la participación y demás; a algunos les molestan los cambios porque les asusta el cambio y porque se les puede terminar un modo de vida o prebenda que pueden haber obtenido. (29 de abril de 2004)

La memoria funciona en el discurso kirchnerista como un contrato enunciativo de complicidad entre el líder y la masa. Lo que la memoria permite es, sobre todo, construir un colectivo de pertenencia y sentar las bases de un compromiso nacional, cuyo fundamento sea el recuerdo de una postergación. Las formas lingüísticas que mejor regulan este contrato son aquellos verbos cognitivos del tipo 'saber', 'recordar', 'acordar' y el uso de la tercera persona del plural o del singular para la contradestinatión, por ejemplo, 'aquellos', 'ellos', 'los que', que presupone en su indeterminación un enemigo por todos conocido. Semejante saber compartido es la condición *sine qua non* de una posible eficacia en la distinción entre la vieja y la nueva Argentina. Pero además la complicidad representa un pacto simétrico, que, a diferencia de un contrato didáctico, implica un refuerzo en la búsqueda de horizontalizar la relación entre Kirchner y sus destinatarios y acortar las distancias institucional e históricamente constituidas.

El pedido de ayuda («les pido que me ayuden»), que es también un pedido de compañía («ayudémonos, ayúdenme y acompañémonos»), implica, por un lado, la construcción de un enemigo presupuesto («porque saben que hay muchos...») y, por otro, la seguridad del éxito, cuya concreción depende del apoyo de los argentinos al gobierno del líder («Sé que si el pueblo argentino nos ayuda lo lograremos», «que seguro que vamos a hacer un país distinto»). En vista de ello, la solicitud tiene una triple derivación enunciativa: en primer lugar, presupone y concede el poder al que ayuda, en este caso, el pueblo; en segundo lugar, convierte al acusador, devenido perseguidor, en rival del pueblo por el poder; en tercer lugar, permite al enunciador construir desde su ethos de víctima un ethos de líder, esto es, trocar la relación vertical de poder escenificada (la del socorrista con la víctima, es decir, la del pueblo con Kirchner) por la relación vertical de poder instituida (la del liderazgo), a partir de una relación horizontal (la de hombres comunes). El presidente confronta la «ayuda» como unidad de contacto entre el líder y el pueblo con el mesianismo del menemismo. La lógica de la relación de ayuda supone una inversión de la lógica caudillesca o mesianica, y es la imagen de un hombre «que necesita la colaboración del conjunto de la sociedad», que precisa «el sentirse ayudado y solidario», en suma, la imagen de un hombre común e indefenso la que avala una forma tal de liderazgo. No se trata tan solo de seguir al líder sino de darle ayuda para poder seguirlo:

Rosarinos, rosarinas; argentinas, argentinos: ante nuestra bandera, ante este día histórico, **les digo con todas mis fuerzas que nos ayudemos, que me ayuden**. No le vengo a pedir a nadie que me siga, sino que **nos**

**ayuden** a hacer una Argentina diferente, para que el sueño de nuestros abuelos, de nuestros hijos, de nuestros estudiantes, de nuestros obreros, que tener un destino distinto se pueda concretar. (20 de junio de 2003)

Les puedo asegurar que se puede hacer y lo vamos a hacer, por eso aprovecho esta tarima que me dieron hoy no para decirles que me sigan, porque ya vieron los que nos pasó por seguir y seguir: yo les digo a los trabajadores argentinos, a ustedes, a los empresarios y a todos, **que nos ayuden, que me ayuden**, que no voy a dar un solo paso atrás, voy a seguir con todo para adelante para hacer una nueva Argentina donde se termine la corrupción, donde se premie el trabajo. (03 de julio de 2003).

La imagen pública que garantiza el universo de ayuda, solidaridad y acompañamiento que Kirchner despliega como cláusula de su poder se define como el contrario del mesianismo menemista. La lógica de la ayuda da cuenta de una tendencia horizontalista en el discurso del líder y fomenta además la idea de una construcción colectiva del «cambio». La firmeza («no voy a dar un solo paso atrás»), la seguridad («Les puedo asegurar... y lo vamos a hacer»), la fuerza («con todas mis fuerzas»), el patriotismo («ante nuestra bandera, ante este día histórico»), la tenacidad («voy a seguir con todo para adelante...») contribuyen al diseño de una imagen de liderazgo, cuyo principio de verticalismo se nutre, no obstante, de la energía y la fuerza del contacto popular.

Las imágenes de hombre común y de líder-víctima operan como garantes de una configuración política en la que se conjugan con inusual sincretismo la necesidad institucional de un liderazgo potente y realista a la vez y la demanda social de un gobierno en estrecho vínculo con la población, capaz de escuchar y sentir la voz del pueblo argentino. El primer año del kirchnerismo podría ser explicado por el modo en que el líder ha debido conciliar la verticalidad de un cargo (el presidencial) y una tradición partidaria (la peronista) con la demanda de representación directa y horizontal procedente de la post-crisis<sup>46</sup>, generando toda una política táctil de gobierno, en la que el contacto entre el líder y los argentinos aparecía como requisito indispensable de gobernabilidad.

---

<sup>46</sup> En el libro *Metáforas en uso*, coordinado por Mariana Di Stefano, Hernán Díaz destaca el carácter metafórico de lo vertical y lo horizontal en el discurso político y la concepción tradicional del poder como un fenómeno que “está arriba”. En su artículo Díaz (2006:130) señala que estas metáforas del poder están asociadas fundamentalmente –como afirman Lakoff y Johnson en *Metáforas de la vida cotidiana*– a nuestra experiencia corporal y marca signos de ‘horizontalización’ del poder en los discursos de izquierda, que tienen un importante asidero en contextos de post-crisis: “Hace unos años el Partido Justicialista hacía gala de su ‘verticalismo’: las decisiones sólo podían emanar de Juan Domingo Perón, y de ahí proyectarse hacia el resto del partido o del país. Ahora, en cambio, una buena parte de la juventud politizada y las asambleas barriales invocan la ‘horizontalidad’, es decir, la posibilidad de crear organizaciones sin dirigentes, sin jefes, donde las decisiones se tomen en estado asambleario”.

El presidente Kirchner hizo del contacto una política de la inmediatez, un signo de democracia directa, configurando “una imagen de representación del pueblo sustentada en una relación directa con la ciudadanía, aunque esta relación revistiera un carácter virtual o imaginario y sólo ocasionalmente se tradujera en el contacto real o aun mediado” (Cheresky, en Cheresky 2007:29). La muestra del vínculo inmediato entre el presidente y los argentinos «en cada mano de ustedes que toco, en cada beso que nos damos, en cada abrazo que nos dimos» (04/02/04) crea las condiciones para que el enunciador se convierta en garante de una nueva forma de gobierno y un verdadero federalismo:

Nuestro pueblo ha llevado sobre sus espaldas los análisis y los diagnósticos de dirigentes que **están en cómodos sillones**. Por eso yo **quiero recorrer la Argentina, para que llegue la voz federal**, para que el pueblo federal, para que los hombres y las mujeres de este interior olvidado, más allá de los análisis y de los diagnósticos, **puedan recibir la mano reparadora de la Argentina** que los vuelve a considerar parte de su patria. (15 de octubre de 2003)

La figura de la *recorrida*, que se repite en varios de sus discursos<sup>47</sup>, refuerza las ideas de cercanía e inmediatez entre el gobierno y el pueblo que las figuras del sentimiento (un beso, un abrazo; toda una coreografía del tacto) destacaban en la imagen afectuosa del líder. La recorrida implica también un suplemento a las imágenes de humanidad y de realista del presidente, ya que recorrer denota una percepción no mediada del otro y una percepción no mediada de la realidad de ese otro. Asimismo, garantiza en la figura de Kirchner la llegada misma del Estado nacional, «la mano reparadora de la Argentina». Recorrer es para Kirchner un ejercicio empírico de conocimiento personal: «ver», tocar («recorrer la patria de la mano de la gente» (01/09/03)), «tener los oídos en el pueblo» (01/09/03), «conocer bien donde viven» (20/08/03), pero también el aval de un Estado más *humano* que «está presente y trata de llegar» (13/04/04)<sup>48</sup>.

Contrapuesto a la distancia implícita en la política de los «cómodos sillones», el liderazgo kirchnerista se juega “en la relación entre el líder y su pueblo que lo acompaña” (Biglieri 2008:130). Ha sido Luis Alberto Quevedo quien ha marcado con mayor énfasis “El horror que Kirchner tiene a la política fashion de

<sup>47</sup> Véanse, por ejemplo, los discursos del 20 y 28 de agosto, del 1, 11 y 16 de septiembre y del 15 de octubre de 2003.

<sup>48</sup> Las metáforas *humanas* del Estado aparecen reiteradamente en el discurso kirchnerista y buscan hacer del aparato estatal un ser ubicuo y omnipresente. La idea de la «mano» o «mano reparadora» es por lejos la más utilizada (cfr. 1 y 7 de agosto de 2003, 4 de noviembre de 2003, 30 de abril de 2004), pero también aparecen las metáforas auditiva y visual (cfr. 1 de marzo de 2004, 30 de abril de 2004).

Menem, al fracaso de la Alianza, construida como una burbuja publicitaria” y la búsqueda de un lugar “de mayor simplicidad y autenticidad, con menos artificio y publicidad”. El estilo personal de Kirchner, al menos durante su primer año de gobierno, estuvo signado por el cuerpo a cuerpo, por “poner el cuerpo, ir a los lugares, ver a la gente” (en Natanson 2004:14-15). Para Eduardo Rinesi (en Natanson 2004:20) esta política corporal de Kirchner reivindica una cultura política diferente a la neoliberal y pone lo político por encima del discurso de la economía<sup>49</sup> y del “discurso, la retórica y la estética de los medios en general y la televisión en particular, por otro”.

El estilo personal de gobernar de Kirchner no escapa al contacto directo, al cara a cara con la población. A diferencia de muchos presidentes y jefes de estado de América Latina y del resto del mundo, el estilo K —en palabras de Atilio Borón (2005:47)— “es radicalmente plebeyo, desenfadado y alejado de todos los convencionalismos”. Para el politólogo (2005:47), el carácter informal, nada acartonado e inmediato del presidente no puede sino generar identificación, ya que en una ‘sociedad de frontera’ como la Argentina, en donde las jerarquías sociales son frágiles y tenues, y además muy mal vistas —a diferencia, por ejemplo, de la fuerte herencia clasista prevaleciente en países como Brasil o México—, la vocación presidencial por el contacto directo con las masas genera una fuerte corriente de simpatías hacia su persona.

Entre la cercanía afectuosa y la eficacia del contacto, la política táctil de Kirchner forma parte del fino equilibrio en que el kirchnerismo hace confluír la presencia de una filiación política peronista y una demanda post-crisis de democracia horizontal y a-partidaria, poco afín a la dinámica representativa de la clase política tradicional y las elites. La puesta en escena de un modo de hacer política basado en el contacto directo con el pueblo marca, por un lado, un reconocimiento del descrédito ciudadano a la indiferencia y frialdad de los políticos frente a los sufrimientos del pueblo, imagen alimentada además por los medios de comunicación, y, por otro, la reivindicación de lo que para la militancia setentista era la esencia del peronismo: el encuentro del líder con su pueblo (cfr. Sigal & Verón 2004:176). El estilo K es leal, en este sentido, a la historia del peronismo: un modelo de los extremos, en el que la política se gesta en una cúpula y en la que, del otro lado, existe una relación del líder con la opinión pública. En el medio

---

<sup>49</sup> Esta primacía de lo político que Rinesi adjudica al kirchnerismo es discutible, en la medida que —como exponemos en lo extenso de nuestra investigación— el discurso presidencial presenta huellas interdiscursivas no sólo de las memorias del bienestar y setentista sino también del discurso (neo)liberal de la gobernabilidad.

–dice Nicolás Casullo (en Natanson 2004:56)– pareciera que no hay nada, aunque el peronismo tenga gobernadores, una red, una trama. En términos estratégicos, el kirchnerismo recupera el modelo peronista tradicional: logra una figura y unas bases con las cuales se relaciona casi física, emocionalmente, a partir de un estado de la cultura, de la opinión y de la confianza, sin nada en el medio.

## 2.15 DINÁMICAS DE LA IDENTIFICACIÓN: LIDERAZGO, POSTERGACIÓN Y MEMORIA

Todo discurso político entraña la construcción de un *nosotros* que consolida el proceso de identificación en torno a un líder en el seno de un grupo social. Dotada de un poder performativo, dicha entidad colectiva origina un espacio de incorporación destinado a interpelar a los destinatarios positivos del locutor. A los fines de esta tesis, cuatro son las formas predominantes del ‘nosotros’ que intervienen en la construcción del colectivo de identificación kirchnerista durante el primer año del santacruceño al frente del Poder Ejecutivo Nacional: *nosotros, los argentinos; nosotros, el gobierno; nosotros, la generación; nosotros, los patagónicos*. De la primera de ellas, vale decir que es la forma privilegiada en el discurso de Kirchner y que su presencia recurrente puede justificarse en la performación de una comunidad nacional cuya narración identitaria, la idea misma de un *ser nacional*, aparece absolutamente fragmentada como resultado de la profunda crisis de 2001. Podríamos hablar de la necesidad de “reconstitución simbólica de la pertenencia a una nación”, como afirma el sociólogo Lucas Rubinich (en Natanson 2004:100). Una postura similar parece sostener Víctor Armony, quien en su análisis de los discursos presidenciales argentinos habla del poder aglutinante del vocativo ‘argentinos’ y del metacolectivo ‘Argentina’ en una situación de post-crisis como la que caracteriza los primeros meses del gobierno kirchnerista. Por medio de su inclusión en el colectivo de los argentinos, el locutor parece intentar fusionarse con los destinatarios en el marco de un proyecto a futuro que es memoria del pasado:

**(...) los argentinos hemos aprendido que no hay recuperaciones milagrosas, que el inmediatezismo siempre es señal de una debacle mayor y que la Argentina va a tener sus años para recuperarse y recobrar el tiempo perdido y poder potenciarse para ser un país como el que deseamos todos los argentinos, con justicia, con equidad, con inclusión social, que es la lucha que todos nosotros tenemos que llevar adelante.** (23 de diciembre de 2003b)

El gran desafío es reconstruir la Argentina del trabajo y la producción; volver a reconstruir la autoestima, es fundamental que **los argentinos nos volvamos a autoestimar**, no somos los peores del mundo, los más malos,

los más corruptos, los más ladrones y los más sinvergüenzas. (23 de diciembre de 2003b)

El *aprendizaje* y la «lucha» colectivos son las condiciones de posibilidad del *deseo* argentino en el discurso kirchnerista. Aquello que une en un mismo colectivo al líder y al pueblo es la lucha por «un país como el que deseamos todos los argentinos» y la memoria de ciclos y fenómenos reiterados («...siempre es señal») que han atentado contra la realización de ese deseo. Pero, por otro lado, lograr el país deseado supone la reconstrucción de una identidad nacional: «es fundamental que los argentinos nos volvamos a autoestimar». La «refundación» de la Argentina no demanda solamente la recuperación de la economía y la calidad institucional sino además la reivindicación de una identidad que ha sido, como el país mismo, destruida.

En cuanto a *nosotros, el gobierno*, a diferencia de la igualación que daba por sobreentendida el anterior, marca la distancia y el valor del liderazgo:

Eso está marcando que en la Argentina la situación de emergencia, la situación de crisis institucional, la situación de que **por allí habíamos comenzado a gobernar segundo a segundo ha mejorado y hoy gobernamos minuto a minuto**, pero lo queremos hacer con los oídos bien abiertos, con una clara concepción de escuchar y de buscar nuevas síntesis que nos permitan dar las respuestas que la Argentina necesita. (13 de noviembre de 2003b)

El valor del liderazgo aparece habitualmente mitigado por la gerundización gubernamental y el realismo del enunciador; la distancia, en tanto, no conduce a la indiferencia sino que apela a una política del contacto: «oídos bien abiertos», «clara concepción de escuchar». Por lo general, este colectivo marca más bien la exterioridad del gobierno respecto de la situación crítica y se articula con el modelo de la llegada:

Venimos desde el Sur del mundo y queremos fijar, junto a ustedes, los argentinos, prioridades nacionales y construir políticas de Estado a largo plazo para de esa manera crear futuro y generar tranquilidad. Sabemos adonde vamos y sabemos adonde no queremos ir o volver. (25 de mayo de 2003)

Dentro de esta perspectiva, *nosotros, el gobierno* contrasta con *ustedes, los argentinos*. La distancia que el enunciador presenta entre su colectivo y la entidad a la que se dirige traba relación paralelamente con una idea de postergación que subyace a la inscripción en los otros dos colectivos. Es decir, la distancia es menos el resultado del carácter vertical del liderazgo que la consecuencia de las



postergaciones que Kirchner ha sufrido para alcanzar el estado que la *Historia* misma le había asignado. Dijimos que la entidad *nosotros, los patagónicos*, en la cual se inscribía en tanto «pingüino» u hombre común del sur, fundaba un colectivo basado en el desfase entre el esfuerzo de los hombres comunes del sur por ser valorados y la indiferencia de la «dirigencia más importante del país»:

El gobernador Lizurume, como los legisladores nacionales, el Senador nacional, que también fue Gobernador, saben lo que nos ha costado a todos nosotros durante muchísimos años que la dirigencia más importante del país entienda lo que significaba la Patagonia y **que nos entiendan a los patagónicos**, que siempre nos sentimos el patio trasero de la Argentina, siempre nos sentimos como si fuéramos una anexión y no fuéramos la parte viva de este querido país, con todas nuestras fuerzas, nuestras riquezas, nuestras posibilidades, todo lo que podemos brindarle a la patria. (27 de junio de 2003)

Las dificultades para ser entendidos, el sentirse «patio trasero» o «anexión» del país, pese a las «riquezas» y «posibilidades» sureñas, marcan el grado de postergación (y de injusticia) al que fueron sometidos los patagónicos y uno de los líderes que los representa. La postergación cobra dimensión como fenómeno cognitivo («saben...») y afectivo («siempre nos sentimos...») de los patagónicos, y el colectivo que los agrupa pone sobre el tapete un proceso de reparación que la refundación kirchnerista deja traslucir. El *nosotros generacional* trae a colación un proceso de reparación histórica que funciona en términos más o menos similares a los del caso anterior. Si la experiencia patagónica dejaba entrever el fin de una postergación injusta, el desengaño generacional no le va a la saga. Para Kirchner, la postergación de la verdadera democracia, que su proyecto de cambio viene a saldar, es la postergación del proyecto de su generación. La entidad *nosotros, la generación* viene a reforzar la idea de postergación que ronda como un fantasma toda la refundación kirchnerista. Ésta, por lo tanto, habilita al enunciador para construir un colectivo cimentado en el recuerdo de su época de militante:

Queridos amigos y amigas; compañeros y compañeras: quiero comenzar expresándoles que exactamente hace 31 años a esta hora **una generación de argentinos veíamos y sentíamos que la democracia volvía a la Patria**. (11 de marzo de 2004b)

Me preguntaban cómo viví el 11 de marzo del 73. Me tocó ser el fiscal de mesa y recuerdo hasta hoy que había tanto miedo a la trampa y al fraude que **la orden que teníamos era subirnos** a los camiones que transportaban las urnas para cuidarlas hasta que se terminara de revisar el último voto. Era el 11 de marzo del 73, **una generación de argentinos nos incorporábamos a la vida democrática con la fuerza y el deseo de construir un nuevo país**. (11 de marzo de 2004b)

La democracia y el «nuevo país» que Kirchner nombra como deseos de juventud son los mismos que busca garantizar ahora como líder, treinta años después. La idea de la postergación, como puede observarse, se desprende del tiempo perdido que media entre un mismo deseo. *Nosotros, la generación* funciona como mundo ético de valores y filiaciones que el propio enunciador procura validar por las características que su imagen pública propugna como espacio de incorporación: honestidad, humildad, realismo, humanidad, simpleza, pluralidad. Lo interesante de los colectivos kirchneristas es que aquellos que remiten a una experiencia de la postergación (el patagónico, el generacional) se convierten en universos éticos que legitiman el espíritu de su proyecto actual. Para ponerlo en otras palabras, el delgado equilibrio entre la horizontalidad de *nosotros, los argentinos* y la verticalidad de *nosotros, el gobierno* encuentra como principal garantía las imágenes de hombre común y líder-víctima que las experiencias de la postergación y, por lo tanto, sus inscripciones patagónica y generacional, validan. La legitimidad de la inscripción del enunciador en el *nosotros gubernamental* coincide con el fin de la postergación que la *argentinización* del colectivo kirchnerista, patagónico y generacional, supone.

#### **2.16 EL PUEBLO UNIDO...**

La vocación *transversal* del discurso kirchnerista a su llegada al poder comporta la necesidad de ampliar su base de apoyo. Para ello, Kirchner debe convocar a sus destinatarios positivos a un espacio de incorporación, del cual él mismo se ofrece como garante. La configuración política que el kirchnerismo expresa como fuerza conlleva la busca de adhesión de esos destinatarios, con los cuales el líder ensaya construir una relación y fundar la legitimidad de su toma de palabra.

La figura central de la interpelación kirchnerista es la entidad totalizante *los argentinos*, en el seno de la cual el propio enunciador se inscribe como hombre común y líder de los postergados. Según cuál sea la dinámica *realista* del mundo ético de incorporación, prevalezca en éste una dimensión económica o jurídico-institucional, las formas de la convocatoria de «hombre común» y *líder-víctima* presentan como característica la preponderancia de determinados metacolectivos, con los cuales el enunciador procura lograr identificación en sus alocutarios: «argentinos y argentinas», «hermanas y hermanos», «amigos y amigas», «compatriotas», «gente», «sociedad» y «pueblo». Estas formas pueden resultar

más o menos directas, cuando se trata de vocativos como «argentinos y argentinas» o «amigos y amigas», o más o menos indirectas, cuando el enunciador utiliza sintagmas nominales del tipo, «gente»«sociedad» o «pueblo». Son éstos últimos los que marcan una escisión enunciativa al interior de *los argentinos*, como colectivo de identificación más amplio posible. El sintagma «gente» forma parte de las influencias que la mediatización de la vida política ha tenido en las formas habituales de interpelación y no reporta un interés mayor respecto de la especificidad kirchnerista<sup>50</sup>. En cambio, la distinción entre «sociedad» y «pueblo» –creemos– pone en escena el significado discursivo de la postergación, a la que la «refundación» kirchnerista viene a poner punto final. En primer lugar, hay que decir que las implicaciones semiopragmáticas de la escisión entre «sociedad» y «pueblo» cobran cuerpo en la relación de cada una de estas nociones con el papel del «Estado»:

**Nosotros queremos un Estado que proteja los intereses del pueblo argentino**, que proteja los intereses de los más débiles, que proteja los intereses de los que no tiene[n] nada, que proteja los intereses de los que quieren vivir en una Patria con dignidad y con Justicia. (18 de mayo de 2004)

**El Estado, las instituciones, la política, están recuperando credibilidad** al ubicarse en sintonía con la ciudadanía, **reconciliándose con la sociedad** a través de un fuerte incremento de la calidad institucional. (02 de junio de 2004)

La protección de los intereses del pueblo y la recuperación de la credibilidad integran los ejes del discurso kirchnerista en torno a la noción de «viabilidad» que veremos más adelante. En la tarea por devolverle la «dignidad» a los argentinos,

---

<sup>50</sup> En tanto noción socio-cultural de reciente cuño, «gente» no tiene ni la connotación de poder asociada al imaginario de la entidad «pueblo» ni la connotación jurídico-institucional de la «sociedad». La entidad parecería funcionar como sinónimo de «pueblo» en diferentes estructuras argumentativas, pero suele resultar más eficaz en relación con los *ethé* de credibilidad y «pueblo» con los *ethé* de identificación. Para el discurso de Kirchner la «gente» integra un metacolectivo asociado a la confianza y a la credibilidad. Por su intermedio el enunciador se presenta a sí mismo como digno de crédito y, por la misma dinámica, construye a sus paradesinatarios como acreedores de su confianza. Son ejemplos: “Les puedo asegurar que en lo que más creo es en la gente...” (20 de febrero de 2004); “...quebraron la credibilidad entre las instituciones y la gente...” (29 de abril de 2004); “...tengo que poner la voluntad para servir leal y honestamente a responder a la necesidad de nuestra gente” (29 de abril de 2004); “La gente debe recuperar la confianza en las fuerzas de seguridad y los gobernantes tenemos que dar garantía de ello...” (29 de abril de 2004); “...la dignidad se práctica no mintiéndole a la gente” (11 de marzo de 2004); “...eso nos lleva a descalificar la esperanza de la gente...” (18 de marzo de 2004). Según Natalio Botana (2006:54) el sintagma ‘gente’ opera como categoría mediática: sería aquella población que consume imágenes generadas por los animadores mediáticos y encuestas producidas por especialistas. Según el autor, parecería haber reemplazado al pueblo de ciudadanos concebido como agente soberano de consenso, deliberación y disenso.

dos son para Kirchner las ocupaciones principales del Estado: por un lado, debe asegurar la capacidad de consumo de los habitantes de su territorio y con ello la sustentabilidad interna del país; por el otro, debe lograr credibilidad para devolver calidad a las instituciones. Cada una de estas metas usualmente aparece asociada a uno de los dos metacolectivos en cuestión: la «sociedad» figura ligada más a una dimensión jurídico-institucional del aparato estatal, mientras que el «pueblo» se presenta en cambio como una entidad atada más bien a una dimensión económica o mercantil del Estado. En un caso, está en juego la «credibilidad»; en otro, los «intereses de los más débiles». Estamos ante dos formas de exclusión:

No tenemos ninguna duda, sabemos que la crisis no solamente va dejando **excluidos sociales e institucionales** desde un perfil, sino que consolida un **concepto de exclusión social e institucional...** (21 de agosto de 2003)

El proyecto neoliberal en la Argentina dejó muchísimos heridos, **excluidos sociales, excluidos institucionales**, una fuerte desinversión en todos los aspectos, un país absolutamente quebrado. (02 de septiembre de 2003)

La exclusión institucional hace referencia a aquellas características institucionales de la «vieja Argentina» que han alejado a la sociedad de su participación en las instituciones. Es el resultado de la corrupción, la impunidad, de los «pactos a espaldas de la sociedad» (05/06/03), «pactos espurios a espaldas de la sociedad» (25/05/03). La exclusión social, diferentemente, refiere a aquellos procesos socio-económicos de la «vieja Argentina» que han desembocado en la pobreza, la indigencia, la falta de empleo. Es el resultado de la concentración y centralización de la economía, de la «integración externa sin sustentabilidad interna» (19/08/03), de la fuga de capitales, de la especulación financiera. Son dos dinámicas excluyentes diferentes, aun cuando su origen común sea el modelo neoliberal. De allí que existan una «pobreza cívica» y una «pobreza económica»:

Un Estado no puede tener legitimidad si su pueblo no ratifica el fundamento primario de sus gobernantes. De la misma manera que luchamos contra la **pobreza económica** tendremos una conducta sin dobleces para impedir la **pobreza cívica. Sólo cuando el Gobierno se desentiende del pueblo es que toda la sociedad empobrece**, no sólo económicamente sino moral y culturalmente. (25 de mayo de 2003)

La «pobreza cívica» está determinada por la «exclusión institucional»; la «pobreza económica», por la «exclusión social». La diferencia está en las entidades: mientras que la sociedad se ha *peleado* con el Estado, el pueblo ha

sido desprotegido por el Estado. La relación social es activa; la relación popular, pasiva. El límite en uno y otro caso ha sido marcado con anterioridad: la condición de reconciliación de la sociedad con el Estado es la honestidad en un escenario de «calidad institucional»; la forma de protección del pueblo por parte del Estado es el trabajo en un escenario de «sustentabilidad interna». La solución para la «pobreza cívica» es la «transparencia» o «cristalinidad»<sup>51</sup>, «transparencia allí donde se practicaba el oscurantismo interesado» (11/12/03b); la solución para la «pobreza económica» es la «inclusión social». Como entidad discursiva, la sociedad formaría parte, por lo tanto, de una dimensión jurídico-institucional del ejercicio del gobierno, tal como lo muestran los fragmentos que siguen:

Hemos asumido un fuerte compromiso para lograr incrementar la calidad institucional, para **reconciliar a las instituciones con la sociedad**. (05 de junio de 2003)

Debemos afrontar situaciones límite que nos tocan vivir, una sociedad angustiada, **una sociedad que a veces no cree en sus instituciones**, que a veces no tiene confianza ni siquiera en las instituciones policiales. (02 de julio de 2003)

Estamos ante grandes desafíos. Espero que el próximo 2 de julio podamos decir todos juntos que hemos avanzado, que estamos viviendo en una sociedad más segura, más justa, que estamos viviendo en una **sociedad** donde renace la esperanza de tener una vida mejor y también que el proceso de **saneamiento institucional** que este país necesita, **el mejoramiento de la calidad institucional**, está avanzando. (02 de julio de 2003)

El éxito del gobierno en «el mejoramiento de la calidad institucional» podría traducirse por su eficacia para lograr la suspensión de la incredulidad de la sociedad respecto del funcionamiento de las instituciones del Estado. La política de acercamiento del gobierno con los argentinos, que tenía su metáfora corporal en relación al pueblo, funciona en el terreno institucional a partir de la transparencia. La reconciliación afectiva que el discurso kirchnerista instituía como condición de su renovación del vínculo popular tiene su contrapartida institucional en el universo transparente de la visibilidad total, contrario al oscurantismo neoliberal. Así como una imagen humana se constituía en garante del mundo afectivo kirchnerista en la inmediatez del contacto con su pueblo, los *ethé* de credibilidad que Kirchner conjuga en su imagen de hombre común significan para

---

<sup>51</sup> Referencias a la cristalinidad pueden encontrarse en un número considerable de discursos durante su primer año de gobierno. Véanse, por ejemplo, los siguientes discursos: 14, 27 y 28 de agosto y 2 y 19 de septiembre de 2003.

la sociedad a la que interpela una garantía verosimilizante del universo de «cristalinidad» que propone. Dicho esto, habrá que decir también que la sociedad como sintagma no remite solamente a un aspecto jurídico-institucional del kirchnerismo, sino también a un espacio esencialmente mercantil. A diferencia de los excluidos, los miembros de la sociedad que el discurso kirchnerista construye integran un dominio de consumo, integrado por la población mercantilmente activa, es decir, por aquella que trabaja y consume. Sus márgenes están relativamente claros para el enunciador:

Es el Estado el que debe viabilizar los derechos constitucionales protegiendo a **los sectores más vulnerables de la sociedad**, es decir, los trabajadores, los jubilados, los pensionados, los usuarios y los consumidores. (25 de mayo de 2003)

La glosa de los «sectores más vulnerables de la sociedad» deja entrever que los límites de lo social están definidos en el discurso kirchnerista por una trayectoria laboral o una capacidad de demanda económica. Los «sectores más vulnerables de la sociedad» serían aquellos que por desprotección podrían dejar de participar activamente del mercado, esto es, cesarían de tener recursos para consumir. 'Los pobres', 'los indigentes', 'los desamparados', 'los desocupados' no forman parte de la entidad «sociedad» para Kirchner. Podrían más bien ser nombrados como «pueblo», «hermanos y hermanas», «gente», pero difícilmente «sociedad»<sup>52</sup>. No se trata, claro está, de una distinción cualitativa: ni la «sociedad» es mejor que el «pueblo», ni pertenecer a la «sociedad» significa integrar el Club del Orden o formar parte de una *petite* aristocracia autóctona. La distancia entre sociedad y pueblo tendería en el discurso kirchnerista a funcionar como una discriminación mercantil, tabicada por el consumo: quienes pueden consumir integran la «sociedad»; quienes estén imposibilitados de hacerlo, no.

### 2.17 ...JAMÁS SERÁ

El «pueblo» es de todas las entidades del discurso de Kirchner el metacolectivo singular por excelencia para referirse a aquellos que han sufrido las

---

<sup>52</sup> No se trata, claro está, de categorías absolutas, pero dentro del dispositivo kirchnerista parecerían asociarse a una semántica específica en cada caso: una semántica jurídico-institucional, la «sociedad»; una semántica económica-humana, el «pueblo». De todos modos, la presencia de otras entidades como las ya mencionadas «gente», «hermanas/os», «argentinos/as», «compatriotas», «pueblo argentino» hacen de su funcionamiento enunciativo una tendencia y de ninguna manera una atribución constante.

consecuencias de la aplicación del modelo neoliberal de la «vieja Argentina»<sup>53</sup>. La noción es una de las formas canónicas de construcción de una identidad colectiva en los discursos políticos. Decir «pueblo» es construir históricamente un escenario de incorporación para las masas trabajadoras:

No tengo palabras, señor gobernador, para agradecer **la confianza del pueblo formoseño**. Siempre me voy a acordar de los actos que hicimos en Formosa, siempre **me voy a acordar** del cariño y la solidaridad de **miles y miles de trabajadores formoseños** que a pesar de la crisis nunca bajaron los brazos. Siempre **me voy a acordar de este pueblo querido y humilde** que me abrió su corazón para darme fuerza para hacer un país distinto. (28 de mayo de 2003).

La sinonimia entre el pueblo y los trabajadores forma parte del núcleo duro de la tradición peronista en nuestro país. Lemas como “El trabajo dignifica” o “De la casa al trabajo, del trabajo a la casa” o la imagen misma de Perón como “el primer trabajador”, dan cuenta de un imaginario que asocia el peronismo a la idea misma de trabajo y pleno empleo del Estado de Bienestar. La particularidad de un discurso de raíz peronista como el discurso kirchnerista es que en él el «pueblo» ya no es la clase trabajadora, sino la evocación de una *clase que trabajaba*. Si antes del modelo neoliberal implantado en 1976, el «pueblo» era el metacolectivo habitual para designar a la clase trabajadora, después del «modelo» el pueblo es la entidad para designar lo que queda de ella o del trabajo que la definía. Todo trabajador, todo «hombre común», ha sido *víctima* del modelo de la «vieja Argentina»: porque ha quedado sin trabajo, porque tiene un trabajo precario o aun

---

<sup>53</sup> Es cierto que entidades como «hermanos y hermanas» o «gente» funcionan en ocasiones en el mismo sentido; no obstante, la noción de «pueblo» recupera eficazmente desde diversos imaginarios políticos la referencia ineludible a la clase obrera. Un funcionamiento similar de la entidad parecería producirse en discursos de otros presidentes latinoamericanos. El presidente venezolano Hugo Chavez, por caso, utiliza en sus discursos tres nociones de ‘pueblo’: “el pueblo de la nación, construido a partir de las revoluciones democráticas y dominante en el discurso latinoamericanista; el pueblo como ‘conjunto orgánico de los actores productivos de la nación (obreros, campesinos...)’ y el pueblo como ‘pueblo pobre de los barrios y de las comunidades’” (Arnoux 2008:27). En el discurso de asunción del presidente brasileiro Lula Da Silva, la palabra *povo* también acepciones diferentes: puede hablarse de un pueblo que forma parte del país y que estaría conformado por la elite brasileira, así como puede hablarse de un pueblo excluido, integrado por los sectores más pobres de la sociedad (Ventura 2008:60). En el discurso kirchnerista, por otro lado, «pueblo» significa en algunos escenarios, como las Cumbres del Mercosur o las cenas con dirigentes de la región, una referencia a una cierta épica latinoamericanista. A modo de ejemplo se ofrece un extracto del discurso del presidente Kirchner realizado el 28 de agosto de 2003, al término de la firma de convenios con su par de la República de Chile, Ricardo Lagos: “En esta hora de globalización e interdependencia las relaciones entre nuestros pueblos, vecinos y socios en un destino común, deben alcanzar una dinámica particular que edifique la unidad soñada por nuestros padres fundadores”. Véanse además los discursos del 18 de junio, 19 de agosto, 16 de octubre y 16 de diciembre de 2003 y 21 de abril de 2004.

cuando conserve su trabajo<sup>54</sup>. El drama neoliberal ha sido también el «drama de la desaparición del trabajo y el esfuerzo como el gran articulador social», afirma Kirchner en su discurso de asunción<sup>55</sup>. En esta perspectiva, el «pueblo» funciona como entidad a partir de la escenificación de una experiencia compartida del perjuicio del «modelo» y como memoria de la postergación del proyecto peronista que el kirchnerismo viene a culminar. El «pueblo» kirchnerista es lo que quedó del pueblo peronista después del «genocidio» humano, económico y cultural del neoliberalismo: un pueblo que vive «insatisfacciones» (05/12/03), un pueblo genuflexo o *flexibilizado*, un pueblo domado<sup>56</sup>:

(...) algunos creen que la única forma de gobernar es **dar y dar sobre el lomo del pueblo**. [...] No les quepa ninguna duda, **no más sobre las espaldas del pueblo**, no más sobre las espaldas de la gente. (22 de agosto de 2003b)

**Nuestro pueblo ha llevado sobre sus espaldas** los análisis y los diagnósticos de dirigentes que están en cómodos sillones. (15 de octubre de 2003)

Para el discurso kirchnerista, los gobiernos neoliberales han sido gobiernos de la *domesticación*. Gobiernos decididos a contener el exceso 'democrático' de demandas insatisfechas a fuerza de golpes y castigos. «Dar y dar sobre el lomo», cargar en las «espaldas del pueblo» son figuras de una relación entre seres humanos y animales de carga. Son metáforas que brindan una imagen de explotación del pueblo; un pueblo expoliado, cuyas fuerzas han alimentado a una «logia de vampiros». Podríamos hablar de un pueblo-víctima. De allí, lógicamente, que Kirchner pretenda constituirse en líder presentándose como un mediador entre la voluntad de los dueños que «están en cómodos sillones» y la dignidad del desnutrido y «sufriente pueblo argentino»:

Yo prefiero que me traten como me tratan pero saber que por lo menos con esfuerzo impedimos que le quiten un peso más a **este sufriente pueblo argentino** para alimentarle las posibilidades de un futuro distinto. (11 de marzo de 2004b)

---

<sup>54</sup> Las relaciones entre trabajadores con trabajo, trabajadores precarizados y trabajadores sin trabajo han sido profusamente investigadas por las ciencias sociales. Entre las perspectivas teóricas de los últimos años, nos merecen especial consideración los análisis biopolíticos de Michel Foucault. Al respecto, véase su obra *El nacimiento de la biopolítica* (2008), recientemente traducida al español por el Fondo de Cultura Económica.

<sup>55</sup> Basta recordar la célebre (y celebrada) frase del sindicalista gastronómico peronista Luis Barrionuevo durante la década de los noventa: «Tenemos que dejar de robar por dos años».

<sup>56</sup> Véase al respecto *La cultura del nuevo capitalismo* de Richard Sennet, en la que el autor describe en detalle el tipo ideal de sujeto determinado por los procesos de inestabilidad y fragmentariedad del capitalismo postfordista.



La mediación cobra la forma de una victimización interpuesta. El líder se interpone entre los domesticadores y el pueblo y de esa manera evita «que le quiten un peso más a este sufriente pueblo argentino». Pero al hacerlo construye su propia imagen de víctima: el líder se sacrifica en defensa del pueblo. Su figura es la del maltratado o la del perseguido que prefiere soportar la hostilidad del tirano a que su pueblo siga viviendo la misma condena: «alimentarle las posibilidades de un futuro distinto». De esta manera, resulta claro, Kirchner se acerca al pueblo y se posiciona en contra de los sectores dominantes tradicionales o, al menos, del enemigo presupuesto que el contradestinatario encubierto presume. El acercamiento entre el líder y el pueblo se instituye en el contacto estrecho, en la presencia cara a cara:

Caminamos el país y miramos la cara de millones de habitantes de las distintas latitudes de nuestra tierra. Escuchamos y vemos las necesidades y los sueños de nuestro pueblo. (01 de marzo de 2004)

(...) no importa lo que digan, yo vine a trabajar con las manos sufridas y callosas del pueblo de Florencio Varela. (05 de agosto de 2003)

La relación entre el gobierno y el pueblo en el discurso kirchnerista reviste una política de la incorporación: el cuerpo del enunciador identifica su cuerpo con el cuerpo del pueblo para, en términos de Maingueneau, incorporarlo al cuerpo de destinatarios positivos de su discurso. La garantía del contacto entre Kirchner y el pueblo se resuelve en el énfasis de la presencia del enunciador: un enunciador que camina el país y mira y escucha las demandas de su pueblo. Su cercanía corporal le permite apreciar «la cara de millones de habitantes» y «las manos sufridas y callosas». Si los enemigos del kirchnerismo quedaban indiferenciados como parte de un «paisaje» que quedaba atrás, aquí el enunciador puede percibir los rostros y las manos «de los que menos tienen», ya que ese es «el paisaje que debemos construir en todo el país»:

El Estado puesto a la cabeza de la reparación de las desigualdades sociales y toda la sociedad acompañando ese esfuerzo para viabilizar los derechos de los que menos tienen, es el paisaje que debemos construir en todo el país. (01 de marzo de 2004)

Enunciador y «pueblo» aparecen abiertos el uno al otro, expuestos. Líder y víctima, Kirchner llega hasta ellos, con la «voz federal», con la «mano

reparadora», y con su llegada los constituye como «pueblo» para un único líder, el que llega hasta ellos, los mira y se muestra ante ellos como lo que es y lo que son: hombres comunes, víctimas de una postergación. “Escuchar al pueblo, esa es una principal virtud de la democracia”, expresa el presidente en su segundo mensaje ante la Asamblea Legislativa. El líder debe estar tan cerca de su «pueblo» como sea necesario para poder escucharlo, verlo, besarlo, abrazarlo. Se construye entonces una relación directa, presencial y, por eso mismo, transparente y cristalina. Tan sincero y transparente como sea necesario para lograr credibilidad y producir identificación, tan honesto y cercano como sea necesario para garantizar un mundo de «cristalinidad», en la era de la mediatización y de los líderes de popularidad Kirchner ofrece a los argentinos el pináculo de la imagen pública: la pura superficie, la intimidad revelada, una imagen total plena y plana.

#### **2.18 CUESTIÓN DE ACTITUD. PERFIL DE UN ESTADO PROMOTOR**

«La presencia o la ausencia del Estado constituye toda una actitud política». Con esta frase pronunciada el día mismo de su asunción, Kirchner dejaba en claro su interés por reivindicar el papel del Estado argentino en lo que se refiere a la promoción de políticas de crecimiento económico y desarrollo. Bastión oficial en la lucha entre «una Argentina residual» y la «Argentina de nuestros sueños» (01/03/04), la figura del Estado funciona como símbolo del cambio:

(...) en la Argentina se discuten dos modelos de país, en la Argentina se discuten dos modelos de gestionar el Estado; en la Argentina se discute un Estado al servicio, al amparo o que genera amparo como generaba en el pasado a sectores que no debían generar, o un Estado presencial que vuelva a controlar los instrumentos macroeconómicos en el marco de una plena funcionalidad y libertad de inversión, pero un Estado que esté allí, protegiendo los intereses de todos y por supuesto, de los que menos tienen en particular. (03 de septiembre de 2003)

El modo de gestionar un Estado resume para el kirchnerismo un modelo de país, y la discusión entre dos modelos de gestión simboliza en su interior la lucha entre dos modelos de país. Ya en su discurso de asunción, Kirchner había anunciado el fin de una época política en relación con un modelo de gestión estatal: «Concluye en la Argentina una forma de hacer política y un modo de gestionar al Estado» (25/05/03). Después de todo, la crisis ha sido en el discurso kirchnerista el corolario de un Estado ausente o parcial, que «genera amparo» para los intereses de sectores exclusivos. El Estado debe proteger «los intereses

de todos» y «de los que menos tienen en particular». Se trata del pasaje de una «Argentina para unos pocos» (27/08/03b) a una «Argentina con todos y para todos» (25/05/03). Este pasaje, claro está, significa para el enunciador dejar atrás una era, la neoliberal, y permitir entrever otra que mucho tiene del modelo peronista del Estado de Bienestar. La «actitud política» a la que alude Kirchner en su discurso inaugural apunta, en primer lugar, a generar un quiebre con la concepción neoliberal de un Estado 'chico' cuya mínima intervención en materia económica tendería a generar una natural y eficaz administración mercantil de lo social, y, en segundo lugar, a recuperar, aunque *modernizada*, una filiación con el modelo del Estado benefactor anterior al último golpe militar:

(...) no se trata de poner en marcha, una vez más, movimientos pendulares que vayan desde un Estado omnipresente y aplastante de la actividad privada a un Estado desertor y ausente, para retornar continuamente de extremo a extremo, en lo que parece ser una auténtica manía nacional que nos impide encontrar los justos, sensatos y necesarios equilibrios. (25 de mayo de 2003)

El discurso kirchnerista hace suyo el cambio entre las ideas neoliberales dominantes en los años 90 y un clima de ideas post-crisis en el cual –aun sin la existencia de un claro paradigma alternativo– predomina lo que para Edgardo Mocca (2005:55) podría caracterizarse como *neodesenvolvimiento*: revalorización del papel del Estado y de la necesidad de un rumbo productivo con mayores márgenes de autonomía nacional. Para el kirchnerismo, el funcionamiento discursivo del Estado como colectivo singular registra una doble ganancia: por un lado, la referencia a la crisis heredada de «la desaparición del Estado» (13/01/04) en las últimas tres décadas; por el otro, el recuerdo de un país encumbrado cuya idealidad vernácula personificó el peronismo.

Sin embargo, la versión *moderna* del papel del Estado en el discurso de Kirchner no conduce estrictamente a un Estado benefactor o, al menos, a la forma en que éste se hizo carne en la Argentina desde el primer peronismo hasta fines de los sesenta, en lo que Luis Alberto Romero definió como “empate social” en su *Breve historia contemporánea de la Argentina*. La versión à la Kirchner del Estado conduce más bien a un «Estado inteligente» con una ecuánime misión<sup>57</sup>:

---

<sup>57</sup> La relación entre el «Estado presencial» y el mercado en el discurso kirchnerista será trabajada en el cuarto capítulo. Similar es el caso de las nociones de «viabilidad», «sustentabilidad interna» y «calidad institucional», mencionadas más abajo.

Debemos contar con un Estado inteligente que establezca los límites precisos dentro de los cuales se desenvuelva la economía. Allí donde el mercado no es capaz de guardar equilibrio el Estado debe de estar presente. (10 de julio de 2003)

La idea de «guardar equilibrio» –que por lo general tendrá el nombre de «viabilidad» en el discurso del presidente– implica para Kirchner un Estado basado en la «sustentabilidad interna» y la «calidad institucional». Dicho brevemente, un Estado que logre que todos los argentinos puedan consumir y que sea creíble. En virtud de ello, su presencia debería estar coronada por el éxito en dos indicadores: trabajo y honestidad. En cuanto a la idea de trabajo, el enunciador ha sido palmario:

Acortando los plazos, el Estado se incorporará urgentemente como sujeto económico activo, apuntando a la terminación de las obras públicas inconclusas, la generación de trabajo genuino y la fuerte inversión en nuevas obras. (25 de mayo de 2003)

La gran preocupación del Estado kirchnerista será la creación de trabajo genuino, asociado a los servicios y la inversión en obras públicas. Sin trabajo no hay posibilidad de consumo, y sin consumo no hay posibilidad de sustentabilidad interna. En el discurso kirchnerista, el trabajo es la cifra de acceso al mercado y, por ende, el «mejor integrador de una sociedad»:

En la reconstrucción del tejido social, en la reconstrucción de una cultura del trabajo que supere a la mera gestión asistencial, no hay tarea pequeña. La prueba de que toda acción es importante la da el hecho de que en la suma de estas iniciativas se logró incorporar a 500.000 personas más al mercado. (01 de marzo de 2004)

Sabemos que el trabajo es el mejor integrador de una sociedad y queremos crear las condiciones para que las mesas de todos los hogares estén servidas con el fruto del trabajo decente realizado con orgullo. (01 de marzo de 2004)

La «cultura del trabajo» es para el kirchnerismo un fenómeno eminentemente social, y la tarea del Estado es funcionar como promotor en ese pasaje. La falta de trabajo es la condición *sine qua non* de la pobreza y el desocupado deviene de esta manera símbolo de la exclusión social. Para Kirchner el trabajo es la forma de ingreso a la sociedad, pero, al mismo tiempo, es la definición de un tipo ideal de sociedad y, por ende, el signo de una confrontación

entre ese modelo ideal a menudo latente, raramente explícito, que fue el proyecto peronista, y ese otro modelo, explícito y denostado, que fue el neoliberalismo.

Las imágenes de hombre realista y trabajador que el enunciador construye en sus discursos públicos configuran el contrato y la garantía del espacio de incorporación del kirchnerismo. La modalidad del saber del discurso político de Kirchner en relación al trabajo (y lo político en general) funciona como escenario de un contrato basado en constataciones («La prueba... la da el hecho...») y verdades universales («En la reconstrucción..., no hay tarea pequeña», «...el trabajo es el mejor integrador de una sociedad»), en el que el realismo y la memoria operan como factores preponderantes. Habría que ubicar aquí, quizás, la razón por la cual el efecto probatorio del realismo en el discurso kirchnerista cobra la forma de una verdad universal que se apoya en el acuerdo colectivo de una experiencia pasada. Así, el desarrollo de una cultura del trabajo se convierte en la reconstrucción de una era pasada, la definición de una verdad general en la constatación de una experiencia compartida fundada en verbos factivos («Sabemos»)<sup>58</sup>. Por otro lado, son los *ethé* kirchneristas los que garantizan este contrato realista-mnemónico, ofreciendo, de una parte, el perfil de un líder idóneo para las tareas de la *refundación*, y de otra los aires de un líder tan realista y trabajador como el mismísimo Perón.

Líder de post-crisis, hijo del '¡Qué se vayan todos!', Kirchner debe concentrarse en la creación de trabajo como pilar para lograr sustentabilidad, pero también modular una imagen de gobierno rayana a la total transparencia, en la cual la honestidad actúe como contra-cara de la corrupción y la impunidad de los años neoliberales, marcados por las Leyes de Obediencia Debida y Punto Final, el indulto menemista a los principales jefes de la represión, la renuncia del vicepresidente Carlos Álvarez denunciando irregularidades en el gobierno de la Alianza, la ley 'Banelco', y por singulares frases como la del sindicalista gastronómico Luis Barrionuevo: "Tenemos que dejar de robar por dos años".

La calidad institucional, el «funcionamiento institucional pleno» (04/11/03b) sería la principal dimensión jurídico-legal de la «viabilidad», así como la sustentabilidad interna representa su principal dimensión socio-económica. Son dos caras de un mismo proceso y representan el mundo de valores de la «nueva Argentina»:

---

<sup>58</sup> *Saber, recordar, olvidar* son verbos de tipo factivos, en los que el hablante presupone la verdad de la proposición subordinada: «Sabemos que *el trabajo es el mejor integrador...*»

Yo estoy convencido de que si ponemos trabajo, si ponemos esfuerzo, si ponemos transparencia en todos nuestros procedimientos vamos a construir una nueva Argentina. (...) con la prepotencia del esfuerzo, del trabajo y la honestidad vamos a hacer una nueva Argentina, le guste a quien le guste la vamos a poner en marcha. (12 de junio de 2003)

Trabajo y esfuerzo, honestidad y transparencia van de la mano en el discurso kirchnerista. Son los estandartes de su lucha y las bases de su liderazgo, armas nobles de un mero hombre. El esfuerzo, el trabajo y la honestidad pueden resultar signos de prepotencia solamente para quien no tiene otra fuerza que la del hombre común. Ese es el ánimo de la convocatoria gubernamental: la inclusión en el colectivo de los argentinos tomando como puntales valores comunitarios y de gran peso en la tradición identitaria nacional desde la formación del Estado / Nación a fines del siglo XIX. La honestidad y la «cultura del trabajo» resumen a su manera todo un relato del ser nacional, asociado a los inmigrantes y pioneros, y trazan, en el discurso de Kirchner, la axiología fundacional de «la nueva Argentina»:

**Así los argentinos vamos a recuperar la confianza en las instituciones y a ver valores.** No puede ser que en este país durante toda una década o más los jóvenes triunfantes, los dirigentes triunfantes eran los que más plata hacían de cualquier manera. No es malo que a alguien le vaya bien en vida, pero **me entienden cuando les hablo de este tema.** El que estudiaba, investigaba, trabajaba, ése no, ése era un iluso, un bobo y un estúpido. Tenemos que **cambiar estos valores**, pero los tenemos que cambiar fuertemente desde abajo. (04 de noviembre de 2003b)

La valorización del otro, el respeto por las diversas cualidades deben canalizarse positivamente **para que podamos inventarnos un nuevo país**, donde el trabajo honesto y constante, el establecimiento de justos premios y dignos castigos pasen a ser la regla para **sustituir** la argucia, la avivada y la ganancia fácil **de lo alto de la escala de nuestros valores.** (11 de diciembre de 2003b)

«Cambio es el nombre del futuro» había dicho Kirchner en su discurso inaugural, pero ¿qué debe entenderse por *cambio*? Se trata, en primer lugar, de una variación axiológica: «cambiar estos valores», «sustituir... de lo alto de la escala de nuestros valores». Inventar un nuevo país implica recuperar la confianza en las instituciones y «ver valores». Cuando el enunciador habla de los jóvenes o dirigentes «triunfantes» en los noventa está claro que opone la especulación a la producción, la «ganancia fácil» al «trabajo honesto y constante», la «avivada» al esfuerzo, la corrupción y la impunidad a la «confianza en las instituciones» y a la justicia, pero no menos claro resulta que dicha oposición se funda en elementos

preconstruidos que tienden a crear un efecto de complicidad entre el locutor y el auditorio («me entienden cuando les hablo de este tema»). De esta manera el discurso kirchnerista conforma y elabora sus propios saberes y creencias como ya sabidos, construyendo un área de valores compartidos en torno a la palabra del líder. Estos valores apuntan en tres direcciones: definen el universo de la «nueva Argentina», reprueban las prácticas de la «vieja Argentina» y alimentan un correlato subterráneo entre el proyecto kirchnerista y un período anterior al de la «vieja Argentina» que se inicia con los héroes patrios y culmina en la Argentina de Perón.

En su lucha entre una vieja y una nueva Argentina, el presidente Kirchner trae para su molino el agua del peronismo, aun cuando éste sea apenas pronunciado: el peronismo menos como bandera que como forma de relación entre el líder y su pueblo, menos como manifiesto que como aglutinante imaginario y espacio de identificación. De ese imaginario provienen los valores que el kirchnerismo hace suyos y en su interior abrevan con una corriente axiológica que hereda valores de la post-crisis nacional, del peronismo setentista y del discurso internacional de la *governance*, como por ejemplo los de calidad institucional y transparencia. El discurso kirchnerista conjuga estas diferentes experiencias y es esta tensión en última instancia irresoluble la que caracteriza, a nuestro entender, como ninguna su especificidad.

La honestidad<sup>59</sup> y el trabajo resultan significantes centrales del discurso kirchnerista en la lucha entre las dos Argentinas. Si este último se entronca en la más clásica tradición peronista y de la izquierda setentista (pleno empleo,

---

<sup>59</sup> El paroxismo de la honestidad como virtud política total ha alcanzado un gran consenso en la Argentina. En sus notas de opinión para el diario *Critica de la Argentina*, el periodista y escritor Martín Caparrós definió esta exaltación con el término “honestismo”. Según Caparrós, honestismo sería esa “idea tan difundida según la cual –casi– todos los males de la Argentina contemporánea son producto de la corrupción en general y de la corrupción de los políticos en particular” (07 de abril de 2009). Como fenómeno local, su aparición puede rastrearse en los noventa y explicarse por los escándalos de corrupción que involucraron al gobierno de Carlos Menem, que luego se continuaron en el gobierno de Fernando De la Rúa. Ante la corrupción institucionalizada, la sociedad no prestó la suficiente atención a “los cambios estructurales, decisivos, que el menemismo estaba produciendo en la Argentina” (idem). De hecho, el pasaje entero del menemismo con Menem al menemismo sin Menem que fue la gestión de la Alianza tuvo como núcleo el discurso anti-corrupción y las loas a la transparencia como secreto de gobernabilidad. La tentación del honestismo es “pensar que si los trabajadores ganan poco no es porque sus patrones se quedan con buena parte de lo que producen, y que si los desocupados no tienen trabajo no es porque el mercado argentino esté organizado para producir soja y servicios y comprar todo lo demás afuera, sino porque los políticos afanan” (16 de junio de 2009). Llevado a un extremo de su eficacia pragmática, el “honestismo” da por sobreentendido que los problemas socio-económicos y culturales dentro del capitalismo tienen por origen y fundamento la falta de honestidad de los funcionarios públicos. De esta manera, el sistema se reduce a una cuestión de prontuarios, y lo político a lo judicial. Acordamos con Caparrós en que “la honestidad es el grado cero de la actuación política” y en que el hecho de “que un político sea honesto no define en absoluto su línea política” (07 de abril de 2009).

derechos sociales, movilidad social), aquel primero resulta funcional tanto en respuesta a la corrupción y la impunidad que caracterizaron el neoliberalismo crudo en la Argentina de la última década como en relación a la búsqueda de seguridad jurídica, control y transparencia en los discursos de la gobernabilidad, promovidos en gran medida por los principales organismos multilaterales.

El kirchnerismo, en este sentido, conjuga dos formas de *vida política* diferentes (e incluso paradójicas), que no causalmente han sido destacadas en lo que al estilo personal de gobernar de Kirchner respecta: por un lado, la reivindicación de lo político por encima del discurso económico y por fuera de los procesos mediáticos de comunicación; por otro, la reivindicación de conceptos propios de las teorías de la gobernabilidad (calidad institucional, consenso, administración, entre otros) y la primacía de lo económico en detrimento de lo político (cuyo fundamento central es la escisión entre capitalismo y gobierno, o entre mercado y gestión), así como la defensa de valores como la honestidad, la transparencia o la «cristalinidad», que mucho le deben a la mediatización creciente de lo político y a la individualización de las figuras públicas<sup>60</sup>.

La honestidad podría considerarse un significant-comodín de la «calidad institucional» en los discursos de Kirchner, que aparece con frecuencia semánticamente ligado a la «cultura del trabajo»: quien en verdad trabaja, no roba; quien es un verdadero trabajador, no se corrompe. La corrupción y la impunidad aparecen como figuras contrarias a los valores positivos del universo laboral y permiten abonar la existencia de dos sectores enfrentados: el especulativo y el productivo, que ilustran a grandes rasgos dos modelos de país. Como valor la honestidad representaría una novedad respecto de las gestiones del modelo anterior, de lo que Kirchner llama la «corrupción institucionalizada» (29/04/04). Por ello, el enunciador distingue los valores de la «vieja Argentina», la argucia, la avivada, la ganancia fácil, el 'exitismo', de los valores que deben *recuperarse* en su proyecto de refundación: el trabajo, el esfuerzo, la honestidad, la solidaridad. Se trata de dos espacios de incorporación diferentes, cuyas bisagras estarían marcadas por la sustentabilidad interna y la calidad institucional, y así como «es

---

<sup>60</sup> Según Pierre Rosanvallon en su obra *La contrademocracia* (2007:60-62), las nociones de *simplicidad* y *transparencia* se han convertido “en virtudes políticas cardinales” en la vida de las democracias actuales. Entre ellas, la transparencia ostenta en el discurso político contemporáneo una función moral y política de denuncia, que presupone “un abordaje más individualizado de las cuestiones políticas”. Este abordaje fue provocado, para el autor, “por la ‘desideologización’ de lo político y las formas de desencanto que entraña. Cuando la política era comprendida esencialmente como una confrontación de sistemas que se excluían, estructurada por la lucha de clases, la cuestión de los cambios de rumbo personales aparecía como secundaria”.



vital obtener sustentabilidad interna para dar viabilidad temporal a cualquier programa» (01/03/04), también es menester que las instituciones sean dignas de crédito para «parir un nuevo país»:

Acá se tiene que terminar la Argentina del acuerdo vacío, del negocio del pacto, para dar paso al funcionamiento institucional pleno donde todos estemos tranquilos y saber que entre todos los argentinos somos capaces de parir un nuevo país. (04 de noviembre de 2003b)

El parto de la «nueva Argentina» resulta clínicamente inviable si un «Estado inteligente» no logra generar una «cultura del trabajo» y un «funcionamiento institucional pleno». Esta es la lógica argumentativa que estructura el relato kirchnerista a futuro. La Argentina de «la desaparición del trabajo y del esfuerzo como gran articulador social» y la «Argentina del acuerdo vacío» son caras de un mismo modelo, la «vieja Argentina», el modelo del «Estado desertor y ausente». Podría decirse que el discurso kirchnerista encara una lucha única, la viabilidad de su proyecto político nacional en el marco de la globalización capitalista, en al menos dos frentes, el económico y el institucional. En este contexto, significantes como trabajo u honestidad apuntan a refrendar la salud del mercado. El trabajo garantiza el margen de consumo de los trabajadores y, por ende, la expansión sustentable del mercado interno; la honestidad, por su parte, respalda el cristalino funcionamiento del mercado. Conviene ser explícito al respecto, la verdad política del kirchnerismo es eminentemente capitalista. Para Kirchner la teoría del capital es verdadera y el capitalismo como sistema de ideas es «sustancial de la condición humana»: el capitalismo *per se* no encubre ni disfraza como naturales las relaciones de explotación de unos hombres sobre otros, como podrían argumentar Karl Marx o León Rozitchner (1998, 2000); la imperfección del capitalismo reside para el discurso kirchnerista en administraciones incorrectas, corruptas o negligentes. Un Estado Nacional «a la altura de la historia y de las circunstancias» (28/08/03) es aquella macro-institución que logra generar trabajo y funcionar honestamente, defendiendo la dignidad de los argentinos. El trabajo permite incorporar personas al mercado y contener la «conflictividad social» (11/12/03b); la honestidad, demostrar que las instituciones pueden servir para que el mercado funcione en buena forma: es la cifra de la «administración correcta» (04/12/03), de la «gran transformación institucional y de la definitiva cristalinidad de las instituciones en la Argentina» (14/08/03):

(...) lo mejor que puede haber para que vengan inversiones a este país, son instituciones, dirigentes serios y honestos y seguridad jurídica y cristalinidad, porque si están estos valores van a venir inversiones, la Argentina va a funcionar y vamos a tener un país absolutamente diferente. Esto hay que tenerlo en claro. (14 de agosto de 2003)

Uno no podría afirmar que los valores cotizan en bolsa, pero parecería haber elementos en el discurso kirchnerista para indicar que al menos generan renta. La honestidad, la seriedad, la cristalinidad, el mundo de convicciones de Kirchner que vendría a confirmar el pronóstico de «un país absolutamente diferente» opera no sólo como espacio de compromiso colectivo sino también como un resguardo para la correcta marcha del capitalismo nacional y global. Resulta claro, por lo demás, que este doble proceso sustentado en una axiología de la refundación pone en juego un repertorio ético del locutor, quien debe legitimar con su propia imagen el universo de valores que propone como espacio de encuentro. El crédito de las instituciones, su cristalinidad, la seguridad jurídica, están atados a la eficacia persuasiva de «dirigentes serios y honestos». Solamente ofreciendo una imagen de sí de hombre serio y honesto puede Kirchner defender el juego institucional que postula, así como la «cultura del trabajo» que reivindica precisa de un líder que aspire a ser recordado como un trabajador:

Yo soy un trabajador; voy a caminar los cuatro años todos los pueblos de la Argentina en forma permanente. (01 de septiembre de 2003)

Porque realmente aspiro a que dentro de cuatro años, cuando termine mi gestión, los argentinos me vean por la calle y digan: ahí va un presidente que trabajó por la patria con honestidad y decencia. (10 de octubre de 2003)

Honesto, decente, trabajador, Kirchner se ofrece como garante del mundo de valores que reivindica como espíritu de su proyecto nacional. Porque es un trabajador puede dar fe de las mieles de una cultura del trabajo, porque es honesto y decente puede firmar la calidad institucional de su gestión. La presencia misma del Estado implica, vale decirlo, un conjunto bastante definido de valores a imagen y semejanza del líder. Para que las imágenes públicas del presidente tengan alguna eficacia, éstas deben encarnarse en una noción de Estado que el líder esté en condiciones *éticas* de salvaguardar: el Estado debe ser tan serio, sincero, cercano y humano como el líder que lo representa, ya que su *raison d'être* consistiría en articular socialmente la organización *invisible* del mercado. Dicho de otra forma, viabilizar, traducir estadísticas en personas, funcionamientos

abstractos en acciones concretas y contactos directos. De la misma manera que el discurso kirchnerista construye un escenario de incorporación en el que un líder realista, honesto, humilde y simple, un hombre común y trabajador, establece una política del contacto con los argentinos, basada en el realismo de los hechos, en su voluntad de transparencia, en la actitud de acompañamiento, cercanía y participación («voy a caminar... todos los pueblos», «cuando... me vean por la calle»), el «Estado inteligente» del kirchnerismo recrea en gran escala una política institucional protectora y táctil, en la que muestra una imagen expandida del ethos presidencial: «un Estado creíble» (12/12/03), «un Estado cristalino» (03/12/03), «un Estado presencial» (11/08/03) «que llegue en el momento oportuno» (07/10/03), que imponga su «mano reparadora» (04/11/03), ejerciendo un «rol protector, acompañado por la participación ciudadana» (01/03/04).

### 2.19 INMEDIACIÓN, REALISMO Y CONTACTIBILIDAD

La principal novedad del kirchnerismo como proyecto político nacional y capitalista es la lógica discursiva de la inmediatez en la que funda su relación con la situación del país y su relación de identificación con los argentinos. *Inmediatez* sería el nombre para definir la forma en que el líder (y el Estado que lidera) intenta presentar una relación directa, privilegiada, sin mediaciones e intermediarios, despojada de toda mácula, con los objetos centrales de su discurso. Transparencia, cristalinidad, comunicación directa, afecto, sentimiento, humor, presencia, protección, cercanía, contacto, realismo son todos significantes de la inmediatez; procesos o rasgos que tienden a confluir en un vínculo estrecho, cara a cara, entre el líder y el pueblo, pero también entre el líder y la realidad. Liderazgo, masa popular y realidad son los vértices del triángulo de la inmediatez: el realismo marca la relación inmediata y objetiva del líder con la realidad, la capacidad basada en un saber privilegiado para adecuar su programa a una situación determinada; la política del contacto o *contactibilidad* funda la relación inmediata y sentida (táctil, visual, auditiva) con la gente, con el pueblo. Entre Kirchner, los argentinos y la realidad no hay espacio más que para el vínculo pleno y total con el líder: no hay medios de comunicación<sup>61</sup>, no hay «alcahuetes» (06/12/03), no hay intereses sectoriales, no hay distancia alguna. La imagen del

---

<sup>61</sup> En el libro *La resurrección. Historia de la poscrisis argentina*, escrito por Eduardo Levy Yeyati y Diego Valenzuela (2007:37) se puede leer el siguiente comentario del entonces secretario de Medios de la Presidencia, Enrique Albistur: “Es un acto de soberbia de algunos periodistas decir que Kirchner comete un error porque carece de intermediación. Eso es lo que les duele a los periodistas: dejaron de ser intermediarios necesarios”.

líder como hombre común es también la marca de un proceso *horizontalizante*, en el que el presidente actúa como cree que lo haría cualquier otro hombre común, dotado de virtudes como la honestidad, la simpleza y la seriedad. De allí que el kirchnerismo resulte en muchos aspectos un gobierno de sobreentendidos y presupuestos, en el cual la comprensión, el entendimiento y el aprendizaje dados por la experiencia colectiva, que es decir la memoria, funcionan como divisoria de aguas y garantía del contrato de 'complicidad'. ¿Qué es esta suerte de 'complicidad' si no la reducción a la mínima expresión de la distancia entre las partes, la pretendida ruptura de toda asimetría?

La intermediación tiende a dotar de verdad y humanidad al proyecto político kirchnerista. Esta es la ruptura medular con los gobiernos anteriores: su disposición para acabar con toda mediación o resto de asimetría entre el líder, el pueblo y la realidad en que habitan. La *astucia* del discurso del Kirchner es inclinarse hacia la intermediación del líder no sólo en su lazo con la realidad sino también en su lazo con los argentinos. Ésta funda una verdad política pero también un contrato humano, y al hacerlo *humaniza* el proyecto y lo acerca al pueblo. El kirchnerismo se convierte no sólo en un interlocutor privilegiado de la realidad sino también en el interlocutor privilegiado del pueblo. La oposición entre los «grandes señores» del neoliberalismo (03/07/03) y los «hombres comunes» del «capitalismo nacional» del kirchnerismo se funda en el grado de realismo de la gestión y asimismo en la eficacia del canal de comunicación entre el líder y el pueblo.

La hegemonía del kirchnerismo se juega desde un comienzo en la verosimilitud de su lógica de intermediación. La viabilidad misma del «capitalismo nacional» que enarbola el presidente como bandera de la refundación está supeditada en gran medida a la fuerza persuasiva de la imagen presidencial en su afán por embeber al modelo capitalista que propugna con el conjunto de valores que su mundo ético legitima como válidos. Entre la globalidad del sistema y la singularidad del líder, es la figura del Estado la que cumpliría la función de nexo articulador, haciendo de los *ethé* presidenciales un universo ético estatal. Para garantizar un capitalismo «en serio» (01/03/04), «pujante e inteligente» (11/12/03b), Kirchner despliega una entidad que media entre los niveles macro y micro de lo político, entre la convicción personal y el funcionamiento global, y que permite consubstanciar la imagen individual del líder con un imaginario renovado en torno al capitalismo. El Estado actúa en el discurso kirchnerista a modo de cuerpo presidencial expandido: así como la imagen de un líder realista, honesto y

humano dinamiza la intermediación y rubrica una axiología de incorporación para sus destinatarios positivos, un Estado trabajador, cristalino, creíble y protector puede trocar el capitalismo «rentístico y prebendario» (16/12/03) del modelo neoliberal por un capitalismo «que asuma riesgos y nutra nuestro consumo», un capitalismo «donde se combata el monopolio y la concentración» y «donde se proteja al consumidor y al inversor» (cfr. 02/09/03c).

El discurso kirchnerista realiza una distinción entre un capitalismo neoliberal y un «capitalismo en serio» que el proyecto de la «nueva Argentina» vendría a desarrollar. La figura del Estado operaría en este contexto como la encargada de *domar* al capitalismo para que los argentinos puedan acercarse. La lógica de la intermediación que el líder establecía con la realidad y el pueblo funciona también a nivel estatal: el Estado debe recortar la distancia entre el capitalismo y el pueblo, debe *domesticar* al capitalismo salvaje para que la gente pueda mirarlo. La gran misión del kirchnerismo, y la medida de su éxito político, es lograr eliminar el antagonismo entre la inhumanidad del capitalismo y la humanidad de los argentinos; esto es, que los argentinos puedan ingresar al capitalismo nuevamente, sin temor a que éste los abandone. Podría aseverarse que es un ingreso a la «economía real», al «capitalismo en serio». La política se vuelve, pues, una búsqueda de intermediación entre la economía y los hombres:

**En las nuevas circunstancias, la política se orienta a generar hechos, hechos de la economía real, la economía productiva. La producción, el consumo, la inversión, el empleo, la disminución de la pobreza, son los indicadores que importan. La economía mira al compatriota de carne y hueso. (01 de marzo de 2004)**

Esta intermediación, por otra parte, es natural a los seres humanos en el discurso de Kirchner, y la razón es obvia: como dijimos, «el consumir y vivir mejor no es una buena teoría sino un aspecto sustancial de la condición humana». La intermediación se vuelve una evidencia de la sustancia, y el humanismo alcanza su plenitud en el capital. Estamos ante la definición del capitalismo como razón de los seres humanos. En otras palabras, el capitalismo es una forma de humanismo. Eliminada la historia, el capital adquiere en la enunciación kirchnerista la forma de la naturaleza humana. Por resultado, el pueblo se mira a sí mismo a través de los ojos del mercado. El líder pone frente a frente, a través suyo, a la economía con el pueblo, a la «aritmética» con «miles de rostros, que se multiplican en toda la Argentina». Para cuando el pueblo se reconozca, ya no será su rostro el que perciba, sino el aliento del mercado en el espejo.



## CAPÍTULO 3

### INDICIOS DE UN CUERPO PRESIDENCIABLE

ETHÉ Y CORPORALIDAD EN LOS DISCURSOS PÚBLICOS

DE NÉSTOR KIRCHNER

La verosimilitud de los discursos públicos de un presidente no debe medirse exclusivamente por la fuerza persuasiva de sus palabras, sino por el modo en que el locutor compromete su cuerpo con esas palabras, organizando una puesta en escena que regula y prescribe *in toto* los efectos de su discurso. Construir una imagen presidencial en la lid pública entraña un desafío verbal y corporal, ya que palabra y cuerpo son materias significantes de todo mundo ético. La expresión corporal y gestual de un mandatario hace a la eficacia persuasiva de su discurso. La fuerza de movilización de un discurso tiene real asidero cuando la voz y el cuerpo mismo devienen actores discursivos. El habla política aparece así como la coincidencia de diferentes dimensiones enunciativas que encuadran las palabras, agencian los gestos, regulan los comportamientos, prevén las circunstancias, producen en suma una *mise en scène* que es indisociable de la toma de palabra por parte del orador.

Dado que la construcción de imágenes de sí del presidente Kirchner durante su primer año de gobierno entraña, además de un arte verbal, un *enjeu* corporal, dedicaremos este tercer capítulo al estudio de la dimensión cóporo-gestual en la figura pública de Kirchner como enunciador político. El objetivo general es avanzar en la dirección de una semiología de la política. Ciertamente, no existe palabra política que sea ajena al propio cuerpo que la enuncia. No se puede pensar fuera del lenguaje, pero tampoco fuera del cuerpo. Por lo tanto, los procesos de identificación y los modos de construcción de credibilidad del kirchnerismo están ligados en algunos de sus aspectos al cuerpo presidencial que, al tiempo que enuncia una palabra política, es también, en su modo de presentación mismo, político.

La dimensión cóporo-gestual de la enunciación política puede articular diferentes funciones, según estén centradas en el locutor, en el interlocutor, en el mensaje mismo o en el control y la vigilancia del canal del vínculo con los interlocutores. La facilitación de la ideación, la regulación afectiva, el soporte corporal del habla, la puesta en escena del pensamiento imaginado, la facilitación de la empatía inferencial, son todas realizaciones posibles de la dinámica corporal en su funcionamiento público. Nuestra intención es analizar cómo los gestos otorgan un plus de significación a la *performance* pública del

presidente Kirchner, cómo se articulan con un cierto universo simbólico e imaginario, con una forma de vida política a la que las palabras del locutor reenvían implícita o explícitamente, cómo generan significaciones adicionales que pueden o no resultar funcionales a la exposición del líder. La orientación de este análisis estuvo dada por el conjunto de valores y prácticas que el discurso kirchnerista propaló como espacio ético de incorporación y por las imágenes que el propio Kirchner construyó de sí para presentarse como garante de esos valores y prácticas. El flujo córpore-gestual del locutor puede dotar a su figura de características más o menos estereotipadas, cuya relación con los argumentos esgrimidos por la palabra presidencial, las figuras retóricas empleadas, los modos de interpelación realizados, los presupuestos o sobreentendidos aludidos, el registro léxico utilizado, puede reforzar, mitigar o alterar la genética de los *ethé* desplegados.

La interpretación de la dinámica córpore-gestual de Kirchner está definida en gran medida para nosotros por la dimensión verbal de su discurso, ya que es el recorrido argumentativo del locutor y el cúmulo de valores y situaciones al que refiere los que van articulando en una sintaxis discursiva coherente su pragmática gestual. Cada individuo tiene, ciertamente, gestos que le son propios y resultan, en este sentido, idiosincrásicos, pero, por lo general, un gesto, sea cual fuere su origen o procedencia, se integra en un código más o menos estereotipado que tiene por correlato un stock de posibles significados. La manera en que el discurso de Kirchner se inscribe corporalmente en dicho código nos lleva a considerar, por un lado, la dinámica gestual del cuerpo presidencial respecto del universo de valores que despliega y del mundo ético al que invita a incorporarse, y por otro, el modo en que la polisemia gestual se actualiza sintagmáticamente en la cadena argumentativa de los mensajes públicos de Kirchner.

En este capítulo intentaremos demostrar, pues, que la dimensión córpore-gestual de los discursos públicos de Kirchner se orienta principalmente en una triple dirección: refuerza o restringe los *ethé* identificados en la dimensión verbal, regula los grados de manifestación del litigio y el consenso, y alude a una cierta simbología política previamente codificada, que podríamos designar bajo el rótulo de *memoria córpore-gestual* del peronismo.

### **3.1 TÉCNICA, MÉTODO Y TIPOLOGÍA DE ANÁLISIS GESTUAL**

Teniendo en cuenta el marco teórico-metodológico desarrollado en el primer capítulo, consideraremos a continuación los elementos técnicos concernientes al análisis del corpus, la selección de gestos a estudiar y el



método de análisis adoptado para hacer el relevo gestual de las principales dinámicas córporo-gestuales del enunciador.

El método ha sido desarrollado en tres etapas, a saber: (a) la anotación y codificación de las diferentes dinámicas córporo-gestuales; (b) la extracción selectiva de las dinámicas utilizadas, acompañadas de su contexto verbal; (c) el análisis de las dinámicas seleccionadas y el estudio de su eficacia pragmática. Los tipos de gestos o dinámicas corporales han sido clasificados a partir de una tipología *ad hoc*, que no obstante toma en cuenta la propuesta pionera de Calbris<sup>1</sup>: apertura de brazos, puño [poing], pirámide [pyramide], palma o mano hacia abajo [main à plat], bol, bol invertido [bol retourné], garra, escuadra [équerre], índice [index], mano o palma hacia delante [paume en avant], mano extendida [main raidie], mano hacia arriba, cuadro [cadre], palma oblicua [paume oblique], autocentración sin contacto [auto-centration sans contact], autocentración con contacto [auto-centration avec contact], intervalo, aro [rond], 'de punta en blanco' o *dpb*, señalamiento o señal, as de espada, ceño fruncido, afirmación o asentimiento, negación y encogimiento de hombros<sup>2</sup>.

La codificación del análisis de ejemplos será la siguiente: el nombre de la dinámica utilizada y el hemisferio corporal en el que fue realizada serán colocados en **negrita** entre corchetes antes del comienzo del segmento verbal que dicho gesto complementa; el segmento verbal ligado a una dinámica identificada estará representado en *cursiva* y definido en su inicio por el nombre del gesto entre corchetes y en su conclusión por un asterisco en **negrita**. La fecha del discurso será referida al final del párrafo en el que se encuentra el ejemplo analizado, entre paréntesis. Si por motivos de economía de espacio o reiteración no se consignara el párrafo entero del que se extrajo el ejemplo, se notificaría la ausencia de texto, ya sea anterior o posterior, con puntos suspensivos entre paréntesis. El venidero es un ejemplo de la codificación empleada:

Nosotros, se los puedo asegurar, **[puño izquierdo]** *tenemos que caminar por ese rumbo\** (10 de febrero de 2004)

---

<sup>1</sup> Notificamos entre corchetes aquellos gestos cuya designación ha sido traducida del original de Calbris.

<sup>2</sup> La mayoría de estos gestos, a su vez, puede verse modificada por tres modalizadores de énfasis: la bobina (la imagen sería la de un gesto circular, que gira sobre sí mismo), la sacudida (sacudir una mano, por ejemplo, o un puño) y los movimientos repetitivos, que podrían considerarse como una sacudida más ostentosa durante un lapso temporal mayor. Gráficos ilustrativos aparecerán a medida que describamos cada dinámica.

Si la dinámica utilizada se encontrara modificada por un modalizador de énfasis, del tipo bobina **[b]**, movimiento repetitivo **[mr]** o sacudida **[s]**, este rasgo se encontraría marcado de la siguiente forma:

Los argentinos asumimos con vergüenza a **[mr puño izquierdo]** *los que nos endeudaron y nos llevaron a esa situación\** (...) (10 de febrero de 2004)

Otros elementos modalizadores a ser considerados son: **[ha]** hacia abajo; **[hd]** hacia la derecha; **[hi]** hacia la izquierda; **[hf]** hacia el frente; **[sc]** sin contacto; **[cc]** con contacto. Así, por ejemplo, el señalamiento hacia la derecha se notificaría de la siguiente forma:

(...) **[señalamiento hd]** *los que endeudaron la Argentina son los que siguen diciendo que tenemos que firmar cualquier acuerdo\** (...) (10 de febrero de 2004)

La dimensión còrporo-gestual de Kirchner está relativamente determinada por su modo de relación con el soporte material de sus discursos orales, esto es, con los textos o notas que tenía como referencia escrita para pronunciarlos. Esta relación determina parcial pero estructuralmente las características corporales de su enunciación: no es lo mismo un locutor que brinda un discurso leyendo renglón a renglón lo que tiene escrito, que un locutor que observa lo que tiene escrito para hilar sus palabras, que otro que apenas baja la mirada y deja fluir su oralidad. En el caso de Kirchner, existen tres formas más o menos estables de relación con la materialidad escrita: la lectura, el apoyo argumentativo-estadístico o el mero índice temático. La elección de una u otra modalidad parecería estar en gran parte determinada por la situación total de enunciación y en particular por la audiencia que asiste al evento. Los discursos leídos en ocasión de la asunción de la presidencia, el Festival Internacional de Cine de Mar del Plata y la celebración del "Día de la Armada", por ejemplo, son alocuciones formales, realizadas dentro de contextos institucionales (asunción, inauguración, efemérides), con audiencias singulares, en las que la dimensión còrporo-gestual queda reducida a su mínima expresión: una mirada, un gesto enfático, una sonrisa. Discursos como los ofrecidos en las ciudades de San Nicolás, Rafaela, San Juan y Ushuaia, en cambio, frente a audiencias no corporativas o populares, resultan *performances* netamente orales, en las que el locutor apenas repara en las hojas que tiene en el pùlpito y en las que despliega al máximo su repertorio corporal de brazos abiertos y puños en alto. Nosotros denominaremos respectivamente a cada forma estabilizada: discurso *formal*, discurso *apuntado* y discurso *oral*. Éstas no

definen *per se* el mundo ético del discurso, aunque sin duda regulan su dinámica, restringiendo algunas imágenes y favoreciendo otras.

### 3.2 EL HOMBRE, LA REALIDAD: IMÁGENES PARA UNA «ARGENTINA EN SERIO»

La construcción de una imagen de sí de serio o realista le permite al enunciador Kirchner inscribirse de lleno en su escenificación del «realismo» como principio rector de su proyecto de «cambio». La seriedad como valor depende indudablemente de las representaciones que cada grupo social se hace acerca de quién es serio y quién no lo es. Ser *serio* en la Argentina post-menemista y post-aliancista tiene en principio dos referencias ineludibles: en un sentido, significaría construir una imagen opuesta en todo a la frivolidad y al tono profético del universo menemista; en otro, significaría no ofrecer una imagen de inmovilismo, la delarruista imagen del aburrido. Estas dos imágenes, contrapuestas pero igualmente ineficaces en la generación de identificaciones post-2001, fijan de algún modo los límites de lo serio que puede reivindicar el kirchnerismo. Según Charaudeau (2006:120 y ss.) un ethos de serio es construido con la ayuda de diversos índices corporales y mímicos: una cierta rigidez en la postura del cuerpo, una expresión raramente sonriente, la demostración de una gran energía y capacidad de trabajo. Las promesas pequeñas, la conciencia de los límites, la recusa de la demagogia, la necesidad de ajustar los proyectos a los medios existentes “son capaces de garantizar el espíritu de seriedad que conviene al político y de construir una imagen de aquel que, reivindicando para sí cierto pragmatismo, se preocupa del bien público de manera realista, en comparación con las otras dos actitudes que serían la de inmovilismo y la de sueño irrealizable”.

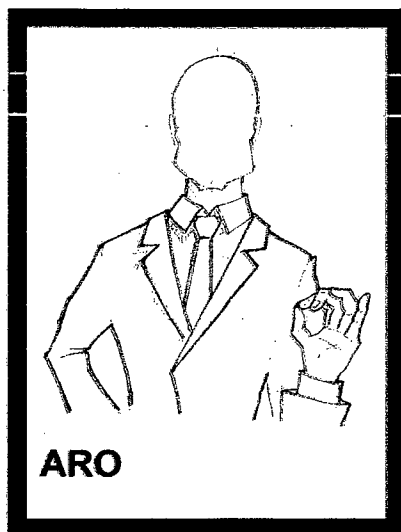
La imagen pública de un hombre serio es construida en el discurso kirchnerista en la articulación de ciertas variantes gestuales con el predominio de componentes verbales didácticos y prescriptivos<sup>3</sup>. Por un lado, el enunciador sabe y debe. Su seriedad es el resultado de un conocimiento y una responsabilidad, tanto mayor desde el momento en que su saber aparece enunciado como verdad necesaria. El predominio de esos componentes marca una derivación del deber –que en el kirchnerismo es moral y eminentemente pragmático– a partir de un saber aventajado sobre la realidad, que designamos con el nombre de intermediación. Por otro lado, estamos ante cuatro variantes

---

<sup>3</sup> Nos atenemos a la tipología de componentes de la enunciación política descrita por Eliseo Verón en *La palabra adversativa*. Según leemos, el componente didáctico corresponde a la modalidad del saber y permite al enunciador político enunciar principios generales o verdades universales. En cuanto al componente prescriptivo, es del orden del deber y se enuncia, generalmente, como una necesidad deontológica de carácter impersonal, como un imperativo universal o al menos universalizable.

gestuales recurrentes: **el aro, el bol derecho, la mano extendida y el índice derecho.**

El **aro** suele expresar en los discursos de Kirchner valores como la justicia o la probidad, y también precisión, seguridad, claridad, cumplimiento, exactitud. Por lo general opera como un modalizador enfático y aparece en el hemisferio corporal izquierdo.



Aparece con frecuencia en sus discursos apuntados y formales y, por el contrario, no es una variante habitual en sus discursos orales. Para comenzar el análisis, veamos la presencia del gesto en los siguientes fragmentos:

Mantenimiento del equilibrio fiscal y trajes a rayas para los grandes evasores, en la seguridad **[s aro izquierdo]** *de que si imponemos correctamente a los poderosos el resto del país se disciplinará.\** (25 de mayo de 2003)

**[s aro izquierdo]** *Rechazamos de plano la identificación entre gobernabilidad e impunidad que algunos pretenden. Gobernabilidad no es ni puede ser sinónimo de impunidad.\** (25 de mayo de 2003)

También se me pregunta en todos los lados el problema de la discusión con la hermana y querida República de Chile respecto a la exportación de gas. **[s aro izquierdo]** *Esto tiene que quedar absolutamente claro:\** los que exportan gas a la República de Chile, y yo se lo dije a mi amigo el señor presidente de Chile, son las empresas petroleras, gasíferas e hidrocarburíferas que hay en la Argentina, distintas empresas. (...) **[s aro izquierdo]** *En este caso yo cumplo con las leyes argentinas\** y me tienen que entender los queridos hermanos y el señor presidente de la República de Chile, que les exijan a las empresas que cumplan con la República de Chile. (29 de abril de 2004)

Reinstalar la movilidad social ascendente que caracterizó a la República Argentina requiere comprender que **[s aro izquierdo]** *los problemas de la pobreza no se solucionan desde las políticas sociales sino desde las políticas económicas.\** (25 de mayo de 2003)

Ese equilibrio fiscal tan importante **[s aro izquierdo]** *deberá asentarse sobre dos pilares:*\* gasto controlado y eficiente e impuestos que premien la inversión y la creación de empleo y que recaigan allí donde hay real capacidad contributiva. (25 de mayo de 2003)

**[aro izquierdo]** *Pero como dijo el gobernador de Mendoza con toda exactitud,\** **[aro derecho]** *el problema de la seguridad tiene dos perspectivas:*\* una que es la desocupación, el hambre y la miseria que generó el delito común, que lamentablemente nadie quiere pero cuando un país se olvida de los más, eso pasa. (29 de abril de 2004)

Estos fragmentos están signados por una idea de justicia, legalidad, corrección o precisión y por el predominio de componentes prescriptivos y didácticos. La disciplina, la advertencia, la imposición como parte de un enfrentamiento con la injusticia y la impunidad complementan axiológicamente la semántica gestual. Mientras el primer fragmento hace hincapié en la idea de justicia (saber qué es justo) como resultado del disciplinamiento de los poderosos (deber disciplinar a los poderosos), en el segundo fragmento aparece una crítica a la impunidad, en la que se marca claramente una relación entre un saber («Gobernabilidad no es...») y un deber («ni puede ser»). En el tercer fragmento predominan la prescripción y la descripción; la primera en relación con lo que es correcto y claro; la segunda en relación con un saber sobre la ley y su justa implementación. El cuarto fragmento marca nuevamente el predominio del componente didáctico, asociado a un conocimiento de la solución de los «problemas de la pobreza»; mientras que el quinto expresa una idea de deber y saber, que tiene mucho en común con el sexto fragmento, sólo que en éste predomina un componente didáctico, que permite definir como verdad política las perspectivas del enunciador sobre el problema de la seguridad.

El *ethos* de serio aparece marcando una férrea oposición entre el saber y el deber acerca de la justicia y de lo que es justo y entre el saber acerca de procedimientos ilegales asociados al pasado. El fin de la impunidad, el disciplinamiento de los poderosos, el cumplimiento de las leyes, el fin de la injusticia social (la pobreza, por caso) son temáticas que el enunciador aborda con un aura de seriedad, definiendo una oposición entre un pasado de privilegios, corrupción e impunidad y un futuro justo y recto. En este sentido, el predominio de componentes didácticos y prescriptivos está en estrecha relación con la construcción de una imagen de serio en la que la memoria del pasado y el discernimiento de las causas y las soluciones posibles se presentan inevitablemente asociados con una necesidad deontológica por llevar a buen puerto el destino del país.

Similar al **aro**, aunque en un movimiento descendente perpendicular al suelo, hay otro gesto típicamente kirchnerista, que es lo podríamos denominar haciendo (ab)uso de su empleo coloquial: '**de punta en blanco**' (de ahora en más, **dpb**), es decir, de manera impecable o perfecta.



Este gesto también redundante en una idea de justicia. Respecto del **aro**, la principal diferencia estriba en el carácter polémico o litigante del primero –de ahí que habitualmente funcione como modalizador enfático– y en el carácter más bien preciso y terminante del segundo. Por su misma materialidad, el **dpb** realiza un *anclaje* más puntual y categórico: refuerza corporalmente un argumento o un punto de vista fuertes.

(...) vamos a poner todos nuestros esfuerzos por recuperar la dignidad del país, **[dpb derecho]** *por tener una Justicia independiente,\** por respetar los derechos humanos (...) (10 de febrero de 2004)

Ahora me pregunto yo, ¿la justicia es sinónimo de odio, la justicia es sinónimo de remover el pasado o la justicia es la justicia sea en el tiempo que sea? ¿O el paso del tiempo habla de la no justicia porque pasó mucho tiempo? **[dpb izquierdo]** *La justicia se debe aplicar siempre\** porque es la única forma en que podemos construir un país diferente. (11 de marzo de 2004)

Esto lo vamos a ir superando con el mejoramiento económico **[dpb izquierda]** *y con una justa distribución del ingreso\** en la Argentina, que es tarea central y esencial. (29 de abril de 2004)

Desde tener un plan de seguridad discutido por todos y aprobado por la sociedad argentina, a tener las respuestas jurídicas que necesitamos **[dpb izquierdo]** *y una Justicia que definitivamente funcione,\** porque si la Justicia no funciona no hay forma posible de instrumentar la pirámide para responder a este problema. (29 de abril de 2004)

En estos cuatro fragmentos, la variante **dpb** hace hincapié en el valor de la justicia. Si consideramos los dos iniciales, la diferencia se encuentra en que en el primer fragmento predomina el componente programático («poner nuestros esfuerzos... por tener...») y en el segundo el componente prescriptivo («se debe aplicar siempre»). Sea el caso de uno u otro componente, lo principal es advertir la virtualidad del proceso y, por eso mismo, la sanción a futuro del deseo expresado. En los fragmentos tercero y cuarto, el carácter procesual y momentáneamente incompleto del plan kirchnerista («vamos a ir superando»; «que definitivamente funcione») señala asimismo el carácter virtual de la justicia. La justicia es algo por hacer, algo que debe funcionar, que se debe aplicar. En los dos próximos, prima la idea de responsabilidad asociada al buen sentido y a la seriedad:

**[dpb izquierdo]** *Nos va a guiar\** el buen sentido y la responsabilidad argentina que tuvimos siempre porque la dignidad se practica con las acciones de todos los días (...) abriendo los brazos y las puertas para un país distinto. (11 de marzo de 2004)

Por eso los argentinos debemos dar una discusión **[dpb izquierdo]** *seria, responsable y a fondo,\** para que los acuerdos que vayamos alcanzando sean la ruta de un nuevo amanecer que nos posibilite realizarnos como país. (18 de mayo de 2004)

Resalta en ambos fragmentos una dimensión futura: «debemos dar», «nos va a guiar», en la que lo argentino ofrece el tono patriótico de una misión conjunta. Forman parte del orden del deber y el poder-hacer del enunciador. En el primero de ellos, además, la promesa aparece asociada a otra variante semántica del **dpb**: la coherencia. La aventura futura lleva la fuerza de la previa garantía: la trayectoria dirigencial del gobierno kirchnerista («el buen sentido y la responsabilidad que tuvimos siempre») se convierte en la justificación del garante para legitimar el universo de valores que adopta. La coherencia exhibe la seriedad del locutor y lo hace digno de crédito. Nos conviene, a este respecto, citar nuevos fragmentos:

Dijimos que **[dpb derecho]** *íbamos a administrar el país ordenadamente\** y estamos haciendo una administración **[dpb derecho]** *realmente equilibrada, como en cada gestión\** que me tocó llevar adelante. (11 de marzo de 2004)

No tengan ninguna duda, **[dpb derecho]** *lo dije el día que me tocó asumir,\** no vine a dejar las convicciones en la puerta de la Casa de Gobierno ni vine a sentarme en un sillón para seguir estando por estar, para tratar de ser por ser o para tratar de hacer una presidencia de protocolo como les gusta a muchos. (11 de marzo de 2004)

El matiz excluyente del nosotros gubernamental y del yo singular pone en primera plana el testimonio de la coherencia que convierte a los hechos actuales en prueba de las promesas pasadas. Mucho más allá de los valores de orden y equilibrio que confluyen en el ideario kirchnerista como signos de gobernabilidad, el enunciador traza con su gesto una línea imaginaria que resalta una cierta continuidad lógica entre las palabras y los hechos. El **dpb** hila con su cuerpo un trayecto que carga a la instancia del presente con el peso de la demostración y al tiempo con el halo de la «previsibilidad» (25/06/03b). La imagen de un hombre coherente vigoriza el realismo presidencial y engarza su andar en un lapso histórico que es el de una Argentina gerundia. La gerundización y la coherencia otorgan al hombre realista y serio un espacio temporal a su medida, que alimenta el fuego cauto de la excepcionalidad política y el nada modesto triunfo de lo previsible. El «país en serio» (25/05/03) que Kirchner venía anunciando en su campaña electoral significa a largo plazo un país donde toda predicción tenga algún grado de certeza. Como expone Edgardo Mocca (2005:50) en su artículo sobre la vida política argentina en la post-crisis: “La previsibilidad política es un valor que la Argentina no pudo alcanzar durante gran parte del siglo XX y que, una vez recuperada la institucionalidad democrática en 1983, se vio recurrentemente sacudida por el vendaval de la crisis”.

La tercera variable gestual que tomaremos en cuenta en la elaboración de un ethos de serio es la que hemos dado en llamar **bol**. Este gesto refuerza valores como la racionalidad y el realismo y enfatiza el fenómeno de la inmediatez, dado que tiende a resumir corporalmente el verosímil político del kirchnerismo: la anunciada relación de privilegio del enunciador respecto de la realidad.





El **bol** acostumbra aparecer en los discursos orales y en los discursos apuntados, siendo infrecuente en los discursos formales. Expresa por lo general seriedad, realismo y obligación. Según el hemisferio considerado, ostenta señas particulares: el **izquierdo** se vincula mayormente con componentes prescriptivos en primera personal del plural y suele acompañar verbos del tipo 'deber', 'tener que' o impersonales como 'hay que'; el **derecho**, en cambio, manifiesta una inclinación al orden de la descripción e interviene en la construcción del adversario. En algunas ocasiones, puede tratarse de una huella de advertencia o liminaridad; en otras recalca una obligación moral, las menos evidencia la racionalidad de una posición o la constatación descriptiva. Invariablemente, se destaca la firmeza del líder:

**[s bol izquierdo]** *¡Hay que dar vuelta a la historia\** y yo sé que con ustedes vamos a tener la posibilidad de hacerlo! (11 de marzo de 2004b)

**[bol izquierdo]** *[T]enemos que entender que en este país es hora de terminar con el clientelismo político para pasar al trabajo,\** a la producción, al desarrollo agropecuario e industrial que fortalezca definitivamente la estructura de economía y crecimiento. (20 de febrero de 2004)

(...) fueron muchos años de premiar al más vivo y al más pícaro y ahora **[mr bol izquierdo]** *hay que premiar al más honesto, al que más estudia,\** al que más investiga, al que más trabaja, al que más "pone el lomo" para levantar a su familia y a su país. (20 de febrero de 2004)

Las características icónicas del **bol** permiten inferir una lógica de la evidencia apoyada en la decantación. Las experiencias vividas por el conjunto de la población han sedimentado y el locutor hace de la mano como continente el símbolo de un encuentro. Sería el terreno de la obviedad, de la palabra como tautología, de la fuerza probatoria de la memoria. El espacio común de una verdad vivida y aún vívida. La deontología que se respira en los fragmentos es la consecuencia de una experiencia compartida o, en última instancia, compartible.

El **bol** es el énfasis de la evidencia y contribuye a dotar a Kirchner de la firmeza de un líder por la fuerza de los hechos. Resume gran parte de lo que el kirchnerismo define como *deber ser* de la política y, en ese sentido, tiende a acentuar su realismo y lo que éste implica como universo de valores (seriedad, coherencia, trabajo, acción, primacía de los hechos por sobre las palabras) y como dinámica de lo político:

Basta de decir una cosa y después hacer otra, **[mr bol izquierdo]** *tenemos que ser esclavos de nuestras palabras,\** si decimos a nuestro pueblo que vamos a ir por este camino los argentinos tienen que saber que vamos por ese camino para recuperar la credibilidad perdida. (20 de febrero de 2004)

**[mr bol izquierdo]** *Porque la dirigencia tiene que entender que la política debe ser una herramienta para mejorar la vida de la sociedad\* y de la gente y no puede ser la pelea permanente de intereses de aquellos que lo único que les interesa es llegar para después ver cómo pueden mejorar su situación individual. (20 de febrero de 2004)*

La política tiene que volver a servir para mejorar a la gente y **[s bol izquierdo]** *esa es la tarea esencial que tenemos que llevar adelante.\* (20 de febrero de 2004b)*

El **bol** indica el *summum* del realismo kirchnerista, en el que se mixturaron la tradición realista del peronismo (“La única verdad es...”) y la vena realista de los discursos de la gobernabilidad en su apreciación desmedida de la gestión<sup>4</sup>. Por fuerza de evidencia, el **bol** refuerza corporalmente el vaciamiento de la dimensión polémica de lo político en beneficio de la administración: la firmeza del líder se erige en una deontología que lo excede y es ese exceso de deber el que hace ridícula «la pelea permanente de intereses» e imperiosa «la tarea esencial que tenemos que llevar adelante». El debate es la jactancia de lo político; la transversalidad, el consenso, la convergencia el atajo administrativo para «mejorar la vida de la sociedad».

El ethos de hombre serio se ofrece como garante del realismo kirchnerista y oficia como regulador de la coexistencia entre una memoria autóctona del *bienestar*, asociada al realismo peronista, y una semántica internacional de la *governance*, en la que la política debe ser «una herramienta». La idea de lo político como tarea esencial para «vivir mejor» (25/05/03, 11/12/03b) que recorre los discursos de Kirchner apela a un conjunto de valores en el que la transversalidad, la pluralidad y las verdades relativas hacen a un bien común fundado en el consenso o en la verdad superadora. El futuro de la nación está condicionado por la convergencia de las partes, y la convergencia de las partes por la comprensión de la prescripción de lo real. La seriedad se traduce, en este sentido, como ejercicio de la razón y como honesta y modesta verdad:

Queridos amigos, nuestra posición **[bol derecho]** *es razonada, seria,\* que no nos coloquen como en la década pasada en la situación de que hacemos esto o se viene el caos. (10 de febrero de 2004)*

**[s bol derecho]** *Yo lo que no quiero es mentirle al pueblo argentino, no quiero hacer un manoseo más de la credibilidad\* de nuestra Argentina y les voy diciendo paso a paso lo que vamos haciendo, pero no me van a*

---

<sup>4</sup> La eficacia política de esta confluencia realista no es casual si consideramos que el Estado de Bienestar que caracterizó los orígenes del modelo peronista significa sustancialmente la gobernabilidad por la administración. En una entrevista reciente con *Página/12*, Laclau (2009) da cuenta de este fenómeno: “Toda la teoría política del torismo inglés estaba basada en la creación de una sola nación mediante la absorción individual de demandas, impidiendo que se crearan cadenas equivalenciales que dividieran a la sociedad en dos campos. Toda esta ideología después pasa a la idea del Estado de Bienestar: absorber demandas para que no haya puntos de ruptura en la sociedad. Era el reemplazo de la política por la administración”.

ver a mí tratando de mostrar un proyecto grandioso para después defraudar a todos. (11 de marzo de 2004)

La imagen pública de un presidente serio se vuelve así una dimensión inescindible del ethos kirchnerista de hombre común, como así también de los escenarios de la *administración* y del *bienestar* como lugares de inscripción de su realismo político. Ser serio es, entre otras cosas, ser un hombre común, pero ante todo es comprender que la única forma posible de la democracia en el capitalismo es la mera gestión: la renuncia a consignas «muy lindas» para llevar adelante la concreción del «paso a paso»:

Claro que uno puede tener posturas y determinadas consignas que pueden ser muy lindas, pero lo que yo aprendí durante toda mi vida de militante **[bol derecho]** es que lo importante es poder ir llevando paso a paso\* nuestras ideas para poder concretarlas. (11 de marzo de 2004)

La lección paradójica de la militancia ha sido la intermediación como garantía de hegemonía política: el líder en contacto directo con la realidad, el líder en contacto directo con el pueblo. Un universo realista de seriedad, coherencia, acción y transparencia:

**[bol derecho]** Las responsabilidades que asuma siempre\* se las iré diciendo, como lo hice hasta ahora, pero los argentinos debemos hacer entre todos la construcción de nuestra identidad nacional. (10 de febrero de 2004)

Pero para eso **[bol derecho]** hay que ir construyendo el país y el país\* no se construye solamente desde un discurso. (11 de marzo de 2004)

La seriedad como valor realista del universo kirchnerista implica una correlación entre dichos y hechos que redundará no sólo en la definición de un espacio de incorporación para los destinatarios positivos de su discurso, sino además en la caracterización de su Otro negativo. La importancia de los hechos para un discurso realista como el de Kirchner es doble: por un lado, perfila una imagen propia de coherencia y medida potencia, afín con la seriedad que pregonaba, y por otro ataca la frivolidad de los «proyectos grandiosos» en los que las palabras no se traducen en «hechos concretos, verificables, mensurables» (11/12/03b), en los que las palabras no serían otra cosa que síntomas de la «vieja Argentina»:

Queridos amigos, nuestra posición es razonada, seria, **[mr bol derecho]** que no nos coloquen como en la década pasada\* en la situación de que hacemos esto o se viene el caos. (10 de febrero de 2004)

Tengo que imaginarla **[b bol derecho]** y me dicen: "hay que definir la proyección,\* las metas", ¡yo digo por qué no pensaron! (11 de marzo de 2004)

Yo sé que vengo de una humilde provincia lejana, sé que algunos dicen "qué va a hacer este pingüino"; soy pingüino, vengo del sur, pero lo que no se dan cuenta, **[bol derecho]** *lo que no leen\** es que hay un pueblo argentino que está dispuesto a construir un destino diferente (...) (20 de febrero de 2004)

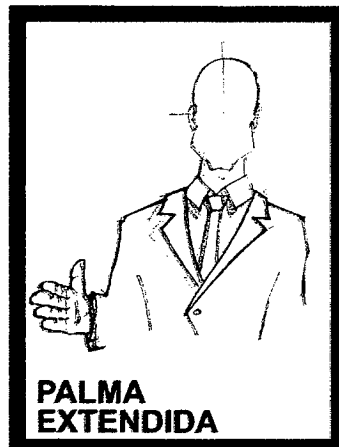
El **bol derecho** es un gesto de la heterogeneidad mostrada, un símbolo de la palabra ajena. Marca la puesta en escena de la palabra adversaria y de la existencia misma de un adversario, pero al mismo tiempo lo hace describiendo el proceder de esos agentes y reforzando una idea de evidencia. Si el **bol izquierdo** expone la evidencia de la fuerza prescriptiva de la situación y ofrece al kirchnerismo el salvoconducto de la excepcionalidad, el **bol derecho** regresa en el tiempo y convierte la situación heredada en la evidencia de la acción de sus enemigos:

Ustedes saben que volver a construir la fe y la moral institucional de la Argentina no es una tarea fácil porque nos llevaron a la última instancia, **[bol derecho]** *quebraron la credibilidad\** entre las instituciones y la gente (...) (29 de abril de 2004)

La Argentina está creciendo, pero algunos me miran con cara extrañada cuando digo que hay veces que la imagino por las mañanas. Claro, **[bol derecho]** *si nos dejaron 170 mil\** millones de dólares de deuda, 150 por ciento del Producto Bruto Interno, y la Argentina se empieza a recuperar; claro, no podemos salir del infierno todavía porque el peso de todos los compromisos que han dejado y las obligaciones cercanas son muy fuertes (...) (29 de abril de 2004)

El **bol** es un emblema de la situación actual; la variante que ilustra corporalmente la genealogía de la excepcionalidad política. Es un símbolo en el que abreva la fuerza del realismo kirchnerista y, al mismo tiempo, hemisféricamente, una forma de oponer el universo frívolo de sus anti-garantes y el mundo de valores con el que invita a identificarse. La seriedad es, en este sentido, el hilarante exceso de la evidencia, el modo en que la realidad cobra cuerpo en el líder.

La **mano extendida** o **palma extendida** en el hemisferio derecho es otra variante gestual que opera en la construcción de un ethos de serio en los discursos públicos del presidente.



Este gesto remite por lo general a una ética del deber y confiere al enunciador una composición eminentemente prescriptiva. Valores como la firmeza o la voluntad y nociones como la de imposición o la de límite son en gran medida resultados de esta dinámica. Veamos un fragmento de su discurso ante el pueblo de San Nicolás:

(...) vamos a poner todos nuestros esfuerzos por recuperar la dignidad del país, por tener una Justicia independiente, por respetar los derechos humanos, dignificarlos y terminar con la impunidad, **[mr mano extendida derecha]** *por castigar la corrupción con la firmeza\** que corresponda para que definitivamente en la Argentina quienes tengan la representatividad popular sean honrados por su pueblo y que los pueda mirar con la dignidad que corresponde. (10 de febrero de 2004)

La **mano extendida derecha** enfatiza la idea de firmeza como límite entre lo justo y lo injusto, lo correcto y lo incorrecto, lo serio y lo no-serio. El *background* de este gesto supone un saber sobre la seriedad y sus límites. En Kirchner, ese saber es claramente un conocimiento privilegiado de la realidad o de la forma matemática en que ésta se manifiesta para un realista, «las cifras»:

Calculo que cuando el INDEC decía que había 25 ó 26% de desocupación había algunos que lo levantaban, ahora que hay el 14,5% **[mano extendida derecha]** *no van a decir que no están de acuerdo.\** Es la realidad concreta, con esas mismas cifras fue bajando. (11 de marzo de 2004b)

Dado que la seriedad funciona en Kirchner como una forma de realismo, destacando un grado de coherencia entre las palabras y las acciones del líder y haciendo de la evidencia un fundamento gubernamental, el ethos de hombre serio garantiza el verosímil político del kirchnerismo y marca la imposibilidad del desacuerdo. Fundado en la idea de que hay una única realidad, el realismo pone a los enemigos del gobierno entre el acuerdo obsecuente y el destierro enunciativo. Para decirlo en breve, intermediación mediante, Kirchner conmina a sus adversarios al consenso de lo real, que –todo lo indica– tiene extrañamente la forma de una coacción.

La firmeza, la convicción, la justicia forman parte de un imaginario de gestión en una época de post-crisis institucional, en el que la seriedad de Kirchner se asocia a una idea de la refundación nacional. Ser serio significa en el discurso presidencial ser un hombre honesto, coherente, trabajador, y desde este punto de vista representa una bisagra y un límite en relación con la década de los noventa: un antídoto para la «corrupción». Por ejemplo,

**[mr mano extendida derecha]** *A cada corrupto hay que aplicarle el Código\** con la fuerza que corresponda, para que definitivamente se termine esta historia de indignidad y para que el nuevo ser nacional, el

argentino que construyamos, sea el que nos enseñaron nuestros abuelos: el que más trabaja, el que más estudia, el que más investiga, el más honesto, el más decente. (10 de febrero de 2004)

Estamos ante un gesto demarcatorio, que tiene por significado enfatizar corporalmente el fin de una época y el comienzo de una nueva era. A diferencia del **aro** y del **dpb**, que ponderan formas de lo justo, y a diferencia del **bol**, que regula el valor de lo serio por la fuerza de la evidencia, la **mano extendida** realiza la firmeza del enunciador y opera como indicio de un límite:

Se los quiero contar porque a veces donde uno toca se encuentra con pus, [**mr mano extendida derecha**] *porque fueron muchos años\** de premiar al más vivo y al más pícaro y ahora hay que premiar al más honesto, al que más estudia, al que más investiga, al que más trabaja, al que más "pone el lomo" para levantar a su familia y a su país. (20 de febrero de 2004)

La **mano extendida derecha** representa en su figura icónica la idea de un límite, moviéndose como barrera de paso. Es un gesto bisagra, que marca el 'ahora' del cambio. Por otro lado, opera como señal programática, indicando aquello que es del orden del poder-hacer del gobierno. Se inscribe en fórmulas como "vamos a + infinitivo" y se liga a la primera persona del plural inclusivo, indicando su pertenencia al colectivo de los argentinos:

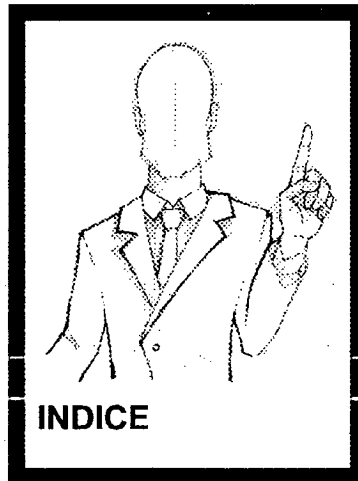
Queridos compañeros y amigos: les quiero ser totalmente sincero, yo no tengo una actitud imperativa cuando digo que vamos a pagar el 25 [**mano extendida derecha**] y *vamos a hacer un recorte del 75,\** no es una actitud viril, de fuerza la que hago, es una actitud de la realidad argentina: juntando monedas entre todos los argentinos no podemos pagar más que eso. (11 de marzo de 2004)

(...) los convoco a ustedes, pero través de ustedes a aquel argentino y argentina, a (...) que se incorpore a esta Argentina donde con la idea, con el pensamiento, con la verdad relativa [**mano extendida derecha**] *vamos a poder construir la verdad superadora\** que nos permita a todos los argentinos poder avanzar. (11 de marzo de 2004)

Otro gesto que interviene en la construcción del ethos kirchnerista de serio es el **índice derecho**<sup>5</sup>. Se trata de una dinámica que regula, como la **mano extendida**, la relación hemisférica del cuerpo presidencial con su espacio gestual de interacción, delimitando un área de identificación y un área adversativa. Confiere a la imagen de serio cualidades como la precisión y la seguridad, y cobra a menudo la forma de una advertencia:

---

<sup>5</sup> Como veremos más adelante, el espacio gestual derecho indica en Kirchner un modo de ubicar topológicamente la «vieja Argentina».



(...) cuando digo que podemos pagar **[índice derecho]** el 25\* por ciento de la deuda estoy hablando con la verdad **[mr índice derecho]** y también digo que si se paga más se va a pagar como en la década del 90,\* con el hambre del pueblo, y será un nuevo genocidio sobre las espaldas del pueblo argentino que nosotros no podemos volver a permitir. (10 de febrero de 2004)

El **índice derecho** expresa la fuerza de la posición del líder y acentúa su individualidad, acompañando segmentos verbales enunciados en primera persona del singular:

Argentinos y argentinas, con absoluta tranquilidad les pido que estemos con los ojos bien abiertos, yo les voy a ir contando todo, **[índice derecho]** no voy a decir una cosa y firmar otra.\* (10 de febrero de 2004)

Yo lo que no quiero es mentirle al pueblo argentino, no quiero hacer un manoseo más de la credibilidad de nuestra Argentina y les voy diciendo paso a paso lo que vamos haciendo, **[negación + índice derecho]** pero no me van a ver a mí\* tratando de mostrar un proyecto grandioso para después defraudar a todos. (11 de marzo de 2004b)

Representa en su singularidad la inmediatez entre Kirchner y su pueblo, y destaca la honestidad total del líder («yo les voy a ir contando todo», «les voy diciendo paso a paso lo que vamos haciendo») anclada en su firmeza: «no voy a decir una cosa y firmar otra», «no me van a ver a mí tratando de mostrar un proyecto grandioso». Es el faro de la transparencia. Si el **bol** parecía enfatizar el aspecto realista de la inmediatez, el **índice derecho** aparecería como la cifra del contacto y organizaría el espacio del vínculo entre el cuerpo presidencial y la incorporación popular. La firmeza del gesto sugeriría además la importancia de la seriedad como gozne axiológico entre grandes proyectos que terminan en «genocidio» y «manoseo» y un proyecto realista, basado en un contacto aventajado con la realidad y con el pueblo. El énfasis del índice efectúa un corte entre el espacio corporal de la nación kirchnerista y el espacio

de interacción con «la vieja Argentina», ubicado por lo general a la derecha del locutor. A partir de este índice, el enunciador no sólo advierte, sugiere, marca, sino que además construye el perímetro gestual de su tiempo. El gesto intensifica el límite excluyente entre el espacio gestual de interacción líder-pueblo y el espacio de destierro de sus enemigos, de todos aquellos que «no querían cambiar nada»:

(...) el Estado tiene una continuidad jurídica, pero el Fondo Monetario Internacional **[índice derecho]** *por el tratado de Bretton Woods también,\** **[mr índice derecho]** *y ellos eran auditores y contadores\** de quienes se endeudaron en la década del 90 y aún antes, y los dejaron endeudarse de cualquier forma. Los argentinos asumimos con vergüenza a los que nos endeudaron y nos llevaron a esa situación, **[índice derecho]** *pero que ellos también asuman la responsabilidad\** de los que permitieron endeudar a la Argentina. (10 de febrero de 2004)

Cuando empezamos a construir una Justicia independiente, y está probado en la Corte Suprema que se está constituyendo en nuestro país, aparecieron **[índice derecho]** *aquellos que no querían cambiar nada y entraron\** a mostrar su verdadera cara. (11 de marzo de 2004b)

Yo no endeudé a la Argentina ni ustedes endeudaron la Argentina; los que endeudaron la Argentina son los que siguen diciendo que tenemos que firmar cualquier acuerdo; **[índice derecho]** *los que la endeudaron son los que se la robaron\** y los que nos llevaron a la situación de indignidad y todos recordamos con todas nuestras fuerzas lo que está pasando y lo que está sucediendo. (10 de febrero de 2004)

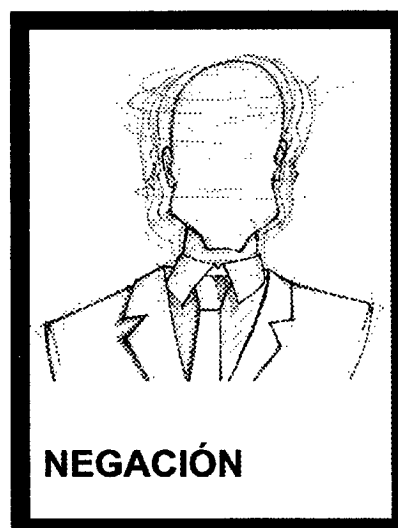
La demarcación de ese perímetro gesto-temporal está basada en componentes discursivos del orden del saber, en especial del tipo descriptivo. Es un espacio gestual de interacción mnemónica, en el que el énfasis liminar toma por fundamento una memoria colectiva: «todos recordamos con todas nuestras fuerzas lo que está pasado y lo que está sucediendo». La presencia del adversario adquiere en Kirchner el estatuto del recuerdo, y la discriminación hemisférica sería la forma corporal de separar las aguas entre el espacio del vínculo (una nación transversal o del consenso) y el espacio del litigio («la nueva Argentina» vs. «la vieja Argentina»).

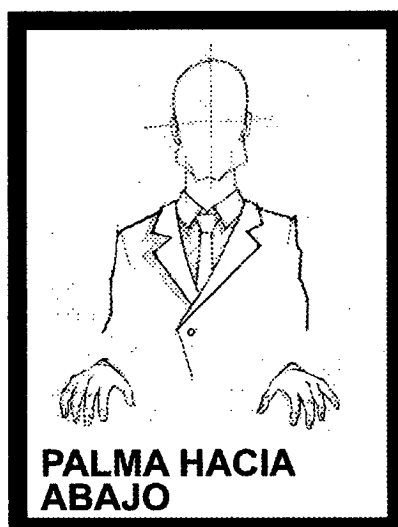
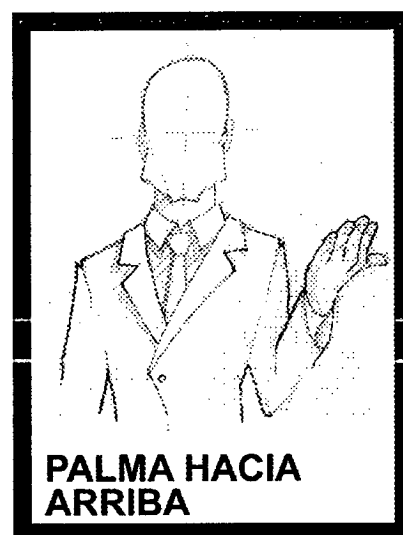
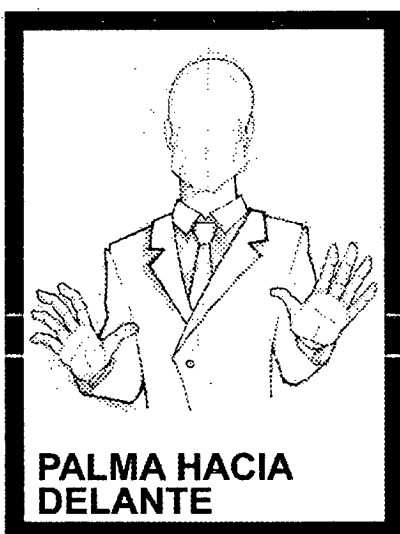
La imagen de hombre serio que Kirchner construye en sus discursos públicos tiene por finalidad intentar garantizar el verosímil de la inmediatez. Hacer creer que entre el pueblo, la realidad y el líder no hay mediaciones ni intermediarios ni partidos sino un vínculo estrecho, directo y transparente. Realismo, honestismo y transversalidad son tres caras de la gobernabilidad kirchnerista, y la seriedad una forma de regular hacia el interior de ese vínculo la presencia interdiscursiva del imaginario peronista del bienestar, la herencia asamblearia, transpartidaria y horizontalista de la post-crisis y los discursos internacionales de la gobernabilidad.



### 3.3 EL HOMBRE, SU VIRTUD: ETHOS DE HONESTIDAD

El ethos de honesto está visiblemente ligado en el kirchnerismo al mundo ético de la «transparencia». Las dinámicas córporo-gestuales del locutor en sus discursos públicos rubrican una idea de exposición o revelación como garantía de la proximidad inmediata entre el líder y sus destinatarios positivos. La honestidad aparece como una dimensión central de la imagen que Kirchner ofrece de sí y como valor se engarza en una axiología contraria a los discursos de la corrupción que habían socavado las imágenes públicas de los gobiernos de Menem y De la Rúa. Córporo-gestualmente, lo honesto cobra forma en la preponderancia de algunas dinámicas: los movimientos enfáticos de **afirmación** y **negación**, la **autocentración** y el uso reiterado de las palmas de las manos: **palmas hacia delante**, **palmas hacia arriba** y **palmas hacia abajo**.





La construcción de lo honesto como imagen de sí supone en el cuerpo de Kirchner al menos un doble proceso: en primer lugar, un refuerzo de la modalidad veridictoria; en segundo lugar, la construcción de un límite imaginario en el que se aprecia la honestidad como forma de exposición o como apertura hacia los demás, en una relación directa y cristalina. Con respecto al primer punto, veamos algunos fragmentos:

Durante la campaña electoral, cuando muy pocos creían que podíamos ganar y cuando muchos menos **[asent.] creían\*** que podíamos iniciar un proceso profundo de cambio, marcar un punto de inflexión en el país, vine a San Nicolás y encontré cariño, amistad y solidaridad, y les dije que iba a volver como presidente de los argentinos a trabajar con ustedes. (10 de febrero de 2004)

Algunos periodistas me decían que el Estado tiene una continuidad jurídica [asent.] y es *cierto*,\* el Estado tiene una continuidad jurídica, pero el Fondo Monetario Internacional por el tratado de Bretton Woods también (...) (10 de febrero de 2004)

Yo sé que jamás voy a levantar mi mano contra otro argentino, [neg.] *no creo*\* en reprimir las ideas ni en perseguir a aquellos que piensan diferente, tengo toda la tolerancia que debe tener alguien que [asent.] *cree*\* profundamente en la democracia. (20 de febrero de 2004)

[asent.] *Creo*\* honestamente que tenemos que avanzar con todas nuestras fuerzas, que tenemos que poner toda nuestra mayor capacidad de creación (...) (11 de marzo de 2004b)

La **afirmación** y la **negación** expresan no sólo la corroboración o la refutación de un enunciado, sino además un *plus* de convicción, certeza y honestidad. Predominan en los discursos netamente orales. Son utilizados como modos de confirmación gestual de la palabra dicha. La creencia o el descreimiento reciben el énfasis positivo o negativo de la cabeza a modo de verificación sincrónica de la verdad enunciada. Podríamos decir que se trata de un *compromiso corporal* con la palabra. A la vez que confirman físicamente lo dicho, estas dinámicas subrayan la honestidad del locutor a partir de un anclaje corporal. Éste se implica con su cuerpo en la palabra. Compromiso que está, además, fortalecido por la utilización reiterada de la primera persona del singular: «vine a San Nicolás», «me decían», «Yo sé... no creo», «Creo honestamente»<sup>6</sup>. Simultáneamente, el enunciador dice “yo soy honesto: creo en A, descreo de B” y muestra el compromiso de su conciencia a partir de la implicancia de su cuerpo: porque *honestamente* creo, asiento; porque *honestamente* no creo, niego<sup>7</sup>. Estas dinámicas corporales, a su vez, parecerían indicar la puesta en escena de los procesos internos del locutor, su *interioridad*, cuyos efectos acentuarían el fenómeno de la intermediación, dando fuerza a los procesos de identificación entre el líder y su pueblo allí involucrados:

---

<sup>6</sup> Aunque resulta menos frecuente que la primera persona del singular, la primera del plural suele hacer referencia a un nosotros excluyente del tipo “nosotros, el gobierno”, que marca –siguiendo la distinción de Charaudeau (2006)– el funcionamiento ético de la honestidad como valor de credibilidad antes que de identificación.

<sup>7</sup> El **asentimiento** y la **negación** señalan además otros componentes dentro del discurso de Kirchner, componentes del orden de la *realización*: “Que también sepan que me toca ser Presidente en este tiempo de la historia y [neg.] *no voy a ser un presidente que esté especulando con su destino*,\* yo me juego por lo que creo y por lo que creo que creen los argentinos para hacer un país distinto” (20 de febrero de 2004) o “(...) [T]odos, todos, fueron a trabajar junto al Gobernador para conseguir la mayor inversión federal para Mendoza, para que esta hermosa y querida Mendoza [asent.] *se siga consolidando como la gran provincia argentina que es*\*... (29 de abril de 2004). La afirmación agavillada a una idea de consolidación y la negación que se imprime sobre el proceso de especulación tienden a generar un efecto nominalizador que confiere a los gerundios enunciados un grado mayor de concreción. Se trata de énfasis gestuales que parecen indicar semánticamente la pronta culminación del proceso que el gerundio entreve: «esté especulando» → especulación; «se siga consolidando» → consolidación.

Así fue como vine a Rafaela de la mano de algunos amigos y me trataron tan bien los rafaelinos, que me miraban y a pesar de conocerme recién **[asent.]** *noté el cariño en una ciudad de amor, de trabajo, de solidaridad,\** donde me trataron con un gran respeto, con un gran cariño que nunca voy a olvidar. Venir solo y percibir ese cariño que recibí acá lo voy a agradecer eternamente. (20 de febrero de 2004)

Se trata de Gustavo Muccilli, mi amigo, mi compañero de esta querida San Nicolás **[asent.]** *que está desaparecido y que yo lo recuerdo con toda la fuerza\** y con toda la dignidad que él supo poner por esta Argentina. (10 de febrero de 2004)

Estos fragmentos ilustran lo que podríamos denominar *la escenificación de una dimensión afectiva*. La percepción del «cariño en una ciudad de amor», el recuerdo de un compañero desaparecido, el asentimiento corporal enfatiza el compromiso del enunciador con sus palabras, la veracidad profunda de su discurso. Figuras del sentimiento rodean al 'yo' del enunciador atribuyéndole al líder el ánimo del contacto directo. La honestidad se convierte en una forma de garantizar la intermediación, y la imagen del hombre honesto, rabiosamente sincero y sentimental, convierte a Kirchner en garante del vínculo afectivo.

La imagen del líder honesto se erige sobre todo en la construcción de una frontera permeable en la cual la exposición de la interioridad o la implicación còporo-gestual de una veracidad interna operan como efecto de transparencia entre el locutor y su auditorio. Éste sería el producto de dos procesos gestuales claramente delimitados: la **autocentración** y las **palmas hacia delante**. La autocentración pone el acento en el enunciador y, por eso mismo, le permite *ofrendar* al auditorio su cuerpo en garantía; un cuerpo que se pretende abierto y expuesto. Puede ser realizada con contacto o sin contacto o con cualquiera de los hemisferios; en cualquiera de sus variantes, existe una intención corporal del enunciador de mostrarse *tal cual es*:

**[autocentración con mano derecha cc]** *Yo les quiero contar que no soy ni eufórico ni depresivo, pero que me siento optimista y con fuerza, me siento con absolutas ganas de avanzar y construir un país distinto.\** (11 de marzo de 2004)

Dijimos que veníamos a terminar con la impunidad, que queríamos justicia, verdad y memoria, y salieron a decir que por qué removía el pasado. **[autocentración con mano derecha cc]** *Yo pensaba y pienso\* que no es el pasado sino que es el presente doliente de 30.000 argentinos que fueron desaparecidos por pensar diferente.* (11 de marzo de 2004)

Yo sé que jamás voy a levantar mi mano contra otro argentino, no creo en reprimir las ideas ni en perseguir a aquellos que piensan diferente, tengo toda la tolerancia **[autocentración sc]** *que debe tener alguien\** que cree profundamente en la democracia. (20 de febrero de 2004)

La **autocentración** pone en foco la figura singular del líder, las características y valores que posee, y refuerza el efecto discursivo de la inmediatez: la idea de que el auditorio puede conocer intensamente a Kirchner. El gesto expone ante el pueblo un individuo que quiere contarle a su auditorio cómo se siente, qué piensa, cuál es el grado de tolerancia que debe tener un profundo demócrata: «Yo les quiero contar...», «Yo pensaba y pienso...», «Yo sé que jamás... tengo toda la tolerancia que debe tener alguien que cree...». Atrae la atención sobre el locutor y deja su esencia humana al descubierto: nos revela *tal cual es* en su interior, *tal cual es* en toda su apertura posible.

El cuerpo presidencial busca comprometer a los destinatarios kirchnerista hacia una apertura de igual índole como parte del proceso de incorporación. Kirchner se entrega *tal cual es*, pero pide a cambio un empeño similar. Quien quiera formar parte del espacio nacional, debe mostrarse *tal cual es*. En el horizonte de la inmediatez, la ofrenda del ser no tiene sentido alguno si no tiene por corolario el encuentro del líder con su pueblo. La transparencia resulta un detector escópico de la honestidad, una suerte de espejo que distingue entre los seres sinceros, aquellos que están en condiciones de mostrarse *tal como son*, y la «logia de vampiros», aquellos que «entraron a mostrar su verdadera cara» (11/03/04b)<sup>8</sup>.

«Les pido que estemos con los ojos bien abiertos» le demanda Kirchner al pueblo abriendo los brazos. Su imagen de honestidad funciona en sus discursos públicos como índice de credibilidad y además como signo de identificación. La honestidad hace del líder un ser digno de crédito, pero también lo convierte en garante de una relación transparente con sus destinatarios, fundada en la «cristalinidad» del proyecto. En el discurso kirchnerista, la honestidad no consiste en una mera virtud sino en un aval de la inmediatez, e implica al cuerpo presidencial como cláusula. La afirmación y la negación, así como la autocentración, no hacen otra cosa que poner en escena

---

<sup>8</sup> La discriminación entre el espacio de incorporación kirchnerista, la «nueva Argentina», y el mundo de valores de la «vieja Argentina» se resuelve en la dinámica hemisférica del cuerpo presidencial. Observemos el funcionamiento corporal en el siguiente segmento verbal: “Debemos tener el coraje y la cultura argentina de hacerlo\*, **[cuadro]** porque es muy difícil, hermanas y hermanos.\* Se los quiero contar porque **[bol invertido derecho]** a veces donde uno toca se encuentra con pus\*, **[mr mano derecha extendida]** porque fueron muchos años\* **[bol derecho]** de premiar\* al más vivo y al más pícaro y ahora **[mr bol izquierdo]** hay que premiar al más honesto, al que más estudia, al que más investiga, al que más trabaja, al que más “pone el lomo” para levantar a su familia y a su país.\*” (20 de febrero de 2004). Si tenemos en cuenta los gestos realizados con el hemisferio derecho y aquellos realizados con el izquierdo, podemos apreciar con claridad cómo el locutor construye un ethos de honestidad en una instancia de enfrentamiento («ahora hay que...») con el modelo anterior («porque fueron muchos años de premiar...»). El mundo ético del kirchnerismo hace de la honestidad una de las condiciones del cambio de época.

el cuerpo del enunciador como recaudo de su palabra. El cuerpo deviene garantía física de la interioridad.

Las **manos hacia delante** resultan una variante a tener en cuenta en la construcción de lo honesto en los discursos públicos del presidente, porque remiten con frecuencia a un universo axiológico de transparencia y exposición. Su función central es controlar el vínculo entre el locutor y su audiencia. Podrían definirse como un gesto de regulación fática: marcan, por así decirlo, el límite epidérmico de la representación; la solidez del vínculo entre “nosotros, el gobierno” y “ustedes, los gobernados”:

Creo honestamente que tenemos que avanzar con todas nuestras fuerzas, que tenemos que poner toda nuestra mayor capacidad de creación, [**mano derecha hacia delante**] *pero les voy a contar algo\** que me pasa en privado todas las mañanas: es tal el endeudamiento que tiene la Argentina que para saber y para dame fuerzas para seguir la tengo que imaginar. (11 de marzo de 2004)

La(s) **mano(s) hacia delante**, la mostración de la(s) palma(s) de la(s) mano(s) al público, representan un grado de exposición máximo y cumplen el proceso inverso (y complementario) de la **autocentración**. Si el asentimiento y la negación significan un énfasis y hasta un compromiso corporal con la palabra, si la autocentración centra la enunciación en la revelación de una interioridad o conciencia del enunciador como garantía o verdad de lo dicho, la extensión de las manos hacia delante pone el foco en el canal de contacto entre el enunciador y sus destinatarios y, por lo tanto, en la inmediatez del vínculo. La honestidad se constituye en proposición, a la vez que exposición, de un determinado mundo de valores y de un determinado tipo de personas, y su presencia tiene un doble efecto: expone como verosímil una identidad del enunciador y fija un régimen de identificación enunciativo.

El efecto de inmediatez puede lograrse por medio de otras figuras gestuales en los discursos públicos de Kirchner, como en el siguiente ejemplo:

Yo lo que no quiero es mentirle al pueblo argentino, no quiero hacer un manoseo más de la credibilidad de nuestra Argentina [**bol derecho**] y *les voy diciendo paso a paso lo que vamos haciendo,\** pero no me van a ver a mí tratando de mostrar un proyecto grandioso para después defraudar a todos. Prefiero ir construyendo con todos ustedes día a día la nueva Argentina, pero sin caer en promesas vanas y vacías. (11 de marzo de 2004b)

La inmediatez, la comunicación permanente, el «día a día» crean para el kirchnerismo un entorno de credibilidad, en el que la mentira no tiene lugar. La enunciación en primera persona del singular alimenta la fuerza individual de un líder que informa constante y detalladamente acerca de las acciones y

hechos diarios en la construcción de «la nueva Argentina». La cotidianeidad del relato, que es al mismo tiempo una constatación del canal de diálogo establecido, ubica al enunciador en una situación de exposición perpetua. A diferencia de la dinámica de las **manos hacia delante**, tal exposición está más asociada al grado de *realización* de los hechos que a la singularidad del enunciador. Después de todo, el **bol** es también y sobre todo un signo de esfuerzo y concreción. Como si dijera en el primer caso, *júzguenme por lo que hago*, y en el segundo, *júzguenme por lo que soy*. En un caso, se trata del «realismo» como garantía de la honestidad; en el segundo, de la «transparencia» como mundo ético de la honestidad.

Son los dos planos del fenómeno de intermediación kirchnerista. La seriedad permite al enunciador, por medio del realismo, situarse en posición privilegiada para saber sobre la verdad y enunciarla: ser *serio* significa ser el portavoz de la verdad; la honestidad, en cambio, por medio de la «transparencia», opera en el orden de los procesos de identificación: ser *honesto* no es constatar la realidad; es una *revelación* de nuestro modo de ser. Por eso mismo, el *ethos* de honesto funciona como interpelación y lugar de comunión:

Si ustedes me lo permiten, yo solamente les quiero pedir que nos ayuden, que me ayuden. Sé que si el pueblo argentino nos ayuda lo lograremos; **[manos hacia delante]** *acá no hay hombres fundamentalistas o nihilistas, nadie puede salvar al pueblo por sí solo,\** necesita la colaboración del conjunto de la sociedad, el sentirse ayudado y solidario. (29 de abril de 2004)

La honestidad se convierte de esta manera en la exteriorización de la conciencia o la personalidad de alguien que no es caudillo, Mesías o salvador, sino un «hombre común» que necesita de la ayuda de todos. Revela la humildad y la simpleza del locutor, que parecen nacer de lo hondo de su ser. Las **manos hacia delante** resultan el tendido de un puente para escapar de la soledad del liderazgo, y la honestidad la manera de convertir las virtudes del locutor en un ejercicio de socorro comunitario. El *ethos* de honesto sería entonces el modo en que el enunciador puede hacer del mundo de valores que garantiza una convocatoria a la *unidad*, llamando a su auditorio a la unión, a la ayuda, al acompañamiento:

Les agradezco a todos profundamente, les agradezco a todos **[mano derecha hacia delante]** *el acompañamiento que nos hacen en cada lugar del país\** que vamos y los convoco a ustedes, pero a través de ustedes a aquel argentino y argentina, a aquel trabajador y estudiante, a aquel que nos puede ver y escuchar a través de los distintos medios, que venga a trabajar (...) que se incorpore a esta Argentina (...) (11 de marzo de 2004)

Las **manos hacia delante** conforman la variante gestual que privilegia el cuerpo presidencial para chequear el contacto y confirmar el «acompañamiento», así como también para reforzar la convocatoria («los convoco a ustedes»). Funcionan de una manera liminar, lugar del vínculo pero también de la frontera. De un lado, el gesto fático que testea el estado del canal; del otro, el gesto interpelativo que convoca a sus destinatarios a la identificación. La honestidad se convierte en el crédito de la imagen pública de un líder que busca garantizar un espacio de «cristalinidad», cuyo perímetro imaginario estaría definido por la eficacia icónica de su dinámica corporal.

El *ethos* de honesto resulta la condición de posibilidad misma del vínculo entre Kirchner y su pueblo y, por esa razón, no extraña que sean las **manos hacia delante** el gesto de una visibilidad, de un hacerse presente, de una apertura, de una exposición:

[**mano derecha hacia delante**] *Acá tienen un gobierno, con el Presidente a la cabeza,\* dispuesto a escuchar, a corregir, a hacer todo lo que haya que hacer para que las cosas funcionen cada día mejor. Porque uno de cada diez cosas seguramente hace cuatro bien, tres regular y tres mal, y debe tener la voluntad permanente de establecer un contacto con la tierra y con la gente para saber corregir el error que pueda estar cometiendo en cada instancia, en cada momento. (29 de abril de 2004)*

La **mano hacia delante** funciona icónicamente como el gesto que regula el proceso de incorporación al mundo ético del enunciador. Se trata del grado máximo de exposición de una esencia interior, como si se tratara de mostrar una cédula de identidad. El enunciador se *entrega*, se *muestra tal cual es*, y al hacerlo se vuelve presencia en el límite mismo del contacto y como garantía del universo común que defiende. La palma hacia delante toma la forma de un pedido de credibilidad e identificación con el líder en una región *donde todos se muestren tal como son*, donde todo sea «transparente».

Las palmas de las manos confieren al cuerpo presidencial características singulares en relación con el control de su espacio gestual de interacción. Las **palmas hacia delante** funcionan como garantía somática de la honestidad presidencial y validan las virtudes del líder respecto del universo de valores que el kirchnerismo despliega. Envueltas en dinámicas diferenciales, las **palmas hacia abajo** y las **palmas hacia arriba** también confluyen en la construcción de un *ethos* de honestidad. Veamos un par de segmentos:

Por eso, hermanas y hermanos de Rafaela –me emociono, es cierto-, [**palma derecha hacia abajo**] *les quiero decir de corazón\** que no vine a ser presidente para regalar el trabajo argentino y dejar las convicciones en la puerta de la Casa Rosada, vine a defender el trabajo argentino, a



luchar por el trabajo argentino y vine a poner la cara por el trabajo argentino. (20 de febrero de 2004)

No hay problema, nosotros con absoluta humildad cargamos todo lo que podemos sobre nuestras espaldas [**palma derecha hacia abajo**] pero queremos actuar con autenticidad\* sobre cada problema que nos toca vivir. (29 de abril de 2004)

La **palma hacia abajo** da cuenta de valores caros al universo kirchnerista, que dotan al ethos de honesto de una fisonomía más acabada. Sinceridad y autenticidad hacen a la intermediación entre Kirchner y el pueblo. Algo similar ocurre con la **palma hacia arriba**, que le agrega al fenómeno de la intermediación características del orden de la sensación o la afección subjetiva:

Quiero comenzar diciéndoles que por ahí ustedes no lo saben pero yo soy medio santafesino: mi abuela y mi abuelo, suizos alemanes, son de la colonia La Esperanza y de allá fueron para el sur. [**palma derecha hacia arriba**] Así que estamos emparentados por la historia\* pionera de la fundación de esta querida y hermosa provincia. (20 de febrero de 2004)

Así fue como vine a Rafaela de la mano de algunos amigos y me trataron tan bien los rafaelinos, que [**palmas hacia arriba**] me miraban\* y a pesar de conocerme recién noté el cariño en una ciudad de amor, de trabajo, de solidaridad, donde me trataron con un gran respeto, con un gran cariño que nunca voy a olvidar. [**palmas hacia arriba**] Venir solo\* y percibir ese cariño que recibí acá lo voy a agradecer eternamente. (20 de febrero de 2004)

La sinceridad, la autenticidad, la privacidad operan como rasgos que definen el carácter de lo honesto. La imagen honesta de Kirchner se juega en la ostentación de hechos, sentimientos y recuerdos que, por definición, integrarían el ámbito de lo privado:

Creo honestamente que tenemos que avanzar con todas nuestras fuerzas, que tenemos que poner toda nuestra mayor capacidad de creación, pero les voy a contar [**puño derecho**] algo que me pasa en privado todas las mañanas:\* es tal el endeudamiento que tiene la Argentina que para saber y para darme fuerzas para seguir la tengo que imaginar. (11 de marzo de 2004)

Con Cristina cuando tenemos problemas límites -a veces uno viene con los problemas en la espalda- e inclusive cuando las situaciones se complican y veo a los amigos [**puño derecho**] periodistas que me preguntan angustiados\* cómo está cada situación y uno tiene que absorber la responsabilidad que tiene (...) (11 de marzo de 2004)

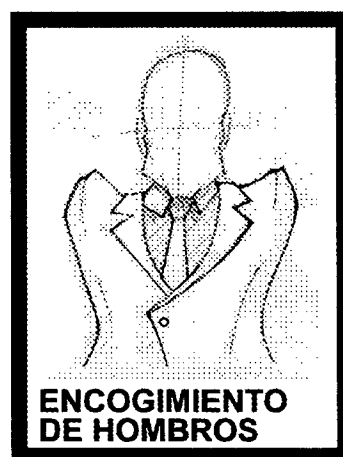
La publicidad de hechos, reflexiones y sentimientos que ocurren a espaldas del gran público y que formarían parte de la esfera privada del orador otorgan a su imagen el halo de la transparencia, la virtud de un hombre diáfano, incapaz de ocultarle al pueblo cualquier acontecimiento por menor que

éste fuera, y lo posicionan como un garante digno del mundo ético de «cristalinidad» al cual invita a incorporarse<sup>9</sup>. La fuerza veridictoria de la privacidad concede al líder el beneficio público de la integridad. El cuerpo presidencial se despliega como un cuerpo sin pliegues, paradójicamente simple, que por mor de honestidad, alcanza la pura superficie: la pura exterioridad, lo visible total hacen del cuerpo de Kirchner un cuerpo-piel, fronterizo, que funda en el contacto una nación epidérmicamente verdadera.

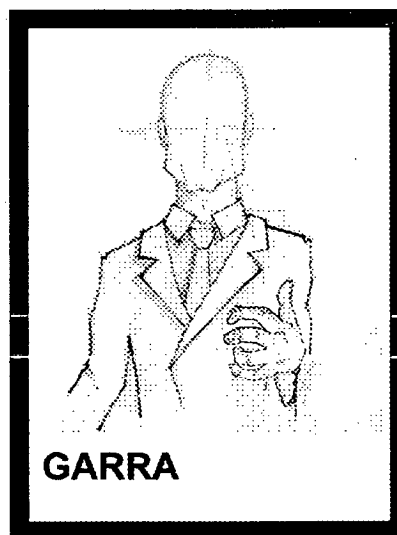
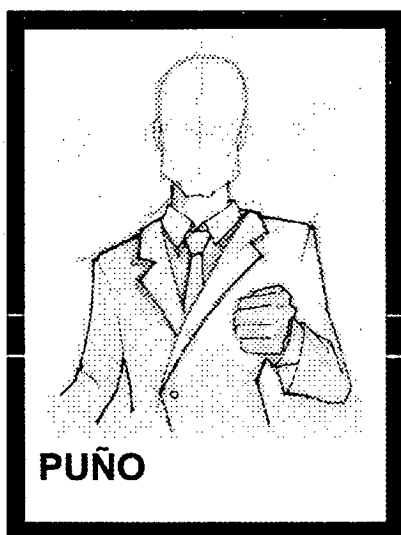
### 3.4 HORIZONTALIDAD E INMEDIACIÓN: EL ETHOS HUMANO KIRCHNERISTA

La imagen humana del líder confiere una tónica horizontal a la lógica vertical de la representación democrática, acentuando la lógica de la intermediación que el kirchnerismo funda en el realismo y la transparencia. Los *ethé* de hombre común y líder-víctima encuentran en las figuras de lo humano un refuerzo de los procesos transversales de incorporación, que se basa menos en la regulación del vínculo que en el grado de afección y marcación del enunciador. La imagen de lo humano tiende a disminuir la distancia institucional entre quien es *efectivamente* presidente de los argentinos y quien es *efectivamente* un habitante cualquiera de la Argentina. La naturaleza humana del cuerpo presidencial favorece la dinámica de intermediación del locutor, poniendo de relieve las características comunes del líder y su pueblo.

El ethos de humanidad es alentado en el plano córporo-gestual de los discursos de Kirchner por la expresividad facial (**as de espada** y **ceño fruncido**), el **encogimiento de hombros** y la utilización del **puño** y la **garra**.



<sup>9</sup> El lado derecho del cuerpo presidencial parecería ser el lugar de expresión de la dimensión subjetiva del enunciador. Si bien en lo extenso del corpus no se encontraron elementos suficientes ni relevantes para formular una conclusión al respecto, esta conjetura encuentra asidero en la mayoría de los extractos de este sub-apartado, en los cuales la autenticidad, la palabra de corazón, los orígenes genealógicos comunes, la intimidad, la privacidad están articulados con dinámicas del hemisferio derecho como el **puño**, la **palma hacia abajo** y la **palma hacia arriba**.



El **as de espada** adquiere una dinámica polisémica en el cuerpo presidencial kirchnerista, expresando asombro, revelación o énfasis<sup>10</sup>. Se trata por lo general de un índice de compromiso sentimental o afección:

(...) quiero, con el permiso del señor Intendente, que mis primeras palabras sean para hacer mención a un amigo mío del alma, a un militante con quien compartimos horas de lucha y de angustia por una patria mejor y por quien **[as]** *hoy se me rompió el corazón\** cuando entré a San Nicolás. Se trata de Gustavo Muccilli, mi amigo, mi compañero de esta querida San Nicolás que está desaparecido y que yo lo recuerdo con toda la fuerza y con toda la dignidad que él supo poner por esta Argentina. (10 de febrero de 2004)

Señor Gobernador; señor Obispo; señores diputados nacionales; señores Intendentes; amigas y amigos de **[as]** *esta querida\** provincia de San Juan (...) (25 de marzo de 2004)

<sup>10</sup> La condición facial del **as de espada** facilita su coexistencia con otros gestos, adquiriendo diferentes significados según la interacción de los factores. Valga este ejemplo: “Yo sé que vengo de una humilde provincia lejana, **[apertura de brazo derecho / as de espada]** *sé que algunos dicen “qué va a hacer este pingüino”\**; **[apertura de brazos / as de espada]** *soy pingüino, vengo del sur\**, pero lo que no se dan cuenta, **[bol derecho]** *lo que no leen\** **[mr mano izquierda extendida]** *es que hay un pueblo argentino que está dispuesto a construir un destino diferente\**; espero poder estar a la altura de la historia y de las circunstancias y poder caminar las calles de mi patria como **[as de espada]** *lo he hecho siempre\**, con los ojos mirando de frente, recordando a mis padres y abuelos pioneros, **[as de espada]** *luchadores permanentes también\** del trabajo, de la producción, del campo, para construir un país distinto” (20 de febrero de 2004b). En su primera aparición, el **as** refuerza la apertura a la palabra ajena que el brazo modula, marcando la relación del enunciador con otras voces del espacio público. Enseguida acentúa la *mostración* de la apropiación de la palabra ajena y su resignificación. Después, cobra fuerza como índice de la coherencia que define la seriedad del enunciador y adelanta metonímicamente la referencia a «los ojos mirando de frente». Y por último, se abre a la confesión de la historia familiar, destacando el carácter afectivo de la lucha. Por otro lado, en discursos formales o apuntados, el **as de espada** opera como marcador rítmico o de énfasis. Por ejemplo, valga este segmento del discurso del 18 de mayo de 2004 en la Casa de Gobierno de Córdoba: “Y no es la tarea individual personalista, fundamentalista o nihilista **[as de espada]** *de una persona en particular\**, sino en el marco de **[as de espada]** *las respuestas colectivas\**, de la construcción colectiva de **[as de espada]** *toda\** una dirigencia (...)”.

Películas y documentales que ayudan y ayudarán a reconstruirnos, imprescindibles para entender qué nos pasó y, por ello, para que [as] *nunca más\** nos pase. (13 de marzo de 2004)

(...) [as] *ver sufrir\** a tantos argentinos en una Argentina como ésta es algo tremendamente doloroso. (18 de mayo de 2004)

(...) muchísimas gracias por este día que me han brindado en Córdoba y la posibilidad de poder trabajar junto a ustedes con fuerza y viendo la realidad, asumiendo la realidad, asumiendo la alegría y también [as] *asumiendo el dolor a veces\** de no poder solucionar todo (...) (18 de mayo de 2004)

Tristeza, querer, sufrimiento, dolor; todas formas de la afección, en las que lo humano se constituye en la relación íntima con los otros: el corazón roto por un amigo desaparecido, el cariño por una provincia, el recuerdo sentido de lo que «nos pasó», el lamento por el sufrimiento de «tantos argentinos», el dolor por la humana impotencia de «solucionar todo». A través del *as*, un Kirchner emocionado se inscribe como garante de un mundo ético donde los funcionarios públicos son afectados por su prójimo, donde el dolor y el sentimiento se constituyen en capital político.

La imagen humana del líder aparece en el kirchnerismo como una prueba de la intermediación entre éste y su pueblo: la afección es inversamente proporcional a la distancia. La solidez del vínculo se erige sobre la humanidad de las partes. Lo humano y lo inhumano se constituyen en un enfrentamiento de valores. Cuando Kirchner se refiere «a quienes ejercieron el poder en forma antidemocrática», habla de «la sin razón, la bestialidad, la falta de humanidad» (22/08/03); cuando se refiere a los funcionarios neoliberales, habla de una «logia de vampiros». La *inhumanidad* resulta para Kirchner una de las formas de la «vieja Argentina», y la humanidad una garantía de la refundación. Coherente con la oposición cronotopográfica entre una «Argentina que agoniza» y «una Argentina que nace», el ethos de humanidad habilita al enunciador para desarrollar la dimensión pática del «hombre común». Dentro del discurso kirchnerista, el ethos de humanidad sería la garantía de un vínculo profundo con los argentinos: la intermediación como contrato de incorporación.

La fuerza persuasiva de la interpelación kirchnerista, el universo de valores y virtudes que despliega como espacio de convocatoria, se erigen en gran medida sobre el efecto de cercanía que el discurso presidencial instituye. Así, por ejemplo:

Quiero comenzar diciéndoles que por ahí ustedes no lo saben pero [as] *yo soy medio santafesino: mi abuela y mi abuelo, suizos alemanes,\** son de la colonia La Esperanza y de allá fueron para el sur. Así que estamos

emparentados por la historia pionera de la fundación de esta querida y hermosa provincia. (20 de febrero de 2004)

El **as** marca la entrada a la vida pública de un dato genealógico que hace a la esfera privada de Kirchner, y que se constituye en verosímil de una cercanía impensada entre el orador y su auditorio. Se trata de un fenómeno reiterado en el discurso del líder: su capacidad para plantear *tradiciones*, historias o raíces comunes que lo acercan al auditorio ocasional<sup>11</sup>. El enunciador, por decirlo así, se mimetiza con su auditorio, hace comunidad, se acerca inesperadamente trazando una historia común.

El mundo humano del kirchnerismo fomenta el idilio amoroso entre Kirchner y el pueblo e intenta sentar las bases para un compromiso de socorro mutuo: el líder se juega por su pueblo y el pueblo debe jugarse por su líder. El **as** funciona, en este sentido, como un signo de cercanía, pero también como un pedido de ayuda:

Si ustedes me lo permiten, yo solamente les quiero pedir que nos ayuden, [**as**] *que me ayuden*.\* (29 de abril de 2004)

La ayuda no sólo señala el vínculo estrecho entre Kirchner y los argentinos sino que lleva hasta el extremo el efecto de horizontalidad de la intermediación, procurando anular cualquier residuo verticalista. El **as** enfatiza la singularidad del contacto a partir de la restricción gestual al nosotros gubernamental («que nos ayuden», «que me ayuden») y convierte el auxilio en un encuentro cara a cara en el que los argentinos otorgan su poder al líder.

La "revolución desde arriba" (Godio 2006) comienza desde abajo, aunque sean las expresiones del rostro las que configuren a menudo la imagen humana del ethos presidencial. El **ceño fruncido** es un gesto facial que tiende a resaltar una idea de preocupación, esfuerzo o agobio, y que se constituye en el signo físico por excelencia de la percepción que tiene Kirchner de la difícil situación social:

(...) dije que no iba a mentir a los argentinos y me he propuesto, [**ceño**] *por todos los que sufren*,\* por nuestros trabajadores, por nuestra clase media, por nuestros empresarios nacionales, no claudicar y no mentir (...) (10 de febrero de 2004)

---

<sup>11</sup> Podría mencionarse como ejemplo de este funcionamiento discursivo un fragmento de la alocución del presidente Kirchner con motivo de la declaración de la Quebrada de Humahuaca como Patrimonio de la Humanidad: "Los felicito, a mí me tocó como gobernador vivir la alegría de que el glaciar Perito Moreno y la Cueva de las Manos también sean patrimonio de la humanidad en mi provincia de Santa Cruz. Y Dios, sólo Dios me ha dado esta posibilidad de poder compartir con ustedes en el otro extremo de la patria, en la esbelta Quebrada de Humahuaca, que la gran Quebrada de Humahuaca sea patrimonio de la humanidad".

Cuando uno ve los rostros y los ojos de argentinos y argentinas, en este caso aquí en Córdoba, que ponen sus esperanzas en que podamos traer soluciones quienes tenemos la responsabilidad de tener la iniciativa política del país, en las provincias y en los municipios, [ceño] *la innumerable\** cantidad de temas, les puedo asegurar que es motivo a veces de agobio y de extrema responsabilidad (...) [ceño] *Pero se puede*, claro que hay que dar [ceño] *innumerables batallas.\** (18 de mayo de 2004)

El **ceño** imprime al cuerpo presidencial las huellas de las preocupaciones por los problemas sociales y de las dificultades por resolverlos, y refuerza la imagen resolutiva y firme de liderazgo que Kirchner construye argumentativamente. Allí donde el **as** parece inclinarse hacia la horizontalización del ejercicio gubernamental, el **ceño** tiende a mostrar la verticalidad necesaria del vínculo representativo. En el primer fragmento, la coherencia, la honestidad («dije que no iba a mentir») y la convicción («me he propuesto... no claudicar y no mentir») del líder marcan su potencia singular para luchar «por todos los que sufren», mientras que en el segundo extracto presenciamos «la innumerable cantidad de temas» y las «innumerables batallas» que deben enfrentar aquellos que, como Kirchner, ostentan «la responsabilidad de tener la iniciativa política del país, en las provincias y en los municipios». La clase dirigente, y el presidente en primer lugar, son los depositarios de las «esperanzas» de los argentinos.

El **ceño** indicaría una dimensión humana del realismo kirchnerista. Percibir la realidad significa «ver hermanos y hermanas excluidas». El realismo cobra la forma de un humanismo: el verosímil de la gerundización de la *refundación* kirchnerista, garantizado por la honestidad, la modestia y la seriedad del líder, puede sostenerse en la presunción de la continuidad del sufrimiento del pueblo. «Estamos bregando para salir del Infierno; después viene el Purgatorio...» (11/12/03b), afirma Kirchner a más de seis meses de su asunción. El **ceño** funcionaría como un regulador de la inmediatez, y marcaría la tensión entre una imagen humana y un ethos de potencia en el que el realismo oficiaría como dimensión inescindible de la excepcionalidad política del líder. La humanidad de Kirchner circunscribe el alcance de su poder pero al mismo tiempo lo dota de verdad:

Hoy, el festival cumple en su edición 19°, 50 años y eso habla inequívocamente de nuestra historia; ocurre que el festival y nuestro cine son una metáfora viva de un país que nunca dejó de soñar [ceño] *pero que le ha costado vivir, crecer y trascender.\** (13 de marzo de 2004)

Tampoco es casual que luego junto con la postergación, la entrega y [ceño] *la injusticia,\** hayamos postergado tantas ediciones de este festival. (13 de marzo de 2004)

El ethos de humanidad que el ceño refuerza muestra a un líder consciente de la «injusticia» que ha impedido que realidad y sueños coincidan y del sufrimiento y el dolor que esa postergación ha traído aparejada. Lo que la humanidad del discurso kirchnerista pone en escena puede traducirse como una doble afección: por un lado, el dolor del líder por el sufrimiento de su pueblo; y por otro, el dolor del líder por saber que su fuerza no es suficiente para acabar con ese sufrimiento. Por decirlo así, regula la dosis de esfuerzo y sufrimiento que funda el vínculo de Kirchner con su pueblo: enfatiza el progreso, pero recorta los sueños; garantiza el cambio, pero recuerda la herencia; ejercita el liderazgo, pero se nutre de la ayuda de los demás.

La excepcionalidad de la situación argentina se engarza con la originalidad del kirchnerismo como fenómeno político. La indefensión de millones de argentinos ante una «crisis excepcional» (18/06/03) tiene su correlato institucional en la figura de un presidente electo al que muy pocos votaron. Kirchner no es menos excepcional que la situación que lo ve llegar al poder, y eso lo convierte en un hijo de su tiempo. Kirchner necesita de los argentinos tanto como los argentinos necesitan del Estado que Kirchner lidera. Excepcionalidad es el nombre de una indefensión mutua, la del presidente sin legitimidad popular, la del pueblo sin la protección del Estado.

El **encogimiento de hombros** parecería ser el proceso cóporo-gestual que mejor representa la noción de indefensión. Un líder debilitado resulta un garante idóneo para la «construcción colectiva» (10/02/04) que el discurso kirchnerista invita a realizar:

También estoy profundamente agradecido a este querido pueblo de Rafaela al que vengo por segunda vez. La primera fue cuando empecé a caminar el país y les decía a los argentinos **[encog]** *que me ayudaran, que quería ser presidente.\** (20 de febrero de 2004)

[N]adie puede salvar al pueblo por sí solo, necesita la colaboración del conjunto de la sociedad, **[encog]** *el sentirse ayudado y solidario.\** Yo con humildad les pido que me ayuden, porque saben que hay muchos también que quieren parar los cambios, hay muchos que quieren que la sociedad permanezca en un statu quo (...). (29 de abril de 2004)

La dinámica del **encogimiento de hombros** recrea la llegada al propio cuerpo del abrazo del otro. Un encuentro corporal, un contacto inmediato. Es la forma en que la representación de la ayuda cobra sustancia en el cuerpo presidencial. Tendría, en este sentido, un funcionamiento inverso a la **apertura de brazos**, cuya lógica trabajaremos hacia el final del capítulo: no indica una búsqueda del contacto, sino su recepción, «el sentirse ayudado y solidario». Podríamos decir que intensifica la horizontalidad que el pedido de ayuda

consideraba de manera implícita y que la imagen del líder indefenso de alguna forma certificaba. Humanidad significaría un sentirse afectado por el otro, pero también un sentirse ayudado por el otro. Una relación horizontal en el corazón de la representación, un antídoto afectivo que vendría a crear comunidad allí donde la excepcionalidad había generado desamparo.

El ethos de humanidad funcionaría en el kirchnerismo como la garantía de un mundo solidario, en el que la indefensión de muchos sucumbe ante la ayuda de todos. Se trata de una nueva forma de hacer política: la «tarea individual personalista» debe dejar lugar a «las respuestas colectivas» (18/05/04), la «lucha por tratar de ser gobierno mañana» a «las iniciativas constructivas» (18/05/04)<sup>12</sup>. El mundo de las grandes palabras deja paso al esfuerzo cotidiano, y el cuerpo presidencial recrea hemisféricamente la disputa cronotopográfica que el discurso kirchnerista instituye como propia. Dos dinámicas son centrales a la hora de reforzar esta noción: el **puño** y la **garra** izquierdos. Veamos los siguientes ejemplos:

Poder mirar muchos rostros que están acá [**puño izquierdo**] y decirles que con aciertos y errores estamos poniendo todo nuestro esfuerzo\* por hacer un país distinto (...) (20 de febrero de 2004)

Podemos decir que empezaremos entre todos a construir [**puño izquierdo**] esa Argentina diferente y que no va a ser fácil, porque va a haber algunos sectores que se van a ver perjudicados\* (...) (29 de abril de 2004)

Les puedo asegurar que he venido [**puño izquierdo**] a poner\* todo lo que tengo, [**mr garra izquierda**] con mis aciertos y mis errores, como todos los seres humanos; me vine a jugar con todos ustedes por un país distinto\*. (11 de marzo de 2004b)

[**garra izquierda**] [E]s tal el endeudamiento que tiene la Argentina que para saber y para darme fuerzas para seguir la tengo que imaginar\*. (11 de marzo de 2004b)

(...) la innumerable cantidad de temas, les puedo asegurar que es motivo [**garra izquierda**] a veces de agobio\* y de extrema responsabilidad. (18 de mayo de 2004)

La lucha entre la «vieja Argentina» y «una Argentina solidaria para todos» (05/08/03) encuentra en el cuerpo presidencial signos de la modesta

---

<sup>12</sup> La noción de solidaridad social contra la idea de provecho privatizado es –según Charaudeau (2009:273)– una de las dicotomías abstractas que pueden generar un antagonismo capaz de reunir a las masas populares, como otrora fuera la lucha entre socialismo y conservadurismo. Estas categorías, a las que pueden agregarse el liberalismo político contra el ultraliberalismo económica, el mundialismo contra el comunitarismo, suelen integrar discursos pragmáticos que acompañan “prácticas gubernamentales, llamadas de apertura política, que consisten, cuando no se trata de gobiernos de coalición o de cohabitación, en recurrir a personalidades de partidos opuestos para confiarles responsabilidades gubernamentales”.



potencia del enunciador. Las ideas del esfuerzo y la fortaleza se articulan con el componente descriptivo del discurso kirchnerista: «estamos poniendo todo nuestro esfuerzo», «no va a ser fácil», «es tal el endeudamiento...», creando la imagen de un hombre cualquiera que se mide entre el esfuerzo y la debilidad: «con mis aciertos y mis errores», «para darme fuerzas», «a veces de agobio». Estamos ante un hombre cuya común condición parece condicionar el poder-hacer mismo de su programa político. El «país distinto», la «Argentina diferente» se presentan en su discurso como una deseable consecuencia que, sin embargo, «no va a ser fácil». El cambio es la cifra del esfuerzo, y la humanidad del líder viene a dar cuenta de la necesidad de la construcción colectiva: las dificultades, la falibilidad y el esfuerzo confluyen en las alocuciones de Kirchner como signos que garantizan una Argentina solidaria, cuyo garante es un hombre común que, pese a sus aciertos, errores y pesares, se viene a «jugar» y a «poner todo» por un país distinto. La sutil línea que distingue la debilidad de la resignación se convierte en el kirchnerismo en una convocatoria para los millones de hombres comunes que pueblan la Argentina.

El **puño** y la **garra** izquierdos confieren a la imagen humana de Kirchner la posibilidad de regular la relación entre los *ethé* de humildad y realismo y los *ethé* de liderazgo y potencia, de modo que la indefensión inicial que la excepcionalidad produce no se convierta en resignación y que la fuerza del programa no le quite al proyecto kirchnerista su lógica de realismo y gradualidad. La humanidad es en Kirchner un modo de organizar provechosamente las fuerzas horizontales y verticales que nutren su espacio político y que determinan en última instancia una forma legítima de gobierno. El **puño** y la **garra** izquierdos adquieren a menudo un carácter incoativo ligado al esfuerzo y la lucha, dotando al cuerpo presidencial de la tensión que toda transformación o cambio presuponen:

Sé -y les pido que me ayuden- que junto a ustedes vamos a poder pasar las vallas más difíciles; creo en ustedes, creo en la gente, **[garra izquierda]** *creo en la gente que está dispuesta a hacer ese país distinto.\** (20 de febrero de 2004)

(...) debemos luchar **[puño izquierdo]** *por fundar\** la patria, por reconstruirla (...) (20 de febrero de 2004)

(...) es cierto que cuando vemos que baja el desempleo, cuando vemos que crece la Argentina, cuando vemos que crece el consumo nos empezamos a estimular y es posible construir el país que nosotros soñamos permanentemente, **[garra izquierda]** *lo podemos transformar\** en realidad. (11 de marzo de 2004)

**[puño izquierdo]** *Nosotros tenemos que ser\** el punto de inflexión de esa Argentina vacía y sin contenido (...) (11 de marzo de 2004)

La noción de *cambio* recorre los fragmentos precedentes, encarnándose en un cuerpo cuyos gestos ilustran las fuerzas en pugna que el discurso kirchnerista reconoce. El **puño** y la **garra** izquierdos implican al cuerpo presidencial en el compromiso por «un país distinto», por «fundar la patria», por «transformar en realidad» el país soñado, por ser «el punto de inflexión». Presenciamos un proceso de envoltura corporal: el cuerpo mismo se vuelve tirante y se contrae ante la representación del cambio. El **puño izquierdo** dota al proceso político de firmeza y determinación, trabajando sobre todo en el plano deontológico: «tenemos que», «debemos». La fuerza del líder tiende a garantizar el poder colectivo. La **garra izquierda**, en cambio, tiende a codificar aquello que es del orden de la potencia y a reforzar la petición de vínculo con sus destinatarios: «lo podemos transformar», «creo en la gente que está dispuesta...», «me vine a jugar con todos ustedes...». En este caso, la fuerza colectiva alimenta el poder del líder. El «cambio» cobra todo su sentido cuando se percibe la inscripción córpore-gestual del enunciador Kirchner a partir de una imagen pública de humanidad. Ésta regula el proceso de «cambio» y las imágenes que este proceso involucra como mundo ético de incorporación. El discurso kirchnerista concibe lo humano en esta etapa de transición como una mezcla de esfuerzo y sufrimiento, fuerza y debilidad, en la que se juega la transformación y la posibilidad concreta de un «nuevo amanecer».

### **3.5 EL HOMBRE Y SU MADUREZ: ETHOS DE MODERADO**

El discurso kirchnerista establece dos lógicas verbo-gestuales de alocución pública que coexisten durante el primer año de gobierno y que parecen en principio contrarias: una lógica del consenso, fundada en la transversalidad, y una lógica de la intransigencia, fundada en el litigio permanente. La primera es aquella de la pluralidad, las verdades relativas, el diálogo permanente; la segunda trae a la memoria la 'lucha' de los militantes peronistas de los años setenta (Montero 2007a) y funda un antagonismo al interior de la vida nacional entre quienes configuran la «nueva Argentina» y quienes pertenecen a la «vieja Argentina». Se trata de “un conflicto entre tendencias a la ruptura y contra-tendencias a la integración”, según Aboy Carlés (2003): la intransigencia “supone un proceso de confrontación y antagonismo”, mientras el consenso “implica un cierre de la conflictividad, una desactivación de los antagonismos y una homogeneización y ampliación de la esfera de solidaridades”. Podría hablarse –como lo hace Montero (2007a:17-18)– de una visión militante de la práctica política que “confronta o compite con visiones ‘institucionalistas’ de la política que plantean la necesidad de superar

las contiendas y las confrontaciones ideológicas para lograr una convivencia democrática basada en el consenso”.

Cada una de estas lógicas está abonada en el discurso kirchnerista por un ethos presidencial que resulta funcional al universo político concebido. La imagen de un hombre moderado se convierte en el garante de una vida política basada en el diálogo, la búsqueda del consenso y el respeto por las diferencias. Por el contrario, la imagen de un hombre intransigente opera como garantía de un escenario político en el que el litigio cobra cuerpo institucional y en el que la firmeza y las convicciones del líder tienen mayor importancia que el consenso para lograr la incorporación de la mayoría de argentinos posible.

La imagen del hombre moderado es la señal de la transversalidad del discurso kirchnerista: un líder dispuesto a dialogar, un líder dispuesto a consensuar, un líder que no cree en las «verdades absolutas» (01/07/03), un líder que no basa lo político en la pertenencia partidaria. Legado de la post-crisis y de la heterodoxia peronista, la transversalidad representa para el kirchnerismo una política que va más allá de los partidos, una política en la que ha desaparecido o se ha debilitado la identidad partidaria (Cheresky 2007), y en la que los partidos políticos no garantizan *per se* gobernabilidad ni capital político o electoral<sup>13</sup>.

La transversalidad del kirchnerismo durante su primer año de gobierno ha significado en los hechos una apertura hacia la centro-izquierda, que terminaría por barrer con gran parte del capital político de las organizaciones de izquierda tradicionales y que acercaría a numerosos movimientos ‘piqueteros’ como el Movimiento Evita, Barrios de Pie y la Federación de Tierra y Vivienda (Mocca 2005, Cheresky 2007); una tendencia hacia el *catch at all* que involucraría las más variadas alianzas a lo largo y ancho del país y, fundamentalmente, una transformación o ‘domesticación’ del Partido Justicialista desde afuera, “concebidas como instrumentos que servían para desafiar al propio partido político, pero también para construir mayorías temporales que permitieran lograr la gobernabilidad” (Kasman 2007:22). El estilo inorgánico de construcción de poder muestra un complejo rompecabezas donde convergen justicialistas, peronistas ‘setentistas’ que durante años fueron ajenos o marginales a la estructura partidaria, radicales, ex duhaldistas, ex frepasistas, ex aristas, dirigentes sociales, numerosos militantes de la centro-izquierda y sindicalistas ortodoxos (Cheresky 2007, Schurman 2006).

---

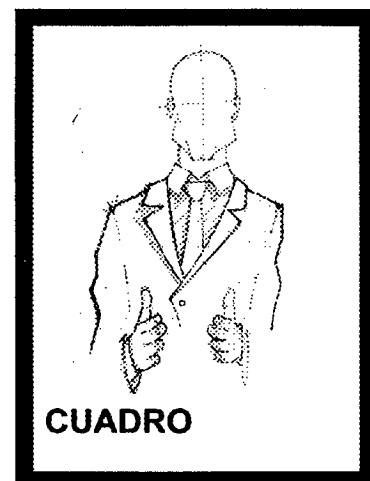
<sup>13</sup> Después de la crisis de 2001, una investigación realizada por el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo en la Argentina mostraba que los partidos políticos ocupaban el último lugar de la confianza pública en las instituciones: 94% de las personas entrevistadas manifestaban tener poca o ninguna confianza en los partidos políticos (en Mocca 2005:51).

Una virtud política como la moderación convierte a Kirchner en un digno garante de la transversalidad anunciada, acredita el respeto por las diferencias, el diálogo entre pares, la pluralidad, la convivencia de puntos de vista. Coherente con su proyecto político, el ethos de moderación se articula en el discurso presidencial con el deseo de adoptar «nuevos paradigmas» que hagan rendir «las distintas particularidades» sin enfrentar a los argentinos «por divisas partidarias» (11/12/03b). Estamos en presencia de un hombre tolerante que ha venido a unir, a dialogar, a abrirse a los demás con el afán de construir un nuevo país. Su imagen liga la moderación al realismo y la convierte en garantía de la transversalidad.

La dimensión córpore-gestual es la principal encargada de regular los grados de manifestación del litigio y el consenso en los discursos públicos de Kirchner y, por consiguiente, de ofrecer una imagen más o menos moderada, más o menos litigante del enunciador.

El ethos de moderado se caracteriza por la presencia recurrente de algunas dinámicas gestuales: el **cuadro**, el **intervalo**, la **enumeración**, la **escuadra**, la(s) **palma(s) hacia arriba**, la(s) **palma(s) oblicuas**. A diferencia del ethos de serio o realista, que acostumbra a enfatizar la ruptura del enunciador con algunos aspectos del pasado –la frivolidad, el inmovilismo, la irracionalidad–, la moderación se define por la relación de Kirchner con su percepción del presente y el modo ideal de construir un futuro viable. Se trata de un hombre confidente que está abierto al diálogo y que tiene en estima al consenso como un valor democrático. Su discurso está, por esa razón, signado por componentes descriptivos y programáticos: por la conciencia de la excepcionalidad, por la búsqueda de «un nuevo amanecer».

El **cuadro** recrea la noción de escenario o situación, de aquello que pareciera ser formulado fuera de toda injerencia subjetiva. Como todo gesto simétrico, parece ligar esa formulación a un deseo o voluntad general y, por lo tanto, a una idea de integración o convivencia.



Veamos algunos fragmentos:

[cuadro] *Queremos convivir integrados a un mundo,\** pero también es hora de que ese mundo les ponga freno a los fondos buitres y a los bancos insaciables (...) (10 de febrero de 2004)

Eso no significa que algunos no entiendan [cuadro] *que hay que encontrar un método de convivencia\** en la Argentina y que la forma de encontrar ese método de convivencia es votando y eligiendo a quienes nos tienen que gobernar. (20 de febrero de 2004)

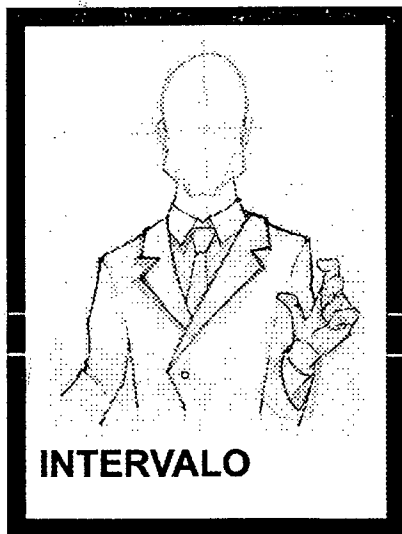
(...) [cuadro] *tengo toda la tolerancia\** que debe tener alguien que cree profundamente en la democracia. (20 de febrero de 2004)

Siempre lo digo, [cuadro] *a algunos les gusta más y a otros menos,\** pero yo no vine a hacer el gobierno de un partido, quiero ser parte del gobierno de todos los argentinos para ser el punto de inflexión de la nueva historia y el nuevo tiempo. (29 de abril de 2004)

El **cuadro** funciona como un fenómeno coverbal de tolerancia e integración, y resulta un elemento central en la inscripción del enunciador en un mundo ético de transversalidad. Kirchner se presenta a sí mismo como un sujeto moderado, ecuánime, con ánimo de convivencia, capaz de garantizar el proyecto plural que dice defender y que considera que la situación amerita. La moderación opera en este sentido como una consecuencia del realismo: su lectura aventajada de los tiempos que corren lo hace garante del modelo transversal que la excepcionalidad de la post-crisis y la suya propia exigen. Gestualmente, esta variante permite efectuar en el cuerpo presidencial la ligazón entre la situación y la presencia inmediata del líder. Por el cuadro nos damos cuenta de que Kirchner tiene la realidad en sus manos, y que es ella la que prescribe la tolerancia.

La moderación aparece así como una derivación de la relación de privilegio de Kirchner con la realidad. Ser transversal es un dato de la realidad y un resultado de la excepcionalidad política. El enunciador presenta una imagen de sí de moderación no porque apueste al diálogo sino porque hace de la realidad su evidencia. De esta manera, el ethos de moderado es proporcional a la eficacia del realismo kirchnerista: la moderación representa el retiro del enunciador para dejar paso a la objetividad de las cifras, al verosímil de lo real.

El **intervalo** y la **enumeración** son elementos que refuerzan este efecto de control que el presidente ofrece sobre la realidad, y dotan al enunciador de rasgos como el rigor y la precisión, que ayudan a crear la imagen pública de un hombre moderado.



Dadas sus características, estas dinámicas gestuales suelen acompañar componentes verbales descriptivos, y enfatizar el vínculo entre el cuerpo presidencial y realidad:

Se priorizó la exportación, **[intervalo izquierdo]** se dijo que la Argentina iba a crecer al 1 ó al 1,5 por ciento,\* entonces las empresas pensaron que era mejor no invertir que invertir. (18 de mayo de 2004)

Seguimos creciendo, a pesar de esta situación crecimos muy fuerte en los tres primeros meses, y en abril estamos creciendo un 9,6 respecto a abril del año pasado; un 3,9 menos que en marzo, pero en abril tuvimos una semana menos y **[intervalo izquierdo]** aparte un proceso de stockeamiento,\* aprovechando que el precio del gas estaba más barato en boca de pozo, de muchos sectores de la industria. (18 de mayo de 2004)

Así llegamos a esta situación que tenemos hoy **[enumeración]** con problemas de distribución, de traslado y de producción energética.\* (29 de abril de 2004)

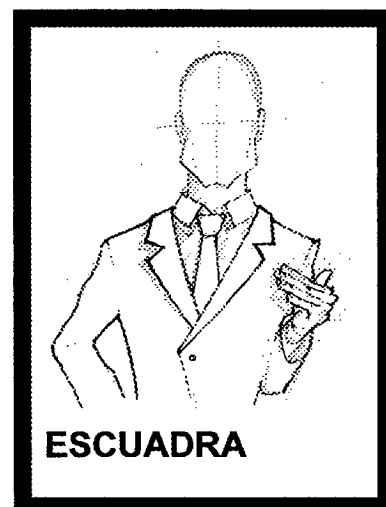
China, **[enumeración]** que gasta el 7% del petróleo del mundo, el 27% en acero\* y está haciendo 50.000 millones de dólares de inversión, tiene cortes programados en la ciudad de Shangai por el crecimiento que tiene (...) (18 de mayo de 2004)

El **intervalo** representa procesos de cantidad y aspira a marcar físicamente una distancia cuantitativa entre dos índices, mientras que la **enumeración** tiende a mostrar un enunciador en completo dominio de las variables. Ambas dinámicas intervienen en el despliegue de una imagen presidencial de hombre razonable e informado, que legitima en el orden del saber el realismo que funda su proyecto. En una situación de post-crisis, la descripción de la realidad puede llegar a ser más persuasiva que las promesas.

Kirchner se presenta a sí mismo como propietario de un conocimiento acabado sobre la complejidad de la situación actual, tanto en el ámbito nacional como internacional. Convierte a la realidad, 'traducida' en cifras y porcentajes, en juez y parte de todo litigio: su tono conciliador, ligado al ethos de moderación, se inscribe en una argumentación que podría resumirse a un principio de acuerdo universal: la realidad lo dice. La tolerancia, por lo tanto, no es el resultado de un debate sino de una evidencia, y desde el momento en que la evidencia es, realismo mediante, propiedad y privilegio del enunciador, el desacuerdo carece de estatuto y no puede ser interpretado más que como ignorancia o atentado a la institucionalidad. No se trata de un enunciador que habla, sino de una realidad que se enuncia.

La imagen de un hombre moderado se articula con el mundo ético de la seriedad, tomando como variable la construcción ideológica de una relación privilegiada del líder con la realidad. La realidad se vuelve un parapeto del kirchnerismo, y en ello quizás resida gran parte de su fortaleza inicial: el *dead cat bounce* es un buen trampolín. Su descripción de porcentajes, su manejo de guarismos y estadísticas, su precisión y su conocimiento del mundo permiten al enunciador construir un ethos presidencial en el que su realismo, eminentemente económico, cobra vida política como ejercicio de la tolerancia. La apertura, la buena disposición, el respeto por las diferencias permiten notar una inclinación de Kirchner por hacer de la seriedad no sólo un valor de crédito sino también de incorporación en el que el elogio de la pluralidad sea una bendición de la transversalidad.

El ethos de moderación es la mitigación de lo político por el realismo. La **escuadra** sería un fenómeno gestual que iría en esta dirección. Expresa en el cuerpo presidencial una idea de avance o progresión, como el puño o la garra por ejemplo, pero cuyo acento estaría puesto en la prudencia de la marcha antes que en el sueño de la llegada:



**[escuadra izquierda]** *Día a día cuando vemos que crece el empleo\** nos da una fortaleza muy grande. (29 de abril de 2004)

La Argentina está creciendo, pero (...) no podemos salir del infierno todavía porque el peso de todos los compromisos que han dejado **[escuadra izquierda]** y *las obligaciones cercanas son muy fuertes,\** pero tenemos una voluntad irreductible de ir superándolos. (29 de abril de 2004)

(...) hay que ver de dónde partimos, hay que ver dónde estábamos para poder entender **[escuadra derecha]** *cómo hemos avanzado\** y cómo estamos tratando de llegar. (11 de marzo de 2004b)

La **escuadra** marca la intersección en el cuerpo presidencial entre la realidad nacional y la voluntad del líder. Si el **puño** o la **garra** destacan el esfuerzo que requiere avanzar, la **escuadra** pone el énfasis en la excepcionalidad de la situación actual como contrapeso realista para el avance. Refuerzo gestual del componente descriptivo, la **escuadra** opera como moderador del carácter incoativo del proceso: lo constata pero al mismo tiempo lo mitiga. Marca el avance de la Argentina toda e implica una dinámica fundamentalmente colectiva, observable en lo verbal por el inclusivo 'nosotros, los argentinos'.

El mundo ético del kirchnerismo conjuga el optimismo y la prudencia como tonos que tiñen lo real de su discurso. Como dijimos, la realidad se vuelve el fundamento de la moderación, y ésta regula las modalidades de articulación de los componentes entre sí y el peso relativo de cada uno. El ethos de un Kirchner moderado es el signo del equilibrio y una forma córporo-gestual de la *gerundización* del «cambio»: su imagen opera en relación con los índices positivos en los que se basa su diagnóstico de la realidad y en relación, al mismo tiempo, con las reservas necesarias para crear lazos de credibilidad. La moderación resulta, en este sentido, el cruce entre optimismo y precaución, correspondiendo al primero un predominio del componente programático y al segundo una preferencia por la descripción.

El **índice izquierdo** es una dinámica del cuerpo presidencial que funciona como elemento coverbal en una dimensión descriptiva. Su empleo tiene por objetivo la regulación de las expectativas del tiempo kirchnerista, permitiendo el establecimiento de un tipo específico de relación entre el enunciador y los argentinos. Si el **índice derecho** –dijimos– realizaba un corte entre el espacio corporal de la «nueva Argentina» y el espacio de «la vieja Argentina», construyendo el perímetro de incorporación del kirchnerismo, el **índice izquierdo** es el signo de una advertencia, que viene a controlar hacia el



interior del nuevo espacio el grado de optimismo que se desprende de una realidad favorable y el cuidado ante las consecuencias aún presentes de la herencia neoliberal («el infierno»):

Estamos tratando de salir del Infierno, **[índice izquierdo]** *pero todavía estamos en el Infierno.\** Somos el segundo país del mundo en crecimiento, pero venimos de muy abajo; está creciendo la producción, el empleo y la economía en la Argentina, pero recién estamos tratando de empezar a caminar y para ello los argentinos tenemos que empezar a mirar para adentro (...) (20 de febrero de 2004)

**[índice izquierdo]** *Todavía estamos en el segundo escalón del infierno,\** hemos bajado la desocupación, crece la recaudación, crece la inversión en esta Argentina a la que le hicieron mucho daño, pero yo no me voy a enamorar de los números (...) (25 de marzo de 2004)

La variante hemisférica izquierda regula el espacio de la «nueva Argentina» y describe el estado de un colectivo nacional en el que el propio Kirchner se incluye. Como la **escuadra**, el **índice izquierdo** es un mitigador de las expectativas colectivas. El enunciador misura el optimismo que la realidad desprende, y al hacerlo fortalece su imagen de moderación, alimentando la incorporación transversal del grupo de identificación más amplio posible.

El valor político de la moderación en el discurso kirchnerista debe entenderse respecto de dos frentes: en primer lugar, permite resolver aunque precariamente la tensión de lo real, entre el optimismo por el crecimiento económico y los reparos ante la gravedad de la situación recibida; en segundo lugar, hace de esta tensión prueba y necesidad del proyecto transversal, ofreciéndose en apertura hacia todos los espacios políticos. Se podría hablar de un gesto generoso, es decir, de una apertura hacia los demás que tiene como garantía las pruebas estadísticas de sus logros. La moderación cobra vida como pasaje enunciativo de la persuasión desde el enunciador hacia la realidad. Sería la realidad la que persuade, y actuaría en este plano a modo de ahorro argumentativo: la tarea de Kirchner es dejarla hablar.

Los discursos públicos durante su primer año de gobierno recuperan en forma permanente la tensión entre la imagen de inmoderación que sus detractores le adjudican y el ethos de hombre moderado y tolerante que precisa desarrollar ante sus destinatarios positivos para garantizar el funcionamiento de su proyecto transversal. Muchas voces mostraban desde el inicio de la gestión una tendencia a criticar el estilo enérgico y frontal del presidente, así como a defenestrar sus permanentes desarreglos protocolares y sus modos jocosos y exaltados de alocución. Estaban aquellos preocupados por la imagen internacional del país, aquellos que hubieran preferido –aun cuando coincidían en lo sustancial de sus proclamas– un tono mesurado al prorrumpir en diatribas

contra ciertos adversarios, y estaban incluso aquellos que hablaban del kirchnerismo como una especie de «revanchismo del pasado» (11/12/04b).

La transversalidad como fenómeno discursivo pone en escena la inscripción del enunciador en tres tipos de 'nosotros', que se articulan mayormente con componentes del orden del saber y del poder-hacer. El primero de ellos es el exclusivo 'nosotros, el gobierno', que cobra la forma de una convocatoria a la totalidad de los argentinos:

**Pensamos el mundo en argentino, desde un modelo propio. Este proyecto nacional que expresamos, convoca a todos y cada uno de los ciudadanos argentinos y por encima y por fuera de los alineamientos partidarios a poner mano a la obra de este trabajo de refundar la patria. (25 de mayo de 2003)**

El enunciador se dirige a sus paradesinatarios por medio del colectivo «los ciudadanos argentinos», y hace de su interpelación un llamado «por encima y por fuera de los alineamientos partidarios». El componente programático define el fragmento, tomando a la transversalidad como una condición *sine qua non* para «refundar la patria».

El fundamento de la relación que el discurso kirchnerista construye entre Kirchner y el prodestinatario está regido por el colectivo de identificación 'nosotros, los argentinos'. La transversalidad no está determinada en este caso por la convocatoria del gobierno, sino que aparece como el corolario deontológico de una experiencia histórica nacional y como el fruto posible del deseo colectivo:

**Más allá de cualquier posición partidaria, porque hemos aprendido toda una lección de la historia y sabemos que cada vez que nos dividen los que más sufren son los que menos tienen: nuestra clase media, nuestros trabajadores, nuestras pymes, nuestros empresarios nacionales. (19 de noviembre de 2003)**

Construir el país **que la mayoría de los argentinos deseamos**, no será tarea de unos pocos ni puede ser obra de un grupo de iluminados. Ni obra de **un partido político** o de un sector social exclusivo y, mucho menos, de un solo hombre. Es y debe ser la tarea de **todo un pueblo**. Sólo solidariamente, marchando hacia el horizonte con nuestras esperanzas, **podremos ser hacedores de nuestro futuro**. (18 de noviembre de 2003)

La transversalidad se constituye en el nombre de «la unidad nacional» (18/11/03) y viene a postular un proyecto en el que no caben ni «líderes predestinados» (25/05/03) ni posiciones partidarias. Aparece como el resultado de una memoria colectiva, forma *par excellence* del saber kirchnerista. Verbos cognitivos del tipo aprender y saber y sintagmas como «una lección de la historia» dan cuenta de la destinación histórica del proyecto transversal,

mientras que el carácter programático de expresiones como «construir el país» y «ser hacedores de nuestro futuro» se inscribe en el plano de una deontología negativa, en la que la Argentina deseada se cita como «la tarea de todo un pueblo».

El tercer 'nosotros' termina de definir el triángulo de la gobernabilidad en un período de excepcionalidad institucional. Se trata del 'nosotros, los políticos' y refiere a la transversalidad como una refundación de la clase política:

Honestamente **les digo** que trato de que con todos mis aciertos, virtudes y errores, como tenemos todos los seres humanos, poder hacer un punto de inflexión para construir una Argentina absolutamente diferente, **más allá de cualquier condicionamiento partidario. Estaríamos mirando con la nuca a la sociedad si seguimos priorizando las estructuras y los conceptos partidarios**, que han resultado perimidos para resolver la crisis en la individualidad. (11 de diciembre de 2003b)

El enunciador se dirige a los políticos en la primera persona del singular para ofrecerse como modelo humano del «cambio» («trato de que con todos mis aciertos, virtudes y errores...») y como abanderado de la propia clase en la que se incluye. Kirchner intenta persuadir a los políticos como paradestinatarios de su discurso, por fuera de la propia clase política («les digo»), y al mismo tiempo convertirlos en prodestinatarios por medio de un colectivo de identificación: «Estaríamos mirando... si seguimos priorizando». La transversalidad opera en el escenario político como el intento de hacer efectivo el pasaje de los políticos *indecisos* al proyecto kirchnerista. Como garante de esta incorporación, Kirchner está impelido a ofrecer una imagen suficientemente digna de crédito para el resto de los dirigentes. Por ejemplo, valga este fragmento extractado del discurso ofrecido en Gral. Pico, La Pampa, con motivo del homenaje al dirigente radicalista Rubén Marín:

(...) vengo a este homenaje a Rubén Marín **con la autoridad moral** de haber tenido una relación franca, viva y fuerte. Muchas veces, muchos días, nos encontré luchando siempre por nuestras provincias. (...) También caminamos muchas veces partidariamente juntos y otras no, pero siempre respetándonos, cada uno defendiendo lo que con absoluta lealtad creía; siempre pensando en la Argentina. (06 de diciembre de 2003)

Con el fin de incorporar a sus destinatarios, el enunciador debe legitimar su decir, ofreciendo en su discurso imágenes de sí capaces de justificar la confianza de sus alocutarios. Leal («muchas veces», «siempre», «con absoluta lealtad»), idóneo («sabemos que...», «hemos aprendido...», «las estructuras y los conceptos partidarios, que han resultado perimidos...»), humilde («con todos mis aciertos, virtudes y errores»), patriota («Pensamos el mundo en argentino», «siempre pensando en la Argentina»), luchador («nos encontré

luchando...»), pluralista («respetándonos», «cada uno defendiendo lo que... creía»), Kirchner es todos los hombres y el único, un hombre cualquiera y un político de excepción.

La transversalidad representa en el kirchnerismo un signo de madurez política a la vez que una necesidad histórica, y el ethos de moderación es la imagen que acredita el proceso de apertura a la pluralidad de voces y la convicción del líder por afianzarlo. Las fuerzas políticas, los movimientos sociales, los gremios y los sindicatos, los independientes, todos están convocados a la integración y al diálogo que un presidente tolerante y pluralista garantiza. Firmeza y apertura confieren a la moderación el verosímil de su eficacia en la transversalidad. La **mano izquierda extendida** nos permite observar el primero de estos rasgos en el plano córporo-gestual de la enunciación kirchnerista:

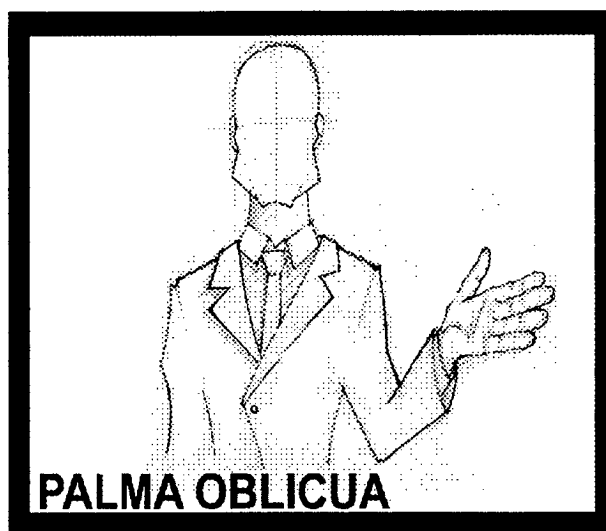
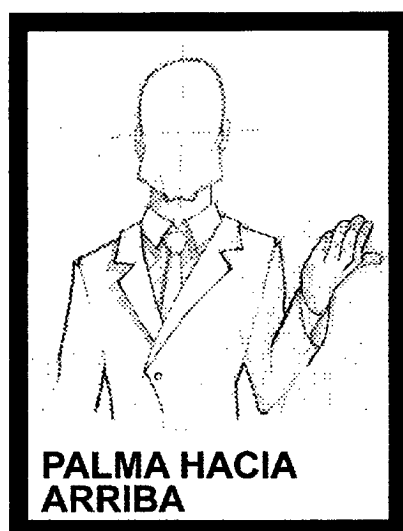
La Argentina contemporánea [**mano izquierda extendida**] *se deberá reconocer y refundar\** en la integración de tipos y grupos orgánicos con capacidad para la convocatoria transversal en el respeto por la diversidad y el cumplimiento de objetivos comunes. (25 de mayo de 2003)

Es verdad, la Argentina cuando salga del problema de exclusión social del que está saliendo, va a pasar a discutir la distribución que corresponde a los trabajadores en la globalidad de lo que es el producto bruto nacional, la torta nacional. [**mano izquierda extendida**] *Nos tenemos que acostumar, en todas las democracias del mundo\** pasa esto, [**mano izquierda extendida**] *y nos tenemos que sentar a charlar madura y responsablemente\** esta situación. (18 de mayo de 2004)

La variante hemisférica se inscribe semánticamente en el cuerpo presidencial como signo de firmeza y de voluntad, reforzando la deontología argumentativa del discurso kirchnerista: «se deberá reconocer y refundar», «nos tenemos que acostumar... y nos tenemos que sentar a charlar...». Hay un lazo muy estrecho entre la prescripción de la situación y la fortaleza del líder para llevar adelante ese deber: la imagen de Kirchner avala su capacidad para cumplir las órdenes que la realidad impone. La variante gestual está marcando metonímicamente una lógica argumentativa: la que va de la descripción de lo real a la prescripción de lo real.

La moderación es la virtud del «día a día», una organización del tiempo kirchnerista, de la «Argentina contemporánea», que describe los niveles de avance («cuando salga del problema de exclusión social del que está saliendo») y programa el orden de los acontecimientos («cuando salga... va a pasar a discutir») respecto de un estándar democrático internacional («en todas las democracias del mundo pasa esto»). La paciencia ajena que la moderación

propia exige se funda en el realismo y la transversalidad de la Argentina kirchnerista. Según el discurso presidencial, la excepcionalidad de la post-crisis vuelve tan necesario un proyecto realista como un proyecto transversal: una única realidad, una única fuerza. Un hombre moderado se convierte en el garante legítimo de ese universo de paciencia y apertura que la excepcionalidad determina, y su cuerpo la cifra física de esos valores.



Las **palmas hacia arriba** y las **palmas oblicuas** parecerían ser las dinámicas gestuales que mejor representan el proceso de apertura kirchnerista, una suerte de síntesis corporal del ánimo de consenso:

Nadie se tiene que asustar cuando se discuten intereses, **[palmas hacia arriba]** *tenemos que ser una sociedad madura.\** **[palmas hacia arriba]** *Cuando nos sentamos a una mesa a discutir\** **[palma izquierda oblicua]** *yo tengo que tratar de sintetizar los intereses de todos los argentinos.\** (18 de mayo de 2004)

Yo sé que jamás voy a levantar mi mano contra otro argentino, no creo en reprimir las ideas ni en perseguir a aquellos que **[palma izquierda oblicua]** *piensan diferente,\** tengo toda la tolerancia que debe tener alguien que cree profundamente en la democracia. (20 de febrero de 2004)

Algunos quieren seguir viviendo en la filosofía del modelo que quebró y que dejó a millones de argentinos en la calle, que les quebró la esperanza, que los llevó a la uniformidad, que los llevó al pensamiento único, que los hizo bajar los brazos; y hay otros, **[palma izquierda oblicua]** *es la diversidad.\** (18 de mayo de 2004)

Las **palmas hacia arriba** exponen gestualmente una petición de principio colectiva y un espacio de discusión. El presidente se dirige a la sociedad, mostrándose como un líder competente para quien los grados de diálogo y discusión de un grupo social dan cuenta de su madurez. Inscripto en

el colectivo 'los argentinos', Kirchner presenta la moderación como una demanda de la época («tenemos que», «tengo que»), y valida con su imagen de pluralista un espacio colectivo de identificación en el que la madurez se configura como un valor de peso. El pasaje de la primera persona del plural a la primera del singular está escrito en el cuerpo por la variación gestual de las palmas de la mano. La síntesis que Kirchner debe tratar de encarnar es representada por la inclinación hacia fuera de la palma izquierda, que cobra valor como símbolo de apertura.

El líder moderado es el garante de una sociedad madura que está en condiciones de discutir y de poner sobre la mesa una variedad de puntos de vista sin anular ninguno. La **palma izquierda oblicua** marca el valor de la diversidad en el universo kirchnerista y posiciona a Kirchner como garante del pluralismo, enfatizando su imagen de tolerancia. Es el gesto de una convocatoria plural, de una apertura al diálogo de todos los sectores, y viene a ofrecer un mundo de valores contrario al «pensamiento único» con que el presidente caracteriza la etapa neoliberal. Más allá de las divisiones partidarias, más allá de los intereses personales, Kirchner pretende en sus discursos configurar un país «plural», un país «que dé justicia, dé dignidad, dé trabajo y recupere la producción»:

Ustedes, como parte activa de esta sociedad, tienen un rol fundamental. **[palma izquierda oblicua]** *Los insto\** a volver a crear, como lo están haciendo, con todas sus fuerzas, a volver a pensar fuerte, con ideas fuertes; la diferencia, la verdad relativa son elementos fundamentales en la construcción de una Argentina distinta, una Argentina plural. (13 de marzo de 2004)

Quiero llamar a todos los argentinos a no caer en ningún tipo de división partidaria. Hay momentos de la historia en que nuestra bandera nos debe cobijar a todos. **[palmas oblicuas]** *Debemos tener la grandeza de caminar juntos por la avenida de la patria\** para volver a construir esa nación que dé justicia, dé dignidad, dé trabajo y recupere la producción. (10 de febrero de 2004)

La convocatoria toma en la dinámica gestual la forma de una pirámide, definida por la inclinación de las palmas oblicuas, que unen al cuerpo del presidente con la base social en la que se sostiene. El ethos patriota que garantiza la convocatoria apela a una mítica nacionalista que intenta recuperar una grandeza perdida («para volver a construir esa nación...»). Nuevamente la primera persona del singular del líder («Quiero...») apela al paradesinatario nacional más amplio posible, «todos los argentinos», para incorporarlo transversalmente en el colectivo de su proyecto patriótico («Debemos tener... de caminar juntos»). Kirchner legitima con su imagen un mundo de valores en el que la diferencia, la verdad relativa y el patriotismo están por encima de

cualquier interés sectorial, tendiendo además una ligazón en la que el líder muestra el proceso de apertura de su proyecto («los insto», «nos tenemos que sentarnos a charlar madura y responsablemente») y demanda a cambio la unidad nacional que genere las condiciones que lo favorezcan.

La figura piramidal organiza en el espacio gestual de interacción la dinámica corporal de la representación democrática, regulando las relaciones entre el gobierno, la clase política y la base social de modo que resulten funcionales para el proyecto kirchnerista. Variantes como la(s) palma(s) hacia arriba y la(s) palma(s) oblicua(s) llegan a formar una sintaxis de la transversalidad, que se articula con su lógica argumentativa:

[Q]uienes son oposición circunstancial [**palma izquierda hacia arriba**] *en la temporabilidad que da la alternancia de la democracia\** tengan la voluntad de entender [**palma izquierda oblicua**] *que hay que llegar con propuestas superadoras\**. [**palma izquierda hacia arriba**] *Con descalificarnos entre nosotros\** damos un espectáculo muy triste porque [**palma izquierda oblicua**] *eso nos lleva a descalificar la esperanza de la gente\** y nosotros tenemos que transformar la esperanza de la gente en una realidad de realizaciones permanentes. (18 de mayo de 2004)

El fragmento permite inferir una gestión hemisférica izquierda del espacio gestual que define las posiciones de interacción entre el enunciador, los políticos y «la gente». En la cadena sintagmática, la **palma izquierda hacia arriba** restringe el ámbito de lo político a un espacio en el que la moderación debe aparecer como una característica constitutiva del juego democrático («la alternancia de la democracia») y como un requisito del mundo político kirchnerista, donde la descalificación se vuelve un signo del progresivo alejamiento entre los políticos y la «la gente». Kirchner se dirige a la clase política, a «quienes son oposición circunstancial», como un destinatario de su discurso en el juego democrático, para luego inscribirse en esa misma clase, 'nosotros, los políticos' («Con descalificarnos entre nosotros... damos un espectáculo muy triste»), como un garante de la madurez política que «la gente» pide. La **palma izquierda oblicua** marca el modo de llegada del cuerpo presidencial a «la gente». Enfatiza aquellos segmentos argumentativos en los que el enunciador hace de su descripción una imagen de lo político que llega a la población. Es la señal de una apertura del gobierno hacia otras fuerzas políticas y sociales pero también un mensaje a la clase política para que entienda que la apertura es la única forma de llegar al pueblo, de no «descalificar la esperanza de la gente».

Un líder pluralista, moderado, tolerante, abierto legitima el mundo ético de incorporación transversal que valores como la diversidad, la diferencia y la

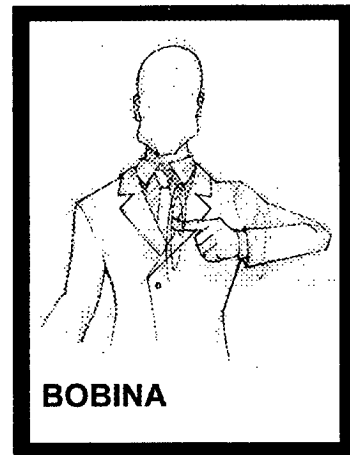
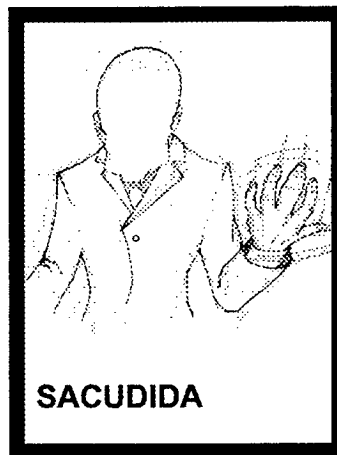
pluralidad exigen. La(s) palma(s) de la(s) mano(s) actúan en general como operadores de contacto y, por ende, de intermediación vincular; representan una exposición al otro, un símbolo de apertura total y, por consiguiente, de unidad en la diversidad, de unión en la diferencia, de encuentro en lo irreductible de cada uno. Son componentes cuya dimensión dominante es la descripción y el programa: existe la diversidad, existen intereses diferentes, existen pensamientos diversos, y la señal còrporo-gestual del enunciador ante esto es la apertura, la puesta en juego de las palmas, hacia arriba o inclinadas pero mostradas, el reconocimiento de la diversidad y la diferencia menos como condición de posibilidad que como causa eficiente del programa. La exposición y la apertura resultan dimensiones operantes de una imagen pública de hombre moderado que permite al enunciador inscribirse como garante de la transversalidad enunciada.

### **3.6 DÍAS DE FURIA. ETHOS DE LITIGANTE**

El ethos de litigante resultaría la contracara aparente de la moderación. La imagen de un hombre que oscila entre la firmeza de la convicción y la intransigencia más descarnada. Implica un tono ciertamente desafiante y pone en escena un enunciador dispuesto a dejar todo por cumplir sus objetivos políticos. Sus consecuencias éticas fueron la comidilla principal de los adversarios de Kirchner, quienes gustaban de caracterizarlo como un hombre desmesurado, irracional o autoritario. Sin embargo, su lógica no está exenta de racionalidad. Por el contrario, resulta funcional al vaciamiento de lo polémico que trabajamos en el capítulo anterior. Muestra un líder firme, desafiante, que según cuál sea el punto de vista puede estar más cerca de la temeridad o de la valentía. Se rige por valores como la convicción y el coraje, y en muchos aspectos parece remitir a lo que Ana Montero llama su "ethos militante".

La imagen pública del litigante, considerando la cuestión desde una perspectiva còrporo-gestual, no se percibe tanto en un tipo gestual como en la dinámica corporal en la que estos tipos se hilvanan. Es un ethos marcadamente sintagmático, que se construye progresivamente en una secuencia enunciativa particular en la que priman modalizadores enfáticos del tipo movimientos repetitivos (**mr**), sacudida (**s**) y bobina (**b**).





Se trata de dinámicas en las que la redundancia y la repetición gestual cobran mayor relevancia que el valor individual de cada gesto. Veamos un ejemplo inicial, tomado del discurso del 10 de febrero de 2004 en San Nicolás de los Arroyos:

Queridos amigos, nuestra posición es razonada, seria, **[mr bol derecho]** que no nos coloquen como en la década pasada en la situación de que hacemos esto o se viene el caos.\* **[apertura de brazos]** Para recuperar la Argentina habrá que pasar\* por momentos difíciles **[b derecha]** en cuanto a la situación\* **[palmas oblicuas]** que algunos dicen que nos apuran.\* Claro que me apuran, pero cada vez que me apuran yo no pienso en los que me apuran sino **[señalamiento hacia atrás]** que pienso en los que sufren,\* y si me pusieron de presidente **[s mano izquierda]** debo tener el coraje y lo que hay que tener para defender esta querida patria\* y nuestros intereses. (10 de febrero de 2004)

El litigio cobra vida en el discurso kirchnerista como el duelo entre el nosotros gubernamental y un ellos indeterminado que intenta colocar al enunciador en el borde del abismo. Los enemigos del proyecto de Kirchner aparecen en su discurso como vagas referencias («que no nos coloquen», «me apuran»), cuyas formas de aparición operan, sin embargo, con una fuerte eficacia en la definición del ethos presidencial. La presencia de un enemigo indefinido habilita al enunciador para posicionarse como defensor de «los que sufren» y para desplegar una imagen de hombre racional («razonada, seria»), realista («habrá que pasar por momentos difíciles») y honesto («claro que me apuran»), dotado, al mismo tiempo, de valores como el coraje y la hombría que lo vuelven digno de su rol institucional.

La imagen del litigante se articula con un ethos racional que viene a garantizar el reinado de la razón en el universo kirchnerista. La firmeza, el coraje y la fuerza que exige su cargo no mellan en la seriedad y la racionalidad de su posición. Sin embargo, la primacía del ethos enérgico y provocador

resulta en gran medida reforzada por el cuerpo presidencial. La imagen de un hombre serio y racional suele expresarse con una variedad gestual amplia y articulada, en la que cada dinámica tiene una importancia diferencial. En cambio, el ethos litigante envuelve una menor cantidad de tipos gestuales, que se articulan, no obstante, con segmentos lingüísticos más extensos. Los gestos operan como modalizadores de énfasis y, por lo general, implican un *crescendo*, un punto máximo o *umbral* y un descenso gradual o *inercia gestual*, que refuerzan el recorrido argumentativo del discurso.

El Kirchner litigante resulta, en comparación con su imagen de hombre moderado, un enunciador de una enorme economía gestual, que limita su repertorio a unos pocos gestos que repite insistentemente. Afirmaba Calbris (2003:112) que "La insistencia gestual implica un esfuerzo físico mínimo para un impacto perceptivo máximo". Este impacto es, posiblemente, el que ha permitido a sus adversarios resumir la imagen del santacruceño a una suerte de estado de crispación permanente. A decir verdad, existe un Kirchner desafiante, discutidor, de ánimo litigante y un Kirchner conciliador, moderado y racional, que tiene el consenso entre ceja y ceja. Ambos forman parte de un discurso en el que el coraje y las convicciones definen un garante del cambio, un líder con la suficiente fortaleza para lucha contra la «vieja Argentina», y en el que la moderación y el diálogo legitiman un líder con la suficiente apertura para construir la «nueva Argentina»:

Estoy de acuerdo con que tenemos que integrarnos al mundo, estoy de acuerdo con que tenemos que volver a ser un país normal y serio, estoy de acuerdo con que tenemos que **[mr puño derecho]** *recuperar la palabra pionera, esa palabra argentina\** que valía, que cuando decíamos blanco era blanco, pero también es cierto que **[s cuadro]** *la primera deuda que tenemos que pagar\** en la Argentina es la interna, **[s cuadro]** *esta Argentina que pareció arrasada por lo que pasó y lo que sucedió,\** **[s cuadro]** *esta Argentina que arrasó a miles de trabajadores, esta Argentina que quebró a nuestra clase media,\** **[s mano izquierda extendida]** *elemento central y potencial de la transformación\** y la movilidad social (...) (20 de febrero de 2004)

El viraje en la orientación argumentativa que define la lógica argumentativa del fragmento está determinado por aspectos lingüísticos y gestuales. La preposición «pero» enfrenta en el plano del enunciado dos Argentinas: el «país normal y serio» que Kirchner intenta garantizar y la Argentina *arrasada* que el presidente hereda. La dinámica gestual, por otro lado, casi inexistente en el primer tramo, comienza a cobrar énfasis a medida que la oposición planteada se vuelve más y más redundante. La **sacudida** domina las pocas variantes corporales involucradas y se articula con la redundancia retórica que define la alocución. La imagen conciliadora del primer

trecho, que acuerda con la palabra ajena («estoy de acuerdo») y que se inscribe en el colectivo de identificación 'los argentinos' («tenemos que») marca la relevancia del componente prescriptivo: el deber, el tener que. La imagen litigante del segundo trecho, contrariamente, se basa en una descripción de la situación heredada y crea la imagen de un hombre indignado y dolido. Un enunciador moderado deja paso a una figura enérgica que lingüística y corporalmente hace de la repetición un elemento retórico central, desplegando un escenario discursivo de lucha entre la palabra del adversario y la palabra presidencial:

**[apertura de brazos]** *¿Qué es la racionalidad,\* amigos y amigas, compañeras y compañeros?* **[dpb izquierda]** *¿La racionalidad es bajar la cabeza,\** **[dpb izquierda]** *acordar cualquier cosa pactando disciplinada y educadamente con determinados intereses,\** **[b izquierda]** *y sumar y sumar excluidos, sumar y sumar desocupados, sumar y sumar argentinos\* que van quedando sin ninguna posibilidad?* **[puño izquierdo]** *¿O la racionalidad es trabajar con responsabilidad, seriedad, con fuerzas\** **[mr mano izquierda extendida]** *para abrir las puertas de la producción, del trabajo y del estudio para todos los argentinos?\** **[mr mano izquierda extendida]** *Yo quiero adherir a este tipo de racionalidad,\* es la única racionalidad viable que nosotros tenemos para poder realizarnos. (11 de marzo de 2004)*

La pregunta acerca de qué es la racionalidad abre un abanico de posibilidades que Kirchner restringe al campo semántico de la fuerza, definiendo dos mundos éticos posibles: el neoliberal y el kirchnerista. La razón por la cual pueden coexistir una imagen moderada y una imagen litigante en el discurso presidencial es precisamente la razón, aquello que Kirchner entiende por racionalidad. A poco de comenzar la gestión, adversarios del estilo K advierten a viva voz sobre lo negativo que resulta para el país la imagen desmesurada e irracional de un provocador insanable. El modo en que el presidente intenta revertir ese ethos previo y caracterizar negativamente a sus enemigos es hacer de la fuerza y el litigio un signo de racionalidad («¿O la racionalidad es trabajar con responsabilidad, seriedad, con fuerzas...?») y de la disciplina y la corrección un signo de debilidad («¿La racionalidad es bajar la cabeza, acordar cualquier cosa pactado disciplinada y educadamente...?»).

El presidente intenta conjugar en su mundo ético racionalidad y firmeza. Ser racional no es ser débil y su cuerpo enfático así lo expresa. Para Kirchner la única racionalidad es la «racionalidad viable», y ésta se instituye en el fundamento de la relación que su discurso establece entre el enunciador y el prodestinatario. Así lo dan a entender las lógicas gestual y lingüística que despliega: la **apertura de brazos** que acompaña la pregunta («¿Qué es la racionalidad\*...?») y el colectivo de identificación 'nosotros, los argentinos' que

conjuga su respuesta («la única racionalidad viable que nosotros tenemos para poder realizarnos»). La «racionalidad viable» es la que logre incorporar a la mayor cantidad de argentinos al espacio de la nación kirchnerista.

La paradoja de esta racionalidad *sui generis* es que el ethos litigante, a diferencia de la moderación, tiende a dividir el campo político en amigos y enemigos. Se trata, a no dudarlo, de una paradoja aparente. La transversalidad que el ethos moderado en gran medida garantiza intenta incorporar a los paradestinatarios (la ciudadanía en general, la clase política en especial) al proyecto de gobierno; en otras palabras, fijar una prodestinación absoluta que incluya en un mismo colectivo a todos los argentinos. Estamos ante un proceso de paradestinación con tendencia a la prodestinación total. Los contradestinatarios del discurso kirchnerista integran lo que el propio Kirchner llama la «vieja Argentina»: son agentes, a menudo vagos e indeterminados, que resultan subsumidos en ese gran presupuesto discursivo que es la memoria. Hablamos de agentes desterrados que, como dijimos en el capítulo anterior, forman parte del paisaje de la «Argentina que agoniza». Dada la transversalidad, la contradestinación tiende a la suma cero: en la «nueva Argentina» no hay adversarios. El litigio es exterior a la construcción de la «nueva Argentina», regula en cambio los restos de la vieja. Podría hablarse de una patrulla de frontera.

Una prodestinación absoluta y una contradestinación cero generan lo que hemos denominado *vaciamiento de la dimensión polémica* del campo político, haciendo inviable cualquier litigio real. El discurso kirchnerista construye un espacio de enemistad que es fronterizo pero exterior respecto del espacio transversal de la «nueva Argentina». Por decirlo así, no construye un enemigo, construye un universo de indecisos que deben decidir, y que deben decidir porque la situación excepcional así lo prescribe. Quienes no pertenecen al colectivo kirchnerista están entre la espada y la pared: o se inclinan por el kirchnerismo (y se identifican con el colectivo) o son desterrados e ingresan a la «vieja Argentina». El discurso del presidente no es capaz de nombrar a sus adversarios por la sencilla razón de que no los contempla: en su presente político no hay espacio para neutrales ni para rivales.

El ethos litigante es la imagen de una condena y de una redundancia: la condena al destierro de los adversarios y la redundancia agonística en el vacío mismo de lo polémico. La transversalidad y la pluralidad que la moderación garantiza hacen que toda voz contraria al gobierno sea rápidamente exiliada; el litigio oficia meramente como guardián de las fronteras.

La dimensión c6rporo-gestual de los discursos de Kirchner refuerza el efecto conflictivo del ethos litigante, mitigando la indeterminaci6n adversativa con el plus de sentido de la redundancia. El cuerpo presidencial enfatiza una evidencia pol6mica que la vaguedad del adversario oscurece. Funcional a su distinci6n, el enunciador construye su imagen en la eficacia de esta redundancia: preguntas ret6ricas, repetic6n formal y tem6tica de elementos enunciativos, frases exclamativas<sup>14</sup>, que se articulan con la modalizaci6n enf6tica de la din6mica gestual por el uso reiterado de la **bobina**, la **sacudida** y los **movimientos repetitivos**.

El ethos litigante cobra valia cuando el enunciador intenta definir una sem6ntica axiol6gica de la «nueva Argentina»: qu6 valores son importantes y cu6les son los significados que tienen:

**[dpb izquierdo]** *Nos va a guiar\** el buen sentido y la responsabilidad argentina que tuvimos siempre **[mano izquierda extendida]** *porque la dignidad se practica con las acciones de todos los d6as,\** **[b mano izquierda extendida]** *la dignidad se practica en los hechos y no en la consigna, la dignidad se practica tomando acciones todos los d6as que lleven a defender las posibilidades de un pa6s distinto, la dignidad se practica no minti6ndole a la gente, la dignidad se practica trabajando, la dignidad se practica haciendo, la dignidad se practica no robando, la dignidad se practica haciendo trabajo, la dignidad se practica generando inclusi6n social, la dignidad se practica\** **[apertura de brazos]** *abriendo los brazos\** y las puertas para un pa6s distinto. (11 de marzo de 2004)

Un enunciador sensato procura caracterizar qu6 debe entenderse por «dignidad». El t6rmino, al igual que el de «racionalidad», se presenta como un significativo en disputa cuyo significado es decisivo para valorar el nuevo esp6ritu de la Argentina. Un primer tramo en el que el **dpb** refuerza el tono moderado del «buen sentido y la responsabilidad» deja lugar a un paulatino incremento de la energ6a gestual, que tiene por funci6n acompa6ar el inventario de significados de la dignidad. La reiteraci6n del t6rmino se articula con el movimiento circular de la **bobina**, conjugando los esfuerzos de Kirchner por

<sup>14</sup> Un ejemplo de la articulaci6n entre frases exclamativas y redundancia gestual se encuentra en el siguiente fragmento: **[mr garra y pu6o izquierdos]** *¡No me interesa durar 10 a6os de fracaso o cuatro a6os y medio –como me tocan– de fracaso, prefiero vivir dos a6os, un a6o, dos horas o un minuto a pleno sabiendo que tengo que hacer lo que nuestro pueblo necesita y lo puedo hacer!\** (11 de marzo de 2004). En *El decir y lo dicho*, Ducrot (1986:190) explica la diferencia que a su entender existe entre el uso de una frase exclamativa y el uso de una frase indicativa. Para el autor, se trata de la manera en que el sujeto hablante representa la propia enunciaci6n que 6l est6 ejecutando. Al decir “prefiero vivir dos a6os... a pleno...” la enunciaci6n se presenta como el resultado de una elecci6n, la de aportar determinada informaci6n respecto de determinado objeto, en este caso un gobierno en tiempos de post-crisis. En cambio, la exclamaci6n presenta la enunciaci6n como si fuese desencadenada por la representaci6n de este objeto: es el propio tiempo de gobierno, la «oportunidad hist6rica», la que lleva a Kirchner a decir eso. Dicho en otros t6rminos, la exclamaci6n funciona como la marca lingüística de la redundancia que existe en toda evidencia.

hacer de la «dignidad» un compendio axiológico de su gestión: realismo («la dignidad se practica en los hechos... tomando acciones todos los días»), honestidad («no mintiéndole a la gente»), trabajo, apertura («abriendo los brazos y las puertas»). El colofón está determinado por el espacio de identificación que esa axiología designa en el discurso kirchnerista («un país distinto») y por la dinámica gestual que corporalmente lo representa (**la apertura de brazos**).

El alto porcentaje de imagen positiva del presidente durante su primer año de gobierno permite deducir un funcionamiento eficaz del complemento ético entre el Kirchner litigante y el Kirchner tolerante. La moderación tiende a anular la posición adversativa de sus alocutarios, mientras que el litigio tiende a hacer lo propio con la neutralidad formal de sus paradesinatarios. El resultado sería un espacio de completa prodestinación, en el que el diálogo y el litigio se vuelven lógicas discursivas articuladas, y en el que el cuerpo presidencial regula una apertura moderada para ampliar las bases de sustentación y un énfasis litigante para ofrecerse como garantía del cambio.

### **3.7 EL HOMBRE, SU PUEBLO: (EN)SAYOS DE LÍDER**

El ethos de líder en el discurso kirchnerista ata su suerte, en gran medida, a la eficacia de los éthé litigante y moderado. Un líder digno de crédito en una situación de excepcionalidad política será aquel que logre garantizar con su imagen pública el verdadero potencial de la transformación y la segura voluntad de consenso. Ahora bien, la forma de ejercer el liderazgo en el kirchnerismo se juega en la institución de un vínculo inmediato entre el líder y su pueblo. Podríamos decir, el diseño de un espacio de prodestinación de amplio rango, que tendría por nombre la «nueva Argentina».

El ethos de líder se construye sobre todo en una interpelación directa del auditorio, en el establecimiento de un lazo corporal con su audiencia inmediata. Estamos ante lo que Isidoro Cheresky (2008:36) ha caracterizado como “el vínculo con un líder personal”: la identificación con el líder, dada la debilidad de las estructuras partidarias, ya no pasa por un programa a la vieja usanza sino que se cristaliza en una imagen que resume antecedentes, un estilo y un tipo de vínculo con el estado de opinión.

Néstor Kirchner ejerce el liderazgo por su acción de gobierno, configurando una imagen de representación del pueblo sustentada en una relación directa con la ciudadanía. Un ejemplo de este modo de construcción del lazo de identificación es la **señal hacia el frente**, una variante del tipo **señal o señalamiento**.



Veamos algunos fragmentos:

Sé -y les pido que me ayuden- que junto a ustedes vamos a poder pasar las vallas más difíciles; [señal hf] *creo en ustedes, creo en la gente,\** creo en la gente que está dispuesta a hacer ese país distinto. (20 de febrero de 2004)

No vine a embanderarme en ningún partido, no importa de qué partido soy; la única insignia en la que me embandero es la bandera de mi patria, que es la bandera argentina, [señal hf] *que es la bandera de ustedes\** y tenemos que ponerla todos en nuestros corazones para crecer. (20 de febrero de 2004)

[señal hf] *Poder mirar muchos rostros que están acá\** y decirles que con aciertos y errores estamos poniendo todo nuestro esfuerzo por hacer un país distinto (...) (20 de febrero de 2004)

La **señal hacia el frente** modula el canal de contacto entre el locutor y su auditorio. En el plano lingüístico, puede apreciarse por el predominio de un enunciador en primera persona ('yo' o un nosotros exclusivo) que se dirige a un destinatario en segunda persona del plural («ustedes»), tratando de instituir un colectivo de identificación («tenemos que ponerla todos en nuestros corazones») que fortalezca el proyecto de «un país distinto». Verbal y gestualmente, Kirchner tiende un lazo que procura destacar la inmediatez con el pueblo que construye en su discurso. A la interpelación directa que rige estos fragmentos de alocución, el cuerpo presidencial agrega el carácter indicial de la señal, reafirmando el espacio de contigüidad: la nación que el enunciador despliega en su espacio gestual interaccional y que su discurso nombra («ese país distinto», «la bandera argentina», «un país distinto»).

La imagen de un líder se construye en el kirchnerismo en relación con valores como la convicción, la firmeza y la seguridad. A menudo, como en el ethos de honestidad, el enunciador opera gestualmente en un compromiso corporal con su palabra. A diferencia de éste, aquí el acento está puesto menos en la expresión de una interioridad que en la mostración de un carácter. No se trata de cuán sincero es el locutor, sino de cuán dispuesto está a llevar adelante sus palabras. Así, por ejemplo, la **afirmación** y la **negación** otorgan a la investidura de su autoridad un complemento corporal:

Los que quieran invertir en la Argentina, los que quieran ganar plata y que tienen derecho a hacerlo, los que quieran realmente crecer económicamente en el país, **[afirmación]** *van a tener que invertir para que los argentinos tengan los servicios que los argentinos merecemos.\** (29 de abril de 2004)

**[negación]** *No le tenemos miedo a los desafíos, no nos asustan las presiones.\** Es hora de que nosotros los argentinos recuperando nuestra autoestima con trabajo, producción, con convivencia, creyendo en Dios y poniendo todos nuestros esfuerzos, hagamos un país con justicia, un país equitativo. (25 de marzo de 2004)

Son dinámicas que enfatizan la fortaleza del líder y que ponen en escena a un hombre con el coraje suficiente para soportar presiones y para demandar lo que «los argentinos» merecen. Marcan el carácter del mandatario y garantizan la vigencia del cambio político. Kirchner es un argentino más, inscripto en un colectivo de identificación nacional («los argentinos merecemos», «nosotros los argentinos»), pero también es el líder que puede defender esa identidad nacional que habilita el colectivo, recuperando «nuestra autoestima». El presidente se presenta como el garante ideal de la refundación («es la hora de...»), y lo hace demostrando su poder: poder para prescribir («van a tener») y poder para programar («es hora de que... hagamos»). Es decir, el poder de organizar un futuro y, con ello, asegurar la previsibilidad.

El ethos de liderazgo le permite a Kirchner inscribirse como garante en el límite que él mismo sanciona e instituye entre la «vieja Argentina» y la «Argentina que nace»: por un lado, guía al pueblo, marca el rumbo, da el ejemplo; por otro, regula los deberes de una nueva época. El **puño**, la **mano extendida** y el **índice** resultan variantes gestuales de interés para comprender cómo el cuerpo presidencial refuerza la imagen de firmeza, coraje y convicción que hacen de su imagen pública la de un líder singular.

Tomando en cuenta algunos segmentos de los discursos públicos de Kirchner, podemos afirmar que el **puño** ostenta una doble función respecto del ethos de líder: en primer lugar, dota al cuerpo presidencial de una semántica de la fuerza (fuerza, esfuerzo, fortaleza) que resulta afín al verosímil del liderazgo;



en segundo lugar, da cuenta del carácter incoativo de ciertos procesos, permitiéndole al enunciador inscribir su imagen de líder en la situación de cambio en la que se debaten el pasado y el futuro del país. Derecho o izquierdo, el **puño** se liga con elementos lingüísticos que indican procesos en marcha o cuya marcha es inminente: gerundios («seguiremos profundizando», «estamos todos los argentinos dando»), componentes prescriptivos con infinitivos («debemos luchar por fundar la patria», «tenemos que caminar por ese rumbo»), expresiones incoativas del tipo «es hora de...» o «éste es el inicio de», e incluso lexemas como «rumbo» o «camino»:

Nosotros, se los puedo asegurar, **[puño izquierdo]** *tenemos que caminar por ese rumbo\**. (10 de febrero de 2004)

(...) debemos luchar **[puño izquierdo]** *por fundar la patria,\** por reconstruirla pero no enfrentando argentinos con argentinos y por arriba de cualquier cuestión partidaria. (20 de febrero de 2004)

**[puño izquierdo]** *Es hora\** de que algunos entiendan que estamos todos los argentinos dando la batalla del esfuerzo, el trabajo y la dignidad (...) no hay otro camino. (20 de febrero de 2004)

(...) **[puño derecho]** *éste es el inicio\** de un proceso -como bien lo definió el señor Intendente cuando dijo que San Nicolás lo necesitaba de reparación histórica. (10 de febrero de 2004)

(...) **[puño derecho]** *seguiremos profundizando fuertemente\** la generación de trabajo, que dé la posibilidad de tener dignidad a millones de argentinos. (29 de abril de 2004)

El ethos de liderazgo se inscribe por lo general en el colectivo de identificación más amplio que ofrecen los límites de una nación. El colectivo 'nosotros, los argentinos' está presente en la mayoría de los fragmentos y permite entrever el alcance que tiene la imagen del liderazgo en la construcción de procesos de identificación. El **puño** refuerza la convicción del líder y define el tono ciertamente épico de la refundación: «luchar por fundar la patria», «estamos todos los argentinos dando la batalla del...», «no hay otro camino», «reparación histórica».

La **mano extendida**, a diferencia del carácter incoativo que caracteriza la variante del **puño**, se inscribe icónica y taxativamente en el límite mismo de la «refundación». Como dijimos, es un gesto liminar, que divide aguas entre aquello que termina y aquello que comienza. Expresa en general la idea de deber y se articula favorablemente en la construcción de una imagen de liderazgo, confiriéndole al enunciador rasgos como la firmeza y la intransigencia:

(...) [**mano izquierda extendida**] *Es hora de terminar\** de premiar la cultura del no trabajo; el país se levanta con la cultura del esfuerzo, el trabajo y la dignidad, no hay otro camino. (20 de febrero de 2004)

(...) confiamos plenamente en la capacidad creadora, en la imaginación, en la construcción con pluralidad, en la reconstrucción de la autoestima argentina, en el fortalecimiento de nuestra identidad nacional, en ponerle a través de la capacidad creativa de ustedes [**mano izquierda extendida**] *un punto final y definitivo\** al oscurantismo que rodeó y golpeó la creación, la imaginación, la autoestima, la idea de visión de un país distinto de toda la sociedad argentina. (13 de marzo de 2004)

[**mr mano derecha extendida**] *A cada corrupto hay que aplicarle el Código con la fuerza que corresponda,\** para que definitivamente se termine [**mano derecha extendida**] *esta historia\** de indignidad (...) (10 de febrero de 2004)

La **mano extendida** enfatiza la fuerza del líder en su tarea de concluir con un conjunto de prácticas asociadas a la «vieja Argentina»: «la cultura del no trabajo», el «oscurantismo», la «historia de indignidad». Es un gesto que acompaña la prescripción de la situación, más allá incluso de la voluntad misma del presidente: «es hora de...», «hay que», «para que definitivamente se termine». La figura del liderazgo se construye en el kirchnerismo en relación con un modelo, el «capitalismo nacional», que debe comenzar y en relación con un modelo, el neoliberal, que debe terminar. Se trata de una instancia política fuertemente prescriptiva, cuya bisagra el **puño** y la **mano extendida** marcan claramente en su coverbalidad.

Una tercera variante gestual a tener en cuenta en la construcción de un ethos de liderazgo es el **índice izquierdo**. Dijimos anteriormente que el **índice derecho** tenía dos funciones complementarias: por un lado, organizar la relación hemisférica del cuerpo presidencial con su espacio gestual de interacción, delimitando un perímetro de incorporación kirchnerista del que resultan excluidos sus adversarios; por el otro, expresar la fuerza de la posición del enunciador y acentuar su individualidad, dotándolo de cualidades como la firmeza y la seguridad y cobrando con frecuencia la forma de una advertencia. El **índice izquierdo**, en cambio, circunscribe su grado de influencia al aspecto ético, transmitiendo a Kirchner características propias de su dinámica como la fortaleza y la convicción, o la firmeza en una posición:

Por eso, [**índice izquierdo**] *que no nos vuelvan a meter miedo.\** Argentinos y argentinas, con absoluta tranquilidad les pido que estemos con los ojos bien abiertos, yo les voy a ir contando todo, no voy a decir una cosa y firmar otra. (10 de febrero de 2004)

(...) tengo toda la tolerancia que debe tener alguien que cree profundamente en la democracia. [**s índice izquierdo**] *Lo que no implica que me tenga que callar lo que pienso, cosa que nunca voy a hacer, y si*

*no lo hice en momentos durísimos para la patria\** en cuanto a la libertad de pensamiento tampoco lo pienso hacer ahora. (20 de febrero de 2004)

El **índice izquierdo** aparece como un signo de valentía o coraje, como una resistencia corporal al avasallamiento. El presidente construye una imagen de liderazgo anclando sus valores en la coherencia de una vida militante: el miedo surge como un factor que ilustra treinta años de neoliberalismo. El gesto ofrece al enunciador como ejemplo y destaca, como lo hacía el **índice derecho**, la individualidad del líder. Kirchner se constituye en el límite que separa la democracia del miedo, brindando su coraje como garantía de un fin de época. El líder se enfrenta al miedo como estrategia adversativa («que no nos vuelvan a meter miedo»): una metodología que ha impuesto «momentos durísimos para la patria» y que ha hecho de antiguos líderes cobardes a medida («no voy a decir una cosa y firmar otra»). El índice exalta el coraje y la fortaleza del líder, y refuerza su singularidad porque en ella descansa toda una genealogía del coraje que nace en la militancia setentista y llega hasta la actualidad.

La imagen del líder representa en el discurso kirchnerista una garantía del «cambio». El ejercicio del liderazgo sirve para distinguir lo propio y lo ajeno que integran el nuevo espacio y, en ese sentido, se constituye en una suerte de control fronterizo que regula la pertenencia identitaria, la dignidad del «nuevo ser nacional» (10/02/04). En la lucha entre la «vieja Argentina» y la «nueva Argentina», el cuerpo presidencial define un espacio nacional, en el cual el propio enunciador se inscribe como líder.

### **3.8 ESA NACIÓN. MEMORIAS CÓRPORO-GESTUALES E IDENTIFICACIÓN**

El *espacio de la nación* es el área discursiva en la que el cuerpo presidencial define los modos de agenciamiento identitarios de sus destinatarios. Se trata de un lugar de encuentro entre el gobierno y los argentinos, y tiende a reforzar, por lo tanto, el transversal ejercicio de la gobernabilidad. Quiénes y de qué manera integran el *espacio de la nación* es una de las principales operaciones corporales del enunciador. La incorporación al mundo ético kirchnerista depende en gran medida de la eficacia de Kirchner para regular el espacio gestual de interacción que despliega en sus discursos públicos.

Desde los estudios medievalistas acerca del cuerpo del rey como encarnación divina y cima de la pirámide social hasta los análisis del cuerpo presidencial realizados por Sigal y Verón en *Perón o Muerte*, el modo de escenificar corporalmente un discurso revela un modo específico de

construcción del espacio nacional. Por esa razón, la primera variante que analizaremos será la **autocentración**, que pone en escena la ambigüedad del cuerpo kirchnerista como singularidad y como entidad colectiva. Luego, avanzaremos en el estudio de dos dinámicas que resultan centrales para *arealizar* la nación: el **señalamiento** y la **apertura de brazos**. La primera enfatiza el esbozo del perímetro nacional que el **índice derecho** dejaba entrever; la segunda interviene como signo de exposición y encuentro, y marca el pasaje corporal al universo kirchnerista.

La **autocentración** regula la relación entre el locutor y su cuerpo. Podríamos decir que se trata de una dinámica en la cual el sujeto enunciador pone el peso del relato en su propio cuerpo. Preso de una ambigüedad, su funcionamiento puede resultar indicial (el cuerpo se señala a sí mismo para referirse al locutor) o simbólico (el cuerpo se refiere a sí mismo para referirse al Estado). Dado lo anterior, nos interesa analizar cómo opera en relación a colectivos o espacios de identificación. Veamos los siguientes ejemplos:

Algunos periodistas me decían que **[autocentración sc]** *el Estado tiene una continuidad jurídica\** y es cierto, el Estado tiene una continuidad jurídica (...) (10 de febrero de 2004)

(...) estoy tratando de que definitivamente **[autocentración sc]** *los argentinos\** podamos entre todos, tomados de la mano, generar el proceso de reconstrucción que le dé a este país el rumbo y la identidad nacional perdida (...) (10 de febrero de 2004)

Dios quiera que (...) podamos armar una distribución del ingreso diferente para que **[autocentración cc]** *esta Argentina\** nos dé un poquito más a cada uno. (25 de marzo de 2004)

La tarea de terminar con la doble moral y con el doble discurso **[autocentración cc]** *que a veces tenemos los argentinos en general,\** también es central. (18 de mayo de 2004)

El cuerpo presidencial se convierte por la **autocentración** en el cuerpo de una nación. El énfasis gestual en la autorreferencia singular se articula paradójicamente con la inscripción del enunciador en entidades sumamente abarcadoras, como el colectivo de identificación 'nosotros, los argentinos' («tenemos los argentinos en general», «los argentinos podemos entre todos») o meta-colectivos singulares del tipo «el Estado», la «Argentina», que difícilmente admiten la fragmentación. La **autocentración** hace referencia al cuerpo singular y finito del líder, y al mismo tiempo da cuenta de algo que lo excede pero que el enunciador *encarna* en él: el Estado, los argentinos, la Argentina, la nación. Corporalmente el locutor se refiere a sí mismo, mientras lingüísticamente hace referencia a una nación entera. La variante autorreferencial permite desplegar en su performatividad una escena que

excede al mero cuerpo del enunciador y que, sin embargo, está en todo determinado por él: un espacio de inscripción en el que ser argentino o habitar «esta Argentina» es *reconocerse* como argentino en el vínculo que el propio cuerpo presidencial tiende.

El cuerpo del líder sería en el discurso kirchnerista una síntesis física de la nación unida. El **señalamiento** y la **apertura de brazos** refuerzan esta tendencia y producen en conjunto una organización más o menos estable del espacio de interacción. La más de las veces, el **señalamiento** tiende a definir un perímetro nacional dentro del espacio interactivo del cuerpo presidencial. La señal hacia la izquierda, por caso, suele indicar un colectivo en torno al enunciador y una idea temporal de presente y futuro, mientras que la señal hacia la derecha marca por lo general la noción de pasado y no en pocas oportunidades de contradestinación, reforzando en el plano corporal nuestra hipótesis del destierro adversativo hacia la «vieja Argentina»<sup>15</sup>. Por otro lado, como lo vimos en el caso del ethos de liderazgo, el **señalamiento** también puede funcionar como un marcador de la instancia de vínculo entre Kirchner y sus destinatarios, creando un área de contacto que la propia *señal hacia el frente* refiere. La orientación del **señalamiento** regula en parte la relación de Kirchner con diferentes entidades de su discurso<sup>16</sup>. El señalamiento hacia la izquierda, por ejemplo, acostumbra a acompañar colectivos del tipo 'nosotros, los dirigentes' o 'nosotros, el gobierno':

Como primer dato [**señalamiento hacia izquierda**] *nosotros, los dirigentes,\** los que estamos en este palco, los que no están y los que están alrededor de la Argentina, tenemos que entender que en este país es hora de terminar con el clientelismo político (...) (20 de febrero de 2004)

También quiero decirles [**señalamiento hacia izquierda**] *que estamos hoy,\** vamos a estar mañana y vamos a trabajar junto al Gobernador, junto a su pueblo, con la fe en Dios, creyendo que de la mano de Dios y con la fe que nos da vamos a salir de la situación que tiene la Argentina. (25 de marzo de 2004)

La señal indicaría el espacio del «cambio» que la deixis enunciativa («los que estamos en este palco», «estamos hoy», «este país») y la expresión perentoria «es hora de...» sugieren en el plano lingüístico. El gesto enfatiza el carácter liminar de la gestión de Kirchner y marca la necesidad de «salir de la

<sup>15</sup> Este funcionamiento perimetral de la *señal* puede advertirse con claridad en sus discursos públicos del 10 de febrero y el 11 de marzo de 2004.

<sup>16</sup> Acerca de la división hemisférica del cuerpo, Calbris (2003:156) afirma: “La mayor parte de las ideas expresadas con respecto a la distinción entre el sí mismo y el prójimo, entre el uno y el otro, entre dos entidades abstractas ligadas por líneas de complementariedad, de oposición, de contrapartida, han sido significadas por un cambio de mano. Éstas reenvían de manera subyacente a la bipartición del cuerpo dividido en dos mitades, dos entidades efectivamente comparables, diferentes u opuestas”.

situación que tiene la Argentina» y «terminar» con un conjunto de prácticas consideradas axiológicamente negativas por el discurso kirchnerista, entre ellas «el clientelismo político». El **señalamiento hacia la izquierda** refiere por lo común a un espacio de lo porvenir, en el que finalmente cobraría cuerpo «el país que nosotros soñamos permanentemente»:

**[señalamiento hacia izquierda]** *Claro que vimos y estamos\** en el segundo escalón del infierno, yo no me enamoro de los números, pero también es cierto que (...) es posible construir el país que nosotros soñamos permanentemente, lo podemos transformar en realidad. (11 de marzo de 2004)

El área izquierda del espacio gestual de interacción que el señalamiento marca se articula con el espacio frontal del enunciador, en el que se modula el vínculo entre Kirchner y su auditorio. Se trata de un territorio en el que toman contacto el proyecto del gobierno y la ciudadanía, conformando un colectivo de identificación en el que el prodestinatario del discurso kirchnerista es la totalidad de los argentinos.

El reverso de este colectivo espacial en la dimensión cóporo-gestual del cuerpo presidencial es el **señalamiento hacia la derecha**. La franja izquierda del espacio de interacción organiza el orden de lo futuro en el kirchnerismo; en cambio, el hemisferio derecho tiende a referir a una noción de pasado, en la cual a menudo está inscrita una destinación adversativa:

**[autocentración cc]** *Yo no endeudé a la Argentina\** **[señal hf]** *ni ustedes\** endeudaron la Argentina; **[señalamiento hacia derecha]** *los que endeudaron la Argentina\** son los que siguen diciendo que tenemos que firmar cualquier acuerdo (...) (10 de febrero de 2004)

(...) ellos eran auditores y contadores **[señalamiento hacia derecha]** *de quienes se endeudaron en la década del 90 y aún antes,\** y los dejaron endeudarse de cualquier forma. (10 de febrero de 2004)

**[manos hacia delante]** *Lo que pasa es que cuando un pueblo puede mostrar los callos del trabajo muestra el espíritu de la dignidad, cuando un pueblo muestra otras cosas\** **[señalamiento hacia derecha]** *pasa lo que nos ocurrió en tiempos pasados.\** (20 de febrero de 2004)

**[señalamiento hacia derecha]** *Y los que lo endeudaron, los que fueron símbolos intelectuales de ese endeudamiento\** **[apertura de brazos]** *todavía nos quieren decir qué es lo que tenemos que hacer. ¡Por Dios, argentinas y argentinos, reaccionemos y tengamos\** buena memoria! (11 de marzo de 2004)

La interrelación entre el plano verbal y el plano cóporo-gestual de la enunciación kirchnerista permite apreciar la construcción de un espacio nacional en el vínculo entre el líder y el colectivo de los argentinos y en la exclusión de un tercero indeterminado que remite en general al «pasado». El

canal de diálogo entre el líder y los argentinos es patente no sólo en la interpelación directa del enunciador («Yo no endeudé a la Argentina ni ustedes», «¡Por Dios, argentinos y argentinas, reaccionemos y tengamos buena memoria») sino además en las dinámicas gestuales que refuerzan su llamado: la **señal hacia el frente** y las **manos hacia delante** recrean –como advertimos con anterioridad– la sensación del contacto inmediato y la idea de un espacio común de diálogo. Por otro lado, el espacio de la nación que el cuerpo presidencial delimita se apoya tanto en variantes corporales como la **apertura de brazos** –que veremos a continuación– como en relaciones enunciativas que aspiran a fundar un colectivo de identificación que incluye al enunciador en un nosotros nacional: «tenemos que firmar», «lo que nos ocurrió en tiempos pasados», «lo que tenemos que hacer», «reaccionemos y tengamos buena memoria». El éxito del proceso de incorporación que el kirchnerismo propone depende, por último, en gran medida, de la eficacia de la refundación kirchnerista y su afán por escindir una «nueva Argentina» de la «vieja». El **señalamiento hacia la derecha** es el signo corporal del destierro adversativo que el vaciamiento de lo polémico permitía vislumbrar. Los enemigos indeterminados que Kirchner construye en sus alocuciones («los que endeudaron la Argentina», «de quienes se endeudaron en la década del 90 y aún antes», «los que fueron símbolos intelectuales de ese endeudamiento») reciben del cuerpo presidencial el anatómico énfasis que los exilia.

La definición espacio-gestual de la nación kirchnerista está ligada a una variante gestual que el imaginario nacional liga a la figura de Juan Domingo Perón: los brazos abiertos o la **apertura de brazos**.



Ésta resulta un elemento paradigmático de la iconografía política argentina y funcionaría en el plano córpore-gestual a la manera de la “formulación-origen” de Courtine<sup>17</sup>. Podríamos denominarla *gesticulación-origen*. Consistiría en una variante gestual en la que se descubre toda una densidad de citas y remisiones, que involucran un modo particular de gestión del espacio interaccional.

La **apertura de brazos** es la resolución córpore-gestual por antonomasia de los colectivos o metacolectivos de identificación. Por medio de la apertura, Kirchner inscribe su imagen en una memoria gestual específica, que parecería homologarlo con la figura mítica de Perón. El gesto opera como signo de exposición, convocatoria y encuentro, y marca como ninguna otra variante el pasaje al universo kirchnerista. Valgan por ejemplo los siguientes:

(...) estoy tratando de que **[apertura de brazos]** *definitivamente los argentinos podamos entre todos,\** tomados de la mano, generar el proceso de reconstrucción que le dé a este país el rumbo y la identidad nacional perdida, que la tuvimos en algún tiempo y fue la alegría de nuestros abuelos y nuestros padres. (10 de febrero de 2004)

**[apertura de brazos]** *Muchísimas gracias argentinos\** por compartir este momento, y muchísima fuerza, que un futuro distinto es posible. (10 de febrero de 2004)

(...) nadie puede salvar al pueblo por sí solo, necesita la colaboración **[apertura de brazos]** *del conjunto de la sociedad,\** el sentirse ayudado y solidario. (29 de abril de 2004)

**[apertura de brazos]** *Yo les digo a todos que esta Argentina no la vamos a construir\** con la queja por la queja (...) (29 de abril de 2004)

La **apertura de brazos** resulta la institución córpore-gestual de un lazo o vínculo entre el enunciador Kirchner y su auditorio. Marca el espacio del contacto, el lugar de la identificación posible. La singularidad del líder tiende un puente al colectivo social. Lingüísticamente, podemos advertir el uso de la primera persona del singular («estoy tratando», «Yo les digo») o de expresiones que refieren a la soledad del individuo («nadie puede salvar al pueblo por sí solo») y, en contraparte, la tendencia enunciativa al colectivo «argentinos», ya sea como entidad inclusiva de identificación («los argentinos podamos entre todos», «no la vamos a construir») o como entidad más amplia, asociada a la paradesinación («Muchísimas gracias, argentinos»). Si el **encogimiento de hombros** daba cuenta de un cuerpo presidencial que se aprestaba a recibir el abrazo del pueblo, la **apertura de brazos** muestra el

---

<sup>17</sup> Para Courtine (2006:90) responden a esta noción aquellas formulaciones “en las que se descubre –bajo la inmediatez de un recuerdo, bajo la anulación de la distancia interdiscursiva que constituye los efectos imaginarios propios del discurso directo– una espesura de citas y remisiones”.



proceso inverso: un cuerpo que se vuelca a su auditorio, que procura abrazarlo, abarcarlo, contactarlo. Estamos ante un intento por performar una totalidad del colectivo social, por nombrar una «identidad nacional perdida». Una semántica de la unión recorre la dinámica del gesto: «entre todos», «tomados de la mano», «compartir», «el conjunto de la sociedad», «todos», «convivencia». Se trata de una Argentina transversal a «todas las ideas»:

**[apertura de brazos]** *Amigos y amigas de todas las ideas.\** muchísimas gracias, gracias por dar este ejemplo de convivencia, gracias por compartir este momento. (11 de marzo de 2004)

La **apertura de brazos** tiende a ser, entre otras cosas, la dinámica corporal de la culminación, aquella que refuerza la síntesis del saludo final, oficiando a modo de resumen de la intermediación. Del mismo modo que el agradecimiento y el saludo sirven como cierre de cualquier alocución, los brazos abiertos coronan la coreografía gestual del cuerpo presidencial, demostrando el sincretismo semiótico del gesto. Abrir los brazos refuerza la institución del colectivo nacional, que el dispositivo lingüístico permite observar en la relación del enunciador con las entidades de su discurso. Es el gesto afectivo de la transversalidad: la inclusión total, el abrazo extenso; el espacio de incorporación *catch at all*: totalidad en heterogeneidad. Resume el afán de prodestinación total y ofrece un cuerpo abierto al pueblo:

Sanjuaninos y sanjuaninas: muchas gracias, me han emocionado hasta las lágrimas. **[apertura de brazos]** *Les dejo mi alma patagónica y de pingüino.\** **[apertura de brazos]** *Les dejo mis brazos abiertos y me tomo de vuestras manos para luchar por una Argentina diferente y por el bien de San Juan.\** Muchísimas gracias. (25 de marzo de 2004)

La variante gestual de los brazos abiertos se constituye en el signo de una entrega, que va del locutor a su audiencia: «Les dejo mi alma patagónica y de pingüino», «Les dejo mis brazos abiertos», y de una solidaridad que nace en el pueblo y confluye en Kirchner: «...y me tomo de vuestras manos». La lucha por la identidad nacional, por una «Argentina diferente» tiene en la **apertura de brazos** el símbolo de su espacialidad. El espacio gestual de interacción organiza el vínculo entre el cuerpo presidencial y el cuerpo social e instituye en su dinámica el espacio de la nación como lugar de encuentro.

La **apertura de brazos** resulta, sin embargo, el emblema de una garantía que excede con mucho la mera definición de una espacialidad. El cuerpo presidencial, con los brazos abiertos como símbolo, determina no solamente el espacio inmediato de la nación sino además un espacio singular que la memoria gestual recupera y que podríamos designar –adelantándonos

al último capítulo— como *el espacio de la nación perdida*: la nación del bienestar, corolario peronista de los proyectos fundadores. Su condición de gesticulación-origen hace de la **apertura de brazos** una dinámica de la memoria, que alude en su espesor histórico al modo de regular el espacio de contacto que tenía Perón. La convocatoria, el diálogo, la transversalidad se tiñen con el recuerdo de una forma específica de su existencia. El carácter emblemático de la **apertura de brazos** se inscribe en el espacio no menos emblemático de la nación del bienestar. Por esa razón, su espacialización acontece como un refuerzo de la idea de recuperación:

**[apertura de brazos]** *Para recuperar la Argentina habrá que pasar\* por momentos difíciles (...)* (10 de febrero de 2004)

(...) que vamos a poner todos nuestros esfuerzos **[apertura de brazos]** *por recuperar\* la dignidad del país* (10 de febrero de 2004)

Construir la «nueva Argentina» significa para Kirchner recuperarla. La **apertura de brazos** instituye un espacio de intermediación y una memoria gestual específica del contacto directo entre el líder y su pueblo. La idea de la recuperación del país ancla el proceso de gobernabilidad en la memoria corporal de una nación que debe recuperar su «identidad nacional perdida», la de ese gesto, la de ese cuerpo presidencial. Cuando Kirchner se entrega al vínculo lo hace sobre el altar de una nación que es «esa nación», la del bienestar, la del trabajo, la de la dignidad:

(...) estoy tratando de que **[apertura de brazos]** *definitivamente los argentinos podamos entre todos,\** tomados de la mano, generar el proceso de reconstrucción que le dé a este país el rumbo y la identidad nacional perdida, que la tuvimos en algún tiempo y fue la alegría de nuestros abuelos y nuestros padres. (10 de febrero de 2004)

Quiero llamar a todos los argentinos a no caer en ningún tipo de división partidaria. Hay momentos de la historia en que nuestra bandera nos debe cobijar a todos. Debemos tener la grandeza de caminar juntos por la avenida de la patria **[apertura de brazos]** *para volver a construir esa nación\** que dé justicia, dé dignidad, dé trabajo y recupere la producción. (10 de febrero de 2004)

Recuperar, reconstruir. Abrir los brazos es espaciar una *patria*, la que fue «alegría de nuestros abuelos y nuestros padres». El discurso kirchnerista apela a una retórica nacionalista que confiera a su destinación positiva la fuerza aglutinante de una esencia identitaria. La **apertura de brazos** representa como ninguna otra dinámica gestual la configuración enunciativa del colectivo de identificación que esa esencia funda: «los argentinos podamos...», «debemos tener la grandeza...», reforzada además por expresiones del tipo «entre todos» y «juntos». Los brazos abiertos resumen, como espacio de

encuentro, una memoria gestual del «ser nacional». Abrir los brazos es trabajo, abrir los brazos es esfuerzo, abrir los brazos es dignidad:

Yo entiendo que hay muchas carencias, lucho y lucharemos por ir terminando con las carencias (...) **[apertura de brazos]** *[E]l camino es abrir los brazos\** del trabajo y del esfuerzo. (20 de febrero de 2004)

Nos va a guiar el buen sentido y la responsabilidad argentina (...) [L]a dignidad se practica no mintiéndole a la gente, la dignidad se practica trabajando, la dignidad se practica haciendo, la dignidad se practica no robando, la dignidad se practica haciendo trabajo, la dignidad se practica generando inclusión social, la dignidad se practica **[apertura de brazos]** *abriendo los brazos\** y las puertas para un país distinto. (11 de marzo de 2004)

Sin embargo, ¿qué es abrir los brazos? La **apertura de brazos** regula por lo general el poder-hacer del discurso kirchnerista, sirviendo de ordinario como énfasis corporal de su programa o como articulación entre el componente descriptivo y el componente programático que el carácter virtual de los infinitivos marca: «para recuperar la Argentina», «por recuperar», «definitivamente los argentinos podemos... generar», «para volver a construir esa Nación», «Yo entiendo que hay muchas carencias... el camino es abrir los brazos...», «Nos va a guiar el buen sentido y la responsabilidad argentina».

El espacio de la «nueva Argentina» debe entenderse como un territorio en construcción y, por lo tanto, real y virtual a la vez, necesariamente en progresión, como lo marca en el plano lingüístico una cierta noción de dirección, que puede percibirse en lexemas del tipo «camino», «rumbo», «avenida» o en predicados como «debemos tener la grandeza de caminar» o «nos va a guiar...». La **apertura de brazos** aparece como la dinámica corporal que mejor permite codificar la tensión entre el «realismo» y «los sueños», de la cual, por otro lado, está paradójicamente hecha la nación kirchnerista:

(...) yo no tengo una actitud imperativa cuando digo que vamos a pagar el 25 y vamos a hacer un recorte del 75; no es una actitud viril, de fuerza la que hago, **[apertura de brazos]** *es una actitud de la realidad argentina: juntando monedas entre todos los argentinos\** no podemos pagar más que eso. Este es el esfuerzo que debemos hacer todos nosotros. (11 de marzo de 2004)

La realidad define la relación entre la singularidad del líder y el colectivo al que se dirige y determina la eficacia identificativa del espacio de la nación. La **apertura de brazos**, que hace las veces de emblema de ese mundo ético, marca la triangulación entre el líder, el pueblo y la realidad. Ésta funciona como condición de posibilidad del contacto directo. Como dijimos en el capítulo anterior, la intermediación del discurso de Kirchner tiene por correlato un fenómeno de vínculo inmediato con el pueblo pero también de interlocución

privilegiada con la realidad. Lingüísticamente, el colectivo de identificación funda su viabilidad en la «actitud de la realidad argentina»: la primera persona del singular («Yo no tengo...», «cuando digo») logra articularse con el 'nosotros, los argentinos' («entre todos los argentinos no podemos», «debemos hacer todos nosotros») porque la realidad garantiza el esfuerzo.

Los brazos abiertos despliegan el espacio de la nación como el espacio de la «realidad argentina», y hacen de ésta el fundamento profundo de la incorporación. El líder puede garantizar en su mundo solamente aquello que la propia realidad argentina habilita. La actitud del Kirchner es la actitud de la realidad, y el programa que defiende una prescripción de lo real. El realismo se vuelve presente como valor mayúsculo de la imagen del líder: más allá de su coraje, de sus convicciones y de su sinceridad, el crédito de Kirchner es su pasión por lo real.



## CAPÍTULO 4

### LA REFUNDACIÓN

EL MUNDO ÉTHICO DEL KIRCHNERISMO:  
BIENESTAR Y GOVERNABILIDAD

#### 4.1 INTRODUCCIÓN

El espacio político de una nación confronta una instancia política y una instancia ciudadana, relacionadas por una instancia de mediación. La instancia política, en posición de conquista o de ejercicio del poder, tiende a interpelar a los ciudadanos con fines de adhesión, mientras que la instancia ciudadana cumple su papel de delegación del poder, y al mismo tiempo, ejerce un derecho de mirada sobre la acción política, instituyéndose así en posible contrapoder o en lo que Pierre Rosanvallon (2007) denomina “contrademocracia”. La enunciación política, dadas estas características institucionales, se caracteriza por dinámicas discursivas diversas que tienen por finalidad que el ciudadano se incorpore al proyecto propio con entusiasmo y reniegue de los proyectos ajenos. La construcción de imágenes de sí y de imágenes del adversario – como hemos visto en los capítulos anteriores– resulta central a tal objetivo, en tanto cada enunciador garantiza en su discurso un mundo ético de valores y convicciones desde el cual interpela a sus destinatarios.

La «refundación» kirchnerista se inscribe en la larga lista de discursos presidenciales que ha intentado definir una *frontera política* entre un pasado demonizado, que se requiere aún visible y presente, y la construcción de un futuro venturoso que emerge como la contracara *vis à vis* de ese pasado que se pretende dejar atrás.

A la luz de esta oposición, el presente capítulo tiene por objeto el estudio del carácter fundacional del discurso kirchnerista, entendido como una dimensión medular a través de la cual el enunciador se inscribe en la particular instancia política nacional, en relación de filiación con memorias discursivas de diferentes interdiscursos<sup>1</sup>. Procuraremos indagar, en primer lugar, los

---

<sup>1</sup> El concepto de memoria discursiva es utilizado para designar redes de filiación histórica que organizan lo decible, dando lugar a procesos de identificación a partir de los cuales el sujeto encuentra las evidencias que legitiman su decir. Es el espacio de los efectos de sentido que constituyen para el sujeto su realidad, en cuanto representación imaginaria (y necesaria) de su relación con el real histórico, en el cual él está inserto (Zoppi Fontana 2004:3). Las memorias discursivas operan como regímenes de enunciabilidad, matrices de inclusión y de exclusión de enunciados que determinan lo que puede o no ser dicho desde diferentes posiciones ideológicas (Vitale 2007:165). Se habla de efecto de memoria para designar la *presentificación* intradiscursiva (como presencia y como ausencia) de vestigios del interdiscurso en el que sujeto se inscribe como enunciador, y que son los resultantes de alteraciones, antagonismos y alianzas entre formaciones discursivas. Efecto de memoria es efecto de evidencia, en

mecanismos por los cuales el enunciador delimita, a partir de la refundación, espacios de memoria y espacios de olvido como esbozo proyectivo de una identidad nacional. Nuestra intención, en segundo lugar, es analizar ciertos aspectos de la búsqueda de reconstrucción de la hegemonía política en una instancia de crisis del capitalismo nacional, esto es, los modos en que la refundación actualiza vestigios interdiscursivos eficaces en la construcción de un colectivo de identificación más amplio. En tercer lugar, y a modo de corolario, nos interesa exponer los modos en que los *ethé* trabajados en los capítulos anteriores atienden al empeño en patrocinar *un* tipo de Estado determinado, *imagen expandida* del cuerpo presidencial, el «Estado promotor», cuyo significado político estribaría en: a) garantizar concurrentemente una reformulación y un corte con la figura estatal del modelo neoliberal, operando, por lo tanto, a modo de protección o parapeto social respecto de la dinámica autónoma del capitalismo; b) recordar en el imaginario nacional cierta experiencia del bienestar asociada al período peronista clásico, *representación* de una articulación exitosa y posible entre Estado, capitalismo y sociedad civil; c) legitimar un ejercicio político transpartidario o axiológico, fundado menos en la tradición partidaria que en una amalgama de valores y virtudes, verdadera base de identificación política.

El objetivo particular de este capítulo es prestar atención a los efectos de memoria como mecanismos para provocar adhesión al modo específico de inscripción del discurso kirchnerista dentro de una historia de la identidad nacional. Para ello, es preciso considerar el mundo ético con que el discurso kirchnerista garantiza el espíritu de la refundación, las imágenes de sí que el enunciador construye y los valores que la hacen digna de crédito e identificación. Nos interesa observar cómo las imágenes públicas que Kirchner despliega resultan garantes de los interdiscursos que recupera: el *ethos* militante de la memoria setentista, la imagen de hombre común que regula su ejercicio de liderazgo y oficia como aval de una axiología del bienestar, el *ethos* realista que sella el vínculo entre el discurso del bienestar y la gobernabilidad democrática, el *ethos* moderado que regula la eficacia de la transversalidad. Vale la pena advertir la forma en que la refundación y el Estado que la define se nutren de los discursos fundadores, y cómo esa asimilación es legitimada por el universo ético del kirchnerismo: el *ethos* realista del líder, que se aviene

---

tanto se presenta subrepticamente como relación única y posible con dicho real histórico. Desde esta perspectiva, puede ser tanto el retorno de lo dicho como su represión, es decir la repetición, la refutación pero también el olvido de los enunciados. Si tenemos en cuenta la definición de Jean Jacques Courtine (1981), memoria discursiva es el modo de designar el hecho de que toda producción discursiva acontece en una coyuntura dada y coloca en movimiento formulaciones anteriores ya enunciadas.

a garantizar la convivencia *natural* del capitalismo y la democracia; el ethos humano, que permite conjugar en un marco normativo positivo el funcionamiento eficaz del mercado con la calidad de vida de los argentinos.

Intentaremos demostrar, así, que los *ethé kirchneristas* hacen legítima la refundación que el discurso presidencial propone, y que son estas imágenes las que garantizan su verosímil, autorizando la continuidad del *soñar* nacional y validando el efecto de frontera entre el proyecto de la «nueva Argentina» y el modelo neoliberal.

#### 4.2 LA CRISIS, EL ENIGMA, LA IDENTIDAD NACIONAL

Los gobiernos argentinos –sea cual fuere la legitimidad de su origen y la convicción en sus aspiraciones– suelen darle un peso determinante a lo que podríamos denominar la *tópica*<sup>2</sup> nacional de la ‘promesa incumplida’: la relación inversamente proporcional entre la experiencia de una decadencia progresiva y el mito de un origen y destino gloriosos (cf. Armony 2002, 2004; Zoppi Fontana 1993).

La crisis argentina de 2001 fue, además de política e institucional, una crisis de las concepciones nacionales de identidad: ¿qué es la Argentina?, ¿qué debe ser?, ¿qué está destinada a ser?, ¿cuál es su proyecto de nación? Existe una convicción casi atávica, a guisa de naturaleza nacional, de que nuestro país está destinado a integrar el reducido conjunto de grandes Estados. Desde el proyecto liberal de la Generación del 80 hasta el ‘Primer Mundo’ menemista, el lugar común de la gran nación recorrió el ideario político argentino. “La Argentina está condenada al éxito”, resumiría categóricamente el ex presidente Eduardo Duhalde en un raptó oximorónico. Sin embargo, *lapsus* poético, el país actual habla más de la condena que del éxito. El desfase entre la grandeza que nuestra identidad presume y el deterioro progresivo que vivimos hace del futuro la topografía del país que nos merecemos. El verdadero país existiría en el futuro, y la Argentina actual se nos aparece como una versión disminuida de su destino.

La ‘promesa incumplida’ constituye el *quid* de lo que Víctor Armony (2004) llama “el enigma argentino”: ¿por qué el país nunca ha conseguido estar al nivel de sus propias expectativas? Los argentinos viven encerrados entre la

---

<sup>2</sup> Por *tópica* hacemos referencia a configuración estable formada por varios motivos que reaparece con frecuencia en determinado tipo de discursos (cf. Ducrot & Todorov 2003 [1974]:257). Según el *Diccionario de análisis del discurso* (2005:558), una *tópica* “es un sistema empírico de recolección, producción y tratamiento de la **información** con finalidades múltiples (narrativa, descriptiva, argumentativa), sobre todo prácticas, que funciona en una comunidad cuyas representaciones y normas son relativamente homogéneas. Las *tópicas* expresan una ontología popular que oscila entre lo cognitivo y lo lingüístico” (en negritas en el original).



grandeza de su pasado mítico y la grandeza de su futuro, pensando por la crisis que recorre a diario sus existencias (Armony & Armony 2005:45): en el 'granero de mundo' hay miles de personas que mueren de hambre, en el país de las 'capas medias ilustradas' las escuelas públicas se caen a pedazos. El enigma nacional no es más que la expresión de ese desencuentro, y el interrogante de esa postergación. Por un lado, condensa una narrativa del *ser nacional*: 'este país debe ser..., este país será..., este país está condenado a ser..., porque esencialmente ya lo es'. Por el otro, dispone en escena dos figuras simétricas de la ilusión creada por la idea de identidad: el proyecto y el destino, inmutabilidad y necesidad del sujeto histórico<sup>3</sup>.

La incertidumbre en torno a la identidad nacional que la 'promesa incumplida' pone en escena ha tenido un enorme peso en la configuración de los discursos políticos argentinos, hasta el punto de poder ser analizados en las épocas más diversas por su (in)eficacia para resolver tal enigma. Ante la frustración repetida y creciente de gran parte de la población, ante el agotamiento reiterado de un modelo político y económico, el deseo de comenzar todo de nuevo penetra constantemente en las fibras más hondas de la performance política. Yrigoyen, Perón, Alfonsín, Menem, Kirchner; todos ellos han tenido proyectos que movilizaron a gran parte de la población en torno a objetivos, propuestas y consignas a menudo diferentes e incluso opuestos. Pese a esto, el postulado de una ruptura absoluta, de una renovación total, ha permanecido inalterable a lo largo de los años<sup>4</sup>. La (re)fundación parece haber sido, por ello, una garantía discursiva de ese universo político original: volver a fundar la patria, perpetuar discursivamente el momento de la fundación.

#### 4.3 UNA DE LAS DOS ARGENTINAS HA DE HELARTE EL CORAZÓN...

Los aires de «refundación» kirchneristas se inscriben en la tónica de la 'promesa incumplida' y provocan una ilusión de continuidad y ruptura con la

---

<sup>3</sup> La idea de la ilusión identitaria está tomada de Étienne Balibar (en Briones 1994:115), quien afirma: "Así la formación de la nación aparece como la culminación de un proyecto en el que hay diferentes estadios y momentos para la auto-conciencia, momentos que 'calzan' en un patrón semejante de auto-manifestación de la 'personalidad nacional'. 'Proyecto' (es decir, el paso entre generaciones de una substancia invariante) y 'destino' (el concebimos como la culminación de un proceso que se ve como el único posible) son las dos figuras simétricas de la ilusión creada por la idea de identidad".

<sup>4</sup> Este afán de ruptura ha sido designado por Natalio Botana bajo el título de *regeneracionismo*. Según el autor (2006:34), el "deseo de poner a nuevo un orden injusto y además agotado, recaló constantemente en nuestro desenvolvimiento político. La esgrimió, como apuntamos más arriba, Hipólito Yrigoyen, pero también lo hizo Juan Domingo Perón. Para nuestro regeneracionismo, esta manera de concebir la política suponía una dicotomía y una voluntad de refundación. Yrigoyen anteponía 'la causa' del radicalismo a un régimen 'falaz y descreído', que se había desarrollado en el país desde, por lo menos, la presidencia de Juárez Celman; Perón confrontaba la penuria social, la entrega económica y el engaño del fraude durante 'la década infame' con la feliz instauración de una 'nueva Argentina, justa, libre y soberana'".

tradición política nacional: por un lado, la memoria de una gran nación que encuentra su origen en los «patriotas» y «padres fundadores» y su cenit en el justicialismo de Perón, y, por otro, la voluntad de un cambio absoluto que revierta las tendencias neoliberales de los últimos treinta años y recupere aunque sea en parte y *modernizado* lo más auténtico, lo más verdadero y lo más puro de la identidad perdida por la crisis social.

La «refundación» refiere en el kirchnerismo al ánimo 'fundacionalista' que Aboy Carles (2003) le adjudica a todo discurso político, en la medida en que se presenta como una ruptura radical con el pasado –que es interpelado desde la óptica hegemónica– y como la introducción de una novedad, como la fundación de un modelo nuevo o reformulación de un modelo anterior. Tres momentos discursivos –que Charaudeau asocia a la definición misma de lo político (2009:263)– parecerían caracterizar este escenario social: la descripción de una *situación juzgada desastrosa* y de la cual el ciudadano es la primera *víctima*, la determinación de la *f fuente del mal* y sus responsables, y el anuncio de la solución y de aquel que puede garantizarla. En los dos capítulos anteriores, vimos en detalle estos procesos y la conformación de un campo político en el que Kirchner se ofrecía como garante de una serie de valores (honestidad, realismo, humanidad, etc.) que la excepcionalidad de la situación prescribía, determinando un mundo ético contrario en todo a esa *forma vacía* adversativa que resultaba la «vieja Argentina». La «nueva Argentina» compendia interdiscursivamente las presencias continuistas y rupturistas que hacen al discurso de Kirchner, y define un dominio de memoria<sup>5</sup> en el que se exaltan valores que abrevan en un imaginario mítico del país (las luchas por la independencia, la fundación del Estado / Nación, la Argentina del Centenario, la Argentina peronista) y se desacreditan aquellos que hacen al más crudo neoliberalismo finisecular (especulación, exitismo, desocupación, clientelismo, exclusión social e institucional, inhumanidad, frivolidad).

La «refundación» presenta la gran paradoja de inscribirse en la historia, negándola: negándola, en el sentido de un enunciador que se sitúa imaginariamente fuera del tiempo, que representa ese tiempo como si fuera una narración (Zoppi Fontana 1993:133). El modelo de la llegada no sería, después de todo, más que un énfasis necesario de esa exterioridad. El carácter fundacional de un discurso resulta del efecto de sentido producido por la transmutación de la dimensión temporal del acontecer histórico en mera

---

<sup>5</sup> Un dominio de memoria implica enunciados en filiación, génesis, transformación, continuidad y discontinuidad históricas, es decir derivaciones para el acontecimiento que irrumpe, de sentidos ya fijados en memorias discursivas.

representación del tiempo. Dentro del kirchnerismo, la cifra de ese gesto fundacional es la idea de «cambio»:

**Cambio** es el nombre del futuro (25 de mayo de 2003)

En esas condiciones, debe quedarnos absolutamente claro que en la República Argentina, para poder tener futuro y no repetir nuestro pasado, necesitamos enfrentar con plenitud **el desafío del cambio**. (25 de mayo de 2003)

**Cambio profundo** significará dejar atrás la Argentina que cobijó en impunidad a genocidas, ladrones y corruptos mientras condenaba a la miseria y a la marginalidad a millones de nuestros compatriotas. (25 de mayo de 2003)

Por un lado, el «cambio» parece erigirse en el discurso presidencial en relación con metáforas espaciales («dejar atrás») y bélico-deportivas («enfrentar... el desafío»), construyendo una noción de cambio ligada al movimiento y el enfrentamiento y mostrando un liderazgo a la vez realista («debe quedarnos absolutamente claro», «necesitamos», «significará») y potente («enfrentar con plenitud el desafío»). Por otro, tiende a darle a la «refundación» la imagen de un nacimiento:

Se trata, entonces, de **hacer nacer** una Argentina con progreso social... (25 de mayo de 2003)

Cambio profundo es la Argentina que **comenzamos a parir entre todos**. Un país que recupera su orgullo y recompone su autoestima y su nacionalidad. Una Patria que no nos avergonzará y se animará a defender con dignidad pero con racionalidad la que será su suerte. (1 de marzo de 2004)

La virtualidad de «hacer nacer» y «parir» confieren a la «refundación» la perspectiva de un nuevo «ser nacional» que, sin embargo, se nos presenta a poco como el regreso a una identidad nacional preexistente: «recupera su orgullo», «recompone su autoestima y su nacionalidad».

Más allá de las metáforas en uso, el «cambio» se representa invariablemente como el producto de un esfuerzo: movimiento, desafío, parto, y no como el resultado de una inspiración altruista, un acto mágico o un deseo. El esfuerzo resume la lucha que el kirchnerismo plantea:

Estamos ante una Argentina que lucha por nacer y una Argentina que agoniza y lucha por volver. (11 de diciembre de 2003)

Estamos entre **una Argentina que nace y una Argentina que agoniza**. Debemos **sepultar** definitivamente un **modelo** político y económico (...) (11 de diciembre de 2003)

Hay **una Argentina residual**, destruida por las huellas de lo que nos pasó, la que queremos superar. Y está **la Argentina de nuestros**

**sueños**, la que queremos construir, la que estamos construyendo.  
Ese debe ser el **Proyecto Argentino**. (1 de marzo de 2004)

La lucha entre «una Argentina que nace» y «una Argentina que agoniza» es el fondo sobre el cual Kirchner se inscribe en el colectivo de identificación 'nosotros, los argentinos' («Estamos...», «Debemos...», «lo que nos pasó...», «la que queremos superar», «la que queremos construir...»). La imagen del nacimiento que acompaña la «refundación» tiene su anverso en la imagen del entierro («Debemos sepultar...») que define la relación entre el colectivo y un modelo político cuya doctrina el enunciador engloba en la metáfora de la «vieja Argentina». El predominio del componente descriptivo («Estamos...», «Hay una Argentina residual... Y está la Argentina... la que estamos construyendo»), acentuado por preposiciones del tipo «ante» y «entre» que colocan al enunciador en una relación de exterioridad respecto de la situación, hace del líder un hombre con la real dimensión de lo que está en juego y, al mismo tiempo, le confiere a su deber («Debemos...», «Ese debe ser...») y su poder («la que queremos superar», «la que queremos construir») el tono realista de una situación excepcional.

Las dos Argentinas no son dos momentos diferentes de un mismo proyecto, ni el pasaje de un modelo a otro. Son formas nominalizadas con una cierta autonomía semántica respecto del contexto discursivo, que operan como fórmulas relativamente aisladas y que tienen por función simbolizar en oposición el mundo ético del enunciador («la nueva Argentina») y el mundo ético de sus contradestinatarios («la vieja Argentina»). Como dijimos en el primer capítulo, la «Argentina que nace» es la patria de la prodestinación y la garantía de futuro, mientras que «la Argentina que agoniza» resume la pluralidad posible de adversarios políticos del «Proyecto». Todo contradestinatario en el discurso kirchnerista establece una relación de contigüidad con el viejo modelo y se torna un indicio de su «lucha por volver». Los paradestinatarios, en cambio, deben decidir entre integrarse a la «nueva Argentina» o formar parte del «paisaje» de una Argentina que ya no es más el país de los argentinos sino el de sus enemigos.

Por «vieja Argentina» el discurso kirchnerista entiende el «proyecto político» del último cuarto de siglo. El país de los enemigos, la «Argentina que agoniza», representa un «modelo político y económico» que fue impuesto por la última dictadura militar, que alcanzó su plenitud durante el menemismo y que tuvo su colapso en 2001:

(...) quería compartir la puesta en marcha de este parque industrial que tiene un símbolo profundo para dejar atrás esa **vieja Argentina**

que hasta hace muy poco tiempo **martirizó** a todos los argentinos en el marco de la conducción y el proyecto político que tuvo este país lamentablemente **de manera fundamental en la última década del 90, pero que se inició en el marco de 1976 hasta la explosión del 2001.** (21 de agosto de 2003)

La experiencia colectiva del martirio que el discurso kirchnerista liga con «esa vieja Argentina» es un modo de consumir la paradesinación: el enunciador se dirige a «todos los argentinos» en nombre de la memoria, buscando un contrato en el orden del saber. El recuerdo es una forma de la interpelación, y el relato histórico cobra la dimensión de un compromiso que el pronombre «esa» no hace más que actualizar en la presuposición de lo ya conocido. La recuperación de la historia está siempre asociada a la legitimación del enunciador. La memoria tiende a colocar a los argentinos en la situación de víctimas («martirizó») y a generar desde ese lugar las bases para lo que Kirchner denomina en su discurso de asunción la «simbiosis histórica»:

Sabemos que los compromisos de reconstruir la justicia y una Argentina para todos los argentinos no es tarea fácil, pero estamos absolutamente comprometidos y decididos a hacerlo con el trabajo cotidiano y con la fuerza de todos los días, con ese viento del frío y del Sur y con esa potencia espiritual de todos los argentinos para ver si en esa **nueva simbiosis** volvemos a **reconstruir** esa potencialidad, ese **gran marco que tuvo siempre** la Argentina para poder darse a sí misma el tiempo que como **argentinos nos merecemos.** (25 de mayo de 2003b)

El sintagma resume de alguna manera lo que en el segundo capítulo denominamos la *triple destinación de la Historia* en el imaginario kirchnerista: la confluencia de los idearios peronista, democrático y latinoamericanista, que hacen de la «refundación» una «oportunidad histórica». La «nueva simbiosis» recupera todo aquello que constituye la tónica nacional de la 'promesa incumplida': «esa potencialidad», «ese gran marco», la Argentina que «como argentinos nos merecemos», y que resulta funcional a la reconstitución simbólica de la pertenencia a una nación.

La apuesta por la «simbiosis» redonda en una doble estrategia: por un lado, confronta pasado y futuro, origen y destino; por otro, articula el espíritu de la «refundación» con el mundo ético kirchnerista. Al confrontar lo que Balibar llama "las dos figuras simétricas de la ilusión", el discurso presidencial hace de su tiempo el momento de la venida de la Historia a reunirse con el «futuro», en tanto éste se nos presenta como un *pasado postergado* por la «vieja Argentina». La «refundación» implica asimismo una nueva axiología, que comulga con los valores positivos del universo ético kirchnerista: la convicción («estamos absolutamente comprometidos y decididos a hacerlo»), «el trabajo

cotidiano», «la fuerza de todos los días», el esfuerzo («no es tarea fácil») y el realismo («sabemos», «el trabajo cotidiano») integran el espacio de la reconstrucción («reconstruir») que el enunciador legitima con su imagen pública. La Argentina de Kirchner es tan seria, normal y justa como su líder:

Vengo a proponerles un sueño: quiero una Argentina unida, quiero una Argentina normal, quiero que seamos un país serio, pero, además, quiero un país más justo. (25/05/03)

Los valores positivos de la «Argentina de nuestros sueños» recuperan la axiología que el mundo ético kirchnerista garantiza como signo del «cambio»: la «Argentina unida» del líder moderado, la «Argentina normal» del hombre común, el «país serio» del hombre realista, el «país más justo» del hombre honesto.

#### 4.4 LOS SUEÑOS, EL BIENESTAR

La «refundación» kirchnerista se inscribe en el relato nacional a partir de la recuperación discursiva como *deixis* fundadoras<sup>6</sup> de dos momentos fuertes de la historia argentina: el de la *organización* decimonónica y el del *bienestar*, que legitiman con su presencia la vocación de «cambio» del enunciador. En primer lugar, el tiempo de la organización del Estado / Nación cuyo símbolo máximo sería la Generación del 80, y el tiempo de la llegada de grandes masas inmigratorias de origen europeo. Se trata de la etapa de los «patriotas fundadores» (25/05/03), los «pioneros» (25/05/03) y los «abuelos inmigrantes» (08/08/03)<sup>7</sup>. En segundo lugar, lo que podríamos denominar la *Patria Peronista*, el momento de incorporación de la ingente masa obrera al Estado nacional (cf. Murmis & Portantiero 2004). Si el valor de la primera puede entenderse bajo la óptica de aquellos rasgos que definirían en gran medida la fisonomía de la Argentina moderna, la *deixis* del bienestar debe interpretarse a la luz de lo que ésta significa en el discurso de Kirchner: la realización plena de la grandeza

---

<sup>6</sup> Denominamos ‘*deixis* fundadoras’ –siguiendo la propuesta de Maingueneau (1987:29)– a las situaciones de enunciación anteriores que la *deixis* actual utiliza para la repetición y de la cual obtiene buena parte de su legitimidad. La inscripción elocutiva en los vestigios de otras *deixis*, cuyas historias se instituyen o captan a favor, resulta una condición primordial del enunciador para enunciar de forma legítima.

<sup>7</sup> La continuidad de estas *deixis* fundadoras puede ser pensada en un lapso temporal incluso mayor: las inmigraciones masivas que comenzaron a fines del siglo XIX y se extendieron hasta las primeras décadas del siglo XX fueron el resultado de una política inmigratoria diseñada por los propios «patriotas fundadores». El “Gobernar es poblar” de Juan Bautista Alberdi tendría aquí todo su sentido. Al mismo tiempo, esa política estuvo anclada en una concepción por lo menos generosa de la grandeza argentina, que expresiones como el “granero del mundo” o “la Francia de América” no hacían otra cosa que evidenciar. El tiempo de los fundadores y los pioneros fue también el tiempo de *soñar una gran Nación* porque se trataba de *realizar su grandeza*. En este sentido, toda (re)fundación de la Argentina supone administrar con criterio esas riquezas naturales y humanas, en pos de concretar el destino soñado cuya incertidumbre no aparece más que como una postergación.

que la fundación patria auguraba, luego truncada por el modelo político y económico que la «vieja Argentina» al cabo representa.

La «refundación» articulará en el discurso kirchnerista ambas filiaciones, a partir de un vínculo productivo entre los efectos de memoria del discurso de la organización nacional (abundancia, grandeza, potencialidad) y del discurso del bienestar (derechos sociales, presencia estatal, pleno empleo). De la singular confluencia, el kirchnerismo extrae su solución histórica: el «país que nos merecemos» es el que alguna vez tuvimos y «fue la alegría de nuestros abuelos y nuestros padres» (10/02/04):

Vengo, en cambio, a proponerles un sueño: **reconstruir nuestra propia identidad como pueblo y como Nación**; vengo a proponerles un sueño que es la construcción de la verdad y la Justicia; **vengo a proponerles un sueño que es el de volver a tener una Argentina con todos y para todos**. Les vengo a proponer que recordemos **los sueños de nuestros patriotas fundadores y de nuestros abuelos inmigrantes y pioneros, de nuestra generación** que puso todo y dejó todo pensando en un país de iguales. Pero sé y estoy convencido de que en esta simbiosis histórica **vamos a encontrar el país que nos merecemos los argentinos**. (25 de mayo de 2003)

La serie «patriotas fundadores», «abuelos inmigrantes y pioneros» y «generación» marca en el discurso kirchnerista la homologación atemporal de los «sueños» y su progresiva aunque parcial realización histórica. Por un lado, los «sueños» de la gran nación integran un relato que nace con los patriotas fundadores, organiza el horizonte de expectativas de los inmigrantes y pioneros y alcanza su impronta socialista con el «país de iguales» de la generación setentista. Por otro lado, esta militancia aparece no sólo como la heredera de esos «sueños» sino además como la culminación efectiva del proyecto ideado en los albores de la patria y cuyo exponente último y máximo fue el peronismo. La tónica de la 'promesa incumplida' se actualiza como una realidad devastada. Para el discurso de Kirchner, la Argentina «que nos merecemos» no es la que existe puramente en el origen o en el destino de grandeza sino la que existió realmente alguna vez y ahora debemos hacer de vuelta:

(...) pongamos nuestro esfuerzo y **hagamos de vuelta una gloriosa, una gran nación** que nos contenga a todos los argentinos. (26 de julio de 2003)

El kirchnerismo encarna en su discurso la 'promesa incumplida' porque fue su generación la que estaba destinada a cumplirla. Éste es el centro neurálgico de la postergación que representa y de la clausura que realiza. Luchar por la identidad argentina significa soñar una reconstrucción identitaria,

soñar la vuelta a una Argentina «con todos y para todos», recordar los sueños de patriotas, pioneros y militantes setentistas<sup>8</sup> y encontrar, por ende, la Argentina merecida. La presencia de estos preconstruidos<sup>9</sup> muestra a las claras los efectos de memoria del discurso kirchnerista al momento de inscribirse en la tradición política argentina. Como discurso de «refundación», el kirchnerismo está configurado por tres metáforas, la de la *fundación*, la del *sueño*, la de la *pérdida*, que son a su vez efectos de dos discursos, el de la organización nacional y el del bienestar. Veamos los siguientes fragmentos:

Amar nuestra bandera es terminar definitivamente con la mezquindad de la pelea política corta, para volver a **refundar nuestra querida Patria y honrar a nuestros abuelos, a nuestros pioneros, a nuestros patriotas y a todos aquellos que dejaron y dieron su vida** por consolidar una Argentina con justicia y con equidad. (20 de junio de 2003)

Así, paso a paso y sin descanso, paso a paso, día a día; así como el pueblo argentino, los empresarios, los trabajadores, los estudiantes, con todos, **iremos modelando la nueva Argentina que soñaron nuestros abuelos, nuestros pioneros, inmigrantes y tozudos**. (18 de noviembre de 2003)

Nosotros queremos una Argentina integrada y solidaria, queremos realmente demostrarnos a nosotros mismos, demostrarles a todos los argentinos y al mundo entero que este país **se puede volver a reconstruir**, que en esta Argentina podemos **recuperar** los valores perdidos, que en esta Argentina podemos recuperar las cadenas de la solidaridad, que en esta Argentina podemos recuperar las instituciones, que en esta Argentina **podemos recuperar la equidad, la justicia y la dignidad perdida** por muchos motivos. **Perdida porque es un país que se fue construyendo hace 30 años desde el punto de vista económico con un marco estructural absolutamente injusto**, perdida porque hubo una dirigencia a la que le ha faltado coraje y valor -a alguna parte de esa dirigencia- para tomar las determinaciones que hay que tomar. (27 de junio de 2003)

Queremos un país estable, un país con competitividad, un país con inclusión social, en suma, queridos amigos, queremos **un país con producción, trabajo, crecimiento económico y justicia social**. Esa es la Argentina que nosotros **soñamos** construir. (28 de mayo de 2003)

**Recuperar el progreso social y la perdida movilidad ascendente, recuperar la producción, el trabajo, generar riqueza y distribuirla con justicia**, son bases fundamentales para **construir una nueva y gloriosa Nación** que hoy nos convoca. (29 de mayo de 2003)

<sup>8</sup> Un dato importante del contexto –explica Julio Godio (2006:39)– es que sobre doce ministros, diez tenían al momento de la asunción una edad comprendida entre los 48 y los 55 años, y sólo dos superaban los 60 años (Ginés González García y Roberto Lavagna). El gabinete, por lo tanto, expresaba desde su promedio etario un cambio generacional. Sin embargo, huelga decirlo, cuatro de los miembros claves del Gabinete integraban el gobierno provisional de Duhalde: Roberto Lavagna (Economía), Aníbal Fernández (Interior), José Pampuro (Defensa) y Ginés González García (Salud).

<sup>9</sup> Por preconstruido entendemos la huella en un enunciado de un discurso anterior. Éste genera una sensación de evidencia por cuanto ‘ya fue dicho’, habiéndose olvidado quién era su enunciador (cf. Pêcheux 1975).



Las metáforas de la fundación («refundar», «nueva Argentina», «volver a reconstruir», «construir una nueva y gloriosa Nación») y el sueño («soñaron nuestros abuelos...», «esa es la Argentina que soñamos construir») están atravesadas en el discurso kirchnerista por la metáfora de la pérdida que la semántica de la recuperación presupone: «recuperar los valores perdidos», «recuperar las cadenas de la solidaridad», «recuperar las instituciones», «recuperar la equidad, la justicia y la dignidad perdida», «recuperar el progreso social y la perdida movilidad ascendente», «recuperar la producción, el trabajo». Estas metáforas se articulan con significantes propios de la organización nacional (la apelación constante a entidades del imaginario social como «nuestros pioneros» y «nuestros patriotas») y del bienestar («producción», «trabajo», «progreso social», «justicia social», «movilidad ascendente»), dando por resultado una redefinición de la tópica de la 'promesa incumplida': la Patria del bienestar fue la realización de la promesa fundacional, destruida luego por «un país que se fue construyendo hace 30 años desde el punto de vista económico con un marco estructural absolutamente injusto».

El ethos presidencial oficia como garante de este mundo ético en el que los valores míticos de la organización nacional se engarzan con valores heredados de la tradición justicialista, dando por resultado un *sueño realista*: soñar con volver a ser lo que alguna vez fuimos. La continuidad de «los sueños» desde los padres fundadores hasta la generación setentista a la que el gobierno se adscribe tiene su correlato más acabado en la Patria del bienestar. La Argentina que «soñamos construir» es un país en el que los valores positivos remiten mayormente al imaginario justicialista de Perón: realismo, trabajo, justicia social, heterodoxia (o transversalidad), fortaleza, solidaridad, un cierto nacionalismo.

Las imágenes de sí de Kirchner ofrecen a la axiología de la «refundación» un legítimo aval, que los interdiscursos ayudan a sostener: ser garante de la «Argentina de los sueños» habilita al enunciador a inscribirse en un relato histórico de la nación como continuador de los proyectos de la fundación y del bienestar, a la altura de los grandes estadistas de la patria. El discurso de la organización nacional y el discurso del bienestar se constituyen, en tanto memorias discursivas, como discursos fundadores de la enunciación kirchnerista<sup>10</sup>. Son presencias interdiscursivas que otorgan a Kirchner por su

---

<sup>10</sup> Acerca de los discursos fundadores, Eni Orlandi (en Mariani 1998:41) afirma que son discursos que, en relación a la historia de un país, funcionan como referencia básica en su imaginario constitutivo. Son espacios de identidad histórica, memoria temporalizada, que se presenta como institucional y legítima. Desde esta perspectiva, podría decirse que existe en el imaginario argentino un antes y un después del proyecto peronista. De ahí que el peronismo pueda articularse como discurso fundacional para el discurso

filiación una prueba mnemónica de legitimidad<sup>11</sup>, produciendo, como efectos necesarios, las metáforas de la fundación y los sueños y también la metáfora de la pérdida, base de un discurso que debe y se debe *refundar* en la paramnesia de un futuro.

La metáfora de la fundación repite dentro del discurso kirchnerista la relación de negación absoluta con el pasado inmediato, considerado como la causa de todos los males, y de afirmación del origen mítico de la nación, como reservorio de la pura potencia. La fórmula de «la nueva Argentina» aparece como una manera de resolución imaginaria en la disputa por establecer lazos de continuidad o puntos de ruptura con el pasado, cuya imagen es construida en el discurso retrospectivamente por el mismo movimiento argumentativo por el cual se asienta la ‘fundación’ y se crea futuro (Zoppi Fontana 1993:141). Esta forma de resolución no es definitiva ni es única en el discurso kirchnerista. Es una escisión y a la vez una sutura con el pasado. Escisión, porque instituye una relación polémica con ese pasado que es en definitiva otro, apariencia de puro objeto; sutura, porque esa relación no mengua la vocación transversal y universalista de su discurso. Repetir la ‘Argentina de la fundación’ en una deixis fundacional implica procurar repetir su verdad política de origen absoluto y pura potencia: al mismo tiempo, renegar del pasado inmediato y subordinar su presencia amenazante a una sintaxis propia que, por otro lado, es en sí misma otra porque está en relación de dependencia con el mito original.

La metáfora de los sueños, por su parte, recupera también la idea mítica de la omnipotencia nacional: el origen *ex nihilo* se desarrolla como pura potencia, y su poder-hacer instituye sobre la nada un espacio de *soñar* absoluto. La «gran nación» que el discurso kirchnerista recrea como *soñar* compartido evoca un «destino de grandeza» (19/08/03b) y una experiencia colectiva ya compartida: la Patria peronista. La reconstitución simbólica de la argentinidad alcanza en el kirchnerismo un *soñar* mítico y una memoria de época, cobrando fuerza como en los discursos fundadores complementarios.

La metáfora de la pérdida es la que fija en un escenario preciso el carácter real de la fundación y los sueños, al ligarlos eficazmente con una

---

político argentino, como un discurso institucionalizado en su propio conflicto y, por tanto, plausible de ser *presentificado* como constitutivo de una identidad nacional, aun cuando esta presentificación no sea más que una polémica reducida al capricho de un ejercicio unilateral. En una entrevista para el matutino *Página/12*, Daniel Link exponía, en referencia a la persistencia de un imaginario peronista en la literatura argentina, una idea paralela a la aquí expuesta: “Es prácticamente imposible prescindir, en términos de una concepción o una definición de lo político, del imaginario del peronismo. El imaginario político argentino coincide con el peronismo, por adhesión o por rechazo” (Link 2008).

<sup>11</sup> Hacemos referencia a la memoria colectiva en los términos en que la define Alberto Rosa (2006:45-6) como “todo un imaginario que hace resonar en cada uno los mismos significados, las mismas sensaciones, lo que nos permite vivir en el *nosotros*, distinguiéndonos de los *otros*”.

memoria del bienestar. Ésta funciona como anclaje del discurso de la organización nacional y actualiza la potencia original en la crasa mitología del peronismo: la Argentina que perdimos es la Argentina del bienestar, y esa Argentina fue la encarnación trunca de los sueños<sup>12</sup>. Al delimitar dominios de la memoria, que resultan, en suma, escenografías de un nosotros, Kirchner no sólo recupera una Argentina mítica asociada a la organización del Estado moderno nacional, sino que se inscribe también en otra Argentina mítica, que es la Patria Peronista<sup>13</sup>. Ésta fue la Argentina de los sueños y la encarnación provisoria, por ende, de la mismísima identidad nacional. De allí que la Argentina soñada, la Argentina merecida, la Argentina del futuro sea a la que hay que volver:

Sé que con ustedes vamos a ir construyendo lo que nos dijeron que no se podía construir aquellos que nos decían que la Argentina tenía que vender todo, **que tenía que dejar de ser ese gran país industrial, del trabajo nacional, que es lo que nosotros tenemos que volver a construir con todas nuestras fuerzas.** (3 de julio de 2003)

Tenemos que **volver a planificar y ejecutar obra pública en la Argentina...** (25 de mayo de 2003)

Queremos recuperar los valores de la solidaridad y la justicia social (...) (25 de mayo de 2003)

En materia de equipamiento, se aprobó el contrato con Lockheed Martin Argentina de concesión para el mantenimiento de **la flota de aviones y desarrollo del avión Pampa**, concretando la creación de un polo tecnológico aeronáutico, disponiendo la aplicación del sistema "Compre Trabajo Argentino", **retornando nuestro país a un mercado de tecnología de punta.** (1 de marzo de 2004)

Nuestra economía debe orientarse centralmente a crecer y **reinstalar la movilidad social ascendente que caracterizó a la Argentina.** (1 de marzo de 2003)

(...) veo los carteles de las distintas organizaciones y veo a los trabajadores argentinos con ganas y con fuerzas para empujar a la Argentina para adelante y sé que nuevamente, **como en aquellos tiempos**, los trabajadores argentinos van a ser el corazón vivo del crecimiento de la Patria. (22 de diciembre de 2003b)

---

<sup>12</sup> Esta superposición entre la Argentina de los sueños y la Patria Peronista conforma gran parte del imaginario popular en torno al *Welfare State* de Perón. En palabras de Juan Carlos Portantiero (en Natanson 2004:46), "El peronismo, en el imaginario popular, se sustenta en que fue la forma histórica que encontró la Argentina para crear una sociedad más justa".

<sup>13</sup> En una entrevista para *Página/12*, Ernesto Laclau (2005) responde en este sentido acerca de la pregunta si el kirchnerismo intenta recuperar el discurso del peronismo histórico: "Hay un intento de construir un discurso político alrededor de ciertos significantes centrales que vienen del '45, como 'Patria' y 'Pueblo'. Pero el país ha cambiado mucho desde entonces".

La semántica de la «refundación» alude en el discurso kirchnerista al imaginario del peronismo histórico, haciendo del «cambio» una suerte de restauración. Verbos como «recuperar», «reinstalar», «reconstruir», frases verbales como «volver a construir», «volver a planificar», gerundios como «retornando», adverbios de modo como «nuevamente» o comparaciones del tipo «como en aquellos tiempos» marcan la particularidad de su «simbiosis histórica». El proyecto de Kirchner es recuperar «ese gran país industrial», con «justicia social», con «movilidad social ascendente», con «un mercado de tecnología de punta», con aviones Pampa, con «trabajadores argentinos», que no es otro que la Argentina peronista del bienestar.

Los «valores» que Kirchner reivindica configuran un mundo ético en el que el imaginario peronista cobra una importancia central. El trabajo, la honestidad, la humildad, la justicia social, la dignidad, el esfuerzo, el contacto directo se constituyen en referentes del universo de la «refundación». El retorno a la Argentina del bienestar que el enunciador propone es garantizado por el ethos mismo del líder, quien ofrece de sí la imagen ya no de un elegido o de un profeta sino la de un hombre común capaz de legitimar con su trabajo cotidiano, su honestidad, su humildad y sus sentimientos la axiología que su programa reclama. La fuerza («con todas nuestras fuerzas», «con ganas y con fuerzas para empujar») y la tenacidad («lo que nos dijeron que no se podía construir...») confieren a este universo el grado de realismo y seriedad que la frivolidad de los elegidos y las jugadas salvadoras de los profetas no ofrecieron.

La convocatoria del kirchnerismo es a construir un futuro que fue postergado, un futuro que de no ser hubiera sido<sup>14</sup>, y que la inscripción generacional del enunciador representa en la continuidad de los sueños desde la fundación nacional hasta la 'Patria Socialista'<sup>15</sup>. Ir a la Argentina del futuro es

---

<sup>14</sup> Kirchner considera que la última dictadura militar significó una ruptura total con la etapa del peronismo clásico (1945-1974). Semejante posición *olvida*, sin embargo, la coherencia entre la doctrina de la "Nación en armas" del último gobierno peronista y la "Doctrina de la Seguridad Nacional" del Proceso. Como lo advierte León Rozitchner en *Perón: Entre la sangre y el tiempo* (2000:58): "Con el correr del tiempo y el incremento de la resistencia popular la doctrina de la 'nación en armas' pasará de la hipocresía al cinismo: se convertirá en doctrina de la 'seguridad nacional'. El enemigo exterior será suplantado directa y claramente por el propio pueblo a reprimir convertido explícitamente en enemigo interior. Perón es el primero que plantea el problema de la seguridad nacional: como 'política', para obtenerlo por las buenas o como 'guerra', para obtenerlo por las malas. La política militar, y el terror, no hacen sino prolongar lo que estuvo presente en él desde la fuerza militar".

<sup>15</sup> La letra del *Himno de la victoria*, publicada en el número 2 de *El Descamisado*, permite apreciar cómo se borran las fronteras entre la Patria peronista y la Patria Socialista, y cómo la Patria Socialista se resuelve como el colofón necesario del peronismo:

"Hasta que el sol partido en una hostia  
se nos entre por la boca y proclamemos  
a la tierra nuestra Patria Socialista  
a la tierra nuestra Patria Peronista

volver a la Argentina anterior al último golpe militar: una Argentina de intelectuales, trabajadores y estudiantes, una Argentina donde los hijos estaban mejor que los padres:

(...) **volver a esa Argentina** en la que admirábamos y mostrábamos a nuestros intelectuales, a nuestros trabajadores y a nuestros estudiantes. Yo sé que **esa Argentina es** la Argentina del futuro". (25 de noviembre de 2003)

Yo sé que vamos a seguir trabajando para el crecimiento global de todo el país y también sé que hay muchos hermanos que están sin trabajo, pero no podemos salir de un día para otro y vamos a estar solidariamente acompañándolos hasta que consigan trabajo, ese trabajo digno que les permita reconstruir sus familias y **pensar como pensábamos en aquellos tiempos del General**, cuando **sabíamos que nuestros hijos iban a estar mejor que los padres**. Esa es la sociedad que nosotros queremos. (22 de diciembre de 2003b)

La 'pasión restauradora' que el kirchnerismo expresa se manifiesta en la preeminencia del orden del saber que regula la configuración del «futuro» como escenario colectivo nacional<sup>16</sup>. Los casos reiterados de pronombre demostrativo 'ese/a', que indican la referencia a una memoria compartida («Esa es la sociedad que nosotros queremos», «esa Argentina», «ese trabajo digno»), la presencia recurrente del verbo 'saber' («Yo sé», «también sé», «cuando sabíamos»), que da cuenta del valor de lo predecible en un discurso de post-crisis, la nostalgia explícita del período peronista («en aquellos tiempos del General») organizan una matriz de previsibilidad que intenta dotar al proyecto presidencial de una imagen de seriedad que la democracia adeudaba desde su recuperación en la post-dictadura.

La previsibilidad funciona en el kirchnerismo como un operador de interpretación con gran poder explicativo (Verón 1987b:19), que tiende a garantizar un horizonte de expectativas colectivo en el que la crisis sea tan solo un mal recuerdo. El crédito que la memoria del bienestar concede al proyecto de la «refundación» hace de Kirchner un líder realista y trabajador («no podemos salir de un día para el otro», «vamos a seguir trabajando») con la envergadura de Perón, en un período de excepcionalidad nacional<sup>17</sup>. La

---

a la tierra nuestra Patria Libre, Justa y Soberana”

<sup>16</sup> Por 'pasión restauradora' hacemos referencia a una expresión de la investigadora Alicia Entel (2006), para quien después de la experiencia límite de comienzos de siglo heredada de la crisis de 2001 podía advertirse un anhelo de los actores sociales por “volver a una especie de orden”, por “volver a la normalidad”.

<sup>17</sup> Para Laclau (2005) “la situación de Kirchner como líder político es mejor que la que tuvo Perón durante toda su carrera por el hecho de que Kirchner está moviéndose dentro de un sistema institucional mucho más estable que el que conoció el peronismo histórico. En 1945 la sociedad había sido desintegrada por 15 años de dominación oligárquica. No había una práctica política democrática en ningún sentido. (...) Cuando nuevamente logra llegar al poder en 1973, el movimiento está tan fragmentado y dividido entre grupos rivales que era muy difícil establecer un sistema institucional

seriedad que el ethos kirchnerista avala se resuelve como una condición *sine qua non* de la previsibilidad, mientras que la presencia interdiscursiva del peronismo confiere a la fábula de todo futuro la garantía histórica de un pasado más justo.

La «Argentina de los sueños» y la «Argentina que nos merecemos» convergen dentro del kirchnerismo en la Argentina del bienestar:

**La industrialización en base a la sustitución de importaciones resultó un proyecto** que puso al país en marcha tras ese objetivo y produjo sus frutos. **Los proyectos que le siguieron sólo se abocaron al desguace del modelo de bienestar** que había acompañado a aquella incipiente industrialización. Durante el siglo pasado hemos invertido más tiempo en destruir lo hecho y en enfrentarnos internamente que en la construcción de un proyecto que atendiera a nuestra situación particular así como a los fenómenos que caracterizan la realidad mundial. (01 de marzo de 2004)

El «modelo de bienestar» sugiere en el discurso kirchnerista no meramente un patrón económico («la industrialización en base a la sustitución de importaciones») sino además una conducta política y cultural (un «país en marcha» tras un objetivo), un transversalismo *avant la lettre*, que contrasta con los enfrentamientos internos que caracterizaron a los proyectos políticos posteriores. La memoria del buen pasar económico y la heterodoxia política son ecos de la noción de bienestar que el kirchnerismo recupera en su favor: de un lado, «el consumir y vivir mejor» (01/03/04); del otro, la interpelación al colectivo nacional, que una entidad singular como «el país en marcha» presupone en su imposibilidad de fragmentación. El fin de la «postergación» (11/12/03) que la «refundación» kirchnerista expresa obra tanto en lo económico como en lo político. El avasallamiento de la «generación» del enunciador fue, de algún modo, la postergación de la realización del sueño cuya continuidad el propio discurso presidencial había destacado, y esa postergación fue ya no la de un destino de grandeza sino la de una realidad tempranamente provisoria<sup>18</sup>.

---

relativamente sólido. El kirchnerismo hoy cuenta con posibilidades de las que el peronismo histórico nunca gozó”.

<sup>18</sup> Tomando en cuenta la lectura que hace Rozitchner (2000) de la experiencia peronista, esta interpretación de la postergación resultaría cuanto menos falaz. Vale pensar cómo esa realidad postergada no fue otra cosa que una postergación de lo real, dicho esto en un sentido psicoanalítico. Según Rozitchner, la postergación es, por definición, la única realidad para el pueblo: su destino (y, por ende, el de la aquí llamada Patria Socialista) es la postergación. O tiempo o muerte, esas son sus opciones. Dicho esto, la postergación del peronismo no es más que aquello que el peronismo había postergado: la violencia que viene a resolver aquello que la política ya no puede resolver pacíficamente, la explotación del pueblo.

La postergación de los sueños de la generación kirchnerista («nuestra generación») es un corolario de la postergación de los sueños de la Argentina como nación. El enunciador establece una filiación entre los sueños de los «patriotas fundadores», los «pioneros» y su «generación». Sueños que pueden sintetizarse en la vuelta a un «modelo de bienestar»; vuelta que es, por supuesto, memoria *mítica* de ese bienestar<sup>19</sup>. En la herencia soñadora de esa «generación», el enunciador conjuga una nación postergada con una generación postergada; de allí que su asunción signifique no solamente una «refundación» (un nuevo comienzo) sino además una conclusión, el fin de una postergación generacional. El discurso kirchnerista articula de esta forma dos narraciones que hasta entonces habían operado en programas separados, generando un mutuo reenvío y reforzamiento: si la generación de los setenta ha sido el último eslabón de un ‘soñar nación’ común, nacido al calor de los «patriotas fundadores» y los «pioneros»; la postergación de la nación soñada ha sido el resultado de la postergación de *su* «generación». «Refundar» la Patria significa poner fin a una postergación, tanto como el fin de esa postergación significa una «refundación» final.

#### 4.5 KIRCHNER EVITA LA PATRIA SOCIALISTA

La «postergación» nos hace tomar en consideración otro elemento del discurso de Kirchner. Si hasta el momento teníamos en cuenta las memorias de la organización nacional y el bienestar, conviene mencionar ahora que el proyecto kirchnerista se nutre también de una memoria generacional, por medio de la cual el enunciador articula con aquéllas las huellas de la ‘Patria Socialista’ en provecho de su verdad política. Llamaremos a esta filiación *memoria setentista*: es la memoria de una de las dimensiones en las que había desembocado la Patria Peronista como proceso de inteligibilidad de la totalidad

---

<sup>19</sup> Pablo Alabarces recupera una nota de Beatriz Sarlo, publicada en el diario *Perfil* en 1998 bajo el título “Una comunidad llamada Nación”, que sintetiza algunas dimensiones de esta memoria: “Sarlo recuerda que, trabajosa y muchas veces autoritariamente, nuestra sociedad había construido la ‘comunidad imaginada’ de la que habla Anderson (1993) en torno de ciertas mitologías básicas: ‘Como sea, había Nación. Los argentinos se identificaban con una serie de proposiciones que tenían mucho de mitológico pero también eficacia aglutinadora: frente a la Europa de posguerra, éste era el país de la abundancia, donde se comía como en ningún otro lugar de la tierra; frente al resto de América Latina, éste era el país de la clase obrera industrial, de las capas medias cultas, del consumo más alto de diarios y libros, de la plena alfabetización y del pleno empleo’. El artículo tiene por título “Lo que el Estado no da, el fútbol no lo presta: los discursos nacionalistas deportivos en contextos de exclusión social”. Fue preparado por el autor para el encuentro de *Latin America Studies Association* en el año 1998. Esta cita fue recuperada asimismo en otros textos del autor: Alabarces, P. (2002): *Fútbol y Patria: el fútbol y las narrativas de la Nación en la Argentina*. Buenos Aires: Prometeo, Libros de Confrontación; y Alabarces (2006): “Fútbol y Patria: el fútbol y (la invención de) las narrativas nacionales en la Argentina del siglo XX”. En: *Papeles del CEIC*, vol. 2006/1, papel No. 25, CEIC (Centro de Estudios sobre la Identidad Colectiva), Universidad del País Vasco, <http://www.ehu.es/CEIC/papeles/25.pdf>

nacional<sup>20</sup>. De ella el enunciador trae a colación toda una semántica militante en la que lexemas como «sueños», «convicciones», «ideas», «coraje», los colectivos «compañeros y compañeras», «valores» tienen una presencia recurrente:

Decíamos que **ni las convicciones ni las ideas** las íbamos a dejar en la puerta de la Casa de Gobierno, que nos íbamos a abrazar a **esas ideas** como nos abrazamos con el pueblo, como garantía concreta de que con la ayuda de todos ustedes vamos a poder hacer una Argentina diferente. (22 de agosto de 2003)

**Tenemos convicciones, tenemos esperanzas y tenemos sueños.** Los argentinos debemos tener convicciones, esperanzas y sueños para inventarnos una realidad distinta para salir del subsuelo. (13 de agosto de 2003)

**No voy a dejar las convicciones que me acompañaron toda la vida** en la puerta de la Casa de Gobierno. Es hora que recuperemos nuestra credibilidad, es hora que lo que decimos cuando nos toca hacer campañas electorales, **después tengamos lo que tengamos que tener y el coraje necesario para sustentarlo** detrás de un escritorio y con la lapicera tomando las determinaciones que este pueblo necesita para salir adelante. (20 de junio de 2003)

(...) yo no sé qué es lo que quieren, ¿cómo no voy a venir acá a estar con **los compañeros y compañeras** de la provincia de Buenos Aires? ¿Cómo no voy a querer que esta gran provincia tenga un gran gobierno? Si todas las provincias tienen grandes gobiernos mucho más fácil va a ser levantar la patria. (22 de agosto de 2003b)

¿Cuáles son esas «convicciones», «ideas» y «sueños»? No están definidas. Son ausencias que dan cuenta de olvidos y mitigaciones, que despliegan un imaginario, por así decirlo, vacío, que cada uno de sus alocutarios puede llenar como quiere. Para Isidoro Cheresky (en Montero 2008d), “la recuperación del pasado de la militancia en el discurso kirchnerista tiene un carácter ‘formal’: lo que se rescata es la existencia misma de convicciones y valores y la posibilidad de la diferencia como un valor en sí mismo. No es explícitamente el contenido de esas convicciones lo que se intenta recuperar sino el ejercicio de la política como convicción”. En el mismo sentido, Ana Montero (2007a) define a Kirchner como un abanderado de la ‘ética de la convicción’ y asocia su estilo político al imaginario de los setenta, en el que los valores y los ‘ideales’ orientaban la acción política. Este arte de la convicción representa para el enunciador una doble ganancia: por un lado, la renovación de la imagen pública de la clase política, que los nosotros gubernamental y político evidencian («Decíamos... que nos íbamos a abrazar a

---

<sup>20</sup> Esta cadena argumentativa actualiza otro preconstruido propio de la generación en la que se inscribe el kirchnerismo, que es la idea de la Patria peronista como Patria socialista. Al respecto, véase *Perón o muerte* (2004), de Sigal y Verón.



esas ideas como nos abrazamos con el pueblo», «Es hora que recuperemos nuestra credibilidad... tengamos lo que tengamos que tener»); por otro, el diseño de un espacio de gran eficacia interpelativa que las formas vacías despliegan, destinado a construir colectivos de identificación amplios y transversales (los argentinos: «los argentinos debemos tener», los políticos: «Es hora que recuperemos nuestra credibilidad...»).

El grado de importancia de la memoria *setentista* pasa para nosotros por la doble dinámica de la que participa y a la cual de alguna manera se la somete: en primer lugar, se la hace presente en función de su posible eficacia identificativa en el marco de una renovación necesaria de la imagen de los funcionarios públicos; en segundo lugar, se la reduce y domestica mediante la reformulación *liberal* de ciertos núcleos semánticos<sup>21</sup>. Con respecto al primero de estos puntos, el enunciador construye un ethos de militante que lo inscribe en una generación, la del setenta, y en una tradición, la del peronismo<sup>22</sup>:

Recuerdo las noches en que **nos reuníamos** antes del 17 de noviembre del 72 para ir por Turdera a **recibir al general Perón, a enfrentar la represión de aquellos tiempos** que no entendía lo que era el contacto del pueblo con su líder, la democracia, la libertad, la pluralidad, la libertad de consensos, el poder pensar diferente, el poder crear una patria diferente. (28 de noviembre de 2003)

Les voy a contar una historia que pocos conocen. Tengo la suerte de que el vicegovernador de esta provincia es un amigo y un compañero de más de 30 años; estuvimos allá en La Plata, **fuimos perseguidos por defender nuestras ideas** y hoy estamos compartiendo la conducción de la nueva Argentina con **una generación en la que muchos no están, pero estamos nosotros** para llevar la bandera al lugar que corresponde. (04 de febrero de 2004)

Me preguntaban cómo viví el 11 de marzo del 73. **Me tocó ser** el fiscal de mesa y recuerdo hasta hoy que había tanto miedo a la trampa y al fraude que **la orden que teníamos** era subirnos a los camiones que transportaban las urnas para cuidarlas hasta que se terminara de revisar el último voto. (11 de marzo de 2004b)

<sup>21</sup> El hecho de que la generación setentista sea puesta en una misma serie con la tradición liberal que la Generación del 80 representa, evidencia el tamiz kirchnerista en el relato de la identidad nacional. Al atemperar lo rupturista del setentismo respecto del imaginario liberal de la construcción del Estado-Nación argentino, el enunciador realiza dos (con)torsiones capitales: por un lado, constituye a la Patria Peronista en el vértice de la identidad nacional, articulando, en tanto experiencia real de la grandeza, el mito de fundación del Estado-Nación asociado a la la Generación del 80 y, en tanto razón de ser, el proyecto de la Patria Socialista; por otro lado, *liberaliza* la Patria Socialista, ligándola a la tradición liberal de la dirigencia de fines del siglo XIX. Más allá de cuáles hayan sido las expectativas o creencias de la 'izquierda peronista' (en todo caso, lo grosero es que Kirchner reivindique esas 'banderas' sin reivindicar sus consignas), Perón había sido muy claro en cuanto al capital: 'Por ejemplo: en la doctrina decimos nosotros que, en el orden económico, la economía no está al servicio del capital, sino que el capital está al servicio de la economía' (Extracto de *La comunidad organizada, Conducción política*, en Rozitchner (2000:225)). En este sentido, es evidente que la doctrina de Perón sienta tempranamente la idea de una permanencia inmutable del capital.

<sup>22</sup> Con respecto al ethos militante de Kirchner, remitimos a los trabajos de Ana Soledad Montero (cf. 2009).

El nosotros generacional revisa en el discurso kirchnerista la experiencia de la militancia juvenil del enunciador: las reuniones nocturnas para ir a recibir al líder («nos reuníamos»), la participación en las elecciones presidenciales de 1973 («Me tocó ser el fiscal de mesa», «la orden que teníamos era subirnos a los camiones que transportaban la urna»), la persecución política («fuimos perseguidos por defender nuestras ideas»). Narra la Patria Peronista a la luz de sus ideales juveniles: «el contacto del pueblo con su líder», «la democracia», «la libertad», «la pluralidad», «la libertad de consensos», «el poder pensar diferente». Se trata de la descripción de un universo de valores positivos, abrumado por la «persecución», la «represión» y el «miedo»; el relato de un bienestar en crisis, en el que se destacan los primeros síntomas de la «vieja Argentina».

La imagen del militante se inscribe en esta historia como una figura singular de lo político, cuyas implicancias deben observarse bajo la égida de la «refundación». La militancia remite a un conjunto de prácticas generacionales antes que partidarias, que liga al presidente menos a la doctrina peronista que al campo popular y que viene a garantizar la «unidad nacional» (18/11/03) que el enunciador afirma representar.

La adscripción política en el kirchnerismo refiere a una condición militante, que atraviesa transversalmente el ideario político ofreciendo una garantía de renovación de la clase dirigenal. La tradición peronista en la que la militancia de Kirchner se entronca hace su aparición en ciertos significantes del discurso del bienestar, pero no reivindica una pertenencia doctrinaria; más bien se resuelve como un mundo de valores positivos que su generación reivindica. El kirchnerismo –como lo aclara Carlos Altamirano (en Natanson 2004:66)– no solicita la identificación peronista de sus simpatizantes. En efecto, podemos encontrar en los discursos públicos del ex presidente un nosotros generacional, un nosotros gubernamental e incluso un ‘nosotros, los políticos’, pero no un colectivo de identificación peronista. Lo generacional atraviesa el escenario político transversalmente, respetando ideales y no doctrinas, inspirado en un mundo de valores que el ethos kirchnerista legitima (v. g. «recuperar los valores de la solidaridad y la justicia social»). El discurso kirchnerista establece con la llegada de su generación una bisagra entre una clase política anquilosada y la renovación política. El ethos militante que Kirchner despliega intenta garantizar este cambio como fin de la postergación y como viraje absoluto respecto de la imagen conciliadora que la clase política daba de sí misma en el neoliberalismo (v. g. «eran muy educados y muy

suavecitos con quienes les tocaba discutir (...) Era muy fácil (...) ser fuertes con los débiles y débiles con los poderosos» (10/03/04b)).

Por otro lado, el ethos militante trae a colación toda una experiencia política del contacto que alimenta el fenómeno de la intermediación. Tapas como “La Juventud Peronista llegó hasta Perón. Se rompió el cerco del Brujo López Rega” o titulares como “Contacto permanente, sin intermediarios” dan cuenta de la importancia que el contacto tenía para una publicación como *El descamisado* y, por extensión, para gran parte de la militancia peronista de los setenta. La exhibición del contacto –como lo retratan Sigal y Verón (2004:178)– era para los seguidores de Perón un signo de legitimación: la verdad del líder residía en la posibilidad misma de llegar hasta él.

Esta *contactibilidad*, no obstante, revestía para los militantes un doble juego propiciado por el propio discurso peronista, que regulaba el triángulo líder-militancia-pueblo: el contacto con Perón significaba el contacto con el pueblo. El líder era el pasaje para llegar a la masa popular, y el militante se dividía entonces entre el rol de liderazgo que asumía y su condición de hombre común que consideraba requisito para conseguir el beneplácito del pueblo. En los setenta, el modo privilegiado de construir un movimiento popular, de movilizar la base obrera a fin de reorientar, eventualmente, su identidad política, implicaba para un conjunto importante de actores un precio: la adopción de la ‘camiseta peronista’. La adhesión política de la juventud al peronismo constituyó en los hechos una respuesta a la distancia, difícil de anular, entre los grupos políticos de vanguardia y la base popular, dado que dicho movimiento aparecía como el principio de unidad política de la clase obrera y de otras capas populares en la Argentina” (Sigal & Verón 2004:146-7). Ver («veo los carteles... y veo a los trabajadores argentinos con ganas y fuerzas para empujar a la Argentina para adelante»), abrazar («como nos abrazamos con el pueblo»), acompañar («vamos a estar solidariamente acompañándolos») intervienen como figuras del contacto que el discurso kirchnerista recrea con frecuencia y que se asocian en diferentes oportunidades con la imagen del militante.

La semántica de la lucha que el ethos militante recupera («enfrentar la represión», «fuimos perseguidos por defender nuestras ideas y hoy estamos compartiendo la conducción de la nueva Argentina», «una generación en la que muchos no están, pero estamos nosotros para llevar la bandera al lugar que corresponde») le ofrece al kirchnerismo una imagen de liderazgo popular, que, sin embargo, debe ser leída también como el eco de la derrota que esa generación sufrió. El gobierno de Kirchner –como afirma José Natanson

(2004:53)– “es la llegada de una militancia derrotada, que quiso y no pudo cambiar la historia”. El ethos militante representa la metáfora de una lucha pero también la metáfora de una pérdida que la idea de la «postergación» no hace más que destacar: “Es el peronismo que se retiró de la Plaza de Mayo el primero de mayo de 1974”, como puntualiza Carlos Altamirano (en Natanson 2004:66). En la imagen de la militancia resuenan los ecos de la derrota: la «generación diezmada» llega al escenario mismo de su derrota. El síntoma de esa paradoja es la superposición del carácter luchador y litigante del militante con la imagen realista y moderada del líder: los «sueños», las «convicciones» y la intransigencia<sup>23</sup> encuentran en el discurso kirchnerista la mitigación a través del realismo y la moderación. El kirchnerismo recupera de la militancia una ética pero también la lección final de Perón: la detentación del liderazgo entraña lograr una alianza entre aquellos que ven en el líder al estratega del cambio y aquellos que lo consideran –resignación mediante– como la única posibilidad de pacificación nacional<sup>24</sup>. La derrota de su generación representa para Kirchner un aprendizaje político que la post-crisis dimensionará: la ‘política de la convicción’ que el ethos militante ilustra hace de Kirchner un garante del «cambio», mientras que el realismo y la moderación convierten a su figura en la de un pacificador de la «conflictividad social» (11/12/03b). Tiene razón Eduardo Rinesi (en Natanson 2004:19) cuando afirma que “Kirchner es un hijo de diciembre de 2001, pero también de 2002”. Su imagen concierta la herencia insurreccional de 2001 y la “pasión restauradora” de la post-crisis, y al hacerlo adscribe su proyecto a un mundo ético en el que la «unidad nacional» y la «tranquilidad» conviven con la potencia del «cambio».

Esta convivencia nos lleva a considerar nuevamente una segunda dimensión de la memoria setentista en el discurso de Kirchner: la reformulación liberal de ciertos núcleos semánticos de la juventud peronista, que la continuidad de los sueños desde los «padres fundadores» hasta la generación de los setenta de alguna manera ponía ya en escena. El discurso kirchnerista – como afirma Montero (2009:318)– constituye el primer discurso presidencial argentino que reivindica y se identifica con la militancia juvenil peronista de los

---

<sup>23</sup> En su análisis del ethos discursivo militante de Kirchner, Ana Montero (2007b:7) afirma: “La ‘lucha’ de los militantes peronistas de los ’70 también era visualizada como ‘intransigente’”.

<sup>24</sup> La figura de unificador de la Patria que Perón ostenta en los primeros setenta debe entenderse a la luz de los cambios producidos en el movimiento en la década del sesenta, especialmente a partir de 1968, como resultado de la confluencia en su interior de vastas fracciones de la clase media, en particular los jóvenes, quienes se movilizan progresivamente en nombre de una versión radicalizada del peronismo, según la cual ‘peronismo’, ‘socialismo’ y ‘lucha antiimperialista’ se vuelven sinónimos, y de sectores de la burguesía y la opinión pública en general, para quienes era el único hombre con el poder de lograr una precaria unidad nacional. Según Sigal y Verón (2004:143-4), “la figura de Perón se vuelve poco a poco la de un posible unificador de la Nación, portador de una solución colectiva pacífica”.

años setenta. Nunca antes la práctica política e ideológica de estos activistas y militantes había sido restituida desde la posición de enunciación presidencial. Sin embargo, tal recuperación encierra para nosotros una redefinición *ad hoc* de las demandas militantes y una articulación de éstas con principios más afines a los de un capitalismo globalizado que a los de un socialismo universal. Nociones como la de «consumo» y «consenso» advierten sobre los modos en que la palabra de Kirchner *liberaliza* la Patria Socialista, haciendo de la lucha de la militancia un deseo de democracia liberal:

(...) tenía que estar presente, y voy a estar presente en cada lugar que se recuerde a aquellos que dejaron todo, que pusieron todos sus ideales y que soportaron las cosas más atroces por defender **un país distinto, un país con justicia, un país plural, un país sin corrupción, un país con igualdad social, un país con igualdad de posibilidades**. (28 de noviembre de 2003)

Era el 11 de marzo del 73, una generación de argentinos nos incorporábamos a la vida democrática con la fuerza y el deseo de construir un nuevo país. Después nos tocó vivir tantas cosas, nos tocó pasar tantos dolores, nos tocó ver diezmada esa generación de argentinos que trabajaba por **una Patria igualitaria, de inclusión, distinta, una Patria donde no sea un pecado pensar, una Patria con pluralidad y consenso como el que tenemos hoy aquí**, que el hecho de pensar diferente no nos enfrentara sino por el contrario, nos ayudara a construir una Argentina distinta. (11 de marzo de 2004b)

El modo en que Kirchner 'llena' el significado del «país distinto» por el cual su generación luchaba articula la memoria socialista de la militancia («un país con igualdad social», «una Patria igualitaria») con demandas sociales heredadas de la crisis de 2001 («un país con justicia», una Patria «de inclusión», «un país sin corrupción»)<sup>25</sup> y con significantes propios del capitalismo contemporáneo («un país con igualdad de oportunidades», «una Patria con pluralidad y consenso»). La combinación convierte al presidente en un *rara avis* del escenario político nacional. Quienes lo acusan de ser un mero continuador de las políticas neoliberales difícilmente podrían justificar dimensiones axiales de su matriz discursiva como la revalorización del Estado, si no es a expensas de lo que María Pía López (2010) denomina la hipótesis de la impostura: la idea de que “una mascarada ideológica” progresista ocultaría los intereses reales del grupo gobernante. Para quienes gustan de ver en su figura la coronación de una izquierda combativa, habría que decir que un «país

---

<sup>25</sup> Nociones como dignidad, justicia, autonomía y democracia, tan caras al discurso kirchnerista, recuperan en gran medida las demandas de la movilización social de 2001. Según Ana Dinerstein (2004:257), “Nacieron, en el seno de la acción colectiva misma, nuevas ‘nociones comunes’ tales como dignidad, justicia, autonomía y democracia que, mientras reintroducían el lenguaje y la práctica de la rebelión, a la vez rechazaban el viejo vocabulario de lucha de la izquierda política y del movimiento obrero organizado”.

sin corrupción», un «país con igualdad de posibilidades» y «una Patria con pluralidad y consenso» no parecerían ser las consignas más representativas de la militancia setentista de izquierda, si tenemos en cuenta que temas como la reforma agraria, el imperialismo (“ese gran ladrón internacional”, dice el número 10 de *El Descamisado*) y la revolución obrera entroncaban la lucha generacional.

Los valores patrios que estas fórmulas kirchneristas recuperan son más propios del discurso internacional de la *governance* que de una memoria setentista. La «corrupción» no era un problema prioritario para quienes querían cambiar de raíz el sistema capitalista, como tampoco era común hablar de «igualdad de posibilidades» dado que no se presuponía la competencia como criterio de justicia. La «Patria con pluralidad y consenso», por otro lado, coloca como objeto de deseo generacional valores que distan con mucho de la naturaleza conflictiva que la juventud setentista adjudicaba a la democracia<sup>26</sup>. Nada nos recuerda Kirchner de las disputas entre nacionalismo e imperialismo, ni siquiera de la lucha entre las fracciones del peronismo en torno a la orientación liberal o socialista del nuevo gobierno (cf. Sigal & Verón 2004:144); el enunciador opta, en cambio, por recordar únicamente el símbolo de la postergación, la imposibilidad pasada de realizar lo que su generación quería llevar adelante, «el poder crear una patria diferente», sea cual fuere en los hechos esa «patria diferente».

Pluralidad y consenso merecen, en este sentido, especial atención, ya que se presentan como las caras complementarias de la «unidad nacional» que la refundación kirchnerista pretende lograr. La noción de «pluralidad» cumple en el discurso presidencial la función de una forma vacía, como dijimos anteriormente respecto de las convicciones: no importa qué piense cada uno sino el «poder pensar diferente» (28/11/03). Es la defensa misma de esta posibilidad y no la de las ideas la que adquiere en Kirchner un tono reivindicatorio: los 30.000 argentinos que fueron «arrancados de sus casas, de

---

<sup>26</sup> La democracia era para la militancia de los setenta *esencialmente* conflictiva. Actualmente mucho se habla de la recuperación de lo político y de la lógica binaria y polarizante del discurso kirchnerista, tomando como eje la presencia del conflicto y el tono beligerante que predomina en muchas de las alocuciones públicas de la pareja presidencial. Sin embargo, debemos afirmar que Néstor Kirchner, durante su primer año de gobierno (al menos), priorizó en sus discursos públicos la transversalidad y la pluralidad, en virtud de las alianzas partidarias y político-ideológicas que fueron necesarias para desplegar una base de legitimidad eficaz. La democracia consensual supone en la ideología política hegemónica un “estado idílico de lo político”, que Rancière (1996:146) atribuye a la prohibición de la subjetivación política del pueblo: “En efecto, ¿qué es el consenso si no la presuposición de inclusión de todas las partes y sus problemas, que prohíbe la subjetivación política de una parte de los sin parte, de una cuenta de los incontados? Todo el mundo está incluido de antemano, cada individuo es célula e imagen de la comunidad de las opiniones iguales a las partes, de los problemas reductibles a las faltas y de los derechos idénticos a las energías”.

sus trabajos, de la calle, de su militancia» (16/12/03b) «fueron desaparecidos por pensar diferente» (11/03/04b). Sin embargo, sabemos por cierto que la represión no tuvo por objetivo destruir la *posibilidad* de pensar diferente sino la aniquilación sistemática de *un* tipo particular de pensamientos que buscaba hacer de la Argentina peronista una 'Patria Socialista'. Esta 'laguna' en el discurso kirchnerista hace de la reivindicación generacional menos la de un sistema alternativo al capitalismo que la de un capitalismo conciliador y transversal. Si no importa qué pensaban los militantes sino pura y exclusivamente el hecho de que pensarán diferente, el ethos militante se vuelve una garantía de pluralidad y consenso y no de socialismo. Lo que la imagen del militante legitimaría sería, irónicamente, el valor de la moderación, la tolerancia de cualquier pensamiento.

El «consenso» es el complemento de la «pluralidad» kirchnerista, en la medida en que «poder pensar diferente» debe conducir a una Argentina «que nos contenga a todos en la diversidad»:

Es hora de que los argentinos dejemos de priorizar las luchas partidarias y en la pluralidad y el consenso encontremos las referencias que nos contenga a todos en la diversidad. **Pensemos diferentes, pero hagamos un país para todos**, que nos contenga a todos, que tenga las raíces de la unidad y la identidad nacional, que es el camino por el que tenemos que marchar. (18 de mayo de 2004)

«Pensemos diferentes, pero hagamos un país para todos». El corolario de la «pluralidad» sería «una nueva Argentina» en la que existan «consensos sin anular las diversidades» (18/11/03). Estos valores se articulan en torno a un colectivo de identificación transversal («que los argentinos dejemos...»), en el que la *argentinidad* aparece como un contenedor que subyace eficazmente a diferencias que pueden ser partidarias, como en el párrafo anterior, e incluso clasistas:

No hay posibilidad de que un solo hombre o un grupo de hombres pueda potenciar la Argentina distinta, tampoco la va a salvar el acuerdo pactista de las corporaciones sino solamente **la construcción colectiva, plural y el consenso de todo el pueblo argentino sin distinción de clases sociales, construyendo una Argentina que nos contenga a todos**. (02 de abril de 2004)

La recurrencia a la noción de «consenso» en los discursos de Kirchner tiende a poner en escena –al menos durante sus primeros meses de gobierno– una forma de construcción de poder en todo diferente de aquella que sostienen quienes ven en el kirchnerismo una fuerza que desde sus orígenes recupera el conflicto inherente a lo político. Puede observarse la preocupación en sus discursos por crear un colectivo de identificación que trascienda todas las

barreras internas, sean éstas políticas o económicas, configurando un modelo de convergencia transclasista por fuera de cualquier estructura partidaria<sup>27</sup>. Para el enunciador, su generación «trabajaba» por «una Patria con pluralidad y consenso como [la] que tenemos hoy aquí» (11/03/04b). La lucha generacional se limita entonces al deseo soterrado de «un capitalismo en serio» y el litigio y la intransigencia a una voluntad de «pluralidad» y «consenso» por encima de cualquier diferencia ideológica. El puente que Kirchner tiende entre el proyecto juvenil postergado y su proyecto nacional actual se asienta en el territorio mismo de su derrota generacional. La búsqueda de «consenso» intenta borrar en la «nueva Argentina» todo rastro de conflicto interno y fundar un espacio de legitimidad *ex post*. Su imagen de militante pone el acento en la postergación generacional y no en la concreción de aquello que verdaderamente fue postergado.

La «unidad nacional» que Kirchner pretende garantizar requiere de su figura una imagen de unificador que pueda regular la tensión entre su tono beligerante y su tono conciliador. La presidencia de Kirchner, que –como afirma Montero (2009:318)– dio lugar a un proceso de recomposición y relegitimación de la política y de la figura presidencial, combina la potencia fabulosa del «cambio» con la más modesta realidad de la tranquilidad social que la post-crisis exigía y que el mismísimo Duhalde, líder por entonces del Partido Justicialista<sup>28</sup>, no había podido realizar<sup>29</sup>.

---

<sup>27</sup> La transversalidad del gobierno de Kirchner puede entenderse como una estrategia de ‘domesticación’ del Partido Justicialista. Según Luis Quevedo (en Natanson 2004:16), aunque hable de transversalidad, la principal preocupación de Kirchner es disciplinar al peronismo. Para Isidoro Cheresky (2008:45), su identidad peronista estaba relativizada, “puesto que consideraba que en el peronismo habitaban corrientes ideológicas excluyentes y su vocación explícita era constituir un frente con individuos originarios de diferentes espacios”. Sin embargo, ningún líder político puede gobernar si no tiene funcionarios y no puede ganar elecciones si no tiene candidatos para los diferentes niveles, y una estructura partidaria que fiscalice las elecciones (en Natanson 2004:25). El principio de organización histórico del PJ –según Daniel Azardun (2008:82 y ss.)– ha sido la unidad en torno a un liderazgo nacional hegemónico y popularmente legitimado. Aunque fuera vital para garantizar la gobernabilidad, ese liderazgo estaba, durante su primer año al frente del Ejecutivo Nacional, aún pendiente de resolución. De allí que la ligazón con una opinión pública que lo respaldara y con sectores políticos externos al PJ podría erigirse en un buen contrapeso ante las presiones del aparato. Un éxito en la gestión de gobierno aportaría al presidente la fortaleza política que necesitaba para avanzar en su intento de reconfigurar el mapa del poder del peronismo partidario.

<sup>28</sup> El cargo partidario de Duhalde tiene relevancia si consideramos que –como afirma Daniel Arzadun en *El peronismo: Kirchner y la conquista del reino* (2008:17)– el peronismo es la única estructura política que está en condiciones de garantizar la gobernabilidad en la poscrisis.

<sup>29</sup> Duhalde debió acortar su mandato presidencial y adelantar las elecciones ante el descrédito provocado por la luctuosa represión a una manifestación popular, que había culminado con el asesinato de Maximiliano Kosteki y Darío Santillán de la Coordinadora de Piqueteros Aníbal Verón, en manos de la policía de la provincia de Buenos Aires. Véase al respecto Cheresky (2008) y Dinerstein (2004). En su libro *La resurrección. Historia de la poscrisis argentina*, Levy Yeyati y Valenzuela (2007:310) describen la situación del país al momento de la asunción de Kirchner de la siguiente manera: “En 2003, el país no era un lecho de rosas. La conflictividad social seguía en pie, Duhalde se había ido antes por un piquete que terminó en represión homicida, y aún estaba fresco el recuerdo del final anticipado de De la Rúa”.



La recuperación de la memoria setentista que el ethos militante de Kirchner avala *olvida* el conflicto como dimensión constitutiva de lo político. Es esto lo que permite que el interdiscurso generacional no entre en contradicción con la imagen de unificador nacional que su moderación y realismo postulan. En el discurso kirchnerista, el conflicto es –como dijimos páginas atrás– una noción fronteriza que controla el pasaje entre «la vieja Argentina» y «la nueva Argentina». Hacia el interior de «la nueva Argentina», el discurso presidencial conecta ese ethos litigante con una imagen conciliadora que le permite articular coherentemente el imaginario setentista con el «capitalismo nacional». Cuando Kirchner afirma en su discurso anual ante la Asamblea Legislativa que «el capitalismo como sistema de ideas ha prevalecido entre otras cosas porque el consumir y vivir mejor no es una buena teoría sino un aspecto sustancial de la condición humana» (01/03/04), lo que está haciendo es proponer como acuerdo universal una derivación de la dictadura: la premisa de que el capitalismo hace a la condición humana y es natural a la vida democrática<sup>30</sup>.

El discurso kirchnerista, en el corpus analizado, busca anular el conflicto y apostar por la pluralidad y el consenso porque entiende que la democracia liberal consiste en *consensuar* la subsistencia del capitalismo, que es lo que en definitiva está en juego en la crisis de 2001<sup>31</sup>. El «punto exacto» de la «simbiosis histórica» al que Kirchner llega entonces es aquel en el que las memorias de organización nacional, bienestar y setentista confluyen en la administración del consumo: el conflicto de “los sin parte” (Rancière 1996), bajo el yugo del consenso; las «consignas», a los pies del realismo:

**Claro que uno puede tener posturas y determinadas consignas que pueden ser muy lindas, pero lo que yo aprendí durante toda mi vida de militante es que lo importante es poder ir llevando paso a paso nuestras ideas para poder concretarlas. Yo lo que no quiero es mentirle al pueblo argentino, no quiero hacer un manoseo más de la credibilidad de nuestra Argentina y les voy diciendo paso a paso lo que vamos haciendo, pero no me van a ver a mí tratando de mostrar un proyecto grandioso para después defraudar a todos. Prefiero ir**

---

<sup>30</sup> Chantal Mouffe (2003, 2007) plantea que la creencia de que es posible alcanzar un consenso racional universal ha empujado al pensamiento democrático a un camino erróneo, ya que sólo el reconocimiento de que es imposible erradicar el conflicto de la vida social permitiría comprender el verdadero desafío al que se enfrenta la política democrática. Nuestra época se caracterizaría por su empeño en negar el conflicto como dimensión inherente a toda vida política democrática. Mouffe critica los límites de la democracia liberal porque pretende sujetar la dimensión conflictual de toda política y, en nombre del consenso, pasa por alto que el conflicto es ineliminable de la acción. Una sociedad democrática y pluralista –según la autora– debe construir instituciones que permitan transformar a los enemigos en adversarios, no reprimir el conflicto, sino elaborarlo y encontrar una salida.

<sup>31</sup> «Consumo», por ejemplo, fue un término negativo en los discursos progresistas de los sesenta y setenta, ya que ofrecía una cuota de inmoralidad respecto de, por ejemplo, términos como ‘satisfacción de necesidades’; de la misma forma, «vivir mejor» respecto de ‘vivir bien’. (Comentario personal realizado por el Prof. Carlos Luis en el Seminario de Escritura de Tesis de la Maestría en Análisis del Discurso).

**construyendo con todos ustedes día a día** la nueva Argentina, pero sin caer en promesas vanas y vacías. (11 de marzo de 2004b)

Es su «vida de militante» la que permite a Kirchner construir un saber en el que el «paso a paso» y el «día a día» revisten mayor crédito político que la belleza de las «consignas». Entre la estética de las utopías y la ética de los proyectos, el enunciador delinea una imagen de estadista en la que la fuerza de las «posturas» esboza un camino futuro que los hechos y no las promesas deben ayudar a transitar. La garantía de «construcción colectiva, plural» (02/04/04) que permite entrever su ethos militante es afín con una voluntad de consenso que la gobernabilidad en el marco de una democracia liberal estima y reivindica.

El ethos militante no legitima en el discurso kirchnerista una vida política signada por el litigio sino por el «poder pensar diferente» de la transversalidad; es la pluralidad, el consenso, la tolerancia lo que esa imagen generacional, paradójicamente o no, justifica. Trae al presente una memoria de la juventud militante que, sin embargo, no tiene más valor que el de una forma vacía que puede articularse con variados aunque no infinitos contenidos. Son éstos los que reformulan de manera ambigua qué es aquello *diferente* que la generación del presidente pensaba; de su generación derrotada, lo que Kirchner reivindica es una forma, no una idea: la posibilidad de «pensar diferente», no la posibilidad de un sistema diferente. La garantía de «un capitalismo en serio» es la modesta sobrevivencia de los ideales de la militancia setentista: el realismo de los sueños, la moderación de la rebeldía. Oxímoros que marcan el aprendizaje de Kirchner: una imagen de liderazgo en la simbiosis entre la intransigencia de la militancia y la tolerancia de la moderación, dando en conjunto una imagen de unificador que mucho tiene de lo que hemos llamado con anterioridad *líder-víctima*: el ejercicio del liderazgo en el espacio mismo de la derrota.

La «refundación» kirchnerista se presenta como una continuidad de la nación postergada, que resulta el escenario en el que se conjugan las memorias de la organización nacional, del bienestar y setentista. La narrativa presidencial, a diferencia de refundaciones anteriores, inscribe su gesto fundacional en la memoria de dos discursos fundadores: el de la organización nacional y el del bienestar peronista. Por un lado, Kirchner recupera la metáfora de la fundación y la tónica de la promesa incumplida, que habían sido llevados a su grado máximo de tensión durante la crisis de 2001<sup>32</sup>. Por otro, actualiza de

---

<sup>32</sup> La presencia de esta tensión puede rastrearse en el discurso kirchnerista a la luz de dos fenómenos: la narrativa de la victimización y la preponderancia de meta-colectivos singulares del tipo «la Argentina», «la Patria», «el país», «la nación». Respecto del primero, hemos analizado el ethos de líder-víctima y el

manera novedosa su inscripción mnemónica, por la superposición del mito de la grandeza nacional con el imaginario benefactor peronista.

Al encarnar un mito en otro, que es el del peronismo como *summa* del bienestar, Kirchner recrea una Argentina trina: «la Argentina de los sueños», «la Argentina que nos merecemos» y una transfiguración de esas Argentinas que es la *Argentina postergada*. Por la propia fuerza performativa de esa transfiguración, la «nueva Argentina» no aparece más que como la realización inminente de «la Argentina perdida»: el país del futuro es el país al que tenemos que volver. La continuidad de los «sueños» desde los «patriotas fundadores» hasta la «generación diezmada»<sup>33</sup> evidencia el origen de la discontinuidad que la «refundación» kirchnerista vendría a resolver: los proyectos que siguieron a «la industrialización en base a la sustitución de importaciones» «sólo se abocaron al desguace del modelo de bienestar» que la había acompañado (01/03/04). Fueron esos proyectos «los que nos dejaron sin trabajo» a los argentinos, «los que nos quitaron las esperanzas y los sueños», «los que nos hicieron hacer bajar los brazos» (cf. 27/08/03c).

El dolor por la postergación, la postergación de la Patria Peronista entendida como umbral de la Patria Socialista, le permite al enunciador inscribir su figura de militante en un imaginario de izquierda, pero al mismo tiempo mitigar *liberalizando* ese imaginario hasta hacer de la postergación ya no la lucha contra un sistema que hace de la explotación su cifra de funcionamiento sino contra un «modelo» cuyos pecados pasaban por «la ortodoxia, el fundamentalismo de mercado y el discurso uniforme» (10/07/03). Desde otra perspectiva, el dolor por la postergación es, además, una respuesta al enigma de la grandeza argentina y, por tanto, de «la identidad nacional»: ya no se trata de un país que teniendo todo para triunfar siempre yerra (y por lo tanto los

---

eco derrotista de la militancia generacional. Cuando un país cree que su destino es la grandeza, el deterioro progresivo conduce a un crecimiento exponencial de la frustración, que suele derivar en la búsqueda de uno o varios culpables. En una entrevista para *Página/12*, Luis Alberto Romero (en Natanson 2004:32) afirma que “el nacionalismo argentino es una combinación de soberbia, de pensar que la Argentina está llamada a grandes destinos, con un componente muy paranoico, de pensar que si no estamos en primer lugar es por culpa de alguien”. Ariel y Víctor Armony (2005), al estudiar la tónica de la promesa incumplida en el relato nacional, llegan a la conclusión de que esta promesa ha acabado por generar una narrativa de victimización, según la cual ‘hay alguien que es el culpable de la pérdida del bienestar y, peor aún, de alejar al país de su destino glorioso’. Esta narrativa, agregan, se ha convertido en el *leitmotiv* de las dirigencias argentinas. En cuanto al segundo fenómeno, la presencia recurrente de estas entidades parecería indicar la importancia en el imaginario político post-crisis de colectivos que no admitan la fragmentación y que den por sentado la existencia de algo así como un espacio nacional capaz de contener la cólera por la frustración y de generar aunque sea un mínimo lazo de identificación entre los distintos actores sociales.

<sup>33</sup> Esta continuidad puede observarse en propuestas como la que Kirchner realiza en su discurso de asunción: «Les vengo a proponer que recordemos los sueños de nuestros patriotas fundadores y de nuestros abuelos inmigrantes y pioneros, de nuestra generación que puso todo y dejó todo pensando en un país de iguales» (25/05/03).

responsables se disuelven en el propio enigma como preconstruido) sino de un país triunfante sometido al «desguace». Los responsables de esta destrucción, «los ladrones y corruptos que quebraron y fundieron la patria» (27/08/03c), aun cuando no se los identifique concreta e individualmente, son quienes hicieron todo lo posible por evitar que la generación de Kirchner tomara el poder del que se sentía leal heredera. Hay, por lo tanto, una continuidad actancial de culpabilidad, «la vieja Argentina»<sup>34</sup>, y una continuidad de *victimidad*, que en el kirchnerismo alcanzaría por fin su redención:

Cambio profundo significará dejar atrás la Argentina que cobijó en impunidad a genocidas, ladrones y corruptos mientras condenaba a la miseria y a la marginalidad a millones de nuestros compatriotas. (1 de marzo de 2004)

La «refundación» que el «cambio profundo» (01/03/04) indica parecería significar una anulación de estas funciones actanciales de culpabilidad y victimidad, y la reivindicación de la continuidad del *soñar* truncada por «la vieja Argentina». La escisión entre la impunidad a «genocidas, ladrones y corruptos» y la condena «a la miseria y a la marginalidad a millones de nuestros compatriotas» subsume al enunciador en la función de victimidad, en tanto su inclusión habitual en un nosotros generacional deja en claro que la pérdida de su generación es parte de esa «Argentina perdida» y, paralelamente, que su llegada al gobierno es el comienzo del fin de la postergación. Para el discurso kirchnerista, el sueño de «una Argentina normal» es tan real como un *déjà vu*, ya que «crear futuro» es volver al pasado. La «refundación» implica así no sólo una deixis fundadora dentro de una memoria de la organización nacional sino principalmente una deixis fundadora entendida como el cierre de la postergación, en el sincretismo de una Argentina que será la soñada porque acaba la postergación y que será de bienestar porque esa ha sido la encarnación acabada de los sueños.

#### 4.6 LA FUNDACIÓN, LA PATRIA PERONISTA: DEFINICIONES SOBRE LA IDENTIDAD NACIONAL

---

<sup>34</sup> La indeterminación de agentes individuales y concretos es tan fuerte que, pese a sus alusiones constantes a la «década pasada» y al «modelo», el discurso kirchnerista no menciona en ninguno de los discursos del corpus al ex presidente Menem, excepto bajo el rótulo de «algún presidente» que el FMI paseaba por el mundo y mostraba como ejemplo de gobierno (cf. Visita a Trelew, 27 de junio de 2003), mientras que De la Rúa es mencionado en una ocasión bajo la fórmula «el doctor Fernando De la Rúa» (cf. Cámara Argentina de la Construcción, 18 de noviembre de 2003). Esta misma indeterminación es la que hace que la «generación diezmada» no tenga un agente explícito de responsabilidad, aun cuando se pueda reponer, y que, como dijimos anteriormente, la que «condenaba a la miseria y a la marginalidad a millones de compatriotas» sea un meta-colectivo singular como «la Argentina».

La enunciación kirchnerista, dada su filiación a los discursos fundadores de la organización nacional y del bienestar, intenta construir su legitimidad en la definición de un espacio colectivo en torno a la «identidad nacional»<sup>35</sup>. Ésta debe ser entendida como la continuidad de un universo de valores que aglutinarían a la población en derredor de una historia común. Se trata de «grandes valores» que tendrían por corolario la construcción de una Argentina no fragmentada, transversal, en la que regiría una axiología histórica de la *argentinidad*:

Venimos desde el Sur, pero llevo en mi corazón a esta patria querida; llevo en mi corazón a todos los argentinos porque para mí **la Argentina es una sola** y sé como ustedes que **vamos a recuperar esos grandes valores de la identidad y el ser nacional** para decirles a las generaciones que vienen que esta generación supo tomar la Argentina donde estaba y llevarla al lugar que corresponde. (16 de septiembre de 2003)

La «identidad y el ser nacional» funcionan como factores aglutinantes y le permiten al enunciador garantizar que «la Argentina es una sola». Esa esencia territorial y axiológica que presupone la *argentinidad* opera en el discurso kirchnerista como telón de fondo para crear un 'nosotros, los argentinos' que actúa tanto en el plano de la enunciación como en el plano del enunciado («vamos a recuperar esos grandes valores», o, *vide infra*, «entre nosotros, los propios argentinos»). El «ser nacional» permite rastrear en el discurso kirchnerista el espíritu de una continuidad histórica, que uniría los relatos de los inmigrantes y pioneros con una suerte de genealogía esencialista:

A cada corrupto hay que aplicarle el Código con la fuerza que corresponda, para que definitivamente se termine esta historia de indignidad y **para que el nuevo ser nacional**, el argentino que construyamos, **sea el que nos enseñaron nuestros abuelos: el que más trabaja, el que más estudia, el que más investiga, el más honesto, el más decente**. Ese es el modelo de argentino que queremos y ese es el modelo que va a **levantar nuestra querida patria**. (10 de febrero de 2004)

---

<sup>35</sup> Volviendo a la noción de “discurso fundador”, podemos agregar que estos responden a preguntas como: ¿quiénes somos?, ¿cuáles son nuestros orígenes?, ¿cuál es nuestro destino? Son los discursos del *ser nacional* o de la *identidad nacional*. Estos interrogantes y sus respectivas preguntas reúnen a una población en torno a determinadas creencias, ciertos valores y concepciones, y definen un programa narrativo cuya culminación sería ni más ni menos que una nación en la que se han cumplido todos los designios y las promesas, en la que la grandeza augurada en los orígenes finalmente se ha cumplido. Funcionan a modo de aglutinantes sociales y definen idealmente qué debemos esperar de un país y, por ende, del proyecto de su gobierno.

El «nuevo ser nacional» intenta crear las condiciones para hacer eficaz el colectivo de identificación argentino («el argentino que construyamos, sea el que nos enseñaron nuestros abuelos») y define una cadena de valores que el enunciador propone como mundo ético de incorporación: «el que más trabaja, el que más estudia, el que más investiga, el más honesto, el más decente». Sobre este axiología, que el propio Kirchner denomina como «nuestra propia cadena de valores» (16/12/03), el líder despliega un territorio de identificación que vendría a saldar la inhumanidad de la postergación<sup>36</sup>: si «la sin razón, la bestialidad, la falta de humanidad» produjo «tantas cosas dolorosas» (22/08/03), la confluencia de corazones honestos, decentes, trabajadores, sensibles permitiría, por el contrario, «levantar nuestra querida patria».

La axiología de la «nueva Argentina» encuentra su razón de ser en aquello «que nos enseñaron nuestros abuelos». Más aun, el «proceso de reconstrucción» de la «identidad nacional perdida» significa para Kirchner indagar en una proceso que, lejos de ser un mito fundacional, «tuvimos en algún tiempo» y ha sido «la alegría de nuestros abuelos y nuestros padres» (10/02/04). La ubicación cronológica de esta propiedad esencial permite inferir que la «refundación» apuesta a constituirse en la continuación de la Patria Peronista y buscar instituir un mundo en el que los valores legítimos son aquellos de la Argentina perdida:

(...) **podemos reconstruir la Argentina**, pero no la Argentina donde algunos son muy ricos y otros muy pobres, sino **la Argentina de la justicia social, de la dignidad, de la igualdad**, para que definitivamente recuperemos los canales de vinculación entre nosotros, los propios argentinos. (17 de febrero de 2004)

La época histórica que mejor personificó el «ser nacional» para el discurso kirchnerista fue la Argentina del bienestar. Esa es la razón por la cual la argentinidad a recuperar es «la Argentina de la justicia social, de la dignidad, de la igualdad»; en suma, la Argentina que se fue configurando desde su mítica fundación y que alcanzó en el imaginario social su mayor concreción durante el peronismo:

Nosotros queremos una Argentina integrada y solidaria, queremos realmente demostrarnos a nosotros mismos, demostrarles a todos los

---

<sup>36</sup> Esta recuperación de la «identidad nacional» es la tentativa de construcción de lo que Charaudeau (2006:80) denomina un *Nosotros* que cumpla el papel de guía: “El político, en su singularidad, habla para todos como portador de valores trascendentales: es la voz de todos en su voz, al mismo tiempo que se dirige a todos como si fuese apenas un porta-voz de un *Tercero*, enunciador de un ideal social. Establece una especie de pacto de alianza entre estos tres tipos de voz –la voz de un *Tercero*, la voz del *Yo*, la voz del *Tú-todos*– que terminan por fundirse en un cuerpo social abstracto, frecuentemente expresado por un *Nosotros* que desempeña el papel de guía”.

argentinos y al mundo entero que este país **se puede volver a reconstruir**, que en esta Argentina podemos **recuperar** los valores perdidos, que en esta Argentina podemos recuperar las cadenas de la solidaridad, que en esta Argentina podemos recuperar las instituciones, que en esta Argentina **podemos recuperar la equidad, la justicia y la dignidad perdida** por muchos motivos. **Perdida porque es un país que se fue construyendo hace 30 años desde el punto de vista económico con un marco estructural absolutamente injusto**, perdida porque hubo una dirigencia a la que le ha faltado coraje y valor -a alguna parte de esa dirigencia- para tomar las determinaciones que hay que tomar. (27 de junio de 2003)

La memoria del bienestar aparece en los discursos de Kirchner encastrada en la memoria de la organización nacional; ambas interactúan y se soportan mutuamente: los destinatarios son convencidos no sólo por los argumentos que Kirchner despliega sino por los universos de sentido a los cuales su discurso remite. La «Argentina de los sueños» que la metáfora de la refundación actualiza se inscribe en el kirchnerismo en el imaginario peronista del bienestar: un país «con producción, trabajo, crecimiento económico y justicia social» (28/05/03), un país con «igualdad», «dignidad», «movilidad social ascendente»<sup>37</sup>. Esa nación en la que los trabajadores eran «el corazón vivo del crecimiento de la Patria», «cuando sabíamos que los hijos iban a estar mejor que los padres» (22/12/03b), representa para Kirchner el precipitado de todo lo que el primer tramo de la historia argentina, desde la fundación, implica en su definición de la «identidad nacional»: el momento en que como nunca antes y nunca después la promesa de la «grandeza nacional», la «Argentina que merecemos» se hizo realidad<sup>38</sup>.

«La Argentina de los sueños» sería posible para el kirchnerismo porque el futuro consistiría en volver a la Patria Peronista; es ésta la sedimentación imaginaria de los «sueños» de los fundadores y pioneros, de la encarnación del sueño nacional y, por lo tanto, de la identidad nacional<sup>39</sup>. El país de los «sueños» aparece simultáneamente como predestinación y pérdida: predestinación porque es la Argentina «que merecemos», pérdida porque la tuvimos («ese gran país industrial») y nos la quitaron («porque hubo una

---

<sup>37</sup> Entre los hechos que definen el imaginario del bienestar peronista, vale mencionar uno en particular que Kirchner recupera: el modelo de sustitución de importaciones. Según Murmis y Portantiero (2004:172) en sus estudios sobre los orígenes del peronismo, el peronismo es “una experiencia de nacionalismo popular que llega al poder cuando lo sustancial del proceso de sustitución de importaciones está ya realizado”.

<sup>38</sup> En sus investigaciones sobre el discurso menemista, Juan Pascual (2005:110), desde una perspectiva foucaultiana, afirma que la figura de Perón puede ser categorizada como la de un *instaurador de discursividad* al interior de la formación discursiva política argentina. Volver a Irigoyen no tiene efectos en la elaboración del discurso radical; para un peronista, volver a Perón siempre tiene efectos.

<sup>39</sup> De hecho, el peronismo como poder-en-el-Estado logró articular hegemonícamente como sujeto social a la gran masa obrera, que era el resultado de las corrientes inmigratorias de principios de siglo: los «pioneros» del discurso kirchnerista han formado *efectivamente* parte de ese proletariado.

dirigencia a la que ha faltado coraje y valor»), dejando una «generación diezmada» y millones de excluidos.

El pasaje del orden de lo político al orden de lo mítico es doble en los discursos de Kirchner: la construcción de la nación no sólo remite a la fundación sino también al bienestar, que vendría a ser la encarnación de los sueños de aquella y, asimismo, el imaginario modelo de la Patria Socialista al cual ésta se ve reducida<sup>40</sup>. Semejante *enjeu* produce un montaje mnemónico en el que el modelo de bienestar aparece como la *realización* momentánea, aunque efectiva y palpable, de la Argentina soñada, que luego pospondrían el Proceso y los gobiernos democráticos que le siguieron.

La «refundación», entendida de esta manera, significa para su enunciador la conclusión de la postergación de «la Argentina de los sueños» y la fundación de una Argentina que, al tiempo que opera como *realización* de los «sueños», transforma por su propio realismo los «sueños» de una «generación» y los convierte en deseo de una democracia liberal.

El discurso kirchnerista busca obtener buena parte de su legitimidad por su *sincretismo fundador*: la superposición y el mutuo reforzamiento entre un interdiscurso de la organización nacional y un interdiscurso del bienestar, a los que Kirchner hace dialogar con una memoria setentista generacional. Los efectos de memoria de estos interdiscursos son funcionales en un doble sentido: por un lado, la memoria de la fundación y la memoria setentista le imprimen a la memoria del bienestar un tono épico; por el otro, la memoria del bienestar actualiza la memoria de la fundación y la memoria setentista de una manera realista, las convierte en un tiempo histórico. Por las metáforas de la fundación y la pérdida, la memoria del bienestar se convierte en sueño postergado; bajo el paraguas del bienestar, la memoria de la organización nacional y la memoria setentista se vuelven destino posible. En su «refundación» el enunciador no sólo hace presente la metáfora de la fundación como origen mítico de la nación y, por lo tanto, de un destino de grandeza («hagamos de vuelta una gloriosa, una gran nación» (26/06/03)) que su «generación» habría de heredar por la continuación de un mismo *soñar*, sino que articula esa pura virtualidad de la grandeza con la destrucción y, por tanto,

---

<sup>40</sup> Su articulación del imaginario de la Patria Socialista con la memoria del bienestar le permite al enunciador establecer un juego bifronte: por un lado, reducir los «sueños» y «valores» de la Patria Socialista a los hechos de la Patria Peronista; por otro, inscribirse en la cronotopografía de la «Argentina que nace» como hombre común (con todos los valores propios del peronismo, sin siquiera precisar nombrarlo: trabajador, serio, honesto, simple, modesto) y como líder-víctima, que resumiría lo que el enunciador recupera del universo de su «generación» como imaginario setentista: lo que quiso ser (la vanguardia política hacia una «Argentina de los sueños») y lo que la hicieron finalmente ser («una generación diezmada»).



la postergación de una gran nación real, en la que origen y destino se concretaron, que fue, según la lógica del enunciador, el «modelo de bienestar».

La «refundación» kirchnerista, de este modo, no sólo marca una clara escisión entre dos Argentinas, una que pertenece al pasado y otra que pertenece al futuro, sino que propone como futuro la vuelta a un modelo de bienestar, que –tal como se expuso– recibe la fuerza mítica de la fundación, al tiempo que reduce la fuerza revolucionaria de su «generación». La «Argentina de los sueños», nacida al calor de ese origen mítico que fue la fundación y, en general, el proyecto que involucró a «patriotas fundadores» y «pioneros», interactúa con una Argentina postergada, la de «su generación», cuyos «sueños» son incluidos por Kirchner en la serie de los «sueños» de la fundación, sustanciándolos (y, por ende, mitigándolos) en la realidad del proyecto peronista, en la realización del bienestar. El enunciador genera de esta manera un agujero negro discursivo que atrae hacia sí mismo todo el programa narrativo de la «identidad nacional»: lo que soñaron los «padres fundadores» y lo que soñaron los militantes de su «generación» son para el discurso de Kirchner un mismo sueño, y ese sueño ha sido la Argentina del bienestar; una Argentina calladamente peronista.

#### **4.7 ERÓTICA DEL PARTIDISMO. PERONISMO Y TRANSVERSALIDAD**

La Patria peronista es para nosotros un interdiscurso que opera en la enunciación kirchnerista como ideal de *argentinidad*. Es la memoria de esta Patria, la del bienestar, la que subyace como imaginario rector en el proyecto de la «refundación» y la que resume el conjunto de valores que el enunciador define como propios de nuestro país. Corazón del relato identitario en el kirchnerismo, en ella se conjuga y realiza la continuidad del *soñar* nacional, «la Argentina de nuestros sueños» (01/03/04).

Este discurso, pese a que confiere a la figura de Kirchner gran parte de su legitimidad, funciona por lo general como una referencia velada, cuyo mutismo debe leerse a la luz del proyecto transversal de «cambio» que el kirchnerismo propugna. Entre la garantía que otorga la memoria del bienestar y el vetusto sabor que tienen las estructuras partidarias, el enunciador intenta mantener un frágil equilibrio que redunde en el logro de la articulación hegemónica de su modelo político<sup>41</sup>, balanceándose entre la experiencia del

---

<sup>41</sup> Siguiendo la propuesta de Ernesto Laclau (2005:95), entendemos aquí por articulación hegemónica “la posibilidad de que una diferencia, sin dejar de ser *particular*, asuma la representación de una totalidad inconmensurable. De esta manera, su cuerpo está dividido entre la particularidad que ella aún es y la significación más universal de la que es portadora. Esta operación por la que una particularidad asume una significación universal inconmensurable consigo misma es la que denominamos *hegemonía*. Y dado que esta totalidad o universalidad encarnada es, como hemos visto, un objeto imposible, la identidad

Estado benefactor peronista y un post-partidismo que encuentra sus raíces en el desprestigio de la dirigencia política.

El discurso presidencial rescata –tal como afirma Cheresky (2007:49)– los valores originales de la tradición peronista e intenta integrarlos en un movimiento de centro-izquierda cuyo filo de identificación sería la ruptura con la década menemista, al mismo tiempo que trata de evitar toda referencia explícita a Juan Perón o Eva Duarte y al peronismo en general, obviando incluso el uso de los símbolos partidarios y su histórica marcha (cf. Informes del Centro de Estudios Nueva Mayoría, 6 de octubre de 2005, en Cheresky 2007:56). Se trata, para Kirchner, de lograr reformular una base electoral acorde a los tipos de aliados políticos que los tiempos modernos fueron imponiendo. Visto desde el kirchnerismo, el problema de la transversalidad es – como explica Marcos Novaro (en Natanson 2004:87)– el problema de representar a sectores dinámicos de la opinión que no están comprendidos dentro del voto estable del peronismo y que son necesarios, si no para formar mayorías, al menos para sostener una opinión favorable. La presencia del interdiscurso del bienestar y la ausencia de referencias explícitas al peronismo habilitan al enunciador para intentar construir una legitimidad *ex post*, al tiempo que lo salvan de la contradicción, al menos durante su primer año de gobierno, que significaría apostar por una política transversal y ampararse en el PJ como bastión de su gobernabilidad.

La transversalidad indica en Kirchner la preocupación por una vida política en la que los partidos no garantizan en sí mismos ni capacidad de gobierno ni capital político y electoral. Ser «transversal», en este sentido, se liga con dos fenómenos dentro del discurso de Kirchner: en primer lugar, el alejamiento de la sociedad argentina de los partidos políticos como referentes de la política nacional; en segundo lugar, lo que denominamos el vaciamiento de la dimensión polémica del campo político. En cuanto al primero de estos fenómenos, debemos decir que la transversalidad expresa la voluntad por dejar atrás las «estructuras y los conceptos partidarios, que han resultado perimidos para resolver la crisis en la individualidad» (11/12/03b) y que recupera como interdiscurso una fuerte herencia de la crisis de 2001: el descrédito de la clase dirigente y de los partidos políticos en su conjunto. En efecto, éstos se asocian con un conjunto de prácticas nocivas para la democracia, que va desde la «dedocracia» hasta las «trenzas», pasando por el «clientelismo»:

---

hegemónica pasa a ser algo del orden del significante vacío, transformando a su propia particularidad en el cuerpo que encarna una totalidad inalcanzable”.

Yo que he sido un militante político toda la vida, que siempre estuve comprometido; honestamente sería una falta de respeto a mis amigos radicales y justicialistas, compañeros de toda la vida, que yo, que me han votado para gobernar el país, **venga a tratar de estar con la vieja costumbre de la dirigencia nacional, tradicional, de la "dedocracia". Toda la vida luché** desde Santa Cruz contra la "dedocracia" y todo lo demás. **Yo vine a trabajar con los radicales, con los peronistas, con los socialistas, con los independientes, con todos.** (27 de junio de 2003).

En nuestro país la aparición de la **figura del cliente político** es coetánea con la del desocupado. Mientras en la República Argentina hubo trabajo, **nadie fue rehén de un dirigente partidario.** (25 de mayo de 2003)

Queremos nuevamente que **los locales políticos no sean lugares de "trenzas"**, o que no sean lugares -para definirlos con toda exactitud- donde **nos juntemos solamente a tomar unos vinos o a comer asados.** (11 de marzo de 2004b)

El discurso kirchnerista se hace eco del ánimo insurreccional y asambleario de la crisis de 2001 e intenta garantizar desde una perspectiva generacional una renovación de la clase política, fundada en la búsqueda de un «consenso» que sea «transversal a todas las ideas partidarias» (13/08/03). Los partidos políticos aparecen como instituciones corruptas, en las que el ejercicio del poder cobra la forma de una imposición, basada menos en las convicciones que en un 'amiguismo' caprichoso.

En cuanto al segundo de los fenómenos, está en estrecha relación con la prodestinación que el kirchnerismo intenta alcanzar en su afán de representar la «identidad nacional perdida», reivindicando como partido supremo el «partido de la Patria»:

No vine a embanderarme en ningún partido, no importa de qué partido soy; **la única insignia en la que me embandero es la bandera de mi patria**, que es la bandera argentina, que es la bandera de ustedes y tenemos que ponerla todos en nuestros corazones para crecer. (20 de febrero de 2004b)

Me decía mi amigo el intendente de Esperanza que somos de partidos diferentes; no tenga ninguna duda, señor Intendente, de que **somos del mismo partido, del partido de la Patria, de la honestidad, del trabajo, de la igualdad, de la educación, de honrar a aquéllos que sudan y trabajan día a día por un nuevo país, por una nueva Argentina.** (03 de marzo de 2004)

El «partido de la Patria» funciona como una fórmula meta-colectiva singular que remarca la importancia de la unidad nacional por encima de cualquier *motus* partidario. La prescindencia de símbolos peronistas tiene su explicación en el hecho de que «la única insignia» en la que el enunciador se embandera es «la bandera argentina», símbolo y motivo de interpelación

política dentro del kirchnerismo: «la bandera argentina, que es la bandera de ustedes».

Este llamado a la unidad debería ser leído a la luz de lo que hemos llamado el vaciamiento de la dimensión polémica del campo político: desde el momento en que el único partido legítimo es «el partido de la Patria», todo aquel actor social que no se incorpore al proyecto «plural y diverso» del kirchnerismo es desterrado a la «vieja Argentina», cronotopografía *par excellence* de los adversarios del enunciador. Si ya no se trata, estrictamente hablando, de partidos, si todo aquel que tenga algo para aportar puede hacerlo, quienes estén en contra de Kirchner será porque siguen haciendo 'política a la antigua'. Así, la «transversalidad» apuesta a acabar con los partidos en nombre de los valores, dado que aquel que no forma parte del «partido de la Patria» es porque tampoco forma parte del partido «de la honestidad, del trabajo, de la igualdad, de la educación». La transversalidad resulta, en este sentido, una axiología.

El desafío de Kirchner es ser transversal, recuperando en su provecho un imaginario fundador de extracción partidista: el de la Patria Peronista. Es decir, *ocultar* lo que lo define, pero sugiriéndolo. *Una erótica del partidismo*: suerte de doble posición discursiva, “puesta en escena de una aparición-desaparición” (Barthes 2006:19), en la que el enunciador debe, por un lado, apelar a un concepto político que represente un conjunto de valores patrios, con el fin de convencer a todos de la pertinencia de su proyecto político y, por otro, hacer que el mayor número de ciudadanos adhiera a esos valores, entablando toda clase de estrategias de gestión de poder<sup>42</sup>. En otras palabras, un posicionamiento ideológico ligado a una memoria de la Patria Peronista, que sintetiza en su realización los valores históricos de la organización nacional y la Patria Socialista, y una posición comunicativa de «transversalidad» y «consenso», ligada a una pragmática gubernamental.

Desde nuestra perspectiva, una búsqueda de este tipo encuentra su forma de expresión en el discurso kirchnerista bajo la condición de un pacto realista. Para decirlo con claridad, conviven en la palabra kirchnerista un imaginario del bienestar ligado al partido peronista y una pragmática de

---

<sup>42</sup> Es importante en este punto recordar lo que Charaudeau denomina la ‘doble identidad discursiva’ del hombre político. Según el autor (2006:79-80), el político debe inscribir su proyecto en la ‘longevidad de un orden social’, que depende de los valores trascendentales fundados históricamente, y, al mismo tiempo, se debe inscribir en la volátil regulación de las relaciones entre el pueblo y sus representantes. Debe, por lo tanto, “construir para sí una doble identidad discursiva; una que corresponda *al* concepto político, en cuanto lugar de constitución de un pensamiento sobre la vida de los hombres en sociedad; otra que corresponda *a la* práctica política, lugar de las estrategias de la gestión de poder: el primero constituye lo que anteriormente llamamos posicionamiento ideológico del sujeto del discurso; la segunda construye la posición del sujeto en el proceso comunicativo”.

gobierno menos partidaria que axiológica, y la potencial eficacia de esa convivencia parece resolverse en un realismo exagerado, para el que toda diferencia, aunque legítima, resulta *impertinente* ante la urgencia de los problemas. En este camino, la transversalidad tiene por fundamento «llevarle soluciones a la gente» y los valores resultan condiciones de éxito pragmático:

A mí no me interesa cómo piensa cada argentino; por el contrario, **tienen mi respeto eterno y permanente** porque siempre he defendido la pluralidad, la democracia, la diversidad. Pero yo digo: **¿el pensar en algunos temas diferente nos puede impedir llevarle soluciones a la gente, ponernos de acuerdo sobre temas claves y concretos?** (...) lo que necesitamos es **ejecutar acciones para resolver problemas**; eso es lo que le está haciendo falta a los argentinos. (25 de febrero de 2004)

La idea de que la clave de la política es llevar «soluciones» a la población resume la complementación entre la transversalidad *avant la lettre* de la militancia («la pluralidad, la libertad de consensos, el poder pensar diferente» (28/11/03) o «he defendido siempre la pluralidad, la democracia, la diversidad » (25/02/04)) y la transversalidad desinteresada y a-partidaria del político realista («¿el pensar en algunos temas diferente nos puede impedir llevarle soluciones a la gente?» (25/02/04)).

El «respeto eterno y permanente» por los diversos pensamientos de la vida nacional con que el enunciador sintetiza su biografía militante y su espíritu moderado se articula con el pragmatismo realista que su espíritu de renovación transversal pone en escena: «llevarle soluciones a la gente», «ponernos de acuerdo sobre temas claves y concretos», «lo que necesitamos es ejecutar acciones para resolver problemas».

El espíritu de la militancia debe ser entendido en Kirchner respecto de las tensiones que definen la credibilidad de su palabra en una instancia de reorganización de la esfera institucional y política. El ethos militante se aleja en Kirchner de la figura de los grandes señores sentados en «cómodos sillones» (15/10/03) y representa la acción como acto de discurso en detrimento de las «palabras difíciles» (02/09/03c), así como avalea el «cambio» menos como símbolo de un proyecto de izquierda que de una renovación generacional de la dirigencia política. En otro sentido, la forma vacía del «poder pensar diferente» facilita el engarzamiento del tono litigante e intransigente del militante político («Yo que he sido un militante político toda la vida», «siempre he defendido la pluralidad, la democracia, la diversidad», «Toda la vida luché...» (cf. 27/07/03)) con la transversalidad y el realismo que exigen las instancias excepcionales de la situación de poscrisis.

Los ethé realista y moderado de Kirchner legitiman el anhelo práctico y conciliador de la «refundación» y reorientan, mitigándolo, el tono beligerante de lo que Maristella Svampa (2003) denomina el “ethos setentista”, es decir, esa forma que Kirchner reivindica en sus argumentos pero vacía en su aspecto cotextual, convirtiendo la lucha socialista en un ejemplo de pluralidad, diversidad y tolerancia. Dentro de su discurso, así como «uno puede tener posturas y determinadas consignas que pueden ser muy lindas», pero «lo importante es poder ir llevando paso a paso nuestras ideas para poder concretarlas» (cf. 11/03/04b), el «pensar diferente» no puede impedir «llevarle soluciones a la gente», «ejecutar acciones para resolver problemas» y «ponernos de acuerdo sobre temas claves y concretos».

#### **4.8 HACIA UNA LÓGICA REALISTA DEL CONSENSO**

Distintos analistas han observado desde sus disciplinas la coexistencia interdiscursiva en el discurso kirchnerista de un imaginario del bienestar, asociado al peronismo clásico, y un imaginario de lo que Fairclough –tal como hemos visto en el capítulo 2– denomina “nuevo capitalismo”. Así, para Ricardo Sidicaro (en Natanson 2004:40), la gran novedad de Kirchner es que ha conseguido hacer una política de la época de los individuos: a unos les oferta justicia, a otros planes de ayuda, a otros ciertas ideas sobre un futuro progreso. Según la visión del analista, el mandatario se ha adaptado a una sociedad mucho más fragmentada y construida en términos de individuos, generando una cierta ruptura con el discurso peronista: “Hay elementos de la cultura peronista que están ahí, pero también incorpora una serie de temas diferentes. Básicamente, tiene que ver con reconciliar el liberalismo democrático con la tradición peronista. Es una novedad extraordinaria”. Maristella Svampa (en Natanson 2004:113), por su parte, ve en el programa kirchnerista una productividad política limitada, ya que no propone una redefinición de fondo de las relaciones entre economía y sociedad y se coloca en “peligrosa continuidad” con los gobiernos anteriores en términos de modelo socioeconómico. Esto no significa –afirma Svampa– que sea exactamente “más de lo mismo” pero tampoco es el portador de un proyecto disruptivo o contra-hegemónico. Más allá de “las rípidas controversias” que ocasionalmente se susciten con los representantes del FMI, Atilio Borón (2005:51) encuentra en el modelo kirchnerista una “pertinaz firmeza del neoliberalismo”, que puede verificarse fundamentalmente en la inmutabilidad de un patrón distributivo de ingresos y rentas extraordinariamente desigual y regresivo, y en la vigencia de parámetros macroeconómicos fundamentales

instituidos durante los años noventa como las privatizaciones de los hidrocarburos y la desregulación y liberalización de los mercados.

En relación con ello, el análisis discursivo de la palabra pública del ex presidente Kirchner nos permite demostrar que la «refundación» kirchnerista logra articular hegemoníicamente efectos de memoria<sup>43</sup> del interdiscurso del bienestar, entendido éste como realización del *soñar* nacional, con un discurso global de gobernabilidad democrática liberal, permitiéndole al enunciador establecer una crítica de y ruptura con el «modelo neoliberal» y, paralelamente, inscribirse en continuidad y meridiana coherencia con el sistema capitalista global.

Denominamos *lógica realista del consenso* al modo en que el enunciador intenta conciliar discursivamente las tensiones entre la eficacia aglutinante del interdiscurso del bienestar –la Patria Peronista como referente ideal y real de la «identidad nacional» (síntesis mnemónica de la Argentina soñada por los «padres fundadores», «los pioneros» y «su generación»)– y el discurso internacional de la gobernancia (cf. Brunelle 2008), cuyo núcleo ideológico podría resumirse en una gobernabilidad democrática viable, basada en la sustentabilidad interna y en la calidad institucional.

Engarzando imágenes de sí a menudo en tensión, aunque eficaces en su complementariedad, Kirchner busca conciliar durante su primer año de gobierno el imaginario de la Patria peronista, asociado a un capitalismo nacional, el desarrollo de una industrialización liviana, el pleno empleo y los derechos sociales, con un modelo que podría apuntarse con el nombre de *Patria promotora*, que recupera la semántica internacional de la *governance*. Resultan centrales al respecto términos como «viabilidad», «calidad institucional», «consenso», «desarrollo sustentable», «accesibilidad», «prestación de servicios», «transparencia» y «Estado promotor». El desafío de esta conciliación pasa por lograr integrar una matriz estado-céntrica en una matriz mercado-céntrica (cf. Kasman 2007), esto es, recuperar el papel del Estado como agente político sin alterar en lo sustancial el funcionamiento autónomo del mercado.

---

<sup>43</sup> Estudiar los efectos de memoria es, en alguno de sus aspectos, estudiar la heterogeneidad constitutiva de todo emplazamiento enunciativo. Éstos resultan filtraciones semánticas que el interdiscurso regula en la inscripción de un enunciador dentro de una filiación discursiva. A partir de estos efectos, el sujeto enunciador se *descarga* de la demostración de la evidencia, ya que las condiciones de producción del enunciado han sido *borradas*, y recupera los efectos de realidad. Por su funcionamiento, las memorias discursivas garantizan un efecto imaginario de continuidad histórica, o, en otras palabras, la manutención de una narrativa coherente para una formación social en función de la reproducción/proyección de los sentidos hegemónicos (Mariani 1998:35). Su carácter estructurante estaría en su capacidad para *traducir* dentro de un campo semántico de la mismidad el acaecer del acontecimiento: la condición de lo legible en relación al propio legible.

El discurso kirchnerista evidencia en carne propia la contradicción entre la reivindicación de un modelo estatalista con pretensión de inclusión e igualdad social y la continuidad de un sistema que lleva inscrita en su propia lógica la concentración, centralización e internacionalización del capital y la exclusión progresiva de una enorme mayoría de ciudadanos. Lo que interesa aquí es describir cómo, a partir de un proceso discursivo, el kirchnerismo define, reformula y construye *una sintaxis capitalista después de una crisis capitalista*: los modos en que logra marcar un efecto de frontera con la «vieja Argentina» sin abandonar –incluso más, adhiriendo a– el sistema que la ha caracterizado y cuyas consecuencias han sido la creciente falta de sustentabilidad interna y el progresivo deterioro de las instituciones.

#### 4. 9 MEMORIA DEL BIENESTAR, GOBERNABILIDAD Y CONCEPCIÓN DEL ESTADO

La principal referencia de la memoria del bienestar dentro del discurso kirchnerista es la forma de concebir el Estado. La filiación interdiscursiva con la médula institucional del modelo de bienestar, el Estado benefactor, hace del papel del Estado una «actitud política»:

Para eso es preciso promover políticas activas que permitan el desarrollo y el crecimiento económico del país, la generación de nuevos puestos de trabajo y la mejor y más justa distribución del ingreso. Como se comprenderá el Estado cobra en eso un papel principal, en que **la presencia o la ausencia del Estado constituye toda una actitud política.** (25 de mayo de 2003)

La presencia del Estado se relaciona en las palabras de Kirchner con la promoción de «políticas activas» que tendrían por corolario «el desarrollo y el crecimiento económico del país, la generación de nuevos puestos de trabajo y la mejor y más justa distribución del ingreso». Se trata de un papel del Estado que recuerda a las mejores épocas peronistas, y que cobra relevancia respecto a la fase actual del mercado:

Sabemos que el mercado organiza económicamente, pero **no articula socialmente**, debemos hacer que el Estado ponga igualdad allí donde el mercado excluye y abandona. (25 de mayo de 2003).

Yo creo firmemente en las posibilidades de **las economías abiertas y el movimiento de la oferta y la demanda**, con **un Estado chico** pero que garantice la equidad y la inclusión social (...) (06 de mayo de 2004)

El plan se manifiesta en una política de ingresos centrada en **el funcionamiento** de los mercados, con **la menor interferencia posible** y la autorización de las facultades del poder público **para la corrección de las fallas del mercado en general.** (02 de septiembre de 2003)



La reivindicación del Estado pone en primer plano la posibilidad gubernamental de intervenir en el «mercado». Dicha intervención, no obstante, es concebida de manera secundaria o accesorio, dejando inmovible la perspectiva mercado-céntrica. Este fenómeno puede observarse en ciertas características lingüísticas predecibles, que tienen su origen en las representaciones dominantes del neoliberalismo. Así, una primera cuestión a considerar es que el «mercado» posee para el discurso kirchnerista una dinámica autónoma, con sus propias reglas y sus propias lógicas. En su representación, existe una ausencia de agentes sociales a cargo. Nadie falla o es responsable por lo que el mercado hace; simplemente, el mercado actúa: o se trata de un agente inanimado que «excluye y abandona» o de nominalizaciones que hacen desaparecer a los responsables («funcionamiento» (02/09/03), «movimiento de la oferta y la demanda» (06/05/04)). Una segunda cuestión es que ese agente autónomo está naturalizado como sistema social, inherente a la vida humana. Por esa razón, está representado en un presente atemporal y ahistórico: «el mercado organiza económica, pero no organiza socialmente», como un simple dato vital al que debemos responder («en un mundo que inexorablemente se vincula»). La tercera cuestión que aparece es que la presencia del Estado como «actitud política» significa para el kirchnerismo no un Estado benefactor a la vieja usanza sino «un Estado chico» que cumpla medularmente con una tarea: corregir al mercado en aquello que falle, articular aquello que éste no organice, garantizar la «equidad» y la «inclusión social» (06/05/04) allí donde el mercado excluya. No se trata de que la inequidad, la exclusión y la desigualdad sean constitutivos del «funcionamiento del mercado»; se trata de «fallas» o desequilibrios.

El mercado en sí mismo funciona y organiza; tiene, para Kirchner, un único problema: no «articula socialmente». Ese es, pues, el papel del Estado: suplir lo que el «mercado» no hace. Se trata de un *suplemento*, una *garantía*:

**Debemos contar con un Estado inteligente que establezca los límites precisos dentro de los cuales se desenvuelva la economía. Allí donde el mercado no es capaz de guardar equilibrio el Estado debe de estar presente.** No se trata de reponer el Estado voraz, deficitario, que consumió gran parte de los ahorros presentes y futuros de los argentinos, el Estado en representación del bien común debe ser **quien arbitre** en las relaciones sociales y económicas sin condenar al país a la soledad **en un mundo que inexorablemente se vincula.** Un Estado que no se instituya para favorecer a uno u otro sector de nuestra economía, pues de ese modo sólo se lo tergiversa y se corrompe. **El poder del Estado se establece por fijar las reglas de la competencia y sancionar a**

quienes las infringen **para articular** políticas que garanticen la equidad entre los agentes de los distintos mercados, **para garantizar** los derechos de los consumidores, **para restaurar** el equilibrio social en el mismo momento que se quiebra. (10 de julio de 2003)

El Estado en los discursos de Kirchner opera como un marco regulador en torno al funcionamiento autónomo del mercado. Su «poder» se establece por reglamentar la marcha de los diferentes «agentes» mercantiles y su obligación es arbitrar el correcto funcionamiento de la oferta y la demanda: «fijar las reglas», «sancionar», garantizar, «restaurar». Estamos ante un Estado «inteligente», cuyo proceder queda respaldado por la envergadura estadista del líder, garante institucional «de los justos, sensatos y necesarios equilibrios» (25/05/03).

El programa estatal del kirchnerismo resulta legitimado por un discurso mayormente didáctico («sabemos que el mercado organiza económicamente, pero no articula socialmente», «el mercado organiza económicamente, pero no articula socialmente», «no se trata de...», «El poder del Estado se establece por...») y descriptivo («el plan se manifiesta en una política de ingresos centrada en el funcionamiento de los mercados», «Ni el Estado benefactor que no nos sirvió, ni el Estado... »), en el que, sin embargo, no falta una fuerte carga prescriptiva («debemos hacer que el Estado», «Debemos contar», «el Estado en representación del bien común debe ser...») que responde, por un lado, a la excepcionalidad de la situación nacional y, por otro, a una concepción del capitalismo como único sistema posible. Estos componentes ubican al enunciador en una posición de saber y lo hacen ver como el hombre capaz de diseñar un modelo a la medida de la post-crisis. El aparato estatal de este diseño recibe en el kirchnerismo el nombre de «Estado promotor»<sup>44</sup>.

Juntos, el Estado y la gente, **para volver a tener un Estado promotor, presencial**, al que le duela lo que sufre nuestro pueblo. (6 de enero de 2004c)

El «Estado promotor» es un Estado que el enunciador presupone que ha existido y al cual es necesario «volver». Refiere a un Estado «presencial»,

---

<sup>44</sup> Este «Estado promotor» tiene mucho en común con el Estado ‘modesto’ del que habla Rancière en *El desacuerdo* (1996) y al que nosotros remitimos en el segundo capítulo de este trabajo. Como habíamos señalado anteriormente, el Estado ‘modesto’ es para Rancière un Estado que se legitima al declarar imposible a la política; un Estado que pone a la política como ausencia, preocupado por acrecentar su propiedad, para desarrollar los procedimientos de su propia legitimación. Se trata de un Estado domeñado por lo económico, que se limita a gestionar y administrar dentro los estrechos límites del capitalismo internacional. En el mismo sentido avanza Fairclough (en Wodak & Meyer 2003) al analizar las representaciones del cambio en la ‘economía global’. Según el autor (2003:187-8), el nuevo capitalismo puede considerarse como una reelaboración de la red de las prácticas sociales, en el que se da, en particular, una reestructuración de las relaciones entre los campos económicos y no económicos, que implica una extensa colonización de lo segundo por lo primero.

humano, al que debe dolerle el sufrimiento popular. Puede observarse aquí la antropofomización del Estado que trabajamos en los capítulos precedentes: el Estado, avalado por un líder humano capaz de verse afectado y conmovido por su pueblo, mira, escucha, camina, llega con su «mano reparadora» hasta «los pliegues más recónditos de la República» (19/06/03). A ese Estado –según Kirchner– es al que hay que volver, pero ¿de qué Estado se trata? Dijimos páginas atrás que el discurso kirchnerista sitúa el retorno a esa «gran nación» (26/07/03) en la Patria peronista del bienestar y su Estado benefactor (v. g. «sustitución de importaciones» (01/03/04), «justicia social» (25/05/03), trabajadores como «corazón vivo» (22/12/03b)); no obstante, el gobierno ancla su plan estatal en una prudente distancia de lo que considera dos extremos inútiles:

(...) les digo que es fundamental, hoy por hoy, juntar fuerza, juntar decisión, **volver a reconstruir con fuerza un Estado promotor, un Estado que vuelva a tener incidencia, volver a recuperar un Estado que esté al servicio de la gente. Ni el Estado benefactor que no nos sirvió, ni el Estado que lo han hecho desaparecer aquellos que no quieren Estado para hacer sus negocios.** Nosotros queremos un Estado que proteja los intereses del pueblo argentino, que proteja los intereses de los más débiles, que proteja los intereses de los que no tienen nada, que proteja los intereses de los que quieren vivir en una Patria con dignidad y con Justicia. (18 de mayo de 2004b)

Dado que el enunciador presupone como marco de su argumentación la existencia anterior de un «Estado promotor» («volver a reconstruir», «un Estado que vuelva a tener incidencia», «volver a recuperar»), es menester preguntarse qué Estado fue ese y a qué experiencia nacional remite. Posiblemente, la mayoría de los argentinos tendería a ligar este imaginario con el Estado benefactor del peronismo clásico. Huelga destacarlo, el enunciador nada dice ni brinda un ejemplo a tomar en cuenta. Solivianta la idea de un retorno pero lo ubica en un espacio-tiempo imposible de definir.

El «Estado promotor» aparece como una figura inusualmente comprimida por la sombra del interdiscurso social. El enunciador intenta recuperar un Estado que puede sugerir pero no definir. Se trata de una representación que debe encontrar el 'justo medio' viable entre posiciones antagónicas difícilmente conciliables, cada una de las cuales observa al nuevo proceso con cierto desdén y escaso crédito. La doble negación («Ni el Estado benefactor... ni el Estado que lo han hecho desaparecer») define la posición del locutor como una tercera opción y evidencia la huella de ciertos interdiscursos sociales de los que el kirchnerismo busca distanciarse<sup>45</sup>: ni el Estado de

<sup>45</sup> La mayoría de los enunciados negativos –de acuerdo con Ducrot (1986:219-22)– hacen aparecer su enunciación como el choque de dos actitudes antagónicas, una positiva, imputada a un enunciador E<sub>1</sub>, y la

Bienestar, que para los demócratas liberales lleva en sus genes rasgos populistas y clientelistas; ni el Estado 'mínimo' neoliberal, que ha dejado gravado en el recuerdo de las mayorías el deterioro progresivo del país.

El kirchnerismo es una fuerza política en la que confluyen la necesidad popular de un Estado presente y la subsistencia de un discurso liberal en el que la intervención estatal huele a corrupción y favoritismo. Coexisten, por esa razón, en las alocuciones presidenciales un cúmulo de buenas intenciones con residuos semánticos del capitalismo más salvaje. Sobrevive, por ejemplo, la idea de que todo lo malo del capitalismo debe adjudicarse a agentes heterónomos que hacen «desaparecer» el Estado «para hacer sus negocios». Asimismo podemos observar la contradicción flagrante entre un gobierno que, por un lado, pretende un Estado «que proteja los intereses del pueblo argentino, que proteja los intereses de los débiles, que proteja los intereses de los que no tienen nada», y por otro, un Estado «que no se instituya para favorecer a uno u otro sector de nuestra economía, pues de ese modo sólo se tergiversa y se corrompe».

La noción de «Estado promotor» vendría a terciar en la palabra kirchnerista entre el temor liberal a la intervención dirigida y el temor popular al Estado desertor. La tarea de este Estado es hacer las veces de guardián del mercado: su papel no es proteger a los diferentes actores sociales, sino proteger al mercado porque de su bienestar se deduce el bienestar de los distintos agentes. El correcto funcionamiento del mercado tendría por colofón el bienestar de todos los sectores. En esta perspectiva, la racionalidad del Estado kirchnerista se funda en el arbitraje («debe ser quien arbitre»), una suerte de testigo para regular lo que Jorge Alemán (2009) denomina “la economía política del goce” del capitalismo<sup>46</sup>. Tal es así que el «Estado promotor» busca su definición entre lo que el presidente considera dos experiencias históricas recurrentes, dos polos extremos de una «una auténtica manía nacional»:

Por supuesto no se trata de poner en marcha, una vez más,  
**movimientos pendulares que vayan desde un Estado omnipresente**

---

otra, que es una negativa de la primera, imputada a E<sub>2</sub>. La doble negación polémica que Kirchner realiza lo pone entre dos enunciadores, imposibles de homologar con el autor de algún discurso efectivo: uno, que diría ‘El Estado promotor del kirchnerismo es el Estado benefactor’; por lo tanto, es populista y clientelista; y otro, que diría ‘El Estado promotor del kirchnerismo es el Estado de los noventa’, por lo tanto, habrá más desocupados, más desigualdad social y más crisis.

<sup>46</sup> Retomamos aquí los planteos que Alemán ha venido trabajando en torno a la configuración de una izquierda lacaniana en el discurso capitalista contemporáneo, en diferentes artículos (p. e. “Nota sobre una izquierda lacaniana”, en la web *Rayando los confines*) y libros (p. e. *Derivas del discurso capitalista. Notas sobre psicoanálisis y política* (2003) y *Para una izquierda lacaniana. Intervenciones y textos* (2009)). Por “economía política del goce”, Alemán refiere la puesta de todo el ‘ser de lo ente’, en la amalgama entre capitalismo y Técnica, para ser emplazado como mercancía, haciendo del inconsciente “un mero ciframiento de la plusvalía del goce” (en *Para una izquierda...*, p. 17).

**y aplastante de la actividad privada a un Estado desertor y ausente, para retornar continuamente de extremo a extremo, en lo que parece ser una auténtica manía nacional que nos impide encontrar los justos, sensatos y necesarios equilibrios. (25 de mayo de 2003)**

El «Estado promotor» del discurso kirchnerista se despliega sobre una indefinición espacio-temporal, entre el recuerdo del bienestar, la herencia neoliberal y la continuidad de un proyecto capitalista. Desde la óptica del enunciador, la historia gubernamental argentina podría resumirse en el vaivén irracional entre un «Estado omnipresente y aplastante» y un «Estado desertor y ausente», cuyo resultado ha sido la incapacidad para lograr un Estado verdaderamente inteligente, un «Estado promotor». Y sin embargo, es a este Estado equilibrado *nunca encontrado*, a este Estado que extrañamente nunca existió, al que –según el propio Kirchner– hay que volver: «volver a reconstruir con fuerza un Estado promotor», «volver a recuperar un Estado que esté al servicio de la gente» (cf. 18/05/04b).

Como se desprende de esta incongruencia, coexisten en los discursos públicos de Kirchner el deseo de un Estado nuevo, «inteligente», «promotor», con el espectro de un Estado que hay que repetir. Esta paradoja, que compendia proyectos desemejantes de lo estatal, habla de la *indecidibilidad* del enunciador para responder explícitamente a ciertos programas que su propio discurso sugiere. Evidencia lo que nosotros hemos intentado caracterizar con el nombre de *erótica del partidismo*: un discurso que intenta construir su legitimidad afiliándose en una memoria del bienestar como la del peronismo clásico, que le reporta una alta ganancia simbólica, y al mismo tiempo mitigando esa filiación en función del ejercicio transversal de gobernabilidad.

Las razones por las que este interdiscurso del bienestar resulta atenuado deben buscarse en una doble dirección: hacia un lado, en el hecho de que el kirchnerismo procura evitar la cautividad de la propia fuerza identitaria del peronismo y tener la suficiente legitimidad para desarrollar su convocatoria «transversal»; hacia otro, en el modo que éste tiene de regular la flagrante contradicción entre la tendencia fuertemente industrialista del modelo benefactor (los trabajadores como «corazón vivo de la Patria», el modelo de sustitución de importaciones, los derechos sociales) y la tendencia post-industrialista del discurso liberal de la gobernanza, que hace del «corazón vivo» un órgano innecesario para el funcionamiento y la expansión del capitalismo.

Asimismo, no obstante, las razones por las que esta memoria sobrevive y determina en gran medida la palabra presidencial deben leerse a la luz de dos fenómenos: en primer lugar, la memoria del bienestar resume –como dijimos– la continuidad del *soñar* nacional y le permite al enunciador, en la

onírica síntesis de su recuerdo, inscribirse en una doble posición enunciativa: la del militante socialista y la del realista / pragmatista; en segundo lugar, esta memoria tiende a recuperar una imagen del capitalismo nacional, totalmente extemporánea pero efectiva, que genera fuertes expectativas en torno al universo del trabajo, en una situación de post-crisis que pone sobre el tapete la disfuncionalidad creciente de lo que José Nun (2000) había denominado tempranamente la "masa marginal"<sup>47</sup>.

El punto justo de la *raison d'État* es para Kirchner un «Estado promotor» que *adelgace* el «Estado omnipresente y aplastante». Una suerte de estilización del aparato, que acentuaría el "activismo gerencial" con que Kirchner intenta dotar a las instituciones<sup>48</sup>. La antropomorfización del cuerpo estatal, cuya humanidad destacamos, refuerza también una cierta *dietética* de la gestión en el discurso kirchnerista: un Estado «ágil, dinámico, que llegue en el momento oportuno» (07/10/03) se opone a un Estado «voraz, deficitario» (10/07/03), «benefactor y adiposo» (13/05/04). La *silueta estatal* representa, podríamos decir, una perspectiva eficientista que las metáforas corporales no hacen más que evidenciar. A diferencia de este Estado *obeso*, el «Estado promotor» es un «Estado chico» que oficia de «testigo»:

Y obviamente también sé que todo el proceso que se llevó delante de privatización de esta área dejó absolutamente desprotegido al Estado argentino, tarea que me voy a ocupar de remediar; no para volver a aplicar viejas metodologías del pasado, sino por el contrario, para **tener la presencia de un Estado promotor, testigo**, que definitivamente impida que vivamos este tipo de circunstancias. (22 de abril de 2004)

La imagen médica de Kirchner debería entenderse como la conjunción de un inmunólogo y un nutricionista: debe defender un cuerpo «desprotegido» y adelgazar un cuerpo «adiposo». Esta delgada línea de la salud estatal cuya cura es la figura efébrica del «Estado promotor» tiene por finalidad ofrecer a los argentinos un «testigo» que oficie como garantía del funcionamiento autónomo del mercado. Así como la figura del árbitro mencionada en apartados anteriores, la figura del «testigo» deja al Estado en una posición de observancia respecto de la relación entre el mercado y los actores sociales: el

<sup>47</sup> Por "masa marginal", debe entenderse el momento en que la masa obrera sobrante deja de ser un funcional "ejército industrial de reserva" para tomarse el principal obstáculo del sistema capitalista para su supervivencia. La tesis de Nun, expresada de manera epigramática en su título "El fin del trabajo y la 'masa marginal'" (2000), hace referencia al momento en que el porcentaje de desempleo deja de ser funcional a la acumulación capitalista y se convierte en un obstáculo para su supervivencia.

<sup>48</sup> La expresión "activismo general" ha sido tomada de lo que Charaudeau (2006:302) llama "fusión de los imaginarios de verdad". Según el autor, esta fusión, propia de los discursos políticos contemporáneos, recupera la idea dominante de impotencia del Estado en relación a las fuerzas de la economía: "(...) los partidos se reencuentran en una reacción centrista común, que reza un 'activismo gerencial' para intentar conjugar las exigencias de una economía de mercado con una equidad social".

testigo, como el árbitro, no está a favor ni en contra de nadie. Representa una idea de justicia que asocia al Estado a un lugar de imparcialidad, y en el cual cualquier intervención debe ser demostrada a la luz de un error de las partes implicadas.

El «Estado promotor» es, por si hiciera falta decirlo, un Estado eminentemente capitalista. Todo el razonamiento en torno a su estatuto aparece en el discurso de Kirchner como el resultado de un saber que está más allá de toda ideología y que entiende al capitalismo –según señalamos– como «aspecto sustancial de la condición humana». La antropofomización del Estado deber ser leída, en este sentido, como una consecuencia directa de la humanización que rige el mundo ético de la «refundación». Así como el ethos de racionalidad legítima en el discurso kirchnerista un Estado serio y realista, alejado de cualquier «manía», el ethos humanista de Kirchner certifica la sensibilidad del Estado que gobierna: la afección que lo recorre, la cercanía que traza, los sentimientos que comparte, los pesares que lo invaden.

La humanización del «Estado promotor» asegura un capitalismo finalmente humano, más cuanto que la inhumanidad del modelo anterior era fruto menos del sistema que de los gobiernos (v. g. la «logia de vampiros», «la falta de humanidad» de «quienes ejercieron el poder en forma antidemocrática» (22/08/03)). Para garantizar esta humanidad, el enunciador debe mostrar un ethos humano que articule la eficiencia del pragmático y la convicción de un militante, la distancia de la seriedad y la cercanía del afecto. El presidente deviene así garante de un Estado «al que le duela lo que sufre nuestro pueblo» (06/01/04c), preocupado por «los intereses de los más débiles» (18/05/04b) y defensor de «aquellos hermanos y hermanas que más sufren» (07/07/03).

El discurso kirchnerista reformula y mitiga ciertos significantes del imaginario del bienestar y los entronca con “las particulares características de aparición del lenguaje en el nuevo capitalismo” (Fairclough, en Wodak & Meyer 2003). Su «Estado promotor» representa acabadamente lo que Fairclough ha denominado el ámbito del ‘deber ser’ de las respuestas nacionales al ámbito del ‘ser’ del cambio mundial: un gobierno que, alejado de toda «actitud de benevolencia», debe garantizar a los argentinos «prestaciones» de «accesibilidad» y «justicia». En cuanto a la «accesibilidad» (v. g. 25/05/03, 01/03/04), el deber del Estado es igualar:

**Sabemos que** el mercado organiza económicamente, pero no articula socialmente, **debemos hacer que el Estado ponga igualdad** allí donde el mercado excluye y abandona. (25 de mayo de 2003).

Los procesos políticos que estas respuestas involucran, a diferencia del carácter autónomo del mercado, tienen agentes sociales responsables (v. g. «Debemos hacer...»), cuya voluntad y energía resultan expresadas en verbos del tipo “crear”, “promover”, “construir” o sustantivos como convicción, fuerza y coraje. Tales características de las representaciones lingüísticas, tan caras a la globalización capitalista, se ligan en la enunciación kirchnerista con la reformulación y trastrocamiento de ciertos significantes del interdiscurso del bienestar.

La expresión “poner igualdad”, en el último fragmento, por caso, no indica la búsqueda de una igualdad efectiva sino la «posibilidad de acceso» a la igualdad:

Es el Estado el que debe actuar como el gran reparador de las desigualdades sociales en un trabajo permanente de inclusión y creando oportunidades **a partir del fortalecimiento de la posibilidad de acceso** a la educación, la salud y la vivienda, **promoviendo** el progreso social basado en el esfuerzo y el trabajo de cada uno. (25 de mayo de 2003)

(...) debe poder verse con claridad que el Estado tiene actuación concreta como reparador de las desigualdades sociales, que **obtiene resultados incrementando la inclusión social y la creación de oportunidades**. (11 de diciembre de 2003b)

Acerca del primer fragmento, debemos decir que la «posibilidad de acceso» a la igualdad no garantiza igualdad real sino *formal* y desconoce las desigualdades materiales de origen. La «igualdad», paradójicamente, deja de ser un derecho social para volverse una responsabilidad individual: la educación, la salud, la vivienda, el trabajo no son derechos constitutivos de la condición humana sino una prestación del Estado. Que el «progreso social» esté basado en el esfuerzo individual implica no sólo el *olvido* de las condiciones materiales originarias diferenciales, sino además que el éxito o el fracaso de cada individuo corre por cuenta propia, según «el esfuerzo y el trabajo de cada uno». En el segundo fragmento, el Estado tiene por función incrementar la «inclusión social y la creación de oportunidades». La relación entre estos fenómenos es de precedencia. Crear oportunidades tiene por objetivo incluir socialmente, pero no toda oportunidad necesariamente incluye. La inclusión es, por decirlo así, el aprovechamiento de la oportunidad. Este es un primer aspecto a considerar. Incrementar «la creación de oportunidades» no significa incrementar la inclusión, ya que aquella no tiene un correlato directo sobre ésta: una o un millón, las oportunidades no son derechos. Que la función del Estado sea incrementar oportunidades o posibilidades de acceso quiere



decir en primera instancia que el Estado renuncia a intentar asegurar la «igualdad», la educación, la salud, la vivienda, para conformarse con abrir un abanico de ocasiones a ser aprovechadas por individuos que deben demostrar que son merecedores del acceso.

La presencia interdiscursiva de la memoria del bienestar (la «igualdad», el «progreso social», el valor del «trabajo y el esfuerzo») resulta regulada hacia el interior del discurso kirchnerista por ciertas características lingüísticas de lo que Fairclough (en Wodak & Meyer 2003) llama el lenguaje del nuevo capitalismo. De esta manera, en el discurso de Kirchner las afirmaciones sobre el mercado aparecen categóricamente representadas como verdades desmodalizadas, como la afirmación de simples obviedades que parecerían dar por sobreentendido, cuando no es lisa y llanamente expresado, un 'como todos sabemos'. Podemos dar evidencia de ello en la totalidad de los fragmentos precedentes, dos de los cuales comienzan con «Sabemos» y «Como todos sabemos», y en los que el componente prescriptivo de lo político («debemos hacer que el Estado ponga igualdad», «Es el Estado el que debe actuar», «el Estado debe mostrar») aparece subordinado al orden de un saber colectivo que naturaliza el relato y lo vuelve objetivo. Las recurrentes nominalizaciones, por otro lado, coadyuvan a desarrollar un lenguaje estereotipado en el que se tejen relaciones entre objetos preconstruidos («fortalecimiento de la posibilidad de acceso», «inclusión social», «creación de oportunidades»), borrándose toda huella de los agentes implicados. Por último, un vocabulario de la convicción y la energía crea la imagen de un Estado proactivo, capaz de asumir su 'deber-ser político' («trabajo permanente» «creando oportunidades» «creación de oportunidades», «promoviendo el progreso social», «gran reparador de las desigualdades sociales»), frente a un mercado que resulta autónomo e inexorable.

Dijimos que la primera misión del «Estado promotor» respecto de la igualdad es otorgar «accesibilidad». Su segunda tarea, complementaria con aquella, es promover la «inclusión social»:

**Queremos construir un capitalismo serio (...) Capitalismo que cuente con un Estado inteligente, que pueda estar presente para corregir males que el mercado no repara, capitalismo con inclusión social. (06 de mayo de 2004)**

La 'absolución' del mercado alcanza en el discurso presidencial una llamativa presencia que la fórmula «capitalismo con inclusión social» hace evidente: el «Estado inteligente» del kirchnerismo debe «corregir» los «males que el mercado no repara». Por males, debemos entender, dado el lema corto

y efectista de cierre, la exclusión social. Es interesante observar que estos males preexisten al mercado, y que éste resulta distante en lo que a causas y consecuencias refiere. La tarea del Estado es reparar aquello que el mercado no repara, aunque –se sobreentiende– tampoco genera; como si dijéramos: la esencia del mercado es existir. En este contexto, ¿qué significa «inclusión social»? El enunciador nunca lo define explícitamente, pero a cambio define los modos de inclusión que su gobierno está llevando adelante, allí «donde el mercado excluía y el Estado ajustaba»:

**Hemos puesto proa** a la solución estructural de los problemas allí donde los problemas están, justicia y verdad con memoria donde no la hubo, presencia allí donde el Estado se había ausentado, inversiones allí donde siempre se pretextaba imposibilidades, transparencia allí donde se practicaba el oscurantismo interesado, **contención y asistencia allí donde el mercado excluía y el Estado ajustaba**, dignidad y defensa de lo nuestro allí donde se cedía desvergonzadamente. (11 de diciembre de 2003b)

El carácter fundacional que Kirchner confiere a su proyecto puede advertirse en la metáfora de un barco a la deriva que encuentra su rumbo («hemos puesto proa»). Éste debe ser entendido a modo de «solución estructural de los problemas allí donde los problemas están». La «contención» y la «asistencia» aparecen como soluciones para el ajuste y la exclusión, y recuperan la idea de un Estado protector, «el gran reparador de las desigualdades»:

Profundizar la **contención social** de las familias en riesgo, garantizando **subsidios al desempleo y asistencia alimentaria**, consolidando una verdadera red federal de políticas sociales integrales para que **quienes se encuentran por debajo de la línea de pobreza puedan tener acceso a la educación, la salud pública y la vivienda**. (25 de mayo de 2003).

El Estado en un rol protector, acompañado por la participación ciudadana, se constituye **en el mejor garante de accesibilidad** dando **cobertura directa** a los sectores etarios más vulnerables. Ejerciendo un rol promotor estimula las iniciativas de las personas, familias e instituciones para su desarrollo, concibiendo la generación de ingresos como un eficaz integrador social. (1 de marzo de 2004)

En sus discursos públicos, Kirchner ofrece una imagen ambigua en la tensión democrática entre el modelo keynesiano del bienestar y el modelo liberal de la gobernabilidad. Por un lado, recupera significantes propios del peronismo clásico y los integra en un imaginario de centro-izquierda, preocupado por la desigualdad social y la injusta distribución de la renta. Por otro, hace suya la superposición hegemónica entre democracia y capitalismo liberal que constituye de raíz el discurso de la gobernancia. Nacido en los años

setenta precisamente como respuesta a los 'excesos democráticos' del «voraz» Estado benefactor (cf. 10/07/03), el interdiscurso de la gobernabilidad genera en el discurso de Kirchner las condiciones para que el enunciador pueda *disolver* la tensión entre el carácter excluyente del capitalismo y el carácter incluyente de la democracia. Es en este sentido que el politólogo Boaventura de Sousa (en Borón 2006:290) afirma que "la democracia empezó a ser un régimen que en vez de producir redistribución social la destruye. Una democracia sin redistribución social no tiene ningún problema con el capitalismo; al contrario, es el otro lado del capitalismo, es la forma más legítima de un Estado débil".

El «Estado inteligente» del kirchnerismo reserva para sí dos roles complementarios que el léxico presidencial pone en evidencia: un rol protector, según el cual el Estado debe garantizar, consolidar, dar cobertura, contener, y un rol promotor, según el cual debe estimular y generar iniciativas. El complemento entre estos roles deja en claro que la noción de protección cobra en Kirchner la forma de una promoción, en la cual los sectores más vulnerables obtienen menos la reivindicación de sus derechos sociales que una suerte de estímulo o incentivo cuya buena voluntad es tan modesta como el Estado mismo.

La «contención social» y la «cobertura directa» refieren a un marco de «accesibilidad» que garantiza, como dijimos acerca de la categoría de igualdad, un equilibrio formal antes que efectivo. La articulación social que el Estado ofrece allí donde el mercado sólo organiza es la de crear posibilidades para acceder a sus prestaciones: educación, salud, vivienda, trabajo. El marco regulador de esta «accesibilidad» reenvía a lo que el discurso kirchnerista denomina un «servicio de justicia»:

Hemos dicho que tenemos como ideal **la prestación desde el Estado de un servicio de justicia próximo al ciudadano**, con estándares de rendimiento, de eficiencia y de equidad que garanticen una real seguridad jurídica para la totalidad de los habitantes de nuestra Patria, cualquiera sea su condición económica y social. (19 de junio de 2003)

La preocupación por la «real seguridad jurídica» y el ideal de prestación de un servicio de justicia demuestran cuán embebido está el discurso presidencial de la semántica de la *governance*. «Rendimiento», «eficiencia», «equidad» forman parte de un discurso que encuentra en la autonomía del mercado una justa regulación y en un Estado confiable, transparente y previsible el aliado político ideal. La credibilidad, la seguridad jurídica, la eficacia, la estabilidad, la «cristalinidad» y la reducción a cero de la conflictividad social son indicadores que integran las dimensiones de

governabilidad según el Instituto del Banco Mundial (cf. Molina Blandón, en Brunelle 2008:59-88).

Teniendo en cuenta los fragmentos citados en este apartado, podemos hacer patente qué es lo que distancia al «Estado promotor» de lo que Kirchner define como un Estado «voraz», «adiposo» y «aplastante»: el hecho de convertir a los derechos sociales del Estado de Bienestar en «prestaciones» y «servicios». La *grasa* del Estado estaría en sus obligaciones sociales, y así como el kirchnerismo garantiza a los argentinos la presencia de un Estado humano al que le duele el sufrimiento del pueblo, también garantiza un Estado que ofrece a los ojos del capital un cuerpo *atlético*, eficiente, ágil y dinámico.

Los derechos sociales de los ciudadanos, en continuidad con el discurso neoliberal, dejan de ser una obligación estatal para volverse un estímulo, un favor, una indulgencia. Cuando la garantía de protección se convierte en garantía de promoción, el Estado renuncia a toda épica y hace de su modestia virtud cardinal. Esta es la renuncia que hay que analizar. La legitimación de nuestros gobiernos –afirma Rancière (1996:143)– encuentra su fundamento en una demostración de capacidad que se resuelve como demostración de impotencia. Ante el desinterés en o la imposibilidad de garantizar la educación, la salud, el abrigo y la alimentación del pueblo, la desarticulación social del «mercado» se soluciona en el kirchnerismo mediante la concesión de servicios: «la prestación de un servicio de justicia próximo al ciudadano», «el sistema de prestación del servicio educativo» (25/05/03), «la prestación de los servicios públicos» (01/03/04), «el acceso a los niveles de prestación de salud básicos y a los medicamentos esenciales» (24/05/04)<sup>49</sup>. Para el discurso de Kirchner, la prestación de servicios reemplaza la garantía de los derechos sociales. Esa es la razón por la cual su Estado arbitra y promueve, regula y promociona; no decide, sugiere; no asegura, promueve; su modestia alcanza el vano título de la impotencia.

#### 4. 10 EL «CAPITALISMO EN SERIO»: NEOLIBERALISMO NO ES CAPITALISMO

---

<sup>49</sup> Eduardo Grüner, en *La cosa política o el acecho de lo real* (2005:364), refiere a esta resignación estatal desde el punto de vista del pueblo. Según el autor, el pedido de inclusión social de los sectores desfavorecidos adquiere el estatuto de ese realismo propio del Mayo francés, según el cual ser realista es pedir lo imposible: “¿Pretenden ser ‘incluidos’ en el sentido tradicional? Sí, claro: piden trabajo, ganar un salario, ser tenidos en cuenta por el sistema, aunque sea (como se dice a veces con un asombro un poco estúpido) para ejercer su ‘derecho’ a ser explotados. Es ese este sentido que se puede decir que su política es meramente ‘defensiva’. Pero, por otra parte, saben –aunque no lo ‘sepan’– que en los límites de este sistema, están pidiendo un imposible (son, por lo tanto, ‘realistas’, en un estilo más radical que el de Mayo del 68: pidiendo lo mínimo que el propio sistema, en su propio interés, debería darles, desnudan la realidad de un sistema impotente para funcionar según sus propias reglas)”.

La convivencia en el cuerpo presidencial de imágenes que responden a las demandas sociales de seriedad, honestidad y moderación con los aires renovadores e intransigentes de un cierto espíritu setentista, la *cohabitancia* de un cariz humanista, ligado al sentir popular, y de un rostro pragmático, allegado al más raso de los realismos, hacen verosímil en el discurso kirchnerista la presencia de un Estado a la vez protector y eficaz, que habría de regular con éxito posible la imbricación de capitalismo, democracia y calidad de vida.

El «Estado promotor» representa a nivel estructural lo que el cuerpo presidencial representa en su performance pública con los diferentes actores políticos: la armonía posible entre las promesas básicas de la democracia y la dinámica autónoma del mercado. A diferencia del Estado *desaparecido* de los noventa, aunque a la luz de su experiencia, el Estado *adelgazado* de Kirchner sintetiza el deber-ser de lo nacional en el horizonte de la globalización, teniendo en cuenta la fragilidad de la forma *nación* sin la regulación mínima de un aparato estatal eficiente.

La ética ambivalente de la figura presidencial resulta garantía del tipo de Estado que permite, a modo de cuerpo expandido, legitimar una sintaxis capitalista en el corazón mismo de la tormenta neoliberal. En sus discursos públicos, Kirchner procura redefinir de manera hegemónica lo que son *realmente* «mercado» y «capitalismo», en contraposición al «modelo» neoliberal de la «vieja Argentina». El proyecto de Kirchner, desde esta perspectiva, es coherente con una posición de centro-izquierda que, al decir de Emilio De Ípola (2003), permanece dentro de los marcos de las relaciones de producción capitalistas, sin pretender destruirlas, ni siquiera gradualmente<sup>50</sup>. Para Kirchner, las «recetas» anteriores, con su compulsión por el ajuste, no han hecho otra cosa que contrariar el *verdadero* funcionamiento del capitalismo:

(...) no es que no haya plan, lo que pasa es que el plan que hay no les gusta a **esos raros capitalistas** que se declaran como tales pero no quieren ni creen en la competencia ni en el riesgo empresario ni en las reglas claras y transparentes ni en el consumo masivo. (...) Raros capitalistas que **no creen en el consumo como motor de la economía y demandan achicamiento de salarios para mejorar supuestamente la situación del país**. ¿O será que propugnan un capitalismo donde sólo consuman ellos? (02 de septiembre de 2003)

El extraño móvil de los «raros capitalistas» debe ser entendido a la luz de lo que el presidente considera que es el capitalismo. La pregunta retórica

---

<sup>50</sup> Ser de izquierda implica –para el psicoanalista Jorge Alemán (2009)– “insistir en el carácter contingente de la realidad histórica del capitalismo”, esto es, “no dar por eterno el principio de dominación capitalista”, aun cuando su alternativa ya no pueda ser nombrada como socialismo.

del final pone en escena la excluyente razón de esa rareza y plantea la contradicción profunda entre la esencia del capitalismo, un sistema en el que todos pueden consumir, y lo que esos agentes creen (o quieren hacer creer) que es: «un capitalismo donde sólo consuman ellos». El problema, así planteado, es claro: estos «raros capitalistas» no quieren ni creen en el verdadero capitalismo, el «capitalismo en serio», que el enunciador defiende y cuya esencia es incuestionable. La oposición entre estas dos formas del sistema, la neoliberal y la nacional, redundando en la deslegitimación del modelo post-dictatorial y de los «raros» agentes que lo han implementado, absolviendo al sistema como tal, cuya legitimidad y justicia Kirchner avala con sus aires de seriedad y honestidad, en el marco de un Estado también serio, honesto y cristalino.

El enunciador presidencial *absuelve* al capitalismo en tanto capitalismo por tres razones: porque lo que ocasionó la crisis finalmente no fue el capitalismo, sino un *raro* capitalismo;

**Si hubiéramos hecho capitalismo en serio**, podríamos haber construido un país normal, no nos hubiéramos endeudado hasta la exageración y no hubiéramos permitido que nuestros hermanos cayeran en la indigencia y la exclusión. (1 de marzo de 2004)

...porque deja incólume el funcionamiento autónomo del mercado, implantado en el país durante la última dictadura, y lo *naturaliza* como «sistema de ideas» siempre igual a sí mismo, externo, imposible de modificar e inexorable:

El capitalismo como sistema de ideas ha prevalecido entre otras cosas porque el consumir y vivir mejor no es una buena teoría sino un aspecto sustancial de la condición humana. (1 de marzo de 2004).

...porque la memoria del bienestar funciona como imaginario de una aplicación auténtica del capitalismo en tanto «sistema de ideas». El ideal capitalista del kirchnerismo es sugerido por una memoria del bienestar que le asegura una alta eficacia incorporativa y que refuerza la legitimidad de una sintaxis capitalista en una situación de post-crisis capitalista:

Tenemos la oportunidad histórica de diseñar un proyecto nacional, un **modelo de nación** que integre las diversas regiones y que desde un **capitalismo en serio**, otorgue las **oportunidades de trabajo y de bienestar que nos merecemos**. (18 de noviembre de 2003)

La presencia activa de la memoria del bienestar en el discurso kirchnerista tiende a suturar la herida abierta en la crisis entre la vigencia del sistema capitalista y la posibilidad de pensar una nación soberana. Resulta

evidente el intento del enunciador por lograr articular «un capitalismo en serio» con un «modelo de nación» o «un proyecto nacional», creando un colectivo de identificación («Tenemos la oportunidad histórica»). Lo que está en juego es la posibilidad del discurso presidencial de hacer coexistir la dinámica capitalista con una idea colectiva de soberanía nacional:

Queremos por nuestra parte reconstruir en la República Argentina un **capitalismo serio**, no intentamos construirlo aislado de **la gran aldea que hoy es el mundo**, pero necesitamos darle primero plena sustentabilidad interna, sin ello no tiene sentido ninguna integración.  
(16 de octubre de 2003)

El enunciador intenta articular una propuesta de gobernabilidad respecto de la particular instancia nacional pero también del «mercado» como fenómeno capitalista mundial. Estamos nuevamente en la búsqueda de una coincidencia entre el ámbito del 'ser' del capitalismo global («la gran aldea que hoy es el mundo») y el ámbito del 'deber ser' de las respuestas nacionales a este fenómeno. El «Estado promotor» de Kirchner sería, pues, la forma en que este 'deber ser' nacional se encarna en el 'ser' *urbi et orbi* del capital, al tiempo que las convicciones, virtudes y valores del enunciador ofrecerían en conjunto una ética legítima del 'deber ser' del político argentino en sintonía con la valorada imagen administrativa del *homo economicus*.

Si hay un tema central que el discurso de Kirchner deberá *domar* en su proceso de articulación hegemónica hacia el interior del campo político argentino, ese tema será el capitalismo: ¿cómo lograr consenso acerca de un proyecto capitalista en un país donde el modelo capitalista anterior fue el generador de una crisis social con pocos precedentes? La suerte del gobierno se juega durante ese primer año en lograr que la crisis sea definida como una crisis del neoliberalismo y no como una crisis del capitalismo: una crisis de cierto tipo de capitalismo y no como la crisis de un modelo de desarrollo social que –según Sousa Santos (2009)– genera, en sus fundamentos, crisis periódicas, empobrece a la mayoría de las poblaciones que dependen de él y destruye el medio ambiente.

La propuesta de Kirchner en sus discursos públicos será oponer a la experiencia nacional compartida del capitalismo como sistema excluyente un «capitalismo en serio»:

La estrategia es **construir en nuestro país un capitalismo en serio**, con reglas claras en las que el Estado juegue su rol inteligentemente para regular, para controlar, para hacerse presente donde haga falta mitigar los males que el mercado no repara, poniendo equilibrio en la sociedad que permita el normal funcionamiento de un país. **Un capitalismo en serio**, donde importen las reglas y la calidad

institucional; **un capitalismo en serio** que asuma riesgos y nutra nuestro consumo a la vez que agresivamente coloque sus productos en donde los necesite el mundo; **un capitalismo en serio** en donde se combata el monopolio y la concentración para no ahogar las iniciativas de los pequeños y medianos emprendedores; **un capitalismo en serio** donde se proteja al consumidor y al inversor, con marcos regulatorios explícitos y transparentes de organismos de control ímputos; **un capitalismo en serio, un país normal**. (02 de septiembre de 2003d)

Todo aquello que corresponde al proyecto nacional es expresado bajo la fórmula del «capitalismo en serio» hasta el punto de que debe ser éste y no el país, el Estado o el gobierno el «que asuma riesgos y nutra nuestro consumo a la vez que coloque agresivamente sus productos en donde los necesite el mundo». La autonomía del capital adquiere en el marco de un Estado presencial el estatuto de una geografía en la que suceden hechos y acciones de las que nadie aparece como responsable, pero que, sin embargo, revisten la importancia de la gobernabilidad: «donde importen las reglas», «en donde se combata...», «donde se proteja al consumidor y al inversor».

El ser del capitalismo opera como territorio de operaciones del deber-ser nacional: el «capitalismo en serio» aparece como la condición *sine qua non* de un «país normal». En simultáneo, la verosimilitud de esta seriedad resulta eficaz solamente en la medida en que el «Estado promotor» lo sea y en la medida en que el propio Kirchner ofrezca de sí esos aires. La credibilidad del capital global en la poscrisis nacional parecería fundarse en la axiología ética del presidente: un «capitalismo en serio» es creíble en la medida en que el cuerpo expandido del líder, que ciertamente es el Estado, lo sea.

#### **4.10.1 LA VIABILIDAD. REALIDAD Y LÍMITE DE LOS SUEÑOS**

El cuerpo presidencial y el «Estado promotor» que representa garantizan un «país normal» en tanto y en cuanto éste se inscriba en el capitalismo global conservando para sí un cúmulo de virtudes que conjuga la memoria de una época dorada, cuya axiología no es otra que la que Kirchner propone para su «refundación», y la crítica a un modelo anterior en lo que tuvo de frívolo e inhumano.

La postura de Kirchner no altera en lo sustancial la concepción irreversible e inexorable del capitalismo como condición esencial de la identidad argentina. Sin embargo, la lección que la post-crisis le ha dejado ha sido la comprensión de que el deber-ser del proyecto gubernamental debe introducir en el ámbito del 'ser' del capitalismo un principio realista de «viabilidad», que dimensione el riesgo que corre la economía capitalista en su puro gozar (cf. Alemán 2009; Rozitchner 1998, 2000). El discurso presidencial



incorpora en el principio del placer del capitalismo el principio de realidad de la inviabilidad<sup>51</sup>. La gobernabilidad democrática y la viabilidad aparecen como exigencias recíprocas de una «refundación» nacional en el capitalismo global:

**El pasado reciente y la actualidad prueban día a día, a un altísimo costo, la fragilidad de los modelos que encandilados con los números de la macroeconomía, basados en el ajuste permanente y en la concentración del ingreso en unos pocos, generan la exclusión social de millones de hombres y mujeres de nuestro continente. Si la desigualdad gana la batalla no existe desarrollo sustentable. Sin desarrollo sustentable las crisis institucionales y las caídas de gobiernos democráticos seguirán siendo moneda corriente en nuestro continente. Gobernabilidad democrática está definitivamente vinculada con viabilidad económica e inclusión social.** (13 de enero de 2004)

La diferencia central entre el modelo neoliberal de la «vieja Argentina» y el «capitalismo en serio» del kirchnerismo es un saber acerca de la «viabilidad»: «el pasado reciente y la actualidad prueban día a día» el deber-ser de un «desarrollo sustentable». Las relaciones de causalidad que el fragmento establece entre la «exclusión social» y «las caídas de gobiernos democráticos» confieren a la noción de «gobernabilidad democrática» la prueba lógica de la exigencia de «viabilidad económica e inclusión social». Asociado a ellas, se va configurando en el discurso una imagen realista de Kirchner, en la que el enunciador, dando por asumida la perennidad del capitalismo, exhibe clara conciencia de las fortalezas y limitaciones de su proyecto.

La imagen realista del líder se inscribe en el límite entre el deber-ser nacional (en el contexto latinoamericano: «nuestro continente») y el ser del capital global, fundada en una modalidad aseverativa manifiesta («Gobernabilidad democrática está definitivamente vinculada con...»), capaz de expresar evidencias («prueban»), condiciones («Si la igualdad gana la batalla no existe desarrollo sustentable») y causalidades («Sin desarrollo... seguirá siendo...»). En ella se cifra, por así decirlo, una cierta didáctica del realismo,

---

<sup>51</sup> Sin la máscara de la «viabilidad», lo único posible sería el rostro *desvelado* del terror: la represión contra los trabajadores patagónicos a principios de los veinte, el bombardeo 'libertador' en Plaza de Mayo, la Triple A, los desaparecidos, la represión del 19 y 20 de diciembre de 2001, los asesinatos de Kosteki y Santillán en Puente Puyredón. Las tentativas de instaurar una democracia que se aproximase a un ideal, a aquello que se denominaba en los sesenta y setenta una 'vía no capitalista', llevaron invariablemente en la Argentina y en el mundo a un baño de sangre: un millón de muertos en la España republicana y cuarenta años de Franco, 200 mil en Guatemala y 50 mil desaparecidos, 3200 desaparecidos en Chile y miles de torturados y exiliados. El listado sería interminable si se le agregan los muertos y desaparecidos durante la Guerra Civil en El Salvador, Nicaragua y Haití. El terror –según Rozitchner (1998:22)– se presenta como fundamento último de todo poder social. La política y la guerra no son sino dos modalidades de una única y misma finalidad común: el dominio de la voluntad popular; considerada como el enemigo a sojuzgar.

que muestra un deseo (v. *infra* «Nosotros queremos hoy...» (23/10/03)) adaptado a los imperativos de la globalización; formas del deseo posibles de una ética de la convicción moderada y realista.

«Viabilidad» es el significante central de lo que podríamos denominar la *astucia* kirchnerista: suerte de saber que organiza la transacción concesiva del programa de la «refundación» a la luz de la prescripción de la crisis capitalista, esto es, la «viabilidad» como satisfacción mínima pero necesaria de las demandas sociales en beneficio de la sobrevivencia del capitalismo liberal.

El gobierno de Kirchner, en sintonía con un capitalismo nacional dañado, logra durante su primer año darle a cada uno lo suyo: a la ciudadanía, «consumo» y «derechos humanos»; a los sectores dominantes, la seguridad del aplacamiento de la cólera social; al capitalismo nacional, su propia sobrevivencia como sistema. Un «país viable» (01/03/04) es la entidad metacolectiva que expresa – como a escala corporal lo hacen los *ethé* del intransigente y del moderado, del soñador setentista y del realista pragmático– la tensión hacia el interior del discurso kirchnerista entre el imaginario del bienestar y el interdiscurso de la gobernancia. La «viabilidad» se juega en lograr el bienestar imperioso para hacer «sustentable» la continuidad del capitalismo nacional:

**Nosotros queremos hoy que cuando la Argentina crezca genere empleo y distribuya el ingreso de manera diferente, que genere inclusión. Ese es el proyecto que le va a permitir al país volver a ser viable y construir una Argentina solidaria entre todos, con un capitalismo serio, nacional y competitivo. Este es el gran desafío que tenemos por delante. (23 de octubre de 2003)**

**(...) todas las negociaciones, acuerdos y demás que tengamos que llevar adelante van a estar pensados en la viabilidad del conjunto del pueblo argentino, porque creemos que es imposible lograr acuerdos externos que no tengan sustentabilidad interna. Tiene que haber sustentabilidad interna con acuerdo externo para una Argentina viable. (11 de agosto de 2003)**

La importancia de la «viabilidad» en el ejercicio de la gobernabilidad se advierte en el predominio del nosotros gubernamental («Nosotros queremos...», «todas las negociaciones, acuerdos y demás que tengamos que llevar adelante», «creemos...»). Este nosotros ejerce su posición en relación con un fuerte componente prescriptivo («Tiene que haber...», «va a permitir», «es imposible») que indica el deber-ser del programa. La «sustentabilidad interna» expresa la forma que adquiere en el discurso kirchnerista la articulación social del mercado. La «viabilidad» se presenta como la cara inversa de la «inviabilidad» del «viejo modelo», cuya «fragilidad» debe ser

entendida por «la exclusión social de millones de hombres y mujeres» y «la concentración del ingreso en unos pocos»:

La **inviabilidad de ese viejo modelo** puede ser advertida hasta por los propios acreedores, que tienen que entender que sólo podrán cobrar si a la Argentina le va bien. (25 de mayo de 2003)

Aquella caída [la de 2001] es hoy, junto con otros fenómenos similares que se repiten en otras latitudes, y dramáticamente en nuestra región, nuestra casa grande, América Latina, **la muestra social más acabada de la inviabilidad de cualquier modelo** que desatienda la sustentabilidad interna para lograr integración al mundo de la globalización. (01 de marzo de 2004)

El ethos realista fusiona en el cuerpo presidencial un modo pragmátista de gestionar el Estado, que puede rastrearse tanto en el capitalismo tardío de los noventa como en el *Welfare State* nacido durante el peronismo clásico. El realismo es desde nuestro punto de vista la zona donde se intersecan la sustentabilidad interna y la calidad institucional del interdiscurso de la gobernabilidad y la memoria del bienestar de la Patria peronista. Cobra las más de las veces la forma de una respuesta o reacción, una *adecuación* deontológica gubernamental al espíritu de la época; en palabras repetidas, adecuación del deber-ser argentino al ser global, al capitalismo como sistema eterno.

El capitalismo global sigue siendo en los discursos públicos de Kirchner un dato inmodificable de la realidad, al que como país debemos responder: «debemos aceptar el desafío de la globalización pues no se puede construir un país aislado en la gran aldea mundializada» (18/11/03). La *astucia* enunciativa de Kirchner, empero, consiste en hacer de esta prueba de impotencia una demostración de inteligencia para los distintos agentes nacionales e internacionales. O en otras palabras: *injetar* interdiscursos que modalizan esta adecuación nacional al sistema global como un deber-ser deseado, como una ética de la convicción en la que se disocia la axiología promovida del sistema que la estructura.

La propuesta de «viabilidad» de Kirchner opera en una doble dirección: en un sentido, garantiza, en su recuperación de la memoria del bienestar, una preocupación popular por la «justicia social», la «inclusión social» y la «equidad distributiva» (cf. 18/06/03); en el otro, introduce un principio de realidad que funciona a modo de advertencia para los agentes del bloque dominante (acreedores, organismos internacionales, medios de comunicación, inversionistas, empresarios):

**Queda claro que no existe margen para recurrir a ajustes ni al incremento del endeudamiento.** No pagaremos deuda a costa del hambre y la exclusión de millones de argentinos, generando más pobreza y aumento de la conflictividad social para que el país vuelva a explotar. **Sería bueno que recordaran cuánto daban por sus acreencias en el 2001,** cuando gobierno, instituciones, políticos, el país, todo se caía. (01 de marzo de 2004)

La «viabilidad» aparece, por decirlo en modo figurado, como una *extorsión* de la realidad, que condiciona incluso la conducta del enunciador: «Queda claro que no existe margen...». El componente prescriptivo predomina en clave de realismo: para una «Argentina viable» «tiene que haber sustentabilidad interna con acuerdo externo» (11/08/03), «el desarrollo económico y la gobernabilidad democrática sólo son posibles si se garantiza la inclusión social...» (18/06/03); «si se ahoga el crecimiento de nuestra economía», «nadie obtendrá beneficios» (13/01/04).

Hay toda una lógica de la condición y la causalidad en la argumentación kirchnerista que pone el peso de la justificación en la realidad. Esta justificación, que respecto de la sociedad argentina adquiere el tono de una esperanzada «refundación», cobra ante el bloque dominante un carácter más bien de advertencia: «Sería bueno que recordaran cuánto daban por sus acreencias en el 2001», «los acreedores deben entender que nuestro crecimiento es también para ellos la única alternativa» (02/09/03d), «lo mejor que puede haber para los intereses, lo mejor que puede haber para las inversiones... son dirigentes serios y honestos» (14/08/03), los acreedores de los países endeudados «deberán asumir sus quebrantos sin otra opción realista» (25/09/03).

Estas advertencias, mitigadas por lo general por una destinación indirecta, funcionan como un recurso persuasivo, a la vez que dotan al enunciador de una imagen de fortaleza, basada en su sinceridad y racionalidad. El recurso apuesta a evidenciar la necesidad de lo que podríamos definir como un *pacto de viabilidad*, que encuentra su fundamento en la presunción de que el capitalismo sólo puede funcionar correctamente en un escenario «previsible» (16/10/03) con «consenso y estabilidad» (13/01/04). La advertencia pone el acento en la búsqueda común de un programa con «sustentabilidad interna», cuya omisión podría desencadenar no sólo la caída del gobierno sino además «la ruptura institucional y la desintegración social»:

Asumiendo que nuestra deuda es un problema central mantenemos una posición que nos interesa aquí reafirmar: no podemos pagar de un modo que lesione las perspectivas de crecimiento económico y la gobernabilidad generando más pobreza, hambre, exclusión y conflictividad social. Esto ya se hizo y el resultado **fue poner al país**

La más elemental forma de hacer patente esta advertencia no deja de ser la más eficaz de las respuestas: un programa inviable dará por resultado el retorno de la «conflictividad social». La noción de «viabilidad» resulta un intento por triangular las relaciones entre el gobierno, los sectores dominantes y los sectores más desfavorecidos. La imagen del enunciador procura garantizar la desactivación de todo conflicto social, la anulación de la «anarquía» (31/07/03) residual de la crisis. La sugerencia que subyace a estas advertencias es la de comprender que el capitalismo solamente puede funcionar en esta etapa histórica en la Argentina por medio de la «inclusión social». O «capitalismo con inclusión social» o «anarquía», esa es la *extorsión* de la realidad con que Kirchner amenaza al bloque dominante:

(...) me gustaría que nos digan cómo haríamos para que los argentinos podamos sobrevivir. ¿No aprendieron, por Dios -y se los digo con todo sentimiento-, de las experiencias de los '90 y lo que nos pasó a los argentinos? ¿No recuerdan la explosión del 20 de diciembre? ¿No recuerdan que hay una sociedad que todavía está sintiendo lo que nos pasó? (03 de febrero de 2004)

(...) están mucho más conformes algunos intereses con tener dirigentes complacientes. Hasta esos intereses **se equivocan (...) por no darse cuenta** que lo mejor que puede haber para los intereses, lo mejor que puede haber para las inversiones, lo mejor que puede haber para que vengan inversiones a este país, son instituciones, dirigentes serios y honestos y seguridad jurídica y cristalinidad, porque si están estos valores van a venir inversiones, la Argentina va a funcionar y vamos a tener un país absolutamente diferente. (14 de agosto de 2003)

En sus discursos públicos, Kirchner se encolumna con frecuencia en el orden del saber, a la luz de una memoria compartida con quienes han sido víctimas del modelo neoliberal pero también con quienes han sido sus responsables: «¿no aprendieron...?», «¿no recuerdan...?» La memoria funciona como un factor de aprendizaje, y la racionalidad del enunciador se funda en la experiencia histórica con la que interpela a sus destinatarios: «se equivocan... por no darse cuenta»<sup>52</sup>. La *astucia* de Kirchner reside en hacerle ver a los sectores dominantes, a «los intereses», a «esas plumas», que el

---

<sup>52</sup> Estos dos fragmentos marcan la presencia en un complejo ilocucionario del destinatario encubierto, sea de forma implícita («¿No aprendieron...?», «¿No recuerdan...?») como en el primer caso o de forma explícita («Hasta esos intereses se equivocan (...) por no darse cuenta que lo mejor que puede haber para los intereses») como en el segundo. Según García Negroni y Zoppi Fontana, en su libro *Análisis lingüístico y discurso político. El poder de enunciar* (1992:36), el destinatario encubierto puede ser definido “como aquel lugar simbólico que, aunque incluido en el grupo alocucionario inicial, es constituido a lo largo del discurso, como *tercero*. (...) Es a él a quien se dirigen actos de habla con fuerza ilocucionaria de amenaza o advertencia (...)”.

«capitalismo con inclusión social» es una concesión mínima que salva al sistema de su autodestrucción y que, al mismo tiempo, lo define como inherente a la «identidad nacional»:

En nuestro proyecto ubicamos en un lugar central la idea de **reconstruir un capitalismo nacional** que genere las alternativas que permitan reinstalar la movilidad social ascendente. **No se trata de cerrarse al mundo**, no es un problema de nacionalismo ultramontano, sino de inteligencia, observación y compromiso con la Nación. (25 de mayo de 2003)

La noción de «capitalismo nacional» reformula la idea de una izquierda o socialismo nacional, que es la que nutrió en gran medida a la militancia generacional de Kirchner y, por otro lado, guarda el eco de una memoria del bienestar que orientaría a hacer aceptable la propuesta del enunciador en los sectores peronistas. El «capitalismo nacional» resume la solución que da el discurso kirchnerista a la «viabilidad» del capitalismo en la post-crisis<sup>53</sup>. La «refundación» de la Argentina, la vuelta a «la Argentina de los sueños», adquiere en efecto un matiz mucho más práctico y severo: optar por la única alternativa posible.

Entre el «nacionalismo ultramontano» y la apertura excesiva al mundo, el kirchnerismo busca recuperar en su provecho un interdiscurso del bienestar que, sin embargo, aparece mitigado recurrentemente por la presencia interdiscursiva de la gobernabilidad. La herencia administrativa de este interdiscurso encuentra eco en la palabra kirchnerista. Sólo que se trata de una administración de la emergencia y, por lo tanto, estamos ante un discurso que enhebra –en contradicciones que únicamente *a prima facie* podrían resultar infructuosas– intentos de transversalidad y consenso y defensa de valores como la pluralidad y la diversidad con conatos de intransigencia y beligerancia u opciones de un liderazgo decisionista.

En el discurso de Kirchner, el universo generacional encuentra su contracara en el interdiscurso de la gobernabilidad, y así como la defensa del «poder pensar diferente» es valorada paradójicamente a la manera de un afán consensualista *avant la lettre*, el ethos militante dota al estadista moderado y realista de una fuerza que es resignificada como voluntad de innovación e iniciativa. Se trata de un pragmatismo político que por momentos excede la

---

<sup>53</sup> Es interesante que el único planteo soberano que pueda efectuar el gobierno de Kirchner sea en lo que concierne a las islas Malvinas (cf. 25 de mayo de 2003, 02 de abril de 2004). La noción de «soberanía nacional», que era un concepto central del imaginario del *bienestar* (“Braden o Perón”), no tiene en los discursos kirchneristas ninguna relevancia. Esto tiene su explicación en la contradicción entre el interdiscurso del bienestar y el discurso de la *governance*: la política no es otra cosa que gestión del capital y, por lo tanto, la soberanía se disuelve a la luz de la globalización. «Soberanía nacional», en este sentido, es el signo de la impotencia del Estado.

categoría de realismo y que parece conducir a un ethos de promotor o gestor, en el que se combinan el realismo adaptativo, un saber contextual y cierta proactividad o propensión a la acción<sup>54</sup>. La iniciativa resulta una virtud contemporánea del liderazgo gubernamental que, en la ética kirchnerista, dialoga y se retroalimenta con las imágenes horizontales del hombre común y el trabajador, configurando un realismo liberal y proletario nucleado en torno a la acción y al trabajo.

#### 4.10.2 LA CULTURA DEL TRABAJO. AUTOESTIMA, DIGNIDAD Y DERROTISMO

La «viabilidad» del «capitalismo nacional» encuentra en la noción de «trabajo» una categoría central para articular los interdiscursos de la *governance* y el bienestar. Se juega en ella la hegemonía misma del kirchnerismo durante su primer año de gobierno: ¿cómo lograr sustentabilidad interna y recuperar los valores del trabajo, el esfuerzo y la honestidad frente a una situación de flexibilización y precarización laboral y desempleo generalizado?<sup>55</sup> Para Kirchner la recuperación de la «identidad nacional» está directamente vinculada a la reconstrucción del tejido laboral argentino:

Nunca un país en el mundo, o en muy pocos casos, vivió esta situación; **¡destruimos tanto trabajo argentino en tan poco tiempo!** (...) [N]os hicieron perder la autoestima como pueblo, **la autoestima como trabajadores**, y esa gran industria nacional argentina, ese empresariado nacional, las pymes, fueron sustituidas paulatinamente por **una desnacionalización muy fuerte de nuestra economía**. (11 de diciembre de 2003)

La figura del trabajador es para el kirchnerismo la imagen argentina por excelencia, y funciona en su discurso como una bisagra entre la «vieja Argentina» y el «capitalismo en serio». La enunciación presidencial distingue entre dos mundos éticos argentinos, de los cuales uno remite al «discurso que se instaló muy fuerte en la década pasada» y otro a «esa gran industria

<sup>54</sup> Sin embargo, no puede hablarse en estos términos lisa y llanamente porque coexisten –como venimos explicitando en lo extenso de la tesis– con imágenes de humanidad e intransigencia, que poco tienen que ver con una política de la gestión.

<sup>55</sup> El problema es efectivamente el límite de la propia noción de trabajo: ¿qué es un trabajo digno? Al respecto, recuperamos una descripción del sociólogo Julio Godio sobre las características del mercado laboral argentino en la post-crisis. Según Godio (2006:309 y 344), existen *tres mercados de trabajo diferentes*: i) un mercado de trabajo formal (5,9 millones de trabajadores); ii) un mercado de trabajo no registrado (4 millones); iii) un mercado ‘potencial’, compuesto por asalariados desocupados y trabajadores del sector informal (2 millones, de los cuales 1,5 millones recibe planes de subsidio al desempleo). Asimismo, los especialistas en temas laborales hablan de la creciente convergencia social entre la ‘pobreza con desempleo’ y la ‘pobreza con empleo’. Entre los trabajadores ‘pobres’ se encuentran los que reciben planes sociales de \$ 150 y realizan alguna actividad laboral; una gran parte de los trabajadores (4 millones de asalariados) que trabajan en negro, con promedio de \$500 mensuales; un segmento de los 3,5 millones de cuentapropistas no profesionales con ingresos medios de \$482 mensuales, y un segmento de trabajadores estables y sindicalizados.

nacional» que caracterizó al modelo de bienestar del peronismo clásico. Lo que está en disputa es la definición misma de la identidad nacional: «la autoestima como pueblo, la autoestima como trabajadores».

El ethos de hombre común del líder, honesto, humilde, trabajador, cobra en esta distinción toda su fuerza, y viene a garantizar una recuperación del sentir nacional asociado a los «trabajadores» como «corazón vivo de la Patria». La noción de «trabajo» recupera un imaginario laboral del peronismo clásico y se reformula eficazmente con los discursos de la gobernancia, dando a Kirchner la posibilidad de hacer del trabajo un requisito del consumo y un elemento de disciplinamiento social. Por un lado, el «trabajo» es definido como salvoconducto de ingreso al mercado,

En la reconstrucción del tejido social, **en la reconstrucción de una cultura del trabajo** que supere a la mera gestión asistencial, no hay tarea pequeña. La prueba de que toda acción es importante la da el hecho de que en la suma de estas iniciativas **se logró incorporar a 500.000 personas más al mercado.** (1 de marzo de 2004)

La «reconstrucción de una cultura del trabajo» activa en los argentinos una memoria que atraviesa la historia nacional desde la llegada de los inmigrantes hasta el apogeo del primer peronismo. En el discurso kirchnerista, este ingreso se resuelve como una entrada a la «dignidad del hombre»:

Debemos sepultar definitivamente un modelo político y económico (...) que nos sumió en la pobreza, **destruyó la producción y el trabajo, y cerró los caminos hacia la dignidad del hombre.** (11 de diciembre de 2003b)

(...) seguiremos profundizando **fuertemente la generación de trabajo, que dé la posibilidad de tener dignidad** a millones de argentinos. (29 de abril de 2004)

La «dignidad» procede del trabajo y el trabajo es la forma óptima de ingresar al mercado. El afán del nosotros gubernamental («debemos», «seguiremos») por reconstruir la «cultura del trabajo» y con ella una forma de la *argentinidad* debe observarse bajo la lupa del capitalismo: fuera del mercado, no hay dignidad posible. Así se explica que la «dignidad» aparezca como una posesión («tener dignidad») o como un destino («los caminos hacia la dignidad del hombre»). El salario ya no es la justa (o injusta) retribución por la fuerza de trabajo sino un pasaporte a la dignidad. Literalmente, un hombre no es digno sino que (ob)tiene «dignidad»: accede a la dignidad como accede a la educación, la salud, la vivienda, y la forma de acceso es la integración al mercado como agente de «consumo», «aspecto sustancial de la condición



humana». El cinismo del discurso de Kirchner descansa sobre esta particularidad: no es el trabajo el que dignifica sino el mercado.

El «trabajo» opera como epicentro del discurso kirchnerista y funciona para el enunciador en una doble dirección: por un lado, hace posible el «consumo» y por ende el desarrollo sustentable del «capitalismo nacional», ya que «sin consumo no hay mercado ni hay solución» (01/03/04); por otro, y de manera complementaria, reduce la «conflictividad social» que el sistema precisa para volverse previsible. Si el modelo neoliberal había destruido el trabajo y había provocado una «explosión social» (13/02/04), el proyecto kirchnerista debe lograr generar «trabajo» para evitar todo tipo de conflicto y construir así una Argentina de «consenso, armonía y convivencia»:

Sabemos que **el trabajo es el mejor integrador de una sociedad** y queremos crear las condiciones para que las mesas de todos los hogares estén servidas con el fruto del trabajo decente realizado con orgullo. (1 de marzo de 2003)

(...) es la cara de la Argentina que queremos construir entre todos los argentinos con pluralidad, consenso, armonía y convivencia; **es la cara de la Argentina de la producción y el trabajo** (...) (11 de diciembre de 2003)

La «viabilidad» del proyecto de la refundación está ligada a la eficacia del kirchnerismo para articular la masa marginal de trabajadores en un sistema que por su propio funcionamiento la excluye. El alto índice de pobreza deja de estar vinculado en el menemismo a la escalada inflacionaria y se vuelve un fenómeno estructural, asociado a la desocupación (cf. Pascual 2005).

La «exclusión social» cobra la dimensión de punto ciego del neoliberalismo, a cuya solución intentaron abocarse sin éxito los gobiernos de Menem, De la Rúa y Duhalde. La cifra de la gobernabilidad en el kirchnerismo se juega en la resolución de este punto ciego de la «vieja Argentina»: ¿cómo incorporar a un proyecto de «capitalismo nacional» a los sujetos sociales que la propia dinámica capitalista había destinado a la exclusión y la desocupación?

La *salvación* del gobierno consiste en interpelar a los excluidos en su condición de derrotados. La humanidad y el derrotismo del ethos de líder-víctima de Kirchner funcionan como la garantía de una nueva forma de interpelación, haciendo de la resignación que les adjudica la identificación con que los representa. El mundo ético de la refundación es también el de una Argentina perdida, donde los postergados, los excluidos, los desocupados tienen su posibilidad de «volver a ser»:

La unión institucional, geográfica y geopolítica en la Argentina va a ser realmente espectacular. Ayer empezamos con un símbolo que

eran los talleres de Tafi Viejo, pero la cantidad de hermanos y hermanas que **quedaron desocupados**, el hambre circundante, **todos los brazos caídos** de argentinas y argentinos que **han perdido la fe de poder volver a ser**, es fruto de esa política de demolición que nos tocó vivir en la Argentina. (01 de octubre de 2003)

La novedad del discurso de Kirchner es que hace de los excluidos sociales, ya no criminales como el discurso neoliberal (cf. Pascual 2005), sino hombres comunes damnificados, trabajadores derrotados<sup>56</sup>. Su discurso parecería, en este sentido, desentrañar discursivamente la contradicción entre la constitución del desocupado como sujeto digno y su criminalización como residuo inarticulable del capital<sup>57</sup>. La metáfora de la demolición sintetiza la visión kirchnerista del modelo neoliberal, y establece su espíritu de interpelación: el punto de partida es una Argentina demolida. Los argentinos aparecen como la imagen misma de la resignación: «todos los brazos caídos», incluso «han perdido la fe de poder volver a ser». Son seres pasivos a la espera de la acción gubernamental, de «la mano reparadora de la patria y del Estado Argentino», seres que «van quedando sin ninguna posibilidad» (11/03/04b).

#### 4.10.3 LA GESTIÓN DEL BIENESTAR: SUSTENTABILIDAD INTERNA Y CALIDAD INSTITUCIONAL

La «viabilidad» del programa kirchnerista, en su crítica de la cultura neoliberal, resulta garantizada por un líder racional, humanista y honesto. La imagen de una «administración correcta», con un Estado presencial al que le duele el sufrimiento del pueblo y con un funcionamiento institucional pleno, liberado de los vicios de la corrupción y la impunidad, hacen del kirchnerismo

---

<sup>56</sup> Según Umberto Eco (2007:154) el victimismo es una de las muchas formas con las que un régimen sostiene la cohesión de su frente interno: para exaltarlos, hay que demostrar que son los otros los que nos odian y quieren cortarnos las alas. Toda exaltación de este tipo presupone el cultivo de un estado de continua frustración.

<sup>57</sup> Criminalizar a los excluidos atacaría la posibilidad de articulación que la enunciación ofrece: castigar a una víctima es desconocer o desmerecer su condición. Esta arista del discurso kirchnerista es coherente – si consideramos válido el punto de vista de Godio– con la política de gobierno del ex presidente de cara al ‘frente piquetero’. Para Godio (2006:117-8), el gobierno necesitaba desactivar con urgencia los movimientos de desocupados que no cesaban de movilizarse desde fines de los años noventa. La estrategia del gobierno se centraba en las siguientes medidas: i) mantener la relación sin ‘criminalizar’ la protesta social; ii) canalizar algunos sectores hacia actividades comunitarias, cooperativas y productivas; iii) aislar los movimientos más radicales. Para Pandolfi y Svampa (2004:285), en cambio, el gobierno de Néstor Kirchner ha significado “una profundización en la criminalización de la protesta social, como consecuencia del doble discurso que sostiene respecto de estos temas: por un lado, afirma una política de ‘no represión’ abierta de la protesta social, reconociendo su legitimidad en tanto consecuencia de la política neoliberal; por otro lado, lleva adelante una intensa campaña política, a través de importantes funcionarios nacionales y sostenida por los grandes medios de comunicación, que tiene por objeto la deslegitimación de diferentes expresiones de la protesta social, en particular las protagonizadas por las organizaciones de desocupados, descalificando sus métodos de lucha (el corte de ruta y las movilizaciones)”.

un mundo ético que conjuga la verdadera identidad nacional y la verdadera esencia del capitalismo.

La «viabilidad» de un verdadero «capitalismo nacional» depende para el enunciador de dos conceptos claves, que resumen el mundo racional, humano y honesto de la «refundación». Se trata de la «sustentabilidad interna» y la «calidad institucional». Para Kirchner la caída del «modelo» anterior puede explicarse por la «conflictividad social» derivada de su falta de contención y por el descrédito de su clase dirigente, continuamente asociada a la corrupción y la impunidad:

**El modelo** de concentración económica, señoreo de los intereses especiales, corrupción hasta límites inimaginables, destrucción del sistema productivo y de la actividad industrial, elevada exclusión social, cimentado en un impresionante endeudamiento, **demostró con toda su crudeza la carencia de propia sustentabilidad y cayó estrepitosamente**, destruyendo la legitimidad de las instituciones y desarticulando la legalidad y la cohesión social propias de un país normal. (01 de marzo de 2003)

Debemos sepultar definitivamente **un modelo político y económico que degradó la calidad institucional**, que facilitó el abuso, la corrupción, la concentración excesiva de la riqueza; que tornó ausente u hostil al Estado respecto de la sociedad; que multiplicó exponencialmente la exclusión social; que nos sumió en la pobreza, destruyó la producción y el trabajo, y cerró los caminos hacia la dignidad del hombre. (11 de diciembre de 2003b)

El «modelo» aparece como el agente político y económico que «demostró» su carencia de sustentabilidad y «degradó» la calidad institucional. Representa un mundo de valores en el que la concentración económica, la corrupción, la exclusión social, el desprecio a la producción y el trabajo, el atropello a la dignidad humana son moneda corriente. Su crisis es el resultado de «una concepción y de una filosofía de administración del Estado» (29/09/03b), según la cual la educación, el trabajo, la salud deben ser dejados al «libre albedrío» de la oferta y la demanda. Se trata de la administración irracional, deshonesta e inhumana de un sistema por lo demás esencial al ser humano.

La diferencia que plantea Kirchner en sus discursos públicos entre un «modelo» incorrecto y el «capitalismo en serio» permite comprender el alcance de la articulación hegemónica de una gobernabilidad capitalista en el seno mismo de una crisis capitalista. Si la crisis de 2001 parecía anunciar la incongruencia del bienestar social con la dinámica inherente al funcionamiento del capital, la enunciación presidencial redefine la situación: el modelo neoliberal de la «vieja Argentina» no ha sido *en verdad* capitalismo sino la obstrucción de su proverbial autonomía:

Debemos recuperar la racionalidad, la normalidad, el saber que hay un rumbo permanente con amplio marco de libertad económica (...) que no se va a ver frustrada por aquellos que **hablando de liberalismo económico aplicaron las medidas más dirigistas que la Argentina recuerde** desde hace mucho tiempo. (11 de diciembre de 2003b)

El neoliberalismo se resuelve para Kirchner como un dirigismo inaudito. El problema no ha sido la racionalidad capitalista o la valorización de la libertad económica sino la mentira, el ocultamiento, el «decir una cosa y después hacer otra» (20/02/04). Dentro de la lógica discursiva del enunciador, la solución para la crisis es una gestión del capital en sintonía con su autonomía:

Hay que dotar a la República Argentina de **buena administración, gobernabilidad, estabilidad con inclusión y progreso social y competitividad**. (25 de mayo de 2003)

No nos amedrentan ni nos asustan esos problemas [el desempleo, la pobreza y la indigencia] pero no queremos mentirle al pueblo argentino, hay que superarlos, y **se superan con buena administración**, con trabajo, cuidando las moneditas, cuidando el dinero argentino para que sirva a la recuperación de nuestra querida Patria. (29 de abril de 2004)

La reconstrucción del país se logra con una «administración correcta», en la que primen valores como la «responsabilidad», la «racionalidad» y la «honestidad» (04/12/03). El garante de este mundo ético administrativo es un gobierno firme («no nos amedrentan ni nos asustan»), honesto («no queremos mentirle al pueblo argentino»), trabajador («con trabajo») y realista («cuidando las moneditas, cuidando el dinero argentino»), que procura «dotar a la República Argentina de buena administración».

La noción de «buena administración» habilita al enunciador para emprender una tarea salomónica que tiene por objetivos articular en un mismo proyecto la reorganización hegemónica del capital y la incorporación del mayor número posible de argentinos. Esto es, establecer discursivamente una ruptura absoluta con el modelo neoliberal, persuadiendo a la vez a sus destinatarios de que vale la pena salvaguardar el capitalismo. Vale decir, Kirchner hace del neoliberalismo una filosofía errónea del capital (inviabilidad, irracional, deshonesto, inhumano) y, simultáneamente, hace del capitalismo un escenario inamovible e incuestionable sobre el cual una gestión eficaz debería de promover un mundo ético basado en la «sustentabilidad interna» y la «calidad institucional».

#### 4.10.4 LOS SUEÑOS NACIONALES, LOS FANTASMAS DE LA EXPERIENCIA

La revalorización de la «identidad nacional» reviste al proyecto kirchnerista de una interpelación siempre eficaz en una etapa de «ruptura institucional y desintegración social». Un gran desafío de la gestión es lograr engarzar con éxito el deber-ser nacional en la esencia considerada inmutable del capitalismo, después de un modelo que había echado por tierra todo aquello que parecía constituir el sentir nacional. «Volver a sentirnos un país» obliga al gobierno, a la luz de estas rupturas y continuidades, a «recuperar las instituciones» y «reactivar la economía»:

Necesitamos **recuperar las instituciones**, necesitamos recuperar el funcionamiento correcto de la seguridad jurídica, de la justicia, terminar con las extorsiones, con las presiones, necesitamos inversiones, necesitamos **reactivar la economía**, necesitamos luchar contra la pobreza, **necesitamos volver a sentirnos un país** y lo tenemos que hacer. (27 de junio de 2003)

La construcción de un sentir nacional aparece ligada a la capacidad del kirchnerismo para garantizar la reactivación económica y la recuperación institucional del país. La eficacia de estas consignas depende en gran medida de la legitimidad ética del líder para asegurar la imagen de un Estado «eficiente, responsable, transparente, sin corrupción y sin clientelismo» (06/05/04). La Patria del bienestar a la que había que volver, la «Argentina de los sueños» que había que recuperar tiene que ser una Argentina estable y cristalina, con la «suficiente sustentabilidad interna» y con el «incremento de la calidad institucional»:

Queremos integrarnos al mundo de una manera inteligente y para ello debemos lograr evidentemente **la suficiente sustentabilidad interna**. (17 de diciembre de 2004)

Hemos asumido un fuerte compromiso personal para lograr el **incremento de la calidad institucional y así forjar una reconciliación entre las instituciones y la sociedad**. La calidad institucional empieza por el apego de cada uno a las normas y el cumplimiento de sus roles por las instituciones. (19 de junio de 2003)

La «sustentabilidad interna» y la «calidad institucional» engloban en los discursos públicos de Kirchner todo aquello encaminado a la construcción de «un mercado interno con capacidad de consumo» y a la plena «vigencia de los Derechos del Hombre» (cf. 25/05/03, 11/12/03b, 01/03/04). Con ellos, el enunciador sintetiza, por así decirlo, el programa de «la nueva Argentina»: la reivindicación del consumo como motor del capitalismo y la reivindicación de los derechos humanos como garantía democrática. Se trata de sintagmas que

funcionan a la manera de comodines referenciales<sup>58</sup>, regulando la presencia de lo que Alejandro Grimson (en Pascual 2005:5) –como dijimos en el segundo capítulo– llama “los *fantasmas* de la experiencia argentina”: el genocidio y la pérdida de capacidad de consumo. Para Kirchner, los gobiernos de los últimos treinta años han atentado de manera sistemática contra estos índices de «dignidad humana» e integran un todo coherente dentro de un «modelo», en el que es posible encontrar la línea de continuidad entre los «genocidas» y los «corruptos y ladrones» y entre la «generación diezmada» del enunciador y los millones de excluidos sociales e institucionales de la última década. La violación de los «derechos humanos» como plan genocida del terrorismo de Estado ha sido la condición necesaria para instalar un «modelo» que atenta contra el consumo como lógica inherente a su dinámica, a la vez que la «exclusión social» como restricción al «consumo» es la continuidad *en democracia* de la lógica excluyente del modelo ortodoxo y uniforme instalado en dictadura<sup>59</sup>.

La «calidad institucional» y la «sustentabilidad interna» definen retroactivamente las amenazas que minan la legitimidad del discurso kirchnerista dentro de *lo posible político capitalista*: la «corrupción» y la «impunidad», la «conflictividad social» y lo «inviabile». El kirchnerismo no sólo legisla un pasado sino que crea una solución *futura* que proviene de la legislación misma de *ese pasado*. Son estas nociones sobre las que se funda la sintaxis capitalista que organiza la palabra presidencial. «Sustentabilidad interna» sería la forma de *naturalizar* la desaparición de los derechos del Estado benefactor sin generar «conflictividad social», el nombre del triunfo del consenso liberal sobre el litigio que constituye una democracia efectiva<sup>60</sup>. Se resuelve como el modo hegemónico de condenar a amplios sectores sociales a la miseria (y cargarlos además con la responsabilidad de su fracaso), de desconocer las relaciones de explotación en las que el capitalismo se basa (y, por lo tanto, absolverlo) y de intentar, amén de todo eso, reducir al mínimo el

---

<sup>58</sup> Los comodines referenciales son –según Zoppi Fontana (1993:131)– enunciados o sintagmas cuya falta de especificidad los hacen propios para estrategias argumentativas basadas en una constante redefinición de sus referentes.

<sup>59</sup> Esto tiene, por supuesto, dentro del discurso kirchnerista un *olvido* sustancial: que el terrorismo de Estado en la Argentina fue parte de un plan a escala americana no sólo para instalar un «modelo» sino para acabar con toda posibilidad de un proyecto socialista, es decir, para resolver la disyuntiva entre capitalismo y socialismo como alternativas posibles de proyecto nacional. Este *olvido* es el olvido de que existe una alternativa (o varias) al capitalismo. El enunciador reduce el espectro de lo posible político: o será mercado o no será. Puede haber «capitalismo en serio» o «modelo», pero no puede no haber capitalismo.

<sup>60</sup> El kirchnerismo busca regular el goce capitalista con la certeza de que para contener es preciso satisfacer, para dominar es preciso dar (cf. el análisis del peronismo clásico en Rozitchner (2000)). La condición de persistencia sin riesgo en el poder es un capitalismo autónomo pero con «sustentabilidad interna». En palabras de Kirchner (06/05/04), «capitalismo con inclusión social».

conflicto social en aras de la gobernabilidad. Hacer sustentable una democracia liberal es convertir en Ley la injusticia sobre la que se funda y criminalizar el conflicto que verdaderamente la constituye<sup>61</sup>. La «calidad institucional», en tanto, aparece como el reverso lógico de un país sustentable, ya que añade a la naturalización de la pérdida de los derechos sociales, la idea de que el capitalismo es *esencialmente* justo, desconociendo *ex aequo* su lógica y su devenir histórico. La deuda externa, la exclusión social, la pobreza, la impunidad no son para el enunciador efectos del capitalismo sino responsabilidades de «malos gobiernos».

La «refundación» permite al kirchnerismo generar un efecto de frontera en relación con el modelo neoliberal de la «vieja Argentina» y, al mismo tiempo, establecer una filiación de retorno a la memoria del bienestar, entendida como *summa* de la identidad argentina, encarnación del *soñar* nacional. La garantía de este «cambio» está dada por un enunciador que legitima como válido un mundo ético en el que la seriedad, la honestidad, la fortaleza, el trabajo y la humildad se articulan con las imágenes de un presidente que es a la vez líder y hombre común, militante de izquierda y político liberal, intransigente convencido y pluralista moderado, soñador y realista, peronista y transversal.

El interdiscurso del bienestar funciona en el discurso presidencial a modo de síntesis del soñar ininterrumpido de los argentinos, fusionando los sueños de los padres fundadores y los pioneros con las esperanzas de la militancia setentista. Tal sincretismo onírico manifiesta la tensión entre lo que recupera el bienestar como imaginario de identidad nacional (el Estado benefactor, la justicia social, la clase media ilustrada), lo que sintetiza como interdiscurso generacional del kirchnerismo («la identidad nacional perdida», la Patria postergada) y el modo posible de su existencia presente en una sintaxis capitalista de post-crisis: el «capitalismo en serio».

La coexistencia de la memoria del bienestar con el interdiscurso de la gobernabilidad es la forma en que el discurso kirchnerista intenta *disolver* la heterogeneidad que lo define: la reformulación liberal de la Patria postergada para liderar en el suelo mismo de su derrota generacional una instancia histórica en la que el capitalismo parecía carecer de toda legitimidad.

Las imágenes de sí de Kirchner legitiman el mundo ético de la refundación, articulando en tensión la presencia de filiaciones interdiscursivas

---

<sup>61</sup> Aunque nos hemos referido a sus trabajos anteriormente, vale la pena recordar en este sentido los últimos trabajos de Chantal Mouffe (2003, 2007) y su reivindicación del papel central de la categoría de adversario en la dinámica de la democracia de las sociedades posindustriales. La condición *sine qua non* para un ejercicio efectivo de la democracia es –para la autora– la creación de una esfera pública vibrante de lucha ‘agonista’, donde puedan confrontarse diferentes proyectos políticos hegemónicos.

de variada procedencia y singular contemporaneidad. Delimitando espacios de memoria y lagunas discursivas, el enunciador intenta definir un proyecto argentino hegemónico, en el que resultan imbricados, desconociendo toda contingencia histórica, el sistema capitalista global y una cierta deontología nacional. Confluyen en esta definición vestigios interdiscursivos de los imaginarios de la fundación y el bienestar, así como una lectura en clave liberal de la militancia setentista, entendida como corolario postergado de la verdadera Argentina. Se trata para el enunciador de crear el colectivo de identificación más amplio posible, desplegando, a partir de una expansión de su cuerpo ético, un «Estado promotor» que tiene por finalidad garantizar un capitalismo nacional, diferente a la experiencia neoliberal; recuperar en su provecho la eficacia aglutinante del imaginario peronista y construir una política axiológica en la que la pertenencia identitaria se defina por un compendio de virtudes y valores. Es el cuerpo presidencial, territorio de voces y gestos, la materia significativa en la que imágenes diversas, a menudo contradictorias, coherentes de manera invariable, fundan un complejo dispositivo político de creencias e identificaciones, de hábitos, virtudes y pasiones.



## CONCLUSIONES

## 5. CONCLUSIONES

“Nunca se sabe hasta dónde la gente  
se toma en serio el lado generoso de sus convicciones”

Salvador Benestra, *El traductor*

“La Argentina es el país del futuro. El problema es que va a seguir siéndolo siempre”. Con esas palabras el ex presidente francés Georges Clemenceau calificaba la situación del país a comienzos del siglo pasado. Hoy, casi una centuria después, el futuro sigue siendo el lugar de la fábula.

Cuando comenzamos esta investigación, teníamos la necesidad de comprender, aunque sólo fuese de manera imperfecta, parcial y provisoria, lo que había ocurrido en la Argentina desde la crisis de 2001 hasta el apogeo del gobierno kirchnerista, un año después de la asunción de Néstor Kirchner al Poder Ejecutivo Nacional. No resultaban convincentes entonces, ni lo resultan ahora, las explicaciones economicistas, las tesis del doble discurso o las apologías de una furia anti-menemista, de la cual sin dudas se nutrió.

Era objeto de nuestro interés discernir cómo había sido posible que la figura de Kirchner lograra tomar altura en medio de una situación crítica y diseñar un proyecto viable de gobernancia que contara con el consenso, sea por identificación u omisión, de importantes actores de la vida nacional. Si el rumbo político seguido por su administración podía definirse desde un comienzo —en palabras de Alberto Bonnet (2007)— como “la recuperación y continuación de la tarea emprendida por el duhaldismo, en el sentido de administrar políticamente la superación por parte del capitalismo argentino de una de las peores crisis de acumulación y dominación de su historia, preservando, al mismo tiempo, los avances en materia de reestructuración neoconservadora de ese capitalismo que la gran burguesía había alcanzado en la década previa”, nos preguntábamos cuáles eran los motivos o las condiciones que habían hecho posible que Kirchner gobernara allí donde el propio Duhalde, impulsor de su candidatura presidencial, no había podido.

Las razones del alto grado de aceptación del gobierno kirchnerista eran para nosotros de otro orden, y aparecían ligadas más bien al halo progresista de sus discursos, a los imaginarios que actualizaba, a los actores sociales que lo rodeaban, a las características personales que parecían definir su manera de habitar el mundo. Fueron estos motivos los que nos llevaron a investigar la relación entre el *ethos* del presidente y el fenómeno de gobernabilidad de su

gestión, con la presunción de que las imágenes de sí que Kirchner construía resultaban funcionales a la legitimidad de su proyecto político.

A modo de conclusión, haremos en seguida una síntesis argumentativa del trabajo emprendido, buscando demostrar los avances logrados, los límites existentes y las posibles líneas de investigación a seguir.

El análisis de la construcción del *ethos* kirchnerista en sus discursos públicos durante su primer año de gobierno nos ha permitido realizar, desde el punto de vista de nuestras preguntas de investigación, una serie de hallazgos que pueden resultar aportes para futuros trabajos en el área del discurso político en general y el discurso kirchnerista en particular.

Teniendo en cuenta nuestros objetivos específicos, hemos caracterizado a partir del *corpus* lingüístico y audiovisual los mundos éticos del ex presidente; avanzamos, además, en el análisis de sus imágenes de sí, considerando los procesos de credibilidad e identificación, y la articulación entre las dimensiones verbal y córpore-gestual; en otro orden, hemos descrito el *ethos* kirchnerista y, en función de ello, procuramos explicar su eficacia en el logro de la gobernabilidad: el tipo de liderazgo ejercido, los valores propuestos, el alcance de la refundación. Intentando cumplir con estos objetivos, procuramos también satisfacer los objetivos generales de la investigación. Podemos, por esa razón, afirmar la importancia de la construcción de la imagen de sí de un líder político para resolver favorablemente la gobernabilidad de su gestión en un contexto de post-crisis capitalista. Consideramos que conseguimos avanzar en una semiótica de la representación política, indagando en los procesos de incorporación que el líder desplegó con sus palabras y su cuerpo. El análisis de la dimensión córpore-gestual nos ha permitido estudiar los procesos éticos de una manera más extendida, concientes de la importancia de la imagen de los liderazgos de popularidad en sociedades con un alto grado de mediatización como la nuestra. Además, entendemos que este cruce entre componentes verbales y córpore-gestuales nos ha facultado para aportar a la definición del *ethos* como una categoría conceptual integral, teniendo en cuenta la injerencia del cuerpo presidencial en la percepción pública de un cierto estilo político.

Las conclusiones a las que arribamos como resultado de nuestra investigación pueden desglosarse de la siguiente manera:

§ El mundo ético de la refundación que Kirchner garantiza en sus discursos públicos se caracteriza por dos funcionamientos escenográficos

recurrentes, la escenografía de un «hombre común» en un «país en serio», que interpela a los argentinos en su condición de trabajadores humildes, simples y honestos, y la escenografía de un *líder-víctima* o *militante* en un «país más justo», que interpela a esos mismos trabajadores en su condición de desocupados y excluidos. Estas imágenes operan como garantes de una configuración política en la que se conjugan con inusual sincretismo la necesidad institucional de un liderazgo potente y realista y las demandas sociales por un gobierno más horizontal, capaz de escuchar y sentir el clamor del pueblo argentino. Resultan complementarias y se articulan con un «Estado promotor», que aparece como el *cuerpo expandido* del líder.

El juego recíproco de estas imágenes produce un fenómeno que hemos denominado *inmediación*, en cuya verosimilitud se juega la hegemonía del kirchnerismo. Los *ethé* kirchneristas encuentran su lógica en la relación inmediata del cuerpo presidencial con la realidad y el pueblo que construye: el realismo, la honestidad, la humanidad, la humildad son valores cuya razón de ser estriba en la ficción de un contacto estrecho. Realismo, honestismo y transversalidad son tres caras de la gobernabilidad kirchnerista, que las imágenes de seriedad, honestidad y moderación garantizan por medio de la regulación de los interdiscursos que componen y determinan el discurso kirchnerista.

El cuerpo presidencial resulta, en este sentido, un cuerpo sin pliegues, superficial, que define en el control del área gestual de interacción un espacio de la nación, donde el líder, la realidad y el pueblo parecen encontrarse en una total transparencia, pura exterioridad de lo visible. La *inmediación* define la ruptura medular del kirchnerismo con los gobiernos anteriores y el alcance de su eficacia interpelante: el verosímil de abolición de toda mediación o resto de asimetría entre el líder, el pueblo y la realidad en que habitan, confirmando un tono horizontal a la verticalidad propia de la democracia representativa.

§ La dimensión córporo-gestual de los discursos públicos de Kirchner refuerza o restringe los *ethé* identificados en la dimensión verbal, regulando la eficacia de su imagen en la gestión corporal del espacio gestual de interacción. El manejo de las estadísticas, la firmeza de las decisiones garantizan el realismo de Kirchner, al tiempo que gestos como el **índice**, el **aro** o el **bol** hacen de su cuerpo un cuerpo serio. La honestidad está visiblemente ligada a la transparencia; sin embargo, es el compromiso del cuerpo con la palabra el que hace de esa expresión de buena voluntad una garantía y son las palmas de sus manos exhibidas las que hacen de esa garantía una confesión física. La

expresividad facial, la contracción de sus manos y el movimiento del torso refuerzan la verosimilitud de un líder humano, afectado por el sufrimiento de su pueblo. En segundo lugar, esta dimensión regula los grados de manifestación del litigio y el consenso que coexisten en el *ethos* kirchnerista y que son funcionales a hacer del líder un hombre plural y conciliador y un hombre firme e intransigente. El cuerpo presidencial ofrece una imagen exaltada o tranquila que excede con mucho al contenido mismo de las palabras y a la lógica de los argumentos. En tercer lugar, podemos hablar del retorno de una gesticulación-origen en el cuerpo kirchnerista, pues recupera una memoria córpore-gestual del liderazgo político en la Argentina, asociando subrepticamente la imagen de Kirchner a la imagen de Perón. Por último, la construcción de un espacio de la nación, área discursiva por excelencia de los agenciamientos identitarios de sus destinatarios. Hablamos de un lugar corporal de encuentro entre el gobierno y los argentinos, que tiende a reforzar los aires de transparencia, realismo y transversalidad del enunciador.

§ Las imágenes de sí del enunciador garantizan el verosímil del mundo ético de la refundación, articulando hegemonícamente interdiscursos del bienestar y la gobernabilidad, cuyo resultado es la construcción de una narración identitaria que busca el efecto de homogeneidad, capaz de organizar retrospectivamente y prospectivamente el tiempo histórico. La «refundación» kirchnerista se inscribe en el relato nacional a partir de la recuperación discursiva como deixis fundadoras de dos momentos fuertes de la historia argentina: el de la organización decimonónica y el del bienestar. Estos discursos se constituyen, en tanto memorias discursivas, como discursos fundadores de la enunciación kirchnerista. Son presencias interdiscursivas que otorgan a Kirchner, por su filiación, una prueba mnemónica de legitimidad, produciendo, como efectos necesarios, las metáforas de la fundación y los sueños y también la metáfora de la pérdida, cifra de su militancia juvenil y clave del espíritu de los postergados.

§ El gesto fundacional del kirchnerismo define, reformula y construye una sintaxis capitalista después de una crisis capitalista. Podemos formular acerca de esta paradoja cinco conclusiones centrales, que giran en torno a la búsqueda de hegemonía política:

1) El grado de importancia de la memoria *setentista* pasa para nosotros por la doble dinámica de la que participa y a la cual de alguna manera se la

somete: en primer lugar, se la hace presente en función de su posible eficacia identificativa en el marco de una renovación necesaria de la imagen de los funcionarios públicos; en segundo lugar, se la reduce y domestica mediante la reformulación *liberal* de ciertos núcleos semánticos. Las imágenes de un líder realista y moderado complementan la imagen del militante, trayendo a colación ecos de su postergación, mitigando la intransigencia del litigante y dotando a los valores setentistas con una impronta de la *governance*: la pluralidad resulta un argumento de consenso, las convicciones una garantía de transparencia, las consignas instrucciones realistas de una Argentina gerundia, haciendo del militante un demócrata liberal más preocupado por los riesgos de la ortodoxia neoliberal que por la violencia constitutiva del capitalismo. La imagen de militante que Kirchner construye pone el acento en la postergación generacional y no en la concreción de aquello que fue postergado. El puente entre aquel proyecto juvenil y el proyecto capitalista actual se asienta en el territorio mismo de la derrota generacional, e intenta borrar en la «nueva Argentina» todo rastro de conflicto interno, fundando un espacio de legitimidad *ex post*.

2) La coexistencia de imágenes contradictorias hacen del discurso kirchnerista un universo complejo, en el que el líder obtiene su rédito de gobernabilidad en la garantía de la unidad nacional. El ejercicio del liderazgo ata su suerte a la precaria convivencia del litigio y la moderación. Un líder digno de crédito en una situación de excepcionalidad política será aquel que logre garantizar con su imagen pública el verdadero potencial de la transformación y la segura voluntad de consenso. El suplemento de la unidad nacional es el vaciamiento de la dimensión polémica del discurso político, una tendencia del discurso kirchnerista, que apoyada inicialmente en la paradesinación, tiende durante el primer año de gobierno hacia su supresión y a la polarización entre dos modelos de país que no comparten en el kirchnerismo un territorio común.

3) El discurso kirchnerista establece durante el período analizado una erótica del partidismo: proyecta un gobierno transversal, mientras recupera en filiación un imaginario fundador de extracción partidista, como es la memoria del bienestar del peronismo clásico. Ésta se constituye en un fundamento del discurso kirchnerista en el preciso momento en que el peronismo se convierte en lo impronunciable para un escenario de transversalidad.

4) El discurso kirchnerista busca obtener buena parte de su legitimidad por su *sincretismo fundador*. Dada su filiación a los discursos fundadores de la organización nacional y del bienestar, intenta construir su legitimidad en la definición de un espacio colectivo en torno a una identidad nacional. Esta *argentinidad* debería ser entendida como una esencia axiológica, definida por valores como el trabajo, la honestidad, la humildad, etc. que el *ethos* kirchnerista vendría a sintetizar. Su doble proceso escenográfico define un universo ético de referencia en el que la recuperación de ciertos valores, asociados a una memoria del bienestar, que habían sido destruidos o vilipendiados en el modelo neoliberal, significa la recuperación de una cierta *argentinidad*. El gesto fundacional de Kirchner debe ser entendido en relación con los hombres comunes, los trabajadores, a quienes les habla y con quienes se identifica. Busca allí establecer una ruptura entre lo que los «hombres comunes» eran en la «vieja Argentina» (condenados, víctimas, «sufriente pueblo») y lo que habrán de ser en la «Argentina que nace». Los efectos de memoria de estos interdiscursos son funcionales en un doble sentido: por un lado, la memoria de la fundación y la memoria setentista le imprimen a la memoria del bienestar un tono épico; por el otro, la memoria del bienestar actualiza la memoria de la fundación y la memoria setentista de una manera realista, las convierte en un tiempo histórico. Por las metáforas de la fundación y la pérdida, la memoria del bienestar se convierte en un sueño postergado; por la experiencia del bienestar, la «Argentina de los sueños» adquiere la pedestre aunque redituable fuerza de la realidad.

5) El discurso kirchnerista intenta redefinir hegemónicamente lo que son *realmente* «mercado» y «capitalismo», en contraposición al «modelo» neoliberal de la «vieja Argentina». El discurso de Kirchner *absuelve* al capitalismo en tanto capitalismo por tres razones: porque concibe la crisis del capitalismo nacional como el resultado de una mala administración, porque hace del capitalismo una naturaleza, y porque la memoria del bienestar hace las veces de ejemplo de la combinación exitosa entre capitalismo y buena vida. La «viabilidad» del programa kirchnerista, en su crítica de la cultura neoliberal, resulta garantizada por un enunciador racional, humanista y honesto. La imagen de una «administración correcta», con un Estado presencial al que le duele el sufrimiento del pueblo y con un funcionamiento institucional pleno, liberado de los vicios de la corrupción y la impunidad, hacen del kirchnerismo un mundo ético que conjuga la verdadera identidad nacional y la verdadera esencia del capitalismo.

Entendemos que los aportes de nuestra investigación para el estado de la cuestión respecto del estudio del *ethos* expuesto en el primer capítulo y, particularmente, al estado del arte en cuanto al fenómeno kirchnerista expuesto en la “Introducción”, complementan o reformulan las temáticas trabajadas por otros investigadores.

En razón de ello, hemos intentado explicar cómo el *ethos* de «hombre común» y el *ethos* de *líder-victima* regulan el dispositivo enunciativo del discurso kirchnerista procurando incorporar, en la conjunción de memorias setentista, del bienestar y de la organización nacional con un interdiscurso de la *governance*, al mayor colectivo de argentinos posibles. Hemos visto, asimismo, el modo en que el *ethos* militante es mitigado por el *ethos realista* y el *ethos moderado*, y cómo estas mitigaciones están en directa relación con una definición de la identidad nacional inscrita en el capitalismo como dato vital.

Creemos haber demostrado que así como es dable entender el kirchnerismo por su novedosa inscripción generacional y por la presencia de un *ethos* militante, debe tenerse asimismo en consideración que este *ethos* se articula en el discurso kirchnerista con otras imágenes del enunciador que lo complementan y mitigan y que nos llevan a mirar el *ethos* militante a la luz de la derrota generacional. Desde nuestra óptica, este *ethos* generacional recupera los ecos de una derrota, y son esos ecos los que se articulan con el *ethos* de hombre común, que es para nosotros –según demostramos– un símbolo de ciertos valores del bienestar (el trabajo, la honestidad, la humildad, la seriedad) y, además, síntesis del colectivo de víctimas que fue reprimido por la última dictadura y/o excluido por el proceso neoliberal.

En cuanto a la recomposición política y a las mutaciones y fragmentaciones del sistema de partidos, y en lo que hace estrictamente al disciplinamiento del aparato peronista, hemos podido explicar cómo las imágenes del enunciador regulan la tensión constitutiva del kirchnerismo entre peronismo y transversalidad, resolviéndose en lo que hemos llamado *una erótica del partidismo*, que a la vez que recupera (y muestra) un imaginario y una axiología del peronismo clásico, evita mencionarlos en pos de una eficaz convocatoria transversal. Respecto de la construcción de poder y la hegemonía kirchnerista, describimos cómo el liderazgo kirchnerista se juega en la gestión ética de la tensión entre tendencias verticalistas, heredadas de una tradición partidaria y de una posición institucional, y las tendencias horizontalistas, heredadas de la post-crisis y asumidas como aprendizaje político de la postergación.



Finalmente, hemos puesto a consideración cómo la dimensión cóporo-gestual resulta de interés para analizar el *ethos* kirchnerista, y cómo al realismo político, cifra de la coexistencia entre la memoria del bienestar y la gobernabilidad, se le agrega una suerte de realismo humanista, que construye en conjunto una lógica de la inmediatez.

Cabe plantear, al mismo tiempo, que la investigación encuentra en sus avances ciertas limitaciones que conviene explicitar: en primer lugar, aquellas que provienen del período estudiado, ya que resulta a todas luces una instancia excepcional, marcada por la anomalía institucional y las consecuencias aún vívidas de la crisis, que impiden extrapolar las conclusiones de la tesis a la dinámica general del gobierno kirchnerista; por otro lado, aquellas que hacen a la operatividad de la noción de *ethos*, ya que creemos no haber podido aprovechar al máximo su potencia heurística, priorizando el *ethos* dicho y dejando en ocasiones de lado el plano de lo mostrado.

Investigaciones futuras deberán considerar los modos en que la eficacia ética de los discursos públicos de Kirchner está ligada a su capacidad para movilizar las pasiones en sus destinatarios. Resultaría de interés, además, trabajar un período más extenso, con el fin de percibir con mayor claridad las variantes e invariantes de la enunciación kirchnerista: el vaciamiento de la dimensión polémica, la relación entre los colectivos de identificación transversales y partidarios, la introducción, reformulación y paráfrasis de la palabra ajena, la regulación del interdiscurso, entre otras cuestiones. Sería relevante caracterizar asimismo las continuidades y las discontinuidades en la articulación entre las dimensiones verbal y cóporo-gestual: la definición del espacio de la nación, las recurrencias hemisféricas, la polisemia gestual, teniendo en cuenta además la dimensión pática y la variación en la posición institucional del orador. Puntualmente, hallaríamos redituable un análisis del *ethos* kirchnerista, tomando en consideración el pasaje institucional del locutor desde el Ejecutivo Nacional a la Jefatura del Partido Justicialista. También creemos útil reflexionar sobre el discurso kirchnerista en la vislumbrada reestructuración de su hegemonía política, en la fractura del “consenso político coyuntural” (Bonnet 2007) que había caracterizado los primeros años del gobierno, que incluye meses de intensos debates en la sociedad argentina por la problemática de las retenciones al sector agropecuario, las elecciones legislativas de 2009 y las recientes leyes de Medios de Comunicación Audiovisual y de Asignación Universal por Hijo para Protección Social.

Son estos meses álgidos de debates acerca de la potencia del kirchnerismo como fuerza política, que giran en una vorágine, alimentada a menudo por el propio gobierno, entre panegíricos y alabanzas por su progresismo intransigente y censuras y reproches por su proceder autoritario. Cuando la imagen del kirchnerismo, después de haber alcanzado su porcentaje más bajo desde aquella campaña electoral de 2003, parece recuperar un caudal popular nada desdeñable, los interrogantes acerca de la legitimidad de los mecanismos de gobernabilidad de su gestión resultan cada vez más relevantes.

La dinámica política hace lejanos en el tiempo no sólo los primeros meses de gestión y la inminente “revolución desde arriba” que algunos investigadores sociales auguraban, a la luz de las transformaciones efectivas que a nivel económico, político y social podían observarse, sino incluso la desafortunada *performance* electoral de la fórmula Kirchner-Scioli en los comicios legislativos de julio de 2009.

Parece entreverse en la actualidad una redefinición en el gobierno kirchnerista del modo de construir su hegemonía política, que bien podría ser entendida, en vista de nuestra investigación, como la exacerbación o la primacía de la ética del litigio en detrimento de la lógica transversal, apostando a llevar a un extremo la polarización entre un proyecto propio y el arcano mundo de “la oposición”. Resultaría central para esta tesitura advertir si existe un viraje en el discurso kirchnerista que destacaría el pasaje de una ética *post-partidaria* o *a-partidaria*, fundada en la credibilidad de los valores, al predominio de una ética de la identificación, en la que la movilización de las pasiones, entre ellas las partidarias, adquiere un lugar preponderante.

La alta aceptación del ex presidente en variados sectores de la vida nacional durante los primeros meses de gobierno debe entenderse en su capacidad para concertar exitosamente una pasión restauradora, que canalizara el ánimo de orden de gran parte de la sociedad, y una épica derrotista, que interpelara a la clase media y a los sectores excluidos desde el territorio mismo de su decadencia.

Nos encontramos en los días presentes con la puesta en crisis de muchos de los valores que habían definido el *ethos* de Néstor Kirchner en relación con su vocación transversal (honestidad, humildad, simpleza, humor), socavados por las denuncias de corrupción, por las definiciones de pedantería (“A Cristina Kirchner la preferimos pedante y sarcástica antes que ridícula”, escribió Beatriz Sarlo en su columna del 29 de enero de 2010 en *La Nación*), y por la idea de artificialidad con que muchos asocian la figura de la presidenta.

Pero, a la par, vemos un renovado interés del kirchnerismo en generar una adhesión menos lógica que pática, dispuesto a conformar un entramado cultural que lo sostenga, subrayando las contradicciones que laten desde sus orígenes y acentuando la polarización en torno a sus principales figuras. Creemos que una reflexión profunda sobre el kirchnerismo como fenómeno político debería considerar las fortalezas y debilidades en su construcción de hegemonía política, sin exagerar sus ambiciones progresistas como tampoco subestimando su capacidad para comprender las demandas y pasiones de una época y obrar en consecuencia. Confiamos en que esta tesis contribuya en parte a esa tarea.

## BIBLIOGRAFÍA

## 6. BIBLIOGRAFÍA

### 6.1 ANÁLISIS DEL DISCURSO, LINGÜÍSTICA Y SEMIOLOGÍA

- ALBALADEJO, Tomás (1989): *Retórica*. Madrid: Síntesis.
- AMOSSY, Ruth & HERSCHBERG PIERROT, Anne (2005): *Estereotipos y clichés*. Buenos Aires: Eudeba.
- AMOSSY, Ruth (2000): *L'argumentation dans le discours politique. Literature d'idée, fiction*. Paris: Nathan.
- AMOSSY, Ruth (2002) : "Nouvelle Rhétorique et linguistique du discours". En Koren, R. y Amossy, R. (comps.): *Après Perelman. Quelles politiques pour les nouvelles rhétoriques? L'argumentation dans les sciences du langage*. Paris: L'Harmattan, pp. 153-172.
- AMOSSY, Ruth (ed.) (1999): *Images de soi dans le discours. La construction de l'ethos*. Laussane: Delachaux y Niestlé.
- AMOSSY, Ruth (org.) (2008): *Imagens de si no discurso. A construção do ethos*. São Paulo: Contexto.
- ANGENOT, Marc (1982): *La parole pamphlétaire. Contribution à la typologie des discours modernes*. Paris: Payot.
- ARISTÓTELES (2005): *El arte de la retórica*. Buenos Aires: Eudeba.
- ARMONY, Víctor (2005): "Aportes teórico-metodológicos para el estudio de la producción social de sentido a través del análisis del discurso presidencial". En *Revista Argentina de Sociología*, Año 3, no. 4, pp. 32-54.
- ARMONY, Víctor (2006): "Cuando el Presidente le habla a la Nación". En *Revista Debate*, 4 de mayo 2006, pp. 36-39.
- ARNOUX, Elvira N. de (2008): *El discurso latinoamericanista de Hugo Chávez*. Buenos Aires: Biblos.
- ARNOUX, Elvira N. de (2004): "La reformulación interdiscursiva en análisis del discurso". En *Actas del IV Congreso Nacional de Investigaciones Lingüísticas y Filológicas "Análisis del Discurso y enseñanza de la lengua"*, edición electrónica. Lima, Perú: Universidad Ricardo Palma.
- ARNOUX, Elvira N. de (2005): "«El pensamiento sobre la Unión Latinoamericana»: estudio de una matriz discursiva". En *Revista Letras*, Vol. de Estudios Lingüísticos, nro. 12, pp. 17-44. Mimeo.
- AUTHIER, Jacqueline (1980): "Paroles ténues à distance". En Conein, B. et. al.: *Materialités discursives*. Paris: PUL.
- AUTHIER-REVUZ, Jacqueline (1984): "Hétérogénéité(s) énonciative(s)". En *Langages* 73, marzo de 1984, pp. 98-111.
- BARTHES, Roland (1982): *Investigaciones retóricas*. Barcelona: Paidós.

- BARTHES, Roland (1997): "La retórica antigua". En *La aventura semiológica*. Buenos Aires: Paidós.
- BARTHES, Roland (2002): *Mitologías. México: Siglo XXI*.
- BARTHES, Roland (2006): *El placer del texto y lección inaugural*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- BENVENISTE, Émile (1974): *Problemas de lingüística general*. México: Siglo XXI.
- BERMÚDEZ, Nicolás (2007): "La noción de ethos: historia y operatividad analítica". En *Tonos*. Revista Electrónica de Estudios Filológicos, n° XIV, diciembre de 2007. URL: [www.um.es/tonosdigital](http://www.um.es/tonosdigital). Fecha de consulta: julio de 2008.
- CALBRIS, Geneviève (1981) : "Étude des expressions mimiques conventionnelles françaises dans le cadre d'une communication non verbale testées sur des Hongrois". En *Semiótica*, 35-1/2, pp.125-156.
- CALBRIS, Geneviève (2003): *L'expression gestuelle de la pensée d'un homme politique*. Paris : CNRS Editions.
- CAZARIN, Ercília Ana (2005): *Identificação e representação política. Uma análise do discurso de Lula*. Ijuí: Unijuí.
- CHARAUDEAU, Patrick & MAINGUENEAU, Dominique (dir.) (2005): *Diccionario de análisis del discurso*. Buenos Aires: Amorrortu.
- CHARAUDEAU, Patrick (2006): *Discurso político*. São Paulo: Contexto.
- CHARAUDEAU, Patrick (2009): "Reflexiones para el análisis del discurso populista". En *Discurso & Sociedad*, vol. 3 (2), 2009, pp. 253-279.
- CICERÓN, Marco Tulio (1991): *El orador*. Madrid: Alianza.
- COSNIER, Jacques (1982): "Communications et langages gestuels". En Cosnier, J. & al. (eds.): *Les voies du langage*. Paris: Dunod, pp. 255-304.
- COURTINE, Jean Jacques (1981): "Analyse du discours politique. Le discours communiste ádrese aux chrétiens". En *Langages*, 62, 1981. París: Larousse.
- COURTINE, Jean Jacques (2006): *Metamorfoses do discurso político. Derivas da fala pública*. São Carlos: Claraluz.
- DAGATTI, Mariano (2007): "Una excursión por la Bilis Terra". En *Revista Argentina de Comunicación*, n° 2. Buenos Aires: Prometeo.
- DE ÍPOLA, Emilio (1983): *Ideología y discurso populista*. Buenos Aires: Folios.
- DI STEFANO, Mariana (coord.) (2006): *Metáforas en uso*. Buenos Aires: Biblos.
- DUCROT & TODOROV, Tzvetan (2003 [1974]): *Diccionario enciclopédico de las ciencias del lenguaje*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- DUCROT, Oswald (1986): *El decir y lo dicho. Polifonía de la enunciación*. Barcelona: Paidós.

- EKMAN, Paul y FRIESEN, Wallace (1969): "The repertoire of non-verbal behaviour: categories, origins, usage and coding". En Kendon, A. (ed.) (1981): *Non-verbal communication, interaction, and gesture. Selections from Semiotica*. The Hague: Mouton Publishers.
- FILINICH, Ma. Isabel (2005): *Enunciación*. Buenos Aires: Eudeba.
- FOUCAULT, Michel (2004): *La arqueología del saber*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- FUCHS, Catherine (1994): *Paraphrase et énonciation*. París: Ophrys.
- GARCÍA NEGRONI, Ma. Marta & TORDESILLAS, Marta (2001): *La enunciación en la lengua. De la deixis a la polifonía*. Madrid: Gredos.
- GARCÍA NEGRONI, Ma. Marta & ZOPPI FONTANA, Mónica (1992): *Análisis lingüístico y discurso político. El poder de enunciar*. Buenos Aires: CEAL.
- GARCÍA NEGRONI, Ma. Marta (1988): "La destinación en el discurso político: una categoría múltiple". En *Lenguaje en contexto I (1/2)*, pp. 85 – 111.
- GIMATE-WELSH, Adrián & SANKEY GARCÍA, Ma. Rayo (2005): "La gestualidad en el discurso político". Caracas: Colección de Semiótica Latinoamericana. Artículo en línea: [www.gimatewelsh.org](http://www.gimatewelsh.org). Fecha de consulta: Febrero 2009.
- GOFFMAN, Erving (1971): *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Buenos Aires: Amorrortu.
- GOFFMAN, Erving (1974): *Les rites d'interaction*. París: Minuit.
- GREIMAS, Algirdas & COURTÉS, Jacques (1991): *Semiótica – Diccionario razonado de la teoría del lenguaje*. Madrid: Gredos.
- LANDOWSKI, Eric (1982): "Les discours du pouvoir. Le discours politique". En Coquet, J.-C. (comp.): *Sémiotique. L'École de Paris*. París: Hachette.
- MAINGUENEAU, Dominique (1984): *Géneses du discours*. Liege: Mardaga.
- MAINGUENEAU, Dominique (1987): *Nouvelles tendances en Analyse du discours*. París: Hachette.
- MAINGUENEAU, Dominique (1993): *Le contexte de l'œuvre littéraire. Énonciation, écrivain, société*. París: Dunod.
- MAINGUENEAU, Dominique (1996): "El ethos y la voz de lo escrito". En *Versión*, nº 6, octubre de 1996, México, p.78-92.
- MAINGUENEAU, Dominique (1997): *L'analyse du discours: introduction aux lectures de l'archive*. París: Hachette.
- MAINGUENEAU, Dominique (1998): *Analyser des textes de la communication*. París: Dunod.
- MAINGUENEAU, Dominique (1999): "Peut-on assigner des limites à l'analyse du discours?". En *Modèles linguistiques*, XX, fasc. 2, s/f.

- MAINGUENEAU, Dominique (2002): "Problèmes d'ethos". En *Pratiques*, nº 113/114, junio de 2002, pp. 55-67.
- MAINGUENEAU, Dominique (2008a): *Cenas de enunciação*. São Paulo, Parábola, 2008.
- MAINGUENEAU, Dominique (2008b): "A propósito do ethos". En AAVV (2008): *Ethos discursivo*. Sao Paulo: Contexto, pp. 11-29.
- MAINGUENEAU, Dominique (2008c): "Ethos, cenografia, incorporação". En Amossy, Ruth (org.) (2008): *Imagens de si no discurso. A construção do ethos*. São Paulo: Contexto, pp. 69-92.
- MARIANI, Bethania (1998): "Memória, esquecimento e acontecimento". En *O PCB e a imprensa. Os comunistas no imaginário dos jornais (1922-1989)*. Campinas: Unicamp.
- McNEILL, David (1992): *Hand and Mind: What Gestures Reveal about Thought*. Chicago: University Press.
- McNEILL, David (2000): *Language and Gesture*. Cambridge: Cambridge University Press.
- MONTERO, Ana Soledad (2007a): "Memorias discursivas de los setenta y ethos militante en la retórica kirchnerista". En *Actas de las IV Jornadas de Jóvenes Investigadores del Instituto de Investigaciones Gino Germani*. Buenos Aires: Facultad de Ciencias Sociales, UBA, septiembre de 2007.
- MONTERO, Ana Soledad (2007b): "¡'Cómo no...!' Exclamación, oposición y ethos confrontativo en el discurso presidencial argentino (2003-2006)". En *Actas del Congreso de la Internacional Association for Dialogue Analysis (IADA)*. La Plata, mayo de 2007.
- MONTERO, Ana Soledad (2007c): "¡Claro que estoy en campaña!": Exclamación, oposición y verdad en el discurso presidencial (Argentina, 2003-2006). Análisis semántico- argumentativo del marcador *claro que*". En *Revista Oralía* Nº 10, Universidad de Almería, España.
- MONTERO, Ana Soledad (2008a): "Interrogación, polifonía, y ethos militante. Evocaciones de la 'memoria discursiva militante peronista' en el discurso presidencial argentino (2003-2007)". En *Actas del III Simposio Internacional sobre Análise do Discurso. Emoções, Ethos e Argumentação*. Belo Horizonte: UFMG, 1 al 4 de abril 2008.
- MONTERO, Ana Soledad (2008b): "Mémoire, droits humains et résolution de l'héritage autoritaire en Argentine (2003-2007)". En *Actas del Congrès « Les réélaborations de la mémoire dans le monde luso- hispanophone »*. Nancy, Francia: mayo de 2008.



- MONTERO, Ana Soledad (2008c): "Justicia y decisión en el discurso presidencial argentino sobre la memoria (2003-2007)". En *Confines. Revista de relaciones internacionales y ciencia política*. Monterrey, México. En prensa.
- MONTERO, Ana Soledad (2008d): "Usos de la memoria en el discurso presidencial argentino (2003-2006)". En *Revista Argentina de Sociología*. Buenos Aires: Argentina. En prensa.
- MONTERO, Ana Soledad (2009): "Puesta en escena, destinación y contradestinación en el discurso kirchnerista (Argentina, 2003-2007)". En *Discurso & Sociedad*, vol. 3 (2), 2009, pp. 316-347.
- ORLANDI, Eni (org.) (1993): *Discurso Fundador: a formação do país e a construção da identidade nacional*. Campinas: Pontes.
- PASCUAL, Juan (2005): *El discurso menemista. La hegemonía del neoliberalismo en la década del '90*. Tesis de Licenciatura en Comunicación Social. Entre Ríos: Facultad de Ciencias de la Educación (UNER). Mimeo.
- PECHEUX, Michel (1975): *Hacia el análisis automático del discurso*. Madrid: Gredos.
- PERELMAN, Chaïm & OLBRECHTS-TYTECA, Lucie (1989): *Tratado de la argumentación. La nueva retórica*. Madrid: Gredos.
- PERELMAN, Chaïm (1997): *El imperio retórico. Retórica y argumentación*. Bogotá: Norma.
- PLANTIN, Christian (1990): "La argumentación en situación, en el discurso, en la lengua". En Plantin, C.: *Essais sur l'argumentation*. París: Kimé.
- PLANTIN, Christian (1998): "La interacción argumentativa". En *Escritos*, Nº 17-18, enero-diciembre de 1998. Puebla: Universidad Autónoma de Puebla, pp. 23-49.
- PLANTIN, Christian (2001): *La argumentación*. Barcelona: Ariel.
- SÉRIOT, Patrick (1985): "Lengua rusa y discurso político soviético. Análisis de las nominalizaciones". Traducción al español realizada por Domin Choi para seminario interno. Mimeo.
- SIGAL, Silvia & VERÓN, Eliseo (2004): *Perón o muerte. Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista*. Buenos Aires: Legasa.
- SLIPAK, Daniela (2005): "Más allá y más acá de las fronteras políticas: apuestas de reconstrucción del vínculo representativo en el discurso kirchnerista". En *Actas de las III Jornadas de Jóvenes Investigadores del Instituto Gino Germani*. [http://www.iiqq.fsoc.uba.ar/Jovenes\\_investigadores/3JornadasJovenes/Templates/Eje%20representaciones/Slipak%20Discursos.pdf](http://www.iiqq.fsoc.uba.ar/Jovenes_investigadores/3JornadasJovenes/Templates/Eje%20representaciones/Slipak%20Discursos.pdf). Fecha de consulta: 5 de septiembre de 2008.

- SLIPAK, Daniela (2007): "(Re)fundación, Estado y Nación: ecos del discurso peronista en el campo de la comunicación política post-crisis (2002-2004)". En *Actas de las IV Jornadas de Jóvenes Investigadores del Instituto Gino Germani*. [http://www.iigg.fsoc.uba.ar/jovenes\\_investigadores/4jornadasjovenes/EJES/Eje%205%20Politica%20Ideologia%20Discurso/Ponencias/SLIPAK%20Daniela.pdf](http://www.iigg.fsoc.uba.ar/jovenes_investigadores/4jornadasjovenes/EJES/Eje%205%20Politica%20Ideologia%20Discurso/Ponencias/SLIPAK%20Daniela.pdf). Fecha de consulta: 5 de septiembre de 2008.
- VENTURA, Adilson (2008): "O que é o povo? Um estudo sobre a palavra *povo* no discurso de posse do Presidente Lula". En *Revista Def-ghi*, n. 1, 2008, pp. 53-60.
- VERÓN, Eliseo (1987): "Cuerpo y metacuerpo en democracia audiovisual". En *Après*, 293-294, abril-mayo 1987, p. 32-35.
- VERÓN, Eliseo (1987b): "La palabra adversativa. Observaciones sobre la enunciación política". En Verón, E. et. al.: *El discurso político. Lenguajes y acontecimientos*. Buenos Aires: Hachette, pp. 11 – 26,
- VERÓN, Eliseo (1999): *Efectos de agenda*. Barcelona: Gedisa.
- VITALE, Ma. Alejandra (2007): "Memoria y acontecimiento. La prensa escrita argentina ante el golpe militar de 1976". En Granato, L. & Vallejos, P. (eds.): *Los Estudios del Discursos: nuevos aportes desde la investigación en la Argentina*. Bahía Blanca: Reun, pp. 165-184.
- WODAK, Ruth & MEYER, Michel (2003): *Métodos del análisis crítico del discurso*. Barcelona: Gedisa.
- ZOPPI FONTANA, Mónica (1993): "Sonhando a Pátria: os fundamentos de repetidas fundações". En Orlandi, Eni (org.): *Discurso fundador. a formação do país e a construção da identidade nacional*. Campinas: Pontes, pp. 127-149.
- ZOPPI FONTANA, Mónica (2004): "Acontecimento, arquito, memória: às margens da lei". En *Revista Leitura*, No. 29. Maceió: UFAL. Mimeo para seminario interno.

## 6.2 HISTORIA, SOCIOLOGÍA Y CIENCIAS POLÍTICAS

- ABOY CARLÉS, Gerardo (2003): "Repensando el populismo". En *Política y gestión*, n. 4, pp. 9-35. Rosario: Homo Sapiens.
- ABOY CARLÉS, Gerardo & SEMÁN, Pablo (2006): "Repositionnement et distance du populisme Dans le discours de Néstor Kirchner". En Corten, A.; Molina, V. y Girard-Lemay, J. (dir.): *La frontiere du politique en Amérique latine: Imaginaires et émancipation*. París: Karthala, pp. 185-202.
- ALEMÁN, Jorge (2009): "Una 'izquierda lacaniana'". En *Página/12*, 22 de octubre de 2009.
- ARMONY, Ariel & ARMONY, Víctor (2005): "Indictments, myths and citizen mobilization in Argentina: A discourse analysis". En *Latin American Politics & Society*, Volume 47, Number 4, pp. 27-54.
- ARMONY, Víctor (2001): "Is there an ideological link between neopopulism and neoliberalism?" En *Brazilian Journal of Political Economy*, vol. 21, n. 2 (82), april-june 2001, pp. 62-77.
- ARMONY, Víctor (2002): "El país que nos merecemos: mitos identitarios en el discurso político argentino". En *Revista de Signis*, no. 2, 2002, pp. 319-330
- ARMONY, Víctor (2004): *L'énigme argentine*. Montreal: Athéna.
- ARZADUN, Daniel (2008): *El peronismo. Kirchner y la conquista del reino*. Buenos Aires: Sudamericana.
- AUGE, Marc (1998): *La guerra de los sueños*. Barcelona: Gedisa.
- BADIOU, Alain (2005): *El siglo*. Buenos Aires: Manantial.
- BARROS, Sebastián (2006): "Inclusión radical y conflicto en la constitución del pueblo populista". En *Revista Confines de Relaciones Internacionales y Ciencia Política*, no. 3. Monterrey, México.
- BIGLIERI, Paula (2008): "El retorno del pueblo argentino: entre la autorización y la asamblea. Barrios de pie en la emergencia de la era kirchnerista". En *Villa Libre. Cuadernos de estudios sociales urbanos*, n. 2, 2008, pp. 109-132.
- BLANQUER, Jean; CHERESKY, Isidoro (2003): *¿Qué cambió en la política argentina?* Buenos Aires: Homo Sapiens.
- BONNET, Alberto (2007): "Kirchnerismo: el populismo como farsa". Mimeo.
- BONVECCHI, Alejandro & GIRAUDY, Agustina (2008): "Argentina: victoria presidencial oficialista y tensiones en el esquema macroeconómico". En *Revista de Ciencia Política*, vol. 28, n. 1, 2008, pp. 35-59.
- BORÓN, Atilio (2005): "Reflexiones en torno al gobierno de Néstor Kirchner". En *Periferias*, número 12, marzo de 2005, pp. 45-61. Buenos Aires: CLACSO.

- BORÓN, Atilio (2006): "Crisis de las democracias y movimientos sociales en América Latina: notas para una discusión". En *OSAL*, año VII, n. 20, mayo-agosto 2006, pp. 289-304.
- BORÓN, Atilio (2008): "La ilusión y la realidad". En *Página/12*, 20 de mayo de 2008. Fecha de consulta: 22 de julio de 2009.
- BOTANA, Natalio (2006): *Poder y Hegemonía. El régimen político después de la crisis*. Buenos Aires: Emecé.
- BRIONES, Claudia (1994): "Con la tradición de las generaciones pasadas gravitando sobre la mente de los vivos: Usos del pasado e invención de la tradición". En *Runa*, nro. 21. Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras, UBA.
- BRUNELLE, Dorval (comp.) (2008): *Gobernabilidad y democracia en las Américas: Teorías y prácticas*. Loja, Ecuador: Editorial de la Universidad Técnica Particular de Loja.
- CAPARRÓS, Martín (2009): "¿Será posible?". En *Crítica de la Argentina*, 16 de junio de 2009.
- CAPARRÓS, Martín (2009): "Honestísimos". En *Crítica de la Argentina*, 7 de abril de 2009.
- CASTILLO, Christian (2003): "Las insuficiencias del proceso de diciembre de 2001 y los límites en la reconstitución del régimen político capitalista". En *Argumentos*, número 3, diciembre de 2003.
- CASTILLO, Christian; FERNÁNDEZ, Arturo & TONELLI, Luis (2004): "¿Existe una reestructuración política del país y de la política de estado?". En *Argumentos*, número 4, septiembre de 2004.
- CHERESKY, Isidoro (2003): "En nombre del pueblo y de las convicciones: posibilidades y límites del gobierno sustentado en la opinión pública". En *Revista Postdata N° 9*, septiembre de 2003.
- CHERESKY, Isidoro (2004): "Cambio de rumbo y recomposición política en Argentina. Néstor Kirchner cumple un año de gobierno". En *Observatoire de Amériques N° 17*. Montreal: Universidad de Québec, [www.ceim.uqam.ca](http://www.ceim.uqam.ca)
- CHERESKY, Isidoro (2008): *Poder presidencial, opinión pública y exclusión social*. Buenos Aires: CLACSO, Manantial.
- CHERESKY, Isidoro (comp.) (2006): *La política después de los partidos*. Buenos Aires: Prometeo.
- CROZIER, Michel; HUNTINGTON, Samuel & WATANUKI, Joji (1975): *The crisis of democracy. Report on the governability of democracies to the Trilateral Commission*. New York: University Press.
- D'ADAMO, Orlando; GARCÍA BEAUDOUX, Virginia & SLAVINSKY, Gabriel (2003): "Argentina: de la crisis de 2001 a un nuevo presidente". En *Iconos*.

- Revista de Ciencias Sociales*, septiembre, número 17, pp. 146-150. Quito: FLACSO.
- DE ÍPOLA, Emilio (2003): "Política y Estado". En *Argumentos*, número 3, diciembre de 2003.
- DINERSTEIN, Ana Cecilia (2004): "Más allá de la crisis. Acerca de la naturaleza del cambio político en Argentina". En *Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales*, enero-abril, año 10, número 1, 2004, pp. 241-269. Caracas: Universidad Central de Venezuela.
- ECO, Umberto (2007): "Sobre el populismo mediático". En Eco, U.: *A paso de cangrejo*. Buenos Aires: Debate, pp. 147-172.
- ENTEL, Alicia (2006): "La idea de comunidad aquí es muy efímera". En *Página/12*, 10 de julio de 2006. Fecha de consulta: 8 de mayo de 2009.
- FERNÁNDEZ BRAVO, Alvaro (comp.) (2001): *La invención de la nación. Lecturas e identidades de Herder a Homi Bhabha*. Buenos Aires: Manantial.
- FRAJMAN, Eduardo & GRIMBLAT, Sebastián (2004): "Thoughts on Argentina: A year after the 'Collapse'". En *Space and Culture*, vol. 7, n. 2, may 2004, pp. 188-192.
- GODIO, Julio (2006): *El tiempo de Kirchner. El devenir de una 'revolución desde arriba'*. Buenos Aires: Letra Grifa.
- GRÜNER, Eduardo (2005): *La cosa política o el acecho de lo real*. Buenos Aires: Paidós.
- KASMAN, Romina (2007): "El proceso de consolidación del sistema de partidos en Argentina. Democratización y elecciones de 2007". En *Enfoques*, segundo semestre, número 7, 2007, pp. 7-34. Santiago: Universidad Central de Chile.
- LACLAU, Ernesto (2005): "La izquierda ya no está aislada". En *Página/12*, 25 de abril de 2005. Fecha de consulta: 25 de febrero de 2010.
- LACLAU, Ernesto (2005b): *La razón populista*. Buenos Aires: FCE.
- LACLAU, Ernesto (2006): "Why constructing a people is the main task of radical politics". En: *Critical Inquiry* 32. Chigago: University of Chigago.
- LACLAU, Ernesto (2009): "Las amenazas de la democracia no vienen del populismo sino del neoliberalismo". En *Página/12*, 1 de junio de 2009. Entrevista realizada por Leonardo Moledo y Nicolás Olsevicki.
- LEVITSKY, Steven & MURILLO, Ma. Victoria (2008): "Argentina: From Kirchner to Kirchner". En *Journal of Democracy*, vol. 19, number 2, april 2008, pp. 16-30. National Endowment for Democracy and The Johns Hopkins University Press.
- LEVY YEYATI, Eduardo & VALENZUELA, Diego (2007): *La resurrección. Historia de la poscrisis argentina*. Buenos Aires: Sudamericana.

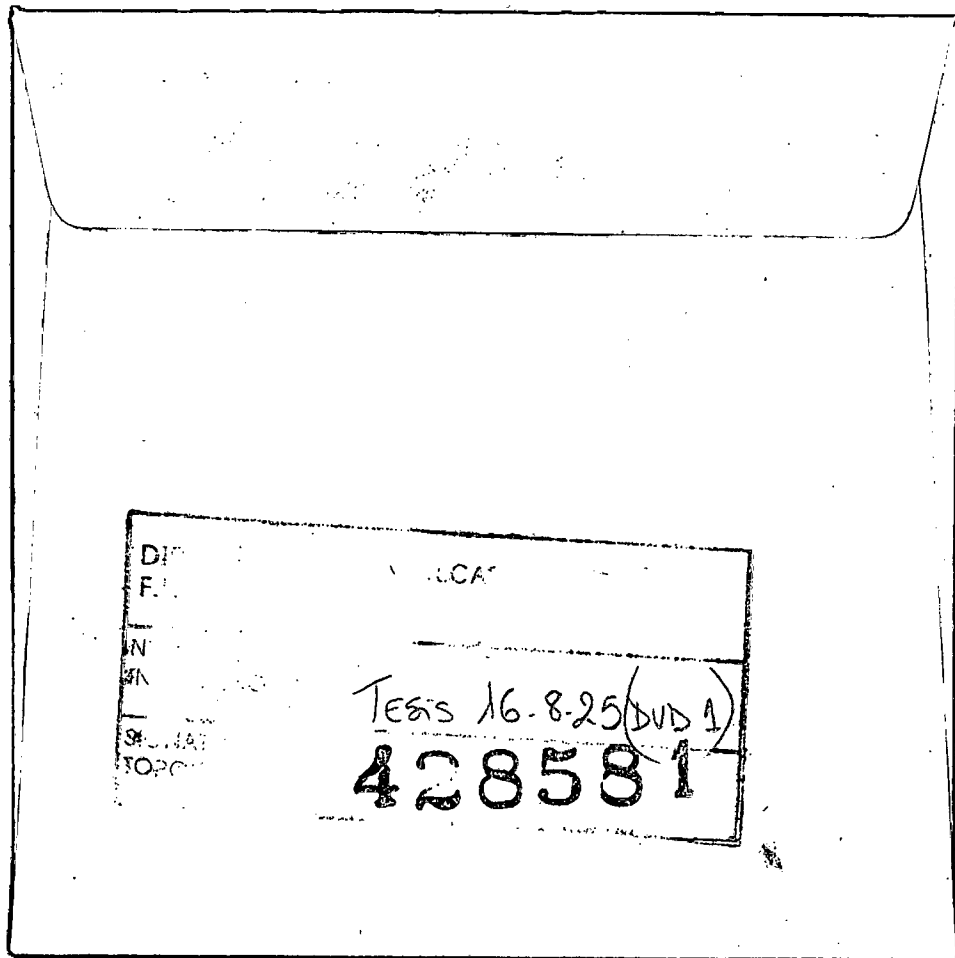
- LINK, Daniel (2008): "En sociedades más ordenadas un argentino se aburriría". En *Página/12*, 25 de septiembre de 2008, Sección Cultura & Espectáculos. Buenos Aires: IFX, <http://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/espectaculos/4-11422-2008-09-25.html>. Fecha de consulta: 25 de septiembre de 2008.
- LÓPEZ, María Pía (2010): "Las tesis del odio". En *Página/12*, 10 de febrero de 2010. Fecha de consulta: 10 de febrero de 2010.
- SVAMPA, Maristella (2003): "El populismo imposible y sus actores, 1973-1976". En James, D.: *Violencia, proscripción y autoritarismo (1955-1976)*. Buenos Aires, Sudamericana.
- MOCCA, Edgardo (2005): "O futuro incerto dos partidos políticos argentinos". En *Estudos Avançados*, 19 (55), 2005, pp. 49-63. São Paulo: IEA-USP.
- MOLINA BLANDÓN, Yamila (2008): "La gobernabilidad en las Américas". En Brunelle, Dorval (comp.): *Gobernabilidad y democracia en las Américas: Teorías y prácticas*. Loja, Ecuador: Editorial de la Universidad Técnica Particular de Loja, pp. 59-88.
- MOUFFE, Chantal (2003): *La paradoja democrática*. Barcelona: Gedisa.
- MOUFFE, Chantal (2007): *En torno a lo político*. Buenos Aires: 2007.
- MURMIS, Miguel & PORTANTIERO, Juan Carlos (2004): *Estudios sobre los orígenes del peronismo*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- NATANSON, José (2004): *El presidente inesperado*. Rosario: Homo Sapiens.
- NOVARO, Marcos (2007): "Las izquierdas y los populismos latinoamericanos: ¿qué hay de nuevo?, ¿qué se puede esperar?". Berlín, Seminario *Izquierda y populismo en América Latina*. Mimeo.
- NUN, José (2000): "The end of work and the 'marginal mass' thesis". En *Latin American Perspectives*, núm. 110, vol. 27, núm. 1, enero de 2000, pp. 6-32.
- PANDOLFI, Claudio & SVAMPA, Maristella (2004): "Las vías de la criminalización de la protesta en Argentina". En *OSAL*, año V, n. 14, mayo-agosto 2004, pp. 285-296.
- PORTINARO, Pier Paolo (2007): *El realismo político*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- RANCIÈRE, Jacques (1996): *El desacuerdo. Política y filosofía*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- ROMERO, Luis Alberto (2001): *Breve historia contemporánea de la Argentina*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- ROSA, Alberto (2006): "Recordar, describir y explicar el pasado". En Carretero, M., Rosa, A. y González, M. F.: *Enseñanza de la historia y memoria colectiva*. Buenos Aires: Paidós, pp. 42-51.

- ROSANVALLON, Pierre (2007): *La contrademocracia*. Buenos Aires: Manantial.
- ROZITCHNER, León (1998): *Perón. Entre la sangre y el tiempo. Lo inconsciente y la política*. Tomo 1: *Del duelo a la política: Freud y Clausewitz*. Buenos Aires: Catálogos.
- ROZITCHNER, León (2000): *Perón. Entre la sangre y el tiempo. Lo inconsciente y la política*. Tomo 2: *De la guerra a la política*. Buenos Aires: Catálogos.
- SARLO, Beatriz (2010): "Frente Único Antivirtual". En *La Nación*, 2 de marzo de 2010. Fecha de consulta: 2 de marzo de 2010.
- SCHURMAN, Diego (2006): "Guía práctica para entender la nebulosa del kirchnerismo". En *Página/12*, 12 de febrero de 2006.
- SENNET, Richard (2006): *La cultura del nuevo capitalismo*. Barcelona: Anagrama.
- SOUSA SANTOS, Boaventura de (2009): "Consensos problemáticos". En *Página/12*, 31 de marzo de 2009.
- SVAMPA, Maristella (2007): "Las fronteras del Gobierno de Kirchner: entre la consolidación de lo viejo y las aspiraciones de lo nuevo". En *Cuadernos del CENDES*, mayo-agosto, año/vol. 24, número 65, pp. 39-61. Caracas: Universidad Central de Venezuela.
- TORRE, Juan Carlos (2005): "La operación política de la transversalidad. El Presidente Kirchner y el Partido Justicialista". En: CEDIT (comp.) (2005): *Argentina en perspectiva. Reflexiones sobre nuestro país en democracia*. Buenos Aires: Universidad Torcuato Di Tella.
- VADELL, Javier (2006): "A política internacional, a conjuntura econômica e a Argentina de Néstor Kirchner". En *Revista Brasileira de Política Internacional*, enero-junio, año/vol. 49, número 1, pp. 194-214. Brasilia: Instituto Brasileiro de Relações Internacionais.
- ŽIŽEK, Slavoj (2008): "Introducción". En *Ideología. Un mapa de la cuestión*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

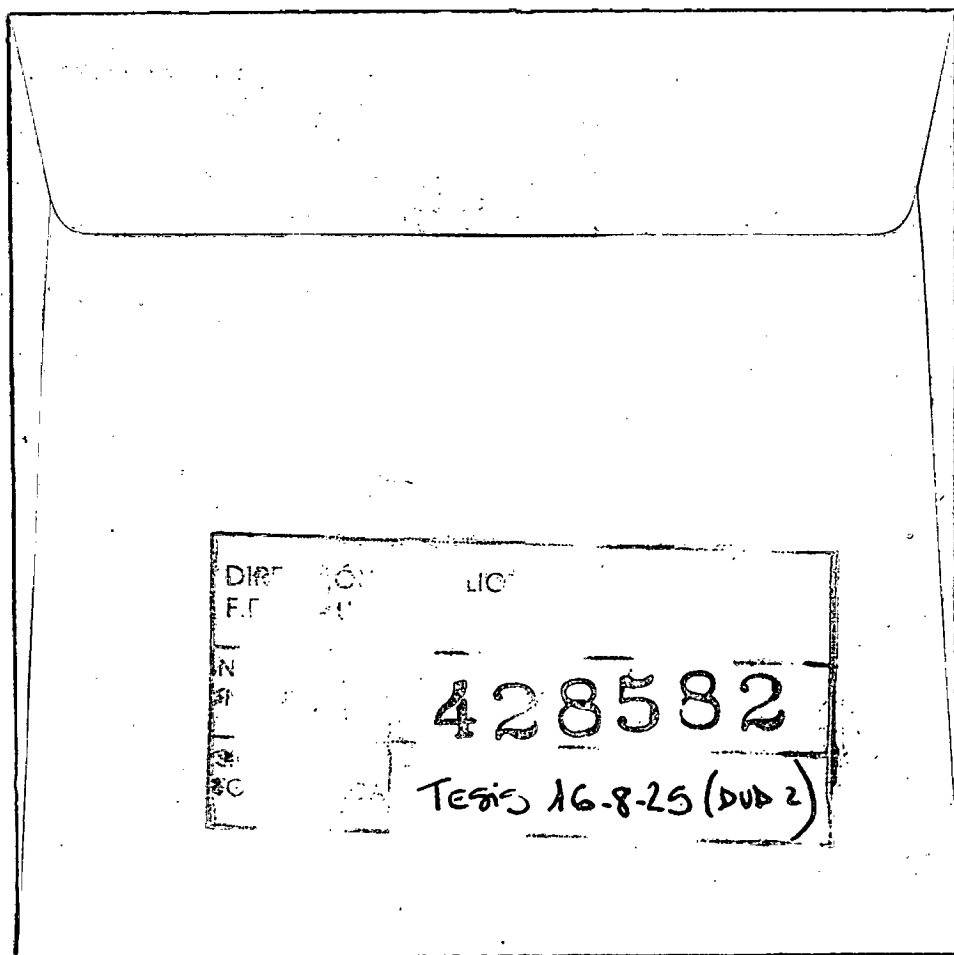
**ANEXO**



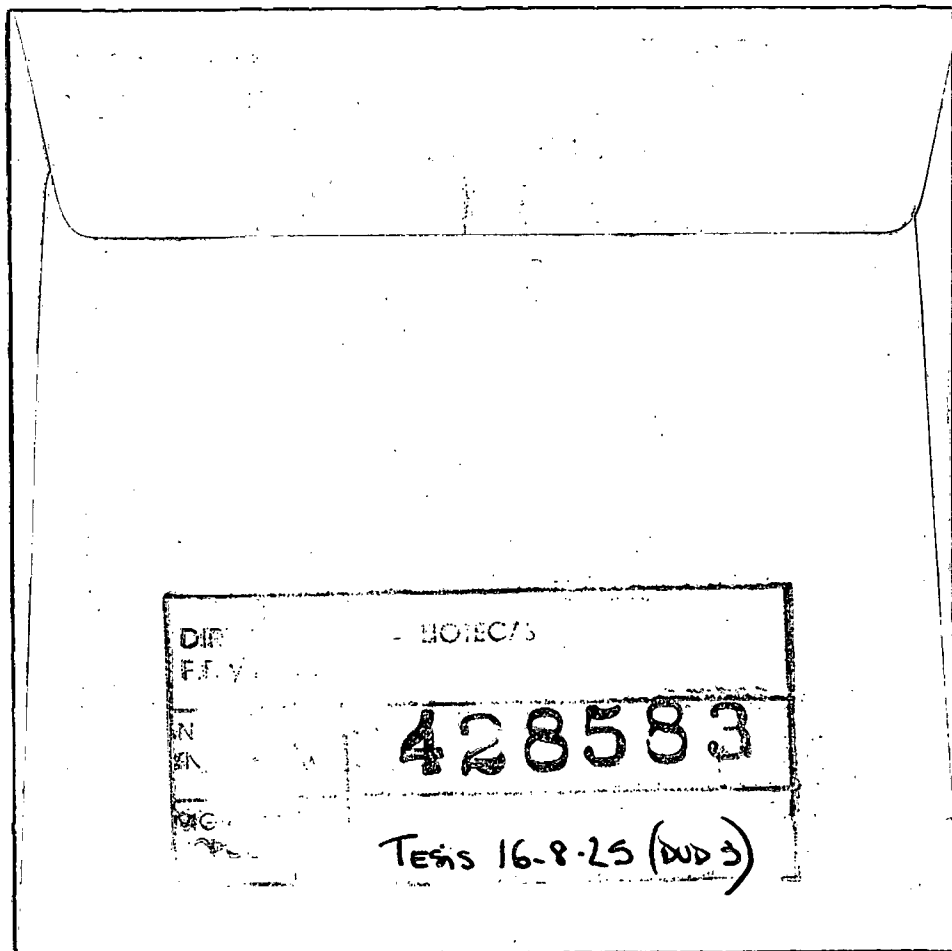
**AUDIOVISUALES  
NÉSTOR KIRCHNER  
DVD 1**



**AUDIOVISUALES  
NÉSTOR KIRCHNER  
DVD 2**



**CORPUS VERBAL Y  
FRAMES DE TIPOLOGÍA GESTUAL  
NÉSTOR KIRCHNER  
DVD 3**



## ***ETHOS Y GOBERNABILIDAD***

**LA CONSTRUCCIÓN DE LA IMAGEN DE SÍ DEL  
PRESIDENTE NÉSTOR KIRCHNER EN SUS DISCURSOS  
PÚBLICOS DURANTE SU PRIMER AÑO DE GESTIÓN  
(2003 -2004)**